
LA
SOLEDAD
DE LA
CORONA
ALBA PLAZA

LA SOLEDAD DE LA CORONA

ALBA PLAZA

© 2024, Alba Plaza
De la maquetación: 2024, Alba Plaza
De la cubierta: 2024, Mireya Murillo Menéndez
Todos los derechos reservados. Queda prohibida, en los términos previstos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, su distribución, comunicación pública o transformación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor, salvo lo establecido expresamente en la Ley de Propiedad Intelectual española. El incumplimiento de estos derechos puede dar lugar a acciones legales tanto en el ámbito civil como penal.

A la niña que, jugando con muñecas,
soñaba con ser princesa algún día.
Que nunca deje de creer en sus sueños,

*por imposibles que parezcan***.**

Aviso de contenido sensible:

<u>Capítulo 20:</u>

Mención al abuso de sustancias, autolesión y autólisis.

<u>Capítulo 38:</u>

Mención de TCA

Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete

Capítulo Treinta y Ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Epílogo
Agradecimientos

UNO
Lena

No me gusta que me hagan esperar.

Es una de las cosas que menos soporto, por lo que de forma inconsciente miro el reloj de mi muñeca: han pasado diez minutos desde la hora acordada.

Con un suspiro, me coloco bien un mechón detrás de la oreja y compruebo el móvil por si hay algún mensaje que justifique este retraso. Además de los múltiples mensajes de mi hermana —muchos de ellos sin sentido y con lo primero que se le pasa por la cabeza—, hay uno de la persona a la que espero.

Hago un gesto de agradecimiento con la cabeza a uno de mis escoltas cuando me deja el café que he pedido en la pequeña mesa que tengo delante. Ya me había extrañado que me hubieran dejado pedir por mí misma; no suele ocurrir. Tampoco me quejo. Después de todo, es su trabajo. Tienen que asegurarse de que no me pase nada, de que sigo con vida; si no fuera así, sería un completo desastre (al menos para la monarquía sueca, ya que perderían a la heredera del trono).

—¡Lo siento por la tardanza! —La voz de Rachel, la amiga a la que estaba esperando, hace que deje de prestar atención a la taza. Me levanto para saludarla y sonrío cuando me abraza. La he echado de menos—. Sé lo mucho que odias la impuntualidad, pero…

—No te preocupes —le quito importancia—, lo entiendo, estabas trabajando.

—Siempre tan correcta —bromea, y le pide a la camarera té negro y un muffin, su combinación preferida desde que la conozco—. Esto de los despidos multitudinarios es un asco.

Rachel es una de las amistades que hice en mi etapa universitaria. Cuando acabé el bachillerato en mi país quise hacer un pequeño cambio en mi vida, uno que implicaba salir de Suecia y pasar desapercibida durante unos años, sin la constante presión de ser la princesa heredera.

No es que pudiera quejarme; mi infancia había sido feliz y había estado bastante protegida por mi entorno. Sin embargo, a medida que me fui haciendo mayor, todo lo que hacía era comentado por la prensa, tanto sueca como internacional: si era muy amiga de otros miembros de casas reales, si mi estilismo era adecuado según qué acto social o cumplía el protocolo, si no sonreía lo suficiente en las fotos…

Era una presión constante que sigo teniendo a día de hoy.

Mis padres no se opusieron a que me fuera. Consideraron que me vendría muy bien estar separada del foco mediático durante unos meses al año. Así fue como elegí Yale y como conocí a Rachel, entre otras muchas personas que considero mis amigos actualmente. Ellos vieron a Lena, no a la princesa.

—¿Cómo has estado? —Intento dirigir la conversación hacia ella. No me gusta ser el centro de atención—. Hacía mucho que no nos veíamos, ¿cuándo fue la última vez?

—Casi un año. —Antes de que pueda disculparme por ello, niega con la cabeza—. No te preocupes, sé que tienes una agenda muy apretada, llena de compromisos.

—Eso no es excusa…

—Lena, lo entiendo, es lo que tiene que una de tus mejores amigas sea la futura reina de un país europeo.

Vuelve a sonreír y me fijo en el anillo que decora el dedo anular de su mano izquierda. El brillo de la esmeralda destaca aún más por el color ébano de su piel. Por eso está más risueña de lo normal.

—¿Es lo que creo que es? —pregunto, señalándolo con la mirada.

—Siempre tan observadora —admite y se mira el anillo—. Este es uno de los motivos por los que quería verte, para poder contártelo en persona. Por mensaje o llamada habría sido muy frío.

—Enhorabuena. —Modero mi entusiasmo al felicitarla. Es una de las cosas que me enseñaron desde pequeña, a no dejarme llevar por las emociones y ser siempre correcta—. Le enviaré un mensaje, pero felicita a Will de mi parte.

Estoy muy contenta por ellos, desde que se conocieron en la universidad han estado juntos. Era imposible no ver lo enamorados que estaban.

Mientras me explica cómo fue todo, los planes que tiene y cómo quiere que sea la boda, los ojos le brillan, llenos de emoción.

—Cuando me lo pidió no me lo esperaba para nada —añade y alza una ceja—. Lo habíamos hablado: primero queríamos estar bien establecidos en nuestros trabajos, tener una casa propia… —enumera—. Ya sabes, los típicos problemas de la gente corriente.

—No hace gracia —murmuro mientras le doy otro sorbo a la bebida—. ¿Viviréis aquí o en Nueva York?

—Nueva York —confirma—. A Will le han dado plaza en el presbiteriano dentro de dos meses, y es donde siempre hemos querido vivir. —Resopla y me guiña un ojo—. Dejemos de hablar de mí, ¿cómo es eso de que vas a ir al mejor festival de música del año? No es típico de ti.

—Freya —resumo y me entiende sin necesidad de dar más explicaciones—. No es que me apetezca mucho, pero ella quería que la acompañase. Según sus palabras, se lo debo y no puedo rechazar su regalo de cumpleaños porque estaría siendo maleducada y muy mala hermana.

No hace falta que le cuente que no hemos viajado juntas por normas de la casa real, al igual que tampoco puedo hacerlo con mi padre. Todo porque, en el caso de un hipotético accidente, la sucesión al trono podría verse afectada. Es otra de las cosas que a la gente le sorprende, pero estoy acostumbrada. Desde que tengo uso de memoria, no he estado en un avión con mi padre cuando hemos ido de vacaciones.

—A veces pienso que tengo suerte de no tener tu vida —dice y sus ojos oscuros, casi negros, me examinan—. No podría llevarlo tan bien como tú. —No respondo porque no sé qué decir. Tampoco he tenido otra experiencia, siempre ha sido así—. ¿Alguna novedad? Algo que no salga en la prensa, sé que no debo fiarme de ella.

—¿Sigues con tu obsesión por leer la prensa internacional?

—Claro, de algún modo tengo que enterarme de lo que hace mi amiga la princesa.

Sé que no va a dejar de insistir, por lo que me rindo. Con el paso de los años he aprendido que no merece la pena perder el tiempo de ese modo.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Accedo. Menciono lo bien que me llevo con las monarquías de nuestros países vecinos,

nombro a mi mejor amigo, que es uno de ellos, aunque ya lo conoce (se lo presenté cuando vino de visita), y la relación más que cordial que tengo con otros miembros de la realeza europea.

—Por lo que no, no tengo nada con ningún príncipe. —Vuelvo a colocarme un par de mechones rubios detrás de la oreja—. Solo los mensajes por educación felicitando cumpleaños, festividades y otras fechas especiales…

—¿Entonces, por qué dice eso la prensa? —pregunta sin entender nada.

—Bienvenida a mi mundo, en el que casi todo lo que hago es noticia sin serlo.

Seguimos poniéndonos al día como si no hubiera pasado tanto tiempo desde que nos vimos por última vez. Aunque no puedo asegurarlo, le prometo que intentaré ir a su boda y que haré todo lo posible para cumplirlo. Es lo mínimo que puedo hacer por ella.

Estoy tan cómoda que, cuando mi móvil se ilumina al recibir un mensaje, casi no le presto atención. Pero no puedo obviarlo, no cuando empiezan a llegar más casi de forma repetitiva. Típico de mi hermana. Está muy emocionada por haber llegado y por el festival, no ha dejado de hablar de ello en semanas.

—¡Lena! —El grito de Freya, junto a su tono juguetón y despreocupado, hace que su voz sea inconfundible. Sin pensar en el protocolo, o que su equipo de seguridad entre con ella, se acerca a mí a toda velocidad, obligándome a que me levante para que sus brazos rodeen mi cuerpo. Está siendo muy efusiva (más de lo normal, incluso), y creo que no se da cuenta de que no estoy sola, porque habla en nuestro idioma materno—. Cómo me gusta estar fuera de nuestro país para poder ser cariñosa sin tener que reprimirme. ¡Con lo que adoro dar abrazos!

Otra norma de protocolo: no podemos tener muestras de afecto exageradas en público. Y menos aún con una pareja sentimental.

—No estamos solas —le recuerdo en inglés—. Y estás llamando demasiado la atención.

Mucha de la gente que está en el restaurante como nosotras, por el escándalo, han dejado de hablar entre ellos para centrarse en Freya.

—Ah, sí, lo siento. Soy Freya —se presenta mirando a mi amiga, ofreciéndole la mano—. Debes de ser Rachel, mi hermana me ha hablado de ti.

—¿Lo ha hecho? —pregunta con cierta sorna en su voz, pasándose la mano por su cabello rizado.

—Sí, pero ya la debes conocer —sigue mi hermana, más que contenta de poder sacarme de quicio—, poca información y siempre dicha con demasiada formalidad…

—A mí también me ha hablado mucho de ti —afirma Rachel—. Y de tus travesuras.

—Seguro que exagera, es que Lena es demasiado correcta.

Me muerdo el labio para reprimir el impulso de contestar. Freya es, de lejos, la más traviesa de nosotros tres. Ni Kristoff ni yo le hemos dado esa clase de problema a nuestros padres, pero ella… Ella es todo lo contrario.

—No se puede negar que sois hermanas, ambas tenéis ese color de pelo tan típico nórdico. Ese rubio casi blanco tan característico. Aunque lo demás… —se ríe Rachel y niega con la cabeza; sé a lo que se refiere, nuestro carácter y actitud corporal es totalmente diferente—. Tengo que irme. Ha sido un placer verte, Lena. Y a ti conocerte, por fin, Freya.

Unos minutos más tarde, después de que el equipo de seguridad compruebe que no hay nada fuera de lo normal, Freya se está instalando en una de las habitaciones a unos pisos de distancia de mi suite. Si fuera por ella, se habría quedado conmigo, pero necesito mi propio espacio y es mejor estar separadas por si hay algún incidente.

—Papá me ha obligado a venir con más escolta de la que quería —protesta mientras deshace

una de las maletas que ha traído. Ha exagerado con el equipaje, pero ella es así, excesiva en todos los aspectos de su vida—. Sí, me ha ayudado mamá a hacerla —se apresura a decir cuando ve que estoy mirando su ropa, doblada a la perfección—. ¿Y si la dejo sin colocar?

—Se va a arrugar.

—Tampoco me importa. —Se encoge de hombros—. ¿Por qué no podía dejarme ir sola papá? —se queja, haciendo un mohín con el labio—. Estamos en otro continente y casi nadie nos conoce. No es como si me fuera a pasar algo. Además, lo normal sería que te atacasen a ti, no a mí. No dejo de ser la persona con menos probabilidades de heredar el trono, y menos mal, qué aburrimiento.

—Gracias, Freya —espeto en voz más baja. No es que me haya molestado, la conozco lo suficiente para saber que son comentarios sin malicia—. Me alegra saber el aprecio que me tienes.

—Eres mi hermana preferida, ¿eso no cuenta?

Me mira poniendo su mejor cara, la de niña buena, la que usa para convencer a nuestros padres de que quiere algo o que le den permiso para ir a algún sitio.

—Soy la única que tienes.

—Sí, pero tú no me has dicho que soy tu hermana preferida, ¿ves la diferencia entre tú y yo? —Se tumba en la cama, sin acabar de guardar su ropa—. ¿Y si le hablas a papá y le comentas que tus guardaespaldas pueden echarme un ojo a mí también? No es tan raro.

—Sabes que no funciona así.

No disimula un suspiro más que sonoro mientras se cubre la cara con una de las almohadas ante la negativa.

Somos muy distintas. Demasiado. Creo que el hecho de que ella sea la pequeña le ha quitado una presión que yo sí he tenido, y también, aunque en menor grado, Kristoff, nuestro hermano. Es casi imposible que ella llegue a ser reina; tendrían que suceder muchas cosas —todas poco probables— para que ocurra, y eso ha hecho que no le preocupe tanto la opinión pública.

Gracias a su carisma y la gran sonrisa que casi siempre conquista a todo el mundo, ha sido capaz de solventar más de una situación en la que se ha saltado el protocolo.

—Aún no sé por qué has querido que venga contigo —admito con cierta curiosidad. Le había dado muchas vueltas en el trayecto—. Sueles hacer estas cosas con tus amigas.

—¿Es raro querer crear recuerdos con mi hermana? —resalta de forma obvia—. Además, nunca he estado en Norteamérica y tú sí, ¿quién mejor para acompañarme que tú?

—Papá solo te dejaba venir conmigo, ¿no? —Doy por hecho—. Por eso ha sido uno de tus regalos de cumpleaños, porque es a ti a quien le apetece.

—Eso me ofende —gruñe con molestia y se incorpora para poder mirarme a los ojos—. Sí, me apetece ir a ese festival, pero lo que quiero es que te diviertas un poco, lo necesitas. Siempre eres tan formal y correcta… —Aprieta los labios—. Si soy sincera, a veces dudo de si te diviertes o eres feliz. ¿Lo eres, Lena? Porque quiero que lo seas, que no sientas que tu carga es demasiado dura y que por eso tienes que reprimir tus sentimientos…

No soy muy dada a dar abrazos, pero sé que ella sí y, después de lo que ha dicho, se merece uno. Pese a sus excentricidades y a nuestras diferencias, es imposible no querer a Freya.

Recuerdo a la perfección cuando supe que iba a tener una hermana pequeña, lo feliz que me había puesto la noticia y lo claro que tuve que la cuidaría y protegería de todo lo posible.

—Gracias.

—¡No tienes que darlas! Es lo normal, ¿no quieres lo mismo para mí? —Asiento y me guiña

un ojo—. He traído mucha ropa para el festival; alguna para ti, si quieres. —Saca un par de vestidos que nunca le he visto—. Estoy muy emocionada, no sabes cuánto.

—Lo estoy notando, Freya.

—¡Es que va a ir mi cantante favorito! —exclama con júbilo—. No puedo parar de escuchar su música, es que es taaan perfecto. ¡Será la primera vez que lo vea en persona! Nunca ha ido a Suecia.

—¿Ese cantante del que pones canciones a todas horas?

—¡Sí! —Da un bote en la cama por la emoción—. Ya verás, Lena, te va a encantar, es perfecto —repite—. Canta de maravilla, es guapo, compone sus propios temas…

Verla tan entusiasmada por algo me trae recuerdos a cuando tenía su edad y me gustaba mucho uno de los cantantes más famosos de Suecia. No llegaba a su extremo de fanatismo, pero la entiendo.

—Recuerda que tenemos que mantener un perfil bajo, no llamar la atención —remarco—. Dudo que nos reconozcan, pero es mejor no tentar a la suerte. Me gusta este anonimato.

—Entonces espero que no te vistas así, destacas por tu elegancia y esa ropa tan… tú. —Me da un beso en la mejilla antes de que pueda quejarme—. ¿Hacemos algo para matar el tiempo? ¿Nos vamos de compras?

—Creo que iré a descansar, si no te parece mal. Tú puedes salir a investigar la ciudad, que sé que te mueres de ganas, pero con tus guardaespaldas.

—Aburrida —resopla—. Para ir sola me quedo en la habitación durmiendo, sin ti no lo voy a disfrutar igual.

Nuestros ojos se cruzan. Sé lo que intenta: convencerme de ir con ella al usar la táctica de la pena. No va a funcionar.

—Freya, no.

—¿No? —repite—. Si no he dicho ni te he pedido nada. —Se hace la inocente—. Te dejo descansar, Lena, al menos por un par de horas. Lo vas a necesitar, estaremos hasta que acabe el último del cartel de hoy.

Lo dice con esa gran sonrisa que la caracteriza y no me sale decirle que no.

Cuando salgo de la habitación, los guardaespaldas que se habían quedado custodiando la puerta me acompañan en silencio hasta mi planta. Ahí me siento en uno de los sofás que hay y compruebo si ha habido algún cambio en mi agenda, algún acto nuevo o cambio de fecha. Mi secretaria y una de las encargadas de protocolo de palacio tienen vinculado mi calendario con el suyo, facilitando el trabajo.

Aprovechando que tengo el teléfono encendido, le mando un mensaje a mis mejores amigos por el grupo que tenemos juntos, diciéndoles que he llegado bien y que Freya también está aquí. Sé que uno de ellos, Nikolaj, preferiría que le llamase, pero no me apetece hablar con nadie ahora mismo.

—¿Necesita algo, alteza? —Uno de los guardaespaldas me observa, esperando a que le dé una orden.

—No —respondo de forma escueta—, y no me llames alteza si no hay nadie delante, por favor. Sabes que me siento incómoda. Hemos tenido esta conversación muchas veces.

Hace un asentimiento de cabeza, parecido a una reverencia y me deja a solas, o lo más sola que pueda considerarse debido a mi situación. Quiero aprovechar el momento de falsa soledad que tengo para descansar, así que cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco y no pensar en nada.

Es imposible.

Me levanto y busco unos documentos que me he traído para leerme cuando tuviera tiempo, unos a los que ya he echado un primer vistazo en el vuelo para aprovechar el tiempo. Mi padre quería que le diera mi opinión acerca de ellos, así que vuelvo a estudiarlos y a hacer anotaciones en lo que me resulta interesante; sin embargo, no puedo seguir con mi lectura con tranquilidad porque sé que mi hermana está aquí. No hace falta que hable, noto su mirada fija en mí.

—Sabía que no descansarías —comenta con una sonrisa victoriosa en el rostro—. Te conozco tanto...

—¿Cómo te han dejado pasar sin preguntarme antes? —le pregunto, ignorando lo que ha dicho—. O anunciando tu entrada.

—Porque soy yo. —Pone los ojos en blanco como si fuera obvio—. Ni que fuera a atentar contra tu vida. —Se ríe, imaginando una situación ficticia que será de todo menos lógica—. ¿Te imaginas? Primero acabo contigo, luego de unos años con Kristof… y ¡pam! El trono es mío.

—Y tú encantada, claro —le sigo la broma, más que consciente de que no habla en serio—. Deberé vigilar más mis espaldas a tu lado.

—Sí, que nunca se sabe. —A paso rápido, se sienta a mi lado en el sofá y mira de reojo los papeles que he estado leyendo—. No han podido retenerme, ¿sabes? Ni obstaculizar mi paso por miedo a hacerme daño. No dejo de ser también princesa. —Sigue observando los documentos y frunce el ceño—. No hagas nada institucional, Lena, no en este viaje. Disfrutemos juntas.

—Freya…

No es así de fácil, ojalá lo fuera, pero no puedo decepcionar a nuestro padre.

—Admiro cómo eres, de verdad lo hago —afirma, haciendo que nuestros ojos azules, de distinta tonalidad, se encuentren—. Te tomas muy en serio tu papel y sé que serás una de las mejores reinas que hemos tenido nunca. No tengo ninguna duda. Estarás al mismo nivel, o más alto incluso, que la reina Cristina —argumenta muy convencida—. Pero ahora no estamos en Suecia, Lena. No tienes que preocuparte tanto.

—No es que esté de ningún modo, es que soy así.

—¡Lo sé! Solo intenta disfrutar un poco. Por favor, hazlo por mí —pide, haciendo un puchero —. Además, necesito consejo de mi hermana mayor, no de la heredera al trono. Ese es otro de los motivos por los que he querido que solo estemos tú y yo.

De forma involuntaria, hago una mueca. ¿Le ha pasado algo? ¿No me he dado cuenta de que mi hermana está pasándolo tan mal que ha tenido que ser ella la que me lo cuente antes? ¿Tan inmersa estoy en mis obligaciones que no veo lo importante?

—¿Estás bien?

Freya suele ser muy comunicativa con su vida, pero quizá se ha callado algún aspecto personal. ¿Y si ha tenido pareja y no ha funcionado? ¿Y si le han roto el corazón?

—Sí, pero…

—¿Pero? —insisto para que no se quede callada.

—Sabes que papá y mamá no están muy contentos con mis resultados académicos, que creen que no me esfuerzo lo suficiente y que podría hacer mucho más, que si sigo así no podré llegar a la universidad. —Asiento de forma sutil. Ese ha sido un problema desde que entró en la preadolescencia: sus notas nunca han sido buenas y suspende sobre todo las asignaturas de ciencias, lo que lleva a muchas discusiones entre nuestros padres. Nuestra madre intenta mediar y ser más comprensiva, todo lo contrario a nuestro padre—. Y no tenía muy claro lo que me veo haciendo en el futuro.

—¿Ahora ya sí?

—Es que sé que a papá no le parecerá bien y...

—Freya, al grano, por favor.

Que se lo piense tanto me hace suponer que lo que voy a escuchar va a ser una auténtica locura.

—Quiero irme a estudiar dos años a Francia —suelta, y de inmediato su actitud corporal se relaja, como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. Soy realista, si me quedo en Suecia no seguiré estudiando para ir a la universidad, no me irá bien, me frustraré aún más, y será peor. —Tiene razón, son tres años muy duros y exigentes—. He estado mirando bachilleratos internacionales por Europa, unos que luego me darían acceso a formaciones profesionales aquí que me gustan o carreras más artísticas y…

—Y a papá no le parecerá suficiente —completo su frase—. ¿Cuándo te ha importado lo que dijera él? Siempre has hecho un poco lo que has querido.

—Lo sé… —Baja la cabeza e intento darle apoyo con la mirada y cogiéndole la mano—. Aunque no lo admita, me gusta tener su aprobación.

En ese aspecto, nuestro padre es un poco intransigente. Nos ha intentado inculcar desde pequeños que tenemos que tener los máximos estudios posibles para poder representar la corona lo mejor posible, adquirir conocimientos de todo tipo. No podemos ser mediocres, ni debemos serlo. Un ejemplo son los idiomas. Desde pequeños, hemos aprendido el mayor número de lenguas posible, con la ayuda de niñeras de otros países para dominarlos casi a la perfección. En mi caso había sido sueco, inglés, alemán y español.

—Dime que no has enviado una solicitud y te la han aprobado —me adelanto a lo que me va a decir. Es tan impulsiva que no me sorprendería que ya lo hubiese hecho.

—Sí.

—Freya… —Suspiro y me tapo la cara con las manos para aclarar un poco mis ideas. Lo que me está diciendo es una auténtica locura—. Deberías haber hablado antes conmigo o con Kristoff.

—No sabía cómo hacerlo, tampoco quería molestaros con mis problemas.

—Nunca nos molestas —me apresuro a decir—. Vamos a hacer una cosa —propongo al ver que está muy nerviosa—: cuando volvamos y tú hables con papá estaré a tu lado y te apoyaré, porque no puedes ocultarlo más.

—¿Lo harás?

—Claro que sí. Sabes que no fallo a mi palabra.

—¡Gracias! Sé que si tú le dices a papá seguro que se lo toma muy bien.

—No, espera. Yo no he dicho eso. —Niego con la cabeza. Solo he accedido a ayudarla, nada más. Tiene que ser ella la que afronte la situación—. No voy a ser yo la que hable con papá.

—Pero...

—No, Freya, no. Serás tú. Yo intercederé en caso de que necesites mi ayuda. Nada más.

Siempre intentaré estar a su lado para apoyarla en cualquier problema, pero tiene que luchar sus propias batallas.

—Eres aburrida. —Se levanta y va directa hacia el armario donde ya he guardado la ropa—. ¿Puedo elegir lo que te vas a poner para el festival?

—No creo que te guste mucho lo que he traído.

—De hecho, no —secunda—, pero hay tiempo para que escoja algo que sea decente.

Me gustaría quejarme al ver cómo va poniendo caras mientras ojea lo que hay, hasta que

sonríe y saca unos pantalones cortos que ni siquiera me había dado cuenta de que había traído hasta que he deshecho la maleta. Es más, creo que ha sido ella la que los ha colocado ahí. No es que no me guste ese tipo de ropa, es que estoy tan acostumbrada a llevar la que es protocolariamente correcta, que suele ser por debajo de la rodilla, que se me hace extraño. Eso sí, no le dejo que me peine como ella quiere o que me pinte las uñas con colores vivos, porque sé que se me haría complicado luego no volver a hacerlo.

Un par de horas más tarde, Freya y yo llegamos al lugar en el que se celebra el festival en coches separados.

El ambiente que se respira es magnífico y hay tanta gente que, aunque suene raro, me hace sentir libre porque significa que no va a haber nadie juzgándome o analizándome. Mientras el equipo de seguridad se divide —un par delante para comprobar que no hay peligros y los otros entre nuestros laterales y detrás, a cierta distancia para darnos algo de intimidad—, vamos caminando hasta llegar a nuestra zona.

Mi hermana está pletórica de felicidad. Parece que, en lugar de caminar, vaya dando saltitos, tarareando las canciones que suenan de fondo sin prestar atención a lo que la rodea. Está tan distraída que no se da cuenta de lo que hace hasta que se choca con un grupo de gente.

—Lo siento —murmura en sueco y luego rápidamente lo vuelve a repetir en inglés, sonrojada por la vergüenza—. Lo siento.

Un par de personas se giran y nos examinan de arriba abajo. Es extraño porque parece que nos estén inspeccionando como si no hubiera sido una colisión accidental o quisiéramos hacer algo más. No soy la única que se da cuenta, un par de nuestras escoltas se acercan lo más rápido que pueden sin llamar la atención para prevenir daños.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta una voz ronca, casi rota, aproximándonos. También nos mira, pero de una forma muy distinta. Sus ojos recorren nuestros cuerpos sin ningún tipo de disimulo y al final sonríe, como si le hubiera gustado lo que ve—. No les hagáis nada, miradlas. Son dos bellezas. Quizá solo quieren mi atención. —Alzo una ceja y de reojo veo que Freya se ríe de forma nerviosa, baja la cabeza y está un poco más sonrojada. No la entiendo. Sí, es guapo, pero por la edad que aparenta, podría ser perfectamente su hermano—. Aunque debo decir que tú has llamado más mi atención —añade y me guiña un ojo—. Bonitas piernas, rubia.

—¿Disculpa?

No me creo lo que está pasando. Sé que no me conoce y que no tiene que tratarme con formalidad, no es que sea característico en situaciones así, pero hay algo que se llama respeto y parece que él no lo tiene.

—No te preocupes, yo te perdono todo lo que quieras —ronronea, haciendo que se note aún más lo rasgada que es su voz, y vuelve a sonreír. Con total confianza y sin que me lo espere, me coge la mano derecha y deja un beso en el dorso—. ¿Cómo te llamas, princesa?

Hago un gesto con la cabeza para que los guardaespaldas no reduzcan a este individuo, aunque ganas no me faltan. Puedo salir de esta situación sola, soy lo suficientemente capaz. Me hace gracia que me haya llamado princesa cuando no sabe quién soy.

—No creo que te haya dado permiso para tutearme, agarrarme la mano y hablarme de ese modo. —Me aparto un poco, quitando la mano de forma brusca, intentando ser educada dentro de lo posible. No quiero perder los papeles—. Agradecería que te disculpases.

—Eso no responde mi pregunta, princesa. ¿Cómo te llamas?

Resoplo. Desvía lo que he dicho haciendo otra pregunta. Esa táctica no funciona conmigo. El problema es Freya, que se adelanta un poco y abraza al hombre como si lo conociera de toda la vida.

¿Qué me estoy perdiendo?

—No me puedo creer que estés hablando con nosotras —suelta tan emocionada que chilla—. ¡He abrazado a Rìgh Bastian! No me lo puedo creer. Es el mejor día de mi vida. ¡Es que eres Rìgh Bastian!

Ese nombre me suena. ¿Este es el cantante que tanto le gusta?

—Ese soy yo —confirma, sin apartarse, respondiendo el abrazo de mi hermana. Es ella la que se aleja, aún más colorada que antes—. Así que tengo delante a dos fans. Siempre es un placer conocer a admiradoras, y más si son tan agradables a la vista, pero seguís sin responder mis preguntas, eso me duele.

—Bueno, yo soy la fan —corrige Freya sabiendo que si no lo hace, voy a molestarme—. Ella es mi hermana y ha venido a acompañarme porque no puedo venir sola. —El chico alza una ceja, curioso—. Ah, sí, ella es Lena y yo soy Freya.

¿Por qué le dice nuestros nombres? ¿Ha perdido la cabeza? ¿No se da cuenta de que es peligroso?

—Lo dicho, un placer conocer a dos preciosidades. Lena. —Me mira y se muerde el labio inferior, que es más carnoso de lo que suelen ser en otros hombres, de forma ligera en un intento de coqueteo. Me está sacando de quicio y tengo que contar hasta cinco para no soltar un improperio—. ¿Te gustaría venir conmigo después del concierto? Podemos pasar una muy buena noche.

Eso es lo último que escucho, ya que empiezo a irme de ahí. No sé quién se piensa que es, por muy famoso que sea no tiene derecho a tratarme así o a considerar que, por el mero hecho de que es conocido y guapo, se hará lo que él quiera. ¿Nadie le ha enseñado modales? Además, lo ha dicho con tanta facilidad que se nota que es algo típico en él.

¿Cómo hay personas que aceptan una proposición de este modo?

Si no estuviéramos rodeadas de tantas personas, le habría respondido, y no de forma agradable. Sin embargo, lo último que quiero es un escándalo.

—¡Lena, espérame! —Freya corre hasta ponerse a mi altura, respirando de forma acelerada por el esfuerzo—. ¿Por qué te has ido?

—Deberías mejorar tus gustos. No sé cómo te puede gustar alguien así. Es un...

Me callo, no quiero romperle la idealización de su ídolo. Ya se dará cuenta ella, con el tiempo. O eso espero.

—¿Un…?

—No quiero decir ninguna palabra malsonante. Dejémoslo.

—Su música es muy buena —argumenta para defenderlo, como si eso fuera suficiente—. Y sabes que no es para tanto, tiendes a juzgar a la gente de forma rápida sin conocerla.

—¿Que no es para tanto? Freya, por favor. —Suspiro, va a ser imposible que vea la situación con claridad—. ¿Has visto cómo me ha tratado?

—Ha insistido en que quiere que pases el tiempo con él después del concierto que haga. Muchas chicas estarían deseándolo.

Al menos no le ha dicho todo eso a Freya, porque en ese caso me habría importado poco la educación. Mi hermana no deja de ser menor. Comparada a él, es tan solo una niña.

—Entonces, que espere sentado. No puede tratar a alguien así, no estamos en el siglo pasado.

Hay algo que se llama respeto. Ya puede ser un buen músico, porque...

—Ahora estás siendo tú la exagerada —se mofa—. No me quites ese papel. La única exagerada soy yo. ¿Del siglo pasado? Solo ha sido directo.

Durante el resto de la noche, Freya hace el esfuerzo de no comentar mucho ese encuentro, pero aunque no quiera, no para de mencionarlo sin querer y siempre añade lo emocionada que está. Agradezco que lo haga y disfrutamos de los conciertos que hay programados para hoy. Lo bueno es que estamos en una buena zona, muy cerca del escenario pero ocultas de posibles medios de comunicación que nos descubran por casualidad.

Mi hermana hace todo lo que puede para conseguir que me lo pase bien: bromea, comenta, va tarareando todas las canciones, aunque no se las sepa, baila y ríe. Cuando le toca al cantante engreído parece que sepa el sitio en el que estamos, porque lo primero que hace es guiñar un ojo en nuestra dirección. Me gustaría irme, pero no quiero hacerle eso a Freya, que tiene un brillo especial en los ojos. Recita de memoria todo lo que él canta y lo da todo. Le hago unas cuantas fotografías sin que se lo espere, unas que le va a encantar verlas más tarde, y al final acabamos las dos sonriendo mientras nos hacemos selfies.

Tenía razón, es muy buen músico, aunque tengo la sensación de que no ha parado de mirar en nuestra dirección.

—¿Repetirías? —pregunta Freya una vez que vamos en dirección a los coches para marcharnos.

—Me lo he pasado muy bien, gracias por regalarme estas entradas.

Aunque lo mejor ha sido ver su cara de felicidad, por eso ya ha valido la pena.

—Es que hago muy buenos planes. No me lo agradezcas. —Se ríe y entrelaza nuestros brazos —. Mañana vamos a ir de compras, ¿de acuerdo?

No llego a negarme porque, antes de que llegue contestar, el jefe de mi equipo de seguridad se acerca con mala cara. De inmediato, me fijo en que se le marcan más las arrugas que tiene alrededor de los ojos, lo que siempre indica que hay algo que va mal.

—Alteza, tenemos un problema.

DOS
Sebastian

Estoy frustrado.

Arrugo el papel que estoy usando para escribir una posible canción, y lo lanzo al suelo lleno de rabia. Sin saber bien qué hacer, me coloco el lápiz detrás de la oreja. No dura mucho; me molesta de inmediato y acaba en el suelo.

Odio ese sentimiento, odio sentirme impotente. En un intento de apaciguar el caos que tengo en la mente, me levanto para servirme una copa.

Sonrío para mí mismo al ver que han cumplido una de mis peticiones excéntricas. No es que sea nada extraño, pero es una de mis manías. Necesito al menos tres botellas de una marca concreta de whisky escocés, el mejor en mi opinión. Aunque creo que no soy imparcial, tengo raíces escocesas que hacen que sepa valorar lo que es bueno.

Una vez preparo la bebida, me paseo por la habitación sin acercarme a la cama, donde sigue dormida la chica con la que he venido hace unas horas. Me detengo al llegar al gran ventanal, en el que se observa a la perfección la ciudad iluminada por la noche. Otra de las condiciones que había pedido era estar en la suite más cara y alta del edificio, una en la que ya me había alojado en el pasado; sin embargo, ya estaba ocupada, por lo que me he tenido que conformar con esta. No está mal, pero no me acaba de gustar.

Me dejo llevar por la belleza nocturna, el tumulto de personas que avanzan por la calle sin rumbo, escuchando de forma lejana el ruido y el bullicio de la ciudad. Intento poner la mente en blanco, sin éxito. No consigo relajarme.

Llevo un tiempo sin poder escribir letras nuevas que me parezcan lo suficientemente buenas, o melodías decentes para poder usar en el futuro. Puedo estar horas probándolo, horas que pierdo porque no consigo nada. Solo me salen rimas absurdas, con abundantes tópicos y frases llenas de tonterías; acordes sin sentido o que suenan parecidos a otras canciones que ya he hecho en el pasado.

Sé que no debería preocuparme, porque he sacado un disco hace poco, las críticas están siendo muy positivas y no tengo que lanzar ningún proyecto en un tiempo…

Pero no me consuela.

La música es mi salvación. Si no puedo componer me falta algo; es la manera que tengo de expresarme, de mostrar mis sentimientos sin que me consuman, de darles una salida. Mi vía de escape.

No obstante, tengo clara una cosa: no voy a rendirme. Esa palabra no está en mi diccionario y tampoco es mi estilo.

Sebastian Hiddleston no es alguien que abandona a la primera.

Sin mucho cuidado —me da bastante igual si mi acompañante se despierta—, cojo una de las

guitarras que he traído, de mis favoritas, y empiezo a tocar los acordes de una de las primeras melodías que compuse. Con solo unos pocos segundos, me centro al completo en la música, olvidándome de lo que tengo en la cabeza.

—¿Canción nueva? —Ni me giro para mirarla, pero por el reflejo del ventanal observo que ha cogido la sábana para taparse. Como si no la hubiera visto desnuda. No entiendo este tipo de pudor que tienen algunas mujeres en ese sentido, ¿ahora es tímida? Hace unas horas era de todo menos eso—. ¿Es algo confidencial y no puedes decirlo?

—¿Te gusta mucho mi música? —pregunto sin mirarla, centrándome en tocar las últimas notas.

—Claro, ¿a quién no le gusta lo que hace Rìgh Bastian? No en vano eres el cantante del momento.

No reprimo la carcajada al escucharla, ni siquiera disimulo. El subconsciente le ha delatado, ha dejado bien claras sus intenciones. Tampoco es que me sorprenda; sé la razón por la que las mujeres se acercan a mí, y sinceramente, no me importa. Si ellas me quieren usar de ese modo, hago lo mismo. No las obligo a nada, ni ellas a mí, nos lo pasamos bien sin complicarnos. Además, me gusta recibir ese tipo de atención, aunque sea por mi fama. Si luego me tachan de mujeriego, no me importa. Solo vivo la vida tal y como me gusta: al límite.

—Princesa, sé quién soy, no tienes que subirme el ego, ya lo hago solo —murmuro y acabo por reírme—. ¿Sabes algo más que eso? Mi nombre, por ejemplo.

—Acabo de decirlo, Rìgh Bastian.

—Ese es mi nombre artístico —señalo y niego con la cabeza, sin ocultar una sonrisa sarcástica.

No pensé mucho en escogerlo. Quería que tuviera gancho y fuese único en parte, así que usé lo poco que sé de gaélico escocés para ello. Si me considero un rey, ¿por qué no demostrarlo también con el apodo con que el mundo me conoce?

—¿Qué canción es? —cambia de tema y vuelve a insistir con su pregunta.

La he pillado, no sabe mi nombre real. Patético. No es tan complicado averiguarlo, si es lo primero que sale en cualquier buscador de internet.

En un intento de distraerme, se sienta a mi lado, apartando un poco la sábana, mostrando un poco más de su cuerpo.

Cree que va a funcionar, pobre ilusa.

Hago todo lo contrario a lo que espera: me muevo de inmediato. No quiero tenerla tan cerca.

—De mi primer disco. Te daría uno, pero entonces no ganaría dinero. —Aparto la guitarra con cuidado. Me levanto y la dejo en su sitio, asegurándome que no se va a caer—. Ahora que te has despertado, puedes irte.

—¿Irme? —Por su reacción, no se lo espera—. ¿No quieres repetir?

Querer quiero, pero no me apetece. No con ella.

—No repito con nadie, le quita la magia a la situación —comento y sonrío sin que se me vean los dientes—. Ha estado muy bien, de eso que no te quepa duda. Puedes sentirte orgullosa.

Quizá estoy a la defensiva, y no lo merece, pero quiero estar solo. Que no se sepa mi nombre se suma a mi frustración por mi bloqueo creativo. No ha disimulado sus intenciones y no me apetece seguir siendo agradable. Hasta me molesta tenerla delante. Siempre que me llevo a alguien a la cama, aunque no lo hablemos, establecemos un acuerdo. Ellas disimulan su interés por mí debido a mi fama, la principal razón por la que tengo tanto éxito, y yo hago lo mismo: oculto que solo las quiero para pasar el rato.

—Creía que… —Hace un puchero, parpadea de forma repetida y se le humedecen los ojos. Quiere manipularme con pena—. Tú has dicho que ha estado muy bien y…

Miente. Es lo que suelen hacer la mayoría. Ven en mí una oportunidad, un trampolín a una fama efímera, una forma de escape de sus vidas, dinero fácil. Sé que si pudieran, o tuvieran pruebas, venderían estos momentos en todos los medios posibles: revistas, televisiones, redes sociales… La ventaja de tener tanta reputación es que tengo un muy buen equipo a mi alrededor, tanto de seguridad como de control de comunicación, excelentes profesionales que me protegen de esos posibles escándalos.

Puedo parecer muchas cosas, pero tonto no es una de ellas.

—Si no tienes cómo volver a tu casa, te doy dinero suficiente para que puedas pedir un taxi.

—¿Después de echarme de tu habitación te preocupas por mí? —espeta muy molesta. Al darse cuenta de que no ha funcionado su actuación, se ha quitado la faceta de niña buena—. Un poco hipócrita de tu parte.

—Entiendo que estés molesta, no creas que no. —Le ofrezco una botella de agua del minibar por si tiene sed—. La cosa está en que, por mucho que creas ahora mismo que soy un cabrón, no es así. No soy mala persona, no quiero que te suceda nada.

Al haber accedido a venir conmigo ha dejado atrás a sus amigas y ha perdido su forma de volver a casa, hotel, o donde sea que se esté quedando. No estaría tranquilo al pensar que le ha podido suceder algo al no tener un método seguro de volver, y más a estas horas. Por no mencionar lo pesado que sería James, echándomelo en cara toda la vida. En lugar de decir algo más, empieza a vestirse. Para dejarle intimidad, devuelvo mi vista al ventanal y observo la ciudad. No quiero que se sienta incómoda.

—¿Me darás el dinero para el taxi? —exige una vez que está lista para marcharse—. Espero que me devuelvan mi teléfono y mis otras cosas. No creo que seas un ladrón, eso te daría peor fama de la que ya tienes.

¿Peor fama por proteger mi vida privada? Lo dudo, si ya me consideran el niño malo del país.

—No te preocupes por eso —la calmo—. Mi equipo de seguridad te lo dará cuando salgas.

—Lo quiero ahora.

Suspiro. Ahora tiene prisa. Me acerco hasta donde he dejado el teléfono y le envío un mensaje a James para que venga junto a uno de mis guardaespaldas.

Pocos minutos después, llegan los dos y antes de que el guardaespaldas la acompañe a la salida, le doy doscientos dólares a la chica. Será más que suficiente, o eso espero.

—No se lo ha tomado bien, ¿no? —asume James y niego con la cabeza—. Llevas últimamente una racha...

Sé que no me está juzgando ni reprochando mi comportamiento. No va a servirle de nada y es lo suficientemente listo para no ponerse a discutir conmigo cuando no tiene las de ganar. Pero tiene razón, cada vez se lo toman peor.

Y no lo entiendo, ¿qué esperan de mí? Mi fama me precede.

—¿Tengo la culpa de que solo se me acerquen cazafamosos? Esta ni siquiera sabía mi nombre real.

—¿Y tú sabías el suyo? —rebate con picardía.

James, experto en darle la vuelta a la situación y hacerme pensar. Una de las múltiples razones por las que lo considero mi mejor amigo, porque no se calla nunca nada. No, no me acuerdo de cómo se llama, ¿Lydia? ¿Allison? ¿Maddison? Tampoco es que sea importante.

—Ha asegurado que era una gran fan mía. Las que lo son conocen mi nombre real; es como

lo básico de royals 101, introducción al *fandom.*

—Saber el nombre de la chica con la que vas a la cama también es respeto básico 101, ¿no crees?

Me paso la mano por el pelo. No sirve de nada discutir; me conoce demasiado bien y sabe qué decir y cómo hacerlo.

—Sí, tienes razón, ¿contento? —me rindo—. ¿Qué ocurre? Tu mensaje me ha preocupado, sobre todo por la urgencia de hablar conmigo.

—Ha vuelto a ponerse en contacto. —No lo adorna y lo agradezco, prefiero que me diga las cosas de forma directa—. Quiere más dinero.

—¿Cuánto más?

Aunque mi voz suena apática, como si no me importase, no es así. Han pasado muchos años y sigue teniendo ese poder sobre mí.

—No lo sé, no lo ha especificado, solo ha pedido más. De inmediato.

Resoplo. No estoy nada sorprendido.

—Haz la transacción que consideres oportuna. Confío en ti, lo sabes —afirmo—. Eso sí, mañana. Me da igual que tenga prisa, es mi dinero y las reglas las pongo yo.

—¿Debo sentirme halagado porque confías en mí? —pregunta en tono burlón—. Quizá influye un poco que haya crecido contigo y te haya visto comerte los mocos y meterte arena en la boca.

—Nunca he hecho esas cosas —me quejo. Ha conseguido su objetivo, que sonría y deje de estar tan tenso—. ¿No eras tú el de la arena?

—¿Eso es que reconoces lo de los mocos?

—¡James!

—Y no, eras tú, las fotos en casa de mis padres lo demuestran.

James es de las pocas personas que siguen a mi lado desde que mi carrera despegó. Y porque yo quise que así fuera, más por mi propio egoísmo que por otra cosa. No quería estar solo y sabía que él no me fallaría, que estaría a mi lado. Al resto de la gente que no era importante para mí lo dejé atrás. Como mi pasado.

—¿Qué agenda tengo mañana?

—¿Además del festival? —Asiento de forma leve. Sea lo que sea, lo tendrá anotado—. Nada. —Sonrío al pensar en la manera en la que podemos divertirnos juntos—. Quita esa expresión, tienes que hacer pruebas de sonido y...

—No sé por qué acepté un compromiso así en estas fechas —refunfuño. En este momento me parece una idea pésima—. Debería estar de vacaciones.

—Tu agente y manager consideró que era una buena oportunidad para promocionar el nuevo disco que has sacado. Uno muy bueno. —Me guiña el ojo con complicidad—. O eso es lo que dicen los expertos en el tema, porque yo qué voy a saber, si solo llevo escuchándote cantar y componer desde que tenías una fascinación por llevarte a la boca cosas extrañas…

—¿Por qué eres mi amigo? —No le dejo que me responda—. Después nos iremos a una isla paradisíaca de vacaciones, no acepto un no. Lo necesitamos.

—Después de eso empezarás a preparar tu gira —corrige, alzando las gafas con el dedo índice, ya que se le habían caído un poco por el puente de la nariz—. Te queda bastante para poder, como tú dices, descansar.

—¡Matas toda la diversión, James! —protesto y le doy un pequeño golpe en el hombro—. ¿Por qué eres así?

—Porque uno de los dos tiene que ser el responsable. —Desde pequeño, él lo ha sido—. ¿Vamos a hablar mucho más o me invitas ya a beber?

—¿Ves? Por eso me caes tan bien.

Al día siguiente, sobre media mañana, todo mi equipo y yo nos dirigimos al lugar en el que se celebra el festival para hacer la última prueba de sonido antes de la tarde, que es cuando va a ser mi actuación. Confirmo la lista de canciones que cantaré y las que no, la misma que les envió James cuando cerró el contrato.

—¿Y *We Could Be the Same?*

Alzo una ceja ante la insistencia de uno de los responsables para que incluya uno de mis temas más populares. Es de mis favoritos, pero es una canción muy importante para mí. Casi nunca la toco en público.

¿La razón? Ni yo mismo la sé. Quizá es que la letra me salió en un momento de debilidad donde lo único que deseaba era lo que la misma melodía expresaba, alguien que supiera ver a través de mí, pese a lo diferentes que pudiéramos ser, y me quisiera tal y como soy, o quizá es porque la encuentro muy cursi para mi gusto. Creo que es más bien la segunda opción. Demasiado arcoíris y purpurina.

—Mi agente especificó de forma muy clara cuál era la lista —musito sin levantar casi la voz, de forma autoritaria y seca.

Odio que quieran cambiar algo que previamente ya habíamos acordado.

—¿Qué problema hay con añadir una canción más? Estoy seguro de que, si en lugar de *Golden Strings*, tocases la que sugiero, el público lo disfrutaría más. Es mucho más movida, actual y no tan triste. ¿Quién quiere algo tan simple si desea pasárselo bien?

—¿Está diciendo que mi música es simple y mala? —Miro a mi mejor amigo y se lo pregunto a él, conteniendo una carcajada irónica—. Dime que lo he escuchado mal, James.

De forma sutil, con ese tipo de gestos que solo entiendo yo, niega con la cabeza para que no siga con lo que se me pasa por la cabeza. Me conoce bien, sabe que estoy a punto de no ser muy amable.

—Según el contrato que se firmó, la lista de canciones no es algo que se pueda modificar ni se va a hacer —habla James, quitándose las gafas sin dejar el contacto visual con el responsable. Tiene esa mirada, esa que, pese a su aspecto agradable y confiable, intimida—. Si no se llega al acuerdo que teníamos previamente, Rìgh Bastian no va a actuar, nos da igual pagar la compensación económica por incumplimiento de contrato.

Él sabe tan bien como yo que eso no ocurrirá, que por muy descontento que esté con el trato y por no hacer lo acordado, no voy a dejar tirada a la gente que ha pagado la entrada para verme, menos si son fans.

La amenaza nada disimulada de James funciona, ya no insiste más en que debo cantar We Could Be the Same, tampoco hace ningún otro comentario de ese tipo; se limita a hacer lo que debe, para lo que le pagan.

Y al acabar con todo, como hemos tardado más de lo que creíamos, nos quedamos por el festival, dando una vuelta, escuchando a los otros artistas e intentando pasarlo bien.

—No apartéis de forma brusca a las fans si se me acercan —le pido a uno de mis guardaespaldas entre risas después de pagar a todo el grupo lo que les ha apetecido en el establecimiento en el que hemos estado. No me gusta ser distante, no es mi estilo. Si se supone

que deben salvarme la vida, no me cuesta nada tener una relación cercana, más allá de lo profesional—. Tampoco a las mujeres que quieran llamar mi atención. Mis posibilidades de triunfar esta noche van en ello. Además, tengo suficiente con una persona aburrida en el grupo.

—Como si eso supusiera un problema —se burla James, negando con la cabeza—. Conseguirás una forma de llevarte a alguien a la habitación.

—¿Veis? Ya está James como el aguafiestas del grupo, no necesito a nadie más.

James no para de reír, sin dejar de mirarme. Está disfrutando con la situación y se le nota.

—A eso se llama un rechazo —se mofa—. ¿Cómo te sientes, Seb? ¿Quieres hacer alguna declaración?

—Técnicamente no ha sido uno…

—Oh, estás en negación, pobre, debes asumir que no puedes agradar a todo el mundo.

—Soy Rìgh Bastian, le gusto a todo el mundo —corrijo con soberbia, es imposible que no me haya considerado un placer visual—. Estoy convencido de que solo se está haciendo la difícil, nada más.

—¿No puedes aceptar que quizá no eres su tipo?

Podría, sí, pero no quiero hacerlo. Hay algo en esa chica —en Lena, ya que gracias a la que es mi fan he podido saber el nombre de ambas— que hace que no pueda dejar de recordar sus ojos: de un azul frío, casi irreal, parecido a témpanos de hielo capaces de congelar con solo una mirada.

—No digas tonterías, van a asistir a mi concierto. Freya —creo que se llama así, aunque no estoy seguro, he estado más pendiente de la otra—, es una royal. Solo me queda encontrarla y…

—Claro, como no habrá gente…

El comentario de uno de mis guardaespaldas hace que todo el grupo ría, yo entre ellos. Sí, tiene razón, pero mientras las observaba me he fijado en unos detalles que parece que los demás han pasan por alto.

—¿Las has visto? Tenían hasta equipo de seguridad. —Ha sido de las primeras cosas de las que me he dado cuenta: no estaban solas y las personas a su lado se parecían mucho a mis guardaespaldas por su actitud corporal y porte regio—. Tienen dinero, van a estar en una buena zona.

—Será por mujeres que quieren acostarse contigo —musita James—. No te obceques con eso, que te conozco.

Razón no le falta, pero nunca me han dicho que no, y esta no va a ser la primera vez.

—Es un reto —admito en voz alta—. Tendré que esforzarme.

—Y hacía mucho que no tenías uno, ¿verdad?

Guiño como respuesta, ni recuerdo la última vez que eso sucedió, al menos desde que empecé a triunfar.

Unas horas más tarde, cuando es mi turno de actuar, no sé si por suerte o porque mi radar no falla, la localizo de inmediato. No me he equivocado, están en una de las mejores zonas, apartadas y con las comodidades suficientes dentro de las posibilidades de este festival, lejos de miradas curiosas.

Freya grita con entusiasmo con los acordes de la primera canción, y como veo que tanto ella como Lena, están pendientes de mí, le guiño un ojo con una clara intención, que vea que mi interés está ahí, que la propuesta de pasar la noche juntos sigue en pie.

No se inmuta, solo niega con la cabeza y le comenta algo en la oreja a su hermana.

Estoy empezando a perder la poca paciencia que tengo.

—Como bien sabéis, el tema que viene ahora es de mi nuevo álbum, *Dea'th* —hablo entre canción y canción, después de preguntar al público cómo se lo están pasando—. Y lo quiero dedicar a todas aquellas personas que ignoran a otras sin razón. —Un grito estridente de alguien me interrumpe, por lo que me uno a la carcajada general—. Ojalá tuviera yo esos pulmones, así no me ahogaría nunca al cantar. —De nuevo carcajadas generales—. Como iba diciendo, *Dea'th*, va por las personas que nos ignoran, lo que es muy cruel, ¿no? Os pudriréis en el infierno y eso no es bueno. Pensadlo, ahí hace mucho calor.

Más obvio no he podido ser, porque he estado mirando en su zona todo el tiempo; sin embargo, ni con eso funciona. No capto ninguna reacción fuera de lo normal, ni siquiera molestia.

Está pasando de mí.

Y mi ego está herido. Mucho. Demasiado para mi propio gusto.

Poco después de acabar el concierto, y en un arrebato, porque a veces ni tan siquiera pienso las cosas (o como diría James, son pocas veces las que sí lo hago) me acerco lo máximo que puedo sin que se den cuenta —porque si la que es mi fan me ve, lo más probable es que grite—, le hago una fotografía a Lena.

Se ve muy bien, pese a que no está hecha de cerca. Se la distingue, incluso parece que es una foto pactada. Sonrío y no pienso mucho antes de subirla a una de mis redes sociales. Ahora ya no podrá ignorarme, porque sabrá que estoy muy interesado en ella.

Esta preciosidad no me hace caso. Pobre de mí, con lo bueno que soy. ¿Le decimos algo?

Al instante, y antes de que pueda cerrar la aplicación, las notificaciones de me gustas y comentarios, en los que preguntan quién es, me saturan el móvil.

—¿Qué has hecho ya? —No respondo, sigo bebiendo agua como si nada e ignoro la pregunta de James—. ¿Me harás insistir?

—Perdón por hidratarme después de un concierto, no sabía que querías que me muriera o…

—Sebastian —me corta con tono cansado—. Tienes la misma cara que cuando eras pequeño, esa mirada de travieso, de haber hecho algo que no debías.

Qué bien me conoce. Lo adoro.

—Puede —me río y vuelvo a coger mi móvil para enseñarselo, encogiéndome de hombros—. ¿Lo consideras una travesura?

James resopla y cierra los ojos unos segundos. Qué exagerado es, cualquier chica en el lugar de Lena estaría encantada. Es una declaración clara de intenciones.

Aunque ahora que lo pienso mejor, quizá se piensa cosas que no son, solo quiero una noche. Una nada más.

—¿Eres consciente de que eso puede no ser legal? —Y ahí, de nuevo, la voz de la conciencia, haciendo que todos mis pensamientos se tambaleen—. Si no se lo toma bien puede denunciarte y vas a perder.

—Otras personas lo han hecho antes, James. Y famosos —remarco, no es el primer caso—. No es para tanto.

Lo menciono más para autoconvencerme que por otra cosa. ¿Me ha ganado, otra vez, mi impulsividad? ¿La he cagado?

—No eran fotografías hechas a traición, Seb. —Siento como si me estuviera regañando, aunque en cierto modo, es lo que hace—. Estaban en una red social, una vez que están ahí

pueden cogerlas porque al subirlas, les cedes todos los derechos para que las empresas y los usuarios hagan lo que quieran con ellas, siempre y cuando no se usen para difamar. Deberías borrarla.

—Se nota que has estudiado derecho —lo elogio. Adoro cuando habla de temas así porque me siento orgulloso de todo lo que ha logrado.—. Qué listo eres.

James, de nuestro grupo de amigos, ha sido el único que ha ido a la universidad: Harvard, con beca completa. Y en lugar de estar ejerciendo como abogado o fiscal de éxito... Está aquí, conmigo. Aún no sé por qué prefiere trabajar de algo tan aburrido como manager a ser una de las revelaciones del derecho del país, si es que eso existe.

—Y como abogado sé que, si vas a juicio, perderás —afirma sin titubear—. Borra la foto antes de que sea tarde.

—¿Servirá de algo? Seguro que ya hay capturas de pantalla o cosas así. Mis fans son muy rápidos.

—Bórrala —insiste.

—Aburrido.

Antes de hacerlo, leo de forma rápida algunos comentarios de seguidores. Muchos no saben quién es y ya están inventando historias sobre nosotros. Hay algunas fans felices, diciendo que hacemos buena pareja; otras celosas, diciendo que es una aprovechada que solo me quiere por la fama, y luego otros que me llaman la atención. Muchos se repiten y se refieren a ella como princesa.

¿Ya saben que es la palabra que uso para dirigirme a mis conquistas? No sé cómo puede haber trascendido, soy muy cuidadoso en ese sentido. ¿O es solo una simple casualidad?

Mi curiosidad me gana, por lo que sigo leyendo las respuestas y cuando veo que uno de mis amigos dentro del mundo de la música me contesta diciendo lo mismo, sé que hay algo que me estoy perdiendo.

Google va a darme la respuesta. Y la obtengo. Me río a carcajadas, esto sí que no me lo esperaba, pero tenía razón cuando lo he dicho antes; hoy es mi día de suerte. Sé que James va a querer matarme, sobre todo porque no he hecho lo que me ha pedido, y sabiendo lo que sé ahora, menos. En su lugar, pongo otro mensaje haciendo una broma sobre la realeza y mi sorpresa al saber que es una princesa.

Sí que estoy en cierto modo desconcertado; no sabía que en pleno siglo veintiuno seguía existiendo la realeza, solo me sonaba la de Gran Bretaña, y más que nada porque es todo muy pomposo y por varios anuncios de una futura serie sobre ella.

Me van las chicas con nivel, he picado alto, mucho. Aunque eso solo lo hace un reto aún mayor, más interesante. ¿Cuántas personas pueden decir que han tenido en la cama a alguien con la supuesta sangre azul?

No pienso más en ello, me dedico a relacionarme con otros artistas que están en el festival, pasándolo bien. Hasta que James, que lleva un buen rato desaparecido, me mira con furia en los ojos.

—¿Qué has hecho? —gruñe muy enfadado, guardándose el móvil en el bolsillo del pantalón con prisa—. Acaban de exigir una reunión entre nosotros y la alta seguridad de un país europeo. Así que ya me puedes decir si has ofendido a alguien por alguna de tus redes sociales o... ¡Maldición, Sebastian!

Está fuera de sí, nunca lo he visto así. Tampoco es para tanto, ¿no?

—¿Suecia? —me aventuro.

—Sí. ¿Debo preocuparme? —Me observa con una ceja alzada y parece que me está leyendo el pensamiento—. Sí, debo hacerlo, ¿es por lo de la fotografía? No sé cómo puedes estar tan calmado, ¿qué no me has dicho?

—Quizá es que tú estás demasiado nervioso.

—Esto es algo serio, Sebastian, intenta dejar tu actitud de Rìgh Bastian de lado.

Como mi mejor amigo está tan alterado, tanto que parece que se le va a salir el corazón del pecho, le digo lo que sé.

—La chica de la fotografía que he subido es una princesa. O eso es lo que dice Google. Textualmente: "Su Alteza Real, Lena Olivia Alexandra Arvatgarensson, princesa heredera de Suecia, duquesa de Västergötland".

—¿Qué? —Parece que se atraganta al escucharme, se pone blanco y me arrebata el móvil para comprobarlo—. ¿Tú eres consciente del problema en el que te acabas de meter?

—El que tú vas a solucionar, ¿no? —sonrío con autosuficiencia.

No creo que sea tan grave, solo una casualidad, una coincidencia curiosa, una anécdota graciosa.

—Sobrevaloras mis capacidades —murmura mientras niega con la cabeza. Está sudando y se pasa mucho la mano por el pelo—. No sé cómo tratar con la diplomacia o las relaciones internacionales, menos aún con la realeza. ¡Una princesa, Sebastian!

—La vida no deja de sorprendernos —bromeo—. Va, James, sé que lo vas a arreglar, no te graduaste con honores por nada. —Suspira y me rio—. Y de paso, me consigues su número, ¿no es un buen plan?

Por su gruñido, a él no se lo parece.

Una princesa, sí. Definitivamente la suerte me sonríe hoy.

TRES
Lena

Por la expresión que adorna sus rostros, aunque intenten disimularla, se trata de un asunto grave. Evitan mirarme de forma directa, lo que aumenta mi preocupación. Entorno los ojos, analizando lo que su lenguaje verbal no dice, descubriendo lo que me ocultan.

Estoy convencida de que han intentado solucionarlo sin tener que comunicármelo, es lo que suelen hacer, adelantarse a cualquier incidente que pueda suponerme —o mejor, dicho suponer a la corona— contratiempos.

—¿Qué clase de problema? —verbalizo después de un largo silencio. No alzo la voz, tampoco me hace falta.

Hay infinidad de opciones, sobre todo si tengo en cuenta que estoy en otro país. A cuanto más pienso, las posibilidades y escenarios son peores en mi mente. ¿Problemas de salud de mis padres? ¿Algún accidente en Suecia?

Carraspeo. Tardan demasiado en contestar. No quiero que elijan palabras edulcoradas, ni que maquillen la verdad. No es necesario. Prefiero las cosas directas y deberían saberlo, llevan años a mi lado.

—Ha trascendido a la prensa que está usted aquí. —El que rompe el silencio incómodo que se ha formado, es mi jefe de seguridad, el que vino conmigo cuando estudié en la universidad. Lleva a mi lado desde que cumplí la mayoría de edad—. Y no de la mejor manera.

Si es eso, no entiendo tanta preocupación. No es que me guste que lo sepan, pero mi mente ha barajado tantas posibilidades que esa, entre tantas, es de las que menos me angustian.

—¿Cómo es posible? —Suspiro y no oculto la leve frustración en mi voz. Si los medios lo saben, buscarán fotografías para llenar páginas de periódicos o noticias en webs de cotilleos. No quiero eso—. ¿Solo eso? Porque la solución es fácil, vigilar que no haya más y que no nos encuentren.

—Eso es lo peliagudo del asunto, alteza...

Hay cierto miedo en la voz de uno de los guardaespaldas. ¿Es que van a dosificar la información en píldoras? Están empezando a ponerme nerviosa.

—¡Esto es increíble, Lena! —interrumpe Freya. Para no aburrirse, porque los asuntos relacionados con la seguridad le resultan tediosos, ha sacado su móvil en un intento de distraerse.

No hemos dejado que se alejase mucho, una de sus guardaespaldas la ha vigilado de forma constante para evitar que se escabullera, algo más que probable.

—Ahora no es el momento —sueno más seria de lo que quiero, pero no me gusta que me corten en momentos así y ella es una experta en ello. No necesito su optimismo, solo una solución.

—De hecho, sí. Lo es. Mira. —Me pasa su móvil y alzo una ceja al ver que está en una red

social con perfil propio—. No hagas comentarios, mira lo que te estoy enseñando.

—Sabes que no podemos tener, papá te lo ha remarcado muchas veces —menciono. No me sorprende que la tenga, en cierto modo la entiendo, es solo una adolescente que quiere hacer lo que hacen las chicas de su edad—. ¿Ya vigilas lo que publicas? Lo que se sube a internet dura para siempre.

—Deja de ser tan correcta y presta atención —bufa, como si estuviera cansada de que le repitan lo mismo—. Fíjate bien, es la razón por la que ha trascendido a la prensa.

Toda mi atención va a la pantalla y parpadeo sin creérmelo. ¿Qué hace una fotografía mía en el perfil del cantante que tanto le gusta? ¿Cuándo ha sido? ¿Cómo? Porque parece que está hecha muy de cerca, casi a mi lado. No lo entiendo, no se ha acercado a nosotras, solo antes del concierto, en el encuentro tan desagradable que tuvimos. Salgo sonriendo, por lo que parece que tengamos algún tipo de relación cercana, lo que no puede ser más erróneo; mi expresión es así porque Freya ha intentado que me divirtiera durante todo el tiempo que hemos estado ahí.

Sin lugar a dudas, está fuera de contexto. Y sé muy bien que se va a malinterpretar. El tuit con mi imagen se ha vuelto viral, hay muchísimos comentarios, me gustas y no habrá pasado por alto para los medios. ¿Con qué derecho sube una imagen mía en una red social? ¿Sabe el problema en el que me ha metido por su estupidez? ¿Se cree mejor que nadie? No sé qué le ve Freya, debería elegir mejor a la gente que admira y sigue.

—Quiero esa fotografía borrada —ordeno sin titubear—. Haced lo que sea necesario, pero la quiero eliminada.

—Alteza, ese no es el problema al que nos referimos.

No me hace falta preguntarles para saber de lo que hablan. Hay artículos que nos relacionan. Sin necesidad de pedirlo, me pasan varios de sus teléfonos para que los lea y haga una evaluación de daños de forma rápida. Algunos medios son conservadores, no aseguran nada, quizá por miedo a una reacción de la Casa Real Sueca; sin embargo, los que tienen más visitas son los que hablan de un posible romance entre ambos.

¿Nuevo Romance Real A La Vista?

Sí, tal y como lo veis. Nos hemos sorprendido tanto como vosotras, pero a las pruebas nos remitimos. Todo indica que una de nuestras herederas favoritas al trono ha decidido desmelenarse un poco (y ya le hacía bastante falta). La princesa Lena de Suecia tiene mucho que contarnos, ¿desde cuándo conoce al nuevo chico malo de la música? Y más importante, ¿desde cuándo son tan tan tan cercanos? Porque la fotografía que ha colgado Rìgh Bastian en una de sus redes sociales lo confirma. ¡Y por la sonrisa de ella está muy cómoda a su lado!

Por el momento, ninguno de los dos ha hecho declaraciones. No obstante, el cantante bromeó poco tiempo después en otro tuit, dando a entender que sabe muy bien el cargo que tiene, que no le importa y el buen rollo que hay entre ambos.

¿Es que Rìgh Bastian ha conseguido derretir el corazón de hielo de la princesa? ¿O es solo una más en su larga lista de conquistas?

Sea como sea, ¡les deseamos la mejor de las suertes! Ojalá esta relación incipiente llegue a buen puerto y tengamos un Grace Kelly masculino.

¡Nos encantaría!

—Conseguid una reunión con él cuánto antes, con su representante o el que sea importante para detener esto.

—Nos estamos intentando poner en contacto con la jefa de prensa de la Casa Real para que haga un comunicado de urgencia si es necesario.

Trago saliva. Es lo correcto, lo que el protocolo dicta, pero no es lo que quiero. Si la jefa de prensa se entera, también lo hará mi padre. Y no podré solucionarlo a mi manera, él será el que dará las órdenes. Como siempre.

—Lo será —asumo—. Es más, quiero que se emita uno aclarando todo este asunto. Cuanto antes se me deje de vincular con alguien así, mejor.

—Estás exagerando, Lena —murmura Freya, que ha estado callada toda la conversación—. No es para tanto. Es solo una fotografía. Le has parecido guapa y ya.

—¿Ah, no? —rebato y alzo una ceja. Espero que con la edad estas actitudes se le pasen—. Me están relacionado con él de forma romántica. No necesito esa atención ahora, Freya —remarco—. Solo quería divertirme contigo y ahora, si nos encuentran en la ciudad, van a preguntarnos sobre el tema cuando sabes que una de las cosas que más me gustan de estar en este país es el anonimato. Además… —añado, pensando bien si hacerlo o no—. Sabes que a papá no le va a sentar nada bien estas especulaciones.

—¿No eres tú la que dice que papá tiene razón y que todo lo hace por nuestro bien? —Se ríe. Es muy obvio que no entiende lo grave de la situación. Seguro que le encantaría que fuera al revés, ser ella la de la foto. Y eso sería mucho peor porque es menor de edad—. Con un comunicado todo se aclarará. No te preocupes más de la cuenta.

Agradezco que para volver al hotel cada una vaya en un coche distinto, así aprovecho para pensar y elegir las palabras que suenan mejor para el comunicado, apuntándolas en el móvil para no perderlas. Aún no me han enviado ningún mensaje, ni llamado, tampoco preguntando lo que me parece. Me gustaría poder decidir, o al menos opinar, pero en el momento en el que a uno se le escapa la palabra rey mientras habla por teléfono, sé que no hay nada que hacer. Mi padre hará lo que considere correcto sin tener en cuenta lo que pienso.

—¿Y bien? —me intereso cuando cuelgan la llamada.

—El comunicado se mandará por la mañana, hora de Suecia. El rey no quiere que parezca precipitado, ni que la prensa se haga más ideas equivocadas, como que se pretende ocultar una verdad o se le está dando más importancia de la que tiene.

Sé lo que me espera cuando regrese a casa, una charla de las suyas acerca de lo que debo hacer o no por mi cargo. Que debo tener mucho cuidado para evitar rumores de este tipo y no darle carnaza a la prensa. También me remarcará las responsabilidades que suponen ser la heredera al trono y muchas más cosas en las que no quiero pensar para no amargarme.

—¿Sabéis lo que va a poner? ¿Puedo sugerir algo?

—Se hará alusión a lo implicada que está con la cultura, haciendo hincapié en la música. Para ciertos medios internacionales no es extraño su apoyo a los artistas del país y la amistad que le une con alguno de ellos.

No ha dicho nada que no sea cierto, pero siento que no va a representarme porque no van a ser mis palabras, tampoco mis ideas. Sí, desde que empecé a tomar cargo de mi papel institucional una de las cosas que hice por mi propia elección fue encargarme de apoyar la cultura de mi país, pero con la música más.

Cada año, desde que soy mayor de edad, participo de algún modo u otro en el festival de música más famoso que tenemos, en el que la candidatura ganadora acaba representándonos en el evento no deportivo con más audiencia del mundo, Eurovision.

Me implico de tal forma que organizo una recepción, no muy formal, con los finalistas de cada año, demostrando lo orgullosa que estoy. Gracias a eso he conocido a los que hoy en día pueden considerarse grandes amigos; suecos, como el ganador de 2015, o de países con los que

nos unen muy buenas relaciones, no solo institucionales, como el de nuestros vecinos noruegos.

—Puede funcionar… —Han omitido mi pregunta, por lo que no puedo sugerir nada, el comunicado debe estar ya redactado—. Solo queda esperar que el cantante colabore.

—¿Cree que no lo hará, alteza?

—No lo sé. No puedo, ni quiero, aventurarme a decir nada porque sé que de una forma u otra, me equivocaré.

Al llegar al hotel no hay prensa, lo que es un alivio. No ha trascendido el lugar en el que me estoy hospedando, eso me da cierta tranquilidad. Mientras que un miembro de mi equipo de seguridad se dispone a hablar con un empleado del hotel, supongo que para tener el máximo de intimidad posible, subo hasta mi planta para ir a la habitación.

Y Freya ya está ahí esperándome, demasiado cómoda en uno de los sofás, medio sentada y estirada, en una posición muy extraña.

—¿Qué? —pregunta, mirándome—. Si pensabas que te ibas a reunir con Rìgh Bastian sin mí es que no me conoces para nada. No voy a perder la oportunidad de verlo de cerca y sin gente —murmura muy emocionada—. ¡Quizá puedo contarle los lunares en el caso que tenga!

Pasaré por alto esto último, porque me parece absurdo.

—¿Cómo has entrado?

—Siempre me salgo con la mía. —Se encoge de hombros—. ¿Cuánto tardará en venir?

—No lo sé, tampoco me importa. —Está tan feliz, tan contenta, que no puedo decirle que se marche—. Si vas a quedarte, siéntate bien, haz el favor.

—¡Nadie nos está viendo! Deja de ser tan correcta.

—Freya, por favor.

Ella refunfuña de forma más que evidente mientras se coloca bien, o lo intenta.

—¿Contenta?

—No. Las piernas.

—¡Lena! Nadie está aquí, deja que cruce las piernas, es cómodo —pide, haciendo un puchero —. Seguro que Rìgh Bastian y James no saben nada de estas estúpidas normas.

No es que tengamos prohibido cruzar las piernas, al menos cuando no hay nadie delante, pero por protocolo no podemos hacerlo en ningún acto público. Por eso nuestra madre nos insistió desde pequeñas que no lo hiciéramos para acostumbrarnos. Al igual que mantener una postura correcta al sentarnos, con la espalda recta pero sin perder naturalidad.

—¿James?

—¡Mira cómo te interesas! —se regodea con una sonrisa pícara—. Es su mejor amigo, se conocen desde que tienen memoria, llevan toda la vida juntos y su bromance nos encanta a las *royals.* Muchas veces Sebastian se pone celoso, en broma, claro está, de que nos gusta más James que él —explica, como si se le hubiera olvidado algo—. Ah, y también es su agente y *manager*.

Esta información puede servirme en la reunión, por lo que asiento con la cabeza hasta que la veo espatarrarse de nuevo.

—La postura.

—¡Lena!

—Haz lo que quieras. —Estoy cansada de ser la que siempre le recuerda cómo son las cosas, no quiero ser la mala—. Solo no pongas los pies encima de la mesa o el sofá.

—Alteza. —Un guardaespaldas interrumpe la discusión que íbamos a tener, conozco tanto a mi hermana que sé que lo hubiéramos hecho, quejándose de que si no, no estaría relajada, y se

dirige a mí—. Nuestros invitados han llegado.

Con un golpe de muñeca, compruebo la hora. Llegan tarde. Empezamos mal.

—Hazlos pasar.

—Antes de que lo hagan. —El jefe de seguridad se sienta en una de las butacas junto al sofá en el que estamos—. Dejadme hablar a mí, alteza.

Asiento y no me quejo por la formalidad porque sé que deben estar en la puerta, así que me limito a sentarme de la forma más correcta que puedo, con la espalda recta, y me coloco un mechón detrás de la oreja.

—¿Nerviosa? —me susurra Freya—. Porque yo sí, mucho.

Segundos después, el cantante entra con alguien a su lado, el que debe ser su agente, James.

Antes de sentarse en el lugar que le ofrece el jefe de seguridad, hace una especie de reverencia que no es, ni de cerca, una. Se está mofando de mí, es obvio.

—¿Lo he hecho bien? —pregunta con una sonrisa socarrona, una que indica que le da igual todo. Se sienta de una forma totalmente opuesta a la mía, con la espalda encorvada y las piernas muy abiertas—. No estoy acostumbrado a estos asuntos ni reuniones, princesa.

Ahora sé que se refiere a mi título, sobre todo por la manera en la que ha remarcado la palabra, no a un apodo cariñoso. Mientras su agente, que parece mucho más formal y correcto, y mi jefe de seguridad se ponen a tratar el tema, él se queda mirándome de forma fija. Analizándome.

No me siento intimidada, estoy acostumbrada a la atención. Sé que está intentando ponerme nerviosa, o que haga lo mismo, devolverle la mirada, obteniendo así una pequeña victoria, pero no estoy dispuesta a dársela. De reojo, me fijo en Freya. Ella no deja de estar pendiente de él, embelesada por tenerlo delante, con los ojos llorosos como si no se lo creyese, entre emocionada y sorprendida.

—Sí, sin ningún problema, va a borrar la fotografía lo más pronto posible —afirma el agente, levantándose para estrechar la mano como acuerdo.

—Espera un momento. No voy a borrar nada —rebate Rìgh Bastian, echando el cuerpo hacia delante. Creía que no estaba atento a la conversación, que estaba más preocupado en ponerme nerviosa que escuchar—. ¿Cuándo he aceptado eso?

—Sebastian, es lo correcto.

—No voy a borrar nada —repite muy convencido—. Me gusta tener esa belleza en mi red social, no podéis culparme.

Por la forma en la que parpadea mi jefe de seguridad, está perdiendo la paciencia. No lo culpo.

—Hemos llegado a un acuerdo —dice, mirando a James, que parece igual de incrédulo que nosotros por las palabras del cantante—. No iremos por la vía legal siempre que borre la fotografía, así ambas partes evitamos problemas.

—¿Tengo que repetirlo? —bufa Rìgh Bastian—. No voy a eliminar nada. ¿Quién puede decir que tiene una foto de alguien con sangre real en una red social? —Sonríe y me guiña un ojo—. Sé que piensas como yo, princesa.

Y sin saber bien la razón, las palabras salen de mi boca sin que las piense ni medite.

—De hecho, sería Alteza Real —matizo en tono frío—. Ese es el tratamiento correcto para dirigirte a mí. Agradecería que fuera así.

Freya gira la cabeza y me mira, nada disimulada, sin entender mi reacción. Lo he hecho sin pensar, de forma impulsiva, lo que no me caracteriza. No me dejo llevar nunca, no me está

permitido. Y acabo de hacerlo con una persona que acabo de conocer y que está consiguiendo su objetivo: sacarme de quicio.

—Lo siento, alteza. —Se da cuenta de que lo estoy mirando y se regodea en eso, ya que sonríe como si lo estuviera disfrutando.

Al tenerlo tan cerca puedo ver a la perfección lo azules que son sus ojos, aunque totalmente distintos de los míos, casi como el mar en invierno. Frío, silencioso, muy peligroso y de una belleza abrumadora.

—No quiero tus disculpas, quiero que quites la imagen —continúo hablando, ya que he empezado a hacerlo no tiene sentido que me calle, sería mostrar debilidad—. Debido a ella estoy obteniendo una atención totalmente innecesaria.

—Vamos, princesa —se mofa, chasqueando con la lengua—. ¿Quién no quiere estar vinculada conmigo?

—Mi hermana. —Ladeo la cabeza para pedirle a Freya que se calle, pero no funciona—. ¿No puedes borrar la foto, por favor? Por tus fans.

—¿Por mis fans? —repite—. La mayoría de royals están encantadas con una posible relación entre nosotros. —Vuelve a guiñarme el ojo como si fuéramos cómplices—. Debo anteponer los deseos de mis seguidores antes que los de ella, que no es mi fan.

Asumo, por sus palabras, que va a seguir con este tira y afloja, con el juego que va ganando, porque en cierta forma, tiene el poder. Por mucho que lo amenacemos de forma legal, o con posibles represalias, el tiempo está a su favor.

—Deberías considerarlo, no te cuesta nada borrarla y…

Su agente de nuevo intenta hacer que rectifique, pero sé que no va a conseguirlo. No lo conozco, ni tengo ganas de hacerlo, pero Rìgh Bastian parece de firmes convicciones, algo en lo que nos parecemos.

—No cambiaré de opinión —sentencia—. Lo siento, alteza, no puedo hacerte feliz con esto, pero con otras, si quieres…

Pienso de forma rápida un plan B. El hecho de que no borre la fotografía puede pasarse por alto, siempre y cuando acceda a tener el papel que se le dará en el comunicado que se emitirá en unas horas. Tengo que convencerlo, ofrecerle algo para que no pueda rechazarlo; sin embargo, no sé el qué.

Debo tenerlo de mi lado, que acepte fingir una amistad entre ambos, así que no me conviene molestarlo. No me cae bien, ni creo que lo haga, pero con los años, y muchas reuniones con todo tipo de personas, he aprendido a ser diplomática y a decir lo que la gente quiere escuchar para llevarlas a donde quieres. Mi madre es experta.

—¿No puedes desmentir los rumores a través de tus redes? —pregunto sin resultar muy evidente, resultaría sospechoso.

—¿Y no puedes hacerlo tú? Eres la interesada, princesa. —Niega con la cabeza, esbozando una sonrisa sin que se le vean los dientes—. Perdón, alteza. Es que no estoy acostumbrado a este tipo de cosas.

—No tenemos redes sociales —aclara Freya de forma rápida—. Solo las institucionales. Está prohibido.

¿Por qué se lo cuenta? ¿Puede pensar con claridad? No es su amigo, es un desconocido por muy fan que sea.

—¿En serio? —Mi hermana asiente enérgicamente, más que feliz de que se esté dirigiendo a ella—. Qué aburrimiento para vosotras.

—Estamos teniendo muchas concesiones con ustedes dos —corta de raíz la conversación mi jefe de seguridad, cansado de la situación—. Estáis delante de la futura reina de Suecia, creo que podemos dejar las cordialidades atrás y pedirlo de forma amable. Queremos la fotografía fuera de la red ahora mismo, no hay discusión, peros o excusas. Eliminadla.

El cantante ni se inmuta, tampoco cambia su expresión corporal. Sigue relajado, no se siente intimidado y parece que le da igual todo.

—Estamos teniendo una conversación de besugos, ¿o soy yo? —Mira a su agente, buscando su reacción—. He dicho varias veces que no la borraré, me es igual que tenga a una futura reina delante, no me importa. En América no hay reyes ni ese tipo de tonterías. Por lo que sé, ahora mismo y si no es así que James me corrija, tengo más derechos que la princesa por ser americano, ella es solo una invitada en nuestro país.

—Publicaste una imagen mía sin mi consentimiento, hecha a traición —espeto, pronunciando de forma clara cada palabra—. La ley está a mi favor, ganaría el juicio en tu querido país. Tengo testigos que apoyarían mi causa, medios, una gran institución detrás y el hecho de que puedes causar un conflicto diplomático por algo así.

Enderezo mejor la espalda y espero a su respuesta.

—Oh. —No sé el qué, pero le parece divertido—. ¿Me estás amenazando, princesa?

—¡Sebastian! —le reprime de inmediato James—. Pido perdón, alteza.

—No he dicho nada que no sea cierto, parece una amenaza muy educada, pero amenaza. ¿Me encerrarás en las mazmorras de algún castillo oscuro de tu país? ¿Harás que me corten la cabeza? —Se lo está tomando a broma, lo que me enerva aún más—. ¿Debo preocuparme?

Mi jefe de seguridad se levanta de golpe, molesto por su contestación y la falta de respeto.

—Tendréis noticias nuestras —sentencia, ofreciéndole la mano al agente.

James también se levanta, se coloca mejor las gafas y suspira.

—Borra la fotografía —repito.

Todas las miradas se centran en mí. Nadie, ni yo misma, esperaban que hablase de nuevo.

—¿Y si no lo hago? —Me reta con la mirada—. Todo lo que has mencionado es cierto, sí, puede que tenga las de perder, pero eso captará la atención de los medios, lo que no quieres. Han sido palabras vacías, no vas a hacerlo.

—No me conoces —intento permanecer segura.

—No, no lo hago —afirma, ladeando la cabeza—. Pero si te gustase, no estarías haciendo todo esto. Quieres dar una imagen concreta, no te vas a arriesgar.

¿Qué pretende? ¿Qué es lo que quiere?

—Mañana se emitirá un comunicado por parte del jefe de prensa de la Casa Real Sueca sobre este asunto —explico, esperando que no quiera negarlo—. Hemos decidido decir que somos amigos y que por eso nos conocemos. Si accedes a ello, si no borras la fotografía se podrá disimular.

—Nadie se va a creer que lo somos —ríe a carcajada limpia, como si fuera absurdo—. ¿Tú y yo?

—Su alteza real Lena es conocida por su apoyo a los músicos y a la cultura de su país, tiene muchos amigos en ese mundo.

—¡Ahora todo tiene sentido! —exclama, feliz de entenderlo—. Por eso alguno de mis amigos te conocen, actuaron en tu país para no sé el qué.

Reprimo las ganas de explicarle que a lo que se refiere de forma tan despectiva es un festival con muchos años de historia. Desde pequeña he estado muy implicada y siempre que pueda va a

contar con mi apoyo institucional.

—No se compara contigo —añade veloz Freya—, hizo una gran actuación, pero tú eres mejor.

—Las *royals* me veis con buenos ojos. Él es el niño bueno y centrado en la profesión, no tiene mi fama. —Me señala con el dedo—. Por eso mismo nadie se va a creer que tenemos una amistad. No tengo amigas, no es mi estilo. Además, ¿qué gano yo al dar apoyo a esa versión?

—¿Evitar un problema? —resume su agente, pasándose la mano por el rostro—. Sebastian, no es momento para este tipo de cosas.

—James, ahora estamos hablando de algo que implica mi futuro —Se pone serio, o lo aparenta—. No puedo aceptar nada sin que suponga un beneficio para mí, y más con el nuevo disco.

—¿Quieres publicidad? —Puedo tirar por ahí para convencerlo, no es descabellado—. La tendrás. Si te interesa, estás invitado a un festival en Suecia que es seguido por casi toda la población del país y que tiene mucha repercusión en otros países de Europa a través de streamings. Es uno de los eventos más importantes del año.

—¿Y si no quiero ese tipo de publicidad?

Está consiguiendo sacarme de quicio y lo disfruta, sigue con esa sonrisa jocosa en el rostro. Cada vez que lo miro, cosa que intento evitar ya que me centro más en su agente, se da cuenta y hace lo mismo. Es una situación incómoda y tengo la sensación de que hay algo más debajo de sus expresiones divertidas.

¿Qué se le pasa por la cabeza?

—Hablaré con él —asegura James mirando a mi jefe de seguridad—. No hay nada de lo que tengáis que preocuparos, lo convenceré. No quiero que suponga ningún tipo de incidente o...

—Pensándolo mejor, sí —lo interrumpe Sebastian—. Voy a interpretar este papel en la farsa que queréis montar.

Que cambie tan rápido de decisión me hace creer que, aunque no lo diga, en su mente tiene otra idea muy distinta o que está tramando algo.

—¿Cómo? —Su agente tampoco entiende nada—. ¿Ahora dices que sí?

—¿No es lo que todos queréis? —Se encoge de hombros—. No me mires así, princesa.

Mi jefe de seguridad vuelve a levantarse, al igual que el agente, y siguen hablando hasta que se dan la mano. Entre ellos están acabando de repasar los detalles para que no quede ni un cabo suelto. Por fin hemos llegado a un acuerdo.

Permanezco sentada. No es ninguna recepción real, por lo que no tengo que levantarme para despedirme y tampoco tengo intención de hacerlo; al no moverme estoy remarcando la posición que tengo. Todo lo contrario a Freya, que ya está de pie muy cerca del cantante, dispuesta a despedirse con una sonrisa tan grande como cuando recibe regalos bien envueltos para su cumpleaños.

—Sebastian, nos vamos.

—No puedo irme si la princesa no se levanta, ¿no es de mala educación hacerlo antes que ella?

No sé cómo sabe eso, aunque no sea cierto. ¿Ha buscado información antes de la reunión?

—Eso es para el rey —matiza Freya—. Bueno, cuando mi hermana sea reina, a ella también le pasará, pero ahora, no. No sé si me explico...

—Muy claro. —Rìgh Bastian le sonríe en agradecimiento, lo que la vuelve un poco loca, ya que de forma disimulada aprieta su camiseta para no dar saltos de emoción—. Como soy

educado, no me levantaré si ella no lo hace antes. Alteza, si es tan amable. Aunque quizá no quieres que me vaya, ¿es eso?

Tantos años de protocolo y recepciones reales con gente que no soporto me han enseñado a ser correcta y educada, aunque no quiera, así que me levanto con una sonrisa impostada y le tiendo la mano para despedirme de él.

—Un placer —digo mientras espero que se vaya. No lo hace. Se queda quieto unos segundos, aprieta un poco los labios y me da un apretón de manos que pasa a ser un abrazo sin que pueda apartarme—. ¡¿Qué haces?!

—Lo siento, si representa que somos amigos, los amigos tienen contacto físico.

—No hace falta tenerlo —espeto. Es más, no me gusta tenerlo ni con las personas más cercanas a mí—. Es de cara a la opinión pública.

—La cosa está, princesa, que yo cuando hago una cosa, sea lo que sea, siempre la hago bien. —Vuelve a guiñarme un ojo y mira a su agente—. Bonita habitación, a todo esto. Me alivia saber que la que me ha robado mi suite preferida eres tú.

¿A qué viene eso? ¿A qué se refiere?

—¡¿Te hospedas en este hotel?! —grita Freya. Está casi histérica, como si esa noticia le cambiase la vida—. Podrías darme un concierto privado, ¿a que sí? Y cantar las canciones que no has hecho en el festival… —Pone ojitos—. ¿Por favor?

—Todo por mis royals, aunque no sé si a tu hermana le va a gustar mucho la idea…

Apremia a su agente para que se vaya, como si ahora tuviera prisa, y antes de que lo haga, sé que fingir una amistad no ha sido una buena idea. El cantante me va a traer más problemas de los que ya ha hecho, no tengo dudas.

CUATRO
Sebastian

Solo salir de la *suite* de la princesa, empiezo a reírme a carcajada limpia, lo que hace que James se frustre aún más. ¿Dónde está su sentido del humor? Si, según sus criterios, ha ido todo muy bien, no me van a cortar la cabeza. Ha sido divertido, no puede negarlo.

—A mí no me hace gracia —señala con molestia en la voz. Su semblante serio se intensifica cuando hace lo que de pequeño me ponía muy nervioso, apretarse los dedos de las manos hasta que le crujen—. ¿Era necesario todo eso?

—Tampoco ha sido para tanto, James. —Entramos en el ascensor para ir hasta mi habitación —. Podría haber sido peor.

Estoy convencido de ello, no creo que sea solo mi optimismo, al final ambas partes hemos estado de acuerdo y salido ganando en cierta forma.

—¿Peor? —repite y se relame el labio en un gesto nervioso—. No sé de qué me ha servido repasar algunas de las leyes de Suecia relacionadas con la monarquía para saber cómo tratar el tema, si al final has hecho lo que has querido.

—No estaba de acuerdo, ¿tenía que callarme sin más?

Sabe que es imposible, nunca me quedo en silencio cuando algo me concierne y me interesa.

—Te había pedido que me dejases hablar a mí, que reprimieras tu comentarios… —Suspira y sale primero, sin esperarme, porque sabe que le voy a seguir—. Te ha dado igual. —Está muy molesto y se le nota. Una vez en mi habitación, se quita las gafas, las deja encima del aparador, al lado del sofá, y se frota los ojos para calmarse—. Si decide ir por la vía legal, tenemos las de perder. Es una princesa —remarca como si no lo supiera o no lo hubiese repetido infinidad de veces en las últimas horas—. Y puede ser que la Casa Real Sueca ya no tenga la importancia de años atrás, que tenga un carácter más institucional… —Resopla—. Pero tiene inmunidad diplomática en más de cuarenta países.

James, mi experto en todo tipo de cosas. No sé cómo ha podido recopilar tanta información en tan poco tiempo. Aunque, por mucha inmunidad que tenga, no ha mencionado que también la posea en América, por lo tanto, sigo teniendo mis privilegios como norteamericano.

—Hemos llegado a un acuerdo, ¿no? —intento quitar hierro al asunto, se supone que he accedido a lo que sea que quisiera—. Ella ha sido educada y correcta, no ha dicho nada fuera de lugar, como me esperaba.

—¿Cómo que te esperabas? —repite, chasqueando la lengua. Si las miradas matasen, mi mejor amigo me hubiera asesinado—. ¿De dónde sacas eso?

—Qué mala memoria tienes —me burlo para luego reír. Necesito que se relaje—. Cuando éramos adolescentes vimos Princesa por sorpresa con Lexie. No me acuerdo de todo, solo detalles, como lo buena que está Anne Hathaway.

—Sebastian, la vida no es una película. Deja esas idioteces. Hablo en serio.

—¿Cuándo no lo haces?

—¿Y cuándo lo haces tú? —rebate con rapidez.

Me ha resultado curioso que la princesa y yo nos estemos alojando en el mismo hotel. Una coincidencia peculiar. Con un gesto, ya que no necesitamos palabras muchas veces, le pregunto a James si quiere una copa y asiente sin dejar de mirar el móvil. Le conozco lo suficiente como para saber que está analizando las posibilidades de que el acuerdo, o lo que sea al que hemos llegado, se tambalee y tenga que buscar otras opciones para evitar que salga perjudicado.

La reunión ha sido distinta a como me esperaba. Ni en el bueno ni en el mal sentido. Me he divertido mucho, eso sí, intentando sacar de quicio a la princesa, como con la reverencia improvisada que le había hecho al entrar, algo totalmente improvisado pero que había valido la pena.

No solo he intentado llevarla al límite, que lo he conseguido, también la he estado observando. Solo con verla me he dado cuenta de que es alguien importante y que ha tenido una muy buena educación; su actitud corporal le ha delatado, se le nota a leguas y no pretende esconderlo.

Eso, acompañado al aura de poder que destila, una que es jodidamente atrayente, han hecho que no pudiera dejar de estar pendiente de ella.

Aunque lo que más me ha llamado la atención, además de su belleza, han sido sus ojos: azules, tan brillantes como el cielo, casi resplandecientes. Pero distantes y vacíos. Lo que más me sorprendió fue que, aunque parecían sin emociones, en cuanto forzaba la situación, en cuanto cruzaba un poco el límite, se prendía una pequeña chispa. Una que quería avivar con mis provocaciones, animar esas llamas hasta convertirlas en un incendio incontrolable capaz de arrasar todo. Incluso a mí.

Estaba dispuesto a que me quemase.

Su mirada reflejaba la realidad, la suya; cargada de responsabilidad, ya fuese por decisión propia o porque se lo habían inculcado de ese modo. Era fría, como una coraza que parece separarla del mundo exterior.

—¿Qué te ha parecido la princesa? —le pregunto, sentándome a su lado en el sofá, curioso.

—¿Qué tiene que parecerme?

—No sé, por eso quiero saberlo. Tengo curiosidad.

James bloquea el móvil y me mira con el ceño fruncido. Debe estar pensando que estoy loco, que mi mente no funciona como debería.

—¿Por qué no has querido borrar la fotografía y has hecho ese espectáculo?

Que me lo pregunte es extraño. Me conoce muy bien, sabe que adoro hacer este tipo de cosas, él es una de mis víctimas preferidas. En un primer momento lo he hecho para divertirme, para sacar algo de la situación y estar en el límite de la gracia y la mala educación.

Sin embargo, a medida que la princesa ha ido hablando más, que ha llevado el peso de la conversación, me ha revelado más información de lo que ella cree. Como por ejemplo, que no le gusta para nada la atención pública. Es más, diría que la aborrece y no la soporta, por lo que he dado por hecho —y creo que no me equivoco— que no le entusiasma demasiado toda la que recibe por su cargo público. Lo acepta porque no hay más. Al igual que yo con mi fama por mi música. No me gusta que casi todo lo que haga sea noticia, pero entra en el pack de poder vivir de mi pasión.

Solo con eso, me ha convencido para aceptar lo que sea que propusiera, ya fuese borrar la

fotografía, y así seguir con el anonimato en el viaje y pasar desapercibida, o participar en ese festival extraño que ha dicho.

—Ya la he borrado —murmuro y doy otro trago a mi copa. Lo he hecho al llegar a mi habitación, solo por si acaso, para que vean que tengo buenas intenciones—. Lo tenía claro desde la mitad de la reunión.

James alza las cejas, niega con la cabeza y da un largo trago al whisky que le he servido. Confirmado, no me entiende. Y si lo hace, no me comprende.

—¿No era mucho más fácil aceptar borrar la foto y ya? —No me deja responder, sabe la respuesta—. Tú quieres provocarme un infarto, ¿por qué lo complicas todo?

—Para demostrar que tenía el control de la situación, no me ha gustado la superioridad con la que hablaba ese jefe de seguridad.

—Sebastian…

Podía no haber estado del todo atento, pero era obvia la manera en la que pronunciaba algunas palabras con tono despectivo, sintiéndose superior, y eso no lo permitiré nunca.

Me da igual que lo camuflase de falsa educación, o de un tema importante, o un incidente diplomático; mi mejor amigo merece el mismo respeto que una supuesta persona noble. Si me hubiese hablado a mí de ese modo, no me importaría, incluso lo merecería, pero a James no. Nunca aceptaré eso.

—He querido alargar un poco la agonía de la princesa.

Gracias a su frustración, he podido ver, aún más, de ella. Ya no me ha parecido tan inalcanzable y gélida; al contrario, ha sido más humana, reaccionando como cualquier otra persona. Incluso me he sentido un poco identificada con la fachada que la rodea.

¿Qué hay detrás de todo lo que no quiere mostrar? ¿Qué ocurrirá cuando se derrita la muralla de hielo que ha creado a su alrededor?

—¿A qué costo?

—No exageres, no te pega, el dramático soy yo.

—Si tenías pensado tener esa actitud, podrías habérmelo dicho, así cada vez que decías que no ibas a borrar la foto, no me hubieras acortado la vida con cada negativa.

En cierto modo, me he sentido un poco mal al ver a mi mejor amigo sufrir tanto, pero solo un poco, porque también me ha divertido ver sus expresiones llenas de incredulidad. Seguro que en su cabeza me ha insultado varias veces, sobre todo porque no me entendía.

Además, si hubiese sabido de mis intenciones, no me habría dejado hacerlo, alegando que ese tipo de bromas a una princesa no se deben hacer, y menos en una situación tan delicada.

—Te he dicho que no exageres —repito entre risas—. Tu reacción… —Río de nuevo—. Es que no has visto las caras que has puesto. Una pena que no haya podido grabarte.

—Obviamente, no tengo un espejo delante todo el tiempo —refunfuña.

—Deja la ironía, anda —le pido y me levanto en busca de una guitarra para trastear un poco con ella y distraerme tocando melodías—. Entonces, si hubiera seguido con eso…

—Lo dicho, quieres asesinarme, ¿no es más fácil usar veneno? Más fácil, rápido y práctico.

—¿Cómo voy a querer hacerlo? No sé qué haría sin ti.

James entorna los ojos y sonríe de esa forma tan suya, la misma que usa cuando habla con Lexie y sus padres. Se levanta y coloca la mano en mi hombro.

—Gracias.

¿Por qué me agradece ahora? Me ha dejado descolocado. ¿Lo hace porque no quiero matarlo? ¿Se ha dado cuenta de que una de las razones por las que he sido tan provocador es por él? No

creo. Es prácticamente imposible.

—De nada. —Le guiño el ojo y punteo los acordes de la canción que escribí para él. Otra muy especial para mí, pero esa sí la toco en mis conciertos, remarcando siempre que es para él—. Sé que no puedes vivir sin mí.

—¿Sabes acaso por qué te estoy dando las gracias?

—¿Porque me quieres muy mucho?

—Porque sé que uno de los motivos por lo que lo has hecho, aunque intentes decir que solo ha sido para divertirte, es por mí.

Es decir, se ha dado cuenta. ¿Cómo me conoce tan bien? Seguro que sabe lo que pienso antes de que yo mismo lo haga.

—No sé a qué te refieres. —Me hago el tonto—. Molestar a una princesa es algo que he soñado siempre, he cumplido mi deseo de pequeño.

Tengo muy claro que debajo de esa faceta perfecta y helada de ella, hay fuego. Y me encanta. Será un auténtico placer, en todo el sentido de la palabra, descubrir todo lo que oculta.

—Te gusta jugar con fuego —resume y niega con la cabeza.

—Me encanta, sobre todo si derrite el hielo.

James me ha dejado solo, según él para que reflexione sobre mis acciones, como si fuese un niño pequeño que le castigan mirando la pared. No me engaña, lo ha hecho porque quiere buscar toda la información posible para seguir trabajando y estar preparado para lo peor.

Para no agobiarlo más, ni tampoco que sufra —porque creo que también lo he llevado al límite— esta noche me quedaré en mi habitación tranquilo, comportándome como un niño bueno. O eso le he dicho por mensaje para tomarle el pelo y hacerlo reír. Tampoco es que me apetezca hacer nada que no sea tocar un poco de música, relajarme y distraerme con cualquier cosa, sea mirando algo en la televisión, mirando las redes…

Sin embargo, mi mente no deja de pensar en la princesa y en cómo se ha dado todo. Necesito volver a verla para que mi plan de llevármela a la cama, porque es lo que he querido desde que la he conocido, siga adelante.

Va a ser un reto, porque todos mis intentos hasta el momento han sido en vano, pero lejos de desanimarme o echarme para atrás, hace que me parezca más divertido y convincente.

Dejo de tocar cuando el sonido del teléfono de la habitación interrumpe mi melodía. Me levanto para contestar, ya que seguramente son los empleados preguntándome si deseo que me suban ya la cena o no.

Pero me equivoco.

—¿Hola?

—Perdón, me he equivocado y… —Estoy a punto de colgar, cuando tengo que apartarme el auricular de la oreja por el grito—. ¡Eres Rìgh Bastian! No me he equivocado esta vez. —Frunzo el ceño, ¿cómo han podido saber que estoy aquí? ¿Tan pocas medidas de seguridad hay en el hotel?—. Espera, debes estar sorprendido, no soy una fan loca, bueno, fan sí, pero soy Freya, ¿te acuerdas? La hermana de Lena, ambas princesas, nos hemos reunido hace un par de horas por la foto que has subido de mi hermana y…

—Respira —le pido mientras me río por su verborrea, no ha dejado de hablar ni para tomar el aire—. No quiero causar más problemas a la realeza —bromeo.

—Es que no puedo creérmelo —musita. No me hace falta que la tenga delante para saber lo

emocionada que está. Se le nota en la voz—. Bueno, sí, en parte sí, porque he sido yo la que he llamado y… —Resopla de forma exagerada—. Estaba a punto de rendirme, creía que no lo conseguiría, que por seguridad tu teléfono no iba o el mío y…

—¿Recepción te ha dado mi número de habitación?

No me molesta su llamada, pero si ha sido así, pondré una queja porque puede ser peligroso.

Niego con la cabeza; James estaría orgulloso de mí por pensar así. Es una pena que no pueda verlo.

—No, para nada —se apresura a aclarar—. Hipotéticamente, puede que haya llamado a más de cien habitaciones para encontrar la tuya.

—Solo hipotéticamente —repito y vuelvo a reírme. Me recuerda mucho a Lexie con su inocencia y su fanatismo—. ¿Quieres algo?

—Tantas cosas…

—Me refiero de mí —matizo.

—Ah, que saques el videoclip de *Heaven's sea.* Es un pecado que no lo hicieras, con el temazo que es. ¡Las royals nos perdimos mucho!

Vuelvo a reírme a carcajada limpia. ¿No se da cuenta de que le he preguntado de otra forma el motivo por el que me ha llamado? Supongo que está nerviosa y no lo ha entendido, o es que está tan agitada que no me ha escuchado.

—¿Es tu canción favorita? —Intento que se tranquilice entablando una conversación casual.

—No tengo una como tal, es imposible elegir, son todas tan buenas —dice de forma atropellada—. Desde tu canción de debut hasta la última me encantan, las sé todas y creo que mi familia también por las veces que las pongo. Me has ayudado tanto sin saberlo, tus canciones son…

Sonrío. Esta es una de las cosas que más me gustan de ser famoso, por no decir la única. Que mi música sea capaz de generar tantas emociones, despertar sentimientos… Mis fans siempre dicen que las he ayudado sin saberlo, pero ¿son conscientes de que han hecho lo mismo conmigo?

—Me alegra mucho saberlo —admito con sinceridad.

—Aún no me creo que esté hablando contigo —balbucea muy rápido—. Seguro que todas las royals decimos lo mismo, pero es que soy una admiradora muy muy muy comprometida. Tengo hasta una cuenta fan.

—¿Sí? ¿Cuál?

Muchas veces cuando me aburro, casi siempre en viajes largos, busco este tipo de cosas para ver lo que hacen mis fans o lo que comentan. Agradezco mucho su apoyo, por eso a veces sigo a algunas *fanbases,* a mí no me cuesta nada y sé lo que supone para ellas.

No me hace falta insistir para que me deletree el usuario, un poco peculiar, por lo que en una búsqueda rápida la encuentro. Hace unos montajes con fotografías mías muy buenos; si no recuerdo mal, he visto alguna de sus publicaciones. Tiene un estilo muy característico, sobre todo en la forma de explicarse, sus post son muy largos, y ahora entiendo el motivo: le encanta hablar.

—¡Acabas de seguirme!

—Claro, ¿cómo no iba a hacerlo con una fan tan dedicada como tú?

Freya balbucea algo que soy incapaz de entender, y luego hay silencio, lo que es extraño, porque desde que me ha llamado no ha callado. Estoy por colgar, cuando escucho, bastante lejos, que está hablando con alguien. No entiendo nada, no sé qué idioma es, tampoco me importa

mucho, solo soy capaz de captar palabras sueltas de nombres de tiendas famosas muy reconocidas en la ciudad. Si James estuviera a mi lado, me exigiría que colgase, que en cierto modo estoy invadiendo la intimidad de la chica. Pero yo no he sido el que ha llamado al otro ni ha dejado el auricular sin colgar, no puede culparme por querer despedirme de una royal.

—Tengo que marcharme —se apresura a decir, casi en un susurro, como si estuviera contestándome a escondidas—. Mi hermana me reclama para que cenemos juntas mientras decidimos que…

No acaba la frase; el sonido que han colgado, el pitido característico, resuena al otro lado de la línea. Me juego lo que sea que ha sido mi querida princesa Lena la que lo ha hecho. Me imagino su cara de frustración y sonrío.

Si no lo he entendido mal, creo que mañana van a ir de compras.

James va a matarme, pero ya sé lo que vamos a hacer antes de marcharnos de la ciudad.

CINCO
Lena

Nunca antes me había ocurrido que alguien que no conociese, o con el que no hubiera tratado con anterioridad, pudiera colmar mi paciencia con tanta facilidad.

Suelo tener un buen control de mis emociones, así que no es fácil sacarme de mis casillas. Es una de las cosas que mejor se me dan: aparentar que todo va bien y fingir que no tengo sentimientos propios.

Ha sido mi decisión encerrarme en una cúpula de cristal, una que me hace inmune al mundo, que me protege de aquello que nunca podré controlar, ni ahora ni nunca. Y aunque fuera yo quien eligió refugiarse, huir de toda realidad, en el fondo sé que no es más que una cárcel con paredes transparentes que no me cubren lo suficiente, que no me hacen inmune a la gente que es capaz de ver más allá de esta bonita jaula.

El cantante lo había conseguido con una facilidad asombrosa, alterando mi calma con simples gestos y palabras. Al ver que la conversación no estaba yendo cómo quería, he tomado la iniciativa, incapaz de quedarme más tiempo callada ante su actitud.

Me he equivocado, porque he mostrado una pequeña parte de mi coraza, de aquello que no dejo que nadie vea. Y ha aprovechado ese momento de debilidad para su propio beneficio.

No sé por qué lo he hecho. Quizá porque es el cantante favorito de Freya —lo menciona al menos tres veces por hora—, y no he querido ser demasiado dura para no decepcionarla a ella.

Quiero que mi hermana vea que tengo en cuenta sus gustos y que la apoyo. Y también, en parte, puede que lo haya hecho para evitar que me lo reproche más tarde.

Rìgh Bastian no es el primer hombre que ha intentado hacerme perder los papeles, pero sí el primero que lo ha conseguido en tan poco tiempo.

—¿Crees que funcionará? —le pregunto al jefe de seguridad tras leer el posible comunicado que me ha enviado el departamento de prensa de palacio, junto a otros documentos legales. Cuando nuestros invitados se han marchado, se ha formado un silencio incómodo, y como no sabía qué decir, he decidido aprovechar el tiempo—. Por mucho que haya accedido a dar respaldo al comunicado…

Eso es una cosa, pero firmar todo lo que me han enviado, contratos en los que se especifica el tipo de acuerdo, la forma en la que se va a tratar y cómo, es otra. Sí, es solo legalizar lo que se ha hablado, pero ¿lo hará?

—Eso es importante, alteza. —Sí, es necesario para intentar calmar a la opinión pública, una de las cosas que más me preocupan—. Sin embargo…

—¿También piensas que me va a traer problemas? —completo por él—. Porque esa es la misma sensación que tengo desde que ha aceptado.

No sé si he tomado la decisión adecuada o he empezado a cavar mi propia tumba.

—Tendrá más seguridad, al igual que la princesa Freya, para evitar posibles altercados con la prensa. —Asiento, es lo correcto, pero reprimo remarcarle, de nuevo, que no es necesario que me trate con formalidad si no estamos en público—. No queremos que las molesten o se vean incordiadas por periodistas entrometidos.

—No saben que nos alojamos aquí, ni que el cantante también, eso nos da ventaja. Quizá deberíamos adelantar el viaje de vuelta para adelantarnos a posibles noticias que…

—¿Adelantarlo? —interrumpe Freya, abriendo los ojos de forma exagerada—. No, en absoluto, me niego.

—Probablemente es lo mejor.

—¡No es justo! —protesta haciendo un mohín dramático—. Si ha ido todo bien, ¿no? Ha sido genial.

Mi hermana a veces —por no decir casi siempre— sigue teniendo esa actitud infantil, esa que una parte de mí quiere que deje de tener para que se tome las cosas en serio, acordes al cargo que tiene, y otra que espera que pueda conservarla durante mucho tiempo, porque así seguirá siendo ella.

—Tenemos conceptos muy distintos de esa palabra, a mí no me lo ha parecido.

Sonrío cuando entrelaza nuestros brazos y apoya la cabeza en mi hombro.

—Al final ha accedido a lo del comunicado, no cualquier persona lo haría. —La gente con dos dedos de cabeza lo hubiese hecho de inmediato, pero no se lo digo—. Nos está ayudando, Lena. O mejor dicho, te está ayudando a ti.

—¿Por qué lo tienes tan idealizado? —me intereso, colocándole bien los mechones que le tapan el rostro—. Entiendo que te gusta su música, que eres fan y ese tipo de cosas. A tu edad yo también viví eso, pero tienes una imagen irreal de lo que es.

Estoy convencida de que hiciera lo que hiciera, Freya lo defendería e intentaría sacar el lado bueno, aunque no existiera, justificando de mil formas distintas la situación.

—No lo tengo idealizado —gruñe y se separa de mí, poniendo un poco de distancia entre ambas para poder mirarme a los ojos—. Es que tú no lo conoces, Lena.

—¿Y tú sí? —rebato.

Por mucho que crea que sí, lo dudo; puede estar interpretando un papel a la perfección, uno que venda el producto que es. La industria musical no deja de ser una empresa más.

—Conozco sus canciones. —Sigue sin ser un argumento válido—. Las compone él mismo, de su puño y letra. Con ellas te sientes identificada casi de inmediato, hablan de lo que siente, de sus sentimientos, de cómo es… —intenta convencerme—. Escucharlas es como escuchar una parte de él, una íntima de la que no habla si no es cantando, una que solo enseña de ese modo…

No voy a convencerla, se pondrá aún más a la defensiva, y es lo último que quiero.

—¿Me dejas una hora, más o menos, para que pueda mirarme todos los papeles y documentos? —le pregunto—. Para cenar soy toda tuya y hablamos mejor de todo.

—¿Tienes que mirarlos ahora?

—Sí —afirmo. Si lo pospongo, será peor—. Puedes quedarte aquí si quieres, siempre y cuando estés en silencio.

—Prefiero ir a mi habitación —murmura, sacando el móvil del bolsillo—, ¿puedo?

—Si estás más cómoda, sí. —Se le iluminan los ojos—. Recuerda subir en una hora, tenemos que cenar juntas.

—Sí, no se me va a olvidar.

Me da un beso en la mejilla y dejo que se marche, no sin antes indicarle con un gesto de

cabeza a dos miembros del equipo de seguridad que vayan tras ella.

No me fío de lo que pueda hacer; no sería la primera, ni la última, vez que se escapa para conseguir lo que quiere o ir a donde le apetece, que en este caso sería con el cantante.

Cuando me quedo sola, repaso con el jefe de seguridad el comunicado y lo que tiene pensado para hacer lo que ha dicho. Necesito que lo repita para que no quede ningún clavo suelto. No solo por mí, también por Freya, ella está más o menos protegida por la prensa al ser menor de edad y quiero que siga siendo así.

Una vez todo me parece correcto, les dejo que se marchen a sus habitaciones para asearse, comer o lo que quieran, necesito unos momentos de soledad absoluta, aunque sea fingida, porque nunca van a dejar de estar pendientes de mí.

¿Qué debe pensar mi padre de todo lo que ha ocurrido? Sé que cuando regrese a Suecia va a querer hablar conmigo sobre ello. También sé que la conversación no va a gustarme. Ya había tenido problemas con él en el pasado por mis otras amistades famosas del mundo del entretenimiento nórdico, cuando me remarcó cuál era mi papel y cómo debía actuar, haciendo hincapié en la importancia de la imagen pública y lo poco que ayudaban los rumores a la larga.

Esa fue la primera vez en la que me negué a ceder y desobedecí al rey (que no a mi padre, porque en esos momentos había una clara diferencia entre sus dos papeles. Desde ahí existe una pequeña brecha entre ambos, porque ni yo cambiaré de opinión, ni él tampoco.

Y el tiempo me ha dado la razón, porque la prensa valora mucho lo implicada que estoy con la cultura. El rey no admitirá su error, porque no lo hace nunca, y menos delante de mí. En eso somos parecidos, de carácter marcado, firmes convicciones y poco dados a rectificar lo que creemos correcto. Mi madre siempre comenta que somos demasiado iguales para nuestro beneficio, que sacamos lo mejor y peor del otro a partes iguales.

No miro la hora, pero si Freya aún no está aquí es que debo tener aún tiempo para seguir mirando asuntos de trabajo. Al acabarlos, y al ver que todavía no está aquí, busco a dónde podemos ir mañana de compras, a la calle tan famosa a la que quiere ir.

Me extraña que siga sin venir, no me gusta nada, menos aún cuando me fijo en la hora en el reloj de mi muñeca derecha. No creo que se haya escapado, no con la seguridad que he pedido que vaya con ella, pero me preocupo de inmediato. Salgo de mi suite y, sin esperar a que me sigan, cojo el ascensor y voy dos plantas abajo para ver a mi hermana. Hago notar mi presencia golpeando de forma suave la puerta, pero no contesta. Si está con la música a todo volumen, no me oirá, así que entro con cuidado, quedándome en la entrada para no molestarla.

—¿Freya por qué tardas tanto? —le pregunto—. Llevo veinte minutos esperándote, tenemos que pedir la cena y no quiero que se haga muy tarde.

—¡Voy! —Viene corriendo y se disculpa con un gesto—. Se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta, lo siento, Lena.

—No pasa nada. —No es un descuido tan grave, seguro que ha estado viendo vídeos o una serie—. Si quieres, cenamos aquí.

—Mejor en tu habitación —sugiere con afán—, mucho más cómodas, ¿no?

—He estado buscando dónde podemos ir mañana, ¿tienes alguna idea?

—No, pero quiero que vayamos a Prada y Chanel —propone con una sonrisa—. Entre otras muchas tiendas, claro está.

—También están en Estocolmo, Freya, ¿no podemos volver e ir de compras ahí?

—No, porque no es lo mismo —asegura como si hubiese mucha diferencia cuando no es así, adornándolo con un puchero—. Por favor, hazlo por mí, por nosotras, por nuestros días de

hermanas juntas lejos de todo. Me portaré bien, lo prometo.

Me mira de la misma forma en la que lo hace cuando le pide algo a nuestro padre. Y no me gusta que lo haga, porque siento que estoy siendo demasiado dura y exigente con ella, al igual que papá. Aunque decirle que sí no es lo más adecuado, ya que va a reforzar su actitud infantil, no puedo negárselo.

—Va, subamos a cenar, se está haciendo tarde.

—Dame dos minutos y vamos a tu habitación, así miramos qué podemos comprar antes de verlo.

—Primero cenamos —vuelvo a repetir para que no se olvide.

Asiente y se va casi corriendo. Frunzo el ceño. Su actitud es más extraña de lo habitual, como si ocultase algo. La conozco, por lo que la sigo sin que se dé cuenta y veo que está hablando por teléfono. Con un gesto rápido, le quito el auricular y cuelgo.

—¡Lena! No me he despedido, se pensará que soy una maleducada.

—No preguntaré cómo has conseguido hablar con él, porque eres capaz de cualquier cosa cuando quieres algo, pero…

Mi hermana pequeña es un imán para los posibles problemas.

—No seas aburrida.

—No lo soy, pero creo que no eres consciente de las locuras que haces.

Cuando compruebo que es una hora correcta, le envío un mensaje a Freya para indicarle que desayunaremos juntas en su habitación y que se vaya adecentando. Casi no he podido dormir, tampoco lo he intentado mucho, mi mente no ha dejado de darle vueltas a las cosas, repasando una y otra vez lo que había ocurrido y cómo.

Gracias a eso he podido leer el comunicado que ha mandado la Casa Real Sueca de inmediato. Es tal y como me esperaba: conciso, claro y no muy extenso. No funcionará —o no del todo—, por mucho que se aclare que entre el cantante y yo no hay nada más que una simple amistad, se pida respeto por mí y mi vida privada, ya que estoy en un viaje de carácter privado, las especulaciones seguirán, al igual que las múltiples noticias.

No sé cuántos medios siguen hablando hoy de ello, incluso los que ya lo habían hecho ayer, volviéndose a hacer eco de la fotografía. Unos pocos sí mencionan la amistad entre ambos, adjuntando imágenes de archivo mías con otros cantantes, diciendo que es posible que nuestra relación fuera por temas contractuales como una posible actuación en el festival sueco; no obstante, la inmensa mayoría no se creen el comunicado y siguen apostando por una relación amorosa de cuento de hadas.

Es absurdo; primero porque no existen (no creo en ellos), y segundo, porque el cantante y yo no podemos ser más distintos. ¿Quién puede creer que estamos juntos de esa manera? No tenemos nada en común y nuestros mundos son muy diferentes.

Lo que más me molesta de todo lo que se está compartiendo es que mucha gente insinúa que, dentro de nuestra supuesta relación, soy yo la que está más enamorada y entregada. Según estas noticias, para Rìgh Bastian no soy más que un juego, y cuando me deje (porque nadie duda que lo hará), acabaré destrozada

Mentira tras mentira.

No sé qué se piensan, ¿que no tengo criterio propio?, ¿que porque él es un cantante famoso

tiene que ser el que, en una supuesta relación amorosa entre ambos, va a tener el poder de hacer conmigo lo que quiera?, ¿que aceptaré cualquier cosa y dilapidaré mi futuro?

Si fuese por mí, quitaría esos artículos de la red porque son machistas, clasistas y me dejan en un muy mal lugar. ¿Ese es el papel que aún tengo para la prensa? ¿El que tendré en un futuro con mi hipotética pareja?

Ojalá pudiera denunciarles por difamación y por atentar contra mi honor, pero a mi padre no le parecería bien, porque le estaríamos dando demasiada importancia a algo que no es cierto.

—Buenos días —saludo a mi hermana y entro en su habitación junto a varios encargados del hotel, que preparan la mesa para que desayunemos—. ¿Has descansado bien?

—Hubiera preferido seguir durmiendo… —Se tumba de nuevo en la cama—. ¿Por qué vienes tan pronto?

—Porque tenemos que aprovechar el día, ¿no eres tú la que quiere ir de compras?

Freya resopla de forma exagerada y se tapa el rostro con una de las almohadas.

—Sí, pero no nos vamos a morir por ir a las once o así.

—¿Y el desayuno?

—Siempre podemos comer algo mientras estamos de compras —rebate—. Madrugar está sobrevalorado.

Niego con la cabeza, aun cuando sé que no me está viendo. No va a servir de nada rebatir esa frase, es una de sus favoritas desde que aprendió a hablar y tuvo consciencia de lo que decía. Freya, después de unos minutos en los que ha estado remoloneando, se sienta delante de mí en la mesa y pone una mueca de asco al observar la comida, como si nada le gustase.

—Lo de la derecha es apto para ti, no va a sentarte mal —me adelanto a su excusa—, así que a desayunar.

Esta es otra de las cosas que nos diferencia: ella es muy irresponsable con su salud y los problemas que puede tener si come algo con gluten, ya que es celíaca. No controla sus comidas, se salta lo que su dieta le indica y no le importa. Siempre tenemos que estar encima de ella recordándoselo.

—Seguro que hay muchos sitios en los que podemos desayunar fuera, a una hora decente, como una buena pizza, y…

—No vas a seguir durmiendo —la corto. Ella pone los ojos en blanco, y para que no siga quejándose, le preparo un vaso de leche con cacao—. Tienes ojeras, ¿no has dormido bien? —vuelvo a preguntarle.

—Tienes ojeras, ¿no has dormido bien? —repite, imitando mi voz en tono de burla—. Estuve hablando con amigos debido la diferencia horaria. Me he acostado tarde.

Disimulo mi reacción dando un largo sorbo a mi taza de café. Está mintiendo, ha desviado la mirada y se le ha agudizado un poco la voz. No ha hablado de nuevo con el cantante, ya que le pedí al equipo de seguridad que no pudiera llamar a nadie fuera de recepción, ni se ha escapado para ir a verlo. Pese a que sé eso, mi intuición dice que algo se me escapa.

—¿Cómo están? —intento sonsacarle información—. ¿Les vas a comprar regalos de recuerdo?

—No sé, supongo.

—¿Supones?

—No me hagas un interrogatorio, Lena. Es demasiado temprano para que mi cabeza pueda pensar respuestas ingeniosas.

—No exageres.

Le hago un gesto para que lleve el peso de la conversación y que no pueda quejarse de nuevo. Está muy ilusionada con nuestro día juntas y que vayamos de compras, menciona todas las tiendas a las que quiere ir y lo que le gustaría comprarse; lo está tanto que solo insiste una vez que quiere que estemos solo nosotras, sin seguridad, algo utópico. En el coche, le indico al jefe de seguridad todas las tiendas a las que queremos ir y el orden concreto para que tengan un plan de seguridad en el caso de que fuese necesario una evacuación de emergencia.

—¡Mira, es justo lo que nos gustó ayer! —El entusiasmo de Freya se ha multiplicado de forma exponencial a medida que vamos a diferentes tiendas—. Creo que me lo probaré.

Estoy haciendo un esfuerzo para no reñirla, y así pasar desapercibidas, porque con su actitud es complicado, no quiero estropear su felicidad.

—¿Cuántas prendas más quieres comprarte?

—No sé, las que quiera. —Se encoge de hombros y coge otro vestido. Al estar en una tienda de lujo, estamos solas, lo que nos da una libertad que agradezco—. ¿Tú no quieres nada? Esta es una de tus marcas preferidas, tienes muchísima ropa suya.

—No hay nada que me llame en exceso la atención. —Observo mejor lo que ha elegido—. ¿Eres consciente de que no podrás ponértelo?

—¿Cómo que no?

—El protocolo, Freya.

—Que le den al protocolo. —Empieza a reírse, como si le hiciera gracia haber sido mal hablada—. ¿No hay nada que quieras? ¿Ni la edición limitada de lencería? Porque he visto cómo le ponías ojitos.

En la intimidad podemos llevar todo tipo de ropa, un ejemplo es que a mi hermana le encanta ir en pijama todo el día si no tiene nada que hacer. Pero una vez que salimos de nuestra casa, hay unas normas básicas: nada de faldas cortas, mínimo por la altura de las rodillas, los vaqueros no son recomendables y nada de escotes exagerados.

—Va, pruébate lo que has elegido, se está haciendo tarde.

—Impaciente —gruñe—. Sé que vas a mirar la ropa interior, te conozco, ¿te imaginas que en Suecia te hicieran fotos en una situación así? Qué gracioso sería.

Tiene razón, por lo que no digo nada, me limito a esperarla a que salga del probador y me enseñe la ropa. Como sé que va a tardar, miro lo que ha mencionado, la colección de edición limitada que incluye ropa de cama, lencería y trajes de baño. Son todos muy bonitos y sí, son definitivamente mi estilo.

—¿Negro? Yo creía que eras más de rojo pasión. Y sobre todo de encaje, princesa.

SEIS
Sebastian

Al final, el que me ha arrastrado fuera de mi habitación ha sido James, que ha querido ir a cenar a un restaurante bastante conocido. Sin embargo, no he podido desconectar y disfrutar de la compañía de mi mejor amigo, porque no ha parado de nombrarme leyes, datos casi incomprensibles y multitud de información que no entiendo, ni quiero hacerlo.

—¿Sabes que mañana tenemos un vuelo a primera hora? —recuerda sin dejar de mirarme. No sé por qué lo hace; me conoce, sabe que soy un desastre para las fechas y para mi agenda. Para eso está él—. No sé qué es lo que tramas, pero no puedes anularlo.

—¿Es muy importante?

Intento hacer un esfuerzo y saber el motivo por el que mañana tenemos que madrugar. Si se me ha olvidado, tan importante no debe de ser.

—Sebastian…

Usa ese tono que no me gusta nada, condescendiente, como si fuese un niño pequeño y tuviera que darme todo bien mascado para que no me atragante. Lo odio. Sé que no lo hace con mala intención, que le sale de forma natural porque se preocupa por mí de forma genuina, pero me pone de los nervios.

—Podemos aplazarlo, ¿no? —propongo, poniendo mi mejor expresión para convencerlo—. Me apetece hacer otra cosa…

—Lo adivino, relacionado con la princesa. —James me examina y al ver mi sonrisa, porque no la oculto cuando ha dado en el clavo, niega con la cabeza, molesto—. ¿Es que no has aprendido nada?

—Sí, que las princesas pueden ser muy guapas.

—Estoy hablando en serio, Sebastian.

—¿Y quién dice que yo no? —rebato y le guiño un ojo—. Tienes ojos, has visto lo mismo que yo.

—Los gustos son relativos.

—Ya, eso no te lo niego, pero hay que ser objetivo. Aunque claro, tú prefieres las morenas.

—No me fijo en algo tan banal.

—Claro, por eso todas tus exparejas tienen ese color de cabello —señalo y vuelvo a reírme con su suspiro—. Las evidencias son las que son y tengo razón.

—¿Acaso importa?

—Mucho, ¿cómo no vas a considerar guapa a la princesa? —Me pongo la mano en el pecho de forma dramática—. ¿Quieres ser vetado de por vida de su país? ¿Ser acusado por ofensa nacional?

—No puedes aplazar tu agenda por un simple calentón —redirige la conversación al tema de

antes—. Y sí, es guapa, como has dicho tengo ojos, pero estás siendo totalmente irracional.

¿Irracional? Quizá. ¿Divertido? Muchísimo.

—¿Qué tengo que hacer mañana? —me intereso—. Si es algo importante, no lo voy a aplazar, seré el primero que estará en ese avión cuando ni siquiera haya salido el sol. Te lo prometo.

—Solo tenemos el vuelo. El evento es al día siguiente, un encuentro con fans.

En otras palabras, lo ha planificado así para que no surjan imprevistos de última hora, prisas ni posibles complicaciones.

—Es decir, podemos aplazar el vuelo unas horas, irnos por la noche, por poner un ejemplo.

Suspira y me escudriña con los ojos, intentando saber los motivos tras mis palabras.

—Sebastian —menciona mi nombre de forma pausada, pensándose muy bien lo que decir a continuación—, ¿por qué?

No solo quiere saber el motivo por el que quiero cambiar el horario del viaje, también por mi actitud. Y sí, es una buena pregunta. ¿Por qué quiero quedarme unas horas más para volver a ver a Lena? Quizá es porque creo que me va a suponer un reto (el primero que tengo en mucho tiempo) o porque me he divertido molestándola. O igual es que mis ganas de tener en la cama a una chica que me ha rechazado en un primer momento me nubla el juicio. Quiero resarcir mi ego herido

—Siendo sincero, no lo sé —admito con simpleza. No sirve de nada irme por las ramas o decirle algo que no es cierto—. ¿Estoy haciendo algo malo? No lo creo, posponer el vuelo no supone un problema grande y más con jet privado.

—Acercarte tanto a una princesa es peligroso. —Suspira, consciente de que no va a sacar nada insistiendo, que cuando algo está en mi cabeza no se me va de forma rápida a no ser que lo consiga—. De acuerdo, lo aplazaré. No hagas que me arrepienta.

—Sabía que no me fallarías. —Le doy una palmadita en el hombro—. ¿Has buscado información de ese festival que ha comentado la princesa?

—¿Y ese interés es por…?

—Tenemos que cuadrar fechas para que pueda actuar en la final, es una de las condiciones que he aceptado para apoyar el comunicado, uno que te vas a leer y me dirás lo que pone, ¿verdad?

—Ah, pero ¿quieres ir a actuar de verdad? —James ríe, incrédulo—. Creía que solo le tomabas el pelo y ni tan siquiera la escuchabas.

—Siempre estoy pendiente cuando una chica guapa me habla.

No solo es por eso, simplemente me parece de muy mala educación no hacer caso a alguien que se está dirigiendo a ti; es una falta de respeto, sea una princesa, una de las múltiples chicas que han pasado la noche conmigo o el vecino.

—Bien. —Saca el móvil y lo apunta en una de las múltiples aplicaciones que tiene para organizarse—. También buscaré todos los detalles posibles del sitio, la ciudad, el clima y…

—Si es que tengo el mejor agente del mundo —lo corto, agarrándole de uno de los cachetes de la mejilla—. Siempre tan dispuesto.

—¿Solo agente? —pregunta, alzando una ceja.

—No me va decir cursiladas, James, no me hagas hacerlo.

—Así que soy solo tu agente…

—Eres mi mejor amigo, mi hermano, la persona más importante de mi vida… —murmuro—. ¿Contento?

—Mucho, no todos los días el famoso Rìgh Bastian te remarca lo que le importas.

—James…

—¿Qué? —se ríe—. ¿Crees que no lo sabía? A mí también me gusta tomarte el pelo. Como dices, es divertido.

Cuando estamos a punto de salir del restaurante, uno de mis guardaespaldas niega con la cabeza y busca con la mirada al encargado de sala. El ruido de fuera es demasiado exagerado para lo que es la noche en esta ciudad. Lo más probable es que haya algunos fans, por lo que miro por una de las ventanas y no me equivoco, pero también hay prensa. Algún comensal, trabajador o curioso debe haber dado el chivatazo y no han tardado en venir.

—No quiero salir por la puerta trasera —me adelanto a lo que va a sugerir mi guardaespaldas —. Hay fans, han venido a verme.

—Pero… —James ve la convicción en mi mirada y asiente—. Ignora a la prensa, mirada en el suelo lo máximo posible e intenta ser lo más rápido posible.

—No prometo nada.

Al salir, los periodistas son invasivos y casi no me dejan andar. Están todo el rato preguntándome sobre la princesa. Los ignoro y me centro en ir a saludar a los fans, la gran mayoría chicas, y me hago las fotografías que me piden, sonriendo, haciendo bromas y firmando lo que me ofrecen, intentando disimular lo máximo posible mi cabreo por las incesantes preguntas de la prensa.

Cuando acabo, entro en el coche que nos va a llevar de vuelta al hotel, reprimiendo las ganas de bajar la ventanilla, o salir, y decirle de todo a los reporteros. Sí, entiendo que el subir una fotografía de una princesa ha causado un revuelo, pero ¿era necesario todo eso? Si no les he contestado, que no insistan, que me dejen tranquilo.

Hay un silencio bastante incómodo hasta que llegamos, ni James ni mis guardaespaldas sacan tema, conscientes de que estoy a nada de explotar. No llevo muy bien estos temas y me cuesta gestionarlo.

—¿Vas a dormir? —se interesa James una vez en la recepción del hotel—. Para subir a tu habitación cuando encuentre la información que me has pedido.

—No creo, quiero tocar un poco. —Y así relajarme—. Tampoco tengo sueño.

—Bien, cuando lo tenga nos vemos.

Una vez en mi habitación, antes de tocar la guitarra, miro mi teléfono y echo un vistazo rápido a lo que se menciona en redes de mí. Algunas de las fans que estaban fuera del restaurante han subido la fotografías con un texto bonito y se ha hecho viral, por eso me ha llegado. También porque la princesa pequeña, aprovechando que la he seguido en su cuenta secreta de Instagram, me ha hablado para pasarme el post.

Le contesto un escueto gracias y de inmediato está en línea, respondiéndome muy rápido. Me resulta adorable; está pendiente de mí y de lo que le digo, así que le pregunto si irá a algún concierto de mi gira.

Poco a poco voy sabiendo más de ella, eso sí, googleando nombres, temas o cosas que no entiendo y que menciona como si nada. Así, de forma indirecta, sé que Lena tuvo un novio un par de años atrás y que fue una relación bastante larga, pero que sin previo aviso lo dejaron, por decisión de ella.

Me hace gracia la facilidad con la que Freya me habla; es más que obvio que confía en mí cuando ni siquiera me conoce. Sé que, si quisiera, podría tener mucha información sobre su vida privada (al igual que la de Lena), ya que acabaría contándomela como si nada, y eso me facilitaría las cosas. Sin embargo, no quiero hacerlo, no cuando sería traicionar la confianza ciega

que me tiene una fan, una a la que se le nota muy emocionada por poder hablar conmigo y le quitaría magia a la situación de cuando estás conociendo a alguien.

—¿No has tocado nada? —pregunta James al entrar. No ha llamado; no le hace falta, tiene una copia de la llave—. ¿Me asusto ya o me espero a que me lo cuentes?

—Qué poca fe en mí, solo me he entretenido hablando. —Me despido de Freya, deseándole una buena noche y que se lo pase bien el tiempo que le queda en la ciudad—. Sí que has ido rápido.

—¿Con quién estabas hablando?

—¿Y este interrogatorio sin causa ni motivo? —Me hago el ofendido—. ¿Quieres saber si he ido al baño también?

—Sebastian, nos conocemos.

—No he hecho nada malo, solo interactuar con fans. —Mentira no es, pero no he especificado quiénes—. ¿Algo destacable de ese festival?

—Suecia se vuelca, el país entero habla de ello, es un fenómeno nacional.

—Viene a ser algo parecido a *The Voice,* ¿no?

—Nada que ver. Además, ese programa es de origen holandés. ¿Por qué lo has adjudicado como norteamericano? —ríe James.

—Ah, no lo sé. —Me encojo de hombros—. Es lo que creía.

—Si quieres buscamos vídeos por si no te acaba de…

—Cumplo con mi palabra —lo interrumpo. Si no me gusta ya veré qué hago—. Te lo dije ayer, ¿por qué no nos vamos de vacaciones a una isla paradisíaca?

—Tienes una larga agenda que cumplir, tu gira está a punto de empezar —remarca, como si se me hubiese olvidado. Imposible, no deja de mencionarlo—. Si quieres, cuando tengas una semana de descanso entre concierto y concierto, programo un viaje para que te relajes.

—Eh —llamo su atención—. ¿Por qué no te estás incluyendo? Si no vienes, no voy a ningún lado. Si el que tienes que relajarte eres tú, estás demasiado tenso, ¿no te han salido canas o arrugas?

—Si es así, será por tu culpa.

—Claro, ahora todo es por mi culpa —finjo haberme ofendido—. ¿Si propongo algo no te vas a enfadar?

Con un gesto me indica que siga hablando, así que le cuento mi plan para mañana. No es que haya quedado de forma directa con la princesa, pero al saber a una de las tiendas que va a ir junto a su hermana, es más fácil propiciar un encuentro casual.

—¿Te das cuenta de la locura que es? —resume y se quita las gafas—. ¿Cómo no me voy a enfadar?

—¿Eso es un no?

—Es un que te dejes de esas chorradas. Ya está, Sebastian, lo de la princesa ha sido una anécdota que con el tiempo será divertida, nada más.

Y el resto del tiempo que se queda conmigo, lo recuerda, como si con eso la idea se me fuera a quitar de la cabeza.

A la mañana siguiente, al levantarme más pronto de lo habitual, antes de que pueda marcharme de mi habitación sin que lo sepa, James está esperándome en la puerta.

—Buenos días —lo saludo como si nada—. ¿Desayunamos juntos?

—¿A dónde crees que vas?

—A desayunar, acabo de decirlo, James, ¿acaso no me escuchas?

—Claro… tan pronto.

—¿No se supone que se toma temprano? Tú siempre te quejas de que no lo hago a las horas que debería y… —Me fijo en la gorra que lleva y se la quito para ponérmela—. Mucho mejor, así paso más desapercibido.

—No me has respondido —gruñe—. ¿Dónde vas?

—Estamos teniendo una conversación de besugos, si te lo he dicho, a desayunar fuera, ¿no puedo?

—No si vas a buscar a la princesa. Si es que sabía que lo harías, que no me harías caso y…

—Ven conmigo, así me controlarás, aunque vas a hacerlo igual. —Me pongo las gafas de sol y compruebo por el reflejo de la pantalla de mi teléfono cómo me queda—. ¿Se me reconoce?

—Sí, se ve tu idiotez te tapes o no.

Y ahí se nota, una vez más, las diferencias entre ambos. James es mucho más sensato, responsable y tranquilo que yo.

—Tan amable mi mejor amigo…

Para no llamar la atención, vamos andando a una cafetería cerca de la tienda en la que sé que tarde o temprano van a acabar entrando las princesas. No está lejos del hotel por suerte. James no me habla; está molesto porque no estoy haciéndole caso, se limita a mirar su móvil y a comprobar que el guardaespaldas sigue estando en el sitio que le hemos dicho, ni muy lejos ni muy cerca. Pese a que voy con lo que considero un camuflaje infalible —el que siempre funciona en las películas de superhéroes—, algunas fans me reconocen y se acercan con educación y timidez para pedirme fotografías. No soy el único, a James también se las piden, lo que me causa mucha gracia; él odia este tipo de atención, pero al estar a mi lado siempre tiene hasta un club de fans.

—No sé para qué me lo he puesto, si total… —Me quito la gorra y me paso la mano por el cabello, despeinándolo un poco para que me quede mejor—. Toma, muchas gracias por dejármela.

—Era obvio que no iba a funcionar, tus fans te reconocen siempre. Seguro que sabrían que eres tú solo por tus labios o sonrisa.

—Ya, las adoro. —Giro la cabeza de forma sutil e identifico esa cabellera tan rubia inconfundible—. Mira quién está al otro lado de la calle.

—Ahora tienes vista de lince.

—Claro, también es que son las únicas que van con equipo de seguridad delante y detrás. —Son discretos, pero no para mí, estoy acostumbrado a la escolta—. Vamos.

—Prefiero quedarme aquí, así me ahorro ver cómo haces el ridículo.

—Gracias por tu apoyo, nunca lo voy a olvidar.

Antes de irme le revuelvo el cabello solo para molestarle. Voy con paso firme hasta la tienda y entro. Una dependienta se acerca a mí y casi no me deja pasar, pero al reconocerme, y después de que le guiñe un ojo, se aparta. La veo sola, observando algo con el ceño fruncido, como si estuviera analizando de forma exhaustiva una pieza de ropa. Me entra curiosidad saber qué es, por lo que avanzo muy lentamente hasta colocarme a su lado.

Lencería. Qué traviesa es la princesa.

—¿Negro? Yo te hacía más de rojo pasión. —Si se sorprende, no lo parece. Se gira con el ceño fruncido y sus ojos están llenos de rabia. No sabe qué hago aquí. Y eso es otra victoria para

mí—. Y sobre todo de encaje.

—Sebastian… —le cuesta pronunciar mi nombre como saludo, quiere sonar amable pero no lo ha sido—. ¿Qué haces aquí? Es un encuentro… inesperado.

—Es una bonita casualidad, ¿no crees? —Aprovechando que aún llevo puestas las gafas de sol, la observo de arriba abajo. Tiene las piernas muy largas. Me encanta—. De todas las tiendas posibles, hemos ido a la misma.

—No creo en las casualidades —espeta, seria.

—Si quieres, puedo aconsejarte para elegir el conjunto —sugiero bajando un poco la voz, casi en un ronroneo, guiñándole el ojo solo para sacarla un poco más de quicio—. Tengo muy buen gusto para este tipo de cosas, sé lo que te quedaría muy bien… —Miro por encima y señalo uno —. Este seguro que… —Trago saliva con la imagen mental que he tenido de ella solo con eso puesto—. Seguro que realza mucho el color de tu pelo.

—¿Te he pedido ayuda?

Su tono de voz, más pausado y frío, me impone más que cuando obtengo reacciones de su parte.

—Me estoy ofreciendo de forma voluntaria y libre.

Se aparta un mechón detrás de la oreja y sonrío. Qué divertido es esto.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Ha sido casualidad, ya lo he dicho —miento. No voy a admitir que escuché palabras sueltas de la conversación con su hermana—. Quiero comprarle un bolso a la hermana de James.

—Un bolso a la hermana de James —repite, analizando cada palabra buscando cómo puedo rebatirlo—. ¿Seguro que tiene una?

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Solo remarco un punto obvio, las casualidades no existen —repite y vuelve a fruncir el ceño. Se va de esa sección, yéndose a otra, quizá esperando que me marche o no diga nada más. Se equivoca—. ¿No querías un bolso? Están en la otra punta de la tienda.

—Hoy estás muy guapa, princesa.

Que no le responda a su pregunta, le molesta.

—Alteza —rectifica—. Para ti soy su Alteza Real.

—¿Por qué tanta formalidad? —Hago un pequeño puchero mientras intento acortar la distancia entre ambos. No lo consigo, se aleja—. Se supone que tenemos una relación estrecha, ¿no? Eso es lo que dice el comunicado y los amigos se ven a diario.

—Los amigos pueden estar tiempo sin verse y es lo que pretendía que hiciéramos.

—Es una suerte que piense en todo y crea que lo mejor es que nos veamos hoy de nuevo. Me voy esta tarde, ¿no sería extraño que no quedásemos si vivimos en continentes distintos? A saber cuándo volveremos a vernos, solo estoy pensando en los dos, princesa.

—No hacía falta.

Freya sale de la nada y, al verme, su sonrisa le ilumina los ojos. Todo lo contrario a Lena, que cada vez está más molesta de tenerme aquí. Al menos ya no me parece la reina de hielo, solo una un poco malhumorada.

—¿Siempre es así de correcta y seria? —pregunto mirando a Freya.

—Sí, es lo que más le caracteriza, demasiado formal —confirma mis sospechas—. Aunque sabe divertirse.

—¿Ah, sí? —Alzo una ceja, sorprendido—. ¿Sabes divertirte, princesa?

No obstante, cuando entra James, que viene con el rostro desencajado y el móvil en la mano,

sé que algo va mal.

—La prensa está aquí fuera. Os han hecho ya varias fotografías.

SIETE
Lena

Sabía que esto ocurriría.

Intento calmarme antes de hacer nada, reaccionar, o incluso hablar, porque quiero ser lo más racional posible y no dejarme llevar por cómo me siento. En parte es culpa mía; debería haber sido más firme con mis decisiones, en lugar de permitir que Freya me convenciera con tanta facilidad, solo para que estuviera contenta y disfrutase la experiencia, y haber vuelto a Estocolmo para evitar riesgos innecesarios.

—Bien —murmura Sebastian, rascándose la barba en un gesto nervioso, mientras pone una mueca de disgusto—. Eso es un problema que no me había planteado.

¿Es que debo creerme que ha pensado antes de plantarse aquí como si nada? Porque no ha sido una casualidad, es imposible y, en cierto modo, acaba de delatarse al reconocer que ha pensando en posibles problemas.

¿Ha sido Freya la que le ha dicho lo que íbamos a hacer hoy y por eso no quería marcharse? Lo dudo, por mucho que sea una inconsciente, como la gran mayoría de gente a su edad, no llega a ese punto. Su emoción ha sido genuina cuando lo ha visto, estaba igual de sorprendida que yo.

Estoy frustrada, demasiado para mi propio beneficio. Me he pasado toda la mañana intentando que mi hermana y yo pasemos desapercibidas, eludiendo a la posible prensa que pudiera encontrarnos, manteniendo un perfil bajo, recordándole de forma constante que no levantase la voz y pidiéndole a nuestro equipo de seguridad que no se acercaran demasiado. Había tenido éxito hasta que el cantante ha aparecido, sin ser invitado, y las probabilidades de que nos hayan identificado han aumentado de forma exponencial.

—¿Qué esperabas? —intento decirlo con una sonrisa, por los periodistas. Ha empezado la función y debo ser la mejor actriz, disimulando mis verdaderas intenciones—. ¿No te jactas de que eres tan famoso? —Él asiente, es mucho más conocido que yo en este país. Y le encanta, se le nota. Adora su reputación, le gusta ser él mismo y tener un séquito de fans que lo tengan tan idolatrado—. Entonces no sé cómo has podido pensar que nadie te iba a reconocer, es absurdo. Deberías haber hecho cualquier otra en lugar de acosarme —añado, con una expresión más que impostada.

Por mucho que antes llevase gafas de sol, es inconfundible incluso para mí. Quizá es por su altura; por ese cabello color entre cobre y pardo, desenfadado, despeinado de forma voluntaria que le aporta algo distintivo; o por su actitud corporal, ya que la seguridad que tiene se nota a leguas y desprende un magnetismo especial. Es la definición perfecta de lo que la gente cree que debe ser un ídolo adolescente, del prototipo ideal: guapo, carismático, misterioso y profundamente insoportable.

—Eso no te lo permitiré, princesa —gruñe muy molesto. Las facciones se le han endurecido y

se le marcan un poco unas incipientes arrugas de expresión en la frente mientras me mira muy serio—. Yo no te acoso, que te quede claro. Tampoco es que me hayas dicho de forma clara y directa que no.

—Y por eso estás aquí, ¿no? Porque no lo haces, claro. —Es una suerte que la prensa no pueda escuchar mi tono, lleno de ironía, algo que no debería hacer, pero me pone de los nervios y con él soy demasiado visceral—. Nadie se cree que es una casualidad, ¿cómo te has enterado que iba a estar aquí?

Pese a que no estamos solos, ya que Freya y su agente están a nuestro lado, es como si fuera así. No puedo callarme, no me sale.

—Estoy ayudándote con el comunicado, ¿no te das cuenta? —cambia de tema. Quiere tener razón—. Somos amigos y hemos quedado, así de simple.

—¿Qué amigos van juntos de tiendas y se ponen a hablar en esta sección…?

No he ido casi nunca de compras con ninguno de mis amigos, ya sean chicos o chicas; prefiero ir sola, es mucho más práctico y rápido.

—¿Por qué no? —rebate y se encoge de hombros—. Que yo sepa, no hay ningún código de conducta acerca de este tipo de cosas. Eres tú la que le está dando más importancia de la que tiene.

A cuanto más lo observo, más entiendo que tenga tantas fans que están obsesionadas con él. Es guapo —mucho de hecho—, y lo sabe, se le nota por la forma en la que se aprovecha de ello. Tiene un algo que te invita a mirarlo más tiempo de lo habitual, uno que utiliza para obtener lo que quiere. No obstante, todo lo que tiene de atractivo, lo tiene de irrespetuoso e insoportable.

—Si la prensa ha hecho fotografías de esto va a especular cosas que no son ciertas.

Es lo último que quiero, porque si es así, mi padre va a estar mucho más molesto de lo que ya debe estar. ¿El cantante ayudándome a elegir mi ropa interior? No tiene lógica ni sentido.

—¿Has pensado, princesa —pronuncia la palabra casi en un ronroneo, para provocarme—, que si nos dejamos de ver de repente sugiere otro tipo de cosas?

—¿Como qué?

Me mira y sonríe, pero no dice nada. Espero que lo haga, que responda a mi pregunta, pidiéndole sin palabras que hable. ¿Está intentando ponerme nerviosa de forma voluntaria con su silencio? Se relame el labio inferior de forma lenta, calculada, mirándome de forma fija y buscando una reacción de mi parte. No le doy esa victoria, me giro para acercarme a un miembro del equipo de seguridad.

—Como que nuestras pieles se han rozado bajo las sábanas y mi fuego ha podido derretir tu hielo. —El susurro de la voz ronca de Sebastian, cerca de mi oreja, provoca que mi piel se erice por la sorpresa. No sé cómo, pero se da cuenta, porque al estar tan cerca, noto la vibración de una risa disimulada. Me giro de golpe y lo insulto de mil maneras en mi mente por lo que acaba de hacer—. No me quejaría, ¿sabes? Es justo lo que he querido desde que te he conocido. Además, ¿quién puede decir que se ha acostado con una princesa? Pero no creo que eso ayude con tu imagen pública y evitar la atención.

Si no tengo en cuenta su provocación, tiene razón. Si se supone que somos amigos, lo normal sería vernos de tanto en tanto. Nuestra «amistad» es pública, por lo que si no existe más imágenes juntos, interacciones o que se nos vea en la misma ciudad, solo va a generar más rumores.

—¿Era necesario?

—¿El qué, princesa? —Parpadea rápido para parecer inocente y disimula lo mejor que puede

el golpe que le da su agente—. ¿Te han dicho alguna vez lo bien que hueles? Quizá se convierta en mi aroma preferido y…

—Sebastian, es más que suficiente —lo corta James—. Te estás pasando.

—¿Lo estoy haciendo? —me pregunta de forma directa.

—Yo creo que dice la verdad, Lena —habla Freya, adelantándose a mi contestación, dejando de fascinarse por su ídolo unos segundos—. Seguirían saliendo artículos del motivo por el que sigues viéndote con otros amigos tuyos y con él no, generaría más rumores y…

La miro, pidiéndole que no siga, que no es necesario y no es el momento. Observo de forma rápida la tienda, buscando una solución. El jefe de seguridad ya está hablando con una de las dependientas, en busca de una opción para que pueda marcharnos sin levantar más sospechas, quizá por una puerta trasera.

—Lo siento —se disculpa de forma sincera el agente—. Sé que esto va a suponer un problema para usted, y no era lo que queríamos. Nuestra intención no era importunarla más.

¿Cómo pueden ser tan diferentes entre sí? Son casi opuestos. James parece una persona normal, educada, correcta, sincera… No quiere causarme un problema, siempre se ha mostrado colaborador a las soluciones que hemos propuesto. No sé cómo son tan amigos o cómo lo aguanta.

—¿Por qué le hablas de usted? —se mofa Sebastian—. Parece que estés hablando con una señora mayor, no con una chica de nuestra edad, con mi princesa preferida.

¿Cómo sabe que tenemos una edad similar? A mí me lo ha dicho Freya, pero él… ¿me habrá buscado en Google para saber más cosas de mí y usarlas? Es una suerte que no haya fuentes fiables y la gran mayoría sean mentiras.

—Es el tratamiento correcto para dirigirse a una persona de su cargo —aclara, bajando un poco la cabeza, casi como en una reverencia de disculpa en mi dirección—. No le tenga muy en cuenta sus ocurrencias, alteza, estoy seguro de que se siente culpable por las molestias que puede ocasionarle.

—Puedes tutearme si se te hace más cómodo —le indico. Odio las formalidades—. ¿Hay mucha prensa?

—Cada vez van llegando más, lo que hace que llame aún más la atención por el tumulto de personas.

Lo dice como si se hubiera tratado de una casualidad, y no, sigo pensando que es inviable.

—Y ya tienen tema para varios días —murmuro, asimilándolo—. ¿Ha habido suerte? —le pregunto a mi jefe de seguridad, que ya ha vuelto a nuestro lado.

—No, alteza. —Muerdo el interior de mi mejilla para estar entera. Es como si todo lo que pudiera salir mal, lo estuviese haciendo—. No tienen puerta trasera ni ningún método para que pueda salir sin ser vista.

—¿Alguna idea? —pregunto mirando a mi equipo de seguridad.

—No entiendo mucho de estas cosas, de temas reales, me refiero, porque de prensa sé mucho por culpa de Sebastian —es James el que habla—, pero se ha dicho que entre vosotros hay una amistad. —Asiento, no sé cuántas veces me arrepentiré de haber sugerido eso—. Cuanto más tiempo estemos aquí, más se creerán que estamos planificando algo para que no parezca algo que no es.

Sí, va a resultar más sospechoso de lo que debería. A no ser que nos hayamos quedado para hacer compras juntos. Suspiro. Me parece absurdo.

—Desembucha de una vez —apremia el cantante, como si estuviera nervioso, lo que es

improbable, porque está encantado con la situación—. No es el momento de ser misterioso como sueles ser. Directo al grano, gracias.

—Lo que ha dicho Sebastian antes es cierto, los amigos se ven y quedan. Esto puede ser un ejemplo, una quedada antes de que os marchéis de la ciudad. Sí, el sitio no es el más adecuado —concuerda—, pero no estáis solos, está la otra princesa, que es su fan, y estoy yo. Una cita no parece —añade mientras se sube las gafas con el dedo índice—. Además, puedo encargarme de hablar con la prensa al salir de aquí y aclarar la situación. Lo único, que tendrías que volver en el mismo coche para dar apoyo a la versión.

Espero que alguien diga o proponga algo mejor, o simplemente niegue, pero no es así. A mí, dentro de las posibilidades y las más que probable locuras que podían proponer mi hermana y Sebastian, me parece lógico, aunque no lo ideal.

—Puede funcionar… —confirmo y miro al equipo de seguridad. Me entienden sin que hable, acompañan a Freya a pagar lo que le ha gustado—. Bien, encargaos de que vengan un par de coches —ordeno—. ¿James? —El agente asiente—. Preferiría que también vinieras tú, no quiero fotografías a solas con él en un vehículo, daría pie a más teorías.

—¿Y Freya? —pregunta el cantante—. Podría venir con nosotros, seguro que está encantada, aún le debo un concierto privado.

—No podemos viajar juntas —aclaro casi de forma mecánica—. Protocolo real.

Antes de salir, repasamos varias veces el plan para que nada se salga de control. Por suerte, Freya no se queja por tener que ir sola; está seria, preocupada.

Solo cruzar la puerta de salida, los múltiples flash de las cámaras me ciegan, pero sigo avanzando, intentando ignorar las preguntas incómodas que se suceden una tras otra. Es curioso que no se dirigen a mí, son todas al cantante.

—¿Es cierto que hay más que una amistad entre tú y la princesa, Rìgh Bastian?

—¿Has sentado la cabeza con la princesa Lena?

—¿All I Want, de tu nuevo álbum, va dedicado a ella?

—¿Conoces ya a los reyes?

—¿Añadirás Suecia a tu gira mundial para verla, Rìgh Bastian?

—¿Crees que el rey Gustaf aprobará vuestra relación?

Mi padre. No he pensado en él, en lo poco que le van a gustar estas nuevas fotografías. La conversación que tendremos mañana cuando llegue a palacio será mucho peor, me lo reprochará, estoy convencida. Trago saliva para disimular mi agobio, pero no puedo dejar de pensar en lo que me va a decir. No va a ser amable y no podré justificarlo de ninguna manera, porque no hay excusas; él tendrá razón, esto no es beneficioso para mí.

¿Me he equivocado? ¿No debería haber aceptado venir con Freya? ¿Debería haberme quedado en Suecia tal y como el rey quiso? Hay tantas posibilidades, tantos aspectos que se me escapan de control y yo… yo…

El roce de una mano cerca de la mía, casi de forma sutil, me devuelve a la realidad, a una que ahora mismo está llena de prensa, fotografías y muchas preguntas. No puedo paralizarme, no delante de tanta gente, por lo que sin pensármelo mucho, entrelazo nuestros dedos, buscando confort de esa forma para seguir andando como si nada.

No es hasta que estoy dentro del coche cuando me doy cuenta de que es la mano del cantante, y que esto, este gesto, no va a ayudar en nada en nuestra hipotética amistad.

Estoy cabreada conmigo misma. Muchísimo.

He dejado que mis emociones me afectasen, provocando que pierda el control en el peor

momento. Sí, tengo motivos para estar preocupada. ¿Es una excusa? No. No puedo permitirme este tipo de fallos, no puedo abstenerme del mundo como lo he hecho.

¿Qué habría pasado si me hubiera llegado a quedar quieta? Me tacharían de tonta, o peor, como una tonta enamorada de alguien como Rìgh Bastian.

—Lo siento —se excusa, aunque no sé bien el motivo por el que lo hace. Antes de que lo haga yo, separa nuestras manos—. Sé que no te gusta el contacto físico, y que no ha sido lo mejor, pero te has quedado quieta y no es bueno hacerlo delante de ellos, hubieran aprovechado para preguntarte más cosas.

No hay burla, tampoco se mofa. Solo me observa. Es como si estuviera leyendo mis pensamientos, viendo a través de mi perfecta fachada que nadie ha quebrado. No sé cómo, porque han sido microsegundos, pero se ha dado cuenta de mi actitud, de mi pausa, de lo que he aprendido toda mi vida a ocultar.

—Sí, tienes razón. Gracias.

—Me siento halagado. —Ahí está él, de nuevo, en todo su esplendor—. Es la primera vez que me agradeces algo.

No digo nada más, espero a que el agente suba al coche para irnos. Lo hace poco después y el guardaespaldas arranca para llevarnos lejos de aquí.

—He dado muchos detalles para que la versión parezca verídica —me explica James, mirándome por el espejo interior—, por ejemplo, explicando el motivo por el que Sebastian y yo estábamos en la cafetería previamente. Nadie se extrañará al saber que estábamos aburridos de ir de tienda en tienda.

—Exacto. Odio ir de compras —añade Sebastian entre risas—. Lo que uno debe hacer por la amistad, ¿eh? —sigue bromeando—. No deberías preocuparte, princesa, tiene un don para hacerle creer a la gente lo que él quiere.

No les estoy prestando atención; mi mente está en otro continente, lejos de todo lo que sucede a mi alrededor. Por muy bien que hable, no será suficiente, estoy convencida de que ya hay fotografías, muchas de ellas de nuestras manos entrelazadas.

¿Qué pensará el rey de todo esto?

Mi mente no deja de repetir las preguntas que han hecho los periodistas, acompañadas de la incertidumbre por lo que vendrá.

No me han tenido en cuenta en ninguna de ellas. He quedado relegada a un papel secundario al lado del cantante, a ser solo su acompañante. Es él quien interesa, del que quieren saber si ha sentado la cabeza o si al rey le parece bien nuestra hipotética relación. ¿Y mi madre? Ella también es importante, ¡es la reina! No pueden obviarla. Este tipo de actitudes, tan retrógradas y antiguas, hacen que me cabree aún más. Puedo llegar a entender que él es un cantante de fama mundial, que está en su país, y ese tipo de cosas, pero ¿y si es al revés? ¿Y si soy yo la que lo está usando para mi propio beneficio, jugando con él para no aburrirme?

No solo por eso estoy tan molesta conmigo misma. He dejado que una persona externa, una que no deja de causarme problemas e intenta divertirse a mi costa sacándome de quicio, me vea débil, en un estado que casi nadie conoce. Uno que odio.

No soy débil. No puedo serlo. No puedo permitírmelo. Una futura reina no muestra debilidad. Y el cantante me ha visto así, pero no es lo peor; ha sido su contacto el que me ha hecho recuperar la noción de la realidad.

—¿Dónde os dejamos? —pregunta uno de mis guardaespaldas, el que conduce el coche—. No llevaremos a su alteza al hotel por el momento, menos si vais juntos, puede que algunos

periodistas estén siguiéndonos. El plan es dar un par de vueltas por la ciudad, así ganamos tiempo y despistamos a la prensa.

—Sí, lo entendemos —murmura James. Noto cómo mira al cantante, preguntándole sin palabras algo que se me escapa—. ¿Os importa dejarnos en la dirección que os pida?

—¿Ahí? —protesta Sebastian—. ¿En serio, James?

—Cállate —ordena sin titubear—. Es un restaurante lo suficientemente público para que sigamos siendo el centro de atención, así Lena puede descansar. —Siento su mirada cómplice, pero no quiero hablar. No si no es estrictamente necesario—. Ningún problema, ¿verdad, Sebastian?

—Ninguno —concede sin discutirlo mucho—. ¿Qué opinas tú, princesa?

¿Ahora le importa lo que pienso? ¿Después de todo lo que ha generado su mera presencia? No tengo ganas de empezar una batalla con él por el apodo. Otra más en tan poco tiempo. ¿Por qué quiere complicarme tanto la vida? ¿Tanto le cuesta llamarme como debe?

—Lo que decida mi equipo de seguridad estará bien. —Miro mis uñas, cortando así la conversación. En el coche se instala un silencio bastante incómodo hasta que añado—: Hay más fotografías nuestras en las redes.

¿En qué estaba pensando para cogerle la mano? Dará pie a más rumores, lo que me supone más quebraderos de cabeza.

—Sí. —Es directo y claro. Agradezco que no me mienta ni intente hacerme sentir mejor, porque es lo último que necesito. En el mundo en el que vivo estoy acostumbrada, por desgracia, a que me traten entre algodones, a excepción de mi familia. El resto siempre me da la razón, incluso si no es cierto; se guardan la opinión para no ofenderme—. ¿Preocupada?

Estoy sorprendida de que no esté usando a su favor la situación, tampoco hace comentarios de los suyos, esos que no ha dejado de hacer desde que nos hemos conocido.

Noto que me está mirando más de lo normal y, de reojo, lo observo también. Ya no hay diversión en esos ojos azules, está preocupado. Dudo que sea por mí, quizá se siente culpable. Debería. Pero confío en James, me ha parecido mucho más razonable que su representado.

Es obvio que no ha pasado por alto mi momento de flaqueza. Quiero recomponerme, por lo que me muerdo el interior de la mejilla, ordenando mis pensamientos.

—No sirve de nada estarlo —miento. No quiero mostrar más debilidad delante de ellos—. Lo hecho, hecho está.

Saco el móvil del bolsillo de mi pantalón. No ha dejado de vibrar, porque lo he puesto en silencio por estos acontecimientos. Es Freya.

—Estoy aburrida. —Hace un puchero cuando respondo la videollamada—. Normalmente cuando viajamos en coches separados, solemos hablar. Siempre eres tú la que me llama —remarca—. No me gusta estar sola.

Cuando nuestros padres le regalaron su primer móvil, uno por el que insistió mucho, siempre la llamaba en viajes largos. De los tres hermanos, es la que peor lleva cumplir las normas, estar sola y no poder comportarse como una adolescente más.

—Es el protocolo —le recuerdo, haciendo un esfuerzo para hacerlo en inglés. Por mucho que no soporte al cantante, si hablo en sueco, estaría faltándole el respeto—. ¿Cómo estás?

—No hace falta que me lo recuerdes. Qué agobio. —A través de la pantalla, la veo resoplar de forma exagerada—. ¿Has hablado con Nikolaj? —Niego con un gesto sutil—. Pues deberías, no para de enviarme mensajes a mí para que le hagas caso y estoy a nada de bloquearlo.

—No lo hagas. —No es una petición—. Luego le responderé. No he estado pendiente del

móvil.

—¿Me lo dices a mí? —dice entre risas—. He tenido que llamarte unas diez veces antes de que me respondieras. —Un bache en el asfalto hace que mi brazo se tambalee, enfocando durante unas milésimas al cantante—. Hola.

Si el cantante no fuese tan sumamente insoportable, me caería bien. Solo ver lo feliz que hace a mi hermana le hace ganar puntos. Pero no lo soporto. Ni lo haré nunca. Me ha complicado demasiado la vida.

—Hola a ti también, Freya.

Mi hermana no disimula un gritito de emoción, como si el hecho de que se supiera su nombre fuera destacable.

—Volviendo a lo que te decía —continúa, pero su vista está más pendiente de si el cantante sale en cámara que de mí—. Nikolaj me está agobiando, contéstale.

—¿Y si no quiero hablar con nadie? —espeto, directa—. Puede esperar lo que haga falta, me da igual que insista.

—¿No quieres hablar conmigo tampoco? —rebate Freya, parpadeando de forma repetida.

Contengo el no que está a punto de salirme. Mi hermana no tiene la culpa.

—¿Quién es Nikolaj? —Por una vez, agradezco que Sebastian hable, así puedo pensar mejor qué responder—. La curiosidad me puede, no dejáis de nombrarlo y quiero saber quién es.

—El chico con el que nuestro padre estaría más que encantado de que Lena forme una familia —responde mi hermana riendo—. Siempre lo deja caer en todas las reuniones oficiales. Y es insoportable, a mí me cae fatal. Me mira y habla como si tuviera tres años. No lo aguanto.

No tiene filtro y me desespera. Al cantante y a su agente no les interesa —ni debería—, quién es Nikolaj, si me está enviando mensajes, que nuestro padre lo considera un posible marido perfecto y la estima que le tiene.

—Papá sabe que solo somos amigos.

—Saberlo lo sabe. Ahora bien, ¿está conforme con eso? Para nada.

—¿Os referís al príncipe Nikolaj de Noruega? —pregunta James. Se ha informado muy bien de mí. Se nota—. Luego te explico quién es, Sebastian.

No sé cómo consigo que mi hermana cuelga la videollamada y el silencio vuelve al coche. Minutos más tarde, nos detenemos delante del restaurante que han indicado.

—La prensa no nos ha seguido, podéis estar tranquilos.

—Muchas gracias —agradece James y le pasa su tarjeta de contacto—. Aquí está mi correo electrónico, supongo que habrá mucho papeleo que rellenar y acuerdos que realizar después de todo esto. Adiós, alteza —se dirige de forma directa a mí—. Ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo, James —concedo—, y puedes tutearme, lo he dicho.

Baja del coche y espero que el cantante haga lo mismo, que desaparezca de una vez de mi vida. No lo hace. Solo me mira. ¿Qué quiere?

—Aunque pensarás que miento, no quería provocar los problemas que te he causado, princesa.

¿Eso es una disculpa? Porque no lo parece, le falta lo esencial: un lo siento.

—Alteza.

Sonríe y no entiendo nada.

—Supongo que volveremos a vernos, princesa. —De nuevo lo menciona. Lo hace para molestarme. Es obvio—. Y no me arrepiento de haber dicho que eres preciosa, Lena —susurra, casi en un ronroneo, como si acariciara mi nombre con delicadeza—. No me gusta mentir.

OCHO
Lena

Cuando llego al hotel, voy directa a la suite para hacer el equipaje. No pregunto si Freya ha llegado porque, de un modo u otro, acabaré por saberlo.

—Sí que has tardado, ¿no? —saluda sin levantar la vista del móvil. Está estirada (demasiado cómodamente) en uno de los sofás—. Llevo como media hora esperándote.

—¿Has preparado ya tu maleta? —pregunto mientras saco con mucho cuidado la ropa del armario—. Tu vuelo sale cinco horas más tarde que el mío y quiero que lo tengas todo preparado antes.

—¿No confías en mí?

—Claro que lo hago, pero te conozco a la perfección y sé lo desastre que eres con este tipo de cosas. —Se queja con un suspiro y la miro, alzando una ceja—. ¿Miento?

—No, pero tengo todo el derecho del mundo a quejarme. —Guiña un ojo y guarda su teléfono —. Mucho reñirme a mí, pero tú no has contestado a Nikolaj, ya que sigue insistiéndome.

Al quedarme sola en el coche he leído todo lo que me ha puesto. Y por eso no le he respondido. Odio que cuestionen mis decisiones, y más si es alguien tan importante en mi vida como lo es él.

Los primeros mensajes son los habituales de cortesía, preguntándome cómo estoy y qué tal me lo estoy pasando. Luego han derivado en reproches, en palabras que duelen viniendo de él. Pregunta en qué momento se me ha ocurrido pensar que relacionarme con un cantante con esa fama es una buena idea.

Hasta que rectifica y me pide disculpas.

Nikolaj es de las pocas personas de confianza que tengo entre la realeza, uno de mis pocos amigos dentro de este mundo, sobre todo porque me entiende. Sabe la presión que tengo solo por el hecho de ser la heredera al trono, la gran carga en mi espalda para no fallar y ser perfecta en todo momento.

Eso sí, él tiene más suerte, ya que no es el primogénito y nunca será rey. Además, como sus dos hermanos están casados y tienen hijos, está muy atrás en la línea sucesoria al trono.

—Bien —murmuro. Doblo con mimo la ropa antes de colocarla en el equipaje—. ¿Qué? —pregunto al notar su mirada pendiente de mí.

—¿Bien? ¿Solo vas a decir eso?

—No tengo más por decir.

—Ya, pero el silencio es aburrido… —No estoy de acuerdo, no tiene que serlo, a veces expresa mucho más que palabras vacías—. Son nuestras últimas horas aquí, juntas —remarca dando énfasis a la palabra—. Podríamos hacer algo.

—Sea cual sea la idea excéntrica que has tenido, la respuesta es no.

—¡Lena! Si aún no lo he dicho, es científicamente imposible que te niegues a algo sin escucharlo. Por no mencionar que no es nada justo…

Sonrío. Solo mi hermana es capaz de sacarme una cuando no estoy de humor con sus ocurrencias.

—Soy toda oídos.

—Rìgh Bastian se hospeda en este hotel, en la ha… —se calla de repente y disimula lo mejor que puede—. Y me aseguró que haría un concierto privado, y si…

—No.

No dejo que siga; no quiero volver a verlo. No en mucho tiempo, al menos. Para mi mala suerte, al aceptar actuar en la final del festival, tendré que aguantar su presencia. Aún quedan muchos meses para eso.

—¿Y si voy sola y…?

—Freya, no.

—Jo. —Hace ese puchero que tanto le funciona, el que hace que toda la familia nos derritamos con su adorabilidad—. Solo quiero pasar más tiempo con él, nunca más lo veré y sabe mi nombre, ¡hasta me ha seguido en mi cuenta fan de Instagram!

No voy a mencionar, otra vez, que está incumpliendo las normas y el protocolo teniendo redes sociales. No quiero ser pesada.

—Papá está muy enfadado conmigo —suelto de golpe. Necesito que entienda mi punto de vista, el motivo por el que le privo de eso—. Y seguro que quiere matarme cuando vea las fotografías en la sección de lencería.

—Eres su ojito derecho, lo va a entender y no te dirá nada. No por nada ha aceptado tus amistades con cantantes de Suecia.

¿Vivimos en la misma realidad? Sí, puede que pase más tiempo con nuestro padre que ella, pero no es porque sea su preferida, que lo dudo, sino por todo lo que quiere que aprenda y sepa de memoria antes de que el trono recaiga en mí. Además, nunca ha considerado apropiado que me relacione con ese tipo de gente porque, según él, puede perjudicar mi imagen.

—Si fuera tu caso, podría pasarlo por alto. ¿Conmigo? —Suelto un bufido—. Lo dudo. No tengo tu libertad ni tu suerte, Freya.

Quizá porque nota el deje triste en mis palabras, pero se levanta y me abraza.

—Si hace falta, puedo hablar con papá para explicarle que ha sido todo mala suerte y…

—No es necesario, tampoco serviría de mucho.

—Por probar no perdemos nada, ¿no?

Su insistencia es extraña. No suele afrontar los problemas, suele escudarse en Kristoff y en mí. Hasta que ato cabos.

—Serás tú la que le diga a papá que quieres estudiar el bachillerato en otro país, no me uses de excusa.

—¡Lena!

El resto del tiempo que nos queda juntas lo pasamos sin hacer nada especial. Ella me enseña casi todas las canciones del cantante, con sus respectivos videoclips. Dejo que lo haga, se le sigue iluminando la mirada como si fuese pequeña y a mí me encanta verla así.

Como sé que tendré una discusión con mi padre por todo lo que ha pasado, una vez en el avión en el trayecto de vuelta, releo los documentos que pidió que mirase, aprendiéndomelos casi de

memoria y buscando información complementaria. No podrá reprocharme que no he trabajado en este viaje.

Mentiría si no dijera que el vuelo se me hace eterno, mucho más largo que el de ida.

—¿Kristoff?

A pie de pista, en la zona privada del aeropuerto, rodeado de su equipo de seguridad, está mi hermano. Al escuchar su nombre guarda el móvil, se estaba haciendo un selfie.

—En cuerpo presente. —Sonríe y me abraza para saludarme—. Sé que no debería estar aquí y que esperas un coche oficial, pero mírame, recogiendo a mi hermana mayor.

—¿Te lo ha pedido papá?

—¿Bromeas? —se ríe a carcajada limpia—. Si sabe que estoy aquí, que nos estamos saltando el protocolo, nos mata.

Mi hermano y yo tenemos una relación magnífica. Soy un año mayor, pero no se nota, nos hemos criado casi como mellizos. Es mi mejor apoyo, porque aunque no ha tenido la presión del trono, ha estado ahí en todo momento para respaldarme. Nunca se ha quejado por el papel que tiene.

—¿Está muy molesto? —me intereso. Con la ayuda de uno de mis guardaespaldas, guardo mi equipaje en el maletero. Van a dejarnos la máxima intimidad posible. Estaremos solos, sí, pero nos van a seguir con varios coches por seguridad—. Sé que sí, no sé por qué lo pregunto.

—Mamá ha calmado las aguas, siempre lo consigue, pero quiere hablar contigo de inmediato.

—Y que no vaya en uno de los coches que ha mandado le molestará más…

—Pero no contigo, sino conmigo. —Veo cómo me guiña el ojo a través del espejo interior—. De nada.

—Todo lo que podía salir mal, lo ha hecho —resumo, apartándome el pelo en un gesto nervioso—. La fotografía hecha a traición por ese cantante, que resulta ser el ídolo de Freya, que la prensa nos pillase cuando estábamos de compras y él apareciese de la nada…

Es muy frustrante y me cuesta canalizar las emociones.

—Hacéis buena pareja. —Giro el cuerpo para poder mirarlo—. ¿Qué?

—De todo lo que podrías haber dicho, es lo último que esperaba.

—He visto las fotografías, como medio mundo a este punto —se mofa—. Y en la que salís con las manos entrelazadas pegáis. Pasaríais como una de estas parejas de película romántica.

—Es sumamente insoportable —confieso. Con mi hermano puedo ser sincera—. Y un idiota. No sé qué es lo que lo hace tan especial para Freya.

—Si nos ponemos tiquismiquis, tu antigua pareja también lo era, y lo aguantaste durante más de cuatro años.

—Es distinto y lo sabes. —El sonido de varias notificaciones en su móvil hace que no siga. Con un gesto, mi hermano me pide que revise lo que es por si se trata de algo importante—. ¿Tú también, Kristoff?

—Si no eres más específica…

—Tienes Instagram —remarco lo obvio—. ¿Por eso te estabas haciendo una foto? —Asiente, reprimiendo una carcajada—. Es más que obvio que te ha convencido Freya.

—Sí y no —matiza—, también es por si papá descubre su cuenta, para protegerla así en cierto modo. No deja de ser una adolescente, es lógico que quiera sentirse normal.

—Pero sin exponerse de ese modo.

—Hay que darle un poco de confianza, Lena —pide serio—. Nuestra hermana es un caos, sí, pero es responsable, no hará ninguna locura.

Kristoff sigue contándome lo que ha ocurrido en el poco tiempo en el que he estado fuera a petición mía, para que la conversación deje de centrarse en las redes sociales. Pese a todo los problemas que ha habido, le parece bien que Freya y yo hayamos tenido este viaje juntas para pasárnoslo bien.

A medida que nos acercamos a palacio, me pongo cada vez más nerviosa. Lo oculto como puedo; si papá me ve así será peor y lo usará como arma arrojadiza, alegando que mi estado de ánimo refleja mi arrepentimiento. Bajo del coche y me despido de mi hermano una vez que ya estamos dentro. No hace falta que nadie me diga a dónde ir, sé que me está esperando en su despacho y conozco el camino de memoria.

Doy un golpe seco con el nudillo en la puerta para anunciar mi llegada. Espero que conteste y, cuando lo hace, entro con paso decidido y la cabeza bien alta, mostrándome muy segura de mí misma.

—Buenas tardes, padre.

No me saluda. Ni siquiera levanta la cabeza de los papeles que hay encima de la mesa. Tampoco me sorprende, no suele mostrarse efusivo ni tampoco deja lo que está haciendo cuando alguien lo visita. Solo hay una excepción: mi madre. Si ella es la que lo molesta, lo deja todo para prestarle atención. Es curioso que, con lo frío que es, mi madre sea capaz de derretirlo.

Al verlos, y a medida que me he ido haciendo mayor, me he dado cuenta de que quiero algo así para mí. Alguien que sea capaz de ver más allá de mi coraza y sepa cómo tratarme en cada momento. Alguien que consiga que no tenga miedo de ser yo misma. Alguien con quien pueda relajarme y ser solo Lena, no la heredera al trono.

Pero no me corre nada de prisa, encontrar pareja no es una de mis preocupaciones.

Trago saliva para disimular lo incómoda que estoy por el silencio de la habitación. Mi padre sigue callado, lo que es extraño. Espero a que me dé una orden o que me diga qué debo hacer, pero nada, sigue callado.

Lo observo fruncir el ceño de forma ligera, y las arrugas de expresión que adornan su rostro, las que recuerdo haberle visto siempre, se le marcan un poco más. Aparenta más edad de la que tiene, quizá por el peso de la corona, o porque es un obseso del control y no deja pasar nada.

—Toma asiento —ordena aún con la vista fija en la mesa.

Está enfadado, su tono le ha delatado. No hay rastro de amabilidad en él, solo autoridad. Con cuidado, aparto la silla y me siento. Enderezo la espalda, dejándola lo más recta posible, y junto las piernas en la posición correcta. No quiero que me reproche nada más de lo que ya va a hacer.

La mesa nos separa y es la representación física de la diferencia que existe entre ambos. Su posición y la mía. Está por encima de mí, es el rey y yo… yo por el momento solo soy su sucesora.

En lugar de sentirme cohibida, que es lo que pretende, ojeo de forma rápida todos los documentos de la mesa. Al estar sentada puedo verlos a la perfección; son todo artículos de Sebastian y míos y, sobre todo, fotografías. Demasiadas. ¿Cómo pudieron hacer tantas?

—¿Quieres opinar de lo que estás viendo?

No pierde el tiempo preguntándome cómo ha ido el viaje o cómo me encuentro. Sabe la respuesta a las dos cosas. Puede ser distante y correcto, pero se preocupa muchísimo por sus hijos, nos quiere a los tres por igual, aunque haga algunas concesiones dependiendo de quién sea. Debe haber controlado el trayecto del vuelo para saber si ha habido algún problema o no.

—¿Qué es lo que quieres escuchar?

—Tu opinión, que es justo lo que te he preguntado.

De un movimiento ligeramente brusco, me pasa varias imágenes del cantante y mías. Al verlas, suspiro. Sí, son muy malinterpretables. Hay varias en la tienda de ropa y, por el ángulo, parece que estemos en una actitud muy cariñosa. Él sale sonriendo mientras señala uno de los conjuntos de lencería y yo, como no se me ve el rostro, parezco encantada.

Están sacadas de contexto y me cabrea, en ningún momento tendría esa actitud con él. Si es que son tan creíbles que hasta a mí me parece que tenemos una gran complicidad.

Noto la mirada de mi padre fija en mí. Está observando mi reacción y cuando estoy dispuesta a hablar, señala uno de los artículos con el dedo.

¡Tenemos Un Romance Real!

Sí, así como lo estáis leyendo, ¡Lestian está más que confirmado!

Cuando nos llegaron estas imágenes no nos lo creíamos, no es que estemos acostumbrados a ver a la princesa Lena tener muestras de afecto en público (o en general), pero ha decidido saltarse el protocolo real, ¡y nada más y nada menos que con Rìgh Bastian!

Todas las alarmas saltaron cuando vimos al cantante paseando por una de las calles más comerciales de la ciudad en la que está debido al festival en el que actúa. Poco después, y junto a su agente inseparable, se le vio entrar a una de las tiendas más exclusivas de la ciudad, lugar en el que fueron captadas estas fotografías junto a la princesa.

Por mucho que intenten hacernos creer que entre ambos solo hay una amistad, teoría respaldada por el agente en las declaraciones que hizo, las fotografías dicen algo muy distinto. Sonrisas por parte de ambos, complicidad, bromas íntimas y Rìgh Bastian ayudando a la princesa a elegir su ropa interior. ¿Pueden ser más obvios?

Además, una fuente anónima nos confirma que coquetearon de forma clara en todo momento sin ocultarse, y que Rìgh Bastian sugirió que comprase un conjunto rojo ya que le quedaría muy bien, que lo sabía con conocimiento de causa.

Por si nos hicieran falta más pruebas para convencernos de que entre ellos hay algo, cuando salieron de la tienda lo hicieron con las manos entrelazadas y él estuvo muy pendiente de ella en todo momento, muy preocupado de que la princesa estuviese bien y que no le molestasen las preguntas que le hacían los periodistas.

Nunca habíamos visto esa faceta tan sobreprotectora del cantante, ¿qué más puede pedir Lena? ¡Tiene al hombre perfecto a su lado! ¿Quién nos iba a decir que la princesa de hielo, tal y como la llamamos nosotros, sería la adquisición más duradera del cantante?

Les deseamos lo mejor y que Sebastian controle sus impulsos, porque si no, el rey Gustaf no estará para nada contento. ¿Ordenará que le corten la cabeza si trata mal a su hija?

Sea como sea, ¡nos declaramos fans de la pareja!

—Esto es indignante.

No pienso antes de hablar, solo lo suelto. ¿Mi mente me ha engañado o es que de verdad he leído eso?

—¿Puedo saber a qué te refieres?

Lo último que me apetece, después de haber leído eso, es una reprimenda de mi padre. Capaz es de culparme de las palabras de gente que no sé ni cómo son periodistas.

—¡El machismo! —Sigo molesta, por lo que no controlo mi tono de voz. Estoy muy enfadada —. ¿Solo soy una chica enamorada? ¿No tengo criterio propio? ¿Me van a ver diferente solo porque hipotéticamente tengo pareja? Es…

Me callo y lo observo. Espero su apoyo, una mirada de complicidad, unas palabras de aliento… algo. Ver que su enfado queda en un segundo plano, aunque solo sea momentáneo, para darme mi posición y eliminar mis dudas.

No estoy acostumbrada a que la prensa hable así de mí. En Suecia, siempre que he sido noticia, ha sido por mis logros, mi pasión filantrópica o por el apoyo a la cultura. Nunca por esto. En estos artículos se me relega a un papel secundario, a un adorno del cantante, a un simple florero.

Y me niego.

—Conozco muy bien a la hija que he criado. Sé que no eres una persona que se deja llevar. —Suspiro aliviada. Es lo que necesito escuchar—. Pero… —Y ahí viene lo que de verdad piensa, lo anterior queda invalidado—. A mí me da igual el contenido, Lena.

—Es mentira, padre —murmuro e intento convencerlo. Quiero que esté de mi lado, que me crea—. No hubo ni bromas ni complicidad. ¡Ni siquiera nos reímos juntos! —remarco.

—No quiero más excusas —sentencia. Antes de que pueda quejarme, alza las cejas—. Sé que algunas fotografías pueden estar sacadas de contexto, pero todo lo que digas para intentar justificarlo, no me sirve. Esto. —Señala una en la que tenemos las manos entrelazadas—. No es ningún error, mala interpretación o lo que se te ocurra para justificarte. Es un hecho.

Asiento pese a que no estoy de acuerdo. Estar así es como volver a mi infancia, a las largas tardes en este despacho a su lado, esas en las que casi nunca me felicitaba, solo remarcaba una y otra vez cuáles eran mi obligación.

—No he intentado excusarme.

—Sí lo has hecho —interrumpe de forma brusca, señalando de nuevo todo lo que tiene en la mesa—. Y ahora estás buscando otras ideas que puedan convencerme de tu verdad.

¿Mi verdad? Solo hay una única. La mía. Parece que él no está de acuerdo.

—Sí, tienes razón, las fotografías hablan por sí solas —admito sin titubear—. Sí, me di la mano con él. Y sí, encontrarnos en esa tienda fue una mala idea —reconozco—. Pero no hay nada malo, los amigos pueden hacerlo.

—Una princesa no puede tener gestos de afecto públicos. —No hace falta que me lo recuerde, lo sé de memoria—. Menos con alguien así.

—Sé más específico, por favor.

No entiendo a qué se refiere o hacia dónde quiere llevar la conversación.

—He llegado a aceptar, con el tiempo, que te relaciones con músicos de aquí, aunque sigue sin gustarme del todo —añade, torciendo de forma leve la boca—. Eso ha beneficiado tu imagen pública, te ha hecho parecer más cercana y no tan distante con el pueblo. Juntarte con el cantante este de las imágenes, no —gruñe y ni siquiera disimula la rabia de su voz—. Tú misma lo has visto, ¿qué papel te están dando? ¿Quieres ser recordada por ser una más en la lista de un famoso o por ser una buena reina?

Esperaba que fuese duro, pero esto es demasiado. No hace falta que recalque cómo me está dejando la opinión pública. No soy una niña pequeña, tengo muy claras las cosas. No obstante, creía que acabaría por apoyarme, no sin antes darme una de estas charlas de la prensa que tanto le gustan.

—Dudo mucho que eso influya, padre.

—Yo no.

—El tiempo es lo único que indicará si seré una buena reina o no. —Me coloco un mechón detrás de la oreja, sin dejar de mirarlo—. Mis acciones son solo mías, sí, y soy la causante de ellas, pero que des por hecho que esto será por lo que se me recuerde…

Las últimas palabras se me atoran en la garganta. No soy capaz de verbalizarlas y decirle que me duele que piense así de mí.

Es como si, por mucho que haga, me esfuerce o luche, nunca va a ser suficiente. Nunca seré suficiente para el rey. Eso pesa aún más, porque no es solo el rey, también es mi padre. Y quiero que se sienta orgulloso de mí.

—Es a lo que te expones relacionándote con gente así.

No da su brazo a torcer y no sé cómo hacer para que entienda mi punto de vista.

—Si el comunicado que hemos mandado es…

—No estás entendiéndome —vuelve a interrumpirme—. No volverás a ver a ese cantante y no te van a relacionar más con él. Fin de la historia.

Aprieto, de forma disimulada para que no me riña también por ello, la parte baja de mi blusa para apaciguarme. ¿Por qué me trata así? ¿Por qué no quiere escucharme? No soy pequeña, sé muy bien lo que hago y lo que me lleva a hacerlo.

Esta vez no lo dejaré pasar. Estoy cansada de que se haga solo lo que él dice.

—No estoy de acuerdo.

Mi padre parpadea sorprendido y alza una ceja con curiosidad.

—¿Cómo?

—Si hago lo que estás diciendo, habrá más artículos acerca de qué ha ocurrido entre ambos. Mi imagen volverá a estar perjudicada. Oficialmente pasaré a ser una más de su lista, justo lo que tú no quieres, ¿verdad, padre?

Se rasca la barbilla, analizando mis palabras. No puede negar lo evidente.

—Con el tiempo no los habrá y nadie se acordará de ello. La mayoría de gente de a pie no tiene una buena memoria histórica, no se acordarán de esas fotografías.

¿Va a dejarlo todo a algo tan imprevisible como que la gente se olvide? No es típico de él.

—Sigo sin estar de acuerdo —remarco.

—No quiero que a mi hija se la relacione con un personaje público al que se le conoce más por sus asuntos de faldas que por su supuesto talento. No vas a perjudicar más tu imagen pública —afirma—. Deja de contradecirme. Ahora ya puedes irte, tu madre seguro que quiere verte.

He llegado a mi límite. Curioso que sea con el cantante favorito de Freya, al que no tengo ningún tipo de intención de volver a ver.

—Pero ¿y si no estoy de acuerdo? —Ni siquiera lo pienso mucho antes de decirlo. No me gusta que siga tomando esas decisiones por mí—. Creo que tengo una opinión en esto.

—Lena, sé lo que es mejor para ti. Y ese hombre no lo es.

Hay algo en mí que me dice que se equivoca, que la que tengo razón soy yo.

—Estás dando por hecho que no me doy cuenta de esas cosas. Sí, sé que Rìgh Bastian no es el mejor ejemplo en muchas cosas, ni tampoco es que sea una persona extraordinaria. —Ni yo misma lo pienso, me parece alguien insoportable—. Sin embargo, es un gran músico. Tiene muy buenos temas, llenos de matices y géneros. Uno de los acuerdos a los que llegamos fue que actuaría en el Melodifestivalen. Y va a ser así.

—Lena...

—No, padre. —Esta vez no dejo que me interrumpa—. ¿Mi pueblo no merece tener cerca de ellos a sus ídolos? Porque estoy segura de que tiene fans en Suecia. Muchas, una de ellas es Freya. ¿Y si lo convenzo para que también haga un concierto aquí? —Se queda callado, está pensando en lo que digo—. Si para eso los medios internacionales me tachan de algo que no es cierto, sabré sobreponerme. Seré la reina de Suecia, no de otro país.

Permanece callado durante unos minutos y eso no es bueno. Lo conozco demasiado; está buscando cómo invalidar todos mis argumentos y quedar por encima. Como siempre.

—Sigo sin estar de acuerdo.

—He tomado una decisión, padre.

Me armo de valor y me voy del despacho sin decirle adiós. Sé que no es lo adecuado, que me lo remarcará, pero me da igual. En la conversación con él me he sentido de nuevo como una niña pequeña y me he sentido impotente. Nunca he tenido escándalos, mi imagen pública creo que es bastante correcta y mi pueblo me quiere.

Pero me consideran fría, siempre ha sido el adjetivo al lado de mi nombre; Lena, la fría heredera al trono, la princesa de hielo...

¿Esa es una excusa para no poder tomar mis propias decisiones? ¿Su manera de protegerme? Porque con ello solo va a conseguir que me sigan tratando de esa forma, pareciendo inalcanzable, distante y sin sentimientos.

Y estoy cansada de ello.

Con el paso de los días, sigo molesta.

Nada ha conseguido que se me pase, ni siquiera las palabras llenas de cariño de mi madre. Ella me había pedido mi versión de la historia, sin juzgarme, sin suponer cosas inciertas… Solo le había importado si me lo había pasado bien.

—Es una idea pésima.

Kristoff ríe y niega con la cabeza. Estamos sentados en uno de los bancos que hay en el jardín, disfrutando del clima veraniego. En un principio, cuando me ha pedido que paseáramos a solas, he pensado que me contaría algo íntimo, como que tiene pareja, no esto.

—Es maravillosa, no seas tan arcaica.

—No lo soy, pero te recuerdo que no podemos tener redes sociales propias y tú ya te estás saltando esa norma. —Asiente, indicándome con un gesto de mano que siga hablando—. No puedes pedirme que también tenga una.

—De poder puedo, acabo de hacerlo.

—¿Y si no quiero?

—En el fondo… —Alzo una ceja—. Muy en el fondo, sé que quieres. Además, si papá pilla a Freya seremos los tres los que tengamos una, será mucho más tolerante.

Lo dudo. Con ellos quizá sí, conmigo impondrá una ley del silencio, justo como la que tiene ahora conmigo. Como no está de acuerdo con mi decisión, no me habla, esperando que así, según su criterio, rectifique.

—No creo que le diga nada, menos después de haber aceptado que se vaya a estudiar fuera…

Mis hermanos creen que el rey accedió de forma fácil, pero no fue así. Mi madre y yo nos aliamos para hacerle ver que dejar que fuera a otro país era beneficioso para ella, una forma de buscar su camino y tener independencia.

—La echaré de menos —admito en un susurro.

—Creo que todos, ¿qué haremos sin sus locuras? —Sonríe y me da una palmadita en la espalda—. Si tienes tu perfil de Instagram, podrás ver las fotografías que sube. La conoces tan bien como yo, no dejará de hacerlo.

—Y puede ser peligroso…

—Te lo dije el otro día cuando llegaste. Confía en ella, no es tan imprudente. —Sigo sin estar convencida, no lo veo un motivo suficiente—. También podrías controlarla mejor…

—Si necesita que la controlen, no debería tener perfil propio.

Kristoff resopla y me pasa su teléfono. No sé qué quiere que mire.

—¿Y si te digo que ya te he creado uno? —Abro los ojos y parpadeo—. Es que sabía que no te convencería de ninguna forma, por lo que he optado por el camino rápido, hacerlo yo mismo para que no te niegues. Freya me ha ayudado, lo hicimos hace una semana.

—No voy a usarlo.

—Esa es tu elección. —Se encoge de hombros—. He hecho que sigas nuestras cuentas y otras que creo que pueden gustarte, como perritos adorables.

—Y has subido una fotografía de mi habitación… —señalo algo molesta.

—Me la pasaste tú. No creas cosas que no son, es solo para que quedase un poco más bonito.

Al final, descargo la aplicación en mi teléfono y cambio la contraseña. No creo que la use, pero no quiero borrarla. Al menos no de momento. Es extraño.

Antes de acostarme, repaso el perfil de Freya y las muchas fotografías que tiene. Es feliz, se le nota solo en la forma de escribir, aunque tenga faltas de ortografía que me ponen nerviosa. Como me esperaba, sigue al cantante. Por pura curiosidad, entro en su perfil y veo que su fotografía está rodeada de un círculo verde. ¿Por qué sale de un color distinto?

Necesito hablar con él de forma directa para ver si va a apoyar el comunicado. Sí, podría comunicarme con su agente a través de los empleados encargados de estas cosas de la casa real. Solo hay un problema con eso, que mi padre va a enterarse y no quiero.

Así que soy impulsiva, aunque sé que no me va a contestar, es imposible.

Yo:
Sebastian.

Rìgh.Bastian:
Ese es mi nombre.
¿Quién eres?
Dime que eres alguien caliente. Dímelo.

Yo:
Soy Lena.

NUEVE
Sebastian

Estoy bastante sorprendido. La princesa me está hablando a través de Instagram. Mi instinto no se había equivocado cuando había encontrado una cuenta nueva entre las personas a las que seguía Freya, una bastante sospechosa, y que antes no estaba porque lo había mirado en un primer momento por si encontraba precisamente esto.

Sin saber bien la razón y de forma impulsiva, lo típico en mí, la había agregado a mejores amigos aunque no tuviera ninguna fotografía ni un nombre que fuese una pista. Solo por si acaso.

Qué contento estoy de haber sido previsor, porque si no llego a ponerla ahí nunca me hubiera dado cuenta de la conversación, se habría perdido entre la inmensidad de notificaciones que tengo al día.

Tampoco voy a mentir y decir que he pensado en Lena durante este tiempo, solo me he acordado si alguien la mencionaba, como la gran mayoría de mis fans.

En los Meet&Greet que he tenido después del incidente de la fotografía, la mayoría me han preguntado si es cierto o no que la princesa y yo tenemos una relación. Antes solían pedirme lo primero un abrazo, o que les cantase algo, por no mencionar las fotografías con poses absurdas. Ahora no es así.

Gracias a mi encanto he podido salir de esas situaciones incómodas y también de las preguntas que me hacen por la calle si me encuentran, alegando una y otra vez que solo somos amigos. Eso no parece contentarlas, ya que no dejan de remarcar que Lestian es real y que somos OTP.

Tengo que preguntar, después de oírlo muchas veces, el significado de ambas palabras. La primera es el nombre que la prensa nos ha adjudicado a Lena y a mí, y la segunda es que las fans creen que acabaremos juntos sin importar qué ni cómo.

Vuelvo a mirar el mensaje de Lena. Mi ego se resarce un poco al ver que es la princesa la que ha hecho el primer movimiento. Había decidido dejar de interesarme en ella, en parte por lo insistente que ha sido James remarcando que lo que hice estuvo mal…

Pero si su alteza es la que me habla, ¿qué puedo hacer? Ignorarla no es una opción, no es educado. ¿No se supone que somos amigos? Pues debo contestar.

Eso sí, no pienso ponérselo nada fácil y voy a divertirme a su costa sacándola de quicio.

Qué pena que no pueda verle la cara.

Yo:
¿Lena?
¿Qué Lena?
¿Podrías darme algún dato más?
Porque no sé quién me está hablando

StilHund:
Déjate de tonterías, por favor
Sabes a la perfección quién soy
Necesito hablar contigo.

Tan directa y seca como siempre. Pero quiere algo, y debe de ser muy importante si es la que se dirige a mí y no lo hace de manera formal, cumpliendo el supuesto protocolo; tampoco me ha saludado. En otras palabras, puedo tensar un poco más la cuerda que no va a romperse.

Yo:
¿Ni un hola o cómo estás?
¿Dónde ha quedado la educación?
Me dueles, princesa
Mi pobre corazón se está rompiendo en mil pedacitos
ante la indiferencia de la princesa de hielo.

StilHund:
Primero de todo, es alteza
Y no me llames así.

Yo:
¿He mentido acaso?
¿Por qué no?
Si no me das un argumento válido…

StilHund:
He dicho que no me llames así

Extraño. Mucho, de hecho. Tampoco la conozco, pero por las dos veces que hemos hablado, siempre da su punto de vista, no es tan categórica.

Yo:
A sus órdenes, princesa
No quiero ser declarada persona non grata en tu país
Porque tengo que ir a ese festival raro que me dijiste
¿O era todo una trampa para meterme en el calabozo?
¿Cómo estás?
Yo estoy muy bien.
Bien mojado.

Al ver que no responde con rapidez, como ha estado haciendo en los últimos mensajes, me río a carcajada limpia. Sí, quizá he pecado de atrevido, pero imaginarme su cara de frustración ha valido la pena. Como quiero seguir hablando con ella —porque no me ha dicho aún qué es lo que quiere—, me hago un selfie y se lo envío para que vea que hablo en sentido literal, que no tiene que malpensar, aunque si quiere hacerlo no se lo voy a impedir.

Yo:
La verdad, salgo muy bien en la fotografía.
Qué guapo soy.
Acabo de salir de la piscina, princesa
¿Qué habías pensado?
¿Algo sucio?
¿Quieres compartir esos pensamientos conmigo?
Te escucho atentamente
Bueno, te leo
Pero ya sabes
No te quedes callada y cuéntame

StilHund:

¿Puedes ponerte serio por unos minutos?
¿O eres incapaz?

Yo:
Mmmm…
Va, haré el esfuerzo por ti, princesa
Espero que lo valores

StilHund
Necesito que los dos apoyemos el comunicado

Yo:
¿No es lo que estamos haciendo ya?

StilHund:
Es decir, tenemos que vernos.

Sonrío; cómo cambian las tornas. Ahora es ella la que quiere verme a mí y no al contrario. No sé qué debe haber ocurrido, porque es extraño que haya cambiado de forma tan brusca y rápida de actitud. Pero no me voy a quejar, ni mucho menos, porque el destino me está dando otra oportunidad para cumplir mi fantasía.

Yo:
Me siento hornado,
una princesa quiere verme
Aunque no me tengas delante, estoy
haciéndote una reverencia
Va, me pondré modo serio
Ya que quieres verme...

StilHund:
No es que quiera, es que debo hacerlo
Si no lo hacemos, la prensa creará más rumores
Y no quiero eso

Yo:
Lo dicho, como quieres verme
Te invito a mi concierto en Londres
Es dentro de un mes
Me encargaré personalmente de que el sitio sea seguro y en un lugar privilegiado
Los periodistas no van a molestarte. No en el concierto, al menos.
Después te invitaré a cenar.
Y no, no rechaces mi propuesta
Los amigos van a cenar juntos.

Lo más probable es que me diga que no, que eso no es lo que me ha pedido y que lo mejor es que nos adaptemos a lo que ella quiera, sea lo que sea.

StilHund:
De acuerdo, me parece bien.
Que James se ponga en contacto con mi jefe de seguridad
para organizarlo todo.
Adiós, Sebastian.

Yo:
Adiós, princesa.
¡Ah, perdón!
Adiós, alteza.
Piensa en mí
Quizá yo ya lo estoy haciendo
Y disfruta del regalo que te he hecho
Ya sabes, mi foto
Muchas y muchos querrían estar en tu lugar y tenerla

Antes de dejar el teléfono, releo la conversación y me río de nuevo. Debe de querer matarme; he ido al límite, pero ha sido muy divertido. Lo importante es que voy a volver a ver a la princesa antes de lo que pensaba.

No me apetece seguir en la piscina, por lo que cojo un par de toallas, una que me coloco en la cintura y otra con la que voy secándome el pelo antes de ir a mi habitación. Me pongo ropa cómoda, cojo una de mis guitarras y busco a James. Está en su despacho, con la vista fija en unos papeles que deben ser unos contratos de trabajo.

Sí, James y yo vivimos juntos. Tengo una mansión demasiado grande para ocuparla solo, así que él está a mi lado, como debe ser. Ambos residimos en un estado diferente en el que nacimos, ¿qué mejor que estar el uno con el otro?

—¿Entrarás o te quedarás observándome desde la puerta? —pregunta sin siquiera mirarme. No sé cómo se ha dado cuenta de que estoy aquí, no he hecho nada de ruido—. Aunque mejor quédate ahí, estás empapado, ¿es que no sabes secarte?

—Alguien no ha querido bañarse conmigo, es mi venganza. —Aprieto los labios y hago un pequeño puchero. Estoy a punto de entrar, pero él niega con la mano—. ¿En serio vas a obligarme a quedarme fuera?

—Sí, no quiero que me pongas todo perdido o estropees algo.

—Aburrido. —Resoplo. Podría no hacerle caso, pero respeto que no quiera que estropee sus cosas o su negativa—. Tengo algo que contarte.

James deja todo lo que está haciendo y me mira. Alza una ceja y se quita las gafas, dejándolas con cuidado encima del escritorio.

—¿Estás esperando que lo adivine o solo es una de tus pausas dramáticas?

—Haz los honores, adivínalo.

—Por tu cara, y tu expresión, es algo de la princesa… —Suspira y acaba por levantarse para que podamos hablar frente a frente—. ¿Es que no aprendes, Sebastian?

—Aún no sabes qué es…

—Me da igual, tu cara lo dice todo. ¿No te fue suficiente la última vez? —Se encoge de hombros, lleno de frustración—. Ahí forzaste la situación y no te salió bien. Tuvimos suerte —remarca—. Mucha suerte, de hecho. Deberías aceptar que ha sido tu primer rechazo, tu primer desastre, pasar página y avanzar.

—Tampoco ha sido tan desastre todo hasta ahora, ¿no?

—La palabra clave de tu frase es el tan —menciona con firmeza—. Han pasado semanas, acéptalo de una vez.

Ni que me fuera a cambiar la vida. Tampoco me preocupa. Soy Sebastian Hiddleston, el cantante de moda. La que se lo pierde es la princesa, no yo.

Además, pensándolo de forma fría, quizá es lo mejor, ¿ella adaptándose a mi forma de vida? Imposible. Por un buen rato, por unas horas de placer, habría acabado teniendo demasiados problemas.

—Sigo esperando que adivines lo que tengo que contarte… —vuelvo a lo que me interesa.

—No lo sé, dímelo tú.

—La princesa y yo hemos hablado.

James suspira y niega con la cabeza. Si no lo conociera tan bien como lo hago, habría pensado que quiere matarme, porque su expresión no es nada agradable. Pero ya está acostumbrado a mí. Más le vale, no llevamos toda la vida juntos para nada.

—¿Por qué te haces esto a ti mismo?

—¿El qué? Me pierdo.

—Jugar con fuego. ¿Por qué le vas detrás? Deja de tentar a la suerte, acabarás perdiendo.

—Ha sido ella la que me ha hablado a mí —murmuro mientras le paso el móvil con la conversación abierta. Me río al ver cómo su mirada cambia de un momento a otro, de resignación a sorpresa—. ¿Ves? Esta vez no es mi culpa.

—No nos precipitemos con eso, quizá sí lo es.

—Quiere que apoye aún más el comunicado. —Hago una de mis pausas dramáticas, para sacar un poco de quicio a mi mejor amigo—. Eso se traduce en que tenemos que vernos, la he invitado al concierto de Londres.

—Bien, así me gusta. Me pondré en contacto con el equipo de la princesa para que esté lo más cómoda posible. —Vuelve hacia la zona del escritorio, se pone las gafas y comprueba el ordenador, como si estuviera esperando un mensaje—. Supongo que no tendremos la misma conversación de la última vez, ¿no?

En el avión, mientras íbamos a nuestro siguiente destino, James me había dado una larga (y extensa) charla sobre lo que debía o no hacer para que se viera que respaldaba el comunicado. En especial tras el último encuentro que había tenido con Lena. Si no me repitió unas quinientas veces que debía comportarme y controlar mis encuentros con otras mujeres, no lo dijo ninguna. Hizo mucho hincapié en que si lo hacía y me pillaban, generaría más noticias y ninguno de los dos quedaría bien parado; ella porque quedaría como una tonta y la prensa solo le preguntaría sobre su supuesto corazón roto, o alguna tontería así, y yo como un mujeriego. Aunque esto último no es mentira.

—Recapitulo. Quieres que me vuelva un santo por una mujer que ni siquiera conoces bien —suspiro—. ¿Cuándo te has vuelto tan raro? Aunque no lo creas, te escucho y te hago caso. —Me pongo la mano en el pecho, como si sus palabras me hubieran molestado—. Me duele que no pienses así.

—Bueno, eso podemos discutirlo. —Se coloca de nuevo las gafas y me mira, escudriñándome de arriba abajo—. Todo lo que digo, lo hago porque sé que es lo mejor para ti.

¿Lo mejor para mí? Es la peor excusa que me ha dado en años. Sí, sabe lo que me conviene o no, eso es muy bueno y confío plenamente en su criterio; no obstante, nunca me ha dicho qué puedo hacer o no, siempre me ha dado carta blanca porque son mis decisiones y mi vida. Y hiciera lo que hiciera, me ha respetado y apoyado, incluso cuando me he equivocado.

—Prueba otra vez, a ver si te creo. —Alzo la púa de la guitarra que llevo, aunque no he tocado aún, y lo señalo—. ¿A qué viene esto de nuevo?

—¿Has reflexionado en algún momento las consecuencias de tus actos? —No lo interrumpo. Espero que siga hablando, o que al menos sea un poco más específico. Pueden ser muchas cosas, según él mi actitud dista mucho, a veces, de lo que debería—. Lo de su alteza.

—¿Sigues llamándola así? Han pasado semanas y no está delante, no pasa nada si la llamas por su nombre.

—No empieces.

—Me aburro —cambio de tema de forma drástica. No necesito, otra vez, una charla de este tipo. Necesito desconectar, por eso estaba en la piscina—. ¿Hacemos un preguntas y respuestas con las fans? Te incluyo porque les encantas, siempre me preguntan por ti.

La mayoría de conversaciones de las últimas semanas con James han sido de princesas, miembros de la casa real de algún país lejano que ni tan siquiera sé situar en el mapa y de mí.

¿Qué tiene ese país europeo? Además de los muebles por piezas, que eso sí es un logro. Ha

facilitado la vida a mucha gente. Entre ellos a James y a mí de adolescentes.

—Deja de intentar desviar la atención. —James tiene ese tono que odio, el que usa para regañarme—. Sigues sin ser consciente del impacto mediático que generó vuestro encuentro. Aún publican artículos.

—¿Y qué dicen? ¿Algo que deba saber?

—Nada, lo de siempre. Siguen ensalzándote a ti como un gran conquistador, lo perfecto que eres, que cualquier mujer querría estar contigo…

—¿Y la mentira dónde está? Porque soy perfecto. Un rey. Rìgh Bastian, ya sabes.

—Lo que eres es idiota —resopla—. No me quejo de que remarquen tus buenas cualidades, que las tienes, como también tus múltiples defectos.

Si no fuera James, me habría ido de la habitación, porque esta conversación ya la hemos tenido. Estoy seguro de que ahora mencionará que el gesto que tuve con la princesa, el de cogerle la mano, fue bueno. Cuando ni siquiera sé el motivo por el que lo hice, me salió solo.

—Parece que no me quieras…

—¿Sabes lo que dicen los artículos que están saliendo ahora? —Niego con la cabeza—. Que ella es una pánfila, una chica acelga, que no tiene personalidad por estar contigo, que se la ve muy enamorada de ti y que aguantará todo tipo de cosas…

—¿Chica acelga? —repito. Esta es una terminología nueva—. ¿Qué diantres significa eso?

—Que no tiene opinión propia, tampoco personalidad, que va a aceptar cualquier cosa y no tiene actitud.

—Como se nota que no conocen a la princesa… Vaya carácter el suyo, al menos lo que vi.

—Sebastian.

—¿Qué? —Me encojo de hombros—. Es que es tu tema preferido, y ya me lo sé de memoria. No tengo la culpa de que la prensa publique cosas que no son ciertas. ¿Qué puedo hacer? No soy el culpable de que a mí me valoren y a ella la dejen en eso.

—En estos días me he estado informando muy bien de la princesa, tenía curiosidad. Habla con fluidez cuatro idiomas, se graduó con honores en Yale y es conocida por el apoyo a la cultura de su país, entre otras muchas labores filantrópicas —enumera—. ¿Y sabes el motivo por lo que es noticia? Por ti, por la foto que subiste.

—Repito, no tengo la culpa de eso, James.

—No es la novia de o la supuesta pareja de nadie. Es una princesa, una mujer con muchos logros que hablan por sí solos.

No me gusta esta actitud que está tomando. No soy ningún justiciero, ¿por qué tiene que importarme lo que piense la prensa de Lena? No somos amigos, aunque el comunicado que envió diga lo contrario. No me importa lo que piense el mundo de la hipotética relación conmigo. Solo estoy jugando y divirtiéndome. Quiero pasar un buen rato a su lado, cumplir mi objetivo. Nada más.

—No estoy siendo raro. Se trata de igualdad, Sebastian. Odiaría que a Lexie le ocurriese algo parecido.

—A Lexie no le pasará, no tiene ese foco mediático.

Al hablar de su hermana, que es también una para mí, me he puesto en situación. Sí, me molestaría mucho que a ella solo la valorasen por su físico o por la persona con la que se acuesta. Pero es que me está pidiendo un imposible.

Me callo y decido marcharme del estudio, no me apetece hablar más del tema porque sé que no vamos a estar de acuerdo. A él parece ocurrirle lo mismo, tampoco tiene ganas de decirme

nada, tampoco quiere aclararlo, así que me vuelvo a mi habitación.

James y yo llevamos unos días extraños. Solo hablamos para lo justo y necesario, es decir, para temas relacionados con el trabajo.

Entiendo su punto de vista, pero parece que él no hace lo mismo con el mío. No es que crea que me está juzgando, porque no, con James nunca me siento así.

—Bien. —James se sienta en el sofá que tengo en el estudio sin dejar de mirar la tableta—. Queda aproximadamente un mes para que empiece la gira. —Asiento—. He estado hablando con algunos promotores internacionales, por si quieres ampliar ciudades o dar otra fecha en las que ya vas a ir.

Al haber hablado tan poco estos días, no hemos vuelto a mencionar el tema de la princesa. Y mejor así.

—Decídelo tú. Seguro que en cualquier país se agotan las entradas.

—Baja tu ego, Sebastian —pide con un gruñido—. Te daré más tiempo para pensarlo, pero hazlo, no lo dejes pasar —dice mientras anota algo en el aparato electrónico—. Mañana empiezan los ensayos, ¿el repertorio te pareció adecuado?

—Todo correcto.

—Bien, perfecto. —Vuelve a centrarse unos segundos en la tableta—. Se lo diré al director musical para que los músicos que te van a acompañar se aprendan bien los temas. Estaría bien que para mañana, supieras que solos de guitarra vas a querer hacer.

Eso es imposible, ni yo mismo sé lo que voy a tocar de sorpresa. Influye mi estado de ánimo, cómo noto el público y el ambiente.

—Eso no se planea, me sale solo.

—Pues intenta que sea dentro de unos límites, más que nada para no volver loco a los demás. —Sigue apuntando cosas—. Por cierto, lo que tanto te preocupa debería esperar un poco más. Al menos hasta después del concierto de Londres.

—¿A qué nos referimos?

—Lo sabes muy bien.

Asiento y para su sorpresa, lo abrazo. Podemos no tener las mismas opiniones, diferir y estar días sin hablarlos, pero sigue aquí, no se ha ido. Con el dinero que le pago, podría comprarse una casa donde quisiera

—Te he echado de menos, ¿sabes? —Le doy unos pequeños golpes en la espalda.

—No me he ido a ningún lado, no exageres.

—Ya, bueno, no me gusta que no me hables, es como si me regañases de forma contínua con tu silencio.

—¿Te ha servido para reflexionar?

Y como respuesta, le lanzo el cojín que tiene al lado.

—Tú no me has dicho si me has echado de menos.

—Sebastian… —Niega con la cabeza—. He decidido que no me meteré, en esto al menos, porque alguien tiene que evitar que acabes en la cárcel.

—Tu fe en mí me abruma. La que me ha hablado es ella, ¿recuerdas?

Porque desde que tuvimos la conversación por Instagram, no puedo dejar de pensar en ella y las ganas que tengo de que sea el concierto de Londres.

Esta vez no se me va escapar.

DIEZ
Lena

Voy a echar de menos a mi hermana.

En poco más de dos semanas se va a otro país para cursar el bachillerato internacional, y se me va a hacer raro no tenerla en palacio. A veces me saca de quicio —sobre todo con su impulsividad o su intensidad—, pero no deja de ser una adolescente. A su edad también tuve ese tipo de momentos, unos que mis padres tuvieron que soportar porque Kristoff estaba igual que yo y Freya era demasiado pequeña para darse cuenta de lo que ocurría.

Su alegría es contagiosa y disfruto mucho con su compañía, aunque a veces sea monotema y no deje de mencionar una y otra vez a su cantante favorito, el mismo que no soporto y al que tengo que aguantar para evitar rumores infundados. Me gusta estar a su lado, ver cómo consigue sus objetivos, cómo crece, cómo se convierte en la maravillosa persona que sé que será cuando tenga mi edad…

Soy consciente de que soy la única que piensa de ese modo, que Kristoff está igual, intentando pasar el máximo tiempo posible con ella antes de que se marche. Sí, hablaremos con a diario, pero no va a ser lo mismo. Quizá es porque al llevarnos tantos años hemos sido conscientes de lo que es tener una hermana pequeña, porque yo con él no noto esa diferencia al no sacarle más de un año.

Ambos queremos que todo le vaya bien, protegerla de lo malo y que sea feliz. Por eso nos saltamos algunas normas para protegerla, como la de las redes sociales.

—Lenaaaa. —Freya entra con naturalidad en mi habitación. No me hace falta decirle nada, solo la miro con una ceja alzada y me entiende. Vuelve sobre sus pasos y llama a la puerta con una sonrisa pícara en los labios—. Lo siento, la emoción me puede.

—¿Qué pasa? —Estos días, al estar tan cerca su traslado, le han ido dando noticias y puede ser algo relacionado con eso. Es muy comunicativa en ese aspecto por las ganas que tiene—. ¿Alguna novedad?

—Ah, de eso no. —Se encoge de hombros y me enseña su teléfono—. Es que mira, lo tengo de fondo de pantalla. No dejo de mirarlo, ¿se puede ser más perfecto?

Cuando Sebastian me envió la fotografía en la piscina, mi primer impulso fue borrarla. No sé qué pretendía, ni qué reacción esperaba por mi parte. Justo antes de hacerlo, pensé en mi hermana. Ella sí sabe apreciarla. Y sus comentarios me lo demuestran, está pletórica.

—Entonces, ¿te ha gustado?

Su respuesta es muy clara, pero quiero escucharla.

—¡Lena! —protesta y hace un ligero puchero—. Es más que obvio que sí. Además, no puedes enviarme semejante fotografía e ignorar mis preguntas. Eso es ser cruel y despiadada.

—Que yo sepa, he respondido a todas —añado, ocultando una sonrisa. Me encanta verla así

de contenta, aunque haya intentado molestarme en el proceso—. Pero ya te lo dije, me la mandó él.

En un primer momento, dudé si contarle la verdad porque podía resultar contraproducente. Mi hermana no tiene filtro y a veces habla sin pensar —por no decir casi siempre—, lo que podía ser peligroso. Pero al ver lo feliz que está, con ese brillo en los ojos como si la fotografía se tratase de una reliquia, sé que ha valido la pena correr el riesgo. Además, si no confío en mi familia, ¿en quién puedo hacerlo?

—¿Has hablado más con él?

—No, ni quiero hacerlo —sentencio. Sigue sin caerme bien, todo lo que haré es para demostrarle a mi padre que soy más que capaz de tomar mis decisiones y que sé cuidar de mí misma—. Quita esa cara.

—¿Cuál? Si es la que tengo, no puedes pedirme eso —se hace la inocente, como si no supiera lo que pretende—. ¿No pudo mirar a mi hermana mayor? A la única que tengo, al espejo en el que me miro, mi ejemplo a seguir…

Lleva días pidiéndome que tenga otra conversación con Sebastian, que él parece muy dispuesto a hablar conmigo y que con ella no es tan así. No es que me apasione saber que mi hermana pequeña habla de forma asidua con él, pero no puedo prohibírselo. Primero, porque no me hará caso; no deja de ser su ídolo y es de todo menos objetiva, y, segundo, porque no tengo el derecho a hacerlo. Solo puedo controlar lo que hace y vigilar que no dice nada que no debe ni se expone de forma innecesaria.

—Sea lo que sea, no.

—Aún no he dicho nada —protesta. Acaba por cruzarse de brazos y hace un puchero—. Es que si se lo pido yo… —Sin palabras, le indico que siga. Tengo curiosidad por la locura que le está pasando por la cabeza—. Quiero ir a uno de sus conciertos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Pues que puedes pedirle entradas. A ti seguro que te las da con esto del comunicado y…

No acaba la frase, tampoco hace falta. Si no voy equivocada, porque no he mirado —ni pienso hacerlo— el calendario de sus conciertos ni los países en los que actuará, la gira europea empieza una vez que ella ya esté en el nuevo internado. Dudo mucho que mis padres le den permiso para ir, porque no tiene parada en Suecia, y si se pone así, es que tampoco en la ciudad en la que va a vivir por sus estudios.

—¿A cuál quieres ir?

—Habrá uno en Berlín y otro en París, que son los más cercanos y…

Suspiro. No, no van a dejar que vaya, y menos aún sola. Y no voy a ofrecerme a acompañarla cuando ya he accedido a ir al de Londres. ¿Ver a Sebastian dos veces en tan poco tiempo? Ni pensarlo. No tengo las ganas ni la paciencia necesaria, por no mencionar que seguramente genere más rumores de una supuesta relación entre ambos.

—¿Qué piensan mamá y papá de esto?

Quizá Kristoff quiera ir con ella, es una posibilidad. Él se apunta a cualquier cosa; ha asistido conmigo a muchos festivales de música para acompañarme.

—Que no debo distraerme, menos aún cuando llevaré poco tiempo en el nuevo instituto, con un idioma distinto que por mucho que domine no es nativo y que tengo que centrarme… —repite casi de forma mecánica. Tengo la sensación de que se lo han remarcado tantas veces que se lo sabe de memoria. Y no hay cosa que odie más que le repitan las cosas tanto como si fuera tonta —. Es decir, que no quieren que vaya.. Pero si tú…

—No —la corto de inmediato, antes de que pueda seguir—. No pienso interceder por ti.

Frunce un poco el ceño y arruga la nariz. No sé qué espera de mí; no pienso, ni quiero, luchar todas sus batallas. Si lo hago, no aprenderá.

—¿Por qué? Si tú vienes conmigo, seguro que no les parece mal y…

—No voy a ir a ningún concierto porque ya voy al de Londres.

Freya no disimula un pequeño gritito de emoción.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Alzo una ceja, esperando la pregunta que de verdad quiere hacer—. Bueno, eso es lo de menos, lo más importante es que puedo ir contigo, ¿verdad?

Se vuelve a tumbar en mi cama y rueda en ella. Verla me pone nerviosa, está arrugando la cobertura y las sábanas. ¿No puede estarse quieta? Mi cama no le ha hecho nada. Con lo tranquila que podría estar sentada a mi lado en el sofá.

—Pregúntale a papá.

—No quiero —gruñe y aprieta los labios. Está haciendo los mismos gestos que cuando era una niña pequeña y siguen resultando igual de adorables—. ¿Tú sabes lo difícil que es para mí hablar con él? Me mira tan serio, tanto que se le marca mucho la vena del cuello —gesticula para darle énfasis—. Odio cuando está en su faceta de rey, odio no reconocerlo, odio ese despacho. Odio todo.

—¿No crees que estás exagerando?

—No, para nada. Es que tú no lo entiendes, Lena, es… —Aprieta los labios como si buscase la palabra adecuada—. Ese despacho me da miedo, de pequeña siempre me reñían ahí.

—Quizá es que lo merecías…

De pequeña, Freya fue muy muy traviesa. Demasiado.

—Déjalo, es mi trauma —farfulla—. Va, entretenme, ¿cómo es que vas a ir a su concierto? ¿Sabes qué vas a ponerte? ¿Te ayudo a elegir conjunto? —pregunta casi sin respirar—. Podrías ir de temática de alguna de sus canciones, eso se hace mucho… —habla tan deprisa que casi no la entiendo. Antes de que pueda contestarle, se levanta de la cama a toda velocidad y se dirige a mi vestidor—. Algo seguro que encuentro, estoy convencida.

La sigo porque sé que, si no la controlo, va a desordenarme toda la ropa. Para mi sorpresa, está yendo con bastante cuidado para lo que es ella.

—No es que me apetezca —respondo sin dejar de vigilar lo que hace—, pero la prensa debe seguir creyendo que somos amigos. —Me enseña un conjunto que ni sé lo que hace ahí, seguramente de algunas vacaciones de hace muchos años, porque es un pantalón excesivamente corto—. No.

—¿Por qué? Si te pones una de mis camisetas parecerás una fan más.

—En su momento ya decidiré qué ponerme y no será nada parecido a esto.

—Aburrida —resopla. Parece que sea su palabra preferida para chincharme, la utiliza siempre que puede—. ¿Solo vas por la prensa?

—También porque quiero demostrarle a papá que se equivoca, que con mis métodos puedo obtener lo mismo que él y a mi manera.

Deja de prestar atención a mi ropa para hacerlo por completo en mí. ¿Qué debe pensar? Ni yo misma lo sé, menos aún cuando grita de la nada.

—¡Adoro! —exclama y me abraza, como si con ese gesto intentase demostrarme que está orgullosa de mí—. Sacando el carácter delante de papá, ¿con quién vas a ir? Soy una buena opción, una muy buena, y…

—Acabo de darte la respuesta a eso —la corto, no quiero que siga insistiendo. Si he dicho que

no es que no, no me va a convencer—. Supongo que se lo propondré a Martha y también a Nikolaj, estoy convencida de que dirá que sí con tal de salir de su casa.

—Sí, seguro… —afirma con un hilo de voz. Por el tono que ha utilizado, es evidente que no le cae bien—. Pero será un aburrido, nada que ver conmigo, soy la mejor compañía del mundo.

—En esto seguro que sí.

Le doy la razón porque Nikolaj no es que sea el alma de la fiesta, no si lo comparo con ella.

—Es un asco que tengas que irte a Japón dentro de nada —cambia de forma brusca de tema —. ¿No puede ir papá? Así estaremos más tranquilas, podríamos pasar varios días solo nosotras, ir de compras, pequeños viajes…

Como heredera al trono, y ya que el rey no puede ir por otros asuntos oficiales, tengo que realizar un viaje institucional al país nipón. Tendré la agenda muy ocupada entre lo que se supone que es «ocio», como mi asistencia al lanzamiento de una colección de conciencia medioambiental de la marca de ropa más famosa del país; lo profesional, como un seminario de la Universidad de las Naciones Unidas; y lo institucional, como el almuerzo protocolario con el príncipe heredero de Japón.

En resumen, no tendré tiempo para nada.

—¿Me echarás de menos?

—¡Por supuesto! —Me abraza con fuerza—. Se me hará muy raro no teneros a Kristoff y a ti cerca. ¿A qué habitación iré para molestar a mis hermanos si no estoy con ellos? Si es mi pasatiempo preferido.

—Siempre puedes llamarnos cuando te sientas sola o quieras hablar.

—O sea, siempre.

—Tampoco te pases, que sabes que tengo la agenda ocupada.

—¿Tan ocupada como para no poder ir de compras con tu hermanita pequeña ahora mismo?

Miro el reloj en mi muñeca; no es tarde, así que si no repaso mi agenda y protocolo unas horas no pasará nada.

—¿Y comemos también fuera?

—Yo solo quiero ir de compras. —Sonríe y me abraza. Cómo la voy a echar de menos—. ¿Podemos ir también a una tienda de música para comprarme la edición especial vinilo deluxe del nuevo disco de Sebastian?

Me río. La adoro.

—Lena, vamos a hablar un momento.

La voz de mi padre me hace levantar la vista del libro que estoy leyendo en el jardín. Es extraño que se haya acercado a mí de ese modo si quiere tener una conversación; normalmente envía a alguna de sus personas de confianza para llamarme. Me levanto de inmediato, porque sé que no ha sido una sugerencia. Todo lo contrario, ha sido una orden camuflada en un tono de amabilidad nada cálido.

—¿Alguna sugerencia para el viaje? —intento saber después de un largo silencio que me genera incomodidad.

Mañana me iré a Japón y estoy convencida de que quiere repasar todo para que nada salga mal.

—Ese es otro tema del que vamos a hablar, pero no ahora —musita y me queda claro que, sea lo que sea, no me va a gustar—. Vas a ir a un concierto. No me mires de ese modo —se adelanta

antes de que pueda responderle—, el jefe de seguridad rinde cuentas ante mí. Soy el rey.

Reprimo un suspiro al escucharlo, delante de él no puedo hacerlo, no si quiero evitar otra confrontación. Claro que sé que es el rey, no puedo olvidarlo cuando casi siempre me recuerda su posición, sobre todo en momentos así. Aunque no sé qué quiere decirme, ¿se pensaba que se lo quería ocultar? Porque no es cierto, he sido más que consciente de que acabaría sabiéndolo.

—Sí —afirmo sin romper el contacto visual—. Al de Sebastian, en Londres.

—Del músico ese con el que se te relaciona —añade con cierto deje despectivo en la voz, como si la sola mención le asquease—. Creo recordar que remarqué que no era una buena idea.

—Y yo creo recordar —uso sus mismas palabras para que vea que no me siento intimidada ni cohibida. Que sus palabras no me están afectando—, que haría lo que me parecía a mí correcto.

El silencio entre los dos es casi asfixiante. No quiero ser yo la que hable otra vez, no cuando he dejado clara mi postura. Es él quien debe hacerlo, aunque sea para intentar que cambie de idea imponiendo su criterio.

Pero su respuesta me desconcierta por completo.

—Bien.

—¿Bien?

Es imposible que lo acepte sin más. Debe haber algo oculto, algo con lo que sacar beneficio para la corona.

—Eres mi hija, quiero que te lo pases bien. Sé que te gusta mucho la música. Sin embargo… —Y ahí está lo que estaba esperando. Era demasiado bonito pensar que no iba a objetar nada—. Ya que vas a Londres, podrías reunirte con la familia real. Ambos monarcas pensamos que es un buen momento para mostrar la buena relación que hay entre los miembros jóvenes, los futuros reyes.

Me muerdo el interior de la mejilla para no soltar lo que me está pasando por la cabeza. Sabía que acabaría por imponer su poder por encima del mío. Ya no es mi decisión, ya no es lo que quiero… Ir al concierto se ha convertido en un acuerdo diplomático para que la prensa se crea lo que mi padre cree conveniente.

Estoy muy frustrada.

—Adiós, padre.

—No hemos acabado de hablar, Lena.

—Yo creo que sí, ha quedado todo claro.

No me detengo pese a que me llama, sin alzar la voz. Vuelvo a mi habitación y reviso el equipaje que he preparado para el viaje, esperando que no me hayan cambiado ninguna pieza de ropa por órdenes que provienen por encima de mí. Repaso mentalmente cuándo voy a usar cada vestuario y en qué actos. Me sé de memoria todo el viaje y todo lo que haré.

Si soy sincera, ya no me apetece ir a Japón.

Cuando me lo dijo mi padre, o en este caso el rey, me alegré de tener la oportunidad, pensé que era una muy buena para demostrar que estoy preparada. Un premio.

Ahora sé que no es así, que si no hubiera tenido otros compromisos ineludibles, hubiese ido él. No confía en mí, tampoco en mis decisiones. Y eso hace que me sienta como si el esfuerzo de toda mi vida no sirviera de nada.

¿Cuándo lo hará? No soy una adolescente, no tengo la edad de Freya, he dejado esa etapa atrás hace mucho. ¿Es que nunca seré suficiente? ¿Mi padre considera que nunca voy a ser suficiente para reemplazarlo?

Suspiro y recompongo mi estado de ánimo —o lo intento—, al escuchar un ligero toque en la

puerta.

—Cariño, ¿puedo entrar?

—Sabes que sí, mamá. —Intento sonreír, aparentar que todo va bien, que no tengo un nudo en la garganta luchando por salir—. ¿Qué ocurre?

Me mira y tengo la sensación de que es capaz de ver a través de mi falsa sonrisa, todo lo contrario a la suya, tan dulce y atenta que reconforta. Es el ejemplo de lo que antiguamente era considerada la reina perfecta: agradable, atenta y con un carácter conciliador. Al menos es la imagen pública que proyecta, por eso es tan querida entre el público. Nunca nos ha privado de cariño y gestos afectuosos, ha sido una gran madre, aunque siempre nos ha remarcado cómo tenemos que actuar en público.

—Sé que papá y tú habéis discutido.

Suspiro. No quiero una charla más del asunto. He tenido suficiente.

—No quiero hablar de ello.

—Tienes que entender que quiere lo mejor para ti.

—Mamá, no —repito con el ceño levemente fruncido. Estoy cansada—. Son las mismas excusas de siempre.

—Tiene muchas esperanzas en ti y sabe que actúas con criterio —lo justifica—. Es solo que…

¿Solo que qué? ¿Que no soy suficiente? ¿Que nunca está de acuerdo con lo que propongo? ¿Que para él siempre me equivoco?

—No confía en mí —sentencio. Me aparto el cabello en un gesto nervioso, atándolo en una coleta improvisada—. O no aún —añado al ver que quiere interrumpirme—. Aunque no lo entiendo, ¿alguna vez le he dado un motivo para ello?

—No, pero el peso de la corona hace que a veces…

—¿A veces qué? —inquiero—. Ha convertido un viaje divertido con Nikolaj, o incluso con Martha, en algo diplomático, en algo que controla él.

—¿No te llevabas bien con ellos? Siempre que os hemos visto juntos se nota que tenéis una buena relación.

—Sabes tan bien como yo, mamá, por lo que está haciendo todo esto.

—¿Tan mal te parece enamorarte y formar una familia con alguien que te va a entender mejor que nadie?

No es que me parezca mal, es solo que no es algo que busque. No es mi prioridad, ni mucho menos, encontrar el amor, una pareja o lo que sea que esperan de mí.

—Sí si lo queréis forzar. —Me siento a su lado en el sofá de la habitación. Por la forma en la que me mira, no me juzga, solo está escuchando mis palabras—. Tú siempre nos has contado que te casaste con papá por amor, que vuestra historia es casi como un cuento de hadas. —De pequeña siempre le pedía que me la contase, me encantaba y me la sigo sabiendo de memoria—. ¿Por qué yo no puedo tener lo mismo? En caso de que lo quiera, claro está.

—¿Quieres que hable con él? —sugiere y coge una de mis manos entre las suyas, de forma conciliadora—. Quizá consiga hacerle ver tu punto de vista.

Niego. Es la única capaz de conseguir que el rey admita sus errores, no duda en enfrentarse a él cuando cree que está equivocado.

—No es necesario.

Si yo no estoy dispuesta a luchar las batallas de los demás, menos aún que mi madre haga lo mismo con las mías.

—Tráele algo a Freya de tu viaje, así se lo das en su fiesta de despedida.

—Qué raro se hará todo sin ella.

—Siempre es difícil ver cómo tus hijos se marchan… —Suspira y la voz se le entrecorta—. Aunque lo haya vivido contigo y con Kristoff, no me acostumbro. Ni creo que lo haga nunca.

Mi madre se queda un rato más, ayudándome a repasar el equipaje y dándome consejos que aprecio porque son basados en sus experiencia previas. Estar con ella es fácil y es un buen ejemplo en el que verme reflejada.

Cuando me quedo sola, cojo el móvil para programar en el calendario los eventos que me faltan hasta que una notificación me hace fruncir el ceño.

Rìgh.Bastian:
He leído que vas a Japón.
¿Vas a traerme un regalo?
Puedes dármelo el día del concierto.
Como agradecimiento por la invitación.
Creo que es un buen acuerdo.
Además de un abrazo
O un beso
En la mejilla, claro está
¿Tú qué opinas?

Lo último que me faltaba en el día de hoy es que el cantante me hable. ¿Qué es lo que quiere? Además, si me ha invitado al concierto es por la prensa, no por nada más, no tengo que darle nada a cambio. No sé qué relación se piensa que hay entre nosotros, porque es nula, y aunque existiera, no tiene derecho a hablarme así.

Rìgh.Bastian:
No te quedes callada, princesa
Quiero hablar contigo
Jo :(

¿Es que no se da cuenta de que no quiero hablar con él? ¿Que su actitud me molesta?

No respondo sus mensajes, ni siquiera toco más el móvil, me centro en repasar mi agenda oficial en el ordenador portátil; no obstante, por mucho que intento concentrarme en eso, voy viendo las notificaciones que me llegan cada pocos segundos, todo emojis por su parte.

Y aunque intente evitarlo, porque es lo que él quiere, acaba por sacarme de quicio y agotar mi paciencia.

Yo:
Suficiente.
Deja de llenarme de notificaciones.
Y también deja las tonterías.

Rìgh.Bastian:
¿Por qué estás molesta conmigo, princesa?
¿Qué he hecho yo, además de ser un angelito?
Si es por mis mensajes anteriores,
deberías saber que estaba bromeando.
Me gusta molestarte, ¿todavía no te has dado cuenta?
No era en serio.

Como para no darse cuenta, si desde que nos conocimos lleva con esa actitud que me saca de quicio, totalmente opuesta a la mía. Lo que sí me ha sorprendido es que sepa que me han molestado sus palabras. Aunque no me pasa por alto que no se ha disculpado, solo ha

mencionado que no lo decía de verdad. ¿Si me hubiera quedado callada lo hubiese matizado?

Lo dudo.

Sebastian Hiddleston no parece de las personas que piden perdón o rectifican sus errores. Su ego es demasiado grande para hacerle ver la realidad. No me apetece que siga acribillándome con sus múltiples mensajes, así que le respondo con la idea de acabar la conversación lo antes posible.

Yo:
¿Cómo sabes que voy a ir a Japón?
¿Te lo ha dicho Freya?

Rìgh.Bastian:
No, ella no me dice nada de ti
Además, a la única princesa a la que
le hablo primero, eres tú.
Siéntete afortunada.

Yo:
No has respondido.

Rìgh.Bastian:
Lo sé.
Solo estoy intentando alargar la conversación con mi princesa favorita.
Tengo activadas las notificaciones de Google con tu nombre.
Por eso sé que vas a Japón
Espera.

¿Espero? ¿Qué tengo que esperar? ¿Su excusa? No necesitaba saber que tiene esa alerta activada, es… raro. Bloqueo el móvil porque veo que no ha servido de nada intentar acabar la conversación, que él da pie a más conversación. Sigo cabreada por lo que ha ocurrido con mi padre, no tengo la fuerza suficiente para lidiar con Sebastian.

Pero cuando mi teléfono empieza a vibrar y veo que me está llamando, quiero matarlo. ¿Qué le pasa por la cabeza?

—Creía que no me lo ibas a coger, estaba sufriendo.

—¿Qué quieres ahora?

—Aclarar el tema antes de que te pienses cosas que no son, princesa.

—Es alteza.

—El otro día me entrevistaron en televisión. —No hace caso a mi rectificación. Creo que no sirve de nada, por mucho que le diga que no debe llamarme princesa, va a seguir haciéndolo—. Me preguntaron por ti.

—¿Y les dejaste?

Bonita forma de seguir dando pie a una mentira, ¿es que no piensa? ¿Es que su agente no le frena?

—James autorizó esa pregunta porque sabía que el presentador no incidiría más en el tema. Solo de pasada. Ya sabes, una pactada para aclarar lo que quieres decir. Típico de estos programas. ¿Has ido a algún programa de televisión? No sé si te pega.

—Sí he ido. Al contrario de lo que puedes pensar, he ido a bastantes al canal público de Suecia.

—¿Tú? —Escucho cómo se ríe a través del auricular—. ¿A hablar sobre qué?

—Mi familia y yo somos muy comunicativos con todo lo que nos ocurre. Mi hermano hace poco confesó que era disléxico —dejo de hablar de repente, ¿por qué le estoy contando esto?—. ¿Y qué dijiste? En tu entrevista.

—Que vamos a casarnos y tener hijos —bromea y disimulo lo mejor que puedo un suspiro—.

Princesa, apoyé tu dichoso comunicado. Al final le he cogido manía. ¡Me sé hasta algunas palabras en tu idioma! Sverige. —Es gracioso que se piense que ha aprendido algo. Sverige es como llamamos a nuestro país en nuestro idioma—. Me preguntaron por ti y lo que hacías, y no supe qué responder. Por eso me he activado las notificaciones, para no quedar como un tonto por no saber lo que hace mi nueva íntima amiga. ¿Te convence mi explicación, princesa?

Sí. Dentro de sus posibilidades, lo que ha dicho es bastante racional y sensato. Se nota que James ha estado detrás.

—Muy bien, Sebastian. ¿Algo más?

—¿No quieres hablar conmigo? Me duele.

Cuelgo sin esperar a que diga algo más, pero segundos después me envía otro emoji con un corazón roto.

Y me saca una sonrisa, no sé por qué, pero lo hace. No se lo menciono —ni lo haré nunca—, solo me limito a repasar por enésima vez el equipaje para el viaje, la agenda y mis discursos.

ONCE
Lena

—¿Así que Freya está muy contenta?

Asiento con una sonrisa a la pregunta de Nikolaj. Aún queda más de una hora aproximadamente para que aterricemos en Londres y, para que no se aburra, he decidido dejar el trabajo de lado para que podamos hablar.

—Sí —confirmo. Doy un trago a la botella de agua que he cogido hace unos minutos sin dejar de prestarle atención—. Desde que se ha instalado hace al menos una videollamada al día conmigo y siempre le brillan los ojos.

—Seguro que es una gran experiencia para ella —comenta mientras mira de reojo el móvil—. Mis años estudiando fuera son de los que tengo mejor recuerdo.

—Los míos también fueron muy especiales.

Me guardo para mí misma que los motivos —por mucho que sean algo parecidos—, no tienen nada que ver. Ambos fuimos libres por primera vez, aunque fue una libertad distinta; él pudo querer a quien quiso sin miedo a que sus padres se enterasen, al igual que el resto del mundo.

Yo pude ser quien era, sin tanto protocolo, ni etiqueta. Solo yo.

Después de eso, se instaura entre ambos un silencio incómodo. Sé que si Nikolaj quisiera, me diría muchas cosas, se abriría, expresaría cómo se siente con respecto a eso, buscaría mi apoyo… Pero no lo hace y yo no le voy a obligar, porque sería peor. Pocas veces ha expresado sus sentimientos conmigo, aunque de forma indirecta ha admitido lo difícil que es para él fingir de ese modo.

Como sé que mis palabras no van a cambiar la mirada de melancolía que tiene, o no por el momento, dejo que se recomponga y espero que sea él quien vuelva a hablar.

—¿Y por Japón qué tal?

Reprimo un suspiro porque me esperaba otra cosa, otro tema. Sin embargo, Nikolaj está haciendo lo mismo de siempre, centrar la atención en todo lo que no sea sí mismo.

—Bien, como siempre en cualquier viaje oficial.

—Claro, como yo hago tantos… —bromea y se ríe—. Siempre he querido ir para saber cómo se come, con lo que me gusta el sushi.

Mi estancia se limitó a tratar los temas oficiales y a reforzar la relaciones diplomáticas. Fue todo correcto, me sentí bastante cómoda y me trataron con la formalidad exigida por mi título. Lo que más me gustó, sin duda alguna, fue que en el país nipón respetaron mucho mi intimidad; no hubo preguntas indiscretas, nadie quiso saber el tipo de relación que tenía con Sebastian. Agradecí poder desconectar de eso unos días.

—Mi padre no se despidió de mí cuando me fui —murmuro en voz un poco más baja por si alguno de los escoltas que están aquí lo escucha y se lo dice. Ya no me fío de la mayoría—,

tampoco es que me importe mucho, solo que fue… raro.

—¿Está enfadado contigo?

—Según él, no. —Se lo había preguntado de forma directa nada más regresar a Estocolmo. No entendí, y sigo sin hacerlo, que ni siquiera me felicitase por lo bien que la prensa lo valoraba —. Pero es obvio que sí.

Según mi madre, que había venido a ayudarme a deshacer la maleta, estaba muy orgulloso de mí aunque no lo dijese. Pero eso no me servía de nada si él mismo no lo admitía. ¿Tanto le costaba hablar conmigo y alabarme por el buen trabajo que había hecho? Pedía demasiado, eso no sucedería nunca, su orgullo le podía y no iba a ceder, porque sería darme la razón. Y el rey no podía permitirlo, quería demostrarme que sabía lo que hacer mejor que yo.

—¿Sabes el motivo?

—Lo intuyo, algo relacionado con el cantante seguro —supongo mientras me coloco bien un mechón—. Desde que volví del viaje con Freya parece que todo lo que decido está mal. No tiene en cuenta mi opinión y cree que me equivoco.

—Mi padre también lo cree —bisbisea sin mirarme, como si le avergonzase reconocerlo—. No entiende que no hayáis sido más cortantes con tu relación con el cantante.

—Ya… —No me ha sentado muy bien escucharle—. Son mis decisiones. Sé lo que hago. Aunque mi padre se está encargado de hacerlo todo institucional, con visitas a la reina e ir al concierto con miembros de la familia real

—Conmigo sí, espero —añade con una sonrisa y se pasa la mano por su melena morena. Nikolaj es de los pocos hombres que conozco a los que le sienta bien el pelo largo, casi a la altura de los hombros; hace que sus facciones destaquen, al igual que su nariz aguileña—. Porque ir a Londres ahora me viene de maravilla.

—Es una pena que Martha esté aquí también.

Invité a la que es mi mejor amiga desde que tengo memoria para que se uniera a nuestro plan. Pero está en un país en el sureste asiático, viviendo la vida sin tener que rendir cuentas a nadie.

Nikolaj carraspea un poco, se acaba la cerveza que estaba bebiendo y me mira.

—La situación en casa está muy tensa —suelta de repente, dejándome muy sorprendida. No esperaba algo así—. Mi padre no para de recordarme que mis dos hermanos ya se han casado y tienen hijos, mientras que yo… —Suspira—. Yo sigo soltero y voy a seguir así mucho tiempo. Sé que pasar días contigo calmará el ambiente, pero…

—¿Aún no se lo has dicho?

Él no tiene la misma presión por parte de su padre que yo. Sus posibilidades de reinar son prácticamente nulas, más después de que sus hermanos mayores hayan tenido hijos. Por eso podemos volar juntos, porque no es un riesgo.

—Ni que fuera tan fácil, ¿cómo quieres que lo haga?

—No lo sé… —Lo miro para disculparme con los ojos—. Ojalá pudiera ayudarte con esto.

—Sabes lo antigua que es la monarquía en muchas cosas. —Asiento de forma sutil—. Esta es una de ellas. No puedo decirle a mi padre: «Papá, soy homosexual, no voy a darte nietos ni posibles sucesores por si hay una catástrofe y solo quedo yo.»

Cierra los ojos después de decirlo, como si verbalizarlo le costase y le doliera a partes iguales. Le cojo una mano para darle ánimo, soy de las pocas personas que conoce esto de él, porque tal y como ha dicho, nuestro entorno —en según qué cosas—, no es muy del siglo veintiuno. Si fuera mi caso… No sé cómo se lo tomaría mi padre, tampoco si fuera uno de mis hermanos, con lo obseso del control que es si uno de nosotros se saliera de la supuesta norma estipulada.

—¿Siguen pensando que acabaremos juntos? —pregunto y él con la mirada me confirma la respuesta—. Por eso no ponen pegas a estos viajes, planes o lo que se nos ocurra. —Ambos reímos—. A veces pienso que el destino es cruel.

—¿Por?

—Tú serías un buen marido.

Le había dado muchas vueltas a ello, casi todas después de largas conversaciones con mi padre en el que mencionaba el futuro. Nikolaj ha vivido casi lo mismo, sabe lo que es la presión de la Corona, el peso que tiene, la importancia de sus obligaciones y la infinidad de normas y protocolo.

Todas esas suposiciones se me iban casi de inmediato cuando pensaba qué era lo que de verdad quería, qué me haría feliz. Y Nikolaj, por muy amigo mío que sea, no lo conseguiría. A su lado seguiría sintiéndome una heredera, una reina en el futuro, y seguiría sintiéndome… sola.

—¿Gracias? —se ríe porque no sabe si lo he dicho a buenas o no—. Te entiendo y comparto tu opinión. Solo nosotros nos entendemos, las otras personas…

Alzo una ceja. Lo conozco lo suficiente como para saber que lo que ha dicho tiene doble intención.

—¿A qué te refieres?

—Si soy sincero, tampoco entiendo lo del cantante, es una de las pocas cosas con las que estoy de acuerdo con mi padre. —No lo interrumpo, dejo que siga y se explique—. Nunca va a comprender lo que es tener esta presión, no podéis ser amigos, sois totalmente opuestos. Tú eres una futura reina y él… Él es un cantante algo famoso.

Cuento mentalmente hasta diez para no soltar ningún improperio, que es lo primero que he querido hacer. Él también está cuestionando mis decisiones, creyendo que su criterio es mejor que el mío.

No sé si es por la educación que hemos recibido o que él, al ser el hermano pequeño, ve las cosas de una forma distinta. Pero yo nunca doy ese tipo de opiniones si antes no me han preguntado por ello, asegurándome de que la otra persona quiere saber lo que pienso, sea bueno o malo. Nikolaj suelta lo que se le pasa por la cabeza sin tener en cuenta a los demás.

Es mi amigo, no espero que siempre salgan palabras bonitas de su boca porque no estaría siendo sincero, no quiero que me aplauda ni dé la razón como si nada. Sin embargo, estoy molesta y ni yo misma sé el motivo. Él sabe que la falta de apoyo de mi padre me ha afectado, podría haber ocultado lo que pensaba hasta que se lo preguntara o hasta pasadas unas semanas.

De un amigo espero apoyo, aunque esté equivocada —que no es el caso—, como yo haría con él. Estuve de su lado incluso cuando comenzó a salir con aquel chico que claramente solo quería su dinero. —¿Estás diciéndome que solo puedo tener amigos dentro del mundo de la realeza?

—No he dicho eso, Lena.

—Sí, es lo que has hecho —remarco—. Según tus palabras solo entre miembros de la realeza nos entendemos, así que mis amistades que no son de este mundo no son reales. ¿Martha entraría dentro de la realeza? —pregunto con tono irónico—. Es solo aristócrata, no princesa, ¿eso le resta puntos?

—Estás sacando las cosas de contexto. —Niega con la cabeza. Está tenso, se le marcan las arrugas cercanas a los ojos y aprieta los labios en una fina línea—. No tergiverses mis palabras.

Sebastian y yo nunca seremos amigos de verdad, todo es un paripé para la prensa. Pero en el caso que sí quisiera serlo, ¿qué problema habría?

—Soy muy capaz de elegir a mis amistades.

—¿Por qué te has molestado? —inquiere—. No lo entiendo, no he dicho ni hecho nada para que estés tan a la defensiva.

—¿De verdad? —Ahora soy yo la que aprieta los labios. Tantos años y en este momento parece que no nos conocemos, que somos dos extraños compartiendo avión—. Has dudado de mis elecciones, de las que he tomado con respecto al tema del cantante.

—Estás alimentando un rumor que no deberías, uno que no te beneficia…

—Si yo he decidido hacerlo de esta forma, ¿quién eres tú para dudar de ello? Soy la futura reina de mi país. Sé lo que hago.

Quizá es la confianza que hay entre los dos la que me está haciendo ser mucho más directa y brusca de lo que suelo ser. Creo incluso que estoy siendo demasiado visceral, que el cúmulo de las negativas de mi padre han hecho que salte de esa forma, que he estallado por una tontería.

Pero sigo en mis trece, solo yo soy la que debo juzgar mis decisiones.

—Tranquila. —Nikolaj se ríe y pasa su brazo por encima de mi hombro con confianza. No me molesta—. Si te he ofendido, lo siento. No quería que te molestaras.

—Dudas de mis decisiones.

—Solo me preocupo por ti —matiza de inmediato—. Tú en mi lugar harías lo mismo, Lena.

¿Lo haría? No. O no así, al menos.

—Estás desviando la atención de lo importante…

—¿Eso es que no te preocupas por mí?

Sé que bromea, pero no me está gustando su actitud. Sin ser demasiado brusca, me muevo para que no me abrace más. No me apetece.

—Dejemos el tema —pido, centrándome en lo que sea que consiga distraerme.

—Lena, lo siento —vuelve a decir—. Lo último que quiero es que te enfades conmigo, que no creas que puedes contar conmigo para lo que sea.

Con la mirada reafirma sus palabras y aunque no debería —porque estoy bastante molesta—, asiento y hago ver que lo perdono.

Aunque lo hago más para que el viaje no sea incómodo que porque de verdad lo quiera.

El clima de Londres me ha puesto, aún más, de malhumor. No es que Suecia tenga un tiempo espléndido, pero no me gusta la lluvia; prefiero la nieve.

—Quita esa cara, Lena —se burla Nikolaj y no deja de reírse—. Es el clima típico.

Cierro los ojos para no responder. No quiero discutir de nuevo con él, ya que sigo algo molesta por su actitud. Las horas que hemos pasado separados, porque yo había tenido que asistir a tomar el té con la monarca por cortesía —también por sugerencia de mi padre—, no han hecho que olvide cómo se ha comportado.

Si pudiera elegir, si mis decisiones no estuvieran observadas con lupa, me quedaría en el hotel. No quiero, ni me apetece, ver a Sebastian ni aguantar su carácter.

Pero no puedo hacerlo, no puedo cancelarlo porque hay un dispositivo de seguridad activo; no solo por mí, también por los príncipes del país que van a acudir por mi invitación.

He puesto mi mejor cara —o mi mejor máscara—, para saludarlos, como si nada me ocurriese. Estamos yendo en coches separados al estadio; Nikolaj es el que va conmigo y por la forma que tiene de hablar y hablar, lo que es extraño en él, intenta arreglar la discusión del avión.

—La nieve es más bonita.

—Tampoco es tan diferente de la lluvia, ¿no?

Suspiro. ¿Ahora hablamos del tiempo? ¿En eso se basan nuestras conversaciones? Pero se está esforzando, o lo parece, por lo que hago lo mismo; intentar mantener una charla coloquial.

Al llegar, reconozco a uno de los guardaespaldas de Sebastian de cuando nos conocimos. Nos está esperando y es el que nos guía hacia su camerino. Mientras vamos por los pasillos, observo que hay bastante seguridad, más de lo que es habitual en un concierto. Seguro que es gracias a James, que ha facilitado el proceso para que no haya impedimentos, al igual que es él quien le ha enviado al guardaespaldas.

Anuncian nuestra llegada y solo ver al cantante quiero matarlo.

—Altezas. —Hace una pequeña reverencia con cierta torpeza y les da la mano a cada uno con formalidad. Esto debe ser una broma, ya me está sacando de quicio—. Hola, princesa. —Su mirada está fija en mí, se relame el labio inferior y sonríe—. ¿Me has echado de menos?

Y me abraza. Me abraza sin que me lo espere, tomándome por sorpresa y dejándome en una posición que odio.

No puedo recriminarle lo que ha hecho —no en público, menos aún delante de los otros príncipes—, tampoco rechazar el gesto, porque no quiero quedar maleducada cuando se supone que es mi amigo.

—Sebastian… —le gruño en voz baja, cerca de la oreja para que solo me escuche él.

Lo hace, o eso parece, porque deja de abrazarme para centrar de nuevo su atención en mis acompañantes.

—Es un placer tenerlos en mi concierto —afirma con mucha seguridad. Si no supiera que me está tomando el pelo, diría que tiene práctica con esto, su actuación es creíble—. No me lo esperaba y me congratula mucho. Espero y deseo que disfruten de mi concierto.

No lo entiendo. A mí nunca me había tratado con tanta corrección y decoro, lo que me frustra más.

—Seguro que lo hacemos —contesta uno de los príncipes—. ¿Vamos, Lena?

—Dadme un momento, necesito hablar con Sebastian a solas.

Eso le saca otra sonrisa. Se está regodeando de haber conseguido su objetivo.

¿Por qué caigo tan fácil en sus trampas? ¿Por qué no veo lo que es obvio una vez que ha pasado? Sebastian me saca de mis casillas y lo disfruta. Soy su diversión, su pasatiempo favorito.

—Tú dirás, princesa. —Se cruza de brazos y espera mi respuesta. Está musculoso, pero no en exceso, y la ropa que ha elegido para el concierto potencia esos atributos—. Aunque no tengo todo el tiempo del mundo, me gustaría si es contigo, pero las Royals me esperan.

—¿Por qué me has abrazado?

Soy directa. Es lo mejor, así no pierdo mi tiempo ni el suyo.

—Los amigos se abrazan, ya sabes, es lo normal, ¿no? —Se encoge de hombros—. Yo abrazo mucho a mis amigos, ¿a que sí, James, verdad que estás harto de mi constante afecto físico?

No escucho bien la contestación del aludido, pero seguro que es algo parecido a un a mí no me metas.

—No delante de ellos —remarco la última palabra para que sepa la importancia que tienen—. Me has dejado en evidencia.

—Qué exagerada, princesa, no ha sido para tanto.

—No puedes ser tan correcto con ellos y luego a mí abrazarme —sigo reprochándole—. Va en contra del protocolo.

No es cierto, pero dudo mucho que él lo sepa. Ni mi hermana que lleva toda la vida estudiando conoce todas las reglas y normas.

—¿No te abrazas con el príncipe Nikolaj?

En su voz no solo hay curiosidad, hay algo más. ¿Pena? ¿Sorpresa? No lo sé, pero tengo intriga por ello.

—No es de tu incumbencia.

—Lo sé, pero me has dejado con la duda, ¿es verdad? ¿No os abrazáis? —Intenta acercarse a mí de nuevo, pero no le dejo. Levanto la mano para que se quede donde está—. Quizá es que soy más pasional, que tengo un fuego que él no… —Se ríe de su propia broma—. Tampoco parece difícil.

Tal y como le he pedido con la mano, sigue sin acercarse, pero no deja de mirarme. El brillo de sus ojos zafiro es magnético, te invita a que seas tú la que te aproximes. Y lo sabe. Claro que lo hace, está intentando usarlo a su favor.

—No hables sin saber de las personas —digo sin mostrarme intimidada por su actitud—. Y no me abraces delante de ellos, ¿de acuerdo? —Pienso en mis palabras y en cómo puede usarlas a su favor—. Mejor dicho, no me abraces. No me abraces nunca.

—Ufff, princesa, pides algo muy difícil, porque me gusta mucho hacerlo. —Hace un puchero con los labios—. Eres blandita y cabes muy bien en mis brazos. Tienes el tamaño perfecto, ni muy bajita ni muy alta. Perfecta —repite y guiña un ojo.

—Sebastian.

No levanto la voz, solo lo miro, demostrando que toda su parafernalia no me impresiona. A esto podemos jugar ambos.

—Si estás tan a la defensiva que ni puedo abrazarte, ¿a qué has venido? No te he obligado. Es más, si quieres, vete.

—La prensa tiene que creer que somos amigos, y ya que no tienes un concierto en Suecia —explico. Pero me callo el hecho de que no lo soporto, no sería correcto verbalizarlo, menos con la gente que trabaja con él ahí—. Era la mejor opción.

—Así que solo has venido por eso —resume—. Para seguir con la mentira.

Asiento. ¿Qué se creía? Es todo una farsa. No somos amigos, no lo seremos nunca, pero hay que pretender que sí.

—Por eso me mandaste las entradas, ¿no?

—No te olvides de que luego te invito a cenar, Lena —ronronea mi nombre como es habitual en él. Y cuanto más lo escucho, más me gusta. Lo que puede suponer un problema—. Es una cita.

—No lo es.

—Una cita de amigos, princesa, ¿qué creías tú?

—Alteza —le rectifico.

Niega con la cabeza y vuelve a intentar acercarse a mí. Esta vez lo dejo, porque si se lo rechazo de nuevo tomará conclusiones precipitadas, como que lo quiero lejos porque me afecta. Nada más lejos de la verdad.

—Disfruta mucho del concierto, princesa —susurra muy cerca de mi oreja, causándome un pequeño escalofrío que me eriza la piel—. Sé que lo harás, tú estáte muy atenta.

Me guiña un ojo antes de que me marche y tengo que contar hasta diez para no gritarle. Todo sea para demostrarle a mi padre que mis métodos son igual de correctos y que sé hacer las cosas bien.

Al llegar a la zona en la que vamos a sentarnos veo que, al menos en eso, Sebastian ha cumplido su palabra. Está alejada de todo y tiene muy buena visión del escenario. Hay espacio

suficiente para toda la seguridad que tenemos, no solo la privada nuestra, también la del propio concierto. Si nadie menciona que estamos aquí, no va a saberse, no hasta que lo filtremos a la prensa de una forma controlada y adecuada.

Mientras actúa el telonero, los príncipes, la mujer de uno, Nikolaj y yo hablamos de forma animada. A medida que lo hacemos me doy cuenta de que para ellos —y para mucha otra gente —, Sebastian y yo estamos saliendo; no se creyeron el comunicado. No me lo reprochan, al contrario, remarcan más de una vez que me entienden, que la presión de la carga real es complicada y lo que supone que nuestras parejas cumplan unos estándares y requisitos estipulados.

No me sirve de nada repetir una y otra vez que entre él y yo no hay nada; no me creen.

Con tantas cosas en la cabeza, no estoy muy pendiente del concierto ni de las canciones que va tocando Sebastian. Solo cuando reconozco algunas frases sueltas, por culpa de Freya, le grabo vídeos para que los tenga de recuerdo y disfrute más que yo.

Todo está yendo bastante bien. Hasta que Sebastian deja de cantar y se pone a hablar con el público.

—Ahora viene una canción que sé que es la banda sonora de mucha de la gente que hay aquí para ciertos momentos de su vida. —Se ríe y se echa un poco de agua en el rostro, lo que genera gritos por parte del público—. En mi caso, también tiene un significado, algo más especial que cuando la escribí. La letra va más allá de lo que dice y representa también lo bonita que es la relación de amistad. Sí, solo amistad —remarca con cierta sorna en la voz. Se está burlando de mí. De nuevo. Está molestándome—, que tengo con cierta persona que está aquí hoy para verme. ¿Sabéis de quién hablo? —Casi debo taparme las orejas por lo fuerte que ha sonado el sí que ha chillado todo el estadio—. Se me ha relacionado últimamente con ella en la prensa. Y debo decir, que más me gustaría a mí que una persona como ella me hiciera caso en ese sentido. Siento decirlo, solo somos amigos. Muy buenos amigos. *We Could Be The Same* va en tu honor, Lena. ¡Espero que te guste!

DOCE
Sebastian

Creo que es la vez en la que más me he esforzado para que una canción salga perfecta, sin equivocarme en los momentos en los que toco la guitarra —lo que es raro en mí, porque casi siempre improviso respetando la melodía original al dejarme llevar—, es un regalo, aunque sea envenenado. Es una demostración a la princesa de que mis obsequios son algo a tener muy en cuenta y que no puede hablarme de esa forma sin que yo no haga algo como respuesta.

Cuando acabo la ovación, es tan estridente que no puedo evitar sonreír mientras me saco el *in-ear* de la oreja derecha para poder escucharlo mejor. Adoro este ruido, aunque sé más que bien lo increíble que lo he hecho, pero oírlo de ese modo es totalmente distinto y muy reconfortante.

No hago ningún otro comentario relacionado con Lena, solo presento las canciones si considero que es necesario por la importancia que tienen para mí. Guiño cuando creo que me están haciendo fotos, lanzo besos a la nada —aunque para cada persona que lo vea se va a pensar que es para ella—, y disfruto al máximo. Dar conciertos, pese a que es agotador, es una de las cosas que más me gustan de mi profesión, en parte por el contacto con los fans. De lo que más me suma de esta vida pública, de la que estoy contento de poder disfrutar.

Después de hacer dos canciones extra, salgo del escenario con ganas de beber muchísima agua y de darme una buena ducha. Lo primero que hago es buscar a James y no lo encuentro. Es extraño, porque siempre suele estar en el backstage. Fue una tradición que comenzó en el primer concierto y que sigue existiendo hoy en día; es él quien me acerca la primera toalla y una botella gigante para calmar mi sed.

—¿Dónde está James? —pregunto a uno de los guardaespaldas—. ¿Dónde se ha metido el peor agente del mundo?

—No está aquí.

Ya sé que no está aquí, tengo ojos. Me preocupa que no se encuentre a mi lado diciéndome en qué he fallado o cómo mejorar para el próximo concierto. Es lo que hace —o mejor dicho es lo que yo le pedí que hiciera—, monitorizar todo desde el camerino, viendo todas las imágenes en directo, controlando en la sombra y analizándolas. Muy a su estilo.

Si no está, es que ha ocurrido algo. Solo me falta saber el qué.

Disimulo mi ligera preocupación delante de las royals que han pagado para verme en el *meet&greet.* Al inicio de mi carrera, en los primeros conciertos, los solía hacer después de asearme, porque lo único que me apetece en este momento es darme una buena ducha, pero la gente se cansaba de esperar y se quejaban de que tardaba mucho. Y eso no va a cambiar, seguiré tardando una eternidad si es necesario. ¿Cómo no voy a hacerlo? Me gusta estar tranquilo, lavarme bien, cantar —porque sí, lo hago bajo el chorro de agua, que es donde hay mejor

acústica—, medito y a veces me da por bailar. No puedo evitarlo, es uno de mis placeres culposos.

En la gran mayoría de fotografías salgo sudoroso y agotado, pero si soy sincero, no me importa. Ver la felicidad en sus caras y saber que es mi presencia las que les hace estar así, hace que valga la pena esperar un poco más para poder descansar. Por mi fans haría cualquier cosa. Cuando cada una tiene su foto, voy hacia la zona de camerinos junto algunos miembros de la banda que me han esperado; ellos comparten uno para dos personas, y yo tengo uno individual.

Lo que no me espero al abrir la puerta, es encontrarme a Lena. Está seria, tanto o más que en nuestro primer encuentro, cuando estaba molesta por lo de la fotografía; no deja de repiquetear con las uñas encima de la mesa que tiene al lado, lo que también me indica que está impaciente. No sé qué ocurre, ¿es por lo de la canción? ¿tiene la piel tan fina? Sonrío, me gusta que esté aquí, lo hace todo más fácil.

—¿Tanta prisa tienes para verme, princesa? —la saludo con mofa. Seguro que la saca aún más de quicio—. ¿Tanta que no eres capaz de esperar a que acabase el concierto? —Quiero saber qué piensa, qué le ha molestado tanto como para que venga al camerino—. Creía que tardarías más, ya sabes, como estás acompañada de gente tan importante…

Que viniera con otros príncipes me ha dejado totalmente sorprendido. No he sabido cómo actuar y las reverencias han sido improvisadas. ¿Por qué no me había dicho que sus invitados son de la realeza? También me había cabreado, ¿es que está usando esto para una cita? Porque si llego a saberlo, no la habría invitado.

Como no puedo ducharme, ya que creo que no sería protocolariamente correcto teniendo a Lena aquí, a no ser que quiera unirse —algo que dudo—, cojo una toalla que encuentro. Primero me seco la frente para luego hacer un intento lo mismo con el cabello. No la pierdo de vista, pero antes de seguir hablando bebo agua; tengo la boca seca.

—Dejadnos solos —ordena sin ni siquiera mirar a las demás personas. Sus ojos azules están clavados en mí.

Es la segunda vez que la veo ejercer autoridad sin alzar la voz.

Y me pone muy caliente.

¿Cuántas personas pueden hacerlo? Pocas, es que parece que ni se inmuta, que le sale de forma natural, como si siempre lo hubiera hecho. Y una mujer así, maldición, me hace desearla más. Puede mandarme todo lo que quiera que me voy a dejar.

—¿Segura, alteza? —pregunta un guardaespaldas, examinándome de arriba abajo.

¿Qué se piensan, que la tengo coaccionada? ¿Que voy a atacarla con una toalla? Soy peligroso, pero no en ese sentido.

—Sí —confirma sin titubear—. Puedes dejarme sola.

Miro a James por si sabe qué está pasando y lo entiendo sin palabras. Él también se va junto a las demás personas que están aquí, no sin sonreírme. Más tarde me hará algún comentario de los suyos que tanto odio.

—Ya estamos solos, princesa —murmuro y me relamo el labio inferior. Intento ser serio, tengo la intuición de que la conversación no me va a gustar, sigue demasiado fría—, ¿para qué quieres tanta intimidad? ¿Quieres cumplir tus fantasías? Porque estoy más que dispuesto. Solo dilo y te hago feliz.

No tenía previsto hacer esos comentarios, pero es que no puedo evitarlo, el humor y el coqueteo es una de mis defensas. Tenerla delante así de distante es como retroceder en el tiempo y estar hablando con la princesa que conocí cuando subí su fotografía sin permiso. Creía —o eso

pensaba—, que habíamos avanzado, aunque fuese poco. Era mi sensación, que la escarcha que la rodeaba se estaba empezando a derretir. Pero no es así; tiene de nuevo la coraza de hielo inquebrantable protegiéndola del mundo. Lista para disparar. Lista para dispararme.

—¿El respeto sabes lo que es? —Si no fuera porque casi nunca modifica su tono de voz, me parecereía un gruñido—. Porque deberías tenerlo conmigo, es lo mínimo.

—Ah, ¿no lo hago?

—No. Me tratas con demasiada familiaridad —se queja—. ¿Por qué eres así conmigo? Antes has saludado, dentro de tus limitaciones, de forma correcta y muy educada a los demás. ¿Por qué a mí nunca me has tratado así?

Muy buena pregunta. ¿Quizá es porque me encanta obtener reacciones de su parte? Observar la manera en la que frunce el ceño de forma ligera o cómo se aparta el cabello cuando algo no le gusta para tranquilizarse a sí misma.

—¿Tienes envidia, princesa?

—Alteza. —No puedo contener una carcajada. ¿Aún no se ha dado cuenta de que lo hago solo para que me corrija?—. Da igual, llámame como quieras, seguirás haciéndolo aunque te remarque una y otra vez cuál es el trato adecuado para dirigirte a mí.

Reprimo un suspiro al escuchar sus quejas. ¿Qué problema hay con que la trate así? Representa que somos amigos; los amigos son cercanos y se tratan así. Todo me parecen excusas, porque aún no me ha dicho el motivo por el que está en mi camerino.

Es imposible que sea solo por mi familiaridad con ella, porque hemos superado esa fase (o es lo que quiero creer). Sí, ella protesta, pero es más por hacerlo y no porque de verdad le moleste —porque si fuera así, sería mucho más tajante, como en el pasado—, y yo sigo actuando igual, porque soy así.

—Ya lo hago, ¿no es lo que me estás echando en cara? —Me acerco al improvisado bar que tengo y agarro la botella de whisky. Para la conversación, sea del tipo que sea, necesito beber antes. Sé que voy a acabar muy frustrado—. ¿Quieres, princesa?

—No.

—Es whisky escocés, dudo que pruebes algo mejor en tu vida —sigo insistiendo. Es más fácil hablar de la bebida que de lo que sea que tiene en mente—. Bueno, si me dieses una oportunidad, sería incluso mejor, pero..

—He dicho que no.

—Tú te lo pierdes. —Me sirvo hielo, después el alcohol y me lo bebo de un trago—. Delicioso. —Dejo el vaso en su sitio y me apoyo en la pared para mirarla bien. Pese a que está enfadada, es guapa. Muy guapa. Y eso lo complica todo un poco más—. Lena, querida Lena, ¿me vas a decir ya qué es lo que quieres? No sueles andarte con rodeos, no te gusta perder el tiempo.

Si ella no es directa, lo seré yo. La incertidumbre no me gusta.

—¿En qué estabas pensando para dedicarme una canción en el concierto? Y más con las palabras con las que has adornado tu discurso.

Ah, que le ha molestado la canción. Intento entender que no haya podido gustarle, no todo el mundo tiene buen gusto, pero podría haber sido mucho peor. Sí, ha sido un acto impulsivo. Sí, podría habérmelo ahorrado. Y sí, lo he hecho un poco por venganza por sus palabras de que no me soporta y que está aquí obligada.

Pero he remarcado que es por amistad, solo amistad. Le está dando demasiadas vueltas a una simple canción. Es de amor, no voy a negarlo; cuando la escribí me inspiré en esos romances

prohibidos que tanto hablan en los libros y películas que Lexie adora. Podría decirse que es mi interpretación moderna de Romeo y Julieta, otra de las películas que la pequeña Watson nos obliga a ver con ella a James y a mí solo para tenerla contenta.

Sin embargo, es solo una canción. Esperaba una reacción de la princesa, sí, pero no tan visceral. No es nada su estilo.

—¿No te ha gustado? —Hago un pequeño mohín con los labios, como si estuviera triste—. Es una de las canciones que más me gustan de mi segundo disco. No estaba incluida en el repertorio del concierto, pero tenía que hacerte un regalo por venir a verme. Creo que es perfecta para ambos, ¿no crees?

—¿Un regalo? —repite como si estuviera escupiendo esas palabras—. Lo que has hecho es de todo menos uno. Has puesto un foco de atención en mí que no quiero.

Ah, por ahí van las cosas. La prensa y sus mentiras.

—¿No se supone que se nos tiene que ver juntos para apoyar ese comunicado tan bonito que hicimos? O bueno, que hiciste y apoyé.

—Sí, que es justo todo lo contrario a esto. —Está a punto de perder los nervios porque ha alzado de forma leve la voz—. Me has dedicado una canción de amor que habla de que pese a las diferencias somos una misma persona, que es igual lo que digan los demás mientras tengamos claro lo que sentimos.

—Qué buen resumen de mi canción, eso es que has estado atenta, ¿eh? —Le guiño un ojo—. ¿Algo más, princesa?

—Estoy segura de que hay noticias hablando de esto —afirma y no lo niego, seguro que las hay—. No quiero que se me relacione más contigo de esta forma. Tenía que ser un plan llevado en la intimidad y que luego se supiera que había asistido al concierto. Sin prensa, sin levantar más rumores innecesarios.

En la intimidad… O en otras palabras, que se avergüenza de mí y de que podamos tener una amistad o la farsa que sea que quiere que interprete.

Y eso lo cambia todo. Estoy muy muy cabreado. La sangre me hierve y tengo mil emociones contradictorias que odio. Por no mencionar los recuerdos de mi pasado que se repiten una y otra vez en mi cabeza.

No quiero a nadie en mi vida que no me quiera en ella, que tenga vergüenza de que la vean conmigo o que no considere que soy apto para una simple amistad. No voy a vivir de nuevo eso, me niego. Me da igual que sea una princesa. No pienso arrastrarme.

Lo ha dejado todo muy claro.

Creía que los dos estábamos jugando, y que nos encontrábamos en el mismo punto. Si piensa así de mí, ¿por qué me había respondido los mensajes que le había mandado? ¿Y la llamada? Ahí estaba receptiva, con su carácter seco y directo, pero sin mostrarse tan inaccesible. Si piensa así, ¿por qué está aquí?

—¿Ha acabado? —No hay emociones en mi voz, ni la diversión que me caracteriza. Es lo que quiere, ¿no? Que la trate con la formalidad que merece. Pues ahí la tiene—. Porque si es así, agradecería, alteza, que se marchase. Estoy muy sudado y quiero darme una buena ducha.

Es que no quiero ni que esté aquí. Ha dejado claro su punto. Bien, me parece correcto.

—¿No vas a decir nada?

Su respuesta hace que entienda menos. ¿No quería formalidad? ¿Por qué se extraña? Es lo que me ha pedido siempre.

—¿Qué quiere que le diga, alteza? —Me está exasperando. Está siendo totalmente

contradictoria—. Si piensa que me voy a disculpar, se equivoca. No me arrepiento de lo que he hecho. —Casi nunca lo hago, soy de los que aceptan las consecuencias de los actos aunque me perjudiquen—. Ha sido con mi mejor voluntad, aunque supongo que eso no es suficiente para usted.

—¿Por qué me tratas de usted? No te entiendo.

Y su reacción me deja totalmente sorprendido. No se va. Dice que no comprende nada. Ya somos dos; si lo que quería es que la tratase con respeto, lo he hecho.

¿Por qué no se larga? No quiero que esté aquí si se avergüenza de mí, no quiero tener a nadie cerca que piense así de mí.

—¿No es lo que querías? —Me río porque no se está dando cuenta de que sigue contradiciéndose—. Luego dices que no me entiendes. Pero ¿y tú? ¿Quién te entiende?

—He sido muy clara desde el principio.

No creía que sería así. Es tan firme en sus convicciones y palabras que me resulta extraño que esté dudando de algo tan simple. De nuevo, reprimo otra carcajada, por lo que aprieto los labios para no hacerlo. ¿No se da cuenta de que su mirada expresa más de lo que hacen sus palabras? En lo más profundo del azul cielo de su ojos hay duda.

Lena está dudando.

—Sí, apoyando un comunicado que en realidad es falso. No somos amigos.

—No. No lo somos.

Me paso una mano por el pelo para apartármelo de la cara, ya que sigo lleno de sudor por el concierto y no parece que me vaya a poder duchar en breve. Como parece que no va a ser clara, vuelvo a tomar la iniciativa.

—Voy a ser sincero y directo contigo, Lena, porque por lo poco que sé de ti, es lo que te gusta. —Asiente a mis palabras sin dejar de prestar atención—. Me molesta que conmigo no quieras tener lo que tienes con tus otros amigos famosos.

—¿Tú qué sabes?

Más de lo que ella piensa. Más de lo que ella quiere que conozca. No voy a admitir que he estado investigándola por internet, sus amigos y esas cosas. No es necesario.

—Lena, ¿tú te crees que soy tonto? —espeto lleno de rabia. Otra de las cosas que no soporto es que me traten como si no fuera lo suficientemente listo—. Con ellos eres tú, sin máscaras ni corazas, sin comunicados absurdos ni salidas forzadas para que los rumores se acallen. Conmigo es distinto.

Estoy molesto porque con sus otros amigos cantantes no le importa que salga en la prensa. Es más, actúa normal, como creo que es, sin fachadas estúpidas.

—Alexander y yo somos amigos, y contigo...

—Conmigo no, lo sé. Lo has dicho. Y no entiendo el motivo, la diferencia entre él y yo...

Me callo porque por fin lo he entendido. No soy lo que ella quiere o espera. No tengo buena fama ni soy un chico bueno. Soy como soy y eso la descoloca. Pero hay un problema, uno muy grande: no se ha molestado en conocerme o ver cómo soy de verdad. Ella no es la única con una fachada que la protege del mundo.

Nunca me ha importado que la gente que no me conozca me juzgue, porque no saben quién soy. Siempre se ha hablado de mí como el cantante al que le da igual lo que piensen de él, al que las críticas le resbalan. Y eso en parte no es cierto. Me da igual que personas irrelevantes me tachen de mujeriego u otros adjetivos que sé que no son reales. Sus opiniones me resbalan.

Pero creía que Lena, que me había conocido un poco, no lo haría. Con ella había sido tal y

como soy, con mis cosas buenas y malas. Me había preocupado de verdad por el incidente de la prensa, no quería que le ocurriese nada. Quería ser su amigo, había intentado serlo.

He fracasado, está claro. No me considera igual. Así que me rindo. No quiero pasar por todo esto de nuevo, no quiero volver a sentirme inseguro al lado de alguien que no me considera lo suficientemente bueno para estar a su lado y que va a estar juzgándome todo el tiempo.

—No me gusta que se me relacione con alguien con tu tipo de vida —completa después de un largo silencio.

Estoy harto. Cuanto antes acabe la conversación y se vaya, mejor. James tenía razón, he querido picar demasiado alto.

—Hay una cosa que odio de la prensa, ¿quieres saber cuál es? —No me interrumpe, por lo que sigo—. Que juzgan muchas veces sin saber la verdad. Creía que tú me entenderías, o que al menos no tendrías una imagen de mí que no es del todo cierta, porque a ti te ha ocurrido.

—No es lo mismo y lo sabes.

—¿No lo es? —Chasqueo con la lengua—. Sí, me gusta tener compañía femenina siempre que puedo. Y sí, mi actitud a veces es demasiado familiar, como tú la defines, o que soy una persona coqueta. —Me encojo de hombros—. Soy así, princesa. Es mi carácter y personalidad. Pero ahora te pregunto, ¿ha salido alguna noticia mía después de que nos relacionasen que te haya podido perjudicar? ¿Algún encuentro amoroso, algún escándalo? —Niega porque sabe que tengo razón—. Quizá eso te demuestra, aunque sea solo un poquito, que te equivocas conmigo.

—En ningún momento te he juzgado, Sebastian —se apresura a decir y yo frunzo el ceño. Está mintiendo—. Solo quiero lo mejor para mí y tener este tipo de noticias relacionadas conmigo por tu actitud, no lo es. Perjudicas mi imagen.

—Ah, que no me juzgas. —Asiente—. Lo llevas haciendo desde que decidiste que conmigo no valía la pena tener una amistad real, que era mejor fingirlo todo. Me equivoqué al subir la fotografía, lo reconozco, pero ¿por qué conmigo lanzaste un comunicado y con otras personas no? Fuiste tú la que le diste más importancia de la que tenía. Y me he hartado —admito, derrotado—. Estoy cansado de jugar en un tablero donde tú impones quién participa y quién no, de ser un peón de la futura reina. Así que, por favor, si eres tan amable de marcharte para que pueda ducharme…

Espero, pero no se va. Se muerde el labio y se aparta el cabello rubio de la cara. Está intentando recuperar el control, los gestos la delatan. ¿Es esta una de las razones por las que ha chocado tanto conmigo? ¿Porque quiere tener todas las situaciones controladas? Porque eso es imposible.

—¿No ibas a invitarme a cenar?

Por enésima vez hoy, me sorprende. No sé qué pensar de ella, es un misterio cuando me mira de esa forma. Estoy profundamente intrigado.

—¿Ahora quieres que lo haga? —La imito y sonrío, poniendo mi mejor expresión, mientras la miro.

No está tensa, tampoco a la defensiva. ¿Qué es lo que estás pensando, princesa, que te ha hecho cambiar tan rápido de opinión?

—Puede que no haya actuado del todo bien y que...

Uy, ¿eso es una disculpa?

—No, puede no. Estoy molesto, Lena —remarco muy bien cada palabra—. ¿Por qué cambias tu actitud ahora? ¿Qué es lo que quieres? O mejor dicho, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Sé que me he equivocado, reconocer los errores no es malo. ¿No puedes darme una

oportunidad para demostrarte cómo soy?

—¿A qué Lena veré? ¿A la princesa? ¿A una fachada? ¿O a la real? Porque espero a la última, y no hablo de ningún título.

—Cenamos y decides, ¿qué te parece?

Tengo la sensación de que lo está diciendo como si se tratase de una transacción de negocios. Pero he obtenido algo con mi reacción, así que no me quejo. No por el momento. Puedo hacerle cambiar de opinión si ella está dispuesta.

—Me parece bien —concedo—. Ahora voy a ducharme, que estoy hecho un asco y odio estar tan sudado. ¿Quieres unirte?

Es una buena oferta, debería pensarse si aceptarla o no.

—Sebastian... —pronuncia mi nombre como si me avisase.

Pero soy así, tiene que saberlo ya o intuirlo un poco.

—Lo capto. Ponte cómoda, voy a tardar. —Ella alza una ceja—. No malpienses. Solo te digo que vas a tener un concierto privado.

—¿Tanto tardas en ducharte? —pregunta riendo.

Y escucharla hacerlo, de forma tan natural, es gratificante.

—Sí, mínimo quince minutos.

—¿Tanto? Yo no tardo ni siete minutos. Y créeme, me pongo muchos tratamientos.

—No lo dudo —me río y me saco la camiseta sin ningún pudor. Así le hago una pequeña muestra de lo que puede tener si quiere—. Dile a James que entre y que te haga compañía, no quiero que te aburras y él sabe dar conversación cuando quiere.

—Podrías decirme lo mismo sin sacarte la camiseta, ¿no crees?

—Podría, pero no tendrías esta buena vista. —Me paso la mano por mi abdomen marcado y le lanzo un beso—. Intentaré no tardar, princesa. Solo por ti.

—¿James ya está contigo, princesa?

No sé cuánto tiempo llevo en la ducha, pero el concierto que le estoy dando es muy bueno. He cambiado casi todas las letras de las canciones para incluirla, así no se aburre. Aunque está hablando poco, ¿le incómoda que me dirija a ella estando en la ducha desnudo? Porque tiene fácil solución, que se una. No se lo preguntaré otra vez, no quiero ser pesado.

—No ha llegado aún —contesta y sin tenerla delante sé que tiene el ceño fruncido—. Y deja de hablar conmigo.

Incomodarla me resulta muy divertido. No puedo evitarlo. Sé que le debe sorprender que esté así con ella, me la imagino poniendo esas muecas que siempre intenta disimular de inmediato para no saber qué es lo que está pensando.

—¿Por qué, princesa? ¿No te gusta?

—No. Es… raro.

Sé que le gustaría verme así, la gran mayoría de personas pagarían por estar en su situación. En lugar de disculparme, sigo con mi actitud porque, si se supone que ha accedido a dejar de fingir la relación de amistad que hay entre ambos, tengo que mostrarme tal y como soy.

La verdad es que su cambio de actitud ha sido algo que no me esperaba. En lugar de quejarme, me alegra. Por fin podré conocerla sin esa fachada tan estricta que muestra a los demás. Me gustaría que conmigo fuese igual que con sus otros amigos del mundo de la música, que fuera tan natural sin pensar en si la prensa estará cerca o no, pero sé que por el momento no

será así.

—Para mí no lo es. —Hago una pausa dramática y sonrío. Qué divertido es sacarla de quicio —. ¿No te está gustando mi repertorio? Son todo canciones inéditas. Únicas. Solo para ti, Lena.

Cuando la vi por primera vez, creí que sería una persona muy hermética y que nunca sabría lo que pasaba por su cabeza; no obstante, después de los encuentros que hemos tenido me resulta fácil descifrar sus emociones pese a su coraza, y eso me gusta.

Es como si pudiera derretir su hielo y quiero hacerlo más. Quiero conocerla al completo.

Y como seremos amigos —no hay duda de ello—, voy a ser un invitado en su futuro enlace matrimonial. Si no es así me enfadaré, y mucho. Los amigos se invitan a acontecimientos así, y si va al cantante ese del violín y a mí no, me voy a sentir dolido y traicionado. ¿Cuántas personas pueden decir que van a estar presentes en un acontecimiento así de una futura reina? Muy pocas. Seré afortunado. Y si me siento generoso, que es más que probable si me invita, tocaré de forma altruista. Si es que soy puro amor, Lena se dará cuenta de eso.

—Me siento muy honrada —murmura con burla.

—Si no escuchas bien, siempre puedes venir aquí, conmigo. Estoy convencido de que estando a mi lado vas a apreciar mucho mejor mi don. Y no hablo solo de la música. ¿Sabes a lo que me refiero?

—¡Sebastian! —protesta y no reprimo una carcajada.

—Qué malpensada eres, princesa.

Como James aún no aparece, no tardo mucho más en la ducha, no quiero dejarla sola. Al coger la toalla me doy cuenta de que no he cogido ropa, así que salgo aún mojado para buscarla.

—¿No tienes ropa?

Lena no deja de mirarme y no solo con reproche. Está recorriendo todo mi cuerpo de forma disimulada. Y eso, por fin, me sube el ego con ella. Si es que soy irresistible.

—Sí, pero estoy en mi camerino, suficiente es que llevo la toalla y no he salido desnudo.

—Claro…

—¿Es que te gusta lo que ves, princesa?

—No pienso subirte la autoestima, ya es suficientemente alta.

—Pero bien que me estás mirando… —Me revuelvo el pelo mojado con la mano y le guiño un ojo—. ¿Cómo me prefieres, princesa? ¿Así o con un traje? Porque puedo cumplir todos tus deseos.

Y sin ningún tipo de pudor, como si se tratase de otra princesa, se levanta de la butaca para acercarse a mí y observarme de arriba abajo. Me siento intimidado, solo con sus ojos fijos en mí me tiene a sus pies. Si quiere que no salgamos de aquí, no lo hacemos.

—Sebastian. —Trago saliva, me siento como un adolescente—. ¿Sabes cómo te prefiero? —Niego, expectante—. Cuanto más lejos, mejor. Vístete de una vez. —Me da un pequeño empujón que no sirve de mucho, ya que le cojo la muñeca para que no me aleje mucho antes de soltarla de forma rápida—. Tenemos que ir a cenar.

—Hay tiempo, ¿o es que tienes prisa? Porque no has respondido mi pregunta.

Lena me parece una mujer muy muy atractiva. Lo que más me llama la atención de ella es el aura magnética y de poder que desprende.

—O mejor dicho, no he respondido de la forma que tú quieres.

—O es que me prefieres sin toalla, y no te he dado esa opción —sugiero y bajo la mirada para que nuestros ojos se encuentren—. Si es así, la solución es fácil. Quítamela.

—Demasiada confianza en ti mismo.

—Y aún no respondes…

Es la primera vez —al menos en persona—, que estamos teniendo una conversación en la que somos nosotros mismos. Me gusta coquetear con ella, pero lo que más me gusta es que esté haciendo lo mismo. Quién me iba a decir que la princesa es tan echada para delante y no se cohíbe. Es todo lo contrario a lo que aparenta.

—¿Tan importante es para ti que lo haga?

—Princesa… —ronroneo—. ¿Es que te gusta jugar con fuego?

—¿Y si eres tú el que lo está haciendo y no yo?

Estoy a punto de responderle y seguir nuestro juego, cuando James entra en el camerino y me mira con una ceja alzada.

—¿Interrumpo?

—Para nada. —Lena se aparta como si nada, como si este intercambio no le hubiera afectado en absoluto, sentándose de nuevo en la butaca—. Sebastian está buscando su ropa porque se la ha dejado.

—Por eso he venido. Voy a dejarte de la mía, Seb.

—Qué remedio…

Voy hacia la zona de la ducha junto a James y veo lo que me ha traído.

—¿De verdad es necesario?

—Vamos a cenar con gente importante, no te cuesta nada ir un poco decente.

—Ni que eso me implicase, mi ropa no tiene nada de malo.

—He visto lo que has hecho, ¿sabes? —cambia de tema por completo—. Y tu dedicatoria no habrá pasado por alto para la prensa y...

—Lo sé —lo interrumpo. No necesito otra bronca por eso—. Me ha salido en el momento y lo he hecho. No es para tanto.

—Tú sabrás lo que haces, Sebastian. Soy tu agente, no puedo obligarte a nada.

—Eres mi mejor amigo, eso va antes que lo de agente —aclaro con rapidez—. Si no tuvieras un título universitario también estarías aquí, que eso te quede claro.

—Lo sé —concede y le doy un golpe en la espalda de forma cariñosa—. Y es por eso, como amigo, que te estoy dejando hacer este tipo de cosas. Porque te conozco.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto y lo miro fijamente.

Odio cuando hace este tipo de cosas y no me las dice de forma clara. ¿A qué se refiere?

—Sebastian, ¿quieres hablar de esto de verdad? —rebate y se baja las mangas del jersey que lleva, como si se estuviera preparando para tener una conversación seria.

—Es que no te entiendo, James. ¿Puedes ser más claro?

—A que te gustan los retos, siempre te han gustado.

Eso es cierto. Pero no lo comprendo. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—¿No vas a decir nada más?

—No. Aún es muy pronto para eso. —Sonríe y me señala con el dedo—. Va, date prisa, no hagas esperar más a la princesa.

Cambia de tema por completo y prefiero no insistir en ello. ¿Pronto? Odio cuando ve algo que yo no. Me gustaría saber a lo que se refiere. ¿Se cree que me gusta la princesa? Eso es absurdo. No me gusta, solo me siento atraído por ella, ¿quién no? Es una preciosidad rubia que seguro que ocupa muchos pensamientos de la gente que sabe que existe. Pero esa es una reacción normal, es guapa y siento una atracción sexual por ella. Nada más. Si piensa algo diferente a eso, está muy equivocado.

¿Es por la escena que se ha encontrado? Tampoco ha sido para tanto, solo estábamos coqueteando.

Maldito James. Odio que me deje así y no responda a mis preguntas.

—Ella ya sabe que tardo. La he avisado, no tiene que ofenderse o algo parecido.

—Date prisa —apremia—. No solo vamos a ir a cenar con Lena, van a ir los otros dos príncipes.

—¿Ya la llamas por su nombre?

—Sebastian —insiste.

Resoplo. A mí me apetecía cenar solo con Lena y, si eso, con James. Si está con sus amigos los príncipes, va a ser la estirada que le han enseñado ser, porque antes con sus palabras me ha dado a entender que delante de los otros miembros de las casas reales tiene que actuar con corrección y todo eso que a mí me resulta tan aburrido.

No digo nada más de la ropa, pero que tenga que llevar americana no me apasiona. Al menos no me ha obligado a llevar algo que me hará ver ridículo o que no es nada yo. Esa fue una de las primeras cosas que decidí cuando mi carrera ya estaba más que afianzada, dejar de vender una imagen de mí que no era del todo acertada. En mis inicios quisieron venderme como algo irreal, casi perfecto, como el prototipo de hombre ideal de la población.

Y de chico bueno tengo poco.

Acepté porque no tenía otra, no cuando ya había firmado y si incumplía el contrato podía salir muy perjudicado. Al menos no modificaban mi música, solo querían proyectarme como el novio de América. Eran tácticas de publicidad, una forma de potenciarme que creían que funcionaría.

Y el auténtico boom de mi carrera empezó cuando pude ser yo de verdad, cuando dejaron de proyectar una mentira de mí.

Nada más verme, Lena me observa sorprendida, ella tampoco debía esperarse que me vistiera así.

—¿Voy bien vestido para la ocasión, princesa? Sé que sí, no hace falta que lo digas.

La americana negra opaca que llevo hace que mis ojos resalten aún más. Estoy irresistible.

—¿Debo contestar?

—La chaqueta es de James, no suelo tener este tipo de prendas. Eso sí, tengo trajes. Y me quedan muy bien. Deberías verme en traje, Lena. Seguro que me lo querrías arrancar con las manos.

—Te equivocas —comenta y se levanta de la butaca—. Lo haría con los dientes.

¿Es esta la Lena que oculta al mundo? Porque es la segunda vez en poco tiempo que la veo responder de forma tan normal, como una persona más. Y siendo sincero, si me quiere arrancar algo con los dientes le dejaría sin ponerle nada de resistencia.

Le hago un gesto para que salga primero y se adelante, como buen caballero. Aprovecho para mirarle bien el culo. Seguramente no tenga una oportunidad mejor que esta. Sé que James me está mirando de reojo y niega con la cabeza al ver lo que estoy haciendo, pero ¿puede culparme? Con los pantalones que lleva la princesa se marca a la perfección.

Es uno muy bueno. Debería estar orgullosa. Es un culo real, muy noble y perfecto.

Casi igual que ella.

TRECE
Lena

Para mi sorpresa, la cena ha ido bien. Demasiado bien. Sebastian ha congeniado de inmediato con Nathaniel; su humor es parecido, se han entendido a la perfección y hasta se han dado el número de teléfono.

También estoy muy agradecida con el príncipe por haber aceptado venir. Es una forma de evitar un problema si hay, de nuevo, más imágenes con el cantante. Al estar él facilita las cosas; podré justificarme y explicarme diciendo que estaba con Nathaniel y que ha sido su idea, que no podía hacerle el feo y dejarle plantado.

En estas cosas se nota que es miembro de la realeza. Sabe lo que es la presión de tener a la prensa pendiente de todo lo que haces y dar explicaciones de forma constante a tu familia por tus acciones. Por actuar como una persona más.

Todo lo contrario a Nikolaj. Ha estado callado durante casi toda la cena, lanzando miradas disimuladas cargadas de reproche. Cada vez que he intentado integrarlo, sus respuestas han sido escuetas y cortantes. No quería estar ahí y se notaba. Y si es así, no entiendo el motivo por el que no se ha marchado al hotel antes. Nadie le ha obligado a venir.

He estado tan cómoda que hasta he accedido a que nos hiciéramos fotografías de recuerdo —idea de Sebastian—, aunque desde el móvil de James; mejor ser precavida y evitar un posible problema.

—¿Ves cómo podemos pasarlo bien juntos? —Sebastian sonríe justo cuando nos estamos despidiendo. Durante toda la cena ha estado relajado y he podido ver una faceta suya muy distinta, una que me ha sorprendido gratamente—. Solo hay que tener fe.

—Una vez no hace que se convierta en norma, Sebastian.

—Conmigo sí, princesa. ¿O es que no te has divertido?

Pone su mejor expresión de niño bueno, sin dejar de mirarme. ¿Es este el Sebastian que tiene a Freya obsesionada? El del carisma contagioso que te hace sentir especial solo por sonreírte.

—Sí —reconozco y acabo por sonreír al igual que él. No puedo evitarlo, no cuando sus ojos zafiro siguen clavados en mí con un brillo distinto—, pero quizá ha sido suerte.

—La suerte no existe. —Me abraza otra vez y no me aparto. Sé que lo va a hacer siempre que pueda, que es una persona que le gusta el contacto físico. Y a mí, en este momento, no me molesta—. No me eches mucho de menos, ¿de acuerdo?

Si hubiera sido igual de educado que el nivel de su ego, no habríamos tenido problemas.

—¿Quién dice que vaya a hacerlo? —rebato pero dejo claro, por el tono que uso, que estoy siguiéndole el juego—. Como te he dicho hace horas, cuánta confianza en ti mismo, Sebastian.

—¿Quién? —repite y se relame el labio inferior. ¿Es un gesto involuntario o lo hace para provocar una reacción por mi parte? Porque es inevitable fijarse, es atrayente—. Lo digo yo,

Lena —afirma—. Sé que me echarás mucho de menos.

—Quizá eres tú el que lo hace..

—Por supuesto, echaré mucho de menos a la única rubia de mi corazón.

No respondo, solo niego con la cabeza. Si voy a conocerlo, si voy a intentar ser su amiga tengo que ceder un poco, aceptar que estas cosas —este coqueteo constante—, forman parte de su carácter y que no lo hace con mala intención.

Ni yo misma sé el motivo por el que he tenido un cambio de actitud tan brusco con él. Hace unas horas, antes del concierto, tenía muy claro que, cuanto más lejos, mejor. Y ahora… Ahora quizá lo tolero un poco.

He entendido su punto de vista; la elección de mis palabras no ha sido la adecuada y ha sido normal que se haya puesto a la defensiva. ¿Cómo habría actuado si alguien me dijera que quiere que nuestras interacciones sean siempre en la intimidad, como si fuese un sucio secreto?

Sí, he sido bastante intransigente con todo lo relacionado a él. Pero era más por la presión que me había autoimpuesto a mí misma que porque no considerase que podía ser un amigo. Solo quería —y quiero—, demostrarle a mi padre que está equivocado, que soy la que tiene la razón, que puedo tomar mis propias decisiones.

¿Lo había juzgado? No sabría decirlo con exactitud. Seguramente me había dejado llevar por la opinión pública y lo que podía suponer un problema para mí. Pero ¿si mi padre no hubiera tratado el tema tal y como lo hizo, estaría aquí? Lo dudo.

Además, soy culpable si he hecho que Sebastian se sienta mal. No soy así. Mi actitud ha sido demasiado parecida a la de mi padre y me quiero diferenciar al completo del rey.

Por no mencionar que no me conviene tenerlo en contra, es un enemigo peligroso; así que cambiaré mi actitud con él. Seguirá molestándome, porque adora hacerlo, pero puede ser divertido. La cena ha sido una prueba.

Una vez que Nikolaj y yo estamos solos en el coche para volver al hotel en el que pasaremos la noche, espero a que diga algo, a que me cuente qué le ocurre. Suele ser mucho más sociable de lo que ha sido, lo que me hace pensar o que ha tenido malas noticias, o que no ha estado cómodo. En lugar de desahogarse, permanece en silencio y me observa de reojo con la frente algo arrugada, una de las manos en la barbilla y sus ojos centrados en mí.

Está poniéndome nerviosa.

—¿Tardarás mucho en decirme lo que piensas? —Sin necesidad de palabras, le pido que sea sincero—. Porque no queda mucho hasta el hotel y quiero descansar al llegar.

—Nada de lo que preocuparse, Lena —murmura y no es nada convincente. Quiere que insista más—. Solo estoy pensando.

—¿Puedo saber en qué?

En lugar de responderme de inmediato, se pasa la mano por el pelo en un intento de ordenar el desorden de su cabello. Suspira. No hace falta que me lo diga, lo noto, es la primera alarma de que algo va mal.

—Te lo he dicho, no es nada —le resta importancia—. Es solo que estoy ligeramente sorprendido por los acontecimientos de hoy.

—¿Cuáles? —indago, anticipándome a que su respuesta no me va a gustar—. Estabas avisado de cómo era Sebastian.

Le conté de forma muy extensa en el vuelo la actitud del cantante y lo que seguramente nos encontraríamos. Al final, ha ido mucho mejor de lo que predije.

—Lo hiciste —confirma. Ladea la cabeza y pone una mueca en los labios—. Tu actitud con él

es… diferente. No es que me parezca mal —se apresura a decir—, pero sueles pensar mucho las cosas antes de decirlas. No eres impulsiva.

No sé si podré aguantar otra conversación de este tipo con él. No necesito —otra vez—, que dude de mis decisiones o exprese en voz alta que me estoy equivocando. Lo que Nikolaj piense no me importa; la reina de mi destino soy yo misma.

—¿Estás intentando darme una charla?

Antes de que responda sé lo que va a decir, va a disculparse y cambiará de tema. Nikolaj es así, lo conozco y es uno de sus defectos; su falta de sinceridad en temas importantes y lo queda bien que es con todo el mundo.

—No, y si te lo parece, lo siento —se excusa—. Es solo que… —Suspira. Le está costando encontrar la forma de expresarse—. No te voy a mentir, no me ha caído bien el cantante. Quizá por eso he estado tan callado durante la cena.

Nikolaj no es muy bueno en disimular sus emociones, o no cuando lo conoces. Me sé de memoria las expresiones que usa cuando no está cómodo o alguien no le cae bien —en más de una ocasión las ha hecho delante de mí en un evento social—, también cuando está aburrido. Pero no lo entiendo. No ha sido una cena desagradable, el ambiente ha sido bueno, la conversación fluía, no se sentía forzado…

Sebastian puede ser muchas cosas, pero tiene muy buenas habilidades sociales. No se habría ganado a Nathaniel tan rápido si no fuera así.

—¿Te ha hecho algún comentario a destiempo? —intento saber. Nikolaj es mi amigo, tiene prioridad—. Porque si es así, le dejaré las cosas claras.

—¿Nunca te ha pasado que, al conocer a alguien, no te gusta? Es lo que me ocurre con él. No conectamos.

—Entonces es que lo estás juzgando por su apariencia.

—¿Y no debería? Su fama le precede.

Alzo una ceja al escucharlo. No entiendo el motivo por el que me molesto ante su comentario cuando yo misma he hecho lo mismo, juzgar a Sebastian antes de conocerlo. ¿Por qué lo veo todo diferente desde otro punto de vista?

—Nikolaj.

—Con esto no estoy diciéndote que no seas su amiga, o algo parecido. —Tampoco le haría caso—. Me quedó muy claro que odias que rebatan tus decisiones. Yo te apoyo, Lena.

Por la forma en la que no me mira al decir eso, es muy obvio que miente; tanto que prefiero no enfadarme por algo que se supone que ya hemos hablado. No me apoya. Prefiero no darle más vueltas, Nikolaj y yo podemos chocar en muchos asuntos, nuestras personalidades son distintas; no obstante, sé que él va a estar ahí siempre que lo necesite. No me va a fallar.

—¿Qué harás cuando regresemos de Londres? —pregunto cambiando de tema.

Es lo mejor y así evito otra discusión.

No quiero que se forme una distancia insalvable entre los dos y nuestra amistad quede herida de gravedad.

—El avión de mi padre me estará esperando en el mismo aeropuerto para que me vaya nada más aterrizar —musita con asqueo, arrugando la nariz—. El bautizo de uno de mis sobrinos es dentro de tres días, tengo que estar ahí. Han decidido que sea el padrino.

No entiendo ese tono de pereza, es como si no le apeteciera. Comprendo que su situación es complicada, pero con sus hermanos nunca ha tenido problemas, siempre se ha llevado muy bien —o eso me ha contado—, sin embargo, más de una vez se ha quejado que no lo han incluido ni

tenido en cuenta en temas así.

En su lugar, yo estaría encantada. Mi familia, sobre todo mis hermanos, son de lo más importante de mi vida.

—¿Y el problema cuál es?

—Quiero mucho a mis hermanos y a sus hijos, pero… —Resopla y yo intento no hacerlo. Todo lo que ha dicho antes del pero, para mí, ha quedado invalidado si se queja después—. Siento que soy la última opción. Para el primogénito de mi hermano mayor, los padrinos son gente muy importante, y yo…

Asiento con debilidad. Mi padre es uno de los padrinos del que será el futuro rey de Noruega, el hermano mayor de Nikolaj.

Pero no veo el problema; queda en familia, hay más cercanía y los puedes ver. No es solo paripé. Creo que solo he visto a todos mis padrinos de bautismo en bodas reales de otras monarquías.

—¿Quieres que te acompañe?

Si me necesita, estaré ahí. Ese viaje sí lo apoyaría mi padre, me alentaría a que fuera, todo para afianzar las buenas relaciones diplomáticas de ambos países.

—Gracias, pero no. Sé que lo haces con buena intención, pero sería peor.

Y el silencio se instaura de nuevo en el coche. Ya no sé qué más decir y Nikolaj parece encerrado en su propio mundo, sin querer salir de él.

La ausencia de Freya se nota muchísimo en palacio.

A medida que pasan las semanas, es cada vez más evidente. No es que la tranquilidad no me guste —incluso en ocasiones la agradezco—, pero saber que nadie va a venir a mi habitación a molestarme de la misma forma que hace ella es extraño.

Hablamos bastante a menudo, intentamos sacar tiempo para hacer videollamadas. Al igual que a veces nos reunimos toda la familia.

Incluso con mi padre, que ha reconocido en voz alta que la echa mucho de menos. Conmigo nunca lo admitió en voz alta cuando estuve fuera, si me enteraba era porque mi madre me lo decía, no por su propia boca. ¿Por qué conmigo siempre es distinto? ¿Por qué parece que para él nunca soy suficiente?

Sé que Freya, aunque no lo diga, añora estar con nosotros; es muy familiar, por mucho que remarque que no es así y que disfruta su libertad.

Parece estar bien. Parece. No puedo evitar fijarme cada vez que la veo en la pantalla que unas ligeras ojeras decoran su rostro. Según sus palabras es que a veces se va a dormir tarde porque se queda hablando con sus nuevas amigas, o que se queda estudiando, que no hay nada raro. Quizá es que me preocupo sin motivo, pero no me quedo tranquila. Es mi hermana pequeña y quiero lo mejor para ella, es inevitable.

—¿Tú también lo notas? —Kristoff es el que ha tomado el relevo de Freya, quien me interrumpe en mi habitación cuando estoy trabajando. Aunque sus motivos son totalmente distintos—. Tanta paz es raro.

—No puedo notarlo porque alguien está haciendo lo mismo que ella.

—Adoras que venga a hacerte compañía. —Se sienta a mi lado en el sofá y observa los papeles que tengo encima de la mesa y la pantalla del ordenador—. ¿Necesitas ayuda?

Kristoff ha tenido casi la misma formación que yo. Nuestros padres no hicieron muchas

diferencias entre ambos; mismos colegios, mismos tutores, mismas lecciones de protocolo… También había pasado una temporada en una academia militar, en su caso solo en la armada. Por eso mismo, a veces preparamos actos juntos, le pido que lea alguno de mis discursos y me dé su opinión.

Es un gran apoyo. El mejor que podía tener; el mejor que podré tener cuando sea reina.

—No por el momento. —Cierro el ordenador y centro toda mi atención en mi hermano—. ¿Necesitas algo?

—Saber cómo estás, ya que papá y tú seguís sin hablar…

Con el paso de los días, esperaba que mi padre quisiera hablar conmigo para preguntarme qué tal el concierto o para saber si había estado cómoda con los príncipes Nathaniel y Trevor. No ha sido así.

Es como si no le diera importancia y no lo entiendo, menos aún cuando siempre que sale una noticia de Sebastian con relación a sus conciertos —que por lo que sé le están yendo muy bien —, sale mi nombre en alguno de esos medios.

Su silencio solo es una prueba más de que está esperando a que algo vaya mal para recordarme que él me avisó, que me dijo que no debía relacionarme con alguien así.

Estamos librando una batalla silenciosa, una que no voy a perder. Una que no puedo perder.

—He acabado acostumbrándome —me limito a decir.

—Pues yo esperaba que te reprochase todos los artículos que sigue habiendo del cantante y tú. —Se ríe como si le hiciera mucha gracia y me saca una sonrisa—. Es curioso que no esté enfadado.

¿No lo está? Qué extraño me parece. También que Kristoff haya hablado de eso con él como para saberlo.

—Porque Nathaniel sale mencionado en ellos. —Suspiro, es lo más lógico, no hay otra explicación—. Que viniera a cenar con nosotros me ayudó. Creo que no le agradecí lo suficiente ese gesto.

—Es decir, lo de ser su amiga es cierto. No te limitas a fingirlo para tener razón.

Con Freya había hablado mucho de este tema y de que al final había cambiado de opinión.

Había tenido que contarle con infinidad de detalles cómo había sido el concierto, qué me había parecido y si repetiría acompañándola. En cambio, Kristoff no sabía casi nada del tema.

—¿Por qué no? También lo soy de otros cantantes, ¿qué puede salir mal?

—Que papá quiera encerrarte en las mazmorras y tirar la llave a uno de los canales de la ciudad —bromea y niego con la cabeza—. Si tú quieres darle una oportunidad, haré lo mismo. Seré su amigo.

—Ni siquiera lo conoces.

—Pero lo haré. —Está tan convencido que no voy a llevarle la contraria—. Me has presentado a otros amigos tuyos, ahora tengo curiosidad por Rìgh Bastian. Es mi deber.

—Lo dices como si fueras el mayor y tuvieras algún tipo de obligación impuesta.

—Excusas, soy tu hermano y con eso ya es suficiente.

Kristoff adora hacer ese tipo de comentarios —siempre en tono jocoso—, solo para chincharme (lo que dice que sí que es su deber). Sabe que no tolero esas actitudes ni que se crea que deba cuidarme solo por ser mi hermano.

—Vendrá para el Melodi. Ven conmigo y te lo presento.

—Uff, pero para eso queda muchísimo. Si actúa en la final, eso es marzo.

—¿Algo más, Kris? ¿O quieres contarme algo?

—No. Mi vida es igual de aburrida que hace un par de días. —Se rasca la barba perfectamente cuidada; ni muy larga ni corta, tal y como indica el protocolo—. Es gracioso que la gente piense que, por el hecho de ser de la realeza, nuestra vida será muy interesante o estará llena de problemas.

—Las historias y series de la monarquía han generado unas expectativas poco realistas sobre el tema. —Suspiro y me ato el cabello de forma rápida—. Además, nuestras vidas no llaman tanto la atención como otras familias reales…

—¿Que no interesamos? —rebate y empieza a reírse a carcajadas—. Desde que eres amiga de ese cantante, creo que somos la monarquía más buscada en Google.

—Kristoff.

—No lo digo en el mal sentido —se apresura a aclarar—. Así no me aburro tanto. ¿Sabes lo divertido que es leer los artículos? La gente tiene una imaginación… Por no mencionar los que se han creado cuentas fans de ti y de Sebastian. Hacen unos montajes muy bonitos.

Una media hora más tarde, cuando mi hermano se ha marchado, recibo un correo con la invitación electrónica de la boda de Rachel. Me había avisado por mensaje de que llegaría pronto y que no podía estar más emocionada por el futuro evento.

En cierto modo, me siento culpable por no poder ayudarle más a organizarlo —por eso no había aceptado el papel de dama de honor—, pero ella no deja de remarcar que con mi presencia va a ser más que suficiente. Para evitar posibles malentendidos, lo apunto en el calendario online al que también tienen acceso mi secretario y el resto de gente que trabaja en la organización de nuestras agendas, y así cuadran fechas.

Al pensar en Rachel, recuerdo la petición que me ha hecho: que le pida a Sebastian que actúe en su boda. Ella es muy fan —como casi toda la gente de mi alrededor, al parecer—, y le haría mucha ilusión.

Tengo que hablar con él. No sé si va a querer, o si acepta este tipo de cosas.

En el caso de que diga que sí, le pagaré lo que haga falta, va a ser uno de mis regalos de boda.

Yo:
Sebastian.

En estas semanas que han pasado hemos intercambiado mensajes, la mayoría enviados por él; emojis, vídeos y ese tipo de tonterías. También nos hemos dado nuestro número de teléfono, para no depender de Instagram para hacerlo. Sin embargo, no sabía bien cómo estaba, no habíamos tenido ese tipo de conversación. Sí, había accedido a conocerlo mejor —y, si teníamos cosas en común, ser amigos—, pero no iba a irle detrás.

Sebastian:
Uy.
Qué honor, la princesa quiere hablar conmigo.
Si es que sabía que me echarías de menos.
Reconócelo.

Lena:
No voy a reconocer algo que no es cierto.

Sebastian:
¿Entonces por qué me estás hablando?
Aquí es de madrugada, princesa.
¿Y si me has despertado?
¿No te doy pena?

Frunzo el ceño. No había pensado en eso. La última vez que hablamos me dijo que tenía un pequeño descanso de su gira, por lo que hay una diferencia horaria notable al vivir en dos partes del mundo distintas.

Yo:
No te he despertado.

Me arriesgo. No sé si es cierto o no, pero no creo que haya respondido tan rápido si estaba durmiendo.

Sebastian:
Ya, no lo has hecho.
Pero podría ser una posibilidad.
Has interrumpido un momento muy importante, ¿sabes?
Estoy algo ocupado.

Yo:
Me disculpo entonces
Te dejo disfrutar de tu compañía femenina

Al releer el mensaje, quiero borrarlo. Es tarde, ya lo ha leído. No sé por qué lo he escrito. ¿Por qué no he pensado antes de ponerlo? Ha sido por pura impulsividad; como suele ocurrirme cuando hablo con él.

Sebastian:
Princesa, ¿estás celosa?
No deberías.
Ya te lo dije en Londres. Eres la única rubia de mi corazón.
Estoy con Lexie, viendo una película
James se ha quedado dormido

¿Por qué se piensa que estoy celosa? Es absurdo. Ni me esfuerzo en negarlo, no va a servir de nada. Y si lo hago, va a obtener lo que quiere; una reacción por mi parte.

Yo:
Como estás ocupado,
hablamos otro día, Sebastian.

Sebastian:
Tengo algo que contarte.
Muy interesante, de hecho.
Demasiado.
Pero hoy no será, así que te dejo con la intriga.
También es que Lexie me está echando la bronca por no hacerle caso.
No sé si se refiere a ella o a la película.
Mañana te hablo, princesa.
No me eches mucho de menos.
Piensa que son solo unas horas.
Besos.

Cierro la conversación con el ceño fruncido. ¿Qué es lo que acaba de pasar?

CATORCE
Sebastian

—No me estás haciendo caso.

—Un momento, Lex.

—No tengo momentos. —Me lanza una palomita para llamar mi atención. Repite la acción y se apropia el bol para ella sola, comiéndose un buen puñado de golpe—. James se queda dormido, tú no dejas de mirar el móvil… —Suspira de forma dramática—. ¿Para qué vengo a visitaros? ¿Para que me ignoréis?

—Técnicamente te has presentado por sorpresa.

Después de unas semanas muy ocupadas en las que he estado en muchos países por la gira, tengo unos días de descanso. Lo que menos me gusta de dar los conciertos es que no solo es eso; hay promoción, demasiada promoción. Las primeras entrevistas siempre son las más interesantes, porque a partir de esas, las que siguen son parecidas, mismo contenido y mismas preguntas. En parte lo entiendo, pero lo predecible me resulta aburrido y creo que se me nota por mucho que intento disimularlo. Aprovechando estos días, James y yo hemos vuelto a Los Ángeles para estar en nuestra casa de Hollywoods Hills. Lo que no nos esperábamos ninguno de los dos era que la pequeña Watson estuviera ahí.

—¿No es también mi casa?

—Sabes que sí, Lexie.

—Pues he venido a mi casa de Los Ángeles. —Se encoge de hombros como si fuera así de simple—. Yo que aprovecho para poder estar con vosotros, porque os echo de menos, y James se duerme. ¿Qué clase de hermano es?

—Nos has obligado a ver, con esta, tres películas —protesto—. Estamos cansados. —Le saco la lengua y recupero el bol de palomitas—. Aún no nos has dicho el motivo por el que estás aquí.

Ella sigue viviendo con sus padres en la otra punta del país; algo ha tenido que suceder para que haya recorrido tantos kilómetros y que los Watson le hayan dejado teniendo su edad. Con ella siempre me sale la faceta sobreprotectora.

—Sí lo he dicho. —Parpadea y hace un puchero con el labio inferior, acompañada de una mirada dulce—. Os echo de menos.

—Lexie…

—Me he peleado con papá y mamá —confiesa en voz más baja, encogiéndose en sí misma. Por inercia la abrazo, quiero que se sienta segura y que pueda contar conmigo para lo que sea—. Es que no me entienden.

—¿Por qué?

—Les dije que no sé si quería ir a la universidad. —Suspira y se acurruca mejor entre mis brazos, haciéndose aún más pequeña. No la interrumpo, espero a que siga—. Estábamos

hablando del futuro, ellos dieron por hecho que iría a una de las mejores, que escogería una gran carrera y ese tipo de cosas, como si no hubiera otra opción.

—Queda tiempo para eso, ¿no?

Aún es pequeña —aunque para mí siempre va a serlo— para ir a la universidad. Puede que no sea mi hermana de verdad, pero la siento como tal. Ha estado en mi vida desde que nació, la he visto crecer; he visto cómo pasaba de ser una niña adorable a una adolescente con mucho carácter. Eso ya se veía cuando no levantaba dos palmos del suelo y nos obligaba a James y a mí a ver lo que a ella le apetecía en la televisión. Algo que tampoco ha cambiado.

—Según ellos, tengo que centrarme en que mis notas sean lo mejor posibles para tener todo tipo de opciones. —Bufa con cierta incomodidad, se nota que está agobiada—. Y a mí eso me da igual. Cuando acabe el instituto quiero pasar un año sabático e ir contigo y James de gira, o lo que sea que hagáis, ¡quiero divertirme!

Creo que Lexie nota que su respuesta no me ha gustado, porque se aparta y me interroga con la mirada. No sé qué decirle, ni cómo hacerlo, pero pienso igual que sus padres. ¿Por qué James está dormido? Él sabría actuar, es experto en estas situaciones.

—Es tu futuro, Lex —acabo por decir, esperando que sirva de algo—. No te han dicho nada para que hayas recorrido medio país. Con permiso, espero, ¿no?

—Tampoco puedo viajar sin él, soy menor de edad.

—Ambos sabemos que eres más que capaz de escaparte.

Ella se ríe y hay cierta malicia en su mirada; es más que obvio que lo pensó.

—A papá le pareció bien y le aseguré de que avisaría a James al entrar al avión para que no os pillase de improvisto.

—No lo hiciste.

—Fue más divertido así. Me gusta sorprenderos, aunque tú me odies y no me apoyes…

Lexie es bastante parecida a mí —aunque sea un clon físico de James—, y esta es una de las ocasiones en las que usa mis tácticas para salirse con la suya.

—Tus padres solo se preocupan por tu futuro, es por eso que dicen lo de la universidad.

—Es injusto… —Se cruza de brazos, justo al igual que cuando era pequeña y me negaba a jugar más con sus muñecas—. Tú no fuiste, ni siquiera te lo planteaste.

Porque mi situación fue muy distinta. No tenía la capacidad económica de ella, tampoco las notas o el interés por estudiar. Lexie podrá ir a dónde quiera, le pagaré la universidad que elija, sea en el lugar que sea.

—Siempre hay otras opciones de educación superior, solo tienes que encontrar lo que te guste. —Quiero ser un buen hermano mayor, que sienta que la apoyo aunque no esté de acuerdo con lo que dice, intentar que valore todas las opciones posibles—. No puedes centrar tu futuro en solo querer divertirte de gira conmigo. No soy un buen ejemplo, Lex.

Ella aprieta los labios muy fuerte, casi con rabia, y vuelve a centrarse en la película, una de esas románticas que tanto le gustan. Está enfadada —tanto que ni siquiera coge más palomitas—, tampoco me habla. Como estoy aburrido, vuelvo a coger el móvil y veo que tengo mensajes de Lena.

—Estás viendo una película conmigo, deja el móvil —gruñe con el ceño fruncido—. No seas maleducado.

—Un momento.

—¿Qué es más importante que yo? Nada. —Se acerca a mí y mira la pantalla. Al hacerlo, sonríe y de nuevo está el brillo en su mirada—. Estás hablando con la princesa. Porque es ella,

¿no?

—Sí. —Respondo el último mensaje y bloqueo el teléfono—. Ya estoy para ti.

—¿Me la presentarás? Quiero conocerla. Nunca he tenido a una princesa delante, es como antiguo, ¿no? Muy de libros de época.

—¿Para qué?

—Siempre me presentas a tus amigos y conocidos del mundo de la música, ¿por qué no una princesa? Es mucho más especial y exclusivo. —Me mira y se muerde el labio, como si intentase contener un comentario de los suyos—. Tengo curiosidad, ¿os habéis liado o no? Mis amigas creen que sí y yo no lo sé con exactitud, eres peculiar.

—¿Cómo?

No me considero así y, en todo caso, soy raro por lo especial que soy.

—Sí, tienes muy mal gusto en general con las mujeres, Con todas las que te han relacionado a excepción de la princesa son…

—¿Son?

—No lo diré, solo no me gustaban. Eso sí, te quiero igual pese a tu pésimo gusto.

—¿Ahora te interesa mi vida sentimental?

—De eso no tienes. En todo caso, tu vida sexual. —Se ríe y me lanza el primer cojín que encuentra—. ¿Sí o no?

—Eres muy pequeña para saber ese tipo de cosas.

Y no se las diría nunca. ¿Hablar de esto con ella? Ni en sueños.

—Tengo diecisi… —La miro porque está mintiendo, aún no los ha cumplido—, bueno, casi dieciséis. Falta poco, es ya casi noviembre. Además, tú no sabes lo que…

—No quiero escucharlo —la interrumpo, abriendo mucho los ojos. No, absolutamente no. Me niego—. No sigas.

—Por estas cosas eres mi hermano preferido. No se lo digas a James, que si no se enfada, aunque… —Lo mira, sentado en la butaca, aún dormido—. Bueno, tampoco va a enterarse.

Sonrío y disimulo la emoción de mis ojos. Cuando reconoce en voz alta que para ella también soy su hermano, no tengo palabras. Si pudiera, daría todo mi dinero, fama y lo que tengo por haber nacido en la familia Watson y ser su hijo de verdad.

Lexie no tarda mucho en quedarse también dormida, ni siquiera acaba de ver la película que tanto ha insistido en poner. Desde el momento en el que se ha apoyado en mi hombro, alegando que lo hacía porque me echaba de menos, sabía que acabaría así. La conozco muy bien y, según sus propias palabras, soy muy cómodo para dormir. Con mucho cuidado, pauso la película y la llevo en brazos hasta la habitación en la que se está quedando. Es la misma de siempre, hasta tiene detalles que ella misma ha puesto en las paredes, como pósters de sus cantantes preferidos, discos y mucho maquillaje colocado encima del escritorio que hay.

Cuando vuelvo al salón, James está despierto —aunque sigue medio adormilado—, y me mira con el rostro desencajado.

—¿Qué has hecho?

—Llevar a Lexie a su cama. No esperes que haga lo mismo contigo, cargarte sería contraproducente para mi espalda.

Hasta que pueda, la llevaré a la cama porque es nuestra tradición. Recuerdo a la perfección la primera vez que lo hice, cómo se había despertado y me había susurrado que me quería de forma inocente y tierna, mirándome como si fuera una de las personas más importantes de su vida.

—No me refiero a eso, digo conmigo. —Se frota los ojos con las manos para acabar de

espabilarse—. He mirado mi móvil y se ha colgado, eso solo ocurre por tu culpa.

—Ah. —Me río—. Nada, solo he proclamado mi amor absoluto e incondicional por ti.

James estaba tan adorable dormido que no me he podido resistir a hacerle una fotografía y subirla a mis redes. Él no puede amenazarme con encerrarme en ninguna mazmorra.

—Sebastian…

—¿Qué? Las royals te adoran, pero no más que yo, que quede claro.

James se despide para irse a dormir y yo, por el jet lag, no tengo sueño. En lugar de ir a la cama, porque acabaría perdiendo el tiempo con el ordenador o el móvil, voy a mi estudio. Le mando un mensaje a Lena diciendo que ya puedo hablar (aunque no sé qué hora es en Suecia), y observo la pared llena de fotografías que hay; mi rincón preferido. Hago hueco entre las imágenes para que quepan las que hicimos en Londres.

La princesa y yo somos amigos —o estamos intentando serlo—, y esta vez de verdad. No estamos fingiendo por un comunicado absurdo. Y me gusta pensar que es así.

Cuando hemos hablado, no me ha reprochado en ningún momento todas las noticias después del regalo que le hice. Y no son pocas. En ningún otro concierto he vuelto a tocar la canción que le dediqué y no sé del todo el motivo. Siento que, en ciertto modo, si lo hago, es como si la traicionase. Se ha convertido en nuestra canción, aunque a ella no le haga mucha gracia. Lo más gracioso es que las fans no me la piden, como si lo entendieran.

Sonrío al ver la fotografía en mi móvil y decido que es mejor intentar dormir. Mañana será otro día.

No he podido casi dormir, así que antes de que se despierte James —que suele hacerlo muy pronto—, preparo café para que pueda beberlo solo entrar en la cocina. Se me da fatal cocinar, pero al menos sé hacer funcionar la máquina a la perfección.

Cuando baja a desayunar, no hablamos de inmediato, es parte de nuestra rutina matutina; él lee las noticias en el diario (y en el caso de que no lo tenga en físico, en el móvil), y yo lucho conmigo mismo para no dormirme de nuevo.

—Buenos días —saluda y va directo a servirse una gran taza de café—. ¿Noche productiva?

—Noche de insomnio —corrijo poniendo una mueca—. Puedo echar una cabezada por la tarde, tampoco tenemos nada que hacer.

Miro mi móvil y veo que Lena no me ha escrito ningún mensaje. ¿Estará esperando que sea yo el que le hable primero? Sí, dije que cuando pudiese hablar lo haría, pero…

Yo:
Hola a mi princesa favorita.
Te dije que te hablaría y aquí estoy.
¿Cómo estás?

Al final, soy yo el que toma la iniciativa, pero es que me apetece hablar con ella.

Yo:
Sufro.
Me ignoras.
Lexie va a despertarse y no podré estar para ti.
¿Quieres eso?
Lena, me dueles.

Sonrío al ver que está en línea y James alza una ceja ante mi reacción, con mucha curiosidad.

Lena:

Estaba ocupada.
Lo siento.

Yo:
¿Y si no te perdono ni acepto tu lo siento?
¿Qué hay más importante que yo?
Spoiler: nada.

Lena:
¿Te pagan por tener ese ego?

El ruido de unas tazas chocando entre sí hace que levante la vista del móvil.

Lexie ya está en la cocina. No me hace falta haber escuchado lo que ha dicho, seguro que le ha pedido a James que le haga el desayuno.

—¿Ya estás con el móvil? —Lexie suspira—. En teoría debería ser yo la que esté pendiente del móvil como buena adolescente obsesionada con las redes, socializar y esas cosas…

—Luego no te quejes si papá, mamá o yo te decimos lo mismo —apunta James mientras se levanta. Coge una sartén de uno de los cajones y empieza a preparar tortitas—. Has fomentado un tópico.

De los dos, él es el que sabe cocinar. Si no fuera porque vivimos juntos, me habría muerto de hambre hace tiempo o solo me alimentaría de comida a domicilio.

—Pero es injusto que a él. —Lexie me señala reprimiendo una carcajada—. No le digas nada. Parece que vive pegado a su móvil en las últimas horas.

Yo:
Deberían.
¿Cómo estás?
Espero que no estuvieras ocupada por nada grave.
Si es así puedes contármelo.

Lena:
Temas institucionales.
No lo entenderías.

Yo:
¿Y si pruebas?
Espera un momento.

—Ya, pero soy un adulto centrado en la vida —me justifico.

—Discrepo con eso —James se ríe mientras sigue preparándole el desayuno a su hermana—. De buen rollo, Seb, pero muy centrado no estás.

Me acerco a Lexie y me entiende sin que se lo diga, se coloca bien para que nos podamos hacer una fotografía haciendo el tonto.

—¿Es para la princesa? —se interesa la pequeña Watson, comprobando que las imágenes pasan su filtro de calidad.

—Sí, ¿te gustan?

Quiero que Lena me conozca de verdad; quiero que me vea de verdad. Y eso incluye saber quién es mi familia, incluyendo a Lexie. Nunca la he ocultado, siempre he dicho en prensa o en mis propias redes sociales —cuando he subido fotografías o vídeos—, que es como mi hermana pequeña. Eso sí, a medida que se ha ido haciendo mayor me he controlado en ese sentido. Lo último que quiero es darle una atención innecesaria o que la gente se le acerque por puro interés.

Sin pensármelo mucho más, le mando esa foto a Lena. No es la única, también le hago una a James, que sigue muy concentrado en los fogones.

Yo:
Lexie te dice hola.
James también, aunque es un aburrido.

Lena:
¿Quién es Lexie?

Sebastian:
La de la fotografía.
Princesa, no sabía que eras tan poco obvia.
¿Eso demuestra el tópico?
¿Las rubias sois tontas?
NO TE ENFADES.
Era una broma. Una broma entre amigos.

—No voy a preguntar qué haces hablando con ella. —James sirve tres platos llenos de tortitas y me mira de esa forma tan suya—. No la cagues. Solo te pido eso. No quiero más problemas diplomáticos solo porque sea un inconsciente impulsivo.

—Me abruma la confianza que tienes en mí, James.

—Es normal que no la tenga —se mofa Lexie—, después de todo lo que has hecho, yo tampoco la tendría. En lugar de la princesa, yo te habría encerrado en un calabozo.

Lena:
¿Por qué me tendría que enfadar?
Tengo sentido del humor.

Yo:
Bueno…
¿Segura?
No te molestes, es con cariño.
Dejemos el tema antes de que me declares persona non grata en Suecia.
Explícame lo que te tiene tan ocupada y preocupada.

Lena:
No sé si sabes que en breve serán los Premios Nobel.

Yo:
Puede.
No, de hecho, no.
Sé lo que son, como todo el mundo, creo.
Pero no sé cuándo.

Lena:
La familia real sueca los preside,
de ahí lo institucional.
Y este año seré yo la que haga el discurso.

Yo:
¡Eso es genial!
¿Verdad que sí?
Tengo que verte hablando.
James me ayudará, pero tengo que verte.
Estoy orgulloso de ti, Lena.

No sé cómo explicar por qué lo estoy, o que me ha llevado a decírselo. Me ha salido así. Por lo que la conozco, estará contenta, quiere hacerlo. Va a verla el mundo entero.

—James.

Llamo la atención de mi mejor amigo sin dejar de estar pendiente de Lena. Está muy simpática hoy, estamos hablando bastante y no me corta la conversación. No puedo quejarme.

—¿Qué has hecho ya? —pregunta mirándome por encima de las gafas—. ¿Debo preocuparme?

—Estoy ofendido de que siempre que quiera hablar contigo creas que he hecho algo.

—A las pruebas y a mis años de experiencia me remito…

—Idiota. —Le lanzo el primer cojín que encuentro, golpeándolo. Lexie se ríe al verlo—.

¿Sabes dónde se emiten los premios Nobel?

James, de nuevo, me mira sin entender el motivo por el que le pregunto eso. Seguro que está pensando mil posibilidades y ninguna le gusta.

—¿Desde cuándo te interesan esas cosas?

—Desde que Lena va a dar un discurso y quiero verla.

—James. —Lexie mira a su hermano—. ¿Por qué tengo la sensación de que la princesa lo tiene muy bien cogido?

—Porque es demasiado evidente —confirma—. Y lo siento, Seb, pero no sé dónde verlos.

—Así no ayudas —gruño, aparentando que estoy molesto—. Y que conste, no estoy cogido por ningún lado, solo quiero saber qué va a hacer mi amiga y apoyarla.

—¿Seguro? —quiere saber Lexie—. No lo parece para nada.

—Tú no sabes nada, eres pequeña.

—¡Ni que eso fuera un motivo suficiente! —protesta y me golpea el brazo—. Hasta le has pasado una foto conmigo, eso dice mucho.

—Ha sido para que te ponga cara.

—Claroooo…

Acabo la conversación y me marcho a mi estudio. Ya que James no sabe nada de los premios, me informo por mi propia cuenta; coinciden justo en mi último día de descanso antes de seguir la gira.

Aún no sé cómo, pero voy a ver a Lena. Voy a verla para poder decirle de nuevo que estoy orgulloso.

QUINCE
Lena

No dejo de repasar una y otra vez mi discurso, asegurándome de que no hay fallos. Me lo sé de memoria, con las pausas que debo hacer, dónde respirar y cómo controlar la cadencia.

—Lena, vayamos a mi despacho. —No contradigo a mi padre, acepto su orden y le sigo, cruzando los pasillos de palacio—. ¿Cómo llevas el discurso?

Puede parecer que está preocupado, pero no es así; lo que realmente le interesa es saber qué voy a decir. Si no lo hago bien —algo que no va a suceder—, dejaría en una mala posición a la corona y, sobre todo, a él.

Cuando me comunicó que sería yo la que daría el discurso en la ceremonia de los Nobel —rompiendo la tradición de que el encargado es el jefe de estado—, no lo entendí. Era totalmente ilógico que con lo exigente que era (y es) conmigo, sus reproches constantes de que no estoy nunca a la altura de lo que considera, los errores que cometo y siempre señala, tuviera yo el honor de ser quien hablase.

Hasta que lo entendí; todo se resumía a la imagen pública. Saldrían infinidad de noticias de ese día, no solo nacionales, por la importancia de los premios. Si yo hacía el discurso, en cierta forma —y si lo hacía bien—, la mía se vería beneficiada. Además, sería una prueba. Una más.

Por eso mismo, toda la alegría que tenía por ser la encargada se había esfumado. No lo sentía como un premio, sino como una obligación; una carga más a mis espaldas, un peso más que añadir a mi larga lista de obligaciones.

¿Algún día estaré lista para él? ¿Algún día creerá que soy una digna sucesora?

—Bien, padre —afirmo con convicción—. Lo llevo bien.

Entorna un poco los ojos sin dejar de mirarme. No me cree.

—Quiero verlo.

—¿Para qué? —rebato de inmediato con cierta molestia—. Piensas que me equivocaré —resumo ante su falta de respuesta—. No confías en mí.

Trago saliva para aliviar el nudo que se me ha instaurado en la garganta. Me duele verbalizar esas palabras; me duele saber que ni siquiera me da un voto de confianza y que espera poder manipular mi discurso para que diga lo que él quiere y no lo que yo de verdad pienso.

—Últimamente has estado más distraída de lo habitual en ti.

¿Piensa eso? Es mentira. ¿Todo por las noticias que han salido? Porque es solo una excusa más para reafirmar lo que cree. He cumplido con todas mis obligaciones y lo he hecho de forma excelente. Una prueba de ello había sido lo encantado que había quedado el emperador de Japón conmigo.

Pero no es suficiente. Nada lo es para él.

—Sé que, si quieres, lo leerás. —Suspiro y junto las manos para no gesticular por los nervios.

Debo mostrarme impasible, como si no me afectase—. Eres el rey.

—Es más educado pedirlo.

—Sí, pero aunque te diga que no, vas a leerlo de igual forma.

—No alces el tono ni uses el sarcasmo conmigo —exige, riñéndome con la mirada—. Solo me intereso por la importancia del discurso. Saldrás en los medios de todo el mundo, Lena. No puedes fallar.

Reprimo las ganas de colocarme un mechón detrás de la oreja, mirarme las uñas e ignorarlo. Por mucho que mi padre siempre haya sido demasiado exigente conmigo, por mucho que lo sepa, sigue provocándome una sensación que odio; un vacío en el pecho de que, haga lo que haga, siempre tendrá pegas.

—¿Por qué quisiste que diera yo el discurso? —pregunto, incapaz de quedarme con la duda más tiempo—. Más allá del obvio lavado de imagen.

—Tu papel en los últimos años ha sido más que correcto, pero tienes que empezar a tomar uno más importante, aunque sea poco a poco.

Hay cierta molestia en su voz, como si quisiera añadir algo más, como si dudara de verbalizarlo o no.

—¿Por qué, papá? —susurro con la esperanza de que sea sincero.

Nuestro ojos se encuentran y él se rasca de forma sutil la barbilla.

—Mi hija no es un objeto, no quiero que el mundo tenga esa impresión de ella dejándola relegada a estar sentada en el escenario, elegante y sonriente —empieza, yendo de forma lenta, marcando cada palabra a la perfección—. Mi hija será la reina de Suecia. Es mucho más de lo que han dicho de ella, es capaz de demostrarle al mundo con unas simple palabras lo lista que es.

Parpadeo porque de todo lo que podría haber dicho —que no es poco—, esto es lo que menos espero. ¿Está dando la cara por mí? ¿Está admitiendo que voy por el camino correcto?

—Gracias.

Oculto lo mejor que puedo la emoción de mi voz. Es la primera vez en mucho tiempo que escucho algo así de su boca. Y hasta que lo he hecho no me he dado cuenta de lo mucho que necesito oír esas palabras de él.

—Aunque has sido tú la que ha dado pie a esas noticias con situaciones poco adecuadas para una princesa. —Ahí está el rey de nuevo. Distante, frío y firme, exigiendo siempre lo máximo sin plantearse que quizá ya lo estoy dando, que no puedo ser perfecta por mucho que lo quiera—. Nunca es tarde para arreglar la imagen que has dado por culpa de ese cantante. —Se levanta y coge unos documentos de una mesa auxiliar—. Creo que esto te puede ayudar a acabar de preparar tu discurso, si no lo has hecho ya. También están los datos de los premiados.

Hablamos un poco más —él siendo mucho más amable de lo que espero—, e intento memorizar todos los consejos que me da, aunque son cosas que ya he tenido en cuenta.

Una vez que vuelvo a mi habitación después de comer, necesito distraerme un poco antes de seguir con los preparativos. Casi como si lo hubiera invocado, Sebastian me manda un mensaje y me entretengo hablando un poco con él.

En estos días he visto una parte de él distinta —mucho más cercana y natural—, en las que me ha contado lo que está haciendo, me ha pasado fotografías de la hermana pequeña de James, que está quedándose en su casa, y me ha dicho que está orgulloso de mí cuando le expliqué lo del discurso.

Fue extraño leerlo, porque me esperaba esas palabras de cualquier persona menos de él. Aun así, me gustó, al igual que su reacción.

Ojalá me dijeran más esas palabras más a menudo, sobre todo mi padre.

El mismo día de los Nobel, Freya llega a Estocolmo para asistir como parte de la familia real. Al principio la decisión de nuestro padre me había extrañado, hasta la mayoría de edad no es obligatorio. Pero con ella ha hecho una excepción; la segunda de estos premios.

Mi hermana no deja de hablar de lo bien que se encuentra, lo feliz que es en su nueva etapa y lo contenta que está. Sin embargo, mientras lo dice —y aunque le brillan los ojos—, sus palabras parecen vacías, como si las dijera de forma mecánica y las tuviera aprendidas.

—Aún no me has contado si hay novedades con Rìgh Bastian.

—¿En qué sentido? —pregunto casi sin moverme. Ella ya está lista para la ceremonia; ha sido la primera, a mí en cambio todavía me están peinando y maquillando.

—No sé, ¿habláis? —se interesa. Sin que me lo espere, se cambia de sitio, dejando el sofá por un taburete—. ¿Qué?

La observo, intentando averiguar si de verdad todo va tan bien como asegura. Me extraña que lleve tanto maquillaje; no porque no me parezca bien, si es lo que ella quiere, es más por lo insistente que es siempre nuestro padre con que debe llevar un look lo más natural posible, acorde a su edad, cuando ha asistido a algún acto o ha formado parte de las fotografías familiares que se envían a la prensa.

—Tu vestido se va a arrugar —señalo, haciendo un gesto al bajo de la falda de color azul claro.

—Como si me importase. Odio tener que ir de corto, ¿no puedo llevar un vestido largo y pomposo como el tuyo? —protesta, desviando la mirada al mío, que está colgado para evitar que se estropee antes de estar lista—. No es justo, también quiero llevar una corona… —Suspira—. Parezco una niña pequeña.

—Lo eres, Freya.

—¡Lena! —protesta—. Tengo dieciséis años, no soy pequeña. —Se levanta de la misma forma en la que se ha sentado, a toda prisa, y va directa hacia mi vestido—. El rojo te sienta de maravilla, estarás guapísima.

—Tú también lo estás, como siempre.

Hace una ligera mueca que disimula de forma rápida. El vestido que lleva le queda muy bien, pero parece que se han equivocado con la talla. Está más delgada, me he dado cuenta esta mañana, aunque me he callado. La adolescencia es una etapa muy dura —demasiado, si recuerdo la mía—, y lo último que necesita es que comenten su aspecto físico. ¿Cambiaría algo si se lo digo? No, porque no puede modificarlo en un día.

—Yo me veo horrible y más si estoy a tu lado.

Me da igual que me estén arreglando, me levanto para acercarme a mi hermana y la abrazo. No quiero que piense así, no quiero que se compare conmigo, porque solo hará que se coma la cabeza. Quiero poder ayudarla en todo lo posible, ser el apoyo que yo no tuve por ser la hermana mayor.

—Freya.

—No me abraces —gruñe y no le hago caso—. ¡Lena!

—¿Desde cuándo no te gusta el contacto físico?

—Desde que se me arruga el vestido —usa como excusa lo que le he dicho antes, como si fuera a funcionar—. Es que mírate y mírame.

—Ya lo hago, ¿cuál es el problema?

—Parezco una versión barata, de imitación y descafeinada de ti —susurra y baja la mirada—. No es justo. La genética da asco, ¿por qué tú eres así y yo no?

La abrazo más fuerte para que sepa que estoy aquí, y pienso muy bien las palabras que voy a decir.

—¿Recuerdas cómo era yo a tu edad?

—Sí. Altísima, guapísima, delgadísima…

—Qué buena memoria para tener cinco años, ¿no?

—He visto las fotos.

—Odiaba que me hicieran fotografías en esa época —reconozco algo que nunca dije en voz alta pero era muy evidente—. No me gustaba nunca cómo salía, sufrí un acné horrible, llevaba aparato y siempre se me veía una papada horrible.

—Las que he visto yo sales preciosa y yo…

—Tú tienes una sonrisa natural que es perfecta y muy contagiosa, un color de ojos más especial que el mío y unas pecas que me dan envidia porque me gustarían para mí —hablo con rapidez lo primero que me viene a la mente al mirarla—. ¿Quién debería odiar a la genética, Freya? Porque para mí, eres mi versión mejorada.

—Una versión mejorada que saca peores notas que tú, no es tan lista, no cae tan bien…

Porque yo nunca me pude permitir fallar, nunca tuve su libertad.

—Ojalá pudiera entender mejor los sentimientos de la gente, alegrarlas solo con tu presencia.

Como Kristoff, que sabe interpretar a la perfección las emociones de los demás, algo que a mí me cuesta.

—Lo dices para que me sienta mejor…

—No, lo digo porque es verdad. —La miro a los ojos para que vea que no miento, que estoy siendo totalmente honesta—. Siempre que tengas estos pensamientos intrusivos habla conmigo, no dejes que se hagan más grandes.

Ahora es ella la que me abraza a mí y noto cómo empieza a llorar, porque el hombro se me moja de forma leve. Por una vez me es igual ir mal de tiempo, llegar tarde o que padre me riña por ello; mi hermana me necesita y voy a estar así el tiempo que necesite. Una vez que parece calmarse, Freya sonríe, aunque sigue con los ojos rojos y el recorrido de sus lágrimas se intuye por encima del maquillaje, descubriendo unas ojeras que no había visto.

—Van a tener que maquillarme de nuevo… —protesta.

—Firmaría para que ese solo fuera el único de tus problemas, Freya.

Porque si se calla lo que piensa y siente —al estar tan lejos—, no podré ayudarla de inmediato, por mucho que quiera.

Antes de salir a la opinión pública, las estilistas me retocan el cabello por última vez, repasan mi maquillaje y comprueban que la corona —en este caso una tiara sencilla para no llevar nada ostentoso y que la atención no recaiga en mí, sino en los premiados y sus logros académicos—, esté colocada a la perfección. Ahí ya empiezan las fotografías y trato de ser lo más cortés posible, posar, sonreír, aparentar… Lo mismo de cada año. Desde que había empezado a asistir a los premios cuando había cumplido dieciocho años, era siempre lo mismo; apariencias, saber estar, demostrar mi buena educación…

Es fingir de forma constante. No es que no me guste asistir a eventos así, ya que es mi papel como princesa y adoro hacerlo, pero ya no siento la misma emoción que las primeras veces.

Recuerdo a la perfección mis primeros premios, lo nerviosa que había estado, la ilusión que tenía de estar ahí, sentarme junto a mis padres y representar la corona. Ahora se ha convertido casi como una obligación, un peso más en los hombros para seguir mostrando al mundo lo perfecta que aparento ser.

—Debo confesar —empieza mi hermano, que está a mi lado, ofreciéndome su brazo para caminar—, que estoy muy contento de no estar en tu posición. No es que me apasione hablar en público, menos aún en una situación así.

—Sabes tan bien como yo el motivo por el que lo ha hecho, lavar mi imagen.

—No lo entiendo cuando empieza con eso, ya tienes una impecable. —Niega con la cabeza —. Al menos estás sacando algo de provecho, vas a hacer un discurso.

—¿No acabas de decir que no cambiarías mi lugar por nada?

—Ya —reconoce entre risas—, pero estamos hablando de ti. Estás encantada con la oportunidad de poder demostrarle de lo que eres capaz. —Asiento de forma sutil—. Y papá ha roto el protocolo.

—Sí, es extraño, al igual que Freya esté aquí.

—En eso la acompaño en el sentimiento, con lo aburrido que es…

Aún del brazo, llegamos a la parte de atrás del escenario. Somos los últimos en llegar, Freya y los reyes están delante. Cuando empiezan los aplausos que indican que la gala ha empezado, entramos y ocupados el lugar que nos corresponde, unas sillas individuales de color rojo en el centro del decorado. A la derecha están los miembros de la academia, los que deciden quiénes son los premiados, y a la izquierda, los galardonados.

Después de una breve introducción por parte del presidente del comité, y antes de que mi padre entregue los premios, llega mi momento. Con un leve asentimiento por parte de Kristoff para darme ánimo, me adelanto para empezar el discurso.

No miro en ningún momento el papel de guía, tampoco me trabo por los nervios y sigo los consejos de mi padre. Felicito a los ganadores —y a la excelencia de su trabajo—, porque la gala y ceremonia es para ellos. También le doy la importancia que merece a los que han estado durante un año valorando las candidaturas que se habían postulado y ensalzo lo valiosos que son estos premios para el país.

Aunque no lo dejo ahí. Siempre hay muy pocas mujeres premiadas, pero este año no hay ni una. Desde mi posición, sé que puedo influenciar a futuras generaciones a que sigan formándose, a que no se rindan, por lo que en lugar de reprochar la excesiva presencia de hombres, animo a todas aquellas chicas que no saben qué hacer con su futuro por si no tienen oportunidades a que no se rindan.

—Porque si seguís vuestros sueños, os estaré esperando dentro de unos años para entregaros yo misma un premio.

Vuelvo a mi asiento entre un ensordecedor aplauso y mantengo la cabeza alta lo que queda de ceremonia. Una hora más tarde, ya estamos en el Salón Azul del ayuntamiento de Estocolmo para el banquete de lujo que pone punto y final a las celebraciones.

—Lena. —Mi padre llama mi atención poco antes de empezar a cenar—. Ha sido un muy buen discurso. Felicidades.

Sonrío sin poder evitarlo. Es lo mejor que obtendré de él y eso es mucho. A su manera —porque no va a reconocerlo de otra forma—, ha admitido que no lo he decepcionado. Estoy muy contenta.

—Estamos muy orgullosos de ti, cariño —añade mi madre, dándome un beso en la mejilla sin

importarle que estemos delante de mucha gente—, no podrías haberlo hecho mejor.

Escuchar tantas palabras de afirmación es reconfortante. No recuerdo la última vez que lo hicieron ambos. Estoy en una nube, no puedo no sonreír.

—La perfección nunca se alcanza. —Y ahí mi burbuja estalla. Mi padre, o en este caso el rey, me devuelve a la realidad de forma distante y fría—, pero has estado bastante cerca.

Quiero gritar y desaparecer. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué no me deja disfrutar del momento, aunque sea solo por unas horas? Ya no me importa que me haya felicitado, porque con esas últimas palabras ha vuelto a hundirme. Suspiro como si no me afectase, aparentando que estoy bien, al igual que siempre, como me han enseñado.

Plato tras plato, decido hablar con las personas ajenas a mi familia que se han sentado cerca de nosotros. Con quien más me relaciono es con Kristoff —porque Freya sigue inusualmente callada—, que no deja de comentar los discursos de agradecimiento que hacen los premiados.

—¿Bailamos? —propone mi hermano una vez que los reyes lo han hecho como anfitriones de la gala.

Asiento y junto a él me distraigo un poco. Sigo tensa por lo que me ha dicho mi padre y no puedo dejar de darle vueltas, pensando una y otra vez en que podría haberlo hecho mejor.

Pese a mi estado de ánimo, ejerzo mis funciones de princesa y soy agradable con todo aquel que me hable, interesándome por ellos y, si son uno de los galardonados, vuelvo a felicitarlos y hago una pequeña mención al trabajo por el que le han dado el premio.

Por suerte, ninguno lo explica con grandes tecnicismos que no sé responder. La mayoría están muy contentos de poder hablar conmigo y que sepa —o es lo que parece—, sobre sus estudios.

En un breve descanso, en el que aprovecho para ir al aseo, miro el móvil que llevo en el pequeño bolso de mano.

Sebastian:
Maldición, Lena.
Qué bien te sienta el rojo.
Joder.
Estás absolutamente preciosa.
Te estoy odiando ahora mismo.
No por nada, es solo que si te digo lo que pienso…
Si te digo lo que pienso, no sería un buen amigo.
Pero te gusta la sinceridad
No te enfades, es un piropo.
Piensa eso, ¿vale?
Pero ahí voy.
Me encantaría quitarte el vestido.
Eso sí, la corona se queda.
Claro que se queda.

DIECISÉIS
Lena

Releo los mensajes de Sebastian. ¿Cómo se supone que debo tomármelo? Suele ser muy directo —es una de las cosas que me gustan de su personalidad—, pero es que estoy convencida de que no ha pensado en absoluto al enviármelos; no tienen filtro. No sé qué responderle, tampoco tengo mucho tiempo para hacerlo ya que mis obligaciones como princesa me reclaman.

Así que solo me limito a poner lo que pienso.

Yo:
¿Gracias?
Aunque no sé si es un piropo.

No me esperaba estos mensajes.

Él sigue en línea y no tarda nada en responderme, como si estuviera muy pendiente.

Sebastian:
De nada, princesa.
Y sí lo ha sido.
Siempre es un honor hablar contigo.
Más si sé que llevas una corona puesta…
Sé que piensas lo mismo de mí, no hace falta que lo digas.
He visto tu discurso.

De todo lo que podría haber dicho, eso es lo que menos me espero.

¿Cómo ha visto mi discurso? ¿Desde cuándo le interesan ese tipo de asuntos?

Yo:
¿Ah, sí?

Sebastian:
No :P
Claro que sí, princesa, si no, ¿para qué lo digo?
Se está haciendo viral, ¿no lo sabías?
Te diría que te metieras en alguna red social, pero no tienes.
Bueno, Instagram sí, pero yo te guardo el secreto.
¿Quieres guardarme a mí uno?
Pídelo y tendrás una sorpresa.
Una muy especial.

Empiezo a sospechar que debe estar de broma, borracho, o que el cambio de aire constante no le sienta bien.

Sebastian:
Lo he visto por Lexie.
Se lo han pasado unas amigas suyas.
Y yo, como buen cotilla que soy,
me he metido a mirar si hay publicaciones.

No te estoy mintiendo, antes de que lo digas.
Además, es normal que se viralice, ha sido muy bueno.
Y ahora te entiendo un poco mejor,
sobre todo con la prensa y sus noticias.
Así que estoy contigo.
En esto, claro.
Porque en lo demás… no me dejas.

Miro la hora en el móvil. Estoy tardando demasiado, mi padre seguro que ya me está buscando.

Yo:
Gracias por avisarme.
Que se haga viral me ha sorprendido.
Estoy contenta, si soy sincera.
Espero que sirva de algo.

Sebastian:
Seguro que sí, Lena.
Lexie estaba motivada.
Y para que ella lo esté…

Sonrío mirando el teléfono, y cuando me doy cuenta, dejo de hacerlo. Sí, me alegra saber que a alguien le ha motivado. Las palabras son la única herramienta que tengo para conectar con las personas de todo el mundo fuera de mi país, fuera de mis costumbres y fuera de mi burbuja.

Yo:
Entonces ha valido la pena.
No puedo hablar mucho, así que me despido.

Sebastian:
¿Mañana?

Yo:
No lo sé.

Sebastian:
Mientras no te olvides de mí…
Porque sería un pobre cantante triste.

Yo:
Adiós, Sebastian.

Sebastian:
Adiós, princesa.

Antes de volver con todos los invitados, suspiro y recompongo mis ideas. Uno de los puntos fuertes de Sebastian es, sin ninguna duda, lo encantador que puede llegar a ser, al igual que su carisma. Siempre consigue que le haga más caso del que tenía pensado en un primer momento.

¿Mi discurso se ha hecho viral? No ha pasado tanto tiempo, es extraño que los medios lo hayan publicado con tanta prisa, tampoco es que saliera en las noticias de su país.

Cuando me aseguro de que mi aspecto es impoluto en el espejo y salgo del baño.

—Te estaba buscando —murmura mi padre en un gruñido al verme. Está molesto—. ¿Dónde estabas?

—Estaba en el excusado, ¿sucede algo?

—¿Bailamos?

—Claro, padre.

Asiento y disimulo mi expresión de desconcierto. No me gusta cuando es tan misterioso. Menos aún cuando en sus ojos azules hay un brillo que no reconozco, uno al que no estoy

acostumbrada.

Espero que hable, con la mirada fija en él, sin importarme los flashes de los fotógrafos autorizados que ven necesario captar infinidad de imágenes nuestras, como si fuera la primera vez que bailamos.

—Están llegándome informes bastante curiosos —comenta mientras seguimos los pasos del vals en sincronía.

Suponía que no solo quería bailar, con él siempre hay más.

—Y por eso estamos bailando, para poder hablar con tranquilidad sin que nos molesten.

—No, no solo por eso, también quiero bailar con una de mis hijas. —Inclina un poco la cabeza—. Aunque estemos en una recepción real, estoy pendiente de todo lo que ocurre. Es una de mis obligaciones como rey, una que tú tendrás que cumplir cuando te llegue el momento.

—¿Y qué es lo que te preocupa, padre?

—Tu discurso, que como he dicho antes ha sido bueno. —Asiento con un leve gesto de cabeza disimulado. Creo que sé a dónde quiere llegar—, está teniendo una repercusión que no esperaba y un gran impacto en las redes sociales.

—¿No te gusta?

—Creo que tu imagen va a salir muy reforzada y beneficiada.

Eso no es un sí. Por mucho que intenta camuflarlo, no es algo que le entusiasme.

—Justo lo que te preocupaba, padre, lo que siempre remarcas —suspiro, cansada. Va a usar mi discurso para sus propósitos—. ¿No era lo que querías?

—De alguna manera debía solucionarse lo que tu amistad con ese cantante causó en ella.

—¿Para quién? —rebato. Veo que están a punto de hacer una fotografía, por lo que sonrío de la mejor forma que puedo, como si estuviera divirtiéndome—. Porque siempre ha habido noticias mías de ese tipo, siempre se me ha relegado a si la ropa que llevo es la adecuada y no a mis logros.

—Para mí —sentencia como si fuera la verdad absoluta—. Mis asesores y yo consideramos que el que fueras noticia por tu relación con ese individuo no te beneficiaba.

¿Por qué siempre arruina mi felicidad? Estaba muy contenta de lo que había hecho, de que él pudiera estar orgulloso… También de poder ayudar a todas aquellas chicas que lo habían visto (como la hermana de Sebastian). Incluso en un momento tan importante para mí, tiene que empañarlo con sus asuntos diplomáticos.

Está obsesionado con que mi amistad con Sebastian va a perjudicarme. Y cuanto más lo repite, más me convenzo a mí misma de demostrarle que se equivoca.

—¿Y para mi padre? Porque mi padre y el rey no son lo mismo.

La sorpresa en sus ojos es genuina.

—Sí lo son, Lena.

Asiento y, en lugar de mostrar mi molestia, mantengo la compostura. Sonrío y sigo bailando como si nada, como si sus palabras no fueran otro puñal más que se ha clavado en el pecho. Él no dice nada, yo tampoco.

Hasta que la pieza acaba y me separo de él sin dejar de sonreír.

—Es curioso, padre, que le des tanta importancia a la opinión pública y que en las encuestas sobre la monarquía en el país tenga una mejor nota que tú. Sobre todo entre la gente joven —específico para que le quede claro, regodeándome de algo que creía que nunca usaría—. Quizá el que esté equivocado eres tú y mi imagen no es la que crees que proyecto.

Me alejo sin importarme su ceño fruncido —lo que indica que quiere rebatir mi argumento—,

y voy hacia Kristoff. Está hablando con uno de los galardonados y no interrumpo su conversación, pero mi hermano no disimula nada bien que se aburre.

—Odio estos eventos. —Busca mi apoyo con la mirada y mueve las manos sin saber bien qué hacer—. No me interesa saber lo que me cuentan, tampoco seguirles la conversación como si de verdad creyera que es muy interesante. Es un suplicio.

—Se te da bien.

Lo sabe, pero nunca está de más escucharlo de alguien cercano.

—Nos han educado para que sea así. —Se encoge de hombros, resignado—. Aunque no puedo compararme contigo, eres la experta. —Ríe y coge dos copas de champán para ambos—. ¿Le has dicho algo fuera de lugar a papá? Está enfadado, tiene las arrugas muy marcadas, más de lo normal.

Ahora está bailando con Freya, que tampoco parece muy contenta por tener que hacerlo.

—Qué observador —eludo la pregunta y lo miro. Se le ha movido un poco la corbata, del mismo color azul cielo que sus ojos, así que se la arreglo—. ¿No te ha hecho algún comentario por la barba?

—Padre me dice muchas cosas, pero no le hago caso. Me gusta llevar barba, me queda bien. —Sí, pienso del mismo modo. Es un poco más oscura que su cabello rubio, y no la lleva desarreglada. No veo el problema, tampoco parece desaliñado—. Lena, ¿qué le has dicho? —insiste—. Es raro que esté con Freya y no se le escape una sonrisa.

—No es que Freya hoy esté como siempre.

—La adolescencia, esa bonita etapa… —ironiza y niego con la cabeza—. ¿Recuerdas cuando un día me amabas y otro me odiabas?

—No fue así, es que tuviste una etapa insoportable.

—Pues como la tuya. —Ambos nos reímos al recordar esos momentos—. ¿Me dirás ya lo que le has dicho a papá?

—Quizá me he excedido y debería haberme callado —admito y aprieto un poco los labios—. Estoy cansada de que todo se trate de mi imagen pública, cuando la suya no está tan bien vista para los suecos.

—Son estas cosas las que más me gustan de ti, hermanita —comenta y aprieta mi mano para darme apoyo de forma disimulada—. Sueles tener todo bajo control, pero cuando explotas, eres tú de verdad. Y esa es la mejor Lena que hay.

No sé qué decir, así que me limito a seguir actuando como una buena princesa, dando conversación a quien me habla, bailando e interesándome por los galardonados.

A la mañana siguiente, el desayuno es mucho más entretenido que los días anteriores. Quizá es porque Freya aún está aquí —y vuelve a ser la de siempre, como si lo de ayer no hubiera ocurrido—, y alegra las conversaciones con su carácter. No calla ni cuando tiene comida en la boca, explicando anécdotas de su nuevo colegio y de algunas diferencias culturales que tiene con sus compañeros. Además, intenta, a su manera, convencernos de que no le hace falta equipo de seguridad.

—Lena. —Mi padre me llama la atención mientras seguimos desayunando—. Ha llegado una propuesta de entrevista para un programa en la televisión pública.

—¿La has aceptado?

No me sorprendería que fuera así; una decisión más que toma por mí. Sigo molesta, no se me

ha pasado.

—Eso deberías decidirlo tú, cariño —intercede mamá con una gran sonrisa—. Aunque sería una buena oportunidad para hablar de tus proyectos.

Sí, podría serlo. La promoción y publicidad en estos temas nunca está de más.

—¿A ti te parece bien?

Miro a mi padre esperando una respuesta. Haré lo que considere —sobre todo después de nuestras discusiones—, pero, pese a eso, sigo esperando su aprobación.

—Es una buena oportunidad, tal y como ha dicho tu madre.

—Cuando acabemos de desayunar, hablaré con el jefe de prensa para que lo organice y que no ponga condiciones, tampoco vetos.

—¿Segura?

Por la manera en la que alza una ceja, no está de acuerdo. No respondo y agradezco que Freya vuelva a retomar el peso de la conversación. La tensión entre mi padre y yo es más que evidente; no sé si está esperando a que me disculpe por mis palabras de ayer —algo que no haré—, o a que ceda en todo lo que él no está de acuerdo.

Estoy harta de que me trate como una niña pequeña. Seré reina, sé cómo actuar; él me ha enseñado a hacerlo.

Cuando me reúno con los encargados de prensa, ya tienen un guion provisional de lo que va a ser la entrevista. Me gusta cómo se va a enfocar todo, centrándose en lo importante y sin mencionarse los rumores con Sebastian.

No voy a negar que me gusta ser quien tome por mí misma las decisiones de la entrevista. La última que hice, hará tres o cuatro años, fue cuando acabé mis estudios universitarios y todo lo pactó el rey, alegando que no estaba preparada y que me equivocaría.

Cuando vuelvo a mi habitación, le mando un mensaje a Sebastian, cumpliendo así mi palabra.

Sebastian:
Sabía que me hablarías, princesa.
¿Tanto me echas de menos?

Yo:
Dije que hoy te mandaría un mensaje.

Sebastian:
Me echas de menos.
Reconócelo.

Yo:
Si vas a tener esa actitud…

Sebastian:
Perdón, princesa.
¿Cómo estás?

Yo:
Bien, un poco abrumada.

No creo que incida mucho en mi estado de ánimo, centrará la conversación en él.

Sebastian:
¿Por?

Yo:
No es que no esté acostumbrada a la atención,
la llevo teniendo toda mi vida.
Pero lo del discurso ha sido inesperado.
Me harán una entrevista en un programa de
máxima audiencia por ello.

Sebastian:

¿Tienes el link para que pueda verla?

Yo:
No entiendes el sueco

Sebastian:
¿Y? Quiero apoyar a mi amiga la princesa.

Yo:
No es necesario, Sebastian.

Sebastian:
Sé que no lo es, pero quiero verlo.
Somos amigos, ¿no?

Es muy intenso y eso me genera sensaciones contradictorias. Sé que no lo hace con mala intención, que se alegra por mis logros —es de las pocas personas que me lo dice de forma tan directa y tan sincera—, pero su forma de relacionarse conmigo es tan distinta a la que estoy acostumbrada que sigue pareciéndome extraño.

Yo:
Sí, algo así.

Sebastian:
Seguro que a tus otros amigos no les dices eso
Como al del violín…
¿Alexander se llamaba?

Yo:
Podría presumir de él.
¿Sabes cómo toca el violín?

No sé el motivo por el que lo ha mencionado entre todos mis amigos, tampoco es la primera vez que lo hace y no lo entiendo. Sebastian pero tarda más de lo normal en responder y me quedo como una tonta esperando a que lo haga. Miro la pantalla del teléfono hasta que estoy a punto de bloquearlo; si no puede hablar más, podría despedirse y no ser maleducado.

Sebastian:
Sí, lo toca genial.

Yo:
¿Lo has escuchado?

Sebastian:
Lena, existe algo llamado Youtube.
¿Sigues con la corona puesta?
Dime que sí.

¿A qué viene ese cambio de tema de forma tan abrupta? ¿Qué le pasa por la cabeza?

Yo:
¿Aún con eso?

Sebastian:
No preguntes lo que ya sabes.
Estabas preciosa.
Rectifico, eres preciosa.
Pero ayer estabas impresionante.

Que un hombre atractivo —porque lo es—, piensa del mismo modo que yo, me sube el ego. Eso sí, no me gustan los piropos repetidamente y sin causa. Con una vez es suficiente.

Yo:
Sebastian, no sigas por ahí.

Sebastian:
¿Por qué?
¿Te molesta que te diga que me resultas atractiva?
Tengo ojos en la cara, princesa.

No, no lo hace, pero leerlo tantas veces es… extraño.

Yo:
No, no me molesta.
Pero no es necesario.
Sebastian:
Es una pena, a mí sí me lo parece.
Así que te lo repito.
Eres absolutamente preciosa.

No sé qué responder, así que estoy unos minutos con la conversación abierta, pensando muy bien mis futuras palabras.

Sebastian:
En estos casos se responde:
“tú también eres precioso”.
Bueno, precioso no.
Me sentiría como a uno de esos
perritos adorables de los vídeos.
Así que deberías decir:
“Sebastian, también eres un hombre muy atractivo”.

Yo:
¿Sí?
Yo creo que tú mismo ya te lo dices.

Tengo la sensación de que va de un tema a otro, que no sigue un hilo conductor.

¿Esperaba otra reacción de mi parte? ¿Que lo piropease del mismo modo?

Sebastian:
¿No me harás feliz?

Yo:
No.

Sebastian:
Cruel.
Sufro.
Has hecho llorar a un gatito y a tu cantante favorito.

Yo:
Viviré con esa culpa.

Sebastian:
Oye, princesa.
¿Tienes ganas de verme?

¿Por qué me pregunta si tengo ganas de verlo? De nuevo, me deja sin palabras. ¿Es que dice lo primero que se le pasa por la cabeza?

Yo:
¿A qué viene eso?

Sebastian:
Responde, Lena.
¿Tienes ganas de verme?

Yo:
No lo sé.

Soy sincera con él porque ni yo misma tengo esa certeza. Por muy bien que me lo pasase la última vez que estuvimos juntos —es alguien divertido y con buen tema de conversación—, no puedo asegurar que sucedería de nuevo.

Sebastian:
Esa respuesta no me sirve.

Yo:
Si te digo que sí, ¿pararás?

Sebastian:
Depende de si es cierto o no.
No me mientas, princesa.

Yo:
Es que no lo sé.

¿Si volvemos a vernos estaría cómoda con él? ¿O me pondría a la defensiva una vez más?

Yo:
Pero sí.
Tengo ganas de verte porque eso significa que tus fans de Suecia estarán felices por tu actuación.

Sebastian:
Yo a ti sí.
No tengo que pensarlo.
Sin fans ni nada, solo a ti.
Nos veremos antes de que lo esperes.
Ahora me despido, estoy en un avión.
Besos, princesa.
Sueña conmigo.
Si no lo haces ya, claro :P

Suspiro. Solo Sebastian es capaz de decir algo así para despedirse.

Con el paso de los días, cumplí mi agenda institucional a la perfección. Presidí actos, hice donaciones para galas benéficas y labores solidarias. Lo había heredado de mi madre y me encantaba poder ayudar a las personas desde mi posición. La reina hacía muchos actos por esas fechas para recaudar fondos para que todos los niños del país tuvieran una Navidad feliz.

No era uno con tradición, es más, lo había creado ella misma cuando supo que estaba embarazada de mí. Desde que tenía memoria la había ayudado, incluso regalando mis propios juguetes.

Esa era una de las razones por las que mi madre era tan querida. No solo por todo lo que hacía por el pueblo sueco, sino por lo altruista, generosa y agradable que era. Y no lo fingía; ella era así de verdad. Lo que una reina debía ser. Lo que yo aspiraba a ser.

También hice la entrevista en televisión. No hubo ninguna pregunta fuera de lugar y me sentí bastante cómoda; no obstante, la gran parte se centraron en la gran repercusión que había tenido mi discurso y cómo me sentía sobre ello.

Por Freya —que me mantenía informada—, sabía que había alcanzado millones de visualizaciones y que también había detractores de todo lo que había dicho. A mí eso me era indiferente, porque era consciente de que era imposible gustarle a todo el mundo, pero mi hermana no pensaba del mismo modo y las opiniones que tenían de ella le afectaban. De nada servía que le remarcase más de una vez que debía controlar su tiempo en redes porque podía ser perjudicial para su salud mental.

También salió el tema de Sebastian en la entrevista, porque así lo había aprobado, para aclararlo una vez más. Fue un reto más hacia el rey; estaba segura de que a él no le gustaría, pero quería dar la primicia para los suecos que estuvieran viéndome. Si había permitido esa pregunta,

solo había sido para anunciar su actuación en la final de nuestro festival.

Y de nuevo, por mi hermana, sabía el impacto que había tenido en redes, uno muy positivo. Muchas fans me agradecían que hubiese mediado para que un cantante tan famoso actuase en nuestro país fuera de su gira.

A más reacciones, más me alegraba de haberlo hecho, porque sentía que todos los problemas que me había traído Sebastián habían servido para algo.

—Princesa, acérquese un poco más al rey, por favor.

Hago lo que me dice el fotógrafo, juntándome más a mi padre sin dejar de sonreír. Al estar en diciembre —y por tradición—, los miembros de la familia real nos hacemos un retrato para felicitar las navidades a toda Suecia. Cada año es distinta y se nos hace un reportaje con todo tipo de posiciones entre nosotros. Más tarde, se eligen como mucho tres que se divulgan entre la prensa, las redes sociales oficiales y otros medios. Lo más habitual suele ser una de toda la familia, una de mi padre y yo en solitario y la última de los tres hijos.

—¿Seguirás sin admitir tu error, Lena?

Lo ha susurrado casi de forma inaudible, sin dejar de sonreír, como si no fuera nada y sus palabras no me afectasen.

Después de los Nobel, mi padre había instaurado una ley del silencio entre ambos un tanto extraña. Delante de la familia, y de los empleados que conviven con nosotros, se dirigía a mí como si no ocurriese nada, con la frialdad y corrección que tanto le caracteriza. En privado, no me integraba en sus decisiones ni me aconsejaba sobre los eventos que tenía en el calendario. Tampoco me invitaba a su despacho, ni me aconsejaba sobre los eventos que tenía en el calendario.

Era su forma de castigarme, de demostrarme que mis palabras —por muy desacertadas que fueran—, habían tenido el efecto que quería en un primer momento.

Soy consciente, y más después de haberlo reflexionado con los días, que responderle como lo hice no fue una de mis mejores decisiones. Tendría que haber seguido actuando como me habían educado, como él se había encargado de que lo hicieran.

Aunque el mundo se estuviera derrumbando delante de mí, tenía que ser imperturbable, guardarme mis propias emociones y conseguir que nadie supiera qué pasaba en mi cabeza o cuál era mi estado de ánimo.

Era lo que él me había inculcado desde que tenía memoria. Para el mundo, tenía que mostrar una imagen impecable, una que no reflejase ninguno de mis problemas. Tenía y debía ser perfecta.

Y en ocasiones —como en estos días—, me cansaba de aparentar lo que, por mucho que me esforzara, no era. Nunca sería perfecta.

—No creo que me haya equivocado en nada, padre.

—Te excediste —reprocha con molestia en la voz. Además de eso, arruga la nariz de forma ligera, demostrando, aún más, lo que mis palabras le provocaron—. Estuviste totalmente fuera de lugar.

—Lo sé —admito en voz baja—. Me hubiera disculpado si tú no hubieses decidido dejar de hablarme.

Es muy incómodo estar así con mi padre. Es una batalla más de la guerra que tenemos, una para ganar la libertad de mis acciones y decisiones.

—¿Esa es tu explicación? —Resopla y le hace un gesto al fotógrafo para que se retire—. Te recuerdo que soy el rey y mi palabra es la autoridad, Lena.

—Y eres mi padre.

Aunque parece que se le olvide casi siempre. Y por mi orgullo propio no voy a ser yo la que ceda.

—¿De nuevo con eso? Es lo mismo.

—No lo es, no cuando me tratas así.

—¿Por qué no quieres darte cuenta de que solo quiero lo mejor para ti? —Se rasca la barba de la misma forma que hace Kristoff—. Relacionarte con ese cantante no te beneficia. No solo por tu imagen pública, también porque al no tener pareja todo se vuelve más… complicado.

Llevaba tiempo sin sacar ese tema delante de mí, otro de nuestros motivos predilectos de discusión. Según lo que él creía, mi futura pareja debía tener un nivel adecuado y estar preparado para asumir su papel, uno por detrás del mío, porque yo sería la reina. Durante años, me había presentado a miembros de la aristocracia sueca, de familias reales de otros países y a cualquiera que le pareciera un candidato adecuado para mí.

Aunque no me lo impusiera —porque no pensaba de ese modo—, cada cierto tiempo me recordaba de que debía tener a alguien a mi lado; no porque no me viera capaz de hacerlo por mí misma, sino por la imagen pública.

Solo por ser mujer, ya había una carga de más a mis espaldas, una que mi hermano no tenía. A eso se le sumaba la presión de que, si me convertía en reina, debía asegurarme la continuación de la monarquía y el apellido familiar con futuros hijos.

Nunca nadie me había preguntado qué pensaba de ese tema, y no iba a dar mi opinión en público. Tampoco me habían preguntado si esto era lo que quería para mi vida.

Quiero ser reina y lo seré, de eso no tengo dudas. Pero si quiero hacerlo sola, tengo todo el derecho del mundo a tomar mi decisión y que nadie la rebata, porque es mi vida.

A Kristoff —aunque nos llevemos menos de un año—, nunca le han planteado todas estas cosas; la prensa tampoco lo trata del mismo modo, ni lo agobian o le tachan de frío solo por hacer su trabajo de forma correcta.

—¿Complicado porque estoy soltera, padre? —resumo lo que no ha dicho.

—No somos como cualquier otra persona, Lena.

—Sí lo somos —contradigo—, solo que os encargáis de que la gente lo olvide.

¿Por qué el mundo no puede ver que estoy bien así? Sola, sin nadie. Soy feliz y mi felicidad no se basa en tener a nadie a mi lado. Menos aún a un hombre.

—Eres igual de cabezota que tu madre… —Suspira—. Acabemos las fotografías.

Aprovechando que Freya está de nuevo en casa para las fotografías, Kristoff ha sugerido una salida de hermanos para ponernos al día. Al ser diciembre, han empezado las primeras nevadas y el frío.

—El otro día, cuando entré a su habitación, Lena estaba hablando con alguien, pero no me quiso decir quién era… —le cuenta Kristoff a Freya mientras nos sentamos en la mesa que nos han preparado. Estamos en un restaurante del centro de la ciudad, uno en el que se nos ofrece la privacidad necesaria—. Aunque me hago una idea.

—Seguro que era Sebastian —asume mi hermana con acierto—. Lena me ha mandado varios *selfies* que no están en ningún lado. Son totalmente exclusivos.

—Y tú los has colgado en tu cuenta de fans, ¿a que sí? —Kristoff se ríe al ver que Freya se ha sonrojado un poco—. Es curioso que Lena tenga esas fotos, ¿no?

Con el paso de las semanas, Sebastian y yo habíamos hecho progresos. Lo había conocido un poco más —dentro de las limitaciones—, y me gustaba lo mucho que me hacía reír, ya que era algo que echaba en falta. No sé cómo lo hacía, pero conseguía sacarme una sonrisa cada día, aunque siguiese coqueteando conmigo.

También —gracias a mi acercamiento con él había empezado a relacionarme con James, ya que siempre estaban juntos. Había perdido la cuenta de todas las veces que habíamos hecho alguna videollamada y el agente había acabado uniéndose. Entre nosotros había un muy buen ambiente que se basaba en la confianza que empezaba a crearse.

Había visto a Sebastian recién levantado y con el pelo despeinado, aunque tenía la manía de no ponerse una camiseta cuando empezaba la conversación. Al igual que a James, que era mucho más informal, al menos vistiendo.

Aún no sé cómo había accedido en un primer momento a hacer la primera videollamada, pero no me arrepiento.

—No desvíes la atención —hablo sin dejar de mirar a mi hermano—. ¿Qué nos tienes que decir? ¿O quieres esperar a los postres?

—Ahora mismo yo estoy perdida —murmura Freya.

—Kristoff quiere decirnos algo.

Es muy obvio, por eso ha insistido tanto en que nos fuéramos de palacio. Nunca se le ha dado bien mantener en secreto las cosas importantes que le pasan.

—Vale, sí, a ti no se te puede ocultar nada. —Suspira y se rasca la barba de forma nerviosa—. No quiero que padre lo sepa, no aún, y en casa parece que tenga ojos en todos lados.

—Sigues sin decirlo…

—Creía que la impaciente era Freya, no tú —se burla.

—Está preocupada por si es algo grave —sugiere ella y vuelve a acertar—. Cuando lo está, tiene diferentes formas de actuar: hablar mucho, nada, hacerlo sin pensar…

Es que no sé qué nos puede decir mi hermano, estoy en blanco. Sea lo que sea, estaré ahí para él, ayudándolo en todo.

—Tengo novia.

La rapidez de su respuesta me deja aún más sorprendida y proceso sus palabras.

Mi hermano tiene novia.

¿Desde cuándo?

—Supondré que es de hace poco. —Aprieto los labios, recordando alguna actitud extraña en él que me diga más o menos cuándo empezó—. No se te da muy bien guardar ese tipo de secretos.

—Sí, por eso no quiero decirlo en palacio. Es todo muy reciente y no quiero precipitarme.

—¿La conocemos? —pregunta Freya con los ojos un poco brillantes por la ilusión—. Como no nos guste…

—Puede. —Mi hermano sonríe, y es de esas que salen de forma natural cuando piensas en personas especiales. Lo que me dice mucho—. Habéis coincidido con ella en muchos actos oficiales.

—¡Es una de las chicas con las que papá quería juntarte! —chilla Freya. Al darse cuenta de lo que ha hecho, se tapa la boca de forma rápida y mira a los alrededores sin ser nada disimulada—. Lo siento.

—Es una de ellas, sí.

—Me fallas, Kris. —Freya niega con la cabeza, como si estuviera decepcionada—. Nos

fallas.

—¿Me perdonas? Te invito a tu postre favorito.

Me alegro por él —es mi hermano—, lo primero para mí es su felicidad; sin embargo, que Kristoff tenga pareja y sea una de las que le parece bien a nuestro padre, solo aumenta un poco más mi carga y presión.

Un poco bastante más.

Suspiro para alejar esos pensamientos. No puedo centrarme en mí, no puedo ser egoísta en un momento de felicidad para mi hermano.

—¡Lena! —Freya chilla de nuevo y la miro, esperando a que continúe—. No te lo vas a creer, de verdad.

—¿Qué ocurre?

—Rìgh Bastian está en Estocolmo. Acaba de subir una fotografía en sus redes sociales.

DIECISIETE
Sebastian

—Qué frío hace —gruño mientras me froto las manos en un intento de entrar en calor. No funciona—. Maldito clima nórdico, malditas temperaturas glaciales…

—Te remarqué más de una vez que cogieras ropa de abrigo —ríe James y me da una palmada en la espalda—, pero te encanta no hacerme caso.

—Deja de regodearte —refunfuño y arrugo la nariz—. Es muy fácil hablar llevando ese abrigo polar, ¿nos lo cambiamos?

—Ni en sueños. No es mi culpa que no hayas preparado bien el equipaje.

—¿Ves? —sigo quejándome—. Es que pasar del tiempo de Los Ángeles a esto es un horror. ¡Encima está nevando!

Alzo la cabeza para remarcar lo que estoy diciendo, ¿es que por qué tiene que nevar?

—Es diciembre, Sebastian, ¿qué esperabas?

—Deja de resaltar lo obvio. Del frío que hace mi cerebro no está conectado, se me congelan las ideas.

James me ignora, mira el reloj de su muñeca y frunce el ceño.

—Ya vamos tarde a la reunión con el productor del festival.

—¿Es mi culpa acaso? —Por culpa del temporal, nuestro vuelo había tardado tres horas más de lo previsto—. Voy a morir congelado —repito—. Este frío debería ser ilegal.

James, en un principio, no había estado de acuerdo en hacer este viaje. Según él, la reunión podía ser vía telemática y no era necesario recorrer medio mundo. Pero necesitaba poner distancia con todo, en especial después de que a los pocos días de acabar la gira, ella intentara ponerse en contacto —otra vez— conmigo, reclamando más dinero, que fuera a verla e incluso insinuando que me había olvidado de su presencia al codearme con gente de la realeza.

Mi humor y estado de ánimo había sido pésimo; estaba enfadado con el mundo y solo la idea de viajar a Suecia parecía animarme un poco, por lo que mi mejor amigo ya no decía nada ni se quejaba.

Pese a llegar tarde, salimos muy contentos de la reunión. Los productores nos aseguran que todo estaría perfectamente cronometrado, sugiriendo una posible puesta de escena para una de las canciones que James había mandado en los correos previos. Lo tenían todo planeado y eso me había gustado; quedaban aún tres meses para la actuación, pero ya estaba todo pensado al milímetro.

Al salir, nos dirigimos al hotel, que está en el centro de la ciudad y así no morirme de frío, pero justo al bajarme del coche, sonrío al ver mi móvil.

Lena:
¿Estás en Estocolmo?

Yo:
Premio para la princesa.

Lena:
¿No pensabas decirme que ibas a venir?

Yo:
Te he mandado pistas,
eres tú la que no te has dado cuenta.

Lena:
¿De qué hablas?

Yo:
He subido varias fotos en redes.
Has tardado mucho en hablarme, princesa.
Empezaba a preocuparme creyendo que me ignorabas.
He sufrido mucho.

Me río porque estoy seguro de que Lena no debe entender mi actitud, pero es divertido dramatizar un poco.

—Estoy hablando con Lena —explico al notar a James muy pendiente de mí.

—No, ¿en serio? —No me esperaba ese tono por su parte—. No me mires así, Sebastian, es que es muy obvio.

—No te pega la ironía, James. —Me paso la mano por el pelo y añado—: En realidad, sí, pero no me gusta que la uses conmigo.

—¿Puedes seguir hablando mientras entramos en el hotel? ¿O no puedes hacer dos cosas a la vez?

—Tantas prisas no son buenas, amigo mío.

James frunce el ceño y ojea los alrededores.

—¿Te das cuenta de que hay fans que te han reconocido?

Lo menciona con tanta tranquilidad que parece que solo sean unas pocas. No es así. En lugar de perder la calma, sonrío en su dirección al ver que me están sacando una fotografía. No quiero montar un escándalo o que las autoridades tengan que intervenir para ponerme a salvo, por lo que miro a mi equipo de seguridad para que no me pierdan de vista. Tomo una decisión de forma rápida, antes de que empiecen a llegar más personas —ya que la gente suele fijarse en los lugares en los que hay cúmulos, aunque no sepan de qué trata la cosa—, y me acerco al grupo de fans. Sé que si les hago caso, van a dejar de publicar, al menos por el momento, que estoy aquí por redes sociales y podré irme sin ningún problema. Además, soy consciente de que es la primera vez que estoy en Suecia. Es normal que quieran hacerme fotos o hablar conmigo si tienen la oportunidad.

—Hola —saludo con una de mis mejores sonrisas—. ¿Cómo estáis? Yo muerto de frío, tenéis que enseñarme cómo resistís.

He hablado en mi idioma, aunque no sé si van a entenderme, pero la mayoría me responden sin ningún tipo de problema. Eso me hace pensar, ¿si no fuese mi idioma nativo, lo sabría hablar? Probablemente no; es más, no me he planteado aprender otros, ni siquiera el de mi abuelo, solo conozco palabras sueltas. No soy como James, que chapurrea varios con una facilidad asombrosa.

Pierdo la cuenta de las fotografías que me hago y de las veces que repito la misma respuesta. Están muy contentas —son todo chicas— de que vaya a actuar en el festival y de que visite el país. Es curioso que en ningún momento me preguntan por el tipo de relación que tenemos Lena y yo; solo sale su nombre para mencionar lo felices que están de que me haya convencido para

venir.

La admiran, se les nota por la forma en la que les brillan los ojos al mencionarlo. Y verlo, ver en primera persona el efecto que tiene Lena, me llena de orgullo.

—Sebastian. —James se acerca, sonríe a las fans que le miran y señala mi teléfono. Se lo había dado para no perderlo entre el tumulto de gente—. Tenemos que irnos.

Me despido de las fans y, cuando estamos un poco alejados, mi amigo me pasa el móvil, indicándome que hay alguien que quiere hablar conmigo.

—Tengo frío —murmuro en lugar de decir hola.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?

La voz es de Lena, es imposible no reconocerla. Y ha usado ese tono que me encanta, el autoritario sin siquiera alzar la voz.

—Hola a ti también, princesa. —Sonrío aunque no me está viendo—. ¿Qué se supone que he hecho ahora?

—Todo Estocolmo sabe que estás aquí y el sitio concreto, ¿no piensas en lo peligroso que puede ser?

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Me espías, princesa? ¿Debo tener miedo?

—Freya. —Escucho cómo resopla, frustrada—. Te lo he dicho por mensaje.

—Aww, princesa, ¿me has llamado porque no respondía tus mensajes? —No reprimo una carcajada. Lena no suele dejarse llevar por su impulsividad—. No puedes vivir sin mí, ya era momento de que lo aceptases.

—Ha sido mi hermana la que te ha llamado, me ha robado el teléfono en un descuido —explica, cansada—. Cuando ha respondido James, al no reconocer su voz, me lo ha pasado.

—Excusas. —Vuelvo a reírme y sigo a James hacia dentro del hotel—. ¿Echabas de menos mi agradable, exquisita y única voz? —No contesta, así que sigo hablando—. ¿Quieres que nos veamos? Como digas que no, mi pobre corazoncito va a romperse un poco.

—Estoy ocupada ahora mismo.

—¿Qué es más importante que yo?

No está de acto oficial —ni ninguna de esas cosas que hace—, porque si no, no me habría llamado. No he hecho tantos kilómetros para que no quiera verme; me sentaría muy mal si fuera el caso. ¿Qué clase de amiga no quiere ver al otro? No sería normal.

—Sebastian… —murmura y después de eso, solo escucho gritos. No entiendo lo que dicen, pero asumo que es una discusión—. No me dejan decirte que no, así que te mandaré la ubicación del lugar en el que estoy. Es seguro —añade.

—¿Ves? Los que no te han dejado son gente lista. Me caen bien.

—Adiós, Sebastian.

—Espera, princesa.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Y mi beso de despedida?

Cuelga sin hacer lo que he pedido y me río. Seguro que tiene esa cara de circunstancia y el ceño levemente arrugado. Cuando me llega el mensaje, se lo muestro a James y este, al equipo de seguridad. No tardamos ni diez minutos en subir a un coche para dirigirnos ahí.

Es un restaurante que no está muy lejos. Al entrar, parece que nos están esperando, porque no ponen ninguna pega ni queja y nos guían a James y a mí hasta la mesa en la que está Lena. No está sola; tampoco esperaba que lo estuviera. Freya solo verme sonríe con tanta felicidad que resulta contagioso. Es la primera que se levanta y, sin ningún tipo de reparo, me abraza.

—¡Cuánto tiempo! —exclama como si estuviera hablando con alguien que conoce de hace mucho—. Te he echado de menos, Sebastian.

No me llevé una impresión equivocada de ella; es extrovertida, espontánea y sigue siendo muy fan mía. Me parece una adolescente adorable.

—Desde que fuimos de compras juntos, ¿no? —bromeo y miro a Lena. Sigue sentada totalmente erguida, ni siquiera me mira. Le ocurre algo, es obvio—. Supongo que debe ser el príncipe Kristoff. —Tiendo la mano al chico que está aún sentado, pero al contrario de Lena, sí me mira. O mejor dicho, me examina—. Es un placer conocerle.

He tenido que pensar muy bien mis palabras, porque hablarle así a alguien no me sale de forma natural. Pero al ver la reacción de Lena, que aprieta los labios con rabia, ha valido la pena. Qué divertido es sacarla de quicio. Kristoff me sacude la mano con educación y la aprieta de forma leve. Sin embargo, en lugar de contestarme, se pone a hablar con sus hermanas en sueco y por su expresión, está sorprendido. No sé qué le habrán explicado de mí, pero tengo la sensación de que sabe la forma en la que traté a Lena cuando la conocí, sin importarme el protocolo o la educación.

No es el único asombrado por mi repentina formalidad, James me mira de reojo sin saber qué estoy haciendo. No es tan difícil, solo ser educado y sacar de quicio a mi princesa favorita. ¿No se vanagloria de que me conoce tan bien? Ahora mismo no lo parece. Permanezco en silencio mientras me siguen ignorando y cuando Lena resopla, como si un comentario le hubiera molestado, intervengo.

—¿Podríais pasar al inglés? —Aunque intento disimularlo, se nota la molestia en mi voz—. No es que no me guste el sueco, un idioma muy bonito, lleno de matices y palabras preciosas, pero aquí mi amigo James no entiende nada y no se siente cómodo al no poder seguir la conversación.

—Porque tú lo entiendes todo, ¿verdad? —dice Lena y el hielo de sus ojos se clava en los míos.

Le ocurre algo. Ya me había dado cuenta antes, pero al mirarme se ha hecho mucho más evidente.

—¿Por quién me tomas? —Le guiño un ojo esperando sacarle una reacción—. Sé sueco a la perfección, kunglig höghet.

Solo espero no haberle dicho nada ofensivo.

No sé qué significa, pero siempre salen en los artículos que leo de ella.

—Tu pronunciación es un poco justita. —El príncipe lo suelta como si nada y no sé cómo tomármelo. Hasta que empieza a reír. Suspiro de forma interna, creía que era seco y que ya me había juzgado sin conocerme. No es que eso me importe mucho, pero no quiero que Lena se sienta más incómoda de lo que ya parece—. Lo siento por no hablar en tu idioma, es que estaba sorprendido.

—Gratamente, espero. —Vuelve a ofrecerme la mano, casi como una forma de disculparse y nos volvemos a saludar—. El de mi lado es James, sabe hablar, aunque ahora mismo no lo parezca.

—Sebastian, no es necesario.

—Eso dices, pero estabas en silencio. —Me coloco al lado de Lena y toda mi atención recae en ella—. ¿No vas a saludarme?

Reprimo las ganas de decir que si estoy aquí, si he volado hasta aquí, es solo por ella; solo para verla.

—Hola, Sebastian.

—¿Y mi abrazo?

—No creo que…

Intento que se levante, pero me encuentro ante una negativa muy firme. No insisto, hay algo que no sé que está influyendo en su forma de actuar. Si no estuviera convencido de que nuestra relación ha avanzado, pensaría que es mi culpa, porque tiene la misma actitud que cuando nos conocimos hace seis meses y no la que ha tenido las últimas veces por videollamada.

Para no seguir de pie, me siento justo enfrente de ella. Así puedo observarla con calma e intentar averiguar lo que le ocurre.

—¿No puedo saber de qué hablabais? —rompo el hielo para que la situación no sea insostenible—. James y yo tenemos mucha curiosidad.

Soy incapaz de no mirar a Lena. Estoy preocupado, quiero que esté bien. ¿Qué clase de amigo sería si no me diera cuenta de estas cosas? Uno muy malo. La conozco lo suficiente para ver —al menos un poco— a través de su coraza de escarcha.

—Es mejor dejar el misterio en el aire —se adelanta Kristoff a Freya, que ya estaba dispuesta a contarme todo con exactitud—. Mi hermana, en este caso Lena, no sabía que ibas a venir a Estocolmo.

—Era una sorpresa —digo lo que es obvio—. Este viaje lleva planeado semanas, ¿a que sí, James?

Mencionarlo e integrarlo de forma contínua es una de mis maneras de calmarme. Si sé que está aquí conmigo, irá todo bien.

—Hemos tenido una reunión con los responsables del festival en el que va a actuar Sebastian. —Agradezco mentalmente que me conozca tanto. Esta vez sí lo ha demostrado. Me ha ayudado y sé que lo ha hecho queriendo—. Decidir las canciones, el posible *storyboard*, realización, puesta en escena…

—Claro, ya solo quedan dos meses para que empiece —murmura Freya—. Qué raro se me hará no verlo en familia. Aunque para la final, que se hace en Estocolmo…

—Vas a hacer lo posible para asistir —Kristoff la interrumpe—, que no se note que Sebastian es tu cantante favorito.

—Soy una muy orgullosa *royal*.

—De tantas veces que ha puesto tus canciones, creo que me las sé de memoria —habla Kristoff, dirigiéndose a mí—. Siempre las mismas y en bucle, por no mencionar que las canta a todo pulmón.

Freya abre los ojos, se sonroja de forma leve, y creo —aunque no estoy seguro— que le da un golpe en el brazo.

—¿Esas gestiones no podían hacerse por correo electrónico? —El tono gélido de Lena rompe el ambiente de golpe—. Las del festival. Incluso por videollamada.

—Puede… —Aprovecho que me está mirando y le lanzo un beso para que se queje o haga algo; sigue sin funcionar. Quiero que esté pendiente de mí, que me haga caso—. ¿Por qué, princesa?

—Porque eso demuestra que no hacía falta que estuvieras aquí.

Me gustaría estar a solas con ella en este momento, así podría ser totalmente franco e intentar saber qué le ocurre. No me gusta estar así, es como haber vuelto meses atrás.

—Ya tengo frío de por sí como para que me hieles aún más con tus comentarios. —Soy directo, pero lo adorno con mi usual tono jocoso—. Sí, tienes razón, puede que no hiciera falta

que viajase, pero ¿qué problema hay? En persona todo se controla mejor y hemos podido asegurarnos de que va todo según lo previsto. ¡Ah! —exclamo como si se me acabase de ocurrir —. También quería verte.

—Sebastian.

Me advierte sin necesidad de más palabras que no siga, como si tuviera miedo de que se me escapase algo que no debería.

—Somos amigos y te echaba de menos —admito, encogiéndome de hombros. La verdad siempre por delante—. ¿Y tú? ¿Me echabas de menos?

Sé la respuesta, pero no sé si tal y cómo está hoy, lo admitirá; menos aún delante de sus hermanos. No sé si he hecho bien al hacerle una pregunta tan directa y personal; no obstante, tengo curiosidad por cómo va a salir de esta y estoy convencido de que después me haré una idea más clara de lo que le ocurre.

—¿Tan amigos os habéis vuelto que ya os echáis de menos? —Freya gira la cabeza para mirarnos a ambos, escudriñándonos para obtener pistas o algo oculto en nuestras palabras—. En este momento odio estudiar fuera. Me estoy perdiendo este tipo de cosas.

—¿Debo responder?

—Por supuesto, Lena. —Kristoff ya está de mi parte. Curioso—. Nos interesa saber qué es lo que opinas.

Ella permanece impasible, mirándome de forma fija —seguramente insultándome en su mente— en silencio.

—Si tengo que seguir esperando una respuesta me haré viejo, Lena. —James no es nada disimulado al golpearme por debajo de la mesa—. Sabes que se han dado cuenta todos, ¿no? Además, me has hecho daño y la princesa aún no ha contestado mi pregunta.

—No, no te echo de menos —responde, al fin, mientras coge la taza de té con calma y le da un largo sorbo—. Te tengo delante de mí y no tengo problemas de visión.

Sí, definitivamente le ocurre algo. Esa forma de contestar —aunque me ha gustado que saque su carácter— no es usual en ella; suele ser mucho más correcta y educada.

Es más, me imagino su voz en mi cabeza diciendo que hablar de ese modo no es apropiado. Está tan tensa que lo transmite, el ambiente es ligeramente incómodo.

—Qué suerte tienes, princesa, yo sí los tengo —suelto para aligerar la tensión—. Sin lentillas no veo absolutamente nada —reconozco—. Y a James le ocurre lo mismo, aunque él usa mucho las gafas. Le gustan y le quedan muy bien, pero claro, con lo guapo que es qué no le queda bien.

—No es que me gusten, simplemente no me molestan como a ti. Pocas veces llevas las tuyas.

—Porque no me gusta cómo me quedan. —Me encojo de hombros. Manías mías—. Y solo me ven con ellas aquellas personas que son de mi plena confianza. Tranquila, Lena, aún puedes ganar ese honor, no te rindas.

—¿Por qué crees que querré ese... honor?

Es gracioso que haya usado mi misma palabra, y aún más cuando se da cuenta y arruga la nariz.

—Porque yo lo querría. Conocernos mucho mejor, con todo lo que implica, princesa, ¿me sigues?

No me responde, en lugar de eso, se ponen a hablar en sueco otra vez y me molesto. No es que considere que sea alguien importante —bueno, en realidad sí lo soy—, pero creía que Lena me tendría en consideración. No sé sueco, tampoco tengo intención de aprenderlo, así que podría cambiar rápidamente al inglés para que nos entendamos todos, incluso James. Odio sentirme

tonto y ahora mismo es así, como si estuviera fuera de lugar, como si no contase para ellos. Antes de que pida —no de forma amable—, que vuelvan a usar el inglés, Lena lo hace y se disculpa. Tan correcta como siempre.

—Perdón. —Vuelve a beber otro sorbo de té—. A veces nos es complicado hablar en otro idioma entre nosotros, es la costumbre.

—No tienes que disculparte por algo que es normal —le resta importancia James—. Lo entendemos.

—Sí, lo hacemos —secundo, aunque sigo con cierta molestia—. Pero si es posible, princesa, no nos excluyáis de nuevo. No me gusta.

Creía que cuando nos viéramos, actuaría de una forma distinta, o al menos de la misma forma que había dejado ver en nuestras videollamadas. La Lena que tengo delante de mí no se parece en nada a la princesa relajada y sonriente que he visto a través de la pantalla, a la que mis comentarios extravagantes o mis bromas no le molestaban, la que se reía con ellos y me los devolvía a su manera. Observarla es como volver al pasado, a nuestros primeros encuentros y conversaciones, a su coraza helada y gélida. Y quiero saber la razón de ese cambio porque, cuando se comporta así, sin pararse un momento a mostrar lo que siente, es que su mente le está traicionando.

—¿Cómo ha ido la gira?

Eso ya lo sabe, porque le he contado más de una vez con todos los detalles —sobre todo en nuestras primeras conversaciones— que aún sentía la adrenalina por los conciertos. Pero si ella quiere hablar de eso, lo haré. Mientras hablo, no dejo de mirar a Lena, centrándome lo máximo que puedo en sus ojos, intentando descifrar el enigma que hay debajo de su hielo. ¿Qué le preocupa tanto? ¿De qué tiene miedo?

—Creo que debemos marcharnos —habla después de mirar el reloj de su muñeca, abriendo un poco los ojos al ver la hora—. Ha sido un placer veros.

No me esperaba que quisiera irse tan rápido. Es como si estuviera huyendo, como si quisiera poner distancia.

—¿Así te vas a despedir de mí? —protesto a la par que enarco una ceja—. Me dueles, Lena. Ya sabes lo que quiero.

—Sí, un abrazo. Dámelo antes de que cambie de idea.

¿He escuchado bien? ¿Ha aceptado mi abrazo de forma tan fácil? ¿Está enferma?

—Es la primera vez que me das permiso —señalo y la abrazo con fuerza. No puedo desaprovechar la oportunidad—. Voy a recordar este momento para siempre.

—Espero que tengáis un buen vuelo de vuelta. —Kristoff le da la mano a James—. Supongo que volveremos a vernos en marzo.

—¿Por qué pensáis que nos vamos mañana? —Miro a Kristoff y después vuelvo a centrarme en Lena—. ¿De verdad piensas que me recorrería tantos kilómetros solo por un día? Ya que estoy, quiero hacer turismo.

Sí, he organizado el viaje solo para verla. Es la razón principal. Pero ¿recorrer 8875 kilómetros solo para estar poco tiempo con Lena y mal? No es mi estilo. Me quedaré el tiempo que apetezca, o el que James considere apropiado. Quiero hacer turismo, conocer un poco la ciudad, comprar *souvenirs* y un regalo para Lexie.

—Entonces te diré una lista de sitios que no puedes no visitar. Quizá podéis contratar un guía, os recomendaré los mejores.

—¿No vas a hacerme tú de guía? Eso me duele, Lena.

Hago un pequeño puchero para exagerar aún más mi reacción. Quiero volver a verla, estar con ella sin sus hermanos y que vuelva a ser la que era.

—Quizá eso te sirva, Sebastian, para aprender que no podemos aparecer sin más y esperar que tenga todo el tiempo del mundo.

¿James está de mi lado o del de ella?

—No tiene nada que hacer —contradice Freya con rapidez. Un motivo más para que me caiga bien, si es que qué buena gente son mis fans—. Su próximo acto oficial es un día antes de Navidad. Aunque puede que me equivoque, no sé su agenda.

—¿No quieres verme, princesa? —insisto, parpadeando de forma rápida para que diga que sí —. He recorrido miles de kilómetros para estar contigo y...

—No hace falta exagerar —me interrumpe—. Te mandaré un mensaje para decirte si puedo o no.

—Es decir, me tendrás en vilo durante horas. Muy bonito.

Presiono un poco más, para que sea clara, pero no sirve. Hoy no es el mejor día para obtener algo de ella. Solo me queda esperar para saber si querrá verme mañana o no.

—Sebastian, aunque seamos amigos, tienes que entender que mi vida no gira en torno a la tuya —espeta, molesta—. Sí, has venido a Estocolmo, no me lo esperaba y ha sido una sorpresa agradable. —Al menos reconoce que le ha gustado verme, mini punto para mí—. No obstante, tengo que asegurarme de que no tengo ningún compromiso social o ya haya quedado con otra persona.

—No te enfades, Lena. —Uso un tono mucho más relajado y conciliador—. Sé que ha sido una visita inesperada y entendería que solo pudiéramos vernos hoy. No te preocupes.

—Bien. —Coge su bolso y le hace un gesto con la cabeza al guardaespaldas que está más cerca. Cómo me gusta su lado autoritario. Podría observarla mandar toda una eternidad —. Me ha gustado mucho veros.

Una vez que nos quedamos solos James y yo, salimos del restaurante. Pido volver al hotel a mis guardaespaldas, no tengo ganas de seguir pasando frío por la ciudad. El clima es espantoso.

—¿Tú lo has notado? —pregunto mirando a mi mejor amigo.

—Si no eres más específico, no sé a qué te refieres. No sé leer mentes.

—Lena —indico—. Estaba rara.

—¿Rara?

—No repitas todo lo que digo, me pone nervioso —gruño—. Sé que tú también te has dado cuenta, solo estás intentando obtener más de mí —remarco mientras lo apunto con el dedo—. No funcionará.

James empieza a reírse y aparta la mano con la que lo estoy señalando. A veces no lo entiendo, sobre todo cuando hace ese tipo de cosas, como reír sin motivo o hacer comentarios que ni él mismo sabe qué quieren decir. En realidad, es en muchas ocasiones. Es frustrante.

—Es la primera vez, en años, que te das cuenta de lo que estoy intentando. Estoy orgulloso.

—Déjate de tonterías. ¿Te has dado cuenta o no?

—Lo único que he visto es que estaba más seria de lo que recordaba. No es lo mismo hablar por mensajes o en este caso, las videollamadas, que en persona. Hay muchos factores que pueden influir en que Lena estuviera distinta.

—¡Lo sabía! ¡Tú también lo has notado! —exclamo con alegría—. No me lo niegues.

—Sebastian, ¿no puede simplemente haber tenido un mal día?

No, porque Lena sabe disimular ese tipo de cosas tan banales. Si fuese solo eso, ni me hubiera

dado cuenta. Había algo más, estoy convencido. No me va a hacer cambiar de opinión.

Saco mi teléfono del bolsillo y miro si tengo un mensaje de Lena. No es así, por lo que empiezo a darle vueltas en la mano, sin saber bien qué hacer, si ser yo el que tome de nuevo la iniciativa y resolver mi duda. Pero si lo hago, quizá no le estoy dando el espacio que necesita, porque ha dejado claro que sería ella la que me diría si podía o no.

—James —llamo su atención y deja de estar pendiente de su teléfono—. ¿Qué día vamos a volver?

—¿Por qué? ¿Quieres alargar la estancia?

—Responde a mi pregunta, por favor.

—Dentro de dos días, pero puedo cambiar las fechas si así lo consideras. Al ir en un avión privado, hay más libertad de elección.

—No, no lo hagas. Me parece bien. Dos días van a ser suficientes.

En ese tiempo podría hacer todo el turismo necesario y no morirme de frío en el intento. Si Lena podía verme, tenía todo el día de mañana para hacerlo y si no, en marzo nos veremos. Sigo pensando qué le puede haber ocurrido, así que aunque no es lo que debería hacer, le envío unos mensajes.

Yo:
Lena.
Hay algo que no te he preguntado antes.
Y siendo sincero, me he quedado con la duda.
Pero ¿estás bien?

Guardo mi teléfono y al llegar al hotel, me voy a mi habitación. Pese a que es un viaje corto, me he traído una de mis guitarras para matar el aburrimiento de estos momentos y el del vuelo. Al menos aquí ya no voy a congelarme. ¿Cómo puede vivir la gente así? Es un frío que te penetra los huesos.

Lena:
¿Por qué no debería estar bien?

Yo:
Eso no responde mi pregunta, princesa.
¿Estás bien?
Puedes contarme cualquier cosa. Te escucho.
Bueno, ahora mismo te leería.

Lena:
Sebastian, déjalo.

¿De verdad se piensa que no voy a insistir? De forma indirecta ha admitido que no está bien. Si no fuera así, me hubiera reñido o hubiese hecho un comentario de los suyos.

Yo:
No, no lo haré.
Lena, ¿estás bien?

Lena:
No, no estoy bien.
¿Contento?

DIECIOCHO
Lena

Cuando le he confesado a Sebastian que no estoy bien, lo he hecho para que entienda que no es un buen momento para hablar conmigo.

Me ha costado mucho admitir mi debilidad ante alguien, verbalizarlo, y al hacerlo convertirla en algo más real de lo que ya es.

Y él, en lugar de hacer lo que espero, me descoloca nuevamente y me llama.

—Sebastian —murmuro como saludo, titubeando un poco.

—¿Por qué debería estar contento de saber que no estás bien, Lena? —rebate de inmediato, muy serio—. ¿Por qué crees esa tontería?

Sebastian me tiene desconcertada. Nunca sé cómo va a actuar ni soy capaz de predecirlo. No sé si no es que ha pillado la ironía, aunque suele ser complicado por texto plano, o es que está bromeando. Esto último lo dudo, su voz no suena pretenciosa ni tiene ese aire de mofa que suele acompañarle en todo lo que dice.

—No lo sé —confieso, bajando un poco la cabeza por inercia—. Supongo que es una forma de hablar.

—Esa respuesta no me sirve. —Se calla y yo no tengo fuerzas para ser quien lleve el peso de la conversación—. ¿Prefieres que hagamos una videollamada?

—No sería lo más adecuado.

—¿Por qué? Tampoco sería la primera vez.

Al llegar a palacio, he tenido una conversación con mi padre que no ha ido nada bien. Como necesito relajarme, desconectar aunque sea unos instantes de todo, estoy dándome un baño relajante. Aunque no está cumpliendo su función; sigo igual de tensa.

—Porque no me apetece —reconozco—, tampoco estoy operativa para que me veas.

—Mm… —Se ríe y no me hace falta tenerlo delante para saber que tiene esa sonrisa tan suya —. ¿Estás desnuda, princesa?

—Acabaré por colgar si sigues por ese camino.

—Perdón, perdón, solo bromeaba. —Suspira y se pone serio de nuevo—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Sonrío. Cuando lo conocí, creía que era una persona egocéntrica que solo pensaba en él, y como mucho también en James. El tiempo ha hecho que me dé cuenta de que me equivoqué.

Y muy pocas veces lo he hecho; suelo calar a las personas a la perfección.

Sebastian es la excepción.

—No puedes hacerlo.

Nadie puede, solo yo misma. Porque en estos momentos mis emociones están ganando a mi mente. Y esta, en lugar de ayudar, no deja de repetir fragmentos de la conversación que he tenido

con mi padre y lo mucho que me ha dolido su falta de respuesta ante un tema tan importante como lo es su opinión para mí.

Según su criterio, de sus tres hijos soy la que está más preparada para gobernar, pero no ha dicho que me vea con la capacidad suficiente para reinar, solo que soy la más preparada; lo normal si llevo toda la vida haciéndolo. No cree que seré capaz de ser una buena reina, es muy obvio.

No sé por qué esperaba otra cosa cuando se lo he preguntado —al menos un voto de confianza o que mintiera de forma piadosa—, cuando me ha demostrado en repetidas ocasiones que no pienso como quiere que lo haga. Buscaba el apoyo de mi padre en un día complicado, el mismo que tenía cuando era pequeña ante un problema. Necesitaba saber que, pese a que Kristoff tuviera pareja, aunque él no lo supiera, no perdería su fe en mí, que no me lo echaría en cara ni me metería más presión.

—¿Entonces? Lena, no te cierres en banda —pide con una dulzura que nunca antes le había escuchado—. ¿Quieres desahogarte conmigo?

Niego aunque no me está viendo. No quiero contarle mis problemas, no cuando no puedo dejar de pensar en lo mismo, retroalimentándome de mis propios miedos.

¿Si el heredero fuese Kristoff, le diría lo mismo?

Nunca lo sabría. No solo porque se trata de una situación hipotética, sino porque el rey nunca admitiría algo así en voz alta; sin embargo, con su vaga respuesta ha alimentado mis dudas e inseguridades. Y estoy segura de que lo ha hecho de forma consciente, aunque no encuentro un motivo lógico.

¿En qué fallo para que mi padre no crea que soy suficiente? ¿Cuál es mi error? ¿Por qué no me aconseja o guía sin exigirme o juzgarme?

Solo necesito apoyo, el suyo. Quiero que mi padre sea mi padre.

—Sebastian… —empiezo y me muerdo el labio—. ¿Crees que seré una buena reina?

Ni yo misma sé la razón por la que le estoy preguntando a él esto cuando ni es sueco. Son mis inseguridades las que hablan, las que están haciendo que piense todo tipo de cosas y ninguna buena. Siempre he creído que sería una gran reina. Nunca había tenido dudas… Hasta hoy.

—¡Por supuesto! —exclama, haciendo que tenga que apartar el teléfono de la oreja—. ¿Es por eso que estabas así en el restaurante?

—¿Lo has notado?

—Sí. Desde que nos hemos saludado me he dado cuenta de que no eras la de siempre. —Escucho cómo traga saliva—. ¿Es por lo que me has preguntado? ¿Eso es lo que te tiene así?

—Sí y no —bisbiseo—. No es nada, en realidad, solo un mal día y ya. Seguro que se me pasa.

No me gusta que haya podido leer por encima de mi fachada, así que adorno la verdad. Si le digo lo que me ocurre, tendrá un poder sobre mí que no estoy dispuesta a darle.

—Mientes —suelta sin importarle ser brusco—. Aunque haré ver que te creo si eso te hace sentir mejor.

Solo esa respuesta le es suficiente; no insiste, no me presiona a que le cuente más, me da el espacio que necesito y se nota tanto que está preocupado por mí que me sorprende de nuevo.

¿Por qué oculta este Sebastian bajo la apariencia de una persona pretenciosa y arrogante? ¿O es que no lo hace y por eso sus fans están tan obsesionadas con él?

—Gracias —musito. La palabra ha salido casi sola de mi boca, sin pensarla.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes, Sebastian.

—De hecho, no, no lo sé. No entiendo por qué me estás dando las gracias.

Quizá no está acostumbrado a que la gente le agradezca estas actitudes, o quizá no las tiene muy a menudo.

—Por no insistir, por querer saber cómo estaba, por preocuparte...

—¿Te das cuenta de que no debes agradecerme por algo así? Somos amigos, Lena. Estamos para estas cosas. Estoy aquí para escucharte cuando quieras contarme lo que te tiene así —se ríe y añade con rapidez—: Cierto, que no es nada, solo un momento puntual. Entonces rectifico, estaré aquí para comprarte chocolate para estos momentos. ¿O prefieres helado? ¿O helado de chocolate?

Me río, no puedo evitarlo, lo ha dicho de una forma tan natural y normal que ha conseguido distraerme por un momento de lo que me preocupa. Pese a eso, no tengo ganas de seguir hablando con él, porque necesito tiempo para mí, así que acabo la conversación diciendo lo que sé que quiere escuchar.

—Todo. Me gusta todo. Ahora mismo me comería media docena de chokladbollar.

—No sé qué es eso, así que no puedo comprártelo para que, en el hipotético caso que estuvieras mal, te sintieras mejor.

—Es un postre típico de aquí. Mañana no desayunes, o no lo hagas con abundancia. Voy a llevarte a uno de los mejores lugares para comerlos.

—¿Eso es que tienes tiempo para mí, princesa?

—Sí. Prepárate, vas a comer como nunca lo has hecho.

Me irá bien estar con él, sé que me ayudará a no pensar en nada más.

Después de despedirme, dejo el móvil a salvo del agua, cierro los ojos de nuevo y esta vez sí consigo abstraerme de todo. Una vez que el agua se ha quedado totalmente helada, salgo y me pongo a organizar el día de mañana y lo que hacer. Quiero tenerlo todo planeado a la perfección y que nada se salga fuera de control.

Aunque con Sebastian eso es pedir un imposible.

No desayuno al despertarme; sé que en la pastelería que llevaré a Sebastian comeré más de lo que tengo pensando en un principio. No aviso ni a Kristoff ni a Freya porque necesito un día para mí misma, para recomponerme y desconectar.

Cuando lo tengo todo listo, le mando un mensaje a Sebastian indicándole el lugar y la hora en la que quedamos.

Me gustaría ir caminando hacia la pastelería en la que nos hemos citado, pero es imposible. Mi equipo de seguridad hace su trabajo, planeando una estrategia en caso de emergencia y controlando todos los problemas que puede haber en los sitios que les he dicho que voy a ir. Son rápidos, pero se toman el tiempo necesario, porque hay cosas que no se pueden precipitar.

—Lo siento. —He llegado diez minutos tarde y agacho un poco la cabeza al ver a James y Sebastian como disculpa—. No quería haceros esperar, pero no me ha sido posible llegar antes.

—Hemos muerto congelados, Lena —protesta Sebastian y hace el ademán de abrazarme, preguntándome con la mirada antes si puede o no. Asiento y él sonríe antes de rodearme con los brazos—. No sé cómo puede hacer tanto frío en esta ciudad. Es horrible, ¿cómo vives aquí?

—No exageres —saludo a James y les hago un gesto a los guardaespaldas para hacerles saber que vamos a entrar en el establecimiento—. El Vette-Katten es uno de los mejores sitios de Estocolmo, confiad en mí.

—Lo hacemos, ¿verdad? —asiente Sebastian mirando de soslayo a su mejor amigo—. Tengo mucha hambre. Mucha.

Aunque no se lo haya pedido, ha venido con un gorro y ropa discreta para que no sepan quién es. Se lo agradezco, pero es inevitable que nos miren y más cuando todo el mundo me conoce en este país. No solo por el hecho de ser la futura reina —hay herederos de otros países que no son conocidos—, sino porque al contrario que ellos, mi vida ha sido pública desde que nací.

Fue un acontecimiento muy importante, no solo porque nací en el día nacional del país, también porque iba a ser la primera reina de Suecia por nacimiento, no por ser la esposa de nadie. A partir de ese momento, mis padres no me ocultaron; tuve mi primer acto oficial a los dos años y medio, aunque nada importante y acorde a la edad que tenía en ese momento.

—Déjeme a mí, alteza —sugiere uno de mis guardaespaldas—. Le llevo su pedido a la mesa, solo dígame qué quiere.

—No, puedo hacerlo yo —respondo en inglés para que Sebastian y James no se sientan fuera de lugar. Ayer fue muy obvio lo que le molestaba al cantante no entender lo que decía—. ¿Puedo pedir lo que quiera?

—Ya te lo he dicho, Lena. Confiamos en ti.

Tomo al pie de la letra lo que ha dicho y pido un poco de todo ante la atenta mirada del dependiente, que no debe creerse lo que está viendo; no es muy común tener a la futura reina acompañada de un cantante de fama mundial. Una vez que lo he hecho, señalo la mesa en la que ya se han sentado Sebastian y James, a unas de distancia de mis guardaespaldas y el que creo que es el suyo.

—Café irlandés —anuncio dejando la bandeja con las tres tazas—. Y para James y para mí, uno normal, bastante cargado.

—Qué bien me conoces, princesa —sonríe Sebastian—. Aunque debería comentar que tú y James tenéis un gusto igual de...

—No empieces con eso de nuevo —pide el aludido—. Yo podría quejarme de que a primera hora de la mañana ya estés bebiendo algo con whisky.

—No he sido yo, ha sido la princesa. —Se encoge de hombros—. No hay que llevarle la contraria aunque no sea fan de beber alcohol a las nueve de la mañana.

—Si quieres otra cosa, puedo…

He pedido lo que he creído que querría, siempre menciona lo que le gusta el whisky. Otra cosa que me sorprende.

—Da igual, nunca diré que no a un café irlandés —le resta importancia—. ¿Dónde está la comida? Lo único que me puede distraer de este frío glacial es algo rico y apetitoso.

—Ten un poco de paciencia, Sebastian.

—¿Él? ¿Paciencia? —se burla James—. Qué buen chiste, Lena.

Sebastian hace un gesto para reprocharle a su mejor amigo lo que ha dicho, haciendo que otros clientes nos miren.

—Es la primera vez que estoy en un sitio en el que miran más a mi compañía que a mí mismo —murmura, observando de forma disimulada a nuestro alrededor—. Todo el mundo está pendiente de ti, Lena.

—Es la princesa heredera, es normal —James lo dice con calma y coge su taza—. ¿No vendrán tus hermanos?

—No, tampoco se lo he dicho —admito y hago lo mismo, agarrar mi taza y darle un largo sorbo—, pero si te sientes más cómodo, les envío un mensaje y llegarán en breve.

—¿Y no estás preocupada? —interrumpe Sebastian y le sonríe a la camarera para agradecerle que nos haya traído los primeros platos.

—¿Por qué debería estarlo?

—Ah, ya sabes, estamos nosotros dos solos. Bueno, con James. Pueden hacernos fotografías y lo que viene después, que tan poco te gusta. —Se encoge de hombros de nuevo y se come de un solo bocado uno de los dulces—. Está muy bueno, ¿qué es?

—De lo que te hablé ayer, son chokladbollar.

—Delicioso. No olvides mi pregunta anterior, Lena. Sueles hacerlo cuando no te interesa.

—Sinceramente, me importa poco.

Es la menor de mis preocupaciones. ¿Qué cambiaría si salieran unas fotografías nuevas de Sebastian y mías? Nada. Seguirían tratándome de la misma forma, calificándome como un florero a su lado. Además, una parte de mí quiere que se publiquen artículos, así cabrearía a mi padre, porque es lo que quiero. Sigo muy molesta con él. Es mi manera de rebelarme.

—¿Sigues teniendo un momento de bajón? —Se ha acercado a mí y lo ha hecho en voz tan baja que parece casi un susurro. Ni James lo debe haber escuchado.

Giro un poco la cabeza para mirarle a la cara. No lo ha preguntado por cortesía, sino porque se preocupa por mí, sus ojos zafiro no mienten ni ocultan una doble intención.

—No. Ya estoy bien —miento y sonrío para reafirmar lo que he dicho—. Ya sabes, el chocolate ayuda.

—Y tanto —puntualiza cogiendo otro dulce—. Va a ser un gran día, ¿verdad que sí, Lena?

—Sí, Sebastian. Lo va a ser.

En el poco tiempo que llevo con ellos, me he sentido tan cómoda que me parece casi irreal. La conversación fluye con tanta facilidad que es como si hubiéramos quedado más de una vez; como si estuviera hablando con ellos por videollamada, porque no siento esa constante presión que siempre tengo cuando estoy con alguien con el que no hay una buena relación o confianza.

Sebastian es el que lleva el peso de la conversación, haciendo sus típicos comentarios graciosos y bromas acerca de los dulces que está probando.

—¿Esto qué es? Porque no es dulce del todo... —murmura para luego darle otro bocado con curiosidad.

—¿No te gusta? —intento saber mientras lo observo. Ya se lo ha acabado y ha cogido otro.

—De hecho, me encanta. Casi tanto como tú. —Sebastian me guiña un ojo y vuelve a dar otro mordisco—. Me gusta porque no es empalagoso. ¿Qué es?

—Es mi dulce preferido —menciono, comiéndome también un trozo—. Se les llama Lussekatter.

—No he entendido nada, Lena —ríe y niega con la cabeza, como si algo le resultase muy divertido—. ¿No tiene traducción a un idioma que entienda?

—Gatos de lucía, esa sería la traducción literal —ahora soy yo la que se ríe por lo absurdo que suena en otro idioma—. Son bollitos de azafrán, típicos de estas fechas.

—Es lo que más me ha gustado. —Coge otro y se lo zampa sin partirlo—. ¿Los vendéis en cantidades industriales? Quiero comerlos hasta decir basta.

—Sebastian, no exageres —pide James—. Seguramente en alguna tienda de Los Ángeles los encontramos.

—¡Pero no estarán así de buenas! —protesta haciendo un leve puchero—. Es como las albóndigas típicas de la sucursal de muebles por piezas, esa tan famosa por la que se os conoce. Seguro que las de aquí son mucho más buenas, ¿no?

—Nada que ver —confirmo.

No me sorprende que Sebastian conozca Suecia por algo así, en lugar de por nuestras costumbres o cosas buenas, que tenemos muchas. Sé que no lo dice con mala intención, pero como futura reina es algo que me molesta.

—Luego querré comerlas. ¿Me harás feliz, Lena? —pide con tono infantil como si fuese un niño pequeño.

—En esto sí. Te haré feliz las veces que quieras.

—Princesa, que me lo tomaré al pie de la letra y te arrepentirás de haberlo dicho.

Veo cómo sonríe y hago lo mismo. Es tal y como he dicho, fácil. Tampoco me siento observada o vigilada, no más de lo habitual. Sé que las personas que están en la cafetería saben quién soy y conocen a mi compañía —la sorpresa inicial les ha delatado—, pero nos dejan nuestra intimidad.

—Lena —llama mi atención James, que está leyendo una guía de la ciudad—. No es que no me fíe de tu criterio, ni nada parecido, que conste, pero...

—No se fía —lo interrumpe Sebastian. Sonrío al ya conocer esa faceta suya, está molestándolo para divertirse—. Debería darte vergüenza, James. Es la princesa, hay que confiar en ella.

—No he dicho eso.

—Sí lo has hecho. Mira a Lena, mira qué cara, está dolida por tu culpa.

—Sebastian...

—¿Qué? —Se hace el inocente—. Yo no he hecho nada, ese eres tú. Mira que hablarle así a una princesa... Podrían encarcelarte por ello.

—Vamos a ignorarlo —me pide el agente después de un largo suspiro—. No sé qué ruta tienes planeada, pero he estado mirando un poco una guía que compré y hay ciertos sitios que me gustaría visitar, al menos antes de irnos.

—¿Cuáles?

James me pasa la guía y me los señala; la mayoría ya los tenía planeados. Todos menos el palacio real. Necesito este tiempo para mí y ellos son la mejor distracción, no quiero nada que me recuerde a mi cargo o a mi familia. Cuando salimos de la cafetería para dirigirnos a nuestra primera parada, Sebastian empieza a maldecir el frío que hace y lo poco que le gusta.

—¿Puedo preguntarte algo? —murmuro mientras camino en medio de los dos.

—Siempre, Lena. ¿Qué ocurre?

—No paras de quejarte del frío, pero ¿sabías a la ciudad que venías? —comento sonando más brusca de lo que pensaba—. Estamos en Estocolmo. El tiempo en estas fechas es frío, ya sabes, estamos en un país nórdico. Ojalá estuviera nevando.

—¿Crees que me gusta quejarme?

—Sí —respondemos al unísono James y yo.

—Qué poco me conocéis —reniega y hace un mohín—. No me gusta pasar frío, ¿qué hay de malo? Soy una persona de sol, playa y calor.

—Eso tiene solución.

Me había dado cuenta en la cafetería de que Sebastian no llevaba coronas suecas, porque cuando había intentado pagar, había sacado dólares. No me sorprendía, no parece muy previsor de este tipo de cosas, para eso ya tiene a James. Así que para solucionar el problema del frío y que se calle, ya que no estoy dispuesta a escuchar eso todo el tiempo porque acabaré harta de él, entro en la primera tienda de ropa que encuentro y le obligo a que se compre un abrigo en

condiciones. Se lo pago antes de que pueda protestar, no tengo ganas de problemas con la moneda y quiero empezar la ruta.

—Me gusta cuando te pones mandona —admite Sebastian mientras paseamos por Gamla Stan—. De hecho, me pone mucho.

—¡Sebastian! —se queja James—. No puedes decirle eso.

—Sí puedo, lo acabo de hacer. Además, a Lena no le molesta, ¿verdad?

—Y aunque lo hiciera, lo harías de todos modos. —Suspiro—. Ya he aprendido la lección.

—La princesa me conoce. —Cuando sonríe esta vez, sus ojos le acompañan, brillan del mismo modo que lo hace su sonrisa. Es sincera como pocas veces le he visto—. Te seguimos.

Pasear por el casco antiguo de la ciudad es algo más complicado de lo que pensaba en un principio, sobre todo por lo estrechas que son las calles. Mientras que James está pendiente de todo lo que voy explicando, Sebastian no para de hacer fotografías como un turista más. Al llegar a una de las zonas más famosas, el Märten Trotzigs Gränd, un callejón que solo mide noventa centímetros de ancho, me pide que me haga fotografías con él, no solo *selfies*. Tal y como le había dicho, le hago feliz y nos pedimos Köttbullar mientras nos dirigimos al museo al aire libre de Skansen en coche. Una vez ahí, Sebastian sigue haciendo fotografías de todo lo que puede.

—Ayer intenté comprar entradas para venir —me dice James. Sebastian está muy atento observando a los animales que hay—. Agotadas de un día para otro, hay que planificarlo con tiempo.

—De algo tenía que servirme ser la futura reina. —No me había costado nada conseguirlas, o mejor dicho, a mi equipo de seguridad—. ¿Por qué le hace fotografías a todo?

—Le gusta capturar los momentos en los que es feliz —murmura en voz tan baja que me cuesta escucharlo—. Y también las personas, por eso ha pedido que os hagáis algunas. Tiene una pared llena de este tipo de recuerdos, le gusta mirarla cuando no está bien.

—No lo hubiera dicho nunca —admito sin saber bien cómo seguir.

Tengo la sensación de que cualquier cosa que verbalice, no será capaz de expresar lo que pasa por mi cabeza.

—Ni yo, si no lo conociera. —James se ríe y rebaja la pequeña tensión que se ha generado—. En realidad, no debería habértelo comentado. Es muy reservado con sus cosas.

—¿Entonces? —No entiendo a qué se refiere.

—Sé que no le va a importar que tú lo sepas.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque lo conozco mejor que él mismo. —Sonríe y asiente de forma leve con la cabeza—. Sé las cosas que está pensando antes de que lo haga.

No dice nada más y seguimos caminando por el museo, sin prisa. Por suerte, en ningún momento mi equipo de seguridad ha tenido que intervenir, es de las pocas veces que siento como si no estuvieran.

Un par de horas después, y antes de despedirnos, decidimos recuperar fuerzas tomando un chocolate caliente.

—Lena, si te hago una pregunta un tanto personal, ¿te vas a molestar? —suelta Sebastian de repente.

Típico de él. Podemos estar hablando de cualquier cosa hasta que cambia de tema por completo.

—Si crees que me voy a molestar, no la hagas.

—Tienes razón, pero es que quiero conocerte, ¿sabes? —Está mirándome de forma muy fija

—. Y ya que tú no me cuentas ese tipo de cosas, quiero preguntarlo.

—De acuerdo, te escucho —hablo sabiendo que me voy a arrepentir de darle pie.

—Cuando nos conocimos, voy a admitir que te busqué en internet —empieza y no ha dicho nada de momento que no sepa—, y vi que habías tenido pareja, un tal... —se calla unos segundos intentando recordar—, bueno, lo que sea. Según lo que leí, fue una ruptura repentina, nadie se lo esperaba. También le pregunté a Freya y me dijo lo mismo, que fue inesperado. ¿Puedo saber por qué?

—¿Por qué te interesa? —rebato de inmediato—. No le veo un sentido lógico.

Quizá he sonado muy brusca, pero me cuesta entender su punto. ¿Por qué quiere saber mi pasado?

—Si te molesta o te sientes incómoda, no me respondas —comenta para luego asentir—. Como te he dicho, quiero conocer a Lena, solo a Lena, dejando los títulos de lado.

Pocas personas, por no decir que solo mi amiga de la infancia, Martha, conocen los motivos reales por los que mi última relación acabó. No porque fuese un asunto peliagudo —habíamos terminado en buenos términos y teníamos una relación cordial—, sino porque sabía que mi padre, o en este caso el rey, no me entendería. El tiempo supo darme la razón; cada cierto tiempo, me recordaba lo buena pareja que hacíamos y que él ya había rehecho su vida mientras que yo seguía estancada.

Sin saber bien el motivo, decido contárselo, porque no van a juzgarme o decir que no encontraré un mejor hombre para gobernar a mi lado. Estoy segura de que Sebastian me va a apoyar.

—No sé si os habrá pasado alguna vez, pero me sentía atrapada en algo a lo que no veía futuro a largo plazo —admito sin titubear—. Estaba bien con él, era agradable, correcto y a mi padre le parecía bien, que eso es mucho —me río sin ganas—. Pero yo sentía que me faltaba algo.

—¿En qué sentido? —pregunta Sebastian y sus ojos zafiro están totalmente pendientes de mí.

—No era feliz como creía que debía serlo —musito con cierta nostalgia—. Y no solo era eso, había algo más... —Suspiro—. La soledad de la corona. Me sentía muy sola y aun teniéndolo a mi lado no veía que eso cambiase, no conseguía distraerme. Al contrario, era una preocupación más. El mundo daba por hecho que acabaríamos casándonos y yo creía que era lo que tenía que hacer.

Hablar del tema en voz alta es casi como volver a ese tiempo, a pensar en mi decisión y a estar orgullosa de ella.

—¿Quién te abrió los ojos?

—Yo misma, por suerte. Me di cuenta de que antes de ser la futura reina, soy una persona normal, una que merecía y merece ser feliz. Por eso acabé mi relación. Porque primero, ante todo, voy yo.

No digo que aún a día de hoy, la soledad de la corona sigue siendo una de las cargas que llevo en la espalda, esperando que se desvanezca por sí sola cuando sé que no ocurrirá. Sé que es muy posible que tenga que casarme, pero espero hacerlo con alguien que me haga sentir libre y haga desvanecer todas mis preocupaciones cuando estoy a su lado.

—Gracias —habla Sebastian y no lo entiendo, no sé qué me está agradeciendo ahora—. Debe haber sido difícil para ti abrirte de ese modo con nosotros.

—Ha sido más fácil de lo que pensaba, porque no lo conocéis. ¿Y tú, Sebastian? ¿Alguna relación seria?

Decido que la atención se centre en él, así es más fácil.

—Lo típico cuando eres adolescente, pero no, no he tenido ninguna relación más allá de un par de meses. Nada serio.

—¿Y tú, James?

No quiero que se sienta desplazado, así que le pregunto de forma directa.

—La he tenido, no soy como Sebastian, pero hace ya unos años.

—¡Eh! —protesta el aludido—. Ya te gustaría a ti ser como yo.

—¿Qué ocurrió? Si puede saberse, claro.

—Me hizo elegir entre ella y Sebastian. Y con eso te doy la respuesta.

Asiento y los miro, tienen una relación tan bonita, una amistad tan sincera que da gusto de ver.

—Era una petarda —gruñe Sebastian—. Nunca me cayó bien.

—El sentimiento era mutuo —secunda James—. Dejemos estos temas tan serios. Cuéntanos más cosas de la ciudad, Lena.

Y lo hago, volviendo a levantar los muros de mi coraza después de haber abierto mi corazón por unos minutos.

—Creo que deberíamos despedirnos ya —anuncio después de mirar el reloj y darme cuenta de que las horas han pasado demasiado rápidas—. Mañana tenéis el vuelo muy pronto, tenéis que descansar.

—¿Te has aburrido de mí, princesa?

—¿Y tú no te has cansado de mí? —rebato mientras me coloco la bufanda.

—Nunca, princesa. —Entorna los ojos, me sonríe y acaba por guiñar—. Nunca me cansaría de tener a una preciosidad como tú cerca de mí.

—¿Solo por eso?

—También por la comida que me enseñas. Definitivamente la comida. —Me abraza para despedirse, hacerlo casi se ha convertido en una tradición. Y no me molesta en absoluto—. Ahora sí, estaremos tres meses sin vernos, aproximadamente.

—¿No más visitas sorpresa?

—No, lo prometo —concede y alza el meñique para enfatizarlo—. No me eches mucho de menos.

—Ya… —Niego con la cabeza—. Hablas por ti, ¿verdad?

—¿Con esto quieres decir que te voy a echar de menos? —Asiento, ha captado mi indirecta —. Tienes razón, lo haré. Pero sé que hablaremos, es más, voy a avasallarte a mensajes llenos de emojis.

—¿Es una amenaza?

—¿Puede? Es que no sé si es protocolario amenazar a una princesa.

—No, no lo es —niega James y me da la mano—. Un placer verte, como siempre.

—Igualmente, James. Nos vemos en marzo.

Y me subo al coche que ha venido a buscarme.

DIECINUEVE
Lena

Cuando muestras cómo eres de verdad a alguien, siempre le otorgas poder sobre ti. Por eso mismo, he procurado no entregárselo a casi nadie por miedo a que me hagan daño. Con Sebastian no me siento así, estoy segura de que puedo confiar en él, de que no me va a fallar y que haberle confesado uno de mis mayores miedos no va a perjudicarme.

En el coche, de vuelta a palacio y desde que me he quedado sola —o lo más parecido—, mi mente no deja de repetir la última conversación que he tenido con ellos. Había estado tan cómoda y bien que, por unos instantes, no había pensado antes de hablar.

Y eso casi nunca sucede; siempre mido a la perfección las palabras que van a salir de mi boca para no saltarme el protocolo o ser incorrecta.

Me había sentido libre, sin tantas responsabilidades y que podía olvidar todo. Aunque ha sido solo un espejismo.

Sé que cuando llegue a palacio, todo volverá a ser igual, que la realidad va a caer sobre mí y tendré que darle muchas explicaciones a mi padre.

No me va a importar —o intentaré que no lo haga para no arruinar mi estado de ánimo— lo que me diga y que no compartiré su forma de pensar. Seguiré defendiendo lo que creo que es correcto.

Sebastian:
Oye, princesa.

No sé cómo Sebastian es tan oportuno. Sus mensajes casi siempre llegan cuando estoy absorta en mis pensamientos.

Yo:
Dime.

Sebastian:
¿Te molesta si subo una de estas
fotografías a mis redes sociales?
Aprendí la lección.
Por eso primero te pido permiso.

Yo:
¿No eres de los que dicen que es
mejor pedir perdón que permiso?

Sebastian:
Sí, pero contigo eso no funciona.
Tampoco quiero molestarte.
Ni causarte problemas.
Si no quieres, no la subo.
Solo quiero compartir con mis fans lo que para mí
ha sido un gran día.

Observo las imágenes que me ha pasado y hago una criba rápida. Elijo la que creo que no se va a malinterpretar —aunque no es mi preferida —; de hecho, es en la que salimos más forzados y sin naturalidad. Hay una en la que sale mirándome y yo sonrío como si fuese cómplice de ese gesto, como si no nos importase nada más que nosotros. Su mirada expresa tanto que me siento algo intimidada por lo íntima que me resulta.

Yo:
Esta.
Sube esta.
Hablamos más tarde.

Vuelvo a analizar la fotografía, buscando detalles que se me hayan pasado por alto. ¿Tenemos tanta complicidad o ha sido solo casualidad? Porque hay cosas que no pueden fingirse tan fácil. Y menos aún que traspase la pantalla. Antes de llegar, compruebo si la ha subido. Aún no me acostumbro a tener una cuenta privada —ni creo que lo haga nunca—, pero en este momento me resulta muy útil. Encuentro la nueva publicación con una fotografía con James primero y luego la otra conmigo. No controlo una carcajada al leer lo que se supone que ha puesto en sueco, no tiene sentido gramatical. Eso sí, es un gesto muy bonito y muy típico de él; Sebastian es muy detallista.

Yo:
¿Has usado el traductor de Google?

Sebastian:
Me ofendes, princesa.
¿Por qué crees eso?

Yo:
Tu frase no tiene sentido.

Sebastian:
Eh, ¿cómo que no?
Google no miente.
No le acuses de algo así.
Se va a ofender y no va a quererte.

Yo:
“Reina, futura, gran y amiga”.
Esa es la traducción de lo que has puesto en sueco.

Sebastian:
Sufro.
Ya no confiaré en ese buscador.
Google ya no es infalible para mí.

Yo:
La próxima vez puedes preguntar.
Te ayudaré.

Sebastian:
¿Aprender sueco con la futura reina del país?
Menuda oferta.
Te tomo la palabra, Lena.
Y no se me pasa por alto que has dicho
que habrá próxima vez.
Ahora no puedes echarte atrás.

Yo:
Hej då.

Sebastian:
¿Qué?
¿Qué acabas de decirme?
¿Es un insulto?
¡Lena!

Yo:

¿No querías que te ayudará con el sueco?
Primera lección, eso significa adiós.

Sebastian:
Ah, entonces bien.
Hej då a ti también.

Al entrar al palacio, no saludo a mis padres. Sé que debería hacerlo por educación, pero ya se encargará alguno de los trabajadores que rinden cuentas al rey anunciar mi llegada.. Voy directamente hacia mi habitación y ahí está Freya, tumbada en la cama.

—¿Qué haces aquí?

—Ya que tú no me avisas de que vas a quedar con Sebastian, yo tampoco lo hago para echarme una siesta en tu cama.

—¿Te ha molestado mucho? —Me detengo y la miro, muy preocupada. No quiero que se sienta desplazada—. Si es así…

—Para nada —me interrumpe aún con una gran sonrisa—. Si hubiera ido, no creo que Rìgh Bastian hubiese estado tan tranquilo y tan… él.

—¿Cómo?

—He visto las fotografías que ha subido, y las que me han llegado en secreto por otras fans, y hacía tanto tiempo que no lo veíamos tan feliz. —Suspira—. Ojalá fuera siempre así.

Pensaba que se lo tomaría mucho peor, sobre todo por su actitud —acorde a su edad— y lo fanática que es. Y sí, tiene razón, Sebastian seguramente no hubiera estado así. Habría interpretado su papel.

—¿Segura de que no te has molestado?

—Que sí, Lena —asegura muy convencida—. Si no fuera porque eres mi hermana, también estaría en el barco. Sois muy *shippeables*. —Después de decirlo se levanta, o lo intenta, ya que se tambalea y voy casi corriendo a agarrarla para evitar que se caiga—. Antes de que lo preguntes, estoy bien.

—¿Estar bien es casi caerse al levantarte?

Busco cualquier señal visible para apoyar mi frase, algo que me demuestre que no está bien. No encuentro nada.

—Es por hacerlo rápido. Una bajada de tensión, es muy normal.

—Freya…

—Ya que mañana me voy hasta navidades… —Parpadea poniendo su mejor expresión de niña buena—. ¿Vemos una serie juntas?

Ha cambiado de tema por completo y no sé si es porque es solo un bajada de tensión como ha dicho, o hay algo que no sé. Llevo semanas preocupada, dándole pie en más de una ocasión a que me cuente lo que quiera, pero no lo hace. Y no quiero insistir mucho más por si resulto invasiva y se cierra en banda. Por el momento seguiré observándola de cerca —dentro de mis posibilidades—, por si descubro qué la tiene así, aunque tengo muy claro que si va a peor, me será igual todo lo que he dicho. Haré lo que haga falta para ayudarla (incluso ir en su contra).

—Claro que sí.

—¡La elijo yo! —se apresura a decir—. Sé de una que te va a encantar.

Cuando Martha me ha enviado esta mañana un mensaje para que pasemos la tarde juntas, he aceptado de inmediato. Me apetece mucho verla —sobre todo porque no está quieta mucho

tiempo— y pedirle su opinión con ciertos temas para ver su punto de vista.

Sin embargo, todo mi buen humor se esfuma al leer los artículos que se han publicado sobre Sebastian y yo, y lo que creen que es ya una pareja oficial y sólida. Son todo mentiras, especulaciones sin fundamento a raíz de unas fotografías.

—Por tu cara de amargada, has leído alguna de las múltiples noticias que hay sobre ti. —Martha se sienta delante de mí con un perro entre los brazos. No me saluda, nunca lo hace. Va directa al grano—. Por cierto, se llama Albóndiga y eres su tía. Tu deber es cuidarlo y mimarlo mucho.

—No sabía que tenías uno —murmuro, observándolo con curiosidad y dejando que me olisquee la mano. Siempre me han gustado mucho los animales—. Ni que tuviera un nombre tan peculiar.

—He estado en España hace poco y la palabra me hizo mucha gracia, tiene una sonoridad peculiar. —Le acaricia la cabeza con cariño—. Tienes mucho que contarme.

Desde la última vez que nos vimos —hará unos tres meses—, le ha crecido bastante el pelo y tiene la piel mucho más bronceada, seguramente debido a su reciente estancia en el país mediterráneo. Aunque diga que su trabajo es supervisar algunas de las empresas de sus padres, lo que de verdad hace es viajar por el mundo porque se aburre si se queda en el mismo sitio mucho tiempo. Le da igual lo que piensen o lo que esperan de ella por ser miembro de una de las familias aristocráticas más antiguas del país.

Por eso nos hicimos amigas desde pequeñas, porque le dio igual mi apellido, al contrario que muchos niños de nuestra edad. Aún me recordaba la frase que me dijo solo al verme, sin ningún tipo de pudor: «Pues para ser la futura reina, parece que tienes un palo dentro. ¿Te da miedo mancharte el vestido?»

Desde ese momento, nos habíamos hecho prácticamente inseparables, hasta el punto en el que me decía lo que pensaba en cada ocasión, fuera bueno o malo. Eso sí, siempre me apoyaba. Siempre. Lo bueno es que a mi padre, no le molestaba esa amistad; al contrario, siempre me había animado a que siguiese con ella porque estaba bien vista para la alta sociedad del país y para él, que era lo que le importaba. Si el rey no aprobaba una amistad, no podía tenerla; había controlado mucho ese aspecto de mi vida cuando era niña y adolescente.

Hasta que me había plantado, como ahora con Sebastian.

—Tú también, según lo que me has ido contando por mensajes.

—Ya, pero a mí no se me relaciona, de nuevo, con un cantante famoso.

—Empieza tú, Martha.

En el que más tiempo ha estado ha sido en España porque van a abrir una sucursal. Ya había estado en ese país, en el mismo momento en el que yo me marché a Yale para estudiar. Recuerdo cómo dijo que necesitaba playa, calor y descansar, que estaba demasiado cansada de la vida en Suecia. Quedó cautivada, hasta el punto en que lo recorrió entero varias veces y pasó mucho tiempo en las zonas costeras del mediterráneo.

Al final, después de un año sabático, decidió estudiar en una universidad privada de Valencia, porque según sus palabras textuales, amó las paellas, la horchata, los fartons y su fiesta tradicional.

—Suficiente de hablar de mí y de todas las chicas con las que he estado, es tu turno. —Me apunta con el dedo—. Toca lo importante.

—¿Saber cómo hemos estado no lo es?

—Ya me entiendes, Lena, deja tu protocolo y educación a un lado. —El perro le lame la

mano—. ¿Ves? —apunta—. Albóndiga piensa lo mismo, queremos chisme.

—Entonces no sé a qué esperas para preguntarlo de forma directa —hablo con calma—. Los rodeos no son tu estilo.

—¿Te has liado ya con el cantante o no? —Resoplo y ella se ríe a carcajada limpia—. Es que tenéis una tensión sexual que se nota a leguas. ¿Por qué no lo arregláis? La solución es muuuy sencilla y os va a aliviar, nunca mejor dicho, a ambos.

Me lo suponía desde que había nombrado a Sebastian. Martha es muy liberal, cree en las relaciones abiertas y no le da importancia a la fidelidad, tampoco al género de las personas. Nunca se había ocultado ni avergonzado de ser quién era, presentándome muchas de sus parejas chicos o chicas.

Eso sí, todo lo hacía con discreción, porque si se supiera, supondría un pequeño escándalo. Lo bueno es que ella tiene suerte, solo es conocida en Suecia y la prensa no persigue sus pasos.

—No pienses cosas que no son, ni siquiera nos has visto a los dos juntos —niego. Sí ha habido tensión entre ambos, pero no de ese tipo—. Somos amigos.

—He visto fotografías, vídeos... Lena, en serio, te diré dos cosas: tíratelo, y repite.

Suspiro. Eso no solucionaría ninguno de mis problemas.

—¿Todo lo relacionas con el sexo? —Alzo una ceja mientras la analizo. Sí, lo piensa de verdad, no está bromeando—. Te llevarías bien con él.

—Sí, lo sé. Me cae bien, de hecho —confirma—. No lo conozco, pero he visto sus entrevistas y sus publicaciones en las redes sociales. Va a venir a Estocolmo ¿no? Me refiero a de nuevo.

—Sí.

—Bien. Estaré en la ciudad, querré que me lo presentes —sentencia, sin posibilidad a réplica —. Mi madre estará contenta de que me quede unos meses por aquí. También estaré en esas cosas aburridas que les gusta a nuestras familias, no podré escaquearme.

—Nikolaj vendrá a mediados de enero. —No sé por qué me ha venido a la cabeza mi amigo —. Así que si tu familia hace algún tipo de recepción o evento, invitadlo.

Hablaba a diario con él y llevaba semanas diciéndome que estaba cansado de que su padre le estuviera exigiendo que actuase de una forma que no quería, que tampoco le apetecía que no parase de recordarle que tenía que casarse y que era el único de sus hermanos que no lo había hecho. No me gustaba hablar de asuntos tan importantes por mensajes y no nos comunicábamos por otro método; a él no le gustaban las videollamadas, así que quería tenerlo enfrente para que se pudiese desahogar tranquilamente y entenderlo, porque lo hacía a la perfección.

Aunque una parte de mí tiene miedo de que lo que me diga sea un reflejo de lo que en un futuro pueda pasarme. Kristoff tiene novia y, si todo sale bien —que eso espero, porque deseo la felicidad de mi hermano—, se casará y tendrá hijos.

¿Mi padre me presionará aún más?

—Sin problema. Avisaré a mi madre, estará encantada. Dice que el príncipe es un muy buen partido. Por suerte no me comenta que me case con él porque sabe que no me gustan solo los hombres, pero si no…

—Mi padre piensa lo mismo. Quizá, si sabe que estará de nuevo en Suecia, me habla, porque me ignora.

—¿De nuevo?

—La pregunta es cuándo no, si desde que le llevo la contraria no para de hacerlo. —Suspiro —. Es mi madre la que tiene que interceder entre nosotros.

—Vamos, que vas a tener una Navidad movidita —resume, haciendo una mueca con los

labios—. Si te agobias, mi casa siempre está abierta para ti, Lena.

—Lo sé, gracias.

Hablo con Martha durante una media hora más hasta que se marcha junto a Albóndiga, que ha provocado un poco de caos en el salón. Verlo me ha hecho recordar lo mucho que me gustaría tener uno propio, aprovechando el gran espacio que tiene el palacio, pero siempre que lo he sugerido he obtenido un no por respuesta.

Gracias a mi madre, en el día de Navidad el ambiente ya no es tan tenso.

Se había encargado de recordarnos a los dos —siempre que podía y nos veía solos—, que no dejaban de ser unas fechas importantes para celebrarlas en familia y estar bien, que no servía de nada estar enfadados. Sabía, por boca de Kristoff, que los motivos por los que mi padre estaba enfadado conmigo eran por mi falta de compromiso con mi posición y mi cargo —algo inconcebible para una heredera—, y que esperaba unas disculpas por mi parte.

No van a suceder.

Si el rey no da el primer paso, si no se disculpaba antes, yo menos. Tengo más motivos para estar enfadada.

Sebastian —aprovechando estos días tan marcados—, también me había felicitado las fiestas, aunque no por un simple mensaje; no era su estilo. Me había mandado un vídeo en el que me cantaba un villancico típico americano en el que me incluía en la letra, acompañado solo por una guitarra. Al seguir hablando con él por videollamadas y mensajes, me había contado que no había vuelto a su ciudad natal y que la familia de James se había trasladado a Los Ángeles para pasar las festividades juntos.

Y cuanto más hablábamos cerca de Navidad, más distinto lo notaba. Era como si forzase sus actitudes y comentarios, bromeando sin su usual carisma. No quise presionar para que me contase lo que le ocurría —lo mismo que había hecho conmigo en Estocolmo—, le di la oportunidad al preguntarle si todo iba bien, pero aseguró que sí aunque sus ojeras fuesen cada vez más evidentes a través de la cámara.

—¿Os habéis enterado? —pregunta Freya, sentándose a nuestro lado en uno de los sofás del salón.

Otra de las tradiciones que tenemos en familia es que los días de Navidad, si podemos, pasamos el máximo tiempo juntos, jugando a juegos de mesa, viendo una película o lo que nos apetezca.

—¿Algo que ha hecho tu cantante favorito para que lo ames más? —se aventura Kristoff y la abraza para que se apoye en él—. Te escuchamos.

—Ah, no, no es nada de Rìgh Bastian. Está muy callado en redes.

—¿Entonces, cariño?

—Nathaniel tiene novia. Lo ha anunciado la Casa Real.

Eso parece llamar la atención de mi padre, que coge la tableta que tiene al lado y busca la información.

—El príncipe Nathaniel con una plebeya… —empieza a decir mientras niega con la cabeza —. No sé cómo debe habérselo tomado la reina, dudo que muy bien.

—Si se ha hecho oficial, es que ella ha estado de acuerdo, Gustaf. Además, siempre ha sido su ojito derecho.

—Pues yo no le veo problema —murmura Kristoff, pellizcando la nariz a Freya—. No

entiendo a dónde quieres llegar, padre.

—A que la novia no es la adecuada. Divorciada, de otro país, plebeya…

—Padre, ¿te das cuenta de lo elitista que suenas? —gruño, molesta—. ¿Qué problema hay en que sea plebeya? Las monarquías se están modernizando, no es la primera ni la última.

—Lena, no. —Niega y da un largo sorbo a su copa de vino—. No me apetece discutir contigo.

—No lo estamos haciendo. —Me siento mejor en el sofá, con la espalda bien erguida para reforzar mi posición—. Yo ya sabía que estaban juntos. Nathaniel me ha hablado muy bien de ella, está muy enamorado y feliz.

Mi reacción al saberlo había sido de sorpresa, pero lo había apoyado de inmediato. ¿Qué importa quiénes sean los padres de Charlotte? Ni que fuese peor persona por no haber nacido en una familia aristocrática.

—¿Lo sabías? —repite con el rostro desencajado.

—Sí, desde hace meses —confirmo. También Sebastian me lo había dicho, al verlos en su concierto en Canadá—. Nathaniel es mi amigo, ¿no es lo que siempre quisiste, padre? ¿No querías que me relacionase con él?

—A medias —admite, con la nariz arrugada de frustración—. Consideraba que era un buen candidato a ser el rey consorte, era de nuestro mundo y estrato social. La reina tenía la esperanza que tú consiguieras centrarlo y yo...

—Gustaf, suficiente —intercede mi madre. Tiene la mirada fija en mí, sabiendo que si lo hace voy a molestarme—. Hoy en día, la nobleza no es algo importante, muchas Casas Reales lo están demostrando. Lo ha dicho Lena, se están adaptando a los nuevos tiempos.

Y aunque no debería, hablo sin pensar.

—¿Qué ocurriría si yo decidiera salir con un plebeyo?

Sé que volveré a enfadarme con mi padre por eso. ¿Me importa? No en este momento. Necesito saber su opinión.

—Preferiría que no lo hicieras —admite luego de un largo silencio.

—¿Por qué? Quiero una explicación lógica, no solo porque eres el rey y sabes lo que hay que hacer.

—Porque no quiero.

—Sigues sin decir un motivo.

—No es necesario, mi negativa es suficiente. No aprobaría que te casaras con un plebeyo, de otro país y que tuviera hijos o hubiera estado casado…

Me reta con la mirada, frunce el ceño y sus arrugas se marcan un poco más. Lo he puesto al límite, porque no sabe qué responder o cómo hacerlo sin ofenderme. Su única razón es que él no lo quiere así; no dirá más. Y es justo lo que he pedido que no haga.

Kristoff me aprieta la mano para apoyarme, lo miro y sonríe. Me entiende, o eso parece, porque decide que la atención pase a él, ayudándome una vez más, salvándome de una discusión.

—Supongo que no es un buen momento para decir que tengo novia.

No es que no le agradezca lo que ha hecho, su gesto impulsivo ha sido para beneficiarme. El problema es todo lo que va a suponer para mí que mis padres sepan que tiene pareja; los comentarios, reproches, las noticias en las que la opinión pública hará escarnio de que yo siga soltera… Además, es una de las chicas que el rey aprueba y tiene su visto bueno. Tendré más presión social por el qué dirán y por lo que yo misma me impondré. No quiero privar la felicidad de mi hermano y condicionar su futuro. Me sentiría tremendamente culpable.

—¿Tienes novia? —Mamá intenta poner orden a la situación, sonriendo con cariño, queriendo calmar el ambiente—. Me alegro mucho, cariño, siempre que tú seas feliz.

A mí eso no me sirve para tranquilizarme. Sigo muy molesta con mi padre. Siempre con sus opiniones infundadas de las personas que en un primer momento no le causan buena impresión.

—¿Y se puede saber por qué no nos lo has dicho? —exige saber el rey, con su voz firme, demandante.

Es más que obvio que no le gusta no haber sabido una noticia así desde el primer momento.

—Quizá porque no te interesaba, padre. —Kristoff no se siente intimidado y vuelve a sonreír, demostrando que no le importa ni se siente culpable por habérselo ocultado—. De hecho, no tenía pensado decíroslo tan pronto. Madeleine no se lo espera y cuando se lo diga, sé que va a entrar un poco en pánico. Al contrario de lo que piensas, padre, mi vida privada sigue siendo mía.

—¿Madeleine? —inquiere el rey, con repentino interés genuino—. ¿Madeleine von Heidenstam?

—Esa misma.

El alivio en los ojos de nuestro padre es tan grande que, por mucho que quiera seguir con su rostro de impasibilidad, no puede. Tiene esa mirada de orgullo que pocas veces le he visto, y es dirigida a mi hermano. Está orgulloso de que tenga una pareja al que cree que es su nivel.

Y a mí eso me altera más.

¿Por qué tiene que sentirse orgulloso por algo que no es un logro de mi hermano? Sé que él estaría más contento si hubiera obtenido esa mirada cuando ha hecho buenos discursos, cuando acabó su formación en el ejército o cuando terminó su carrera universitaria. En todas esas ocasiones lo que le dijo fue que era su deber como príncipe, lo que se esperaba de él.

Sé que mi padre siempre me había apoyado de cara a la opinión pública en el tema de que yo iba a ser la futura reina, porque algunos sectores del parlamento seguían sin estar de acuerdo con que una mujer gobernase. Pero pese a eso, a veces tengo la sensación de que él hubiese preferido a Kristoff como futuro rey, y ver cómo lo mira por el mero hecho de tener pareja, hace que tenga más desconfianza en mí misma.

La ley de sucesión cambió antes de que yo naciese, poco después de que mis padres se casaran. No sé qué hubiera pasado si tanto Kristoff como yo hubiéramos nacido en ese momento, si hubiéramos sido mellizos, ¿hubiera aceptado que la ley tuviese un carácter retroactivo? Pensar en ello siempre me genera muchas dudas, porque nunca sé si mi padre está de acuerdo con que yo sea la futura reina, por mucho que me haya educado para serlo. Lo que hago nunca es suficiente para él.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —espeta, volviendo a mostrarse sin emociones—. Has roto muchas normas sociales al no hacerlo. Al ser de la nobleza, tenías que...

—Me importan muy poco los convencionalismos sociales, padre —tercia Kristoff, negando con la cabeza a la pregunta de Freya de apartarse—. No dejamos de ser dos personas jóvenes que han empezado a salir.

—Su familia exige un respeto, Kristoff. Deberías haber pedido permiso a su padre para cortejarla.

—Padre, estamos en el siglo veintiuno. —Mi hermano niega con la cabeza—. Sus padres tampoco lo saben. Solo lo conocían Lena y Freya.

—Otro secreto que nos has ocultado, entonces —tercia mi padre, mirándome y reprochándomelo, como si tuviera la culpa—. No me esperaba esto de ti.

—¿El qué? —No entiendo que me lo eche en cara—. ¿Ocultarte un secreto de mi hermano? ¿Uno de mi amigo? Porque si es así, no me arrepiento para nada, he actuado como creía conveniente. Y volvería a hacerlo.

—No seas hostil, Lena. Deberíamos estar contentos con la noticia del noviazgo de tu hermano con una chica de buena familia. La prensa lo verá bien, estoy seguro.

Escuchar eso es lo que acaba por encender la mecha que hace que explote. ¿Por qué la prensa va a verlo bien solo por el hecho de ser de una buena familia? ¡No es lógico!

—¿Y hablarán bien de ella solo por eso? —intercedo sin filtro—. ¿No comentarán sus estilismos de cada acto oficial? ¿No malinterpretarán todo lo que haga?

—Lena, detente ahora mismo —pide mientras deja la copa de forma muy brusca en la mesa auxiliar que hay a su lado.

—¿Por qué? Es que me hace gracia que aceptes a Madeleine sin conocerla en profundidad. —Miro a Kristoff y me disculpo con la mirada. Sé que ella no tiene la culpa de esto—. No te lo tomes como un ataque, no sé cómo es tu novia, y estaré encantada de conocerla, sin tener prejuicios antes de tiempo, justo lo contrario que hace nuestro padre.

—Lena... —Ahora es mi madre la que me pide que pare, pero es que no tengo ganas de frenarme.

—Sé que no la juzgarás —lo doy por hecho y sé que no me equivocaré—. Y dirás que es un buen partido, ¿sabes por qué lo sé? —le pregunto—. Porque es noble, cosa que te encanta, pero no solo es eso, ¡cumple con tu ideal perfecto! Aunque fuese plebeya te daría igual, porque tiene el prototipo que esperas para tu hijo.

He cruzado el punto de no retorno.

—¡Basta! —Mi padre se levanta de la butaca en la que estaba, muy molesto. Le he hecho perder el control—. No consiento que me digas este tipo de cosas.

—Juzgas a la gente solo porque no entra en tu ideal monárquico. ¿Qué importa si no son de nuestro círculo o aristócratas? —Cojo aire y me muerdo el labio—. Llevas haciéndolo años con todos nuestros amigos, posibles parejas… Y ahora no solo lo estás haciendo con Charlotte, también con Sebastian.

Estoy tan molesta que me voy sin que me pueda contestar, solo escucho sus gritos pidiendo que vuelva. No me arrepiento de haber sido impulsiva, esta vez no. Al contrario, hay una parte de mí que se siente liberada, porque esta vez no me he callado y he dicho lo que pensaba sin temor a las consecuencias, que las habrá.

Aunque hay algo que sé con seguridad: por mucho que ahora él considere que no soy adecuada para gobernar, no puede impedir que sea la futura reina, o no de forma fácil. Para hacerlo, tendría que tener la mayoría del congreso y explicar razones lógicas.

Quiero creer que no va a llegar a ese punto, porque sería la demostración real de que no confía en mí y no quiere que gobierne.

Y rompería algo en mí que nunca podría recuperarse.

VEINTE
Sebastian

Una de las primeras cosas que hice al llegar a Los Ángeles, además de quitarme la ropa de abrigo y quejarme del frío que había pasado, fue imprimir las fotografías que nos habíamos hecho Lena y yo para colgarlas en la pared con las demás. También intenté componer algo, aprovechando mi buen estado de ánimo, sin resultado. No le quise dar muchas vueltas, no en unas fechas tan especiales —no quería arruinar la Navidad a nadie—, solo me dediqué a tocar mis canciones y a disfrutar de la música.

—Seb… —empieza James, entrando a mi habitación con total confianza. Sabe que puede hacerlo sin problemas—, ¡Sebastian, no te sientes en la cama!

—¿Por qué no? —Río porque sé que estas cosas le sacan de quicio, es muy meticuloso. En parte las sigo haciendo porque sé que va a quejarse, aunque me lo haya marcado toda nuestra vida—. Es cómodo, más que cualquier otra silla.

—Las camas no están hechas para sentarse —explica, como si estuviera hablando con un niño pequeño—. Son para dormir.

—¿Solo para dormir? —Enarco una ceja y, al ver que entiende a lo que me refiero, le lanzo una de las almohadas que hay—. ¡Me adoras, no lo niegues!

—No me hagas repetir lo de siempre. Siéntate a mi lado.

—Es por estas cosas que sé que serás un buen padre. Un poco bastante pesado, pero buen padre —aseguro y le sonrío con sinceridad. No tengo dudas—. Ya sabes, yo seré el tío guay, el que consiente y no riñe. — Me levanto para sentarme a su lado—. ¿Mejor? Así puedes ver mis preciosos ojos de cerca.

—Tengo tus ojos muy vistos —resopla, casi perdiendo la paciencia—. A ti en general.

—¿Qué venías a decirme? —reconduzco la conversación sabiendo que está al límite de molestarse por mi actitud.

—He aceptado una oferta para una actuación televisiva.

—¿Ah, sí?

Me sorprende que lo haya hecho sin consultarme, pero es James, estoy seguro de que es una gran oportunidad.

—Espero que no te moleste que me haya tomado la libertad de hacerlo —se excusa y le hago un gesto con la mano para decirle que me da igual—. Es para la actuación inicial de *The Voice*, acompañado de los demás *coaches* antes de empezar las audiciones.

—¿Y no puedo quedarme para darle al botón? Siempre ha sido mi ilusión.

—¿Quieres dejarme acabar? —resopla. Lo he llevado al límite al pobre—. A uno de ellos le gustaría que fueras su asesor, si tú quieres. Eso lo he dejado para que lo decidas tú.

Las siguientes horas, las pasamos repasando todas las ofertas que le han llegado, ya sea para

anuncios, actuaciones, entrevistas o colaboraciones con otros artistas. La única que he aceptado, de momento, es la que ha mencionado y pregunto las fechas de grabación; no quiero que coincida con mi viaje a Suecia. También me intereso por los otros asesores y cuando averiguo quiénes son, sé que tendré que llevar a Lexie, si no lo hago y se entera, va a matarme; es una fan acérrima de una de ellas y se sabe todas sus canciones.

Ni James ni yo comentamos que, pese a la gran fama que tenía de antes —porque soy conocido a nivel mundial—, nunca antes me habían invitado a un programa así de familiar. Mi mala fama me precede y lo más probable es que los directivos de la cadena no querían que se me asociase a su marca, aunque siendo realistas, si me hubieran invitado antes, los audiómetros hubiesen reventado, sobre todo por todo el público adolescente que hubiera visto el programa para ver mi actuación.

Sé perfectamente el motivo por el que ahora eso ha cambiado. Es gracias a Lena.

No es que ella haya hecho algo —porque no puede, ni tampoco quiere—, pero desde que se nos ha relacionado, y pasadas las primeras semanas en las que la mayoría de prensa creía que solo se trataba de una simple aventura más por mi parte, mi imagen se ha visto muy beneficiada y mi popularidad ha sufrido un auge que no me esperaba.

La prensa ya no me considera uno de los chicos malos sin corazón de la industria, dicen que estoy enamorado y que he cambiado, todo por Lena. Nos califican como la pareja del año y una de las más románticas del siglo, comparándonos en todo momento con la bonita historia que tuvieron el príncipe Rainero de Mónaco y Grace Kelly, personas que he tenido que googlear para saber quiénes eran.

Al contrario de lo que pensaba en un primer momento, no me importa que se hable de mí si es con Lena. No solo porque me está beneficiando, sino también porque si yo sé la verdad, al igual que la princesa, ¿por qué debería molestarme?

—¿Hemos acabado?

—¿Tienes prisa acaso?

—No, pero quiero contestar un mensaje de Lena. —James se levanta y niega con la cabeza—. ¿Qué?

—Nada, Seb, nada.

Poco antes de que sea Navidad, la familia Watson llega para que podamos celebrarla todos juntos. Como me suponía, cuando le digo a Lexie que voy a conocer a una de sus cantantes preferidas se vuelve loca; empieza a saltar, chillar y emocionarse, hasta que me exige ir conmigo para conocerla, alegando que si no se lo ofrezco, no me lo perdonará en la vida.

—¿No vais a preguntarme acerca de la princesa? —pregunto en la cena. He notado más miradas de las habituales en ellos, sobre todo en la madre y abuela de James.

—¿Por qué deberíamos, cielo? —tercia Ava mientras me sirve un poco más de puré en salsa.

—Porque es lo que yo hubiera preguntado —admito, encogiéndome de hombros—. Me gusta saberlo todo.

—Pero nosotros ya lo sabemos todo. —Ava se ríe y mira a James, que niega con la cabeza—. Cuando tuvimos dudas, recurrimos a nuestra fuente de información principal.

Ver a mi amigo riendo después de que durante estos días haya estado más distante de lo habitual y mucho más misterioso, me alegra. Sé que me está ocultando algo, y puedo hacerme una idea del tema —porque lo conozco—, pero no me parece correcto que cargue él solo con el

problema.

—¡James! —protesto, haciéndome el ofendido.

—De hecho, fui yo —contesta Lexie como si nada—. Y no fue como lo estás contando, mamá —se justifica—. Les hablé de lo que me había parecido la princesa, o sea, lo poco que me contaste y pude saber. Tenía ganas de hablarlo con alguien y surgió.

—Si quieres contarnos cualquier cosa con respecto a ella, te escuchamos —tercia James padre, de forma cálida y familiar—. A la nana seguro que le hace mucha ilusión conocer detalles de la realeza, ¿cierto?

Entre James y yo contamos todo lo que se me ocurre de Lena y lo que sé de ella. James es mucho más profesional, explica detalles de protocolo o información importante respecto a lo que supone que sea la princesa heredera. Cuando me canso de que se hable de mí o de algo que me influye de forma directa, le hago a Lexie las preguntas que no soporta, para que la atención se centre en ella, ganándome así una mirada de odio.

—Desembucha —le exijo a James aprovechando que estamos solos. Su familia ha ido a la sala de estar para ver una película mientras nosotros traemos galletas y dulces—. ¿Qué es lo que te estás callando?

—Sebastian, no es un buen momento.

Aparta la mirada y esa es la confirmación que necesito para saber que tengo razón.

—No me hagas insistir —le pido casi en un susurro, mirándolo con clemencia.

—He dicho que no es el momento. No quiero… —Traga saliva—. Es igual.

—No quieres arruinarme las fiestas —completo y me muerdo el labio—. ¿Y es justo que tú te comas el problema solo? Somos un equipo.

Sabe lo que me gusta la Navidad y estas fechas desde que las paso junto a su familia y no quiere fastidiármelas. Todo un detalle. Pero no me sirve, no si él está así por ello.

—Puede esperar... —sigue dándome largas.

—No, no puede. —Lo agarro del brazo para que no se marche—. Dímelo, por favor.

Duda de tal forma que sé que no será nada bueno; mucho peor de lo que ha sido en el pasado.

—Mis amigos en la prensa me han dicho que quiere hablar, Sebastian —murmura en voz tan baja que parece que sea su culpa.Es como si me pidiera perdón—, que lleva tiempo queriendo hacerlo.

—¿Has intentado que cambie de opinión con más dinero?

—Sí, he llegado a ofrecerle una cantidad desorbitada, creyendo que no la rechazaría. Lo ha hecho —admite, derrotado—. Quiere contar su versión de la historia, de vuestra relación y de lo que le parece tu relación con Lena. —Aprieto el puño con rabia, ese había sido su detonante. No había tenido suficiente con joderme la vida desde que tenía memoria; ahora quería opinar sobre mi supuesta pareja ante la prensa—. He dejado muy clara tu postura en esto, tanto a ella como a las cadenas de televisión más importantes. Sé que los programas con más audiencia no van a darle una oportunidad, porque saben que si lo hacen van a ganarse un enemigo y que nunca vas a dejar que te entrevisten. Eso sin contar que algunos, al saber la historia, me han asegurado que no le darán voz en sus espacios. Pero...

—Pero quizá no es suficiente —vuelvo a completar su frase—. Voy a tener que hablar con ella.

No hay otra solución; sé que nada hará que cambie de idea si no soy yo mismo.

—¿Seguro?

—No —concedo con cierto miedo—. Pero estoy harto de vivir según lo que mi madre decide.

—James me abraza y hago un esfuerzo para que el nudo de la garganta se me pase—. Eso sí, después de las fiestas. Nada ni nadie arruinará mi tiempo del año favorito con mi verdadera familia.

—¿Estás bien? —intenta saber James.

Asiento con un sutil movimiento de cabeza y sigo con la vista fija en la ventana del coche.

Habíamos llegado hacía poco a nuestra ciudad natal, Baltimore, y ver las calles me trae muchos recuerdos. Me esperaba que hiciera más frío, pero no es así. O quizá es que mi cabeza está en otra cosa.

Por mucho que me esforcé para impedirlo, saber que mi madre quería hablar en público sí me había arruinado la Navidad. Lo disimulé lo mejor que pude, incluso cuando hablaba con Lena, aunque lo notó. No sé cómo, pero lo hizo. Quizá le pasaba lo mismo que a mí con ella, que veía de forma muy clara lo que quería ocultar al mundo.

—Gracias —musito sin querer decir nada más.

—Sabes que no tienes que darlas.

Mi relación con mi madre nunca había sido buena y si lo había sido alguna vez, ya ni lo recordaba. Creo que en mis primeros años de vida fuimos felices; es lo que ella siempre se encargaba de recordarme, que cuando mi padre estaba vivo todo iba bien.

Éramos una familia como cualquier otra, viviendo en una zona de la ciudad decente, un barrio familiar con buenos vecinos como los Watson y otras personas que querían lo mismo que mis padres; empezar una nueva vida y ser felices.

Hasta que mi padre murió. Era soldado del ejército y como muchos otros, antes y después que él, falleció estando de servicio, dejando una huella muy difícil de borrar. Desde ese momento todo cambió; mi madre dejó de ser cariñosa y atenta, refugiándose en el alcohol para apaciguar su dolor.

No le reprocho la manera en la que afrontó la pérdida de mi padre, ni yo mismo sé cómo hubiera actuado de haber sido mayor. Quizá hubiera hecho lo mismo, o quizá no. No soy nadie para juzgar la manera en la que pasó su duelo.

Pero lo que sí tengo derecho a reclamar es que dejara de preocuparse por mí.

Le molestaba mi presencia, me chillaba por cualquier cosa y pagaba sus frustraciones conmigo, culpándome de todo lo malo que le ocurría. No me valoraba; para ella, todo lo que hacía estaba mal y no paraba de repetirme que sería un fracasado en la vida, que no conseguiría nada de lo que me propusiera y que siempre sería la sombra de mi padre.

Al ser pequeño, no entendía nada; solo quería su cariño como cualquier niño, pero ella me rehusaba, por lo que empecé a buscar ese afecto que me faltaba en los Watson. James y yo nos habíamos hecho amigos desde que nos conocimos y sus padres, que sabían mi situación, empezaron a tratarme con amor.

Cuando más tiempo pasaba, mi madre iba a peor. Bebía cada vez más y eran pocas las veces que estaba sobria, se gastaba toda la pensión que recibíamos por la muerte de mi padre en sus vicios y caprichos, dejando una mínima parte para comida y otros gastos necesarios. Mientras tanto, yo había aprendido a refugiarme en James y sus padres, pasando el menor tiempo posible en mi casa para evitar sus reproches. Eran mi vía de escape.

Cuando ella se dio cuenta de lo que hacía, se molestó mucho y me reprochó que no la quería, que no estaba siendo un buen hijo, dejándola sola con todo su dolor y sufrimiento. No olvidaré

nunca cómo le fue a reclamar a los Watson que dejasen de robarle a su hijo, que era el único recuerdo que le quedaba de su marido y que no tenían derecho a hacerlo porque ella era mi madre.

Todo fue a peor cuando empezó a probar otro tipo de sustancias y se pinchaba delante de mí sin ningún tipo de pudor. Al final, acabamos perdiendo la casa, porque no pagaba las facturas ni la hipoteca.

Me acostumbré a vivir en nuestro nuevo apartamento, situado en una zona conflictiva de la ciudad, haciéndome valer y demostrando que no la necesitaba, aunque sí lo hacía. Los primeros meses los viví aterrado al ver nuestros nuevos vecinos y todo lo que sucedía en esas calles. En ese momento, los Watson intentaron que las autoridades intervinieran y le quitasen mi custodia para luego adoptarme o convertirse en mis tutores legales.

No resultó; los servicios sociales no vieron indicios de lo que habían dicho los Watson, ni tampoco de sus malos hábitos. El sistema me dejó a manos de una mujer a la que no le interesaba su propio hijo, a quien tenía descuidado y maltrataba mientras tenía superioridad física. No había una razón lógica para que me tratase así, solo descargaba su frustración en mí; y yo solo podía aguantar, porque no sabía qué hacer.

Cuando llegué a la adolescencia, me di cuenta del efecto que causaba en mis compañeras, por lo que empecé a dejarme querer para llenar el vacío tan grande que tenía, uno que no se había llenado con el paso de los años y que seguía existiendo tras soportar todo lo que me decía mi madre y creer que si ella, que era mi madre, me decía todas esa cosas, es que eran ciertas.

No tenía autoestima —aún arrastro a día de hoy parte de eso—, porque se encargó de hacerme creer que mi padre no me había querido nunca y que por eso no se había esforzado en volver. Que su muerte había sido mi culpa y que si yo no hubiera nacido, él no habría aceptado ser destinado tantas veces fuera del país para así tener un mejor futuro.

—¿Listo?

—Nunca voy a estarlo.

—Estoy aquí, Seb, no lo olvides.

Por culpa de la forma en la que mi madre me hacía sentir, entré en una espiral autodestructiva en la que el alcohol empezaba a tener una presencia notable en mi vida. Me hacía olvidar lo jodida que era mi existencia y, mientras bebía, no sentía nada, que era justo lo que quería. No había día en el que no bebiese y me alejé de las únicas personas que se habían preocupado por mí; sin embargo, los Watson no se rindieron conmigo. James tampoco.

No sé cómo lo hicieron, pero consiguieron encontrarme en los momentos en los que estaba a solas. Iban a las reuniones del instituto por mi madre y actuaron como mis verdaderos padres, me llevaron a terapia —con el dinero que eso suponía para una familia normal—, y se implicaron como nunca nadie había hecho por mí. Me salvaron del destino que me estaba labrando sin darme cuenta; me salvaron de convertirme en mi madre.

También fueron los primeros que creyeron en mí, comprándome mi primera guitarra —que sigo teniendo guardada como un reliquia—, y me acogieron en su casa cuando a los dieciocho años me fui de la mía, incapaz de aguantar más. No me juzgaron, me apoyaron cuando me di cuenta de que la música era lo que me hacía feliz y que me servía para expresar los sentimientos que llevaba dentro, aliviándolos hasta tal punto que se había convertido en mi terapia, en una forma de paliar mi dolor.

Para mi madre, dejé de existir en el momento en el que me fui de su lado y en el que me convertí en mayor de edad, porque no podía cobrar una pensión por mí; ya no le servía de nada,

así que para ambos fue bueno que me alejara. Hasta que empecé a hacerme famoso.

Ahí todo cambió; empezó a querer hablar conmigo a diario, diciéndome que estaba orgullosa, que sabía que triunfaría y que lo sentía por todo lo que había hecho en el pasado.

Y yo, como un tonto, la creí.

No sé qué se me pasó por la cabeza para hacerlo, para no darme cuenta de que estaba mintiendo para aprovecharse. Una parte de mí sabía muy bien lo que hacía y que sus palabras eran mentiras para endulzarme los oídos con lo que siempre quise escuchar.

James —que todavía no era mi agente, porque aún estaba acabando la carrera—, me apoyó, como siempre había hecho antes, y no juzgó que quisiera tener una buena relación con mi madre. Sabía que era uno de mis deseos ocultos, que en el fondo solo era un niño que deseaba ser querido por su madre. Sin embargo, la venda que tenía en los ojos se cayó cuando la escuché decir lo que en verdad pensaba. Solo usaba mis puntos débiles, me trataba de estúpido, ingenuo y de demasiado sentimental para sacarme el dinero y vivir cómodamente. Razón no le faltaba, pero dolió como pocas de sus palabras habían hecho. Había pasado meses creyendo que por fin podía tener una relación buena con ella, recuperar el tiempo perdido, y me estrellé con la realidad.

Desde ese momento, no quise saber nada más de su vida ni verla. Si quería dinero, que era lo único que le preocupaba, lo tendría, pero a cambio me dejaría en paz. No me llamaría, no se interesaría por mí, se olvidaría de que tenía un hijo. Los primeros años funcionó, hasta que empezó a intentar ponerse en contacto conmigo, pidiéndome más dinero o poniendo cualquier excusa absurda.

—Con lo bonita que era la casa y mirarla ahora da asco —comento, observando la fachada, claramente descuidada.

Se la compré, en una zona mucho mejor de la que estaba y muy alejada de los Watson. No quería que mis problemas llegasen a afectarlos más de lo que ya habían hecho.

Cuando el coche se detiene, bajo con decisión, aunque por dentro estoy hecho un desastre. Encontrarme con ella siempre me hace sentir pequeño e indefenso.

—No quiero que os quedéis aquí —les digo a mis dos guardaespaldas, que habían venido por orden de James—. Y prefiero que tú tampoco.

—¿Por qué, Sebastian?

No entiende nada, pero no soy capaz de decirle que no quiero que los ataques de mi madre vayan en su dirección, porque me sentiré culpable por ello.

—Haz lo que quieras —Niego con la cabeza sabiendo que no lo voy a convencer y va a acompañarme.

Ni siquiera me molesto en llamar, abro con la llave que me ofrece James y entro. Apesta, me cuesta respirar y tengo que cerrar los ojos para no marearme; todo está por medio, no sé cuánto hace que no limpia ni me importa. Tardo unos minutos en acostumbrarme al nauseabundo olor que hay y abro una de las ventanas que encuentro para que entre aire puro. Sé que no va a estar en una habitación, así que voy directo a una de las salas de estar y la encuentro estirada en uno de los sofás, rodeada de alcohol y restos de comida. Da asco y, si no tuviese que hablar con ella, me hubiera ido sin pensarlo. Pero tengo que hacerlo, así que cojo una de las botellas cercanas y le tiro el contenido que queda a la cara.

—¡¿Qué?! —pregunta asustada y abre los ojos de golpe para verme—. Ah, tú.

—Sí, yo —repito—. Supongo que es uno de tus despertares preferidos, hacerlo ya con alcohol.

Recorro su cuerpo con la vista a toda velocidad. Está muy estropeada, llena de arrugas,

manchas y otras señales de sus vicios. Es el claro ejemplo de los efectos que tienen los hábitos tóxicos en una persona. Había sido guapa, y ahora... ahora me repugna mirarla.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar en mi casa?

—Que vivas aquí no la convierte en tuya. La he pagado yo.

—La escritura está a mi nombre —se regodea—. Es mía —repite—. Podría llamar a la policía y denunciar un allanamiento de morada.

—Deberías leer mejor lo que firmas, ¿sabías? —Sonrío con autosuficiencia—. No está a tu nombre. Tienes el usufructo hasta que yo quiera, ¿no, James?

Busco con la mirada a mi mejor amigo, que está un paso atrás con una expresión que no sé catalogar.

—Sí, algo así —afirma—. Estaba explicado en una de las cláusulas finales del contrato.

Esa había sido una de las primeras funciones de James como agente; usó sus conocimientos en derecho para engañarla —porque había sido eso—, ya que ambos sabíamos que no se leería todo el papeleo y que tampoco iría con un abogado.

—Cómo no, un Watson salvándole el trasero a mi hijo. ¿No te cansas de recibir caridad?

—No, no me canso de que mi familia, los Watson —remarco para que le quede claro—, me ayuden. Ni lo haré nunca. —Miro a James y sonrío al ver que él también lo está haciendo—. Iré al grano, porque no tengo más tiempo que perder contigo.

—Cierto, nunca tienes tiempo para tu pobre madre...

—Mi madre se llama Ava Watson —gruño.

—Sigue intentando convencerte de eso, la sangre no engaña —se mofa y rebusca entre los cojines del sofá y saca un paquete de tabaco—. ¿Quieres?

—No fumo.

—Eso será ahora. Hubo un tiempo en el que lo hacíamos juntos, ¿recuerdas? —ríe y se enciende el cigarrillo—. No me hagas perder el tiempo a mí también, hijo, ¿qué quieres?

—No vas a ir a televisión —aseguro tan serio que sé que va a darse cuenta de que me afecta y que por eso estoy así.

—¿Y por qué no debería hacerlo?

—Tenemos un acuerdo, no puedes romperlo.

Cuento mentalmente hasta diez para tranquilizarme. Estoy entrando en su juego y no debo hacerlo.

—Me he dado cuenta de que el dinero ya no me importa tanto... —bisbisea, haciéndose la víctima—. Quiero recuperar mi relación contigo, eso no tiene precio.

—¿Y crees que, yendo a hablar de él, va a solucionar algo? —El que habla es James, al ver que me he quedado en silencio más de lo que debía.

Aprieto el puño con rabia. Lo ha dicho para ver mi reacción y he fallado estrepitosamente en disimular.

—Al menos podré contar mi versión de la historia, lo que sufrí porque unos extraños me arrebataron a mi hijo. —Se saca una lágrima más que falsa—. Fue todo injusto.

—¡Déjate de mentiras y deja a los Watson fuera de esto! —chillo y le doy una patada a la mesa, haciendo que todas las botellas acaben en el suelo—. No vas a hablar, ¿de acuerdo?

Ella sonríe con malicia, sacando un poco de su verdadera personalidad.

—Es una pena que no me importe lo que opines. Tengo muy buenas ofertas, muy tentadoras.

—Te demandaré.

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad? —Resopla y da una calada—. Buena suerte con eso.

—Me es igual, voy a demandarte.

—No vas a hacerlo. —Niega con la cabeza, le hace la gracia la situación—. Además, la gente está interesada en tu relación con la princesa esa. Tengo que dar mi versión, decir si estoy de acuerdo con que tengas un romance con ella, no dejo de ser su suegra. —Empieza a reírse a carcajada limpia—. Nunca lo hubiera dicho, tú relacionándote con la nobleza europea. Has picado alto, hijo.

—Si vas a televisión a hablar de mí y de Lena, no solo te demandaré. Voy a quitarte todo. Todo —remarco de forma fría, amenazándola—. Y no me voy a arrepentir.

—¿Seguro? —contradice—. Aunque no quieras admitirlo, me quieres.

Tiene razón. La quiero aunque no debería hacerlo, pero si sus acciones perjudican a Lena, no voy a ceder más. La princesa ya ha tenido suficientes problemas por mi culpa. No quiero que tenga más, que mi mierda la perjudique. Me niego. Me da igual estar mal yo, pero a Lena no la toca.

—Pruébame —la reto, señalándola con el dedo—. Si lo haces no vas a tener solo mi demanda, también la de la Casa Real Sueca. ¿Te vale la pena? —Trago saliva—. Te quitaré todo.

No dejo que diga nada más. Me voy a toda prisa de esa casa, incapaz de aguantar más. Necesito tomar aire y tener distancia.

James es quien se encarga de pedirle a uno de los guardaespaldas que arranque el coche.

No sé a dónde vamos; mi mente está en otro lugar, perdida entre mis propios pensamientos, repasando una y otra vez lo que ha ocurrido.

Mi madre ha vuelto a ganar, ha conseguido desestabilizarme con solo un par de frases y su mera presencia. Lo único que quiero es que esta visita y haber recorrido medio país haya valido la pena y deseche la idea de hablar en televisión. El poco consuelo que tengo es que sé que James, en cuanto volvamos a casa, empezará a preparar la demanda —por si es necesario—, y pondrá pequeñas cláusulas que pasen inadvertidas para protegerme.

Suspiro y cierro los ojos mientras apoyo mejor la cabeza en el asiento. Es la primera vez que la amenazo de ese modo. Y no sé por qué. Todo lo que se relaciona con mi progenitora no es algo que pueda pensar de forma lógica.

—Hemos llegado —anuncia James. Veo por la ventana que estamos delante de la casa familiar de los Watson—. No creo que sea lo mejor ir a un lugar público, no en tus condiciones.

—Estoy bien, solo necesito calmarme —intento convencerme más a mí mismo que a él.

—No estás bien —niega con la voz tan firme que sé que no quiere que le rebata. Me mira de forma tan fija que, por un momento, creo que va a decir que me he equivocado al venir aquí, que no debería haberlo hecho. No es así—. Vamos.

Estar en casa de los Watson siempre me genera emociones que nunca sé cómo catalogarlas. Hay recuerdos felices; los pocos que tengo de mi infancia y adolescencia, pero sin quererlo también pienso las veces que me refugié en estas paredes para huir de lo jodida que era mi vida.

—¿No les molestará a tus padres?

—Déjate de tonterías, Sebastian. —James va directo hacia la cocina y coje dos vasos de agua —. Tengo tantas cosas que decirte...

Seguro que es que me he equivocado y que no está de acuerdo con lo que he hecho.

—Mejor no lo hagas—murmuro y me acabo de un solo golpe el contenido del vaso. Tengo la garganta seca—. Hoy no.

—Prepararé ya la demanda, solo si es necesario —aclara tras dar un pequeño sorbo—. Desde que nos marchamos, se me hace raro volver a la ciudad, ¿lo sabías? —cambia de tema por

completo—. Es distinto a cuando me fui a la universidad. Sabía que acabaría volviendo, pero ahora... —Resopla—. Ahora los motivos por los que vuelvo son casi siempre desagradables.

—Hacía años... —no acabo la frase. Había pospuesto lo máximo posible el regreso, aunque si fuera por mí, nunca hubiera vuelto—. Aunque lo sabes.

—No dejaré que te perjudique, Sebastian —afirma de nuevo. Sus ojos clavados en mí y lo tensa que está su mandíbula demuestran que habla en serio—. Tenlo claro.

—Lo sé. —No tengo dudas de que James hará todo y más—. El problema es que no solo me quiere perjudicar a mí.

No hacen falta más palabras, porque ambos sabemos a quién me refiero, así que nos quedamos en silencio, disfrutando de la compañía del otro.

Intentando analizar todo de forma fría, había perdido el poco control que tenía cuando había nombrado a Lena al amenazarla con dejarle sin casa. Siempre he sido protector con la gente que me importa, porque es lo mínimo que puedo hacer para compensar que estén en mi vida.

Me sale de forma natural con James, pero ¿con Lena? ¿Por qué con ella también?

Ese mismo día, volvemos a nuestra ciudad para pasar los últimos días con los Watson antes de que se marchen. Eludo de la mejor forma que sé las preguntas por parte de todos y me encierro en mi habitación el máximo tiempo posible.

Debo estar solo para aclarar mejor mis ideas, pero, en el fondo, no quiero estarlo. Ni yo mismo me entiendo. No duermo bien y apenas como. Es como si estuviera cayendo en un pozo de nuevo, por el miedo a lo que mi madre puede hacer. Es como volver años atrás. Como si fuera un niño otra vez, a su merced, y toda mi vida dependiera de ella.

—De acuerdo. —James entra con paso firme en mi habitación y aparta con suavidad la guitarra que hay en el suelo—. Me he cansado ya de tu autocompasión.

—No es eso. Solo... pienso.

—Sebastian, seré completamente honesto contigo, ¿de acuerdo?

Eso hace que lo mire. Maldición, odio cuando usa ese tono, porque sé lo que significa; dirá algo que no me gustará es su manera de suavizarlo, hablando de forma pausada y calmada.

—Dilo ya, sin anestesia. Estoy listo para que me quites la tirita.

—Hasta en situaciones así, te encanta el drama. —Ríe y se sienta a mi lado en la cama—. Estoy yendo en contra de mis principios sentándome aquí, que lo sepas.

—James, la paciencia no es lo mío.

—¿Te has preguntado por qué actuaste de forma tan hostil con tu madre? Además de lo obvio —señala—. Fuiste duro con ella por primera vez, no te excusaste en tonterías, le dijiste las cosas tal y como eran. ¿Por qué?

—Porque estoy harto —resumo.

—Eso es lo que considero obvio. ¿Qué factor es el que ha hecho que esta vez sea diferente? Y no es que quiera hablar, porque ya ha amenazado con eso otras veces y lo hemos solucionado con paciencia y dinero. ¿Qué ha cambiado?

Fácil, Lena. Eso es lo distinto.

Espera.

Espera un momento.

Sé a lo que se refiere, sé por dónde quiere ir. Y...

—Te odio —susurro al darme cuenta de la verdad—. ¿Por qué me haces esto? ¿Qué te he

hecho en otra vida para que me molestes en esta?

—Llevo meses viendo cómo te estás engañando a ti mismo. ¿Amistad? —Bufa y reprime una carcajada—. Te conozco lo suficiente para saber que no es así, tú no eres así con tus amigos. ¿Recorrer medio mundo solo para verla? Con otros quieres que vengan a Los Ángeles.

—Lena es mi amiga —afirmo, aunque con cierto titubeo en la voz.

—No digo que no. Puede ser tu amiga, eso no es incompatible con lo que me estoy refiriendo. ¿Por qué decidiste seguir su comunicado? Fácil, era un reto para ti. Y lo sigue siendo.

—No seas ingenuo.

—Sebastian, el único que lo está siendo eres tú. —Se encoge de hombros—. Para mí es bastante obvio, lo es desde hace bastantes semanas.

¿Me gusta Lena? No sé qué responder. Me gusta hablar con ella, se me hace fácil y me gusta la forma en la que soy cuando estoy a su lado porque no tengo que fingir; también me gusta su forma de ser. Es una mujer fuerte, con las ideas claras y una personalidad muy marcada; no se intimida por mis bromas o por la forma en la que me gusta invadir su espacio personal. Sí, Lena es un reto, uno constante.

Yo...

Maldición, James es malvado.

Ahora tengo un nuevo quebradero de cabeza y no quiero pensar más en ello de lo que debería, porque la respuesta es tan obvia que no quiero reconocerla en voz alta. Y no me he dado cuenta hasta que James me ha golpeado con la realidad.

Sí, me gusta Lena; me encanta la princesa.

Por eso es que no quiero perjudicarla más de lo que ya he hecho, no quiero que se hable de ella por culpa de mi madre, no quiero hacerle daño.

Así que lo mejor será empezar a crear una distancia entre los dos para que, cuando pase el evento que tengo en Suecia, nuestra amistad quede como una simple anécdota. No será necesario que sigamos hablando a diario por videollamada, ni que nos veamos. De ese modo evitaré que, si mi madre habla, no acabe salpicada.

Es la futura reina, no necesita a un cantante famoso a su lado que le complique más la existencia. No quiero que se vuelva envuelta en mi vida caótica por culpa de la mujer que me trajo al mundo.

¿Qué soy yo, si me comparo con ella?

Nada. Absolutamente nada.

Así que, aunque me duela, tengo que alejar a Lena de mi vida para protegerla.

VEINTIUNO
Lena

El paso de las semanas no solo me había supuesto problemas a mí; Sebastian también parecía tenerlos. Cada vez que hablábamos por videollamada, lo notaba extraño y más distante, como si no fuera él.

Había insistido en que me contase lo que le ocurría, pero me daba largas o mencionaba que me lo explicaría cuando nos viéramos y eso, en lugar de tranquilizarme, me había preocupado más.

Era extraño, porque me había acostumbrado a sus ocurrencias, a hablar con él por llamada, a que me distrajera e hiciese que el tiempo me pasara rápido. Echaba de menos esas cosas.

Lo echaba de menos a él.

Está tan distante que ni siquiera me avisa cuando llega a Estocolmo para su actuación. Es James quien me manda un mensaje escueto.

Espero a que me diga algo más o que Sebastian me llame, pero no lo hace, así que decido ir a su ensayo para saber qué está pasando. Con mis contactos, es fácil que me dejen pasar, sobre todo por el apoyo que le doy al festival.

Al verme, se sorprende y ni siquiera disimula su expresión, mirando a James de reojo, como si le estuviera reprochando algo. ¿Es que me ha mandado el mensaje sin que se lo haya pedido?

—¡Princesa! —me saluda al verme, con el mismo tono jocoso y vacío que me recuerda a cuando nos conocimos—. ¡Cuánto tiempo!

—Hola, Sebastian. ¿Cómo ha ido el ensayo?

—Déjate de cordialidades, Lena. No son necesarias. —Curioso que lo diga él, cuando siento que me está tratando como si no nos conociéramos—. ¿A qué has venido? ¿Tanto me echas de menos?

—¿No me darás un abrazo para saludarme? —rebato pensando que al decirle eso, lo hará. Le gusta invadir mi espacio personal.

Pero se lo piensa demasiado. ¿Qué es lo que le ocurre para que no quiera molestarme?

—Si me lo pides así... —Niega con la cabeza y veo una pequeña sonrisa que disimula muy rápido—. ¿Mejor?

—Sebastian, ¿qué no me cuentas? —pregunto casi en un susurro. Sus brazos me rodean, pero no se siente como el último que me dio. No es el mismo de siempre—. Puedes contarme lo que sea.

—¿De verdad quieres saberlo?

Hay tanta duda en sus ojos, tanta incertidumbre, que solo pienso en poder ayudarle para que se sienta mejor.

—Claro, ¿vamos a hablar a un sitio más tranquilo? —propongo, esperando a que acceda—.

Conozco un sitio que...

—No.

Trago saliva, su negativa no me sienta bien.

—¿Quieres que esté aquí, Sebastian? —pregunto de forma directa—. Porque si no estás cómodo, me marcho.

—¡Claro! —se apresura a aclarar—. Es solo que prefiero estar a solas —matiza—. Ven a mi habitación de hotel.

Es una idea terrible, y las posibilidades de que nos hagan fotos son altas, pero no me importa. Si necesita intimidad para sincerarse, lo comprendo; seguramente se sienta más cómodo de ese modo. Acepto sin pensármelo mucho más, diciéndoselo a mi escolta.

—He venido sin que lo sepa mucha gente —comento mientras estamos en el coche, yendo a su hotel. El ambiente está muy tenso—. Creo que solo se lo he dicho a Martha. No tenía ganas de que me siguieran o algo parecido.

Nunca me había molestado el silencio; la mayoría de las veces agradecía esos momentos para no tener que rellenarlos con conversaciones cordiales y preguntas para mostrar un interés que no tenía. Esta vez es distinto; no me gusta que Sebastian esté tan callado e incluso me siento incómoda, porque sé que si no habla es debido a que hay algo que le preocupa de verdad.

No contesta y eso me genera inquietud. No es el Sebastian que he conocido durante estos meses; es como una sombra del que recuerdo y eso hace que me preocupe aún más por él. Su rostro refleja su estado de ánimo, al igual que la tristeza de sus ojos.

El equipo de seguridad que llevamos los dos nos indica lo que debemos hacer para no llamar la atención de la gente que hay en el hotel y provocar rumores injustificados.

James, que también ha venido con nosotros, se despide con un gesto de cabeza. Vamos a estar del todo solos.

—¿Y bien? —pregunto muy directa.

Esta incertidumbre me está poniendo nerviosa. Observo la habitación de forma rápida para encontrar alguna pista; no hay nada fuera de lo normal, solo un par de vasos vacíos y bastante desorden.

—Lena… —Suspira y se pasa las manos por el pelo—. ¿De verdad quieres saberlo?

Desde que le noté diferente, le he dado el espacio que a mí me dio en su momento, pero mientras que yo supe guardármelo solo para mí, él ha puesto una barrera conmigo. Y no entiendo el motivo.

—Somos amigos —remarco. Sé que a él le encanta mencionarlo, o solía hacerlo—. No sé qué más quieres que haga para que veas que me intereso por ti y lo que te pasa. He interrumpido un ensayo privado. —Sigue muy serio, así que añado de forma rápida—: Aunque, si no me hubieran dejado entrar, hubiese hecho que los encarcelaran en unas mazmorras.

—¿Es eso una broma, princesa? —murmura con un atisbo de sonrisa.

—Eso es un: «estoy aquí para lo que necesites». —Le cojo de la mano para que sepa que hablo en serio, pero me la aparta de inmediato—. Y si no quieres contármelo, lo entiendo, pero si dejas de hablarme, al menos dame una explicación lógica.

Cuando empieza a hablar, su voz se entrecorta y, quizá por los nervios —porque se nota que lo está—, se traba. Lo hace de forma tan rápida que arrastra algunas palabras y es la primera vez que le noto un poco de acento camuflado.

Escucho con atención lo que cuenta; ha tenido un problema con su madre y no se lleva muy bien con ella. Al hacerlo, me doy cuenta de que, pese a que llevamos meses hablando casi a

diario, no sé mucho de su vida ni él de la mía.

Somos amigos, sí, pero ¿nos conocemos de verdad? No sé anécdotas de su infancia, tampoco a sus amigos —sin contar a James—, y a él le pasa lo mismo conmigo.

—Quiere ir a la prensa y hablar de nosotros—acaba por resumir—. No quiero perjudicarte, Lena. Lo mejor es que tomemos distancia el uno del otro, al menos por un tiempo.

Estoy sorprendida al saber que ha estado así porque no quiere perjudicarme, que es su forma de protegerme, y creo que mi rostro lo refleja, no trato de ocultarlo. ¿Es por eso? ¿Porque quiere protegerme? ¡No necesito que lo haga! Soy perfectamente capaz de luchar en mis propias batallas.

—¿Y no crees que esa decisión debería tomarla yo?

Lo miro casi sin pestañear y él, para mi sorpresa, me aparta la mirada.

—Pues la he tomado por ambos —susurra—. No quiero que vuelvas a ser el objetivo de la opinión pública por mi culpa.

—Sebastian —intento interrumpirlo.

—No me harás cambiar de opinión, Lena —asegura—. Somos amigos, es por eso que estoy haciendo esto y…

Este, el Sebastian que se niega a ceder, es el que conozco de verdad, el capaz de proteger a la gente que le importa sin dudarlo. Por James sé que lo haría; he sido testigo de lo bonita que es su amistad y del cariño que se tienen ambos. Lo que no esperaba es que también se preocupase por mí de ese modo.

Va a perjudicarse a sí mismo, si es necesario, para proteger mi imagen. Y al pensarlo, me doy cuenta de lo que han cambiado las cosas entre nosotros, de que ya casi no hay rastro de ese cantante tozudo que me sacaba de quicio solo para divertirse.

—¿Puedes dejarme hablar de una vez? —Alzo un poco la voz para que me haga caso—. Agradezco que me lo hayas contado, no solo porque así sé lo que te pasa y puedo ayudarte, también para poder avisar a mi gabinete de prensa, y a los abogados, y evitar posibles daños —aclaro—, pero todo lo demás me parece absurdo. —Sebastian enarca una ceja—. Si quieres alejarte de mí, búscate una excusa mejor.

—No es ninguna excusa.

—Entonces agradezco que quieras protegerme —continúo—, pero no necesito que lo hagas. No necesito que nadie lo haga, soy más que capaz de hacerlo por mí misma. Soy mi propia heroína, no una princesa en apuros.

—Lena…

Quiero que entienda que no quiero discutir más el tema. Sí, en cierto modo ha sido un detalle bonito; sin embargo, que haya tomado esa decisión de forma unilateral, me molesta bastante.

—Además, estas semanas que has estado distante, he de reconocer que te he echado de menos.

Sebastian se ríe y se acerca a mí. Creo que me va a dar un abrazo, así que le dejo. Lo que no espero es que me bese.

Sebastian me está besando. ¿Por qué me está besando?

El roce de su boca con la mía y el de su lengua, que se desliza con suavidad por mi labio inferior, hace que por inercia, se lo devuelva en un primer momento. Lo necesario hasta que soy capaz de pensar con claridad y me separo de él.

—¿Sebastian? —bisbiseo en un intento de que me explique a qué ha venido eso.

—Ya, perdón, supongo —se excusa y se encoge de hombros, como si en realidad no lo

sintiera—. ¿Quieres agua, café, té…?

—No es necesario, gracias.

—Sé que quieres una razón lógica de por qué te he besado. —Hace una mueca con el labio—. La cosa es que no la tengo. ¿Te sirve mi respuesta?

No, no lo hace. ¿Cómo que no tiene una explicación a eso? No puede besarme así, sin más. No necesito un problema más ahora mismo, y que me haya besado supone uno. Tengo demasiadas cosas en mente como para que Sebastian sea otra más.

No puedo pensar en ese beso, no puedo querer repetirlo, por lo que me limito a hacer una de las cosas que mejor se me dan: fingir que no ha pasado nada y ocultar mis emociones.

Es mucho más fácil aparentar que todo está bien y que esto no ha ocurrido.

—Bien —susurro más para mí misma y subo la cabeza para mirarlo—. Está bien, no te preocupes.

—¿No dirás nada más? —Ahora es él quien no entiende nada, tiene una ceja alzada.

—¿Qué quieres que diga?

—Esperaba una reacción más intensa por tu parte, Lena —admite. Normal, en otra ocasión hubiera dicho mucho más—. No en el beso, ha estado bien. Me refiero a que creía que me chillarías, me golpearías o harías algo parecido, diciendo que no tengo en cuenta lo que tú quieres o lo que sientes. Estás demasiado tranquila.

No estoy tranquila, estoy de todo menos eso. El corazón me late a una velocidad demasiado rápida y tengo una sensación de vacío en el estómago. Ese beso ha generado un caos emocional en mí; no sé cómo sentirme, no sé cómo debería hacerlo. La mejor manera de afrontarlo es con calma y pensar con frialdad la situación. Si tengo una reacción exagerada será peor, porque luego me arrepentiré, así que opto por desviar la atención de lo importante.

—Somos amigos —remarco haciendo hincapié en cda una de las palabras. Es la tercera vez que lo digo en poco tiempo—. ¿Lo somos?

—Claro que sí, princesa. Lo somos.

¿Por qué no puede darme una explicación del motivo por el que me ha besado? Sería mucho más fácil así.

—Entonces no hay nada de lo que hablar. Ambos lo tenemos claro. —Sonrío y me coloco un mechón rebelde detrás de la oreja—. Estamos bien, ¿no? Es decir, hemos aclarado las razones por las que has estado distante y...

Escucharme hablar me pone nerviosa, estoy sonando estúpida.

—Todo claro —repite de forma mecánica—. No necesitas que te proteja, puedes hacerlo sola.

—Exacto, bien.

Esto está siendo muy incómodo, creo que lo mejor es que me marche. Antes de que se vaya de nuevo, hablaremos. O eso quiero creer.

—¿Te apetece ver una serie conmigo? —propone de golpe—. Así no te tienes que ir tan deprisa. Podría ser algo nuestro, y aprovechar las videollamadas para seguirla, ¿qué opinas?

No lo entiendo. Esperaba otra reacción por su parte, que insistiera más o hiciera algún comentario de los suyos, alabando sus grandes dotes de besador, burlándose de que no he sido capaz de resistirme o algo similar. Es como si él también quisiera olvidarlo, ¿puede haberlo considerado un error?

Asiento, porque no me quiero ir aún y me parece una gran idea. Nos cuesta casi media hora ponernos de acuerdo, porque no acabamos de decidirnos; sin embargo, ver un par de capítulos rebaja la tensión que se ha generado a raíz de nuestra última conversación. Es divertido

comentarlo con él, aunque a todo le hace un apunte y tengo la sensación de que está más pendiente de mí.

Parece que todo ha vuelto a la normalidad, o eso creo durante los siguientes días, ya que volvemos a mandarnos mensajes, mientras que él acaba de concretar los últimos detalles para su actuación. También aprovecho para mencionarle si me haría el favor de actuar, a modo de sorpresa, en la boda de Rachel, que le estaría inmensamente agradecida.

Ese sábado, Sebastian lo da todo en el escenario y, cuando le hacen un par de preguntas al acabar, se muestra con esa faceta coqueta que tiene y me agradece la invitación. Antes de que se vaya, nos despedimos, y se me hace extraño; tengo la sensación de que no volveré a verlo en mucho tiempo y que volverá a estar distante conmigo, como si nuestra conversación no hubiera ocurrido.

Como si no hubiéramos arreglado las cosas.

Sebastian me ignora.

Me he dado cuenta de que solo me pone excusas absurdas para no hacer videollamadas. Sí, me enviaba mensajes de texto, pero nada comparado con lo que solía hacer antes. Me lo esperaba, su mirada al despedirse de mí había expresado más que sus palabras. No voy a negar que estoy molesta por ese cambio de actitud, porque por mucho que lo conozca, nunca sé por dónde va a salir. El problema es que parece que ese beso lo ha cambiado todo.

Tenemos un punto en común; somos amigos, valoramos nuestra amistad y él se preocupa por mí del mismo modo que yo por él. Quizá por eso ha tomado la decisión de ignorarme, porque no quiere complicarme más y es su manera de protegerme. Pero ¿por qué?

Odio la incertidumbre de no saber qué va a pasar. Sin contar que ese beso no sale de mi cabeza, no puedo evitar pensar en Sebastian a diario y en las posibles razones de sus acciones. Aún así, intento concentrarme en mis obligaciones como princesa y sobrellevar los días con mi mejor sonrisa, aparentando que todo va bien.

—Estás más pensativa y callada de lo habitual en ti, Lena. —Martha aprovecha que estamos solas para hablar conmigo—. ¿Ha pasado algo?

—Tengo demasiadas cosas en mente ahora mismo, es solo eso.

—No, ¿en serio? —bufa y llama a Albóndiga, que se ha alejado mucho—. ¿Qué tiene pensativa a la princesa? ¿Qué la disturba de tal forma?

Frunzo el ceño; otra que adora sacarme de quicio.

—No me hables así —le pido..

—¿Por qué crees que le hablo así a su alteza? —sigue mofándose y acaba por reírse—. ¿Tu padre ha hecho algo más?

Seguimos sin hablarnos, y yo no voy a ser la primera en romper ese silencio. Aunque si hubiera querido hacerme llegar que estaba orgulloso de lo que había hecho y que le parecía bien, hubiese podido.

—Sebastian y yo nos besamos —confieso—. Fue algo breve —añado al ver lo emocionada que está—. Y solo uno.

Aun así, casi ni he podido dejar de pensar en ello. Sebastian está todo el rato en mi mente.

—Un beso en condiciones no es breve, ¿tan mala fue la experiencia?

—No, es que me separé. No me lo esperaba y fue extraño —reconozco y por inercia me toco los labios—. Al principio lo correspondí, pero recuperé rápido la cordura.

—¿Cordura? —se ríe burlándose de mí—. Lena, devolverle un beso a un tío tan bueno como Sebastian es lo más normal del mundo. Si hubiese sido tú, me lo hubiera tirado en ese momento.

—Martha —la aviso.

—En esta vida hay que ser un poco más impulsiva. —Se pone seria de repente—. Dime, ¿cómo te sentiste con ese beso?

Es una muy buena pregunta, una que no sé responder.

—No lo sé.

—¿Cómo no puedes saberlo? Eso es fácil, ¿besaba bien o no? Porque como sea que no, me falla. Tiene una pinta de dar besos que se sienten como orgasmos.

—¡Martha!

—No he dicho nada que no sea cierto. —Resopla con resignación—. Aún no me has contestado.

He pensado tanto en ello, buscándole un sentido a que no sepa cómo sentirme, que he entrado en bucle. Siempre he encontrado las palabras para cada situación, aunque sea complicada. Es una de las cosas que me han enseñado desde pequeña, saber siempre qué decir en cada momento. Esta vez no es así. No es que no hubiese sentido nada, porque si fuera así sería muy fácil expresarlo, sino que hay un cúmulo tan grande de emociones que no sé cómo interpretarlas.

—Cambiemos de tema —pido. No quiero darle más vueltas, necesito desconectar—. ¿Sigue en pie eso que hablamos?

Con Martha y la ayuda de Nikolaj, que parece poco dispuesto a irse de Estocolmo, hemos decidido dar apoyo público a una protectora de animales. Llevábamos tiempo hablando del tema y había sido ella quien me había convencido de organizar un evento para concienciar a la población de cómo estaban las cosas y de lo que la gente no veía.

—Por supuesto. Cuenta conmigo para organizarlo.

A media tarde, hago una videollamada con Freya y, al verla, solo puedo preocuparme más.

—¿Y esa cara, Lena?

—Podría preguntarte lo mismo, Freya —rebato de inmediato—. Estás…

Con muchas más ojeras que en Navidad, desaliñada y con aspecto enfermizo.

—¡Contentísima! —exclama—. ¿Te cuento el motivo?

—Claro, pero un momento —le pido con calma—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no debería estarlo? Ya te lo he dicho, estoy contentísima.

Me muerdo el interior de la mejilla. ¿Cómo puedo planteárselo sin que se lo tome mal? No es agradable que te digan que tienes mal aspecto.

—En el hipotético caso de que te ocurriera algo, me lo contarías, ¿no? —murmuro—. Puedes confiar en mí, te ayudaré en lo que necesites siempre.

Ella duda, mira hacia a un lado y acaba por sonreír casi de forma exagerada.

—Ya que no me preguntas el motivo por el que estoy tan contenta…

—Lo he hecho, no me has respondido.

—Rìgh Bastian ha sacado una nueva canción —empieza y está muy emocionada, sigue teniendo ese brillo especial cuando habla de su cantante preferido. Me alegra saber que con el paso del tiempo lo sigue viendo del mismo modo, incluso después de haberle conocido—. Y es un temazo.

—Muy bien —asiento dándole a entender que quiero que siga hablando, que no me gusta que haga esas pausas.

—Supongo que debes saberlo, como sois tan amigos —remarca la última palabra con sorna

—, pero eso no es lo más sorprendente. Siempre que saca una nueva canción, es un día importante y bueno, las *royals* estamos encantadas, porque… —Coge aire—. ¡Está dedicada a ti!

—¿Para mí? —articulo sin poder creérmelo—. No digas tonterías, Freya —musito recuperando la compostura—. ¿Lo ha dicho?

No espero algo así de él en el punto en el que nos encontramos. Quizá sí al principio, cuando solo quería sacarme de quicio.

—No, para nada —confirma lo que supongo—. Ha salido en *streaming* en todas las plataformas a las doce de la noche, hora de Los Ángeles. Me acabo de enterar. Bueno, primero he estado escuchándola en bucle y *fangirleando* un poco.

—Freya, ¿por qué dices que está dedicada para mí? —insisto.

—Porque lo es. Las redes están llenas de teorías. Si soy sincera... —se ríe y sé que lo siguiente que va a decir no me gustará—. Estoy en un varios grupos por redes sociales que os *shippean.*

—¡Freya!

Como siempre, tan imprudente. No puede exponerse de ese modo, porque aunque se crea que hay anonimato en internet, alguien puede descubrir quién es y supondría un problema.

—No me disculparé. Toma. —Me llega un mensaje de texto con un enlace en el que solo se ve el título de la canción, *Do you think about me?*—. Mira y escucha. Me lo agradecerás.

Y sin que me pueda despedir, cuelga. Es como si me estuviera obligando a que la escuche. Le doy al *play* y veo a Sebastian en un primer plano, acompañado solo por un hombre al piano y con muy poca iluminación. Es raro no verlo con la guitarra, casi siempre la lleva en sus actuaciones. La canción es totalmente distinta a lo que he escuchado de él; no tiene esos matices de rock tan característicos, es solo Sebastian y el piano. No me interesa ver la realización ni el video, así que me centro en escuchar el tema y su voz, tan desgarrada y casi rota que hace que el mensaje llegue más, sin perder ese toque sexy que le caracteriza. Cuando acaba la primera vez, le doy a repetir y analizo una y otra vez la letra.

¿Por qué la gente cree que está inspirada en mí y que me la ha dedicado? Podría ser solo una canción de amor, una más de las millones que hay en el mundo; no obstante, la letra parece tener tanto significado...

Cuando dejo de escucharla, pienso en todo lo que ha dicho mi hermana, del supuesto bloqueo que tenía Sebastian —o eso es lo que se rumoreaba—, y de su cambio de actitud conmigo sin razón alguna. ¿He sido la causante? ¿Ha sido mi culpa? Porque si es así, no ha habido nada que pueda haberlo desencadenado, yo me he comportado igual que siempre y...

Suspiro. El beso, eso ha sido lo que lo ha cambiado todo. No me había besado por un arrebato, lo había hecho porque había querido hacerlo y ahora estaba lleno de dudas como yo.

Me hago una coleta improvisada y cojo el teléfono móvil. Tengo que hablar con él para saber si la canción va dedicada a mí o no, y debo hacerlo cuanto antes. Me es igual que sea una mala idea o precipitado; no puedo quedarme con la duda porque, si sigo pensando en ello, será peor.

Yo:
Sebastian.
¿Cómo estás?

Sebastian:
¡Princesa!
Hacía mucho que no hablábamos, ¿no?

Yo:

He escuchado tu nuevo tema.
Seré directa.
¿Está dedicada a mí?

No responde de inmediato. Empieza a escribir, deja de hacerlo y de nuevo escribe. Así estamos durante un par de minutos en los que parece que no se decide en qué poner o cómo hacerlo. Cuando estoy a punto de dejar la conversación, cansada de esperar, responde:

Sebastian:
Sí.
Necesitaba expresar todo lo que sentía y...
Simplemente salió así.
Es lo que pienso, Lena.
No voy a disculparme.

Y por primera vez en semanas, empiezo a ver un poco de claridad en el caos de mi mente.

Yo:
Sí pienso en ti, Sebastian.
Cada día

VEINTIDÓS
Lena

Después de reconocerle la verdad a Sebastian, es como si me quitase un peso de encima. Me siento libre y extrañamente contenta. Sebastian me hace muy feliz y querer ocultarlo, escondiendo mis propios sentimientos, es engañarme a mí misma.

No sé qué va a suponer haber admitido que también he pensado en él a diario, solo me he dejado llevar. Como siempre. Esa es una de las cosas que más me gustan de nuestra relación —sea la que sea—, que soy solo yo, incluso un poco impulsiva. Una persona más sin presiones ni cargas.

Sebastian no contesta, aunque se mantiene en línea por largo tiempo. Al ver que no lo hace, bloqueo el teléfono para no ponerme nerviosa por la incertidumbre de su respuesta. Cuando estoy a punto de dejarlo encima de una de las mesas auxiliares que hay en mi habitación, empieza a vibrar. Me está llamando.

—¿Lo dices en serio?

Su voz titubea, llena de duda, y que no dé por hecho mis palabras —o se regodee con ellas, diciendo que ya lo sabía y que por fin lo admitía—, es lo que me da la primera señal de que esta no va a ser una conversación más entre nosotros.

Y me gusta que sea así.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —murmuro con calma, intentando controlar la situación—. Hablo en serio, Sebastian.

—No… no lo sé —bisbisea tan bajo que me cuesta escucharlo. Sigue con la voz temblorosa —. La has escuchado más rápido de lo que creía.

¿Es que se pensaba que tardaría más? ¿Esperaba otra reacción por mi parte?

—Freya está muy emocionada de que hayas sacado nueva música —explico casi de forma mecánica. No es novedad lo fan que es—. Me ha contado que ya hay posibles teorías en redes.

—Y casi todas son ciertas —admite. Suspira de forma exagerada, buscando las palabras adecuadas. El corazón se me acelera un poco; ha admitido, de nuevo, que la canción es para mí —. Como te he dicho por mensaje, no voy a disculparme por todo el revuelo que se ha generado, la gente siempre habla y busca significados ocultos. La música me sirve para expresar mejor mis emociones, las hace fluir… —Vuelve a suspirar—. Y es lo que siento.

Ojalá yo tuviera la misma facilidad para expresar mis sentimientos, sin miedo al qué dirán. Es una canción preciosa.

—Pero me ignorabas. —Las palabras salen de mi boca casi sin pensarlas, en un reproche. Sebastian es una de las pocas personas que consiguen que no piense tanto en lo que decir, ni tampoco en el cómo—. ¿Por qué?

—Tenía, y debía, aclarar mis ideas. Por eso sí me voy a disculpar. —Ríe y eso me saca una

pequeña sonrisa—. No quiero tener esta conversación contigo por teléfono, Lena. Tampoco por videollamada —añade con rapidez—. Quiero verte. Necesito verte —rectifica.

Aprieto los labios y me quedo callada, en un intento de encontrar las palabras adecuadas. Entiendo su punto de vista y lo comparto. Hablar de algo tan importante sin vernos no es algo que me apetezca; sería demasiado frío y quizá no seríamos del todo sinceros. Hemos dado un paso más en la relación que tenemos. Y ya no sé cómo catalogarla.

El beso lo ha cambiado todo y necesito aclarar mis dudas con todo lo que respecta a Sebastian. No es fácil; haber admitido que lo echaba de menos, haber admitido en voz alta lo que siento, suma una preocupación más a las que ya tengo. Ojalá pudiera dejar todo por unos días y verlo; no obstante, mi agenda es demasiado apretada en las siguientes semanas como para hacerlo. Tampoco quiero que sea él quien venga. Si lo reconociesen —que es una probabilidad muy alta—, alimentaría aún más los rumores.

Eso solo añadiría una presión más en mis espaldas y lo que necesito es un poco de calma.

—A mí también me apetece verte y poder hablar.

—¿Pero? —intenta saber. Me conoce bien, sabe que voy a añadir algo—. Lo hay, sé que lo hay.

No miento. Le digo lo apretada que está mi agenda, llena de actos institucionales —asistir a algunas galas, eventos solidarios o entregas de premios—, sin contar que quería seguir apoyando en lo mayor posible a Martha y a su iniciativa. Y si a eso le sumo que en pocas semanas es el día nacional de Suecia —y mi cumpleaños—, lo complica todo un poco más.

No puedo irme. Mis obligaciones van primero y eso no va a cambiar. Mi deber con mi pueblo es lo que más me importa, porque seré su reina y debo actuar como tal.

Los pocos días que tengo libres, están reservados para la boda de Rachel, porque ya he remarcado en más de una ocasión que no voy a perderme el enlace, pidiendo además que no me pongan ningún acto oficial aunque quieran. Si los hay, pueden ir Freya o Kristoff.

—Lo siento —rompo el silencio que ha creado Sebastian—. No te pediré que vengas a Estocolmo, ya te he explicado los motivos. Tampoco pretendo que lo entiendas.

—Ningún problema, princesa. De verdad. Me alegra que hayamos hablado y...

Está de nuevo poniendo distancia entre ambos y no sé el motivo. ¿Se pensará que lo he rechazado o que le estoy dando excusas? Porque solo le he dejado claras mis prioridades. Por mucho que quiera verle y aclarar todo frente a frente, no creo que tenga que dejar mi vida para hacerlo.

—Sebastian, ¿vas a hacerlo de nuevo? —Estoy molesta y no lo oculto en mi tono—. ¿De verdad?

La solución a los problemas no es huir, o hacer como si nada. Aunque no soy la más adecuada para hablar, no cuando he hecho lo mismo más de una vez.

—¿El qué?

—Alejarme —respondo—. He sido sincera contigo y volveré a serlo si quieres. Pienso en ti a diario —afirmo con toda la convicción que puedo, intentando que mis palabras le resulten genuinas—. También creo que tienes razón, tenemos que vernos para hablar. Pero no puedes cambiar tu actitud solo porque no te ha gustado lo que he dicho. Quiero volver a hablar contigo y sé que tú también.

—Ya te he dicho que...

—No —le corto de inmediato—. Cuando nos veamos, que lo haremos, hablaremos de tu canción, de lo que sientes y de lo que siento yo. —Aunque no sepa bien aún qué es—. Hablar

contigo a diario y verte son una de las cosas que más me distraen, aunque tenga un día complicado.

No quiero perder eso, pero no se lo digo, no quiero que desaparezca de mi vida. Sebastian se ha convertido en alguien muy importante.

—Sabía que no podías vivir sin mí —murmura después de tardar mucho en contestar, con ese tono que tanto le caracteriza—. A mí también me ocurre lo mismo. Consigues distraerme y evadirme del mundo.

Hablamos casi dos horas más. Aprovecha para contarme cómo había sido su experiencia televisiva y lo bien que se lo había pasado. También admite lo extraño que le había resultado ayudar a artistas con mejor voz que él en ciertas ocasiones y que le hizo pensar —aún más de lo que suele hacer— en la suerte que había tenido y de lo agradecido que se sentía con sus fans.

Yo no me quedo callada. Le explico de forma rápida lo del proyecto con Martha y no tarda ni un segundo en decir que quiere colaborar con una generosa donación, porque ama los animales.

Después de esa llamada, nuestra relación se normaliza en los días posteriores. Volvemos a hablar a diario y no sé si él piensa lo mismo que yo; aunque todo parece que sea como antes, es solo un impasse de un futuro incierto. Todo cambiará cuando nos veamos, cuando seamos sinceros con el otro.

Pero sigo sin aclararme.

Por mucho que piense en él —demasiado para mi propio gusto—, no sé si es suficiente o si significa lo que no quiero reconocer por todos los problemas que me supondrá.

Sebastian ha sido de las pocas personas que me ha tratado como una persona real desde que nos conocimos, sin callarse nada o aguantar mis malas actitudes, sin preocuparse por no ser correcto o lo que podía suponer. Y lo adoro, al igual que la sensación de libertad a su lado. Nunca antes me he sentido así, nunca antes he podido ser yo en ese aspecto.

Y tengo miedo.

Cuando llega el seis de junio, el día nacional, mi familia y yo nos separamos para atender a las máximas fiestas que hay programadas por todo el país. Al ver que a mi padre y a mí nos separan en dos actos muy importantes —y bastante lejos entre sí—, lo agradezco. Nuestra relación sigue siendo nula, lo que provoca que el ambiente en palacio sea insostenible.

Para las celebraciones, vamos con los trajes regionales, lo que hace que todo ya sea un poco más especial. Es de mis preferidos; me encanta que haya ganado importancia con el paso de los años. Estoy orgullosa de mi país y mi gente, es un día para celebrar la unificación de todos los reinos en un solo país. Mi cumpleaños es lo de menos.

Mi madre solía decirme, cuando era pequeña, que era cosa del destino que hubiera nacido en una fecha tan importante para nosotros y que eso solo indicaba que sería una gran reina. Cada año me acuerdo de sus palabras, pero ya no tienen el mismo efecto que cuando era una niña.

No creo en el destino, no existe para mí. Si llego a ser una gran monarca, será porque me lo he ganado a base de esfuerzo y trabajo, no por una fuerza mística inexistente.

Sebastian:
Muchísimas felicidades, Lena.
Cuando hagamos una videollamada, porque no puedes romper nuestra tradición
Te felicitaré mejor.
Pido perdón si la hora no es la adecuada, no sé qué hora es ahí.

James me ayuda siempre con eso, pero no está
Así que estoy algo perdido.

Yo:
Creo que nunca te he dicho el día de mi cumpleaños.

Sebastian:
Mi amigo Google y yo nos hemos reconciliado.
Tengo algo para ti.
Tranquila, no soy yo con un lazo.
Sé que sería un regalo imposible de superar, pero…
Creo que lo que he pensado te gustará igual.

Yo:
Muchísimas gracias.

Sebastian:
No las des, princesa.
Por cierto.
Me han etiquetado en muchas publicaciones
en las que sales con un traje raro.
Te queda muy bien.
Resalta el color de tus ojos.
Cuando puedas hablar, dímelo
Quiero cantarte el cumpleaños feliz.

Tengo una sonrisa en el rostro lo que queda de día. Sebastian me ha alegrado —aún más— el día, desde nuestra conversación por teléfono lo hago con más facilidad.

Cuando llego al hotel, lo llamo y sigo del mismo modo, incapaz de ponerme seria al hablar con él. Le enseño el traje regional y también explico los actos que he hecho hoy. Sebastian no se queda callado, me canta el cumpleaños feliz a su estilo y también la canción que me ha dedicado. Escucharlo —aunque sea a través de una pantalla—, hace que se me forme un nudo en el estómago y se me erice la piel. No dejo de mirarlo, es hipnótico, aunque él no hace lo mismo, se centra en su guitarra. Me muerdo el labio y pienso que me encantaría que estuviera a mi lado para poder vivirlo mejor, poder mirarle a los ojos y admitir que esa letra me desarma.

—Princesa.

—¿Sí?

—Si digo algo, ¿te vas a enfadar conmigo? —Se muerde el labio y empieza a reírse—. No te asustes, no es nada malo.

—¿Entonces por qué me enfadaría?

—Por si acaso…

—Te escucho, Sebastian.

Se queda quieto unos instantes, me mira a través de la pantalla y sonríe de tal forma que se me acaba contagiando.

—Eres preciosa —murmura—. Eso no es lo que quería decirte —aclara con rapidez—, es solo que no he podido callármelo.

—Qué pelota eres.

—Lena. —Hago un leve gesto con la cabeza para que sepa que lo estoy escuchando, con toda mi atención en él—. Ojalá estuvieras aquí a mi lado.

De nuevo, siento ese cúmulo de emociones en el estómago, ese que me lleva a cometer locuras.

—Ojalá estuviera ahí contigo.

Como es habitual, al día siguiente los encargados de los asuntos de prensa emiten un

comunicado en mi nombre, para agradecer a todos aquellos que me habían felicitado o enviado algún obsequio. Podían pasar los años, pero no me acababa de acostumbrar a que gente que no conocía perdiera tiempo de su vida en mandarme un regalo.

—Nikolaj llegará en breve —anuncia mi madre al verme. Acabo de regresar a palacio y es la primera noticia—. No va a venir solo, así que no te pongas ropa cómoda.

—¿Ah, no? —pregunto extrañada. Pocas veces sus padres, ya que creo que son ellos, lo acompañan—. Pensaba que tardaría más en volver.

—Quiero que tengas una pequeña celebración por tu cumpleaños, Lena. Lo he invitado yo —reconoce con cariño—. Y también va a venir su padre.

—¿El rey? —Lo que pensaba. Entre ambos países hay una muy buena relación, siempre la ha habido, al igual que entre los dos monarcas, pero no sé el motivo por el que tiene que estar en un acto tan íntimo—. Sabes que no me gusta hacer celebraciones ostentosas, mamá. De hecho, ni siquiera sabía que habías planeado algo.

Que el rey de Noruega venga a palacio solo por mi cumpleaños, me suena a una mísera excusa para camuflar el motivo real. No sé si Nikolaj lo sabrá, pero se lo preguntaré cuando llegue. En lo único que puedo pensar es que mi padre ha planeado a mis espaldas algo por lo que necesita hablar con el padre de Nikolaj, usando la celebración como excusa.

Y no me gusta la idea.

—¿Por qué no iba a querer celebrar algo, cariño? —pregunta—. Nunca he entendido que no quieras disfrutar más de tu día. No es solo el día nacional, Lena.

—Hemos tenido esta conversación muchas veces,

—Deja que me alegre por ti y del día que llegaste a mi vida para alegrarla. —Sonríe y yo hago lo mismo al ver lo feliz que está por mí—. Intenta corregir esas ojeras, cariño, ¿no has dormido bien?

No puedo decirle que no he descansado las horas suficientes porque he estado hablando con Sebastian hasta altas horas de la madrugada. No me había importado lo más mínimo, todo lo contrario. Había echado de menos tener esos momentos con él, cuando lo demás me daba igual y solo quería saber qué broma haría o lo que me contaría.

—Estoy cansada por el viaje en coche —digo la primera excusa que se me pasa por la cabeza —. Voy a prepararme para recibir a nuestros invitados.

—También he invitado a Martha, sé que es tu mejor amiga y no querrías que faltase.

Eso me alivia en cierto modo. Si ella está aquí, me ayudará a sobrellevar situaciones incómodas.

No me equivoco. Solo llegar, empieza a hacer sus comentarios llenos de sarcasmo, quitándole importancia a este pequeño evento. Nikolaj no sabe nada cuando le pregunto, o eso es lo que me dice cuando llega, y tiene la misma expresión de circunstancia que yo, sin entender qué hace su padre aquí o por qué ambos reyes han ido a hablar en solitario.

Hay algo que está pasando delante de mis narices y no sé el qué, lo que me inquieta de sobremanera. Después de un par de horas en el que todo son buenas palabras y cordialidad, nuestros invitados se van, dejándome el tiempo suficiente para poder pensar y tener una idea de lo que ocurre.

—Lena, ven un momento.

Que mi padre se dirija a mí, solo quiere decir una cosa: malas noticias. Su orgullo le impide hablar conmigo si no es por un tema que me implica de forma directa y en el que él tiene un papel importante. Puedo imaginarme de qué va a tratar la conversación, pero espero que no haya

sido capaz, porque no se lo perdonaría.

—¿Qué quieres, padre? —pregunto una vez que estamos en su despacho, ya sentados en nuestros respectivos sitios. Él delante de mí, demostrando autoridad con su expresión corporal.

—Sé que no se te ha pasado por alto la presencia del rey, y tampoco que nos hayamos ido para hablar a solas —empieza con voz pausada, eligiendo bien sus palabras—. Ambos compartimos una inmensa preocupación por nuestros hijos, queremos lo mejor para ellos y...

—No —lo interrumpo aun sabiendo que no debería hacerlo. No quiero escuchar lo que va a decir, no tengo la paciencia suficiente para hacerlo.

—Nunca más hables sin que yo haya acabado —murmura con toda la calma del mundo, como si supiera que lo haría, aunque la amenaza es latente en su voz—. La propuesta no es mala. Uniríamos de forma oficial las familias, reforzando la buena relación de los dos países.

Sabía que no me gustaría, sabía que me dolería. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué quiere que sea infeliz?

—Padre, no.

—Tu respuesta es muy vaga, ¿por qué no lo ves del mismo modo que yo? Es una muy buena opción.

—He dicho que no —repito sin mirarle—. Que pases una buena noche.

No quiero perder más tiempo discutiendo con él, porque no va a entender mi punto de vista. Al contrario que yo, que sí comprendo el suyo. El problema es que no puede arrebatarme esta decisión, no puede querer controlar hasta ese aspecto de mi vida.

Quiero ser feliz, no hay cosa que desee más. Y quiero serlo tomando mis propias decisiones, no llevando la vida que él quiere que lleve.

¿Casarme con Nikolaj? Es absurdo y nunca sería feliz con él, porque no somos buenos el uno para el otro, románticamente hablando. Además, nuestra amistad ha quedado bastante resentida. Por mucho que nos esforcemos, hay algo que nos separa y siento que no somos los mismos.

Además, ¿en qué siglo vivimos? Creía que los matrimonios concertados habían quedado atrás con los años, pero mi padre lo vuelve a mencionar. Es la primera vez que me lo dice de forma tan directa. Siempre lo había pensado —es muy evidente—, pero se lo había guardado para sí.

No hablo de este tema con nadie, ni siquiera con Martha, porque no quiero ni perder un minuto pensando en ello; tengo muchísimas cosas en mente, la mayor parte de ellas relacionadas con Sebastian.

No puedo dejar de pensar en él y más después de saber que mi padre quiere que me case sin ni siquiera sentir nada por Nikolaj. ¿Pensar en él es admitir que siento más allá de una amistad?

Intento que mis dudas no me afecten en mi vida diaria, por lo que me centro en mis obligaciones diplomáticas y en hablar con Rachel para asegurarle una vez más que iré a su boda.

Me vendrá bien desconectar y alejarme del ambiente de palacio.

VEINTITRÉS
Sebastian

—¿Has hecho todo lo que te he pedido? —Lo miro con disimulo mientras sigo intentando ajustarme la corbata—. Vale, necesito ayuda.

—¿Cuándo no? —James empieza a reírse y acude a mi rescate, haciéndome el nudo sin ningún tipo de esfuerzo—. Está todo listo —asegura—. Es una suerte que tu agente te haya librado de entrevistas y compromisos. Qué bueno es, ¿no?

—No te eches tantas flores.

James suspira y me da un ligero golpe en la espalda para indicarme que ha acabado.

—Si se filtra, que es una posibilidad, habrá más rumores, ¿eres consciente?

Lo soy, por eso iré con la máxima precaución.

—Quiero darle la sorpresa a Lena, su amiga es muy fan y no me cuesta nada.

Cuando la princesa me lo había comentado como si nada, no le había dado importancia. Ahora es la excusa perfecta para verla, porque necesito hacerlo.

—La gente cobra por este tipo de cosas, Sebastian. —¿Cobrarle a Lena? No, ni loco. Y menos aún por una sorpresa—. Aunque tú no lo haces por dinero, sino por ella. —Sonríe—. Estoy muy contento por ti.

Lo miro sin entender a qué se refiere. ¿Contento por mí, por querer hacerle una sorpresa?

—¿Por qué?

—Piensa un poco y lo entenderás. —Mi cara es muy expresiva, por lo que añade—: ¿Cómo te sientes?

—Pues… —Trago saliva, analizando sus palabras—. ¿Bien? No lo sé. James, déjate de este tipo de tonterías.

—¿Eres feliz?

Hago un gesto leve con la cabeza, ahora lo entiendo. Desde que conocí a Lena, he aprendido a encontrar la felicidad en las pequeñas cosas del día a día. Antes no era así; la buscaba en las efímeras, en falsas palabras y elogios que solo servían para contentarme unos minutos. No quería —ni tampoco buscaba— el afecto físico con nadie para mitigar lo vacío que me sentía.

—¿Y tú lo eres? —rebato con una sonrisa y le lanzo el primer cojín que encuentro—. Tonto.

James se había encargado de hablar con el marido de la amiga de Lena —que creo que se llama Rachel— y con la organizadora de la boda, para que todo salga bien.

He tenido que posponer unas cosas en mi agenda, pero me da igual. Solo puedo pensar en ver a Lena y hablar con ella.

—¿Estás nervioso? —James se ríe, porque sabe que no hace falta que le responda. Es una obviedad—. Lo más probable es que se sorprenda al verte con traje. Incluso a mí se me hace raro.

—Estoy irresistible —afirmo sin ningún tipo de duda—. Además, a una boda se tiene que ir elegante.

—Por una vez, te daré la razón. Te queda muy bien.

Al llegar donde se celebra, la organizadora nos lleva a una sala aparte. Ahí esperaremos a que nos dé una señal para que pueda salir a cantar junto a los músicos que han contratado para amenizar la velada. Justo al entrar, se apaga la luz para seguir con el factor sorpresa. Voy con paso firme, guiándome por los puntos previamente señalados en el suelo, que emiten una pequeña fluorescencia. Subo al escenario y suspiro.

—Supongo que debo felicitar a los recién casados —hablo y la luz vuelve, iluminando mi gran sonrisa—. Así que felicidades, espero que seáis muy felices. Ahora, como buen regalo de boda que soy, os deleitaré con mi música.

Busco a Lena entre la gente. La encuentro sentada con un grupo de chicas que le están hablando, pero no presta atención. Está mirándome a mí, con clara sorpresa. Cuando se levanta, veo mejor el vestido rojo que lleva y que le sienta de maravilla. Sonrío de nuevo, esta vez solo para ella.

Va acercándose a mí poco a poco, y creo que no es consciente del efecto que ejerce sobre mí; si lo fuese, no estaría mirándome de ese modo. Estoy seguro de que podría reconocerla entre una multitud. Brilla con luz propia, todo en ella me llama.

Al tenerla tan cerca, me cuesta concentrarme en dar lo mejor de mí, porque es su sorpresa, es una de mis formas de decirle que esto es lo que soy. Quiero hablar con ella; no obstante, tengo que seguir con el plan establecido. Es lo mejor para ambos. Al final —y aunque no tenía pensado hacerlo—, canto la canción que escribí pensando en ella. Quería que la primera vez que la escuchase, estando yo delante sin pantallas de por medio, fuera un momento más íntimo y especial. Aunque sin saber bien cómo, siento que se ha creado una magia entre ambos, una que nos evade del resto de invitados. Solo somos ella y yo.

Ella y yo y nadie más.

Esa sensación sigue cuando dejo de tocar. Debería marcharme, pero no puedo hacerlo, no sin antes pasar un tiempo con Lena. No cuando no sé si luego querrá hablar conmigo. Le hago un gesto con la mano para que me siga. No sé ni a dónde voy, pero acabo en la sala contigua en la que estaba antes de actuar y cojo la primera botella de agua que encuentro.

—Estás preciosa —murmuro con la voz algo ronca, por lo que doy un trago. Estoy sediento —. Te queda muy bien el rojo, estás… —Pienso bien mis palabras—. Estás deslumbrante. ¿Y si nos hacemos una fotografía para el recuerdo?

—¿Por qué no me dijiste que vendrías? —quiere saber. Sus ojos están llenos de dudas, no sabe bien cómo mirarme—. Creía que ni te acordabas.

—Era una sorpresa, princesa. Para la novia y para ti —remarco y le guiño un ojo—. ¿Te apetece bailar conmigo?

—¿Sabes bailar? —pregunta, enarcando una ceja.

Bailar, como tal… sí. Bailar al estilo protocolario, no.

—Sí y no. —Ladeo la cabeza—. Pero tengo la persona que más sabe de estas cosas.

Le ofrezco la mano con duda, esperando que la acepte. Sonrío cuando lo hace y volvemos al salón principal, donde ya hay varias personas. Está sonando un vals y no sé si ponerle una mano en la cintura o no. Busco su aprobación con la mirada antes de hacerlo, y nos movemos al compás de la música.

No sé si Lena se estará dando cuenta de lo nervioso que estoy al tenerla tan cerca, o cómo

solo quiero dejarme llevar. Trago saliva cuando apoya la cabeza en mi hombro con complicidad. Puedo oler su perfume a la perfección. Reprimo las ganas de besarle la frente, el cuello, los labios…

—Sebastian… —bisbisea, levantando la cabeza para poder mirarme.

—¿Sí, princesa?

Intento llevar el control, pero no sé bailar de este modo —nunca me he interesado por aprender—, así que dejo que sea ella la que nos guíe. Está preciosa. Mejor dicho, es preciosa, y no sé si es el rojo, que resalta sus facciones, o que hace tanto tiempo que no la veo, pero me está volviendo loco.

—Adoro la canción que escribiste pensando en mí. —Aprieta los labios y sigue mirándome —. Cuando la has cantado… —Su silencio no me incómoda, al contrario. Podría estar así todo el tiempo del mundo, bailando a su lado, solo hablando con nuestros ojos—. No tengo palabras, no las encuentro.

Yo tampoco. Y aún así, entiendo a lo que se refiere.

—Es de mis favoritas. —Sonrío y le doy una vuelta. Puede que no sea necesario, pero consigo sacarle una carcajada—. No sé si debería haber hecho eso, pero me apetecía.

—Me he dado cuenta —me sigue la broma—. Es muy de película.

—No niegues que te ha encantado, princesa.

—¿James está aquí?

—No voy a ningún lado sin él, es mi fiel escudero —bromeo—. No sé dónde está ahora. Disfrutando de la boda, supongo, aunque dudo que más que yo.

—¿Estás disfrutando?

—¿Tú no? —Medio sonrío, esperando su reacción—. Es imposible que te estés aburriendo conmigo.

—Tenemos que hablar.

Su frase rompe un poco lo que se ha creado entre los dos. Pero es necesario.

—Lo sé. —La canción que está sonando acaba, y no sé cuánto tiempo llevamos bailando—. No voy a quitarte más tiempo de estar con tus amigas de la universidad, así que vamos a hacer una cosa. —Me acerco a su oreja y le susurro el nombre de mi hotel y el número de la habitación —. Te estaré esperando.

Le doy un beso en la mejilla más largo de lo normal y me voy. Sé que mi autocontrol no va a aguantar mucho más.

—¿Y bien? —quiere saber James en el coche que nos lleva al hotel—. ¿Ha ido todo como querías?

—No lo sé —admito, apretando la mano para apaciguar un poco lo inquieto que estoy—. No hemos hablado de eso. No era el momento ni el lugar. Le he pedido que venga al hotel cuando pueda.

—¿Estás nervioso? —pregunta, ladeando un poco la cabeza para poder mirarme. Odio cuando lo hace, sé que por mucho que intente aparentar que no lo estoy, él va a saber que sí—. ¡Lo estás! —Empieza a reír, aunque sé que no lo hace de mí. Es su manera de ser—. Sebastian, ¿de verdad?

—James, así no ayudas.

—Me resulta gracioso que lo estés —reconoce, pero suaviza de inmediato el tono—. Os he visto, estoy seguro que vendrá a hablar contigo.

—Normal que nos hayas visto, no somos invisibles.

Resoplo. ¿Lena vendrá a hablar conmigo o no? ¿Me dejará con esta incertidumbre?

—Eres insoportable.

—¿Por qué lo has dicho? —pregunto con curiosidad.

—Lo siento, ¿me está hablando alguien? Porque solo me veo a mí en este coche. Si hay alguien más, debe tener el don de la invisibilidad o algo... —Ríe como si nada. No sé el motivo por el que no aprendo que con mi mejor amigo, en este sentido, nunca gano. Me las devuelve todas—. Es por la forma en la que os miráis —aclara—. No es la manera en la que miras a una amiga. Tenéis una complicidad y conexión que se nota. —Suspiro, aprecio mucho su punto de vista—. No sé lo que va a pasar con ella. Lo único que puedo decirte es que hay cosas que no se pueden ocultar, por mucho que quieras.

No digo nada más y él tampoco. Nada más llegar a mi *suite*, me pongo ropa cómoda. Pasan los minutos y cada vez me impaciento más. No va a venir. Voy de un lado a otro de la habitación sin saber qué hacer.

Cuando escucho que llaman a la puerta, casi me da algo.

Una parte de mí, se relaja al ver que es Lena. Dejo que entre y disimulo mis nervios. ¿Qué debe esperar ella de esta conversación?

Verla de nuevo, con ese vestido rojo, consigue desarmarme. No sé ni por qué me he hecho esperanzas, sé que va a rechazarme. ¿Qué tengo yo de especial para ella? Debe estar acostumbrada a personas con una educación impecable, de exquisitos modales y que le harán la vida mucho más fácil.

Esto ha sido una mala idea, una muy mala. ¿Por qué he pensado que funcionaría?

—Buenas noches, princesa. ¿Una copa? —ofrezco. Noto cómo me mira, fijándose muy bien en mis brazos—. La baba, princesa —bromeo sin muchas ganas—, que parece que te guste más así que con el traje de antes.

—Yo… —Aprieta los labios—. Sí, quiero una copa. O no. No lo sé, necesito aclarar todo.

—Directa al grano, como me gusta. —Sonrío y me paso la mano que tengo libre por el pantalón de chándal, para quitarme el sudor—. Bien. Entonces vamos a hablar de nosotros.

Estoy muy muy nervioso, aunque intento disimularlo. Para que tengamos la conversación, debo permanecer calmado y controlar mis emociones. Y eso nunca ha sido mi fuerte.

—¿Quieres empezar tú? —propone para llenar el silencio.

—No sería educado de mi parte si no te ofrezco que te sientes y que insista en si quieres una bebida.

Le hago un gesto con la mano para que me siga. En silencio, recorremos la *suite* hasta uno de los sofás que hay. Ella se sienta con mucho cuidado y elegancia —como siempre, en realidad—, y procura que su capa no se arrugue. Eso hace que la mire de nuevo y, joder, qué bien le sienta el vestido. Quiero quitárselo.

Por la forma en la que me mira, está esperando que me coloque a su lado. No lo hago. Me quedo de pie, a una distancia prudencial. Trago saliva varias veces, cruzo los brazos y busco algo en lo que centrarme, porque si la sigo observando, perderé el control y acabaré besándola. Necesito tener la mente clara, así que empiezo a andar de arriba abajo por la habitación.

—¿Por qué no te sientas? —pregunta con dudas en la voz.

—Cuando estoy nervioso, no puedo quedarme quieto —admito, sin dejar de moverme—. Es lo único que me apacigua, en cierta forma. La música es otra, pero no me voy a poner a tocar algo. No sería adecuado.

—¿Estás nervioso?

Sonrío. Ella también lo está, su pregunta es una obviedad. ¿Cómo no voy a estarlo, si no paro?

—¿Tú no, princesa? —Me paso la mano por el cabello—. Porque yo diría que no soy el único.

—Siéntate, por favor —insiste.

La miro y le hago caso para que esto no empiece con palabras repetitivas. En el momento en el que entrelaza nuestras manos, pierdo la batalla que se estaba librando en mi mente sobre lo que hacer o decir. Si tuviera la oportunidad, estaría una eternidad de este modo, con ella a mi lado, sin necesidad de hablar, porque no es necesario. Sus ojos expresan más de lo que cree. Siempre lo han hecho.

—Tenía muy claro lo que iba a decir —susurro. Por mucho que quiera eludir el momento, no sirve de nada. Es mejor empezar lo inevitable—. O cómo empezar —añado—. Pero soy incapaz de recordarlo o encontrar las palabras.

No puedo decirle que nunca debí haberla besado, que lo que siento por ella es solo una confusión pasajera… No puedo mentirle de esa forma. No puedo mentirme a mí de ese modo.

—Entonces somos dos —bisbisea y aprieta la mano—. Sebastian, yo...

—Deja que hable yo primero —pido y la acaricio con suavidad—. Voy a empezar por el principio y así te pongo en contexto. —Una risa nerviosa se me escapa. Ya ni intento ocultarlo, no sirve de nada—. Cuando te conocí, fuiste un reto para mí. Me hacía gracia conocer a una princesa de verdad y me divertía sacándote de quicio. No voy a negar lo que creo que ya sabes. —Me sigue divirtiendo hacerlo, pero no hace falta remarcar lo obvio—. No sabría decir el momento exacto en el que todo cambió, y empezó a darme igual. Quizá fue el hecho de que te interesaste en conocerme de verdad, sin dejarte llevar por lo que se dice de mí, o que supiste ver algo que los demás no. Creíste en mí.

»Y del mismo modo, tú me mostrabas también cómo eras, demostrándome que no eras la chica fría y distante que pensaba, aunque te empeñabas en hacerme creer que sí. —Suspiro—. Te vi a ti, a Lena, no a la princesa. Y tú me viste a mí, a Sebastian, solo Sebastian, no el cantante. Y todo aquello que antes me daba igual, empezó a no hacerlo. Odiaba cuando te tachaban como una chica más, cuando no te valoraban o cuando no sentían el mismo orgullo que yo con tus logros. —Me río y me paso la mano en el pelo—. Me haces querer ser mejor persona, Lena, una de la que sentirme orgulloso no solo por el éxito musical, una que quiero seguir siendo con el tiempo. —Las siguientes palabras me queman los labios, pero ya no hay vuelta atrás—. No voy a decir que estoy enamorado de ti, porque no sería sincero, pero sí me gustas. Me gustas muchísimo, tanto que no puedo dejar de pensar en ti en ningún momento. Quiero estar contigo y descubrir mis nuevos límites a tu lado. Quiero besarte hasta que nos cansemos, dormir abrazados sin que nos importe nada más, compartiendo la soledad de la noche. Quiero tener gestos cariñosos contigo sin tener miedo de cómo vas a reaccionar o si me vas a rechazar. Quiero tantas cosas contigo, Lena, tantas que el infinito se hace corto.

Al acabar, me siento libre, como si me hubiera quitado un peso de encima. Solo me queda esperar su reacción. Una que no parece llegar.

No aparto su mirada de la mía, intentando descifrar lo que sus ojos me están diciendo sin palabras. Veo duda en ellos, y también muchas emociones, más de las que nunca he visto.

—Sebastian... —dice después de lo que creo que es una eternidad. Ya está, va a rechazarme. Intento disimular lo jodido que me siento en este momento, lo mal que me va a sentar su

negativa. No tenía razones para creer que sería un sí, pero tenía esperanza. Ahora me siento un iluso, porque estaba claro que no iba a funcionar. Nunca lo hubiera hecho—. Sebastian —repite mi nombre—. Estás dando por hecho las cosas cuando ni yo sé lo que voy a decir. Podría mentirte, pero no sería lo más adecuado ni nos ayudaría.

—¿No vas a rechazarme? —pregunto con un deje de esperanza en la voz.

—No lo sé —afirma y su duda es notoria. Parece que tiene un conflicto interno que no sabe cómo resolver—. Todo lo que has dicho es muy bonito y comparto la mayoría de cosas. Sin embargo...

—No, no quiero excusas —interrumpo y suelto nuestras manos, aunque solo por un momento, ya que las entrelazo de inmediato—. Esto es muy simple, Lena. ¿Tú qué sientes por mí?

—No, no es tan sencillo —rebate, poniendo una ligera mueca—. ¿De qué me sirve sentir algo por ti si no...

¿Acaba de admitir que siente algo por mí?

—¿Si no, qué? —la corto de nuevo—. Lena, sé que te cuesta mucho no ser racional, pero por una vez, si es lo que quieres, déjate llevar.

—No puedo dejarme llevar —Niega. Sigue siendo un pulso entre su parte racional y la emocional—. ¿Cambia algo admitir que también tengo sentimientos por ti?

—Lo cambia todo. —Sonrío y con la mano que tengo libre acaricio su mejilla con mucho cuidado—. Entiendo tus dudas, sé la presión a la que estás sometida y que debes estar sopesando los pros y contras. Pero… —Vuelvo a acariciarla—. ¿Por qué no luchar por lo que tú quieres? Es lo que has hecho desde que te conozco. ¿Por qué no te permites ser feliz, si es lo que deseas?

—Hay tanto en juego… —Suspira, pero no me aparta la mirada. Es como si tratase de convencerse a sí misma de una decisión que no quiere tomar—. Y yo…

Está en un bucle que no sé si puedo romper. La entiendo —sé lo importante que es la corona para ella—, pero soy egoísta cuando se trata de ella.

—Lena, deja tus preocupaciones por un momento, es mucho más fácil. —Enarca una ceja, sin comprender mis palabras—. Si sientes lo mismo que yo con estas caricias, si estás deseando más, no hay más que hablar, porque voy a besarte —admito procurando que no suene demasiado intimidante—. Llevo reprimiendo las ganas de hacerlo desde que te he visto antes de empezar a cantar —añado—. Si es lo que quieres, podemos ir sin prisa, conociéndonos un poco más, pero juntos. Quiero estar contigo. Dame la oportunidad de demostrarte todo lo que hay en mí, lo que solo soy capaz de expresar con la música. Déjame mostrarte un Sebastian que nadie conoce.

La miro, inquieto, esperando que diga algo, aunque sea un no. Si me rechaza o sigue llena de dudas, ya no puedo hacer más, lo he intentado todo.

Y cuando creo que va a hablar, cuando creo que va a rechazarme...

Me besa.

VEINTICUATRO
Lena

Estoy besando a Sebastian porque es lo que de verdad quiero hacer.

Le gusto, tanto que es capaz de arriesgarse, de lanzarse al vacío por mí y apostar por nosotros. Y yo me he hartado de pensar en lo que debería hacer antes de en lo que de verdad quiero. Lo que siento por él es una de las pocas cosas que puedo afirmar con seguridad en mi vida. No me sirve de nada negarlo durante más tiempo. Menos aún después de admitir que pienso en él a diario y lo echo de menos.

No puedo —ni quiero— rechazarlo, porque cada palabra que ha dicho, cada afirmación de nosotros, es cierta. Sebastian ha conseguido ver a través de lo que quiero ocultar al mundo. Y lo sigue haciendo. Está a mi lado, apoyándome, sin presionarme, buscando mi felicidad. Me hace sentir… libre. A su lado siento que soy otra persona, una sin preocupaciones. Soy Lena; solo Lena.

Él ha dicho que a mi lado es mejor persona, y a mí me ocurre lo mismo; me hace ser capaz de dar la mejor versión de mí misma. Ha conseguido traspasar mis barreras y meterse bajo mi piel. Hace que todo parezca sencillo y que no me importe nada más que no sea nosotros. Es por eso por lo que lo estoy besando. Porque cuando nuestras miradas se han cruzado por enésima vez, mi corazón se ha acelerado al verlo tan vulnerable, al sentir que mi decisión le está haciendo daño cuando nunca he pretendido eso. Quiero todos esos momentos que ha dicho Sebastian, quiero poder ser cariñosa sin pensar en el protocolo real. Quiero a Sebastian en mi vida.

Estoy pensando en mí misma por primera vez, aceptando las consecuencias de ello.

—Princesa… —intenta musitar, separándose un poco para poder hablar.

No le dejo, vuelvo a besarlo para dejarle claro lo que quiero. Al principio es suave, un roce de labios cuidadoso, como si ninguno de los dos nos creyéramos lo que está pasando. Como si nos estuviéramos convenciendo de lo que supone. Hasta que decido tomar la iniciativa, apoyándome en él, cargando el peso de mi cuerpo en el suyo, besándolo con ansiedad y desesperación. Mi lengua recorre su labio inferior y Sebastian reacciona, tomando el control y devolviéndomelo con ímpetu. Me rodea con los brazos, apretándome más contra él, y se me escapa un pequeño jadeo, en el que se regodea con una pequeña sonrisa.

Besarlo es como una mezcla de dulce y salado, como el contraste de calor y frío. Extrañamente adictivo.

Sin pensármelo mucho, toco su torso, pendiente de su reacción, y le saco la camiseta, lanzándola a un lado. Él está expectante y me deleito con su cuerpo, recorriendo cada zona con paciencia, intentando memorizar cada retazo de piel. Sus manos están en mi cintura, y me agarra un poco más fuerte cuando me desvío hacia abajo, con impaciencia. Sebastian sigue quieto, me deja hacer y tengo la sensación de que tiene miedo de que me lo piense y cambie de idea. Intento

demostrarle mediante besos lo que quiero, demandando con mi lengua más. Mucho más de lo que me está dando. Jadeo de nuevo en voz alta cuando, por fin, empieza a besarme el cuello, lamiendo la zona con cuidado de no dejarme marcas.

—Quítame el vestido —pido y parece más una orden, una que está muy dispuesto a acatar—, me está molestando. La cremallera está en el lateral.

—Qué mandona eres —ronronea con calma sin alzar la cabeza de mi cuello, dejando un rastro de besos que hacen que la piel se me erice—. Aunque me encanta.

—¿Te encanta? —repito y empiezo a juguetear con la goma de su pantalón.

—Me pone muchísimo —admite. Cierra los ojos cuando me rozo de nuevo con él, dejándole claro que quiero más—. Si haces esto, no puedo cumplir órdenes.

—Quizá estás tardando demasiado.

—La princesa nos ha salido impaciente. —Con suma facilidad, me desabrocha el vestido y, con un simple movimiento, acaba en el suelo. Sebastian se queda quieto, observándome. Sus ojos expresan deseo, excitación y necesidad—. Eres una obra de arte. Una jodida obra de arte.

Sin ningún tipo de esfuerzo, me levanta y coloca en sus caderas para llevarnos a la cama. Con cuidado, me deja y aprovecho que sigue mirándola embelesado para sacarle los pantalones. No disimulo mi sorpresa al ver que no lleva nada más, que todo lo que he notado es él.

Quiero besarlo, pero me obliga a tumbarme, colocándose encima, y empieza a darme pequeños besos empezando por el rostro, descendiendo poco a poco.

Al llegar a mis pechos, me quita el sujetador y traza pequeños círculos alrededor de mis pezones antes de besarlos. Gimo y él ríe, haciendo que la vibración estimule más esa zona. Con la otra mano que tiene libre, comienza a subirla por mis piernas, hasta llegar a los muslos. La respiración se me entrecorta por la anticipación. Quiero que siga.

—¿Puedo? —pregunta, asegurándose con la mirada de que estoy cómoda.

—Soy toda tuya, Sebastian.

—¿Toda mía? —repite y me besa los labios mientras me saca la última pieza que cubre mi cuerpo—. Eso suena demasiado tentador.

Cierro los ojos ante el cúmulo de sensaciones. Me acaricia de tal forma que está a punto de llevarme al abismo. La piel me arde, toda yo ardo. Alzo de forma leve las caderas para pedirle que no pare, que no me torture de esta forma. No lo hace, aumenta el ritmo y sus dedos se introducen en mí, llevándome a mi liberación.

En lugar de quedarme quieta, decido tomar el control, haciendo lo mismo que ha hecho él minutos antes. Me recreo con su cuerpo, bajando la mano y tocándolo de forma directa. Está muy excitado y me encanta, con la punta levemente mojada y listo. Cuando estoy bajando la cabeza, me detiene.

—Lena… —consigue articular con esfuerzo—. Lena.

Me detengo y nos entendemos sin hablar. Se levanta para coger protección y se la coloco lo más rápido que puedo. Lo beso, despejando cualquier posible duda que tenga sobre si quiero esto o no, y, por fin, me penetra.

Todo se detiene; el tiempo no importa, solo lo miro para ver su reacción, intentando saber si está sintiendo lo mismo que yo. El placer es indescriptible, es como si nunca antes hubiera sentido esto, como si fuera mi primera vez. Se le escapa un gruñido, uno que repite cuando vuelve a hacer que nuestros cuerpos se junten.

No dejamos de mirarnos, ni cuando alcanzamos el clímax a la vez. Y al hacerlo, Sebastian me abraza por la cintura acercándome lo máximo a él, apoyándome en su pecho. Y solo escucho el

latido de su corazón a la perfección mientras me acaricia el pelo.

No hacen falta palabras, lo estropearían todo. Ya tendremos mañana para luchar contra el mundo.

Una parte de mí —la más racional—, quería seguir teniendo el control de la situación con Sebastian. Por eso, mi intención era irme después de haberme acostado con él, volver a mi habitación para pensar de forma fría y sopesar la situación. No había podido hacerlo. Desde el momento en el que me había acurrucado en su pecho y había empezado a acariciarme con suavidad el pelo y la espalda, me rendí. Se había creado algo entre ambos, algo mágico, que no quise romper. Tampoco hablamos, solo disfrutamos de la compañía, compartiendo gestos cariñosos e íntimos hasta que nos quedamos dormidos.

—Buenos días, princesa. —La barba de Sebastian me hace cosquillas al rozarme el cuello, aunque intento no reírme para parecer dormida. Él insiste, hasta que empieza a besar esa zona con suma dulzura—. No seas remolona.

—¿Y si quiero serlo? —murmuro sin abrir los ojos. No me quejo cuando me besa, es una muy buena forma de despertar. Podría acostumbrarme a ella—. Buenos días.

—Buenos días, princesa —repite con una gran sonrisa.

—No es nada de tu estilo esa frase, Sebastian.

—No he dicho nada que no sea cierto, eres una princesa —dice, regodeándose.

Parece otro, su sonrisa es tan grande que le ilumina el rostro. Su mirada está llena de brillo y se nota que es feliz.

—Nunca aprenderás que debes dirigirte a mí como alteza —bromeo y me levanto de la cama sin ningún tipo de pudor. No sería lógico que me tapase o que fuese tímida, si ya me había visto desnuda—. Voy a hablar con mi equipo de seguridad para dejarles claro que estoy bien.

—Ya lo he hecho por ti —comenta, bajando un poco la cabeza—. Lo hice cuando te quedaste dormida, por si estaban preocupados de que no salieras de la habitación o de que te hubiese hecho algo. Ya sabes, no quiero acabar en un calabazo en Suecia. —Se ríe y hago lo mismo—. También les pedí que trajeran tu maleta aquí, para que puedas vestirte y asearte con comodidad.

—Para eso tengo mi habitación.

—Ya, pero ¿y si no quiero que salgas de la mía?

Lo entiendo, no quiere que la burbuja se rompa. Yo tampoco, pero es necesario.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé —bisbisea con un hilo de voz.

¿Cree que le voy a decir que me arrepiento de mi decisión? ¿Por qué duda? No tiene su arrogancia, es como si se tratase de otro Sebastian. Le veo tan vulnerable que no sé si me causa ternura o inseguridad.

—¿Dónde están mis cosas? —quiero saber—. Quiero ducharme.

—¿Acompañada? —propone, reprimiendo una sonrisa pícara. Al ver que no respondo, se levanta de la cama y me coge de la mano—. Capto la respuesta.

—Otro día —sugiero. Necesito la ducha para pensar a solas—. Tenemos que hablar —recuerdo—. Y cuanto antes, mejor.

—Lena, ¿te arrepientes?

Me mira unos segundos antes de evitarme. ¿Es la sensación que tiene? ¿No quedó lo suficientemente claro ayer?

—Para nada —aseguro. Lo abrazo, pasando una de mis manos por su cabello cobrizo, que aún está despeinado—. Nunca me arrepiento de mis decisiones, Sebastian.

Eso parece calmarle, porque vuelve a tener la expresión que le caracteriza.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. —Como aún estamos abrazados, me alza la barbilla con una mano y me besa con delicadez la frente—. Me está costando mucho mirarte a los ojos ahora mismo. Eres una tentación andante.

—Podría decir lo mismo.

No lleva camiseta, solo el mismo pantalón de chándal de ayer y que, sin la parte de arriba, se ve a la perfección lo holgado que le viene. Parece que en cualquier momento puede caérsele. Procuro no mirar para no distraerme, aunque me resulta complicado. Ya con la ropa que quiero ponerme, voy hacia el baño y entro a la ducha. Bajo el chorro de agua, mis pensamientos fluyen e intento ser lo más objetiva posible sobre lo que ha ocurrido.

Sebastian y yo hemos empezado algo.

¿El qué? No lo sé. Hemos dado un paso más en nuestra relación, pero no somos pareja, o eso creo. Esa es una de las cosas de las que tenemos que hablar.

Y no, no me arrepiento. ¿Cómo puedo hacerlo si, en estas pocas horas que he pasado a su lado, he sido feliz como pocas veces en mi vida? Me siento tan bien, tan libre, que tengo miedo de lo que va a suponer volver a la realidad.

Porque todo sigue igual. Mi decisión tendrá unas consecuencias que no sé cómo afrontar. Antes de hacerlo, necesito tener todo planificado para que nada se salga de control. Aunque con Sebastian y con todo lo que le envuelve, es muy difícil. Quiero demostrarme a mí misma que soy más que capaz de compaginar mi vida personal con mis obligaciones. Voy a ser la futura reina, eso es innegable, pero ahora tengo que saber si puedo elegir lo que quiero para ser feliz.

Sebastian es el soplo de aire fresco que necesitaba y que nunca me planteé.

—¿Por qué estás tan nervioso? —Me siento a su lado al salir de la ducha intentando encontrar la respuesta—. No lo entiendo, te he dicho que no me arrepiento.

—Ni yo lo mismo lo sé —concede—. Me cuesta creer que sigues aquí, que esto no es un espejismo. —Eso me saca una sonrisa y él hace lo mismo, para luego entrelazar nuestras manos —. ¿Cuándo sale tu vuelo?

—Mañana, a primera hora. Tengo un acto oficial en tres días.

—Eso hace que aún tenga un día entero contigo. Empieza a hablar tú, princesa, te escucho.

—Tenemos que estar los dos de acuerdo y no quiero que me des la razón porque sí.

—Seguro que llegamos a un entendimiento.

—¿Qué somos, Sebastian? —suspiro antes de preguntarle.

—¿Cómo? —repite, incrédulo—. ¿En serio me lo estás preguntando? —Vuelvo a asentir—. Para mí eres mi novia, mi pareja, mi amante, mi mitad, mi compañera…

—Solo quería asegurarme. Tampoco lo habíamos dejado claro, no sé si…

—Lena —me interrumpe—. Ayer no tuvimos solo sexo. Hicimos el amor.

—¡Sebastian! —protesto—. Eso suena fatal.

—Las verdades no suenan mal —se mofa—. Como he dicho, pondré todo de mi parte para complacerte.

El entusiasmo de su voz es contagioso. Parece tan convencido de lo nuestro, tan dispuesto a luchar sin rendirse ante la primera adversidad, que me da mucha seguridad. Él lo va a dar todo, al igual que yo.

—Nos veremos poco —admito en voz baja lo evidente—. Nuestras agendas son muy

apretadas y quizá no podamos sacar el tiempo suficiente para recorrer los kilómetros que nos separan.

—Lo sé —secunda—. Eso no quita que seguiremos hablando a diario, ¿no? —Asiento, eso no cambiará. Nuestras conversaciones son casi una costumbre—. Sabremos sobrellevarlo, estoy convencido. Aunque…

—¿Aunque? —insisto con cierto temor en la voz. Sus ideas suelen ser un peligro—. Me das miedo.

—Qué poca fe en mí, princesa.

—¿En qué has pensado?

—Aunque tengamos mil compromisos, aunque nuestro horario sea un caos, siempre, siempre —remarca—, intentaremos vernos una vez al mes. Puede ser solo un día, pero hay que intentarlo.

Es razonable, pero al mismo tiempo, casi un imposible.

—Quizá no podamos cumplirlo.

Pide algo que puede no ser viable y no quiero que tengamos expectativas irreales y sea el principio del fin.

—Me comprometo a cumplirlo —asegura. Los ojos siguen brillándole más de lo normal—. Si tú no puedes salir de tu país, iré a Estocolmo. Me importa muy poco recorrer medio mundo una vez al mes si así te veo.

—¿Harías eso?

—Sin ninguna duda.

Eso es un punto a su favor, está dispuesto a sacrificarse con tal de que mi agenda no suponga un impedimento. Y aunque tiene más libertad por su trabajo, eso no quita que es un gesto increíble. Va a adaptarse por mí.

—No quiero que lo que tenemos sea público, al menos de momento —sigo hablando. Es una de las pocas cosas que he pensado con claridad—. No es que no esté segura o algo parecido, es que no estoy preparada para que lo sea.

—¿Por qué?

Porque tengo miedo. Y no solo por mí, también por él. No quiero ahogarlo en un mundo que no es el suyo.

—Porque necesito primero saber cómo van a suceder las cosas. Necesito tener el control, Sebastian. Es una de las cosas que siempre he necesitado, no me gusta improvisar en aspectos importantes de mi vida.

—Lo sé, te conozco. Y te entiendo. —Me coge de la mano para darme apoyo—. Yo tampoco creo que sea oportuno que lo nuestro sea público de momento. —Ladea un poco la cabeza, pensando—. Desde que nos conocimos, hemos tenido el foco mediático. Quiero disfrutar de lo nuestro sin esa presión constante.

—Estás haciéndolo todo tan fácil... —susurro, asombrada—. Gracias.

Él también menciona cosas que cree importantes, como que James tiene que saberlo —aunque da por hecho que ya se lo debe imaginar—, al igual que otras personas de su máxima confianza. De mi círculo, sé muy bien a quién contárselo; necesito saber su opinión. La conversación no es incómoda, su punto de vista es realista y lógico. Ambos queremos lo mismo: que salga bien.

—Bien, ahora que hemos acabado, voy a la ducha —murmura y se levanta—. ¿Me acompañas?

—Me he duchado hace nada, sería un gasto de agua inútil.

—Lo sería si no lo hicieras conmigo, princesa. Solo vas a ayudar a un pobre chico que no puede…

Niego con la cabeza y reprimo una sonrisa.

—Voy a volver a mi habitación, tengo cosas que hacer.

—¿Volverás? —pregunta y hace un pequeño mohín con el labio inferior—. Quiero que lo hagas.

—No. —Antes de que proteste, añado—: Serás tú quien venga a la mía.

—Uy, la princesa quiere jugar de local… Interesante.

No respondo, me acerco para despedirme con un beso y cuando salgo de su *suite*, uno de mis guardaespaldas sigue ahí. Tengo que hablar con mi equipo de seguridad y pedirles que no le digan nada de esto a mi padre, porque eso debo contárselo yo, aunque no sé cuándo. Se lo tomará mal y va a separarnos, si es posible, aún más. Pero no cederé.

—No tiene nada de lo que preocuparse, alteza —habla el jefe del equipo después de reunirlos a todos en mi habitación—. No vamos a hablar de este asunto si usted no lo quiere.

—Lo agradecería mucho, de verdad.

Después de eso, y antes de que Sebastian venga, abro mi portátil y sigo preparando el discurso del acto que le he mencionado antes. Aprovecho también mi soledad para mandarle un mensaje a Nathaniel, pidiéndole vernos cuanto antes mejor. Necesito su consejo y no quiero que sea por mensaje. Él sabe lo que estoy viviendo.

—¿Interrumpo? —Alzo la vista de mi ordenador y veo a Sebastian, con la guitarra en la mano.

—No, no lo haces. ¿Vas a tocarme?

—Solo si te dejas —ríe.

—¡Sebastian!

—¿Qué? —Le hago un gesto para que se siente a mi lado y lo hace. No sin antes besarme—. Si tú quieres, me apetece hacerte un concierto privado. Quiero cantarte la canción que escribí para ti, sin que nadie más nos moleste. Solos tú y yo.

—Me encantaría.

Pasamos todo el día juntos, no salimos de mi habitación y aprovechamos para conocernos mejor. Hablamos un poco de todo, de anécdotas, de nuestros gustos personales y de cualquier tontería que se nos pasa por la cabeza. También nos dejamos llevar, porque mi cuerpo reacciona al suyo y viceversa. Pero el tiempo se esfuma demasiado rápido y, cuando me quiero dar cuenta, tengo que despedirme de Sebastian porque mi vuelo sale en breve, y se me hace difícil. No sé cómo serán los siguientes días, o si seremos capaces de superar la distancia que nos separa. Las relaciones de ese tipo siempre son complicadas, pero si todo sigue igual, con la facilidad con la que se están desarrollando las cosas, tengo claro que seré feliz.

Es lo que siempre he deseado.

VEINTICINCO
Lena

Volver a Estocolmo es volver a la realidad.

Ese día y medio que he compartido con Sebastian ha sido como vivir en una burbuja apartada del mundo, un bálsamo que no sabía que necesitaba hasta que me he bajado del avión. Al hacerlo, he recordado todas las obligaciones que tengo por delante en las siguientes semanas.

Me hubiera gustado quedarme más tiempo, había estado muy tranquila y calmada como hacía tiempo que no estaba. También me había dado cuenta de que Sebastian y yo teníamos muy buena complicidad, que nos entendíamos en muchos aspectos. Aunque no me lo ha pedido, le envío un mensaje para decirle que he llegado bien. Quizá no estaba ni preocupado, pero es un detalle que me gusta que tengan conmigo.

Para no aburrirme durante el trayecto hasta palacio, aprovecho para preguntarle a Martha si tiene un hueco para mí, ya que quiero verla. No me sorprende saber que ha hecho un viaje exprés y que volverá lo más pronto posible. No es que tenga dudas al haber llegado a Suecia —sigo con mi decisión muy clara—, pero sigo queriendo controlar todo.

—¿Cómo ha ido, cariño? —me saluda mi madre al verme. Deben haberle dicho que estaba llegando y ha decidido esperarme—. ¿Te lo has pasado bien?

—Ha sido una boda muy bonita —resumo, obviando ciertos detalles como la presencia de Sebastian—. Rachel estaba pletórica. Sé que van a ser muy felices, están tan enamorados…

—Casarse siempre es un motivo de júbilo. —Sonríe con cierta nostalgia—. Recuerdo a la perfección el día de mi boda, uno de los más felices de mi vida.

—¿Fue difícil para ti? —pregunto con cierta curiosidad—. El enamorarte de alguien con un cargo tan importante, saber que tu vida iba a cambiar de forma irremediable.

Sé que mis padres se quieren —desde pequeña me ha resultado muy evidente—, pero nunca he mostrado interés real en cómo se sentía mi madre. Se casaron por amor, siempre me lo han remarcado, y no sé si fue demasiado rápido, si se trató de una ilusión o que con el tiempo su amor había crecido reforzando el sentimiento previo.

—Nunca te habías interesado por eso, cariño. ¿Se debe a algo?

—Curiosidad —admito y no es del todo mentira—. Quizá haber estado en la boda de Rachel me ha hecho pensar en ello.

Aprieta los labios, pero no hace ningún comentario.

—Estaba muy enamorada cuando me casé, tanto que quizá no me di cuenta de lo que implicaba —afirma y me quita una pelusa del traje que llevo—. Todo vino después; las obligaciones, los eventos, la presión… —Suspira, como si recordar esos años le trajera recuerdos no muy felices—. Supe adaptarme lo mejor que pude, y no me arrepiento de nada —asegura con convicción—. He tenido tres maravillosos hijos que son lo mejor de mi vida.

—Mamá…

Tiene los ojos un poco humedecidos de la emoción.

—Quiero lo mismo para vosotros, Lena.

—¿Que nos casemos y tengamos hijos?

No es que la idea me apasione en este momento.

—Que si os casáis, que lo hagáis por amor. —Me mira con tanta dulzura y cariño que acabo por sonreír—. No hagas nada que tú no quieras, Lena.

Sus palabras me resultan sospechosas. ¿Sabe algo? No, es imposible, nadie sabe lo mío con Sebastian, no ha habido tiempo para ello. ¿Se lo intuye? Eso no puedo asegurarlo.

Dudo durante unos segundos en decirle la verdad, en confiar en ella y admitirle que ahora mismo sí soy feliz, que he encontrado a una persona que me hace feliz; sin embargo, me lo guardo. No porque no quiera compartirlo con ella, es más bien porque quiero ser un poco egoísta y disfrutar de los inicios sin una presión añadida.

—Si me caso algún día, mamá, será con la persona que elija. —Asiento de forma leve con la cabeza—. Y lucharé por ella.

—Espero que esa persona también esté dispuesta a luchar por ti si es el caso, cariño.

Me excuso para ir a mi habitación porque la conversación me ha dejado muy pensativa. Mientras guardo la ropa de la maleta, miro los mensajes de mi móvil, un audio de Sebastian —en el que es él siendo él—, y otro de Freya, en el que me explica que las *royals* están revolucionadas porque hay muchas teorías.

Me río ante esto último, ¿cómo no voy a saberlo si soy la protagonista de sus hipótesis?

Adaptarme de nuevo a mi horario y obligaciones no me cuesta nada. Siempre que tengo libre, hablo con Sebastian y me evado durante los minutos que dura la conversación, sin pensar en nada que no sea él. Tal y como dijo, está poniendo todo de su parte, aceptando que a veces nuestras llamadas son a horas que no le convienen.

Y me doy cuenta de que es intenso, muy intenso. No solo por cómo se dirige a mí, mucho más cariñoso que antes; es su disposición en todo momento. No es que me queje, porque lo está haciendo todo sencillo; el problema es que me siento abrumada. ¿Acabaré agobiándome? ¿Seguiremos en el mismo punto o él irá demasiado rápido?

—¿A qué vas a Inglaterra, Lena? —Mientras estamos comiendo, mi padre exige una respuesta. Si me va a hablar así, preferiría que no lo hiciera—. Hace relativamente poco fuiste a un viaje por ocio, otro ahora mismo es innecesario.

No lo había intentado ocultar; de hecho, quería que me preguntase por ello. Si se creía que Nathaniel y yo nos estábamos haciendo más amigos, me dejaría hacer más viajes y podría aprovechar para ver a Sebastian. Está todo pensado; es un plan casi perfecto.

—Siempre remarcas que las relaciones diplomáticas son importantes —murmuro sin levantar la vista del plato—. Voy a ver a Nathaniel.

—¿Para qué?

—Quiero conocer a Charlotte —comento con mucha calma, sin alterarme—. ¿Algún problema, padre?

—¿Nathaniel quiere presentártela? —mi madre interviene con una sonrisa—. Eso es que van en serio. No me extrañaría que en breve hubiese un compromiso real, parecen muy enamorados.

Según sé, sí lo están. Aunque tampoco los he visto para afirmarlo.

—A la que queremos conocer es a tu novia, Kristoff. —De nuevo, una orden camuflada con la que reconduce la conversación hacia donde le interesa—. ¿Cuándo nos la presentarás de forma oficial?

—No lo sé.

Mi hermano está agobiado, así que no comento que a mí también me gustaría conocerla. Se lo mencionaré en privado, sin nuestros padres, pero estos acaban convenciéndole para concertar un encuentro. Será cuando vuelva de mi viaje, así estaremos todos a excepción de Freya, que al estar en otro país es imposible.

Saber que mi hermano va a dar este paso, que su relación se va a oficializar un poco más, me deja pensativa. Y Sebastian lo nota en nuestra conversación diaria.

—¿Vas a Londres y no me dices nada? —Hace un pequeño puchero, que me parece adorable, mientras mira a través de la cámara, como si de verdad estuviese delante de mí—. Te parecerá bonito.

—¿Cómo lo sabes?

—Nathaniel y yo somos algo parecido a amigos, me lo ha comentado como si nada.

—¿Se lo has dicho?

Si fuera así, lo entendería, sobre todo si dice que son casi amigos.

—No, solo lo sabe James.

—Ven a Londres —suelto de forma impulsiva.

¿Cómo puedo hablar sin pensar? ¿Cómo Sebastian consigue eso en mí?

—¿Quieres que vaya?

Parpadea como si no se creyese lo que ha escuchado, como si aún estuviera procesando que siento lo mismo que él.

—Sí, quiero verte.

—Entonces nos vemos en Londres —sentencia—. A mí también me apetece mucho verte.

Como es habitual, el tiempo en la capital británica es lluvioso.

No sé a qué hora llega Sebastian, pero el chófer que me ha recibido —cortesía de Nathaniel —, me lleva hacia una casa algo alejada de la ciudad; perfecta para que nadie sepa que estoy aquí.

Cuando entro, Nathaniel me está esperando en la puerta junto a Charlotte, con una gran sonrisa en el rostro. Todavía no hemos hablado, pero creo que ya me cae bien. Quizá es porque veo la felicidad en sus ojos, o por lo relajado que veo a mi amigo.

Hechas las presentaciones, me resulta muy evidente lo enamorados que están; tienen esa expresión tan característica. En la conversación que tenemos, procuro conocerla mejor para ver si mi primera impresión ha sido cierta.

Y sí, me cae bien, es encantadora.

—Supongo que os hacéis una idea aproximada del motivo por el que estoy aquí —comento mientras tomamos el té. Mejor ser directa—. O por qué va a venir Sebastian también.

—¡Lo sabía! —exclama Charlotte muy emocionada. Mira a Nathaniel, que reprime una carcajada al ver lo contenta que está—. Te lo dije, me debes una cena.

—Aún no nos han confirmado nada, podrían ser muchas cosas.

—Nate, por favor, es muy obvio.

—Antes de decir nada, quiero que Sebastian esté aquí. Es lo más adecuado.

Aprovecho para preguntarles cómo se conocieron y me sorprendo de que fuese por un amigo común, que les organizó una cita a ciegas, y que conectaran de inmediato. Desde ese momento, todo fluyó entre ellos y casi no se separaron.

Unas horas más tarde, llega Sebastian. Lo primero que hace es mirarme y sonreír.

No sé si me va a besar para saludarme —yo en su lugar tampoco sabría qué hacer—, si lo hace no me va a molestar. Espero, pero en su lugar me acaricia la mejilla con cariño.

—Perdón por la tardanza —se excusa dándole la mano a Nathaniel—. Y hola, princesa —ronronea al volver a clavar sus ojos en mí.

—Si es que lo dije —se regodea Charlotte—. Ahora van a ser dos cenas, por no creerme.

—Sí, estamos juntos —admite Sebastian la pregunta no verbal. Acerca su mano a la mía y las entrelaza—. Es lo que queríais saber, ¿no?

—Me gustaría —empiezo con cierta duda—, no sé cómo podemos llevar una relación a distancia, y menos siendo los que somos, a vosotros os ha ido bien y…

Escuchamos con atención todo lo que nos dicen, lo difícil que les fue al principio y lo importante que fueron sus ganas de seguir adelante y estar juntos, incluso cuando parecía que tenían todo en contra. También cómo supieron compaginar sus agendas.

—Siempre podemos ayudaros —propone Charlotte—. Esta casa es mía, podéis usarla siempre que queráis. Aquí no os van a buscar.

—Cariño…

—No, a nosotros también nos ayudaron y quiero hacer lo mismo con ellos —asegura—. Lo tienen más complicado.

—Lo sé. Yo también, pero no es tan fácil.

Entre los cuatro, proponemos varias ideas que podamos usar a nuestro favor. Al final decidimos que nos fotografíen a Charlotte y a mí en alguna salida, para que la prensa dé por hecho que somos amigas —como lo soy de Nathaniel— y que apoyo su relación.

La prensa no tiene que saber que Sebastian y yo estamos en la misma ciudad.

—Entonces —murmuro una vez que parece todo claro—, ¿tienes algún fotógrafo de confianza?

—¿Por qué?

—Para que nos haga fotografías de nosotros tres. —No quiero que Sebastian se sienta excluido, así que le toco la pierna con cariño—. No te ofendas, pero...

—Lo entiendo, no te preocupes.

Si todo fuera distinto, me encantaría que me fotografiaran a su lado, que la gente supiera que estamos juntos.

—¿Tan rápido? —Charlotte no entiende mi prisa—. Podríamos esperar y…

—Sí. No me malinterpretéis —intento explicarme—, esto es más por ti, Charlotte —admito —. Sé lo que es que la prensa te trate siempre como un accesorio al lado de un hombre, o que juzgue más tus estilismos. Se han dicho cosas de ti que me han molestado, y eso que aún no te conocía.

—Intento no darle importancia. Es lo que pasa cuando tienes una vida pública.

—No —la interrumpo—, no es lo que tiene. Hasta se ha dicho que nadie te apoya y que, en el caso de que os caséis, ningún miembro de una familia real asistirá al evento. Quiero que nos fotografíen, primero junto a Nathaniel y, a medida que pase el tiempo, nosotras solas. Si somos noticia, quiero que lo seamos por nuestra futura amistad, no por ser la pareja de alguien.

A Charlotte se le humedecen los ojos y se levanta para abrazarme. El resto de la tarde

hablamos entre nosotros, conociéndonos más, y cuando es la hora de cenar, me despido de Sebastian por el momento, ya que va a volver a su hotel.

Ver a Nathaniel y Charlotte juntos me hace plantearme demasiadas cosas en poco tiempo.

Alguna vez Sebastian y yo lo tendremos tan fácil? O mejor dicho, ¿sabremos llevarlo igual de bien que ellos dos?

Actúan con normalidad, sin importarles que la gente les vigile, y son cariñosos entre ellos, saltándose el protocolo porque las demostraciones públicas de afecto están prohibidas; sin embargo, les es igual. Incluso se cogen de la mano por la calle. Parecen una pareja más entre la multitud, y tengo envidia.

No es que no esté bien con Sebastian, de momento estamos muy bien juntos. Yendo poco a poco, viendo hasta dónde podemos llegar y, al menos en mi caso, asegurándome de mi decisión, desechando todos los posibles riesgos.

Pero ¿será así siempre?

Hablar con Charlotte me hace pensar que tiene razón; en ciertos aspectos, la monarquía está estancada en otras épocas. Algunas han sabido adaptarse y otras siguen con esas leyes arcaicas. Nunca entenderé por qué sigue habiendo países importantes en los que el hombre tiene más poder sobre la mujer.

Tampoco entiendo que esté dispuesta a dejar todo por amor, renunciando a su profesión por ese alguien. Yo no sé si sería capaz; no me veo renunciando a una parte de mí —no con lo importante que es para mí convertirme en reina—, y no le pediría a la otra persona que lo hiciera por mí porque lo considero un gesto egoísta.

¿Eso hace que mi relación con Sebastian esté condenada desde un principio?

No puedo, ni quiero, imaginarme la situación todavía es muy pronto y quizá cambio de opinión.

Espero que en un futuro no muy lejano, Sebastian pueda acompañarme a cenas así.

Quiero que lo haga y que me importe bien poco la prensa.

Todo ha ido como esperaba, por lo que cuando llego al hotel en el que se está alojando Sebastian, estoy bastante contenta.

—Hola, princesa. —Me saluda con un buen beso y me derrito entre sus brazos—. Qué ganas tenías.

Aunque no lo reconozca en voz alta, yo también tenía ganas de besarlo desde que lo he visto.

—Podrías haberlo hecho antes —le reto y vuelve a hacerlo. Ahí me doy cuenta de que quizá no estamos solos en la habitación—. ¿Y James?

—En su propia *suite* —explica y me roba otro beso—. Se ha ido cuando me has dicho que venías, ¿por qué?

—Quería saludarlo. Daba por hecho que había venido contigo.

—¿Segura de que es eso y no que quieres cumplir una fantasía oculta? —Le doy un pequeño golpe y empieza a reírse—. Ni con James te compartiría, princesa. Eres solo mía. —Debe verme fruncir el ceño, porque añade con rapidez—: Eres mía siempre que quieras serlo, al igual que yo soy tuyo. Tuyo para siempre, si es lo que deseas.

La intensidad en sus palabras debería asustarme, pero no es así. En su lugar, las mejillas se me sonrojan y siento un leve cosquilleo en el estómago.

—Cómo se nota que escribes tus propias canciones.

Es lo único que me sale decir. No puedo, ni sé, cómo ser tan romántica como él.

—Por cierto, mira. —Me pasa su teléfono y no entiendo lo que estoy viendo—. ¿Qué opinas?

—No sé si te estoy entendiendo.

¿Está insinuando lo que creo?

—De la casa, ¿qué opinas? —Suspiro, si es lo que creo que es, se está precipitando mucho. Esto no es ir poco a poco. Me agobio de inmediato y me levanto para poner una distancia entre ambos, aunque no va a servir de nada—. No sé qué estás pensando, pero deja que me explique. —Se levanta y se coloca a mi lado. Sonríe e intenta que mi expresión de pánico no le afecte. Ya ni intento disimular mis emociones delante de él; no me sirve de nada y es un alivio no tener que fingir en todo momento—. Lena, lo estás entendiendo mal.

—Explícame entonces qué estás queriendo decir mostrándome una casa.

Cuando lo escucho, me doy cuenta de que sí, lo he entendido todo mal. No me está proponiendo un plan loco al que hubiese tenido que decir que no por razones obvias. La zona de la casa que está mirando es tranquila y los posibles vecinos son gente conocida en Suecia, por lo que habría la intimidad necesaria.

—Creo que no es una mala idea —acaba por decir Sebastian—. En los siguientes meses, no tengo muchos compromisos laborales ni sociales. Mi gira acabó hace relativamente poco y puedo adaptar una habitación de la casa como estudio de música. Puedo pasar estancias más largas que si nos viéramos en ciudades neutrales para ambos.

—No digo que no, es solo que... —Sigo nerviosa y con el corazón acelerado—. No quiero ponerte en ese compromiso.

—¿Por qué no, Lena? Te dije que no me importa sacrificarme en ese sentido.

Me muerdo el labio en un intento de encontrar una respuesta lógica. Estoy pensando demasiado y no sirve de nada, no puedo autosabotearme.

—Tienes razón —admito—. ¿Te importa que miremos otras casas? —sugiero—. Me gustaría valorar todas las opciones y tengo más información que tú en ese aspecto.

—Ningún problema. —Me guiña el ojo y se sienta de nuevo en el sofá, coge su teléfono y creo que manda un mensaje—. Siéntate a mi lado, princesa. Ahora vendrá James, él es quien me ha ayudado.

—Me lo suponía —río y antes de sentarme me quito los zapatos—. No te molesta, ¿verdad?

—Todo lo contrario, me gusta ver que actúas con naturalidad conmigo. —Cuando me siento a su lado, me rodea con su brazo—. No te alejes tanto, princesa.

—No estaba lejos. —Niego con la cabeza, pero no me aparto. Me gusta estar así—. Eres cómodo.

—Fuertes declaraciones por parte de la princesa.

Le doy un pequeño golpe en el brazo para quejarme. Mi distracción hace que él aproveche para colocarme encima y sonría, alardeando de su acción. Sé que está esperando mi reacción, o que proteste, pero no lo haré. En cambio, lo beso porque sé que es lo que ambos queremos.

—Si ibais a hacer algo así, no tenías que haberme llamado, Sebastian. —La voz de James nos interrumpe y me aparto, intentando disimular.

Debería importarme más que una persona distinta a Sebastian o a mí me viese en una situación en la que estaba tan desinhibida, pero es que no me importa. Sebastian confía en James, por lo que yo también lo hago.

—No te quejes, James. —Sebastian se ríe y me da otro beso, creo que para molestar más a su amigo que otra cosa—. ¿Te quieres sentar entre nosotros? Así te conviertes de forma oficial en el

sujetavelas.

—No, no soy como tú —bufa y se sienta en la butaca al lado del sofá—. Hola, Lena. Es un placer volver a verte.

—James, ¿estás intentando ligar con mi novia? —Sebastian se hace el molesto y le saca la lengua al ver que frunce el ceño—. Te he hecho venir porque también quieres opinar sobre la casa. ¿Quién mejor que la princesa del país para saber la mejor zona?

Entre los tres, miramos casi un centenar, algunas tan alejadas de la capital que tardaría horas en llegar y otras que, aunque podrían ser una buena opción, acabamos descartando por la falta de privacidad. Doy mi opinión y aconsejo lo que creo que es mejor, pero al final la decisión es de Sebastian.

—De acuerdo, ponte en contacto con los propietarios de las casas que más me han gustado y pregúntales lo que me interesa, si podré hacer modificaciones a mi antojo y la posibilidad futura de compra.

—Perfecto, ¿me voy? Quizá queréis quedaros solos.

—¿Vemos una película? —propone Sebastian—. O unos capítulos de la serie que estamos viendo juntos, Lena. ¿Qué opináis?

No me siento incómoda o molesta, sé lo importante que es para Sebastian su amigo. Están muy unidos y quiere compaginar bien ambos aspectos.

—Por mí, bien —sonrío y me centro en James—. ¿Sabes qué serie estamos viendo?

—No, pero viniendo de Sebastian, espero cualquier cosa...

—Y qué bien haces.

Es todo tan normal con Sebastian, tan común, que me entra miedo al pensar que quizá no podemos superar las primeras adversidades. No quiero suponer que el desear estar juntos no vaya a ser suficiente y que habrá cosas que nos separen.

No creo que ni él ni yo renunciaremos a lo que somos por el otro, así que, ¿tenemos futuro, realmente?

VEINTISÉIS
Sebastian

—¿Sigues en tu nube de felicidad? —intenta saber James cuando estamos ya en el avión.

—¿Quieres bajarme de ella?

—No, tranquilo, no lloveré sobre tu desfile.

—¡James! —llamo su atención y me río—. ¿En serio?

—La influencia de Lexie es muy larga, lo sabes —admite, resignado—. Como ayer me aburría mientras estabas con Lena, hice una videollamada y me obligó a ver una serie musical —explica. Sé que está encantado de compartir esos momentos con ella, por mucho que se queje—. Se sabe todas las canciones de memoria. Todas —remarca—. También comentó que podrías haber participado en algún episodio, que muchos cantantes y actores lo hicieron.

—Lexie me tiene en demasiada buena consideración.

—O quizá te vea como el mundo lo hace —rebate de inmediato—. No ibas mal encaminado, Sebastian.

—¿Vas a llover sobre mi desfile? —uso su frase en un intento de rebajar la tensión.

No sé lo que me va a decir, pero estoy seguro de que no me gustará.

—Quizá —admite poniendo una mueca—. Es que te conozco. Sé lo que vas a hacer o decir antes que tú mismo.

—¿A dónde quieres llegar?

Lo que me diga será verdad, como siempre, y me hará reflexionar. James solo busca lo mejor para mí.

—No pases de cero a cien muy rápido —pide, mirándome con cariño—. Tómate las cosas con calma. Si te precipitas, puedes asustarla.

—Ni siquiera sabes cómo he actuado con ella.

¿Lena se creerá que estoy yendo rápido? ¿Estará asustada? Puede que sí.

—Lo sé, solo quiero que… —Traga saliva—. Quiero lo mejor para ti.

—Y no he dudado de ello. —Le doy una palmada en la espalda—. Además, tienes razón, como siempre.

—¿Tú cómo te sientes? —se interesa—. Porque sé que cuando eres feliz, simplemente te dejas llevar.

Asiento. La mayor parte del tiempo, estoy contento; soy una persona alegre, pero feliz… Feliz lo he sido en muy pocas ocasiones. Sí, con James y los Watson estoy más que bien, mis recuerdos más felices son a su lado. Es solo que la forma en la que me siento cuando estoy con Lena es distinta.

Con ella siento que no me falta nada.

—James, a veces tengo la sensación de que no hiciste derecho, que me has engañado toda la

vida e hiciste psicología. Estas preguntas son tan... —me callo porque soy consciente de que ya sabe a lo que me refiero.

—Me has pillado —sigue la broma—. Tengo un máster en psicología de Sebastian Hiddleston.

—Lo sabía. —Mi carcajada se escucha perfectamente en la cabina del avión y poco después le acompaña la suya—. No puedes vivir sin mí.

—Ni tú sin mí —añade y asiento—. ¿Vas a responderme?

—¿Cómo me siento? —repito y me quedo callado unos segundos. Es una pregunta muy difícil de responder—. Feliz, jodidamente feliz.

Ver la manera en la que a mi amigo le brillan los ojos después de escucharme, me emociona. Se alegra por mí, es muy obvio.

—Entonces disfruta.

—¿Crees que no lo hago?

Y me levanto para ir al baño entre risas.

La felicidad me dura muy poco.

No es que esté sorprendido, al contrario, me lo esperaba. Sabía que la amenaza no iba a resultar el efecto que queríamos James y yo. Nunca habían funcionado y no iban a hacerlo ahora.

A ella no le importaba, porque creía que no iría más allá, que mis avisos solo eran palabras vacías que nunca se cumplían. Esta vez se había equivocado.

—¿Y bien? ¿Qué quieres hacer? —pregunta James sacándose las gafas. Está intentando examinarme para saber mi reacción, pero creo que estoy bastante tranquilo—. Porque si quieres ir hasta el final, vamos.

No voy a negar que saber que mi madre quiere hablar de nuevo —y más después del fantástico tiempo con Lena—, me ha sentado muy mal. No entiendo qué gana con esto.

—¿No te pueden avanzar nada de lo que va a decir? —sugiero—. Porque así podríamos adelantarnos y tener el comunicado.

—Que me hayan dicho que saldrá en prensa escrita es un gran favor. —Suspira mientras se frota la frente nervioso—. No puede avanzar el contenido, podrían despedirle.

—Que le despidan, ya lo contrato yo —me río porque ni sé el nombre de la persona de la que habla—. Es una buena oferta.

—No quieras comprar a todo el mundo, Sebastian. Pareces un mafioso.

—Le habría hecho una oferta que no podría rechazar —imito la voz del actor de la película. James me mira con una ceja alzada, pero poco después empieza a reírse a carcajada limpia, al igual que yo—. Dale las gracias de mi parte y dile que le debo una cena.

Ni en una situación así, pierdo mi sentido del humor. Pero ¿qué puedo hacer? Ponerme nervioso no va a cambiar que en pocas horas saldrá la entrevista de mi progenitora y que será noticia durante días.

Sé que James va a demandar si difama mi imagen pública —lo cual no me preocupa—, pero sé que no va a hablar solo de mí, que aprovechará que se me ha relacionado con Lena para obtener más beneficio económico.

Que haga comentarios sobre mí me molesta —no voy a negar lo evidente—, pero que lo haga de Lena me genera una rabia y odio hacia ella que es totalmente irracional. Si lo hace, voy a hundirla, se lamentará lo que queda de su existencia.

—Me mantendré en contacto con la discográfica para que estén preparados y llegar a un acuerdo para un posible comunicado —menciona James, muy pendiente de su teléfono—. Me encargaré de ello si es necesario, lo sabes.

Asiento. No dudo ni un momento de su profesionalidad y de que haría todo y más por mí.

—¿Por qué de nuevo, James? —murmuro en voz más baja, tragando saliva para aliviar el nudo de mi garganta—. Es como si supiera que por fin soy feliz.

—No pienses en ello. —James se levanta, llena dos vasos con whisky y vuelve a sentarse a mi lado, ofreciéndome la bebida—. Tarde o temprano lo iba a hacer. Mejor ahora.

—¿Por qué? —suspiro y bebo casi de un trago todo el contenido.

—Acabas de empezar con Lena. Muy poca gente, por no decir casi nadie, sabe que estáis juntos. Es imposible que lo sepa. —Tiene razón, como siempre—. Que haya decidido conceder una entrevista nos da el margen para vetarla, para desmentir cualquier cosa que diga y que no tenga credibilidad.

Esa noche no puedo, ni quiero, dormir hasta que haya leído la entrevista. James es quien la comprará y, aunque no me lo diga, sé que investigará para saber a qué nos enfrentamos.

—¿Y bien? —pregunto al verlo entrar. Está intentando mostrar su mejor cara de póker, pero es una pena que conozca hasta sus matices cuando va de farol. Como ahora—. No va a gustarme.

—No. —Agradezco que no lo adorne—. Creía que sería muy distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

James se queda callado durante unos segundos, lo que me hace ir hacia él y quitarle la revista para ver por mí mismo a lo que se refiere.

Está en portada. Cómo no. Hay tanto retoque en la fotografía que casi no parece ella y el titular ya me hace esperar lo peor: Sebastian fue un adolescente problemático.

Leo de forma rápida toda la entrevista y a cuanto más veo, más arrugo el papel por la rabia:

“Nunca fue un niño fácil. La muerte de su padre nos afectó a ambos.”

“Tuvo una etapa en la que coqueteó con un mundo que no le convenía. Intenté ayudarle, pero no pude.”

“Creí que los excesos con ciertas substancias me arrebatarían a mi hijo.”

“No estamos muy unidos, quizá por mi culpa.”

“Tiene un carácter difícil, huye de sus problemas y se refugia en el alcohol y la rabia”.

“Me gustaría recuperar el tiempo perdido con mi niño, lo echo mucho de menos”

“Estoy muy orgullosa de ver el lugar al que ha llegado, siempre lo estaré, al igual que su padre.”

—Sebastian, relájate —me pide James. Cuando su mano toca mi hombro, la aparto con brusquedad—. Sebastian...

Quiero romper todo lo que se me ponga por delante. No soy buena compañía en este momento, por eso me alejo de James.

Ha expuesto mi vida privada sin ningún tipo de reparo. Y solo ha dicho mentiras para quedar bien.

Cuando mi fama empezó a despuntar, decidí que mi vida privada y mi pasado eran solo míos. Sí, podía insinuar algunas cosas, pero casi siempre tonterías y relacionadas con posibles romance.

Esto… Esto era demasiado. Mi pasado es algo mío, mi equipaje personal, mi carga. No tiene ningún derecho a exponerlo.

Todo sería más fácil si sus mentiras no estuvieran adornadas con verdad, porque podría

denunciarla. Pero es cierto, pude haber acabado muy mal por su culpa, porque ella había sido la encargada de llevarme a ese mundo del que ahora se queja.

Queriendo, —porque estoy seguro de que lo ha hecho adrede—, ha dañado mi imagen pública de una forma de la que no sé si podré recuperarme. Es su manera de recordarme que tiene el poder, que puede herirme de muchas formas.

Doy una patada a la pared y un par de fotografías colgadas en la pared se caen, una de Lena entre ellas.

Lena.

Acabará sabiéndolo y solo le generará más dudas. Esta entrevista es el tipo de noticia en la que no se quiere ver envuelta, lo opuesto a pasar desapercibido.

Para el mundo, ahora soy un exdrogadicto con grandes problemas de carácter y que no sabe gestionar los problemas.

¿Cómo me deja eso?

Vuelvo a dar una patada a la pared, esta vez con mucha más fuerza.

Mi madre me está arrebatando la oportunidad de ser feliz, de estar con Lena. Y ni siquiera lo sabe.

¿Será así siempre?

¿Me joderá la vida solo porque le apetece?

—Sebastian. —James está ahí, a mi lado, preocupado por mí—. Aunque sea peor de lo que creíamos...

—No podemos denunciar, dice la verdad.

—No toda la verdad —matiza con mucha calma. No sé cómo consigue estar tranquilo—. Sí, tuviste un pequeño problema con sustancias que no debías, pero saliste de ese mundo antes de entrar ahí.

—No será suficiente, la gente no se lo va a creer.

—Que les den —afirma con mucha convicción—. Sabes en primera persona lo que es vivir en ese límite. Sé que por eso ayudas a muchos jóvenes a salir de la tumba en la que estabas, donas muchísimo dinero para causas así. ¿No crees que has compensado ese error?

—Lo creía hasta que... —Niego con la cabeza y me siento en el suelo. Estoy derrotado—. ¿Qué pensará de mí Lena?

—Sebastian...

—Lo pregunto en serio. Ella es una futura reina y yo...

—Tú eres una gran persona —me interrumpe—. ¿Qué? —ríe—. ¿Creías que iba a decir que eres un cantante famoso? Eso es secundario, ¿no crees?

—Si tú lo dices...

No estoy convencido, pero sé que James va a intentar hacerme cambiar de opinión. Es lo que siempre hace cuando verbalizo mis inseguridades.

—Eres una persona que vale la pena tener cerca, tienes muchísimas virtudes, aunque no te lo creas —asegura muy serio—. Y mira, aprecio mucho a Lena, pero si no quiere saber tu versión, demostrará cómo es.

—Yo la entendería, esto es…

—Es una putada —reconoce aún con mucha calma—. Pero nada que no podamos solucionar. ¿Piensas que cambiará su percepción de ti por una entrevista? —Se sienta a mi lado y sonríe—. No la conozco tan bien como tú, pero no creo que le afecte.

—¿No?

—No —asegura—. Quizá deberías contarle tu pasado, o lo que puedas y te sientas preparado.

—¿Y si me rechaza después de eso? —susurro lleno de miedo. Mi madre es la única capaz de derribar toda mi seguridad y hacerme sentir así de vulnerable.

—Sebastian, deja de pensar en lo peor siempre —me pide para luego abrazarme—. Si estáis juntos, es porque ella ha decidido arriesgarse. Sabes que Lena es quien se juega más en vuestra relación, y está ahí. ¿Por qué cambiaría eso por algo pasado?

—Porque...

—Nada de excusas. Ahora mismo voy a hablar con la discográfica para emitir un comunicado. Ya sé lo que poner. —Se levanta con mucha convicción—. Y no es lo único. Va a saber qué es que James Watson vaya tras ella. Soy un gran abogado. No por nada fui el mejor de mi promoción de Harvard. —Empieza a reírse y niega con la cabeza—. Estarás contento, se me pega tu ego.

Me deja solo y no sé qué hacer. Le envío unos mensajes a Lena para saber qué está haciendo y si puede hablar. No me contesta, así que voy a la piscina cubierta que tenemos y me pongo a nadar para no pensar en nada más. No sé cuántos largos hago. Llevo mi cuerpo al límite para dejar mi mente en blanco, centrado en llegar más lejos. El sonido de mi teléfono interrumpe mi concentración, así que salgo del agua y veo que es una videollamada de la princesa.

—Hola, princesa. —La sonrisa me sale sola, verla me hace hacerlo—. ¿Seguro que puedes hablar?

—Sí, sin ningún problema —asegura y frunce un poco el ceño—. ¿Por qué?

—Parece que estés a punto de ir a un evento... ¿o vienes de él?

Lena siempre viste de forma muy elegante, pero está más arreglada de lo normal. Y preciosa, como siempre.

—Ah, sí. Acabo de conocer a mi cuñada, pero creo que ya te lo conté, ¿no? —Asiento, quiere sonarme, pero mi mente está en otro sitio—. ¿Tú cómo estás?

Hago mi mayor esfuerzo para que no se me note el cansancio, no quiero preocuparla. Aunque no sé si lo consigo; Lena siempre es capaz de ver más allá de lo que muestro.

—A la perfección, princesa. Echándote de menos.

—¿Seguro? Pareces cansado.

—Es que no he dormido —murmuro, pero no tardo en añadir—: El *jet lag* y yo no nos llevamos muy bien. Estaba nadando por si me entraba sueño con el ejercicio físico, nada de lo que preocuparse —intento convencerla. No lo consigo, no por la forma en la que me mira—. Vale, puede que haya tenido un pequeño percance, pero está arreglado.

—¿Pequeño percance? —insiste.

—Nada de lo que preocuparse —repito y guiño un ojo para disimular—. ¿Sigues con la idea de esa casa alejada unos kilómetros de Estocolmo? Porque si es así, haré una oferta.

Quiero que la conversación se centre en nosotros, no en lo que me pasa. No quiero hablarlo estando tan lejos, no podría explicarme cómo me gustaría.

—Sé lo que estás haciendo.

—¿Ah, sí, princesa? —Ya que no me ha servido mentir, decido coquetear de forma abierta, porque sé que acabará cambiando de tema—. ¿Y qué es?

Hago como que se me cae el teléfono para que enfoque durante unos segundos mi cuerpo, solo para provocarla.

—Sebastian.

—Perdón, es que estoy mojado y se me ha resbalado.

Está a punto de decir algo, pero el ruido de la puerta de su habitación hace que se gire. Al principio creo que es Freya, pero la voz masculina me indica que es su hermano. Kristoff se acerca a la pantalla y sonríe, como si no le sorprendiera nada verme.

—Hola, Sebastian, no sabía que interrumpía una conversación privada —se excusa—. No es como si mi hermana lo hubiera mantenido en secreto.

—Es que la princesa es muy reservada, ¿no? —bromeo. Por lo que ha dicho, intuyo que no sabe que estamos juntos—. Ya le vale.

—Sí, mi hermana es muy de guardarse cosas importantes, al parecer.

Está sonriendo, como si acabase de darse cuenta de nuestro secreto.

—¿Podéis no hablar como si no estuviera aquí? Gracias. —Se gira para mirar a su hermano y luego a mí—. Sebastian, ¿hablamos después?

—Por supuesto. Adiós, Lena. Un beso —remarco—. Adiós, Kristoff, un placer volver a verte.

Me paso la mano por el cabello mojado mientras dejo el teléfono a mi lado. De esta pequeña conversación con Lena, he sacado una conclusión.

Nadie me va a quitar la oportunidad de ser feliz junto a ella.

No me rendiré, con Lena no.

VEINTISIETE
Lena

Mi hermano me mira con una gran sonrisa en los labios, esperando a que le diga lo que se supone, pero no sé cómo empezar.

—Lena —es él quien habla primero, aún sonriendo—, ¿por qué más fuiste a Londres?

—¿Tú qué crees?

—Ya, puedo hacerme una idea —tercia, ladeando un poco la cabeza—, pero me gustaría que confiaras en mí. Fuiste la primera que supo lo de Madeleine.

No es un reproche, pero sí noto un poco de pena en su voz.

—Es más complicado, Kristoff.

—Porque quieres hacerlo ver así —murmura después de un largo silencio en el que ninguno de los dos ha apartado la mirada del otro—. Has encontrado a alguien que te hace feliz, plenamente feliz. Y no sabes cuánto me alegro.

Parpadeo, asimilando sus palabras, y él aprovecha para abrazarme. Tener el apoyo de mi hermano en un tema tan importante me quita una carga de encima.

—Vale, no sé por dónde empezar.

Le digo cómo me siento, lo que supone para mí haber apostado por esta relación, las dudas que tengo por todo lo que puede suponer… Me escucha, tranquilizándome y dejándome claro que puedo contar con él.

—A mí no me importa su origen, si es de familia noble, sueco ni todas esas chorradas que a padre sí —comenta—. Solo me interesa saber si te hace feliz, y si es así, tiene mi apoyo. Además, te lo he dicho muchas veces, pero gracias a no ser el heredero, puedo ser yo mismo —añade y vuelve a abrazarme—. Y ver que tú estás siéndolo, que estás primando tu felicidad por primera vez, hace que esté muy orgulloso de ti.

—¿Solo por eso?

—Siempre lo he estado —afirma—. También por haber nacido antes y librarme del marrón de la corona. —Ambos nos reímos—. ¿Algo más que quieras contarme?

—No, por el momento no.

—¿Por el momento? —repite mis palabras—. Eso es que hay más, pero entiendo que no quieras decírmelo aún.

—¿A qué has venido, a todo esto? —pregunto con curiosidad—. La que suele irrumpir en mi habitación es Freya.

Es el segundo año que inauguramos el parlamento sin ella y me resulta igual de extraño que el primero. El verano ha pasado muy rápido y no he podido estar todo lo que me gustaría con ella por mi apretada agenda, el viaje que ha hecho con sus amigos y otros motivos que no hemos podido controlar.

He intentado por enésima vez que me cuente lo que le pasa, sin éxito. Al estar a su lado, he buscado alguna señal en su cuerpo —marcas, lesiones o señales que me dieran pistas—, pero tampoco había visto nada.

—Quería saber tu opinión de Madeleine —bisbisea, bajando un poco la cabeza. Tiene vergüenza y me resulta adorable. Eso demuestra lo que le importa su novia—. ¿Te gusta?

—A quien tiene que gustarle es a ti, Kristoff.

—Eso suena fatal, Lena, ¿no te ha caído bien?

—Claro que lo ha hecho, es una chica encantadora.

Es educada, conoce muy bien el protocolo, sabe tratar con mis padres y es muy amable.

Pero a mí todo eso me ha dado igual; yo me he dedicado a observar, comprobando cómo mira a mi hermano, la forma en la que se sonríen como si no existiera nadie más, lo felices que se ven a simple vista.

—¿Entonces?

—Dime qué estás preguntando, así vamos más rápido.

—Madeleine estaba más nerviosa y asustada por conocerte a ti que a papá.

—No entiendo el motivo.

¿Es por lo fría que soy? ¿Parezco distante? No quiero intimidar a la gente ni parecerme a mi padre.

—Sabe que estamos muy unidos —aclara de inmediato—. Le he hablado mucho de ti, Lena.

—Si quiere quedarse más tranquila, puedo estar con ella un día a solas —sugiero—. Así nos conocemos mejor.

—¿A solas? ¿Debo tener miedo?

—Por supuesto, porque voy a ir con el álbum familiar.

A la mañana siguiente, una vez que ya estoy lista para irme, la llamada de Freya me descoloca por completo. Se supone que tendría que estar en clase, ¿es que le ha pasado algo?

—¿Estás bien? —pregunto al descolgar—. ¿Necesitas algo?

—Menos mal que lo has cogido —suspira llena de alivio—. Estoy sufriendo.

—Freya, dime qué ocurre. Estás preocupándome.

—Estoy bien —aclara al notar mi tono de voz—. Es que quiero saber tu opinión. —No la interrumpo, espero a que siga—. ¿Tú le enviarías un mensaje a Sebastian? —pregunta con muchas dudas—. No soy amiga suya como tú, pero…

Trago saliva para no responderle mal. ¿Me está llamando por algo de Sebastian? No es que no me importe, pero creía que era algo distinto.

—¿Pero?

Su silencio denota lo nerviosa que está y eso me demuestra lo que llevo sospechando días; a Sebastian le ha ocurrido algo y no me lo ha contado. ¿Ha sido por no preocuparme? ¿O es que no quiere que lo sepa?

—Es que no sé si… —se calla—. No quiero que...

—¿No quieres que qué? —Está preocupada por su ídolo, lo que me hace ponerme en lo peor —. Acaba una frase para que pueda entenderte, por favor.

—Su madre ha dado una entrevista a una revista muy conocida, y bueno…

—Freya, acaba una frase —repito.

No sé si es la súplica implícita que hay en mis palabras, o que tiene ganas de contármelo, pero

me hace un pequeño resumen y me pregunta de nuevo si cree que debe enviarle un mensaje. Necesito leerla por mí misma y ver lo que ha pasado, así que le aconsejo que se espere y que vuelva a clase.

Después de colgar, busco desde mi teléfono la entrevista y la leo tres veces para no dejarme nada. No me lo esperaba; no esperaba que su pasado fuera tan complicado. Sí, me había explicado a grandes rasgos que no se llevaba bien con su madre.

Pero esto… Esto es demasiado.

Ni siquiera sabía que su padre había muerto cuando era pequeño.

Sigo buscando más información y veo el comunicado que ha hecho su discográfica y James, alegando que no van a permitir que se empeore su imagen con calumnias y que Sebastian está muy involucrado en asociaciones de ayuda para personas que han tenido el mismo problema que él.

Son muchas cosas, demasiadas. Necesito hablar con él para aclararlas, para escuchar su versión.

Antes de ir a la catedral para el servicio religioso previo a la apertura, me paso el móvil de una mano a otra. ¿Debería mandarle un mensaje? Si no me ha dicho nada es porque tendrá sus razones, ¿pero cuáles?

¿Es que tiene miedo de mi reacción? ¿Se piensa que me tomaré mal y que no voy a entenderlo? Porque ni yo misma sé cómo afrontar algo así.

Suspiro. ¿A mí me importa su pasado? Sí, porque es suyo, pero no como para suponer un punto diferencial en nuestra relación. Lo que más me molesta es que no haya considerado que tenemos la confianza suficiente como para hablar de algo así. Yo le conté uno de mis mayores secretos, lo que me suponía la soledad de la corona. Y él...

Yo:
Sebastian.
Seré directa porque tengo que irme ya al acto
que te expliqué ayer.
Además, debes estar durmiendo.
He leído la entrevista de tu madre.
Tenemos que hablar.

Bloqueo el teléfono y lo guardo en el bolso de mano que llevo. Poco después, nos dirigimos en coche oficial a la catedral donde se hace la ceremonia protocolaria. Sonrío ante la prensa, mostrando mi mejor faceta. Así estoy durante las horas siguientes, cumpliendo mi papel a la perfección, escuchando uno a uno a todos los miembros del Riksdag y aplaudiendo cuando debo.

—¿Qué te preocupa, cariño? —me pregunta mi madre en un descanso, asegurándose de que no haya prensa cerca—. Te lo noto.

—Nada, mamá. Estoy bien —miento, poniendo mi mejor sonrisa impostada—. Todo está saliendo como debería.

—Sí, cariño. Todo va según lo previsto.

Antes de ir al concierto, que es el último acto del día, y en el coche que me lleva hasta ahí, aprovecho para comprobar si Sebastian ha contestado.

Sebastian:
Sabía que tarde o temprano lo sabrías.
Y supongo de lo que tenemos que hablar.
En fin...
Prefiero que sea cara a cara, si no te importa.

Sigue estando conectado, por lo que le contesto lo más rápido posible. No sé qué se cree, pero está equivocado.

Yo:
Sebastian, ¿qué piensas que quiero decirte?

Sebastian:
¿No tenías un acto?

Yo:
Sí, pero eso es lo de menos ahora.

Sebastian:
¿No es obvio?
No me hagas decirlo, Lena.

Al ver que estamos a punto de llegar, lo llamo esperando que me lo coja. No quiero acabar la conversación así.

—No tengo mucho tiempo —me apresuro a decir—. Solo quiero que te quede claro que lo que he leído no me hace cambiar mi opinión sobre ti. Sigo pensando del mismo modo que antes —aseguro—. Si pienso que tenemos que hablar es porque me molesta que no hayas confiado en mí. Si queremos que esto vaya bien, no puede haber secretos, Sebastian.

Creo que es de las pocas veces que he dicho que quiero que lo nuestro funcione en voz alta. Le escucho reír para después suspirar.

—Eres maravillosa, Lena. Nunca me cansaré de decírtelo.

Me sonrojo sin saber bien la razón al escuchar sus palabras. No me acostumbraré a que suelte este tipo de cosas sin ningún tipo de filtro.

—Esta noche, si puedes, hablamos —empiezo a despedirme al ver que estoy llegando al destino—. Tengo que colgar.

—Adiós, princesa. Pensaré en ti.

—¿Lo harás?

—Por supuesto. Ni lo dudes. Siempre pienso en ti, lo dice la canción, ¿no?

Cuando finalizo la llamada, niego de forma sutil con la cabeza mientras una sonrisa adorna mi rostro. Antes de bajar del coche, guardo mi teléfono a toda prisa y los flashes no tardan en cegarme. Me han pillado desprevenida, pero intento disimularlo, avanzando junto a los miembros de seguridad. No soy la última en llegar; aún faltan los reyes y otros miembros importantes.

—¿Y esa sonrisa? —pregunta Kristoff. Al ver que no tenemos mucha prensa cerca, me saca la lengua con complicidad.

—No me chinches —me apresuro a decir.

—¿Yo? Para nada —se mofa—. Creo que la felicidad de mi hermana está muy relacionada con cierto...

—Calla —lo interrumpo y miro de reojo a los periodistas—, no es el momento. Y guarda el móvil.

Confío en mi hermano y sé que no va a decir nada, pero no quiero arriesgarme a posibles especulaciones. No sería la primera vez que alguien nos lee los labios.

—Viniendo hasta aquí, tenía que matar el tiempo de algún modo. —Aprieta los labios, haciendo un pequeño mohín para que no siga riñéndole—. Hemos llegado antes que mamá y papá, eso es raro.

—Guarda el móvil —insisto al ver que me ha ignorado.

—¿Sabes que alguien ha subido un tuit hace nada y Freya acaba de mandarme millones de stickers *fangirleando*?Me lo ha contado muy emocionada —sigue hablando Kristoff—, aunque yo le he preguntado cómo estaba y me ha soltado esto. —Niega con la cabeza—. Debería saber que no todos, o al menos yo, estamos obsesionados con cierto cantante.

—¿Ha subido una foto suya sin camiseta? —me aventuro—. Freya lo tenía de fondo de pantalla hasta hace poco.

—Ah, no. Ha subido un tuit que dice de forma textual: «Tha mi a'smaineachdh ortse ancòmhnaidh» —lo lee, o lo intenta al menos—. ¿Ese qué idioma es? Parece élfico.

—¿Qué dice el traductor automático?

—Gaélico escocés.

—Tiene raíces escocesas —murmuro sin pensarlo, me sale solo—. ¿Qué significa?

—Lena interesada en algo así, ver para creer —se burla. Me alegra que él sepa de nuestra relación, pero sus constantes chinches no me agradan—. Según Freya, es una declaración de amor, porque dice que está pensando en alguien siempre.

—¿Y por qué está emocionada? Podría ser a sus fans.

—Según Freya, es que tiene novia.

Intento mostrarme igual que siempre, como si nada, pero no entiendo de dónde saca estas teorías mi hermana.

¿En las redes sociales hay tanta gente con esas dotes de detective?

Es un guiño claro para mí. Debería enfadarme, va a generar muchas especulaciones con esa simple frase; sin embargo, no puedo hacerlo. Me parece hasta romántico. Vuelvo a sonreír sin quererlo. Con estos pequeños gestos, entre otros muchos, son con los que me ha ido ganando poco a poco.

No podemos seguir hablando más, porque los miembros de seguridad nos escoltan hasta al sitio en el que tenemos que estar. Los reyes ya han llegado, al igual que los otros miembros importantes en el día de hoy. Tomo mi papel, algo más relegado que el de mis padres, y me comporto como se espera de mí. Pero no puedo evitar sonreír más de lo habitual, me sale de forma natural. Solo puedo pensar en Sebastian y en las ganas que tengo de hablar con él.

—Has estado muy risueña —comenta mi padre una vez que estamos en palacio—. La prensa no lo ha pasado por alto.

—¿Ya sabes lo que ha dicho la prensa, padre?

—Es mi obligación.

—Gustaf, deja a Lena —intercede la reina—. ¿Es un problema para ti que nuestra hija esté feliz?

Con un gesto, uno de los secretarios de mi padre se acerca con una tablet y me la enseña. Hay imágenes de todos los artículos que ya se han hecho de mí, de la prensa local y la internacional. En todos ellos, se menciona lo fría que he sido siempre y lo distinta que he estado en el acto de hoy. Algunos se aventuran con que tengo una nueva ilusión y que por ello soy incapaz de ocultar mi felicidad, aunque otros medios, sobre todo los suecos, dicen que es porque he decidido mostrarme como soy en todos los eventos públicos.

—Quizá deberíamos ir a mi despacho para hablar mejor, Lena.

—No, no vais a ir —niega mi madre—. Lo que faltaba, que vayas a darle una reprimenda por sonreír.

—El hecho no es sonreír, es hacerlo demasiado. Sabe que tiene que reprimir sus emociones,

ser perfecta en todo momento, aparentar.

—¡Por favor, Gustaf! —Mi madre se levanta muy molesta, sin perder su elegancia natural—. Hemos hablado muchas veces de esto.

—Lo que hablemos en la intimidad no incumbe ahora mismo —espeta muy serio.

Yo también me levanto, dejándolos solos para que discutan si es lo que quieren. No me apetece estar con ellos, así que voy a mi habitación y le mando un mensaje a Sebastian para saber si puede hablar.

—La duda ofende, princesa —me saluda cuando respondo su videollamada—. Para ti siempre tengo tiempo. ¿Ha ido bien el acto?

—Sí, todo lo bien que puede ir —admito, ladeando un poco la cabeza—. ¿Estabas tocando? —pregunto al ver que tiene la guitarra apoyada en sus piernas.

—Más o menos. Componiendo.

—¿Puedo escuchar algo?

—Cuando nos veamos la semana que viene, lo haré delante de ti —asegura y me lanza un beso—. No has cambiado de opinión, ¿verdad?

—Para nada, quiero que vengas. Me apetece mucho verte.

—La princesa me echa de menos —se ríe y lo noto algo más relajado—. Qué afortunado me siento.

—No he dicho que te eche de menos —rebato—, solo que me apetece verte.

—¿No es acaso lo mismo? Si te apetece verme es que me echas de menos.

—Por cierto...

—Has visto el tuit —me interrumpe y no se equivoca—. Iba por ti, no lo dudes.

—Sé que era por mí —admito.

—A la princesa le sale su vena egocéntrica, me encanta. Antes de que sigas, mira. —Mueve la cámara de tal manera que enfoca una pared llena de fotos—. ¿Reconoces alguna?

—Espera. —Me concede unos segundos y suelta una risa estreidente—. La que está al lado de la del día de la cena con Nathaniel y Nikolaj después de tu concierto. Y esa es de hoy. —Es una de las que acompañaban a uno de los artículos de la prensa internacional. Salgo con una gran sonrisa bajando del coche, justo después de haber hablado con él—. ¿Cómo la has conseguido?

—James tiene sus contactos. Es que sales preciosa, en cuanto la he visto, la he querido.

—Es una fotografía más.

—Sales como te he visto yo en pocas ocasiones, Lena —afirma—. Sonriendo, feliz, sin preocupaciones. Mostrándote como eres, sin la fachada que aparentas. Y esta Lena. —Señala la fotografía—. Es la que a mí me gusta, de la que estoy encantado de que sea mi novia. El mundo debería verla más.

—Sabes que no puedo... —Niego con la cabeza—. Sebastian.

—¿Sí?

—Aún no me has dado mi regalo de cumpleaños —cambio de tema queriendo y aprieto los labios en un pequeño puchero—. ¿Lo ves justo? Han pasado ya varios meses.

—Mi regalo es tenerme a tu lado, deberías conformarte. Lo tendrás cuando nos veamos. Te encantará.

Durante unos minutos, nos miramos sin decir nada. Tampoco hace falta, nuestros ojos hablan por sí solos. Me gustaría que estuviera aquí —no se lo admitiré en voz alta, no quiero subirle más el ego—, pero creo que poco a poco se está metiendo aún más debajo de mi piel. Ahora que no tengo dudas, o más bien intento ignorarlas, es cuando lo veo todo con más claridad. Si las cosas

siguen así... Todo va a complicarse. Y eso me hace pensar, ¿escogería antes la corona o antepondría el amor?

Por primera vez, mi elección no es tan rápida como suele ser.

VEINTIOCHO
Sebastian

Por mucho que pasen los días, me sigue pareciendo sorprendente que Lena y yo sepamos leernos a la perfección. Es capaz de ver a través de mí, al igual que yo, que veo cómo es sin su fachada. Hemos llegado a tener una conexión que va más allá de lo simple, que nos permite entendernos sin palabras.

Y me encanta.

Para mi suerte, la entrevista de mi progenitora no tuvo mucha repercusión.

Nuestra reacción rápida había funcionado. No solo por los comunicados, también porque mucha gente habló a mi favor; conocidos, amigos de la industria, y gente anónima que agradecían mi ayuda a las asociaciones con las que habían podido salir de situaciones similares.

No es todo positivo, he perdido contratos millonarios por la difamación. Sé que es solo dinero, pero me da un motivo más para ir con todo en su contra.

Lo primero que haré será echarla de la casa en la que está viviendo, usando una de las cláusulas que James había puesto. No es lo único; James está preparando también una demanda junto a los mejores abogados del país.

—Solo te pido que vengas con corona —bromeo y me río al ver la reacción de Lena, que frunce el ceño—. Me encanta cuando la llevas puesta. ¿Es mucho pedir que me recibas con solo eso?

Puede que me haya obsesionado un poco con lo bien que le queda y que mi mente se haya imaginado varios escenarios en los que lo único que lleva es esa pieza de ropa, si se puede considerar así.

Cuando acabamos de hablar, cierro el portátil y suspiro. He caído por completo por la princesa; estoy absolutamente y profundamente loco por ella.

Decido buscar a James, que está sentado en uno de los sofás mientras lee un libro de derecho tan gordo con el que, si quisiera, podría asesinarme. Sé que se está preparando lo mejor que puede, rescatando apuntes de su etapa universitaria, pidiendo opiniones a antiguos compañeros y profesores, dando todo y más por mí.

No puedo estar más agradecido de tenerlo en mi vida, y que él me deje formar parte de la suya.

—Hola, Sebastian —murmura sin levantar la vista del libro.

—¿Ahora tienes ojos en la nuca? —pregunto y me siento a su lado.

—Si con ellos te molesto, entonces sí.

—Uy, parece que alguien está gracioso.

—Si escucho a alguien acercarse, y solo vivimos tú y yo aquí, ¿quién va a ser? ¿Un fantasma? —argumenta con calma—. La gente que trabaja con nosotros se ha ido hace horas.

Aprieto los labios y frunzo el ceño. Me cae mal.

—Tu lógica es odiosa.

—O quizá es que la tuya es inexistente —rebate con una sonrisa traviesa.

—La semana que viene…

Cambio de tema, yendo a lo que de verdad quería decirle.

—Al grano, por favor —pide y por fin, cierra el libro y me mira—. Sea lo que sea, sabes que aceptaré.

—¿Incluso si es tirarnos de una gran altura en paracaídas?

James tiene pavor a las alturas. Es de esas personas que hasta en las atracciones de parques temáticos lo pasa mal.

—Sé que no es eso —contesta sin alterarse.

—¿Y si lo fuera?

—Aprenderías a vivir con el remordimiento de haber asesinado a tu mejor amigo por un fallo cardíaco.

—Luego el exagerado soy yo. —Río y él hace lo mismo. Aprovecha ese momento para sacarse las gafas y dejarlas junto al libro, en la mesita más cercana—. La semana que viene me gustaría…

—Ir a ver a Lena —interrumpe y al ver mi expresión de desconcierto el que se carcajea es él —. Sebastian, eres muy previsible, ya me suponía que lo querías. Tienes la agenda despejada de compromisos durante las siguientes dos semanas.

—No sé cuánto te pago, pero debería ser mucho más.

—Entonces te vas a arruinar.

—Pero valdría la pena. —Me levanto para irme—. Tampoco quería molestarte, sigue haciendo tus cosas de abogado.

—¿Mis cosas de abogado? —James se ríe—. Aprovechando que estás aquí, quiero contarte algo.

James disimula muy mal sus emociones. Se le nota demasiado en la cara que es malo, lo conozco muy bien para intuirlo.

—Dímelo, sin vaselina —pido y sonrío para transmitirle calma—. ¿Qué pasa?

—Alguien la está asesorando legalmente y es bueno —comenta, mirándome de forma directa —. Nos va a dar más problemas de los que esperábamos.

—¿Se pueden arreglar?

—Sí, pero...

—¿Pero? —Eso no augura nada bueno.

—Será más difícil de lo que creía —admite sin perder los nervios—. Ha encontrado lagunas en las leyes en las que nos basamos para elaborar la demanda, por lo que supondrá más trabajo del que teníamos planeado. Mucha más investigación, más pruebas, testigos, documentos...

Verlo tan preocupado, me hace darme cuenta de que es más importante de lo que hace parecer. Asiento y le recuerdo que no me importa si tiene que contratar a más gente o si tengo que dejarme un dineral en mil abogados.

No quiero que esa noticia me estropee los días que tengo por delante junto a Lena, así que decidimos aplazar esto hasta que volvamos.

Me he pasado todo el viaje hasta Suecia tocando la guitarra. Necesitaba tranquilizarme, canalizar

mis nervios de alguna manera, pero no ha funcionado.

Antes de bajar, compruebo con la cámara frontal del móvil que no haya nada que me identifique de inmediato, colocándome una gorra y gafas de sol para disimular mi apariencia. Intento pasar lo más desapercibido posible en el aeropuerto, andando con la cabeza gacha y a buen ritmo, esperando que nadie me reconozca; si lo hacen, no tendré ninguna excusa para estar aquí y solo perjudicaré a Lena. James es el último, comprobando que no nos hemos dejado nada, que todo está bien y hablando con un representante de la inmobiliaria con el que previamente habíamos quedado. A él no lo conocen, o no tanto, por lo que puede pasar como un turista adinerado más de los muchos posibles.

Sé que mi conversación con Lena irá bien. Aun así, a pesar de haberme demostrado sin darse cuenta o sin palabras exactas que lo nuestro es muy importante para ella y que está dispuesta a no pensar en la imagen pública, tengo miedo de que no me entienda, que nuestra relación no sea la misma o me juzgue. No es que no confíe en ella; es solo que me voy a abrir por completo, algo que no he hecho con nadie más que con James.

—¿Le has dicho que hemos llegado ya? —me pregunta James una vez en el coche que nos va a llevar hacia la casa que he alquilado.

Como siempre en estos casos, ha sido James el que ha hecho todas las gestiones necesarias tras elegir la casa que a Lena le pareció mejor y más segura.

—Iba a ello.

—Raro en ti que no haya sido lo primero que has hecho solo aterrizar —se mofa y lo miro, haciéndome el ofendido—. Sabes que tengo razón.

—Puede que la tengas —concedo—, pero eso no quiere decir que vaya a dártela.

Yo:
Acabo de llegar, princesa.
Supongo que tardaré una hora aproximadamente.
¿Tienes ganas de verme?
Yo a ti muchas.

Lena:
Perfecto.
Nos veremos allí.
Kristoff y yo saldremos en poco.

Yo:
Tengo muchísimas ganas de verte, Lena.

Lena:
Yo también a ti, Sebastian.

Me quedo unos segundos mirando la conversación, con una sonrisa que no puedo ni quiero disimular. La risa de James me saca de mi ensoñación, pero no comenta nada. Estoy loco por Lena. ¿Quién lo diría, después de la forma en la que nos conocimos?

El trayecto se me hace bastante lento, no sé si por mis nervios, las ganas que tengo de ver a Lena o mi impaciencia.

—Nunca me acostumbraré a la temperatura de este país —murmuro al bajar del coche. La casa está alejada de todo, es perfecta—. ¿No puede hacer calor, como en Los Ángeles? O una más… normal —sigo quejándome—. Congelarme no es que me apasione. Siento que se me van a caer los dedos de los pies.

—Si hiciera calor en invierno, no estarías en Suecia. —Busco a la persona que ha hablado, que ahora se está riendo. Delante de la finca hay otro coche, y ahí, con la ventana bajada, se ve a la perfección quién se encuentra dentro—. Hola, cuñado, ¿cómo estás?

—¡Kristoff!

Esa voz es inconfundible y sonrío. Lena.

—¿Qué? —Kristoff baja del vehículo y sigue riendo—. Si es más para molestarte a ti que a él, ¿tú lo ves incómodo? Porque yo no.

—En absoluto lo estoy. —Lo saludo dándole la mano—. Un placer verte de nuevo.

—¿No te sientes ni un poquito intimidado por mí? —pregunta con genuina curiosidad—. Ya sabes, soy el hermano de tu novia.

—¿Debería? —Me encojo de hombros—. Eres su hermano, sí, pero pequeño.

—Pero un príncipe, al fin y al cabo.

—¿Quieres una reverencia, Kristoff? —bromeo con una sonrisa que se le contagia—. Si es así, lo hago, aunque solo me arrodillo por Lena y cuando me lo pide.

—¡Sebastian! —Lena me regaña con la mirada al ponerse a mi lado—. No es necesaria tanta información.

No sé si le incomodará que la salude delante de su hermano, así que le cojo la mano y le hago una caricia.

— Mira, sé que tendréis cosas de las que hablar —comenta con socarronería, burlándose de su hermana como la primera vez que los vi juntos. Me gusta mucho la dinámica que tienen, se nota a leguas lo bien que se llevan—. Así que James y yo nos iremos a dar una vuelta y volveremos en un par de horas. Si necesitáis más... para algo están los móviles.

—¡Kristoff! —se queja de nuevo Lena—. ¿Podéis no aliaros tú y Sebastian? Me estáis poniendo nerviosa.

—Sabes que me gusta chincharte. —Se acerca y le da un beso en la mejilla para luego mirarme—. Después nos ponemos al día, Sebastian. Tengo ganas de hablar contigo.

Le hace un gesto a James, como si le conociera de hace tiempo, y ambos se suben al coche. Lena y yo nos quedamos solos, o lo más solos que podemos estar, ya que aún siguen aquí mi guardaespaldas y uno de sus escoltas.

Sonrío al fijarme mejor en ella. Tiene las mejillas un poco sonrosadas por el frío, y el color de la bufanda y gorro que lleva resalta lo azules que son sus ojos.

Es preciosa.

En silencio, entramos en la casa y solo hacerlo, Lena habla en sueco con uno de sus guardaespaldas. No sé qué dicen, pero supongo que es para empezar a acondicionar la casa, poner la calefacción, dar el agua… Esas cosas que debería haber hecho yo —porque la casa técnicamente es mía—, pero que no he llevado a cabo porque mi mente no deja de repasar qué debo decirle.

Ni sé cómo es el lugar, no me interesa saberlo ahora. Le cojo la mano a Lena y voy a ciegas hasta el que creo que es un salón.

—¿Sebastian?

No entiende mi reacción.

—Tenemos que hablar y quiero hacerlo lo más pronto posible.

Maldición, estoy muy nervioso y se me nota demasiado. Hasta me sudan las manos.

Ella sonríe, niega con la cabeza y me besa. Sé que lo ha hecho para tranquilizarme, pero soy incapaz de no devolverlo con ansia porque es mi debilidad.

Cómo la he echado de menos.

—Sé que tenemos que hablar, pero ¿no dices tú siempre que te mueres por besarme?

Vuelvo a besarla, no voy a negar lo obvio, he tenido ganas de besarla desde que la he visto.

Estamos así durante unos minutos, hasta que junto nuestras frentes y suspiro.

Necesito sincerarme con ella, aclarar las posibles dudas que tenga y que quede todo claro. Así que me siento y ella hace lo mismo, sin apartar mi mirada de la suya.

—No sé por dónde empezar, Lena —admito y me paso la mano por el cabello.

—Por donde quieras, te escucho.

Me abro con ella y una vez que empiezo, no puedo parar. Le explico toda la verdad, la forma de tratarme que tenía mi progenitora, la manera en la que me culpabilizaba por la muerte de mi padre, el dolor... todo el dolor.

No me callo nada, contándole también cómo actué yo, todos los errores que cometí y la manera en la que James y su familia me salvaron. No me interrumpe en ningún momento. Se le humedecen un poco los ojos, pero no cambia cómo me mira. Como si no le importase, como si nada hubiera cambiado.

—Y esa es mi vida, Lena —sentencio. El corazón me va muy rápido y sigo nervioso—. Mi caótica vida.

Me acaricia la mejilla al ver que me he quedado quieto y me obliga a levantar la barbilla para que nuestros ojos se encuentren.

—Está bien, Sebastian.

—¿Bien? —No la entiendo. Me esperaba una reacción distinta—. ¿Solo vas a decir eso?

—No quiero ser muy dura, porque sé lo que te ha costado, algo que agradezco —comenta sin que su tono de voz cambie—. Eso no quita que sí estoy un poco molesta con que no me lo hayas contado antes.

—Lena, yo…

No sé qué decirle, si tiene razón, pero no es tan fácil como lo plantea.

—No te lo estoy reprochando, Sebastian, lo entiendo. Es algo muy personal.

—¿No te importa? —pregunto con miedo.

Sé que ha medio dicho que no, pero sigo con el temor de que se retracte, de que vea que no le conviene estar conmigo.

—¿Debería? Te conozco, Sebastian —asegura y vuelve a acariciarme la mejilla—. Puede que me hubiese condicionado cuando recién nos conocimos, no te diré lo contrario, pero ahora no. No me importa —remarca y se asegura de que la estoy mirando para que me quede claro—. Pero me hubiera gustado saberlo por ti antes que por otros medios.

—Tienes razón.

Bajo la cabeza sin creerme lo que está pasando. Sigue aquí, no se ha ido.

—Si queremos que esto funcione, tiene que haber sinceridad, Sebastian. Con todo, incluso con tonterías, ¿de acuerdo?

Asiento. De nuevo tiene razón.

—Por supuesto, princesa —No puedo no sonreír; ha ido bien—. ¿Te parece que aprovechemos el tiempo? Porque, como has dicho, siempre me muero por besarte.

—Eres tonto, Sebastian —dice riéndose.

—Un tonto que está loco por ti.

Juntos descubrimos una habitación en la que no tardo en tumbarla en la cama, besándola sin ningún tipo de prisa, redescubriendo esos puntos que sé que le encantan. Me deleito con cada parte de su cuerpo, mimándola, cuidándola, y la llevo al límite, cayendo junto a ella.

Estar con Lena es indescriptible, no hay palabras que lo defina.

Soy feliz; me hace feliz. Y quiero estar siempre así, a su lado.

—Mañana iremos a por tu regalo de cumpleaños —comento mientras paso los dedos por la curva de su espalda desnuda—. ¿Te parece bien?

Mucho he tardado en dárselo, pero quería que estuviera a la altura.

—¿No lo tienes aquí?

Alza la cabeza y aprovecho para besarle la frente con cariño.

—Físicamente, no. —Y sería muy raro que lo tuviera ya—. Además, tendrás que llamar a tu amiga Martha. Nos va a ayudar.

—¿Martha? —Lena no entiende nada.

—Sí.

—Sebastian, si no te explicas…

—¿No tenéis un proyecto con una asociación de animales? —Vuelve a levantar la barbilla para mirarme mejor a los ojos—. ¿Qué opinas de tener un perro?

VEINTINUEVE
Lena

Al escuchar a Sebastian, entiendo de inmediato por qué Martha ha vuelto esta semana. Deben de haber hablado en privado para sorprenderme.

—Adoro los animales —admito sin dejar de prestar atención a sus ojos, de ese color zafiro que tanto me gusta—. ¿Quieres regalarme un perro?

—Sé que contigo va a estar muy feliz. Además, necesitarás a alguien que pueda recibir tus abrazos y mimos cuando yo no esté, porque vas a echarme de menos.

—¿Un peluche no sería más fácil? —pregunto para molestarlo un poco.

La idea de que me quiera regalar uno de la asociación en la que participo, que haya estado tan atento a lo que le cuento, me encanta.

—Lo fácil es aburrido, Lena. —Acerca su rostro y roza nuestras narices. Sebastian es muy cariñoso y me encanta esa faceta suya—. No quieras sacarme de quicio.

—Creo que no eres el más indicado para hablar.

—¿Yo? —Se hace el sorprendido y acaba por reír—. Qué ataque más gratuito, princesa.

Vuelve a besarme y sonrío. Me siento extraña, como una adolescente que está experimentado por primera vez este tipo de sentimientos. Soy libre, no me arrepiento de haberme arriesgado por esto.

Sebastian me complementa, me hace ver todo de una forma distinta, me hace feliz. Y por eso, me da igual su pasado. Ha tenido una vida muy complicada; la muerte de su padre le marcó, no solo por el hecho de perderlo, sino porque todo cambió a partir de ese momento.

Al mirarlo, ya no veo a un cantante con un ego más grande que su carrera. Veo a una persona que ha tenido que protegerse de la única forma que ha sabido, con una fachada que no refleja la verdad de quién es. Saber toda la verdad hace que empatice más con él, que sienta rabia por todo lo que ha sufrido y por lo que debe estar reviviendo ahora.

Solo quiero que esté bien, no me importa nada más; me da igual la prensa, lo que me pueda suponer, las opiniones…

¿Qué me está ocurriendo?

De reojo, miro la hora y suspiro. Estaría así mucho más tiempo, y sé que a él le pasa lo mismo; sin embargo, no podemos aislarnos del mundo aunque queramos. Una media hora más tarde, Kristoff y James regresan con comida. Con Sebastian se me pasa el tiempo demasiado rápido.

—¿Qué haremos mañana? ¿Turismo? —pregunta mi hermano con interés—. Porque sí, volveré a estar con vosotros. Soy la excusa perfecta.

Kristoff se había encargado de anunciar en varias comidas junto a nuestros padres que tendríamos algún día de hermanos, y que los días posteriores estaríamos también ocupados.

Ambos sabemos que se deben creer que le estoy ayudando a elegir un anillo o algo parecido. Es su forma de ayudarme, de darme tranquilidad y apoyo para estar con mi pareja.

—Por la mañana, tenemos que ir a la protectora de animales —comento, mirando a Sebastian, que me sonríe—. Supongo que Martha estará ahí para ayudarnos.

—¿Y luego? —sigue Kristoff y empieza a reírse—. Parezco tú, Lena, queriendo organizar todo.

Me gustaría poder ir con Sebastian a cualquier lado, pero sé que no es lo más adecuado. Tenemos que aprovechar que nadie sabe que está aquí y jugar a nuestro favor. Así que decidimos que no harán turismo por el momento, ni saldrán mucho, para no ser vistos.

Antes de que mi hermano y yo nos marchemos, aprovecho para hablar con James mientras Sebastian se despide de Kristoff.

—Gracias —le digo lo que llevo pensando desde que he conocido toda la versión de la historia—. Sé que no debería hacerlo, pero gracias por haber estado al lado de Sebastian todos estos años y por haberle ayudado en todo momento.

—Te lo ha contado todo —asume, a lo que asiento con la cabeza—. Estoy muy orgulloso de él. Está abriéndose contigo, contándote cosas que solo sabemos la familia. —Sus ojos reflejan justo lo que ha expresado—. Tendría que darte las gracias a ti, por no rendirte con él y no alejarte.

—No lo haría por algo así.

—Lo sé, pero él no.

En el camino de vuelta a casa, Kristoff me cuenta lo que han hecho mientras nos dejaron solos. Aprovecho para pedirle que mañana no duerma en palacio, porque así yo también puedo hacerlo con una excusa creíble. Él se ríe y acepta de inmediato, aunque admite que lo tenía pensando antes de que se lo dijese, preguntándome si no me importa que Madeleine conozca a Sebastian, ya que le gusta mucho su música.

Y no me niego. Me gusta que Sebastian esté aquí y se integre tanto en mi círculo.

A la mañana siguiente, Martha se presenta en palacio a primera hora con una gran sonrisa en la cara junto a Albóndiga. Sin que me dé tiempo a decir nada, nos saca a Kristoff y a mí de casa a toda prisa.

—¿Preparada para tener a un fiel compañero? —murmura mientras acaricia a Albóndiga—. No sabes las ganas que tenía de decírtelo, pero no iba a arruinar la sorpresa. Me ha costado mucho callarme.

Me lo supongo. No es muy típico de ella guardarse un secreto así, por lo que valoro aún más el intento de Sebastian.

—Por eso has vuelto —asumo y también mimo al animal, que está muy quieto en el coche—. Ya me extrañaba que hubieras estado tan poco fuera.

—Mañana me vuelvo a ir. Deberías valorar el sacrificio que he hecho por ti —me reprocha en tono jocoso—. Está todo organizado en la protectora, por eso vamos a ir tan pronto, antes de que esté abierto. Todo sea por vuestra intimidad. También he hablado y remarcado que no queremos que se filtre de ningún modo la noticia. Puede que los haya amenazado.

—¡Martha!

Esa no es la forma, nunca lo es.

—Es una vacía, solo para meter miedo. Nunca dejaría de apoyar este tipo de cosas —aclara,

quitándole importancia con un movimiento de muñeca—. Amo más a los animales que a la gran parte de personas.

Al llegar a la protectora, saludo a los trabajadores con una sonrisa y veo que Sebastian está hablando con el encargado junto a James. Cuando se da cuenta de que hemos llegado, se acerca a toda prisa.

—¡Por fin! —exclama— Estaba empezando a aburrirme.

—Buenos días —nos saluda James.

—Tengo ganas de que haya algo más que te recuerde a mí a diario. Debes estar muy emocionada.

Si fuera por mí, me llevaría todos los animales a casa, pero no puedo hacerlo. Se me encoge el corazón al ver que muchos son los mismos de la última vez que estuve aquí y que hay nuevos rescatados. No quiero coger a un cachorro, porque son los que tienen más posibilidades de ser adoptados, así que miro a los otros sin saber qué hacer.

Hasta que uno me mira fijamente con sus ojos azules y se acerca a paso lento, como si me examinase. Me agacho para poder verlo mejor y me lame toda la cara.

Ya me ha conquistado.

—Parece muy simpático. —Sebastian también se agacha y le acaricia la cabeza. Al recibir también cariño, le lame la mano—. Vale, lo es.

—¿Por qué está aquí? —pregunto en sueco a uno de los trabajadores.

—Se hizo más grande de lo que se pensaban. —Frunzo el ceño, lo que suponía—. Al ser una raza considerada peligrosa, mucha gente no quiere adoptarlo, a pesar de que es uno de los perros más cariñosos que tenemos.

—Nos lo llevamos.

Los trámites para adoptarlo se hacen con rapidez. Por suerte está todo en regla, solo faltarían otras gestiones para que todo sea legal con respecto a la seguridad del perro y la de los demás. Aprovecho también para comprar todo lo necesario para sus cuidados y comodidades.

—¿Cómo se pronuncia su nombre? —quiere saber Sebastian—. Porque es sueco y yo…

—Snö —intento vocalizar lo máximo para que lo entienda—. Significa nieve, me ha parecido gracioso ponerle así.

—Irónico que se llame así siendo de ese color. —Es negro con una mancha marrón en el lomo—. ¿Nos vamos?

No puedo parar de sonreír al ver lo contento que está el perro. Al llegar a la casa que tiene alquilada Sebastian, empieza a correr por el jardín muy feliz, sintiéndose libre.

—Mientras estés aquí, ¿te importa que se quede contigo? —Me giro para mirar a Sebastian—. De ese modo, el cambio de hogar no le resulta tan extraño.

—Ningún problema, así tienes una excusa para venir los días que me quede aquí.

—Claro, porque antes no la tenía, ¿no? —Cuando Snö se acerca y se pone entre mis piernas, le tiro una de las pelotas que he comprado—. No sé si te lo ha dicho Kristoff, pero más tarde vendrá con su novia. Espero que no te importe.

—Lena, claro que no. —Se acerca y me abraza por la espalda, dejando un beso en el cuello y apoyando la cabeza en mi hombro derecho—. Es lo normal, ¿no?

—Sí, pero...

Quiero que se sienta cómodo, que no se vea forzado a hacer algo que no quiere o conocer a Madeleine si no le apetece.

—No me importa —me interrumpe y aprovecha para girarme, quedando cara a cara con él—.

¿Te das cuenta de que tener un perro juntos es un paso muy importante?

—¿No decías que era mío? —aprieto los labios reprimiendo una sonrisa.

—Oh, princesa, Snö me ha conquistado con esos ojitos azules que me recuerdan a los tuyos, son casi del mismo tono —apunta—. No puedo desentenderme de él, mira su carita.

No respondo, me quedo callada dándole vueltas a si debo sincerarme más con Sebastian, contarle cosas de mí que nadie sabe, verbalizar mis inseguridades. Y lo hago, estoy tan cómoda con él que me sale solo decirle una de mis mayores preocupaciones a pesar de que no tiene nada que ver con el tema.

—A veces pienso que mi padre hubiera querido que Kristoff fuese el heredero —admito casi en un susurro—. Y que cree que no soy lo suficientemente buena para reinar en el futuro.

Cierro los ojos después de hablar, intentando recuperar la compostura y el control. De inmediato, noto cómo Sebastian coloca sus manos en mis mejillas y suspira, pensando bien lo que decir. En lugar de sentirme débil y vulnerable por haberle confesado uno de mis mayores miedos, es todo lo contrario; me siento más libre. Me he quitado un peso de encima confesándole una de las razones por las que quiero ser siempre perfecta y tener el control.

—Lena, mírame, por favor. —Hago lo que me dice y lo veo sonreír, como si estuviera muy feliz de haber escuchado esas palabras—. Sé que te exiges mucho a ti misma, te conozco, pero no es verdad.

—¿Lo crees? —bisbiseo.

—No sé mucho de temas reales. De hecho, todo me lo habéis contado tú o James —se ríe—. Lo que sí sé es cómo eres —confiesa—. Estoy convencido de que serás una gran reina y la persona que no quiera verlo, tiene un gran problema. Me es igual que sea tu padre, el rey o... ¿Tiene algún título más?

—Si empiezo, no acabo. —También me río, ha conseguido que incluso en un momento así me salga una sonrisa. Es una de las cosas que más me gustan de él, la capacidad de hacerme obviar lo demás—. Siento muchas veces que por mucho que haga, no será suficiente, que siempre estará la duda de qué hubiera pasado si Kristoff hubiera sido el primogénito...

Es una de mis mayores inseguridades, lo que no puedo dejar de pensar cuando mi padre me reprende por no hacer las cosas como él quiere.

—Es normal tener dudas. Nadie es perfecto, Lena —murmura—. Si no tuvieses ese tipo de momentos, el título de la reina de hielo sí que sería ideal para ti.

—¡Sebastian! —protesto y él junta nuestras frentes mientras sonríe.

—Aunque mi opinión no te sirva de mucho, yo confío en ti. Sé que serás una gran reina, no tengo ninguna duda de ello —dice a la par que me acaricia las mejillas con los pulgares—. Y además, serás mi preferida, no todas tienen ese honor.

—Todo un privilegio —me mofo.

Sebastian sigue mirándome y veo que hay cierta duda en su voz hasta que habla.

—Cuando empecé a tener fama por mi música, creí que no me lo merecía —confiesa sin poner distancia entre ambos—. A veces todavía lo pienso —añade—. Hay gente con muchísimo más talento que yo que deberían estar en mi lugar.

—No digas tonterías —pido, molesta. ¿Acaso no ve lo especial que es?—. Si tienes tantos seguidores y fans es por algo.

—Lo sé, pero ¿ha sido gracias a mi físico? —Suspira y noto que este tema es complicado para él, una de sus inseguridades más grandes—. Porque puede que eso fuera lo que les llamó la atención. ¿Cuántos artistas hay así?

No entiendo el motivo por el que Sebastian no se ve a sí mismo de la misma forma en la que los demás hacemos.

—Si no tuvieras talento, no habrías triunfado, por muy guapo que seas —afirmo sin dudar—. Tu música me hace sentir tantas cosas… tantas que no puedo expresarlas.

—Y eso que aún no has escuchado mi nueva canción —bromea.

—Te mereces todo tu éxito. No dudes de ello, Sebastian.

Nuestros labios se rozan con dulzura e incluso timidez, lo que me saca una sonrisa. Es una caricia delicada, sin prisa u otra connotación. No hacen falta palabras. Segundos después, rompe ese contacto y deja un beso en mi frente con cariño.

Dudo mucho que pueda sentirme con más calma que ahora mismo. Estoy feliz; soy feliz. Lo que habría sido una simple conversación en una pareja, para mí significaba mucho más; admitir mis temores delante de él, abrirme de ese modo y que él hiciera lo mismo. Es dar otro paso, convencerme aún más de lo que ya estaba, asegurarme de haber tomado la decisión correcta.

Para no helarnos de frío, cojo a Snö en brazos, que me lame toda la cara, provocando una carcajada muy sonora en Sebastian. Solo entrar, tras dejarlo en el suelo, va directo a una de las mantas y se coloca encima.

—Creo que ya podemos despedirnos de ella. Se la ha adjudicado —dice Sebastian—. Míralo, parece muy a gusto y feliz.

—¿Ya lo quieres consentir? —pregunto con una ceja alzada.

—¡Mírale la carita, Lena! —exclama—. No puedo negarme a nada, solo quiero darle amor y mimos. Es como si me mirases tú, ¡tenéis el mismo color de ojos!

Mientras esperamos que Kristoff venga junto a Madeleine, seguimos viendo la serie que empezamos juntos y James no tarda en unirse.

Sebastian está tan relajado —tanto que no deja de bromear con su mejor amigo—, que entrelazo nuestras manos con complicidad y apoyo mi cabeza en su hombro. Él sigue hablando como si nada y me besa la mano en un gesto cómplice. ¿Será siempre así?

Cuando mi hermano me avisa por mensaje de que ya han llegado, nos levantamos para recibirlos. Cuando Madeleine ve mi mano entrelazada con la de Sebastian, no puede disimular su sorpresa.

—Sorpresa —se ríe Kristoff y da una palmada para dar énfasis—. Ha estado preguntándome a dónde íbamos todo el trayecto.

—Es que no me gusta la intriga —comenta haciendo un mohín—. Soy Madeleine —se presenta ofreciéndole la mano a Sebastian y a James—. Es un placer conoceros. —Después, me mira y me abraza con confianza. La última vez que nos quedamos a solas le dije que podía hacerlo—. Encantada de volver a verte, Lena.

—Lo mismo digo.

—No voy a mentir, no me esperaba algo así —admite, pero se le nota que está contenta—. Creía que cuando os relacionaban no eran más que habladurías y ganas de vender artículos a través de *clickbait.* —Entonces mira a mi hermano y alza una ceja—. ¡No me dijiste nada!

—Claro que no lo hice, es un secreto de mi hermana. Familia por encima de todo —asegura muy serio. Al notar que todos lo estamos mirando, sonríe, intentando sacarle importancia—. Ahora qué, ¿cuál es el plan? Soy una persona previsora y me he traído juegos de mesa. Os voy a machacar.

Nos decidimos por el trivial, donde James gana ya que parece saber de todo. Después, nos separamos por equipos para el Pictionary, suecos contra americanos. Aquí ganamos nosotros.

El día se pasa muy rápido y me divierto como hacía tiempo que no hacía. Me siento tan normal que es casi irreal. La conversación ha sido fluida en todo momento y mi hermano no ha dejado de hacer comentarios de los suyos, intentando avergonzarnos a Sebastian y a mí. No me he quedado callada; las anécdotas de nuestra infancia han sido un tema recurrente, sobre todo en las que él salía peor parado.

Cuando llega el momento de despedirnos de ellos, mi hermano me guiña el ojo y lo entiendo sin palabras. Sebastian le cae bien.

—Me iré a mi habitación —anuncia James, sacándose las gafas y frotándose los ojos por el cansancio—. Buenas noches.

—No seas tonto —niega Sebastian—. Podemos estar los tres hablando o viendo una serie como antes. ¿Te has aburrido?

—No, y tranquilo, lo sé. Quiero estar solo, ¿de acuerdo? No es por nada, me encanta ser vuestro sujetavelas. Es mi sueño cumplido —se ríe—. Buenas noches.

Sebastian frunce el ceño, pero no hace ningún comentario, solo me pide que lo siga.

—Voy a cumplir con lo que te dije. —Coge la guitarra y me señala una butaca para que me siente—. Prepárate, vas a tener la primicia de mi nueva canción.

—¿Es una balada?

—Para nada, no acostumbro a hacer música así. ¿Lista?

Asiento y al ver que tengo toda mi atención en él, me guiña un ojo y saca la lengua antes de empezar a tocar mientras canta. Es muy distinta a la primera que compuso pensando en mí, pero también tiene significado. Creo que no es consciente de lo especial que me siento cuando escribe canciones para mí y me las canta. Es como si en los minutos en los que lo escucho, fuéramos las únicas personas en el mundo. Solo su música, él y yo.

—¿Y bien? —quiere saber con cierto nerviosismo—. ¿Algo que destacar?

—Tienes una voz preciosa. Adoro escucharte.

—¿Solo escucharme?

Le lanzo lo primero que encuentro, en este caso un cojín que le da en la cabeza. En lugar de volver a tirarlo, se levanta con una sonrisa traviesa, deja la guitarra y se acerca a mí con una clara intención; devolverme la jugada.

Que me bese es lo último que espero, pero no tardo en seguirlo con la misma intensidad con la que él intenta hacerme perder el control. No pienso mucho, me limito a dejarme llevar y me adelanto a morderle el labio inferior cuando creo que él va a hacerlo. No tarda en alzarme y llevarme a la cama para que estemos más cómodos, donde nos dejamos ir por completo.

Podría acostumbrarme a dormir abrazada a su lado, despertarme y tenerlo cerca. Espero que esta felicidad dure para siempre.

TREINTA
Lena

No me doy cuenta de lo rápido que pasan los días hasta que Sebastian se marcha. La despedida es complicada, me he acostumbrado a su compañía y sé que por mucho que hablemos a diario, no será igual. Ha sido duro, sobre todo el no poder salir a la calle y hacer como cualquier otra pareja.

Por mucho que venga cada pocas semanas, porque según sus propias palabras no puede estar tanto tiempo lejos de mí, siento que no es suficiente. Cada vez que nos vemos, me sabe a poco, aunque esté días se hace tan breve que resulta efímero. Cuando se trata de Sebastian, sé que ya no soy racional, estoy total y profundamente loca por él.

Y no me importa.

Me siento segura de lo que tengo con él, tanto que es el momento de que mi hermana lo sepa. Por eso, aprovecho un puente largo en el que vuelve a Suecia para estar con nosotros.

—¿Qué es tan urgente para pedirme hablar ya? —Freya se sienta en el sofá con exageración y resopla. Está más contenta que la última vez y no tiene tantas ojeras—. Estaba viendo una serie e iba por los mejores capítulos.

—Si quieres, te lo cuento luego

—No, no —niega—. ¿Qué pasa, Lena?

—Quiero que me escuches y no me…

—¿¡Estás embarazada!? —me interrumpe sin lógica alguna, antes de que pueda decirle que no lo haga—. Ah, espera, que no tienes novio ni nada parecido. Mi hermana, la correcta y perfecta Lena, no haría algo así.

—De lo que has dicho, hay algo que no es cierto.

Su reacción no tarda en llegar. Primero no entiende nada, después frunce el ceño para acabar abriendo la boca.

—¿¡Tienes novio!? —vuelve a chillar y le pido con la mano que baje la voz. No quiero que nuestros padres lo sepan—. Necesito saberlo todo: nombre, apellido, nacionalidad, a qué se dedica. ¿Es guapo?

—Lo conoces —admito y le acaricio la cabeza a Snö.

Desde que lo traje a palacio, no se separa de mí y hago justo lo que Sebastian dijo; mimarlo cada vez que lo echo de menos a él.

—Espera, ¿qué? —De la emoción, se levanta y da vueltas en círculo—. ¿Cómo que le conozco?

—Porque es así.

—¿Y no me dirás quién? —se queja y alza los brazos—. ¡Lena, no me hagas esto!

Antes de que vuelva a hablar, desbloqueo mi teléfono y le enseño una de las múltiples

fotografías que nos hemos hecho Sebastian y yo. Nadie que no sea nosotros dos las ha visto y cuando mi hermana las mira, se le cae el móvil al suelo.

—¡Freya!

—Estoy... estoy... —sin previo aviso, se levanta y grita muy emocionada mientras da saltitos —. ¡Lo sabía! —repite varias veces—. Gracias a mí os conocisteis. Me debes una tan grande, ¡tengo que ser la madrina de boda!

—No te precipites —pido.

Está yendo muy deprisa. Demasiado.

—Es por él que estás tan feliz y sonriente —asume y tiene razón—. ¿Desde cuándo? Porque si es de hace mucho, estaré muy dolida contigo por no decírmelo.

—Lo siento, quería estar segura y...

—¡Es igual! —Vuelve a sentarse a toda velocidad y me abraza con una risa contagiosa. Su reacción es mucho mejor de lo que pensaba—. Rìgh Bastian es mi cuñado, es que wow… —murmura—. Me cuesta asimilarlo.

Cuando se aleja y dejamos de reír —porque su felicidad es contagiosa—, nos damos cuenta de que ya no estamos solas en el salón. Los reyes también están ahí y lo han escuchado todo.

Me quedo quieta, sin moverme, actuando con normalidad. Creo que ni parpadeo en dirección a nuestros padres, que están esperando una explicación.

No seré quien hable primero, prefiero analizar la situación y ser lo más racional posible antes de decir algo.

Aunque sé que no podré, no cuando se trata de algo relacionado con Sebastian y mis emociones me lo impiden.

—¿Qué habéis dicho? —La voz del rey es fuerte y dura. No es una pregunta, sino una exigencia.

—Nada, padre, nada —dice rápidamente Freya—. Era una broma, solo eso. Llevo tanto tiempo sin ver a Lena que…

Debería haber hablado yo antes, pero sigo examinándolos para saber cómo van a reaccionar. Mi madre no me preocupa, aunque en un principio se oponga, pero mi padre…

Con él será casi imposible.

—Quiero escucharlo de tu boca, Lena —gruñe, clavando sus ojos con fijeza en mí—. ¿Es una broma? ¿Estáis bromeando?

Ninguno de los dos cede en la lucha de miradas. Nuestros ojos azules se retan con fuerza; no están dispuestos a dejar ganar al otro, no quieren perder. Estoy segura de que no será el primero en apartarla y que aguantará lo máximo posible para demostrarme que es él quien tiene la autoridad, el que manda.

Lo que no sabe es que, desde hace tiempo, la única que manda en mi vida soy yo y mis decisiones son solo mías.

No servirá de nada mentir y tampoco quiero hacerlo. Estoy segura de mi relación con Sebastian, ¿para qué ocultarlo? ¿Para qué retrasar lo que acabará ocurriendo en un futuro?

—No, no es ninguna broma —admito muy seria.

—¿Cómo? —repite, incrédulo. No se lo cree.

—Me has escuchado bien, padre —espeto con algo de ironía—. Sebastian y yo estamos en una relación. Es mi pareja.

Noto la mirada de Freya, está sorprendida por mi valor repentino. Quizá se pensaba que lo ocultaría, por eso me había intentado ayudar al principio. Alzo la cabeza, sin ocultarme ni

sentirme avergonzada por lo que he admitido, porque no lo estoy.

Esta conversación tenía que llegar tarde o temprano; solo me queda aceptarla y defender lo que siento.

—Lena... —tercia mi madre suavizando el tono. Sabe tan bien como yo que en los ojos del rey hay tanta furia que solo es cuestión de segundos que todo explote.

Y lo hace.

—¿Has perdido la cabeza? —estalla a su modo, calmado, sin levantar la voz. Tampoco le hace falta, sigue sonando igual de autoritario—. ¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué debería, padre? —rebato muy desafiante—. No le veo lógica a tu pregunta.

—Freya, vete a otra habitación. Tú también, Annalise. Esto es entre Lena y yo.

—¿Crees que estando solos me harás cambiar de opinión? Porque no va a ser así. No me importa que estén aquí, mis respuestas serán las mismas.

—Cariño... —interrumpe mi madre.

Sé que para ella la situación debe ser complicada, pero no cederé.

—Bien —murmura mi padre, acercándose a mí a paso firme—. Vas a acabar la relación que tengas con ese cantante ahora mismo y antes de hacerlo, harás que firme un contrato de confidencialidad —exige—. Lo último que necesitas es otro escándalo por su culpa.

—No —niego con calma y me levanto. No discutiré con él estando sentada, no soy menos—. No lo voy a hacer, padre.

—Es una orden, Lena.

—¿Del rey o de mi padre?

Ya sé la respuesta, solo lo estoy retando.

—De ambos —confirma mis sospechas.

De nuevo, no los diferencia, los incluye en una misma categoría. Puedo llegar a entender la postura que debe tomar como rey, una más exigente y preocupada por la presión mediática que tendré cuando se anuncie de forma pública, de lo que supondrá para la corona. Pero ¿como padre? ¿No debería alegrarse por mí?

Debe ser el único que no se ha dado cuenta de lo feliz que soy desde hace tiempo. La prensa ha hecho varios artículos al respecto sobre mi cambio, lo natural que parezco en mis últimos actos oficiales. Quizá lo que necesitaba era esto, la libertad que he conseguido gracias a Sebastian. No solo por mi relación con él; desde que lo conocí, he tenido el valor de tomar mis propias decisiones, plantándome a muchas de las exigencias del rey y no ha pasado nada. Sigo cumpliendo con mis obligaciones como siempre, solo que dándole voz a mis pensamientos, sin esperar a que la corona los apruebe.

Seré la reina. Y una reina toma sus propias decisiones.

—No voy a dejar a Sebastian, majestad —me mofo—. No puedo complacerle en esta ocasión.

Hablarle de usted empeorará la situación, pero no me importa. Estoy harta de todo; de sus exigencias, de sus intentos de dominar mi vida como si fuese solo una pieza más en su tablero, de nunca ser suficiente a su criterio…

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han metido en la cabeza? —pregunta de forma retórica—. ¿Dónde está la futura reina de la que estoy orgulloso? ¿La que cumple con su papel, tal y como se le ha enseñado?

Escucharlo me enfada aún más. He estado esperando esas palabras durante mucho tiempo. Demasiado. ¿Tiene que decirlo justo ahora?

—Sigo siendo la misma. La única diferencia es que soy feliz, padre. ¡Soy feliz! —exclamo

resaltando lo obvio—. ¿Eso te supone un problema?

—Lo supone si es un peligro para la corona.

En otras palabras, si la institución está en riesgo, da igual lo que sienta y quiera.

—¿En serio? —No me lo puedo creer—. ¿Es más importante para ti la corona que tu hija?

—Lena, no voy a discutir algo tan obvio —musita, como si la mera pregunta le cansase—. Es una respuesta sencilla. —La corona va antes, es lo que demuestran sus actos y palabras—. Quiero que dejes al cantante —repite—. No hay otra opción.

—La hay, porque no voy a hacerlo, te lo he dicho. No dejaré a Sebastian, no me importa que me lo ordene mi padre, el rey o alguien más. No lo haré.

—¡La felicidad no es para nosotros! —Y por fin, lo veo perder los papeles por primera vez en mi vida—. No somos como la gente normal, no podemos hacer las mismas cosas. Deja tus estúpidos sueños de lado, no eres de esas, Lena. No puedes tener una relación con alguien así.

Noto la incomodidad de mi hermana por la discusión, pero no se mueve. La miro e intento hacerle ver que estoy bien. Mi madre se ha sentado muy cerca suyo, igual de preocupada que ella.

—Quieres algo para mí que ni tú mismo sufriste —contradigo—. Te casaste por amor, padre. ¿Por qué no puedo tener lo mismo? ¿Por qué no puedo estar con alguien de quien estoy enamorada? Sin compromiso, sin obligaciones...

Sigue implacable, no va a dar su brazo a torcer. Yo tampoco lo haré.

—No te reconozco.

—Quizá siempre he sido así, pero no me has dejado expresar lo que sentía hasta ahora —comento lo más segura que puedo—. O quizá es que nunca habíamos estado en desacuerdo.

Es cierto. Siempre habíamos tenido una buena sintonía porque nunca me había visto obligada a mantenerme firme en mis convicciones.

—Mientras siga siendo el rey, ese cantante no pisará palacio —sentencia. Como no gana la discusión, usa el poder que tiene—. No podrá entrar, lo tendrá prohibido. Al igual que asistir a cualquier celebración en tu honor que se haga y haya prensa, o cualquier otro asunto importante.

¿Va a llegar a ese punto? Está jugando todas sus cartas, pero yo no haré lo mismo. Me reservaré los ases bajo la manga para un futuro, porque tengo la sensación de que me harán falta.

Ha planteado lo que cree que es un ultimátum, creyendo que cambiaré de opinión.

No es así. Estoy segura de mi relación, estoy segura de Sebastian, y lo más importante, estoy muy segura de mí misma y de mi decisión.

Quizá esto solo ha acelerado las cosas.

—Entonces, si mi novio no puede visitarme en mi propia casa, tendré que ir a un lugar en el que sí sea bien recibido.

No procesa lo que acabo de decir, hasta que parpadea de forma repetida.

—No vas a irte de palacio, Lena.

—Oh, sí que lo voy a hacer —aseguro y empiezo a andar en dirección a mi habitación.

—¡Lena Olivia Alexandra! ¡Ni se te ocurra irte y dejarme la palabra en la boca!

No me freno, hago una maleta con lo imprescindible para marcharme. Por muy molesta que esté, voy con calma, dejando la ropa bien doblada.

¿Me he precipitado?

Probablemente, pero quedarme más tiempo en un lugar en el que no aceptan a mi pareja es una tontería. Sebastian no está aquí para defenderse, daré la cara por él siempre.

—Cariño...

—No cambiaré de opinión —musito sin levantar la vista de la maleta—. No lo haré en nada, mamá.

—Te estás precipitando. No tienes que irte o...

—¿No tengo que irme? —repito y la miro, incrédula—. Ha dejado muy claro que, mientras él viva aquí, Sebastian no será bien recibido.

—Tienes que entender que...

—¿El qué, mamá? —comento y cojo más ropa de mi armario—. ¿Que no entendéis mi decisión? ¿Que estáis coartando mi felicidad?

—No es eso, Lena. Es complicado.

—Sé que lo es, en ningún momento he pensado lo contrario —admito—. Pero lo juzgáis sin conocerlo. Tenéis una imagen preestablecida de Sebastian y no queréis cambiarla.

—Eres la futura reina. Una relación con un plebeyo, de otro país, famoso... —Niega con la cabeza—. Lena, es una locura.

—Lo es —No está diciendo nada que no sepa—. Soy la primera que lo sabe, pero ¡soy feliz! Hace muchísimo tiempo que no me siento así. Cuando estoy con él... —Suspiro—. Es como si no importase ser la heredera, como si no hubiera una gran carga en mis hombros. Él no me ve como lo hace la gran mayoría de gente. Me ve a mí, solo a mí. Y adoro sentirme así, mamá.

Eso parece suavizar su mirada, como si mis palabras le hicieran reflexionar.

—Claro que me he dado cuenta de que eres feliz, cariño. Es solo que no es tan sencillo.

—Ahórratelo —pido, cansada—. No quiero escucharlo.

—¿A dónde vas a ir? Puedes ir a alguna de las otras propiedades que tenemos repartidas por Suecia.

—No, no iré a nada donde el rey pueda tener influencia.

—¿Entonces?

—Tengo una idea y no te la diré. Sé que si lo hago lo sabrá padre.

Empieza a ayudarme a preparar el equipaje en silencio. Minutos más tarde, es Kristoff quien entra en mi habitación. Está bastante alterado, como si también hubiera discutido con nuestro padre.

—Eres mi ídola —espeta y me abraza para darme ánimo—. Plantar cara así a padre es genial.

—¿Tú le conoces? —le pregunta mamá.

—¿A quién? ¿A Sebastian? —Ella asiente—. Sí, he sido la coartada de Lena durante las últimas semanas.

—¿Y bien?

Sonrío con su interés. Sé que para ella es difícil, pero está intentando ver mi punto de vista, entenderme.

—Me cae genial, no voy a mentirte, mamá. —Asiente Kristoff—. Es una persona increíble, amable, divertido, atento con Lena... Y lo más importante, la valora de verdad —añade—. Me he fijado en cómo la mira y en cómo está pendiente de ella en todo momento.

Es curioso, es lo primero en lo que me fijé yo cuando conocí a Madeleine.

—¿Crees que tiene madera para...?

No acaba la pregunta, pero ambos la entendemos. Necesita saber si, en el caso de que nuestra relación vaya a más, sería capaz de adaptarse a la vida en palacio, seguir los protocolos, actuar como se debe en los actos...

—Sí, lo creo. —No duda en su respuesta—. Y me comprometo, en el caso de que sea necesario, a enseñarle todo lo necesario, a enseñarle a ser un príncipe.

La reina no dice nada más, se levanta negando con la cabeza y nos deja a Kristoff y a mí solos. Técnicamente solos, porque Snö está dormido en su cama y no se ha movido ni cuando he entrado.

—Gracias, Kristoff.

—No las des —murmura tomando el relevo en ayudarme a hacer el equipaje—. ¿A dónde irás?

—No lo sé —admito—. Podría ir a la casa de Sebastian, pero no está en Estocolmo ahora y...

—Llámalo y dile que venga cuanto antes —sugiere y ladeo la cabeza, pensándolo—. Si quieres, hasta que llegue, puedes ir a uno de los apartamentos que tiene la familia de Madeleine por la ciudad. La mayoría están en las mejores zonas y gozan de la seguridad necesaria.

—¿No le importará?

—Por supuesto que no. Voy a llamarla, dame cinco minutos.

Asiento y veo cómo se marcha. Acabo de doblar el jersey que tengo en la mano, lo dejo en la maleta y me siento al lado de Snö, que abre los ojos medio adormilado y me lame.

—He hecho bien, ¿verdad? —le pregunto sabiendo que no me va a responder y le acaricio con suavidad la cabeza—. Sé que sí, no tengo dudas.

Hacer el equipaje de toda una vida en el mínimo tiempo posible está resultando muy difícil. Quiero ser práctica, llevarme lo mínimo posible para no ir demasiado cargada, pero me es inevitable llenar dos maletas muy grandes con casi toda la ropa de mi armario. Los vestidos de gala y otra ropa específica la dejo; no me harán falta.

—Eres la única persona que conozco que, en una situación así, hace la maleta a la perfección —se mofa Kristoff, que ha vuelto para seguir ayudándome—. Yo en tu caso hubiera puesto todo de forma rápida y ya.

—La ropa no tiene la culpa —murmuro—. ¿Qué le parece a Madeleine?

—No tiene ningún tipo de problema, justo como te he dicho. Entre los dos hemos elegido el más acorde y el más seguro, con una gran terraza para él. —Señala a Snö, que ya se ha despertado y nos mira con curiosidad—. Sé que no vas a dejarlo aquí.

—Obviamente no —confirmo.

—Madeleine nos esperará allí, así que cuando estés lista...

Asiento y observo mi habitación con nostalgia. Tengo tantos recuerdos aquí, toda una vida, que me es difícil dejarla. Pero es lo que debo hacer, no tengo dudas.

Kristoff está a punto de coger las dos maletas, pero al verme las deja y se acerca a abrazarme. No me ha hecho falta decirle que me está costando todo esto, lo sabe.

—Gracias —susurro e intento recomponerme de mi bajón momentáneo—. Snö, ven, vamos.

Se acerca moviendo la cola con mucha felicidad y le pongo lo necesario para ir de paseo. Me alegra tenerlo conmigo, será una gran distracción.

—Mamá me ha dicho que te cuide —habla mi hermano mientras nos dirigimos a su coche—. Por eso te voy a llevar yo y no hay mil quinientas personas de seguridad a nuestro lado.

—No durará mucho esta intimidad.

—Tampoco puedes pretender estar sola, Lena —rebate con más lógica de la que tengo en este momento—. Y sí, sé que suena extraño viniendo de mí, pero no dejas de ser la futura reina. No puedes irte sin más. Imagina que te ocurre algo y...

—Entonces serías tú el rey.

—No digas idioteces —gruñe muy serio y coloca el equipaje en el maletero—. Mamá me ha dicho que enviará a un equipo de seguridad y que le rendirán cuentas a ella, no a padre. Si tú no

quieres, él no sabrá dónde estás.

No es suficiente, no es el apoyo que necesito. ¿Por qué cuando mi hermano dijo que tenía pareja fue todo tan distinto? ¿Por qué no puedo tener lo mismo?

—Ahora se muestra más comprensiva, pero ha juzgado a Sebastian —espeto, mordaz—. Da igual, solo quiero irme de aquí.

—Lena...

Sé que debe estar pensando que actuaré de forma impulsiva, que mi reacción al irme solo es el principio de muchas más.

—No haré ninguna locura —le tranquilizo—. Eso sí, debo admitir que mi primera reacción ha sido querer filtrar a la prensa que estoy con Sebastian. Luego lo he pensado mejor y he llegado a la conclusión de que no es el momento. Pero creo que no voy a ocultarme más. Lo que sea, será.

—Mi hermana, tan racional como siempre —bromea y niego con la cabeza.

Cuando llegamos a la zona en la que está el apartamento en el que me quedaré, no hay mucha gente, por lo que nadie se da cuenta cuando entramos al parking privado del edificio, donde Madeleine ya nos está esperando. No digo nada, me limito a dejar libre a Snö y coger una de las maletas, evitando que uno de los tres guardaespaldas, porque ya han salido del coche que nos seguía, lo haga por mí. Puedo llevar mis cosas por mí misma.

—Gracias por dejar que me quede aquí, Madeleine —hablo una vez subimos al piso, que es muy bonito y espacioso.

—No las des, no supone ningún problema. Eso sí…

—¿Qué pasa? —quiere saber Kristoff con una ceja alzada.

—He tenido que decirle a dos personas que vas a quedarte —dice y se disculpa con la mirada —. Una de ellas es el portero y la otra, la presidenta de la comunidad. No he podido evitarlo, pero tantas medidas de seguridad y los guardaespaldas no pasan por alto. Debían saberlo.

—No te preocupes —le quito importancia y sonrío sin ganas—, tampoco estaré mucho tiempo.

—Puedes quedarte el tiempo que necesites. Son personas de confianza. De hecho, están muy contentos de que la futura reina esté aquí.

Kristoff la mira y se entienden sin palabras. Madeleine me abraza para despedirse y se marcha.

—Lena, ¿quieres que me quede? —Niego con la cabeza, quiero estar sola. Necesito estarlo. Él vuelve a abrazarme, creo que hoy lo ha hecho más que en las últimas semanas—. Si necesitas algo, llámame y vendré lo más rápido que pueda.

—Lo sé.

Me da un beso en la mejilla y se va.

Antes de hacer nada, hablo con el equipo de seguridad para saber cómo se organizarán o qué van a hacer. Cuando lo sé, me siento en uno de los sofás que hay, seguida rápidamente por Snö, que coloca su cabeza en mi regazo para que lo acaricie. Con la mano que me queda libre, empiezo a darle vueltas al móvil, sin saber si llamar ya a Sebastian o no.

Me decido y me contesta casi de inmediato.

—Míralos, mis dos amores juntos —habla y sonríe al ver que Snö mira un momento a la cámara, como si lo saludase—. Tienes mala cara, Lena. ¿Todo va bien?

—¿Puedes hablar?

—Para ti siempre tengo tiempo, princesa. —Veo cómo se acomoda mejor y centra toda su atención en mí—. Te escucho.

—Te necesito —admito.

No es que no pueda estar sin él, pero quiero que esté a mi lado y explicarle cara a cara lo que ha ocurrido, no a través de una pantalla. Creo que haberlo dicho en voz alta no me ha hecho más vulnerable, sino al contrario, porque he reconocido que necesito su apoyo en este momento.

—¿Quieres que vaya a Estocolmo? —pregunta para cerciorarse.

—Por favor.

—Estaré lo más pronto que pueda —asegura sin parpadear y sé que haberle dicho eso le ha dejado preocupado—. Si es posible, mañana mismo.

—No quiero que canceles ningún compromiso profesional por mí.

Sebastian resopla y sé que no lo he convencido, pero hablaré con James para que no cometa una locura. Lo profesional siempre va primero, lo dejamos claro al iniciar la relación.

—Lena, ahora me importa bien poco si tengo una entrevista o una actuación televisada.

—Sebastian...

—No, no intentes convencerme de lo contrario —pide y sé que no le haré cambiar de idea—. Ahora vamos a otro tema, que creo que lo necesitas, ¿quieres escuchar más adelantos de mis nuevas canciones?

Quiere distraerme lo máximo posible aun sin saber lo que me ocurre, eso me hace reafirmarme en que he tomado una buena decisión defendiendo nuestra relación delante del rey. Horas después, ordeno un poco la ropa y examino el apartamento seguida por Snö, que no se ha separado de mí en ningún momento.

He hecho bien. No tengo dudas.

Creía que se me haría más difícil estar fuera de palacio, pero no es así. Los días pasan rápido y sigo manteniendo el contacto con mi secretario y otros trabajadores de la casa real para continuar con mis funciones como princesa.

Kristoff viene a diario y me explica cómo está el ambiente en casa. Por lo que dice, padre tiene peor carácter que de costumbre, nuestra pelea ha agriado más su forma de ser.

—Que haya venido tan rápido, hace que gane más puntos para mí —dice Kristoff mientras nos lleva a Snö y a mí a la casa de Sebastian. Ha viajado lo antes posible, justo como prometió —. Como hermano, lo veo muy bien.

—No quería que cancelase nada por mí.

—Y aún así, en menos de una semana, viene a verte —murmura con orgullo—. Sigo manteniendo que, si es necesario, le enseñaré todo lo que sé.

Solo bajarme del coche, Sebastian, que ha llegado antes que nosotros, se acerca a mí con rapidez y me abraza. No dice nada, no hace falta.

Minutos más tarde, y después de que Kristoff y James nos hayan dejado solos para darnos intimidad, empiezo a explicarle todo desde el principio. Sebastian sabía que le iba a decir a Freya que él y yo estábamos juntos, porque se lo había comentado por mensaje; sin embargo, cuando llega el momento de comentarle que el rey lo había escuchado y cómo yo había reaccionado ante eso, no puede ocultar su sorpresa.

—Lena, no tenías que...

—¿No tenía que qué?

—Dar la cara por mí de esa forma —susurra y aparta la mirada un segundo, como si se estuviera recomponiéndose—. Sé lo importante que es todo esto para ti.

—No vayas por ahí —lo corto al saber que todo eso viene por sus inseguridades—. Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Sí —confirma. Lo escucho suspirar y sé que está pensando qué decir o cómo hacerlo. Que haya defendido nuestra relación lo ha dejado impactado—. No tengo palabras, Lena.

—¿Por qué no?

—No sé, es solo que... —Niega con la cabeza, me coge de las manos y me mira con sus ojos zafiro, más expresivos que nunca—. Nunca he querido que lo nuestro sea un problema para ti.

—No lo ha sido. Estoy muy segura de lo que tenemos, estoy muy segura de ti —aclaro y le obligo a que me mire cuando, de nuevo, me aparta la vista—. Sebastian.

—¿Sí?

Lo beso en respuesta, porque no sé cómo expresarme.

Snö ladra para hacerse notar y los dos nos separamos, riendo. Nos está mirando con los ojos llenos de alegría, mientras mueve la cola de forma muy rápida. Antes de que podamos hacer nada, se sube al sofá y se sienta entre ambos, colocando el cuerpo para que podamos acariciarlo los dos.

—Puedes quedarte aquí a vivir, si quieres —se ofrece y me acaricia las manos, haciendo movimientos circulares con los pulgares—. Mi casa es tu casa.

—Gracias. Si tienes que marcharte, lo entenderé.

—Lena, ahora lo que más me importa eres tú y saber que estás bien. Dicen que no hay mejor lugar que en casa, y cuando estamos juntos me siento como en ella, así que me quedaré contigo. — Estoy sin palabras. ¿Cómo puede decir algo así y seguir como si nada?—. Además, he cancelado compromisos en más de un mes. Me quedaré por un largo tiempo.

Y con esa simple frase, el corazón se me llena de felicidad y olvido todos mis problemas por un instante. El mismo en el que me besa.

TREINTA Y UNO
Sebastian

Como Lena sigue cumpliendo su agenda, James y yo pasamos mucho rato a solas en la casa de Estocolmo.

—Sebastian. —Lo miro, intentando decirle algo para chincharlo, pero niega con la cabeza, como si supiera mis intenciones—. No te precipites.

—¿En qué sentido? —quiero saber—. ¿Crees que Lena y yo no tenemos futuro?

Oculto —o al menos lo intento— el miedo en mi voz. Su opinión es muy importante para mí. Si él no confía en que mi relación con la princesa saldrá bien, ¿de verdad lo hará? Porque me conoce mejor que nadie.

James se da cuenta de mi cambio de actitud y vuelve a negar con la cabeza, sonriendo para relajarme.

—¿Puedes dejar de ponerte en lo peor siempre? —pide, resignado—. En ningún momento he dicho eso. Es más, ¿por qué te habría animado a ello, entonces?

—No lo sé —comento con cierta frustración. No me gusta no entenderlo—. ¿Y si te explicas un poco mejor?

—Solo te he pedido que no te precipites, como ya he hecho en el pasado, porque sé cómo eres —murmura con calma—. No veas cosas ocultas, no las hay. —Sigue sin verme muy convencido, por lo que añade—: ¿Quieres saber mi opinión? —Asiento—. Pienso que ambos sois muy buenos el uno para el otro.

—¿Por qué?

—Estás pareciendo un niño pequeño con tanta pregunta —se ríe y me da una palmada en la espalda—. Es obvio.

—Lo será para ti.

—Piensa un poco, te irá bien.

Aprieto los labios. Odio que me haga esto. ¿No es más fácil decirme las cosas claras?

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? —sugiero, cambiando de tema.

Aunque salgamos más de casa, porque a Lena ya le da más igual, sigo yendo con cuidado por si acaso. Es mucho mejor que antes, sobre todo porque no tenemos que ocultarnos, pero no sé si es suficiente para mí. Quiero actuar con normalidad, pasear por las calles dándole la mano, poder hablar de nuestra relación en entrevistas si me siento cómodo…

—No funciona. —James coge el mando de la televisión y pone fútbol europeo para que nos distraigamos—. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

—¿Le he dicho ya a mi agente que lo quiero por haberme conseguido esta casa?

Estoy tan seguro de la relación que tengo con Lena que mandé una oferta irrechazable por la vivienda, pagando muy por encima del valor para que fuese mía y no ser un simple inquilino.

—Sí, pero tu agente quiere saber si harás algún tipo de reforma para sentirte más cómodo.

—Sinceramente, me es igual —murmuro, frunciendo un poco el ceño—. Le preguntaré a Lena, para ver qué opina.

—Lo que sí creo que deberías hacer, es aumentar la seguridad, ¿te parece?

Sí, en eso pensamos del mismo modo. Si Lena va a estar viviendo aquí, después de todo lo que ha pasado con sus padres, tiene que estar segura.

—James, haz lo que quieras. Me fío de ti.

—¿Puedo preguntarte algo? —suelta de golpe y se quita las gafas—. Seré directo, porque llevo con la duda desde que me lo dijiste. ¿Por qué has querido comprar esta casa?

—Porque quiero. ¿Debo tener una razón oculta?

—La tienes. —Odio que me conozca tanto. Sí, la tengo, pero no lo he verbalizado aún en voz alta—. Sebastian.

—¿Qué? —me hago el inocente.

—¿Es lo que creo?

—Sí —confirmo sus sospechas—. La quiero. Estoy profundamente enamorado de ella y cada vez me cuesta más irme cuando la visito.

Aunque no me vea a mí mismo, sé que los ojos me brillan cuando pienso en Lena. Es inevitable. Lo que siento por ella es indescriptible, como una llama que, aunque me abrasa por dentro, busco para mantener el calor.

—Wow… —Se frota la frente con la mano izquierda en un gesto nervioso—. Acabas de dejarme sin palabras.

Pocas veces he visto a James mirarme así. Parpadea de forma repetida, procesando lo que acaba de escuchar. Puede que se hiciera una idea de lo que podía ser; sin embargo, le ha sorprendido que lo haya admitido con tanta facilidad, ya que por norma tiene que insistir para que deje de negar lo evidente. Casi nunca verbalizo lo que siento de una manera que no sea a través de la música; es mi vía de escape, la forma en la que poner nombre a mis pensamientos. Y ahora acabo de confesarle que estoy enamorado de Lena, que la quiero y que no tengo ningún tipo de duda.

—Eso no ocurre a menudo, ¿no? —bromeo para quitarle importancia—. Siempre sabes lo que decir en todo momento, menos ahora.

—Es que estás tan tranquilo. —Resopla, todavía sorprendido—. Sigo sin palabras, perdón. —Traga saliva y vuelve a mirarme—. Estás completamente seguro.

—¿Por qué no debería estarlo?

—Sebastian, estás enamorado de ella —remarca como si no hubiese sido consciente hasta ahora—. Enamorado de Lena.

—Sí —repito—. James, no es para tanto. —Sonrío al mirarlo, está exagerando—. James, por favor.

—Nunca creí que te escucharía decir eso de esta forma —bisbisea y los ojos se le humedecen un poco—. Estoy muy orgulloso de ti.

Me emociono un poco al escucharlo, sobre todo cuando me abraza. No podría haber elegido mejor a mi alma gemela.

—Sé que lo estás, que siempre lo has estado, pero ¿por qué me abrazas? —comento mientras me río.

—Porque por fin estás dejando que más gente vea cómo eres.

No es el momento para decírselo a Lena, pero espero que sea lo más pronto que tarde.

—Cambiando de tema, ¿hay alguna novedad de lo que ya sabemos?

—Y tan cambio… —Suspira y niega con la cabeza—. No mucho, sigue igual que hace unos días.

—Confío en ti y en el equipo de abogados que has contratado, sé que ganaremos la demanda.

—Sé que ahora estamos saliendo más, pero quizá deberíamos controlarnos para que no sepa que estás aquí. Podría complicarlo todo.

—Sobre todo a Lena.

Aún me cuesta asimilar que ha plantado cara a su padre por mí, yéndose de palacio para dejar clara su postura. Sé que su aprobación es una de las cosas que más le importan, que se sienta orgulloso de ella, que no tenga quejas de sus obligaciones y que en un futuro, cuando fuese reina, no dudara de su papel. Sí, sé que en cierto modo se siente liberada de esa presión tan grande que tiene sobre los hombros, pero sigo sin creer que merezca que haya hecho esto por mí.

Cuando escuchamos la puerta abrirse, me levanto creyendo que es Lena para recibirla.

—Quita esa cara de decepción. Parece que no te alegras de verme —se mofa Kristoff.

—Creía que…

—Sí, que era mi hermana —completa por mí—. Es que quiero hablar contigo a solas y le he preguntado a James si podía venir. Bueno, ¿hablamos, cuñado? —Asiento y vamos hacia una de las salas para estar más cómodos—. ¿Algo que quieras contarme?

—Si eres tú el que ha querido hablar conmigo, aliándote con mi mejor amigo.

—Vale, sí, es solo que… —Se ríe—. ¿Cómo estás? Además de preocupado por mi hermana.

—Kristoff, ¿ocurre algo?

No es normal que venga a solas para hablar conmigo como si nada.

—¿No puedo tener una conversación contigo?

—Mira, puedes no creerlo, pero nunca he querido causarle problemas a Lena.

—Lo sé, no hace que digas nada. Soy uno de tus principales defensores —me corta de inmediato—. Veo cómo la miras y sé lo que sientes ella. Además, has conseguido algo que no creía que ocurriría.

—¿Y eso es…?

—Lena siempre ha tenido mucho carácter, de ideas muy claras y una personalidad fuerte. —No está diciendo nada que no sepa—. Pero cuando mi padre estaba implicado de algún modo o hablaba con ella, se callaba muchas veces lo que pensaba para contentarlo.

—Siempre ha querido que esté orgulloso de ella —musito.

—Exacto. —Asiente y vuelve a sonreír, como si estuviera contento de mi respuesta—. Ha basado gran parte de su vida en hacer lo que él quería, lo que el rey decía que era correcto. Nunca había antepuesto lo que sentía y eso hace que esté aún más orgulloso de ella.

—Entonces, ¿qué sugieres? —intento saber, más perdido que antes—. ¿Que nos dejemos ver?

—Si a mi hermana no le importa, ¿por qué no? Lleváis juntos meses, sois personas públicas... —Se encoge de hombros—. Tarde o temprano, va a saberse.

—Lo sé. —Suspiro, es todo lo contrario a lo que me ha sugerido James—. No quiero perjudicarla y hay un tema que…

—Qué bien me caes —sentencia—. En fin, ya que he venido, voy a pasear a Snö.

Y se marcha, dejándome sin entender nada de lo que acaba de pasar.

Me cuesta mucho no ser cariñoso con Lena cuando salimos, sobre todo después de las palabras

de Kristoff. No puedo evitar tener gestos de complicidad con ella, miradas, sonrisas, bromas…

Y como es de esperar, la prensa empieza a publicar noticias especulando sobre nuestra relación.

A Lena parece que no le importa, y tampoco cambia su actitud conmigo, aunque la escucho hablar con su madre un poco alterada. No entiendo nada, porque sigo sin saber sueco, pero el tono es demasiado revelador.

—¿Va todo bien? —pregunto, acercándome a ella.

—Sí y no —murmura y me siento a su lado, pasándole el brazo por la espalda y acercándola a mí—. Estoy enfadada.

—¿Por qué?

Si no quiere compartirlo conmigo, lo entenderé, pero quiero que sepa que aquí estoy.

—Creía que mi madre acabaría por ponerse de mi parte —espeta con cierta rabia—. Sabe que soy feliz contigo, porque se lo he dicho, y tanto Kristoff como Freya han intentado convencerla.

—No pasa nada, Lena. No te preocupes.

—Estoy harta —gruñe—. Me ha soltado que mi padre quiere enseñarme el informe que hizo el servicio secreto sobre ti —farfulla y se acurruca mejor a mi lado—. No quiero verlo, pero los Nobel son mañana y aprovechará la situación.

—Sabrás sobreponerte a todo ello. —Le acaricio la mejilla—. Has cumplido con todos los actos que has tenido hasta ahora a la perfección. Eres una profesional, una gran princesa.

—Siento tener que dejarte solo tantas veces. —Para que se calle, le beso el cuello. No me importa, sé que tiene obligaciones—. Sebastian.

—¿Qué?

—¿Estás intentando distraerme?

—Si sabes la respuesta, ¿para qué preguntas, princesa?

Se ríe y de nuevo me guardo para mí mismo las palabras que aún no le he dicho y quiero soltar. Aunque sé que no podré guardarme mucho más tiempo que la quiero.

—Qué tonto eres. —Ahora es ella quien me besa—. Tengo que repasar unas cosas para el acto de mañana, ¿me dejas una hora?

Asiento, le beso la frente y busco a James para no aburrirme.

Quiero preguntarle qué le parece una idea que he tenido y que llevo días pensando.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza?

James lo pregunta tan serio que no puedo evitar reírme a carcajada limpia. Tampoco he dicho nada para que crea eso, solo le he pedido la opinión.

—Vamos, James, no es para tanto, ¿no?

—¿No? —rebate alzando una ceja mientras niega con la cabeza de forma sutil. Está acostumbrado a mis locuras, pero supongo que todo lo que tiene relación con Lena es nuevo para él, ya que nunca antes me he implicado tanto con una mujer que no fuese de la familia—. ¿Cuántas veces te he dicho que no te precipites?

—¿Muchas? —contesto con una media sonrisa y lo miro, esperando que deje su seriedad a un lado—. Antes necesito tu opinión, lo sabes. No es solo cosa mía, nos incluye a ambos.

Suspira, se saca las gafas con la mano izquierda y con la derecha se frota los ojos. Sabe tan bien como yo que no conseguirá hacerme cambiar de opinión diciendo que es demasiado pronto, por mucho que no deje de ser mi voz de la conciencia y conocer su opinión es importante para mí, lo tengo bastante claro.

Con Lena soy más impulsivo de lo que suelo ser, simplemente porque si fuera por mí... Eso

no quita que intente ir con pies de plomo y le pregunte a James más de una vez por las cosas, para asegurarme de no cagarla. Lo último que quiero es hacerle daño por mis acciones.

—A mí no me importa —afirma y sus ojos azules confirman lo que ha dicho—. ¿Has hablado con mi madre y con el resto de la familia? También es cosa suya.

—Aún no, primero tenía que saber qué opinabas tú. Eres el primer corte.

—Por mí está bien, supongo que a mamá tampoco le molestará. La cuestión es, Sebastian, ¿Lena querrá pasar las navidades contigo?

—No lo sé, espero que sí —comento con cierto nerviosismo—. Creo que es buena hora para una videollamada, ¿hablamos con tus padres?

A Ava le entusiasma la idea, aunque creo que le gusta más el hecho de que yo sea feliz. Ahora solo falta saber si Lena aceptará. Quiero que lo haga, quiero que esté con mi familia, dar un paso más en nuestra relación.

Porque mi mundo está empezando a convertirse en ella.

TREINTA Y DOS
Lena

—Toma, cariño. —Veo por el reflejo del espejo como mi madre entra en la habitación con una gran caja entre las manos. Es la tiara que he elegido para llevar—. ¿Estás bien?

Aprieto los labios para no soltar ningún improperio. Por comodidad y seguridad, estoy en palacio arreglándome para la ceremonia de los Nobel. No me apetece en absoluto. Mi intención era hacerlo en la que ya casi considero mi casa, junto a Sebastian, pero habría sido complicarlo todo.

—Gracias —murmuro sin mirarla, dejando que el equipo que me está preparando siga su trabajo.

—Sabía que elegirías esa. Es de las más bonitas y te favorece mucho.

Por tradición y protocolo, mi madre al ser la reina, es quien tiene preferencia para escoger las joyas y lucir las más ornamentadas. En mi caso, al ser la heredera, puedo escoger cualquiera de la gran colección; no obstante, por muy importante que sea el evento, hay una que no usaré hasta el día de mi boda. La misma que usó ella cuando se casó.

Con un gesto, le pido al chico que está arreglándome el pelo que se aparte un momento para prestar atención a mi madre.

—¿Qué es lo que quieres, mamá?

Al llegar, había ido directamente a prepararme, sin pararme para hablar con nadie.

Si Freya estuviera aquí —ha vuelto al internado en el que estudia y al ser menor no tiene la obligación de asistir—, estaría hablando conmigo de algo relacionado con Sebastian y de que le gustaría venir a pasar la tarde con nosotros.

Mi madre podría haber venido cuando quisiera, pero no lo ha hecho y, ahora, no sé qué pretende.

—Quiero saber cómo estás.

Hace unos días, Nathaniel me llamó junto a Charlotte para decirme que se van a casar y que estaré invitada. Estoy muy contenta por ellos y sé que Sebastian también, son de las pocas personas que entienden cómo nos sentimos al vivir una situación parecida. Pero esa noticia ha hecho que no pueda dejar de pensar en el futuro.

¿Sebastian y yo iremos juntos a la boda? ¿Deberíamos hacerlo? No hemos hecho pública nuestra relación. ¿Es una buena forma de oficializarla?

—Ya lo sabes, hablamos bastante. —Sonrío al darme cuenta de sus motivos—. Puedes decirle a papá que esté tranquilo, voy a comportarme igual de bien que siempre. La prensa no notará nada.

—Lo sé, has sido muy profesional en todos los actos que has tenido.

—Siempre lo soy —la corto.

Frunce el ceño, igual de incómoda que yo. No puedo ocultarlo, no cuando no ha mostrado ningún interés en conocer a mi pareja.

—Tu padre quiere hablar contigo. ¿Y si vas antes de que…

—No —vuelvo a interrumpirla—. No voy a ceder, mamá, dirá lo mismo que hace semanas. Y no pienso dejar a Sebastian.

Sonríe, como si esperase esa respuesta.

—Quiero conocerlo. —Se acerca a mí y me coloca bien un mechón—. Después de las fiestas, y cuando os venga bien, quiero ver lo que has dicho de él con mis propios ojos. —No se lo agradezco, esperaba esto mucho antes—. Por cierto, tendríamos que hablar de cómo será la postal navideña de este año.

—No quiero hacerme una foto con padre —respondo a la pregunta que no ha hecho—. Pensad en otra cosa, no podría disimular lo enfadada que estoy aunque lo intente.

—Lena.

—Se nos hará tarde.

No hablo con mi padre antes de irnos, tampoco cuando llegamos al recinto en el que se celebra. Este año mi papel es el habitual, mucho más relegado en comparación con el rey, sentada detrás de él y la más adelantada de los hijos. Uno a uno, los galardonados, que de nuevo son todos hombres —algo que me molesta, ya que dudo que no haya ninguna mujer que merezca un reconocimiento así—, le hacen una reverencia al rey, a los otros premiados y al público antes de recibir la medalla por parte de mi padre.

Después de eso, nos trasladamos al salón Azul del ayuntamiento para el banquete posterior.

Este año, las decoraciones florales llegadas desde San Remo son preciosas.

—¿Cómo lo estás llevando? — me susurra Kristoff.

—Bien. De momento no he tenido que lidiar con él de forma directa.

Aunque no sé cuánto tiempo voy a poder seguir así.

—No sé cómo puedes estar tranquila. Es una de las cosas que más envidio de ti, Lena, tu saber estar.

—Nos han educado para esto —murmuro y saludo con educación a una persona que nos hace una reverencia—. Estoy deseando que acabe esto para poder irme a casa.

Durante el transcurso de la cena, hablo con todo aquel que me dirige la palabra y felicito a los galardonados que tengo más cerca, hablando un poco de su trabajo o de asuntos triviales de su vida que he estudiado al estar fuera de palacio.

—¿Bailamos, Lena?

Trago saliva y asiento de forma ligera, cogiendo la mano que me ofrece mi padre. No puedo negarme delante de tanta gente y él lo sabe. Hay algunos aplausos al ver al rey y a la heredera dirigirse a la pista de baile, a lo que sonrío con cortesía, haciendo pequeñas reverencias con la cabeza a modo de agradecimiento. Que quiera bailar conmigo no es nada bueno, y el silencio me lo demuestra. Si él no habla, yo tampoco lo haré. Solo será un baile, como mucho dos.

—Supongo que sabrás que el príncipe Nathaniel se casa.

Veo la doble intención de sus palabras.

—Me informaron de ello antes de que se hiciera público. Estoy muy contenta.

—No puedes ir a su boda.

Lo que me suponía, es tan previsible.

—Lo haré, padre —rebato sin alzar la voz y, al notar que nos están haciendo una fotografía, sonrío como si estuviéramos hablando llenos de complicidad.

Qué bien se nos da aparentar que todo va bien cuando no es así.

—Seguramente, ningún miembro de las casas reales de Europa asistirá a esa boda. No es el heredero y se casa con una americana.

—Son mis amigos —remarco, retándolo con la mirada—. Asistiré en calidad de eso, no como una representación de la institución. ¿Algo más, padre?

—Sabes a la perfección de lo que deberíamos hablar. —No le hace falta elevar el tono para demostrarme que es una orden. Vuelvo a sonreír, esta vez porque me apetece y no por fingir delante del mundo que tenemos buena relación—. ¿No crees que deberías pedirme…

—Padre —lo corto—, haré un comunicado anunciando mi relación con Sebastian y no podrás impedirlo. Te he dado semanas para cambiar de opinión.

Aprovecho que la canción acaba para ir junto a Kristoff y pedirle con la mirada que no me deje sola. No lo hace, me salva de la situación y evita que nuestro padre vuelva a intentar hablar conmigo. Cuando estoy a punto de marcharme a casa, miro el móvil y los mensajes de Sebastian. Tiene una ligera obsesión con la corona, así que decido hacerlo feliz; tampoco me cuesta mucho.

—Llevas la corona. —Sebastian parpadea sorprendido y una sonrisa traviesa se le forma en la cara cuando llego a casa—. He soñado con esto. Te juro que lo he hecho.

—No seas bobo, es una tiara. —Reprimo una carcajada—. Mañana vendrán a buscarla.

—No te la quites —pide y su lengua recorre su labio inferior, un gesto que no se me pasa desapercibido—. Por favor.

—¡Sebastian! —protesto y no puedo no reír. Él niega con la cabeza y se acerca para besarme con ansia. Me cuesta mucho apartarme, pero quiero hablar antes de un tema importante—. Quiero que leas esto.

Frunce el ceño y coge mi teléfono. Tarda unos segundos en comprender lo que hay escrito.

—Lena, ¿estás segura?

—Segurísima —confirmo y dejo que me acaricie la mejilla—. Este comunicado no se mandará si tú no lo quieres, Sebastian. Yo... —Suspiro—. Yo me he cansado de ocultarnos.

Su respuesta es volver a besarme y, antes de que pueda darme cuenta, me coge en brazos y me lleva a nuestra habitación para seguir con lo que hemos empezado.

Y tal y como él pide, no me saco la tiara.

A la mañana siguiente, todo es un caos.

Sebastian también ha mandado un comunicado, escrito por James, en el que dicen prácticamente lo mismo que el mío, a la misma hora. La reacción de la opinión pública es mucho mayor de lo que esperaba. Hay muchísimos artículos, salimos en medios nacionales e internacionales, en prensa digital, escrita y televisada… Es extraño, pero no me arrepiento.

A eso se le suma que la Casa Real manda las postales institucionales y en una de ellas aparecemos mis hermanos y yo, en una fotografía antigua inédita. Eso genera más rumores, unos que no van del todo desencaminados.

No sé cómo se han enterado de que me he ido de palacio por todas las discusiones que he tenido con mi padre, que no está nada de acuerdo con mi relación con Sebastian y le ha prohibido la entrada. Están demasiado bien informados, ¿algún trabajador nos ha traicionado? Es la única posibilidad, dudo mucho que alguien de nuestro entorno sea el culpable.

Es esta última noticia la que genera una reacción en mis padres. Por lo que me cuenta mi madre, el rey está muy molesto y va a pedir que la retiren antes de tomar medidas legales. No me

extraña, desmonta la imagen de perfección que quiere mostrar al mundo. Todo hace que el ambiente entre nosotros sea casi insostenible. Y la Navidad cada vez está más cerca.

—Llevo tiempo pensando en algo. —Sebastian deja la guitarra con cuidado y me mira.

Estamos en la sala de estar, delante de la chimenea, esperando que mi hermano venga junto a otros amigos para pasar la tarde.

—¿Debo tener miedo?

—No quiero separarme de ti, pero se acerca la Navidad y no hay año que lo haya pasado lejos de la familia Watson. De mi familia, vamos.

—Lo entiendo. No te preocupes, Sebastian.

—No puedo no hacerlo si tú estás involucrada. —Traga saliva—. Sé que por mi culpa…

—Deja de decir eso —gruño, molesta. No sé cuántas veces tengo que repetirle que no es el culpable de nada—. Era algo que tenía que pasar tarde o temprano.

—Bueno. —Se rasca la cabeza, incómodo—. Sé que por eso no tienes la mejor relación con tu familia, todo por defenderme y...

—No es tu culpa —repito.

—Mira, iré directo al grano, porque me estás interrumpiendo —se ríe y noto que está nervioso—. Lena, ¿quieres pasar la Navidad conmigo y mi familia?

No sé qué responder, me ha tomado por sorpresa. La idea me gusta, no voy a negarlo; adoro pasar tiempo con él y soy muy feliz a su lado. Si cada día es así, en unas fechas tan señaladas será aún más especial.

El problema es que nunca he pasado estas fiestas sin mi familia, nadie lo había hecho antes. Podíamos estar llenos de actos oficiales, muy lejos de Estocolmo, pero siempre volvíamos por Navidad. Por mucho que ahora no estemos pasando por el mejor momento de nuestra relación, sobre todo con mi padre, no me imagino marchándome a otro continente.

—Me he precipitado, lo siento —habla Sebastian al ver que no respondo. Sus ojos zafiro muestran más de lo que quiere decir, sus dudas—. James siempre dice que me dejo llevar y no debería.

—No te has precipitado. De hecho, agradezco que quieras pasar las navidades conmigo.

—¿Pero...?

—¿Qué? —pregunto porque no lo entiendo.

—Que ahora vendrá la pega. Te conozco, te lo estás pensando mucho para suavizar el golpe.

—No he dicho que no, solo que tengo que pensármelo. —Le acaricio la mejilla y lo beso—. No porque no quiera, sino porque no es tan fácil como lo has planteado.

—Me lo supongo.

Sigue muy nervioso, así que le obligo a que me mire y sonrío para transmitirle tranquilidad. Hemos llegado a un punto en el que con solo una mirada puedo sobrentender qué se le pasa por la cabeza y sobre qué son sus dudas. Sus palabras demuestran mucho, nuestra relación avanza y estamos en el mismo punto, decididos a seguir por el mismo camino. Ahora que es público, todo lo que hagamos va a tener repercusión de algún modo. Y esto puede acabar muy bien o fatal.

—Hablaré con Kristoff cuando venga, quiero saber qué opina —admito—. Me es igual lo que piensen mis padres, pero sabes que mis hermanos son muy importantes.

—Te apoyará —habla muy convencido—. Siempre lo hace, es una de las cualidades que más me gustan de él. También que no me esté juzgando todo el tiempo —bromea—. Es un alivio no tener que aparentar delante de él.

—La que me preocupa es Freya —reconozco—. Desde que está estudiando fuera, pasamos

muy poco tiempo juntas.

—¿Le ha pasado algo?

—Sí. No. No lo sé. —Este tema siempre me genera ansiedad—. Yo creo que sí, que hay algo que no cuenta.

—¿Pero?

—Es que no sé si son imaginaciones mías o no. —Me agarra una mano para darme apoyo—. No quiero decírselo por si le afecta de forma negativa, pero está fluctuando mucho de peso. Cada vez la veo más delgada, demasiado preocupada por lo que la gente piensa de ella, odiándose a sí misma sin causa…

—Entonces entenderé que quieras quedarte con ella, Lena.

—Ya…

—A mí me haría muchísima ilusión que estés conmigo para Navidad, compartir esos momentos contigo. —Me abraza y acabo por acurrucarme entre sus brazos—. Pero no tengo dudas de que tendremos muchos más así.

Como me esperaba, Kristoff me apoya cuando le cuento la propuesta de Sebastian. No entiende que me lo esté pensando tanto y me anima a que me vaya, que aproveche para desconectar y tomar distancia de nuestros padres. Cuando lo tengo decidido, después de mi último acto oficial del año y de preguntarle a mi hermana si está molesta porque me vaya, comunico a la Casa Real que me iré por las fiestas.

—Mi madre va a volverse loca —comenta James, reprimiendo una carcajada cuando se lo comento a él y a Sebastian—. La idea de que pudieras ir la tenía muy nerviosa.

—Tampoco quiero molestar —me apresuro a decir.

—¡No lo harás! —niega Sebastian y deja un sonoro beso en mi frente—. Ava está más que encantada de conocerte. No es que le haya hablado mucho de ti, pero...

—Yo sí lo he hecho —admite James—. Mamá es muy curiosa con todo lo que ocurre en la vida de Sebastian y tú formas parte de ella.

—Espero que le hayas contado cosas buenas —gruñe Sebastian.

—¿Lo dudas? —James enarca una ceja—. Tengo ojos en la cara, veo la realidad. —Después de decir eso, me mira—. Supongo que no podrás ir sola, que tienes que llevar equipo de seguridad. —Asiento de forma sutil—. Perfecto, voy a ponerme a organizarlo, así podremos irnos lo más pronto posible.

Espero un mensaje por parte de mis padres en los días posteriores, que me reprochen mi decisión de pasar las fiestas lejos, pero no llega. Saben que me iré, es indudable si han aprobado que un equipo de seguridad venga conmigo. ¿Por qué no me dicen nada? Aunque supongo que me quedaré con la duda, porque no voy a preguntárselo.

—Por fin vamos a dejar ese frío horrible atrás —dice Sebastian y suspira—. Es de las cosas que menos me gustan, en serio.

Hace un par de horas que estamos en su avión privado, y para matar el tiempo estamos jugando a juegos de mesa y hablando de cosas triviales. Snö está dormido —porque obviamente ha venido conmigo— en su transportín.

—Como siempre te digo, exageras. ¿O no, Lena?

—Se me hará muy extraño pasar unas navidades sin frío ni nieve. No parecerá Navidad.

—Te acostumbras, yo lo hice —admite Sebastian y me guiña un ojo—. La temperatura de

Los Ángeles es buenísima.

—Seguiré prefiriendo el invierno en Estocolmo —aseguro, y al ver que no reacciono a su guiño, me lanza un beso—. ¡No me distraigas!

Por lo que sabía, su familia llegaría al día siguiente, por lo que podíamos usar ese tiempo de más que para mostrarme un poco la ciudad y lo que él denominaba sus sitios preferidos. Aprovecharemos el tiempo al máximo, ya que debo volver lo más pronto posible tras las fiestas por un acto institucional.

El vuelo se me hace corto y, nada más bajar, noto la diferencia de temperatura. Nunca podría acostumbrarme a un clima así en estas fechas. Al llegar a la mansión que tienen, estoy cansada por el *jet lag*. Aquí son las cuatro de la tarde, pero para mi cuerpo son nueve horas más. No me apetece hacer nada y parece que no soy la única.

—Irá bien. —Escucho a James hablar. Me he quedado dormida, apoyada en las piernas de Sebastian, que me sigue acariciando con suavidad el pelo—. ¿Estás nervioso?

—Muchísimo —admite—. Sé que será peor cuando conozca a uno de los reyes, pero quiero que salga bien, ¿sabes?

—Sebastian, estoy convencido de que les encantará Lena. Para ellos lo único que les interesa es que seas feliz, y lo eres.

—Maldición, sí, soy muy feliz. Ella me hace feliz. —Y me acaricia la mejilla con sumo cuidado de no despertarme—. Mírala, es tan perfecta. No sé qué hace conmigo.

—No seas idiota. Sois perfectos el uno para el otro, os complementáis. Sin embargo...

—No, no vayas por ahí —pide Sebastian—. No es el momento.

—Ya sabes que...

—No —insiste. En lugar de seguir hablando, empieza a darme besos por la cara para acabar en los labios—. Princesa, despierta.

—¿Eh? —Me hago la dormida.

No sé de qué iban a hablar, pero tengo mucha curiosidad.

—Es hora de ir a la cama. Te has perdido el final de la película.

—¿Dónde está Snö?

—También en el quinto sueño, parece que os copiéis —se ríe y vuelve a besarme—. Vamos a dormir. —Niego y hago un pequeño puchero, por lo que él aprovecha para cogerme en brazos y llevarme a su habitación, donde me tumba con cuidado—. Creía que nunca te vería en mi cama. Se va a la lista de mis momentos preferidos, junto a ti con la corona y nada más.

—Idiota —hablo y bostezo sin quererlo. Como puedo, me levanto y busco la maleta para ponerme el pijama—. Gracias por traerme.

—Todo sea por mi princesa. —Al no haberme maquillado para el viaje, no tengo que quitármelo, así que me cambio lo más rápido que puedo y entro en la cama—. Parece que alguien tiene sueño.

—Puede... —murmuro y vuelvo a bostezar.

—Voy a darme una ducha. No tienes que esperarme, veo que estás agotada. —Asiento y cierro los ojos, aunque mi intención es esperarlo para poder abrazarme a él y dormir mucho más cómoda. Unos minutos después, noto cómo el colchón se hunde y Sebastian me pega a su cuerpo para darme un beso en la frente—. Buenas noches, princesa. Te quiero.

Abro los ojos de repente. ¿Acaba de decir lo que creo que ha hecho?

—¿Qué? —pregunto parpadeando de forma repetida. Me cuesta acostumbrarme a la luz.

—¿A qué te refieres? —intenta desviar la atención, pasando a otro tema.

—Sebastian.

—Te quiero, Lena —afirma y sonríe sin poder evitarlo—. Creo que es bastante obvio, solo que me ha salido de forma natural. Estoy profundamente enamorado de ti.

No soy capaz de describir lo feliz que me siento al escucharlo. ¿Cómo unas simples palabras tienen ese efecto? Mis sentimientos están muy claros cuando se trata de él.

—Yo también te quiero, Sebastian —admito y me coloco encima de él a horcajadas—. Y también estoy enamorada de ti.

No dejo que conteste, lo callo con un beso apasionado.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, Sebastian me está mirando con una sonrisa boba. Cuando le escuché decir que me quería, el sueño se me pasó y no me importó nada que no fuera besarlo.

La familia Watson llega a media tarde y tengo que repetir, en varias ocasiones, que no tienen que tratarme de forma distinta o tratarme de usted, algo que hacen mucho sus abuelos. Ava y James padre me resultan encantadores y veo el parecido entre ellos y su hijo. La más efusiva y abierta es Lexie, que me abraza sin ningún tipo de reparo.

—Por fin conozco a alguien importante gracias a Sebastian. Nunca me presenta a los cantantes famosos que quiero, no más allá de unas fotos, ¿sabes? —comenta como si nada—. Dice que nunca va a hacerlo.

Ella y Freya se llevarían muy bien. No tengo dudas.

—Y no, no lo haré. No quiero que te involucres en ese mundo.

—Pero bien que tú empiezas una relación con una futura reina —rebate—. ¡Esto es injusto!

—Lexie.

—James también es así de sobreprotector, lo odio —explica, resoplando con dramatismo—. Por cierto, el discurso del año pasado fue genial.

Los días previos a Navidad, Sebastian me lleva, tal y como había prometido, a sus sitios preferidos. Por mucho que lo intentamos, más de una fan lo reconoce, por lo que hay fotografías en las redes sociales y artículos de prensa que hablan de nuestra presencia aquí. Lo que para nosotros no es nada fuera de lo normal, solo pasar las fiestas juntos, para los periodistas es una casi preconfirmación de que vamos a comprometernos.

—He intentado hacer alguna receta sueca. —Ava me enseña un plato y me sonríe—. No sé si habrá salido bien, pero espero que te sientas cómoda con nosotros, como si estuvieras en tu país con tu familia.

Esa es una de las cosas que más repiten. Quieren que me sienta a gusto. Echo de menos a mi familia, no voy a negar lo evidente, pero estoy bien con los Watson.

—Espero que hayas cocinado también los platos de siempre. —Sebastian se coloca detrás de mí y me abraza por la cintura, apoyando la cabeza en mi hombro—. No es que me apasione mucho la comida sueca.

—Tampoco es que hayas probado mucha —recalco—. Casi nunca has querido ir más allá de lo típico.

—Como su comida o la de la abuela no hay nada. Te encantará, Lena, hazme caso.

Me lo paso bien durante la cena. Son una familia encantadora y Sebastian está pendiente de mí en todo momento, para que no me sienta fuera de lugar. Quien mejor se lo pasa es Snö, que recibe mimos y atenciones de forma constante.

Así van transcurriendo las vacaciones, conociendo mejor a la familia de mi novio y entendiendo más su forma de ser. No nos ocultamos, seguimos saliendo como cualquier pareja y eso parece encantarle a la prensa. Aunque no siempre estamos fuera, también pasamos tiempo en la mansión que tienen él y James, una que me enseña poco a poco. La habitación que más me gusta es, sin duda, la que tiene la pared decorada de fotografías que Sebastian considera buenos momentos de su vida. Sonrío al ver que ha puesto más imágenes nuestras.

Estoy viendo una faceta suya que no conocía, la forma en la que se relaciona con su familia, lo cariñoso que es, lo mucho que los quiere por cómo los mira... Y me encanta, no deja de sorprenderme.

—Lena, cierra los ojos —pide Sebastian—. No tienes que tener miedo y déjate llevar.

—¿A dónde?

—¿Confías en mí?

—Como nunca lo he hecho con nadie.

Y me tapa los ojos con una mano, guiándome a saber dónde.

TREINTA Y TRES
Sebastian

Sé que Lena está nerviosa. Su cuerpo está un poco tenso y duda mucho antes de avanzar —como si fuese a dejar que se cayera—, lo que me resulta entre adorable y curioso.

—Princesa, relájate. No vamos a salir de casa, no te preocupes.

—Eso no es lo que me preocupa.

—Princesa, no voy a raptarte —bromeo y empiezo a reírme—. Técnicamente ya lo he hecho, ¿no?

—No hace gracia.

—A mí mucha —reconozco—. A tu padre no le caigo bien de por sí, ¿y si me encierra en una mazmorra? Soy demasiado guapo para eso.

Sé que este comentario jocoso no le ha gustado en absoluto, pero no puede culparme, no cuando el humor es mi mecanismo de defensa. Sigo pensando que no me merezco que haya roto la relación con su familia —o su padre, al menos— por mí.

—Sebastian…

—Vale, abre los ojos. —Le quito la mano y espero a que lo haga—. ¿Qué opinas?

Tampoco he hecho nada del otro mundo, pero me gusta sorprenderla con estos pequeños detalles.

—¿Cuándo? —pregunta, escudriñando cada rincón de la habitación.

—No te entiendo.

—Te han ayudado, ¿no?

—Ni que fuera tanto.

La he llevado al estudio que hay en la mansión y, encima del piano, hay dos ramos de flores porque quiero tener este gesto con ella.

No sé cuándo volveremos a vernos después de que se vaya. Quiero que sea pronto, pero hay ciertos temas con mi progenitora que no le he contado para que no se preocupe. Ya tiene suficiente.

—Para mí lo es. —Sonríe y se gira para besarme. No es habitual que sea Lena quien tenga gestos cariñosos primero, pero cuando ocurre, lo disfruto—. Gracias por hacer estos días tan fáciles.

—Gracias a ti por hacer que estas Navidades sean más especiales.

—¿Me tocas algo?

Empiezo a reírme a carcajada limpia. ¿Es consciente de lo que acaba de decir?

—Yo te toco todo lo que quieras, Lena —murmuro con una sonrisa sibilina—. Si te dejas, claro.

—¡Sebastian!

Aún riéndome, voy hacia el piano y le hago un gesto para que se siente a mi lado en la banqueta. No sé me da igual de bien como la guitarra, pero me defiendo.

—¿Qué quieres escuchar?

—¿Puedo? —Asiento y dejo que acaricie las teclas con cuidado. No sabía que lo tocaba hasta que reconozco el tema—. Mis padres nos apuntaron de pequeños a clases de música y aún me acuerdo de algunas cosas.

—Eres toda una caja de sorpresas, princesa.

—Tampoco te creas. —Niega con la cabeza—. ¿Tienes alguna canción inédita?

—Más o menos, están inacabadas.

—Enséñamelas.

Compartir estos momentos con Lena, mostrarle mi música, hace que sea aún más feliz. Son dos de las cosas más importantes para mí. Es una experiencia totalmente nueva; acepto sus consejos, le muestro los acordes de esas melodías que aún no han salido a la luz y disfruto.

—¿Cuál es tu canción favorita?

En lugar de responder, la toca y, con cierta duda, empieza a cantarla. No puedo dejar de mirarla, totalmente embobado. Sin que se dé cuenta, saco el móvil del bolsillo, hago un par de fotografías —que acabarán colgadas en la pared—, y la grabo. Quiero tener este momento para siempre.

—Sé que no…

—Ha sido perfecto —hablo antes de que acabe la frase—. ¿Me la cantas otra vez?

—¿Y si lo haces tú? —rebate con una sonrisa—. Eres el cantante.

—¿Por favor? —Hago un pequeño puchero para intentar convencerla, pero se niega—. Bueno, ¿los dos?

—Sebastian, por favor, qué vergüenza.

Sin que pueda quejarse más, toco las notas de la canción y empiezo a cantar, mirándola e invitándola a que se una. Con cierta duda, lo hace, acompañándome con el piano y sonrío al escucharla. Ojalá pudiera detener el tiempo justo en este instante en el que solo somos nosotros dos, el piano y la música. Cuando acabamos de tocar, junto nuestras frentes y cierro los ojos durante unos segundos. No sé cómo expresar lo que estoy sintiendo.

—Te quiero —susurro y la miro. Ella también está emocionada, se nota por la forma en la que sus ojos brillan más de lo normal—. Te quiero muchísimo.

—Y yo también a ti, Sebastian.

Despedir a Lena en el aeropuerto es muy difícil. Sé que por mucho que haya intentado disimularlo, ha notado que me ocurre algo. Los Watson aún se quedarán unos días más, pero James y yo aprovecharemos para volver a nuestra ciudad natal e intentar arreglar el asunto.

—Hay algo más de lo que me gustaría hablar contigo —murmura James en el coche, antes de volver a casa—. Llevo días dándole vueltas y no sé cómo empezar.

—Por el principio —bromeo, intentando quitarle hierro a la situación.

Cuando me dice cosas así, siempre espero lo peor.

—Bueno, desde hace semanas —matiza, frunciendo el ceño—. Desde que sois pareja. —Le doy pie para que siga hablando—. ¿Eres consciente de lo que va a implicar para ti seguir adelante con la relación? —verbaliza una de las inseguridades que llevo teniendo tiempo—. Y lo más importante, ¿estarás dispuesto a renunciar a ello?

No. Sí. No lo sé. ¿Quizá?

—James, así no ayudas. —Bufo porque me he agobiado. Me he agobiado mucho. No quiero planteármelo aún—. No necesito pensar ahora en eso.

—Pero es lo que hay y tienes que tenerlo en mente.

—No es el momento.

Si lo mío con Lena sigue igual de bien, algo que espero, habrá un momento en el que tendremos que hablar de temas importantes. Por mucho que cuando estemos juntos, ella actúe como una persona más, como alguien normal, no lo es. Tiene unas obligaciones y cargos, va a ser reina. Y yo, si sigo a su lado... Si sigo a su lado, no podré seguir teniendo una carrera pública. ¿Estoy preparado para ello?

O mejor dicho, ¿estaría dispuesto a hacerlo? Porque por mucho que la fama y la atención pública haya sido un derivado de lo que verdaderamente amo, la música, también me ha dado algo muy importante: mis fans. No quiero pensar en eso, no quiero comerme la cabeza por algo para lo que queda mucho tiempo. Es un futuro lejano. Lo importante ahora es el presente.

—¿Y cuándo lo será?

No respondo, me quedo en silencio lo que queda de camino. ¿Qué puedo decirle? No sé ni lo que pienso, solo me agobia más.

—¿Crees que se lo ha pasado bien? —me pregunta Ava—. Es una chica encantadora.

Lena ha sido una más estos días, como si fuese una Watson. No sé si se debe a la facilidad que tiene para adaptarse a situaciones complicadas, o la forma en la que ha sido educada para aparentar y saber cómo comportarse en cualquier momento.

—Tiene las cosas muy claras. —James padre me da una palmada en la espalda—. Nos gusta para ti, te hace muy feliz.

—Es una de las cosas que me gustan de ella, lo que me atrajo en un primer momento. Estoy loco por ella —reconozco.

—Y se nota —confirma Ava—. Nos alegramos mucho por ti, cariño. Mereces ser feliz, aunque siempre hayas pensado que no.

Esta vez, el viaje a Baltimore no lo hago nervioso, sino con rabia. Estoy tan cabreado que sé que no podré ser racional. Como siempre, James está a mi lado, preparado con documentos legales para asegurarse de que no incumplirá nada.

—Siempre vienes a visitarme cuando estoy a punto de hablar, hijo —saluda con una sonrisa, usando esa palabra solo para molestarme. Tiene mejor aspecto que la última vez que la vi. Supongo que el reportaje le ha dado ciertos ingresos para arreglarse un poco—. ¿Así vas a recibirme?

—No harás la entrevista —ordeno y entro con paso firme a su nueva casa. No sé cómo la paga, porque no es la que le compré. De esa la había echado cuando había hablado por primera vez—. Estoy dispuesto a negociar.

—No tienes nada que me interese.

—Puedo ofrecerte el doble de lo que te van a pagar.

—¿El doble? —Asiento para que vea que voy en serio—. Si estás aquí, es que no quieres que diga nada. Quiero más.

—Bien, ¿cuánto más? —Sonrío y me siento en el sitio que me ofrece—. Y cuando aceptes, firmarás un contrato de confidencialidad.

—Eso ya lo veremos —se mofa, sabiendo que estoy dispuesto a hacer lo que sea—. Si quieres creer que tienes el control, hijo, te equivocas.

—No me llames así —gruño, molesto. Odio esa palabra de su boca—. No estoy aquí por mí.

—Lo sé —admite y enciende un cigarrillo—. Mi abogado me ha recomendado que no haga más entrevistas, no hasta que la demanda que has interpuesto se arregle —comenta como si no le importase—. Pero parece que esta es la única forma en la que te puedo ver.

—¿Qué más quieres?

—Felicitarte, hijo mío. Con una heredera al trono, has picado bien alto. —Me guiña un ojo y me molesta que me mire de forma tan directa. Estoy asqueado—. Espero que me invites a la boda real.

James me sujeta el brazo. Sabe que voy a actuar de forma impulsiva, que no tendré control, pero consigo pensar de forma fría.

—Toma. —Le tiendo un cheque en blanco—. Rellena la cantidad tú misma. Me es igual lo que pidas, te lo daré. Eso sí, a cambio de no hacer la entrevista.

—Empezamos a entendernos.

—Con el dinero siempre.

La cantidad que pide es desorbitada, pero no me importa. No lo pienso, firmo y accedo. Aunque antes de marcharnos, James saca el contrato de confidencialidad y se lo entrega.

—No te fías de mí.

—No —confirmo—. Tendrás dinero para vivir como te dé la gana, sin preocuparte nunca más por ello. ¿Por qué no cubrirse las espaldas?

—Mi pequeño se ha enamorado… —Firma el contrato sin leerlo, lo que a James y a mí nos deja perplejos. Creíamos que lucharía más, que pediría más dinero o todo tipo de cosas—. Ahora el cheque.

Ni siquiera me despido, me voy lo más rápido que puedo. Necesito aire fresco. Ha firmado el contrato, no puede hablar, tiene todo el dinero que ha querido, nadie en su sano juicio podrá igualarlo. Todo irá bien. Pero no estoy convencido.

Cuando está todo arreglado, James y yo volamos de nuevo a Estocolmo.

—¿Cómo está lo más bonito que tengo? —saludo a Lena al llegar a la que ya es nuestra casa. Ella señala a nuestra mascota, que está dormido a su lado y sonrío. Me conoce lo suficiente como para saber que, depende de lo que hubiese contestado mi respuesta sería diferente—. ¿Y si no hablaba de Snö? —rebato con una ceja alzada.

—Estaría sorprendida. No hay nada más bonito que él. —También abraza a James para saludarlo. Ver que se llevan tan bien me encanta—. ¿Ha ido bien el vuelo?

—A la perfección. —Miro a mi mejor amigo, por si añade algún comentario de los suyos, pero está demasiado callado. Tiene el móvil en la mano y el ceño fruncido. Algo va mal—. ¿Qué pasa?

—Deberíamos poner la televisión.

Hago lo que dice y comparte la pantalla de su teléfono en la gran pantalla. Y al verlo, quiero romper todo lo que encuentro por delante. Está haciendo la maldita entrevista.

—Si soy sincera, no me sorprendió mucho que mi hijo haya acabado con una heredera al trono —explica como si de verdad lo supiera—. Me lo esperaba.

—Eso no es lo que dijiste en tu última entrevista.

—Lo sé. —Asiente, como si lo hiciera con pesar—. Fue un intento de recuperar la relación que tenía con él, una forma de tenderle la mano.

—Que él no aceptó.

—No, no lo hizo, así que he decidido ser sincera. —Se saca una lágrima, que es totalmente falsa—. Siempre le ha gustado estar cerca de personas más importantes que él, de ese modo saca un beneficio.

No sé cuánto tiempo dura la entrevista, solo sé que solo dice mentiras, una tras otra. No me conoce, nunca lo ha hecho. Pero el daño está ahí. Mi imagen volverá a estar por los suelos. He perjudicado a Lena de nuevo.

Estoy muy muy enfadado y no puedo, ni quiero, hablar. Quiero estar solo. Me muevo de un lado a otro, intentando calmarme. ¿Cómo ha podido joderme así la vida de nuevo? ¿Cuándo me dejará ser feliz?

—No, Lena. —Le hago un gesto con la mano para que no se acerque—. No.

—¿Por qué? —pregunta extrañada—. Quieres alejarme —asume y baja la mirada—. No lo hagas, Sebastian.

No la entiendo, ¿por qué no? Le he causado otro problema —uno más que añadir a su larga lista—, debería odiarme. ¿Cómo puede estar tan tranquila? Me gustaría saber cómo gestionar estas emociones de una forma normal y sana, pero no la encuentro.

—Acaba con ella —le pido a James—. No me importará si termina bajo un puente —remarco —. No puedo más. —Me armo de valor para encontrarme con los ojos de Lena, que sigue muy pendiente de mí—. Lo siento mucho. —Suspiro—. Había intentado evitar que hiciera más declaraciones. Sé que te afectan, que dañan tu imagen pública y…

—Es lo de menos. —No le da importancia, y no lo entiendo—. Solo necesito saber qué estrategia tendrá la Casa Real, para seguirla.

—Lena…

—Todo irá bien, Sebastian. —Dejo que me abrace y contengo las lágrimas en los ojos—. Nos sobrepondremos a esto.

—¿Y si no es así?

—Lo haremos.

Se va a otra habitación para hablar con su madre. Según sus propias palabras, es la única que puede ayudarnos. ¿Y si le dice que no vale la pena seguir con esto? ¿Y si se da cuenta ella misma? Tengo un nudo en el pecho que no se me va.

—¿Y bien? —quiero saber cuando vuelve. Estoy derrotado, todo me supera—. ¿Me repulsa aún más? ¿Estoy vetado de forma indefinida?

—Me ha dado consejos sobre cómo actuar. La institución no hará ninguna declaración. —Normal, porque no quieren relacionarse conmigo—. No es por lo que piensas. Es para no darle importancia. Lo mejor es hacer como si no hubiera ocurrido. Además, sigue con la idea de querer conocerte.

—¿Qué? —repito sin creérmelo.

—Sí, no ha cambiado de idea.

—Raro.

—Para nada. Eres mi pareja, quiere conocerte y le he propuesto que venga a cenar cuando pueda.

—No sé yo...

—Sebastian, sí. —Vuelve a acercarse a mí y me acaricia la mejilla—. No me importa lo que

haya dicho esa señora. Sé que no es cierto porque te conozco. No estás conmigo por ambición, ni por beneficio. No la creo.

—Maldición, te quiero tanto… Eres la suerte de mi vida.

—No hace falta exagerar —bromea y acorta la distancia para besarme—. Yo también te quiero.

Los siguientes días son una locura y no consigo calmarme. Estoy convencido de que en cualquier momento, Lena romperá la burbuja en la que estamos y se dará cuenta de que solo la perjudico. Con James, hemos decidido ampliar la demanda, yendo tanto por lo civil como lo penal, y hacer otra por la ruptura del contrato de confidencialidad.

Creo que la cena con su madre no es una buena idea, pero no sé cómo decírselo cuando está tan ilusionada, así que me lo guardo para mí mismo.

—¿Algún consejo? —le pido sin ocultar mis nervios—. No sé cómo actuar. ¿Debo hacerle una reverencia? ¿Le hablo de usted?

—No. —Se ríe y me coloca mejor el cuello de la camisa que he elegido. Lo mínimo que puedo hacer es vestir un poco más formal—. Viene como mi madre, no como la reina.

—Para mí, eso es peor —remarco—. Es tu madre, Lena.

—Solo sé cómo eres —murmura—. Va a amarte.

—¿Cómo lo haces tú?

—Más bien como Snö.

—Eres cruel —Sonrío y la beso—. Y me encanta.

El encuentro con su madre es incómodo, no hay otra palabra para definirlo. Me examina en todo momento, analiza mis palabras, observa mis gestos… Hago mi mayor esfuerzo para caerle bien, procurando que vea lo que me importa su hija. Pero no sé si es suficiente. Nunca va a serlo, creo.

—¿Ya estás empezando a aprender nuestro idioma, Sebastian? —me pregunta con total naturalidad.

Me atraganto con la comida.

—Más o menos. —Ladeo la cabeza y me rasco el cuello con incomodidad—. Lena y Kristoff me han enseñado algunas palabras y pocas frases.

—Bien. —Sonríe, contenta por mis palabras—. Quizá deberías tomarlo más en serio, contratar a un profesor para ello.

—Mamá...

Lena intenta frenarla, pero ya no puedo dejar de pensar en eso. Ni sé cómo soy capaz de acabar la cena como si nada. La madre de Lena no se queda solo con el idioma; menciona que tengo que aprender sus costumbres, tradiciones, historia… Lo que una pareja de una futura gobernante necesita saber, sobre todo después de que se anunciara de forma pública que estamos juntos. ¿Me está poniendo a prueba? ¿Espera que todo eso me dé miedo? Porque aunque lo hace, en realidad estoy más saturado que otra cosa.

Nada de lo que ha dicho me parece descabellado. Es normal que se preocupe por que no he aprendido aún sueco, ni he mostrado interés real por ello. Tampoco ha pasado tanto tiempo desde que Lena y yo estamos juntos, ¿no?

¿Parece que no me preocupo por su legado? ¿Que no quiero conocer más de ella? No hemos hablado del tema. No sé cómo sentirme. Aquí en Suecia, ya no se me considera Rìgh Bastian el cantante —o no solo soy eso—; el nuevo título que se me ha adjudicado es el de novio de la heredera, el posible consorte de la futura reina. Ya no valoran mi música, o al menos en la

mayoría de artículos de prensa; ahora se fijan en todo lo que he hecho en el pasado, me juzgan, me evalúan... Y no son críticas por lo que hago. Son por lo que soy. Estar conmigo ya le está suponiendo muchos problemas, empezando por el hecho de que se marchó de palacio por defender nuestra relación.

Y yo... yo no estoy a la altura. No estoy a su altura.

Todo se me está juntando y siento que estoy sobrepasado.

He perdido el control.

TREINTA Y CUATRO
Lena

A Sebastian le ocurre algo. Y de nuevo me lo está ocultando.

Le estoy dando tiempo para que me lo explique, pero si sigue así cuando vuelva —ha tenido que marcharse para perfilar detalles de la nueva demanda junto a su equipo de abogados—, querré que sea sincero.

Si no es capaz de contarme estas cosas, no avanzaremos. Además, querrá decir que nuestra comunicación no es buena y que, quizá, no confía en mí lo suficiente.

—Así que esta es la casa en la que te estás quedando después de tu espantada de palacio. —Martha deja a Albóndiga en el suelo, que rápidamente se va a jugar con Snö, y me mira con una ceja alzada—. No está, ¿no? Qué pena, quería saludarlo.

—No, ha vuelto a Estados Unidos por unos asuntos. —Nikolaj tose, haciéndose notar—. ¿A qué viene eso?

—¿No es extraño que, cuando hay problemas, desaparezca? Porque me resulta sospechoso.

¿Está insinuando que todo es un plan de Sebastian y su madre? ¿Acaso escucha lo que dice?

—Por eso mismo ha vuelto, para agilizar los asuntos legales. —Suspiro, intentando tranquilizarme—. No empieces, por favor. No quiero discutir contigo.

—A mí tampoco me apetece —admite.

—Bien, entonces deja de pagar tus frustraciones conmigo.

Nikolaj tampoco está pasando un buen momento con su padre, así que ha venido a Suecia para desconectar de las presiones que recibe. O esa es su intención, al menos.

—Lo siento —murmura sin mirarme—. Es solo que… —Niega con la cabeza—. Da igual, lo siento.

—Puedes quedarte el tiempo que te haga falta —comento para ver si así se tranquiliza—. No me importa.

Me gustaría poder ayudarlo con su problema, que es el de siempre, los reproches de su padre por no tener pareja y seguir con el legado familiar, pero no puedo porque no sé qué decirle que no le haya dicho ya. Además, cada vez que le he mencionado que quizá lo más fácil es decirle la verdad sobre su orientación sexual, se molesta conmigo.

—¿Y al ca…? —Enarco una ceja mientras lo miro—. ¿A Sebastian qué le parece?

—Aún no se lo he dicho, pero estoy segura de que le dará igual, y más si es para apoyar a un amigo mío. Eso sí, no estaré mucho tiempo aquí.

—¿Volverás a palacio? —interroga Martha con mucha curiosidad.

Tengo la agenda oficial abarrotada de trabajo. Actos individuales, algunos compartidos con Kristoff, otros con mi madre… Eso sí, ninguno con mi padre. Sé que esta es una de las formas que tiene de castigarme, pero me da igual. Es mi trabajo y lo cumpliré a la perfección.

—No hasta que mi padre me pida perdón.

—Esa es mi chica —dice, orgullosa.

Como Nikolaj va a quedarse, les enseño toda la casa, indicando la habitación en la que dormirá. El resto de la tarde nos la pasamos poniéndonos al día.

Martha sigue muy interesada en mi relación con Sebastian, todo lo contrario a Nikolaj, que no deja de mostrarse incómodo. No hace falta que lo verbalice, porque es muy obvio; no está de acuerdo con mi decisión ni me apoya. Tampoco me sorprende, en el último año y medio hemos tenido puntos de vista muy distintos.

¿Somos aún amigos? Ni yo misma lo sé. Quizá solo nos estamos dejando llevar por los recuerdos que tenemos juntos, y la nostalgia es la que nos hace juntarnos.

Sea como sea, por mi parte al menos, quiero que tenga claro que puede contar conmigo para cualquier cosa que, más allá de nuestras diferencias —que no son pocas—, entendemos mejor que nadie el peso de haber nacido en una familia real.

—¿Y cómo llevas las críticas?

—Como siempre. Estoy acostumbrada, en cierta manera.

Mi vida privada se ha convertido en un interés tanto nacional como internacional. Sigue habiendo muchas noticias de mi relación con Sebastian, y por mucho que siga la ley del silencio con respecto a ese tema, no se pasa el auge. A eso hay que sumarle que el sector más conservador del país —y por ende, su prensa—, no están nada de acuerdo con esto. No ven a Sebastian con buenos ojos, que sea estadounidense, su fama y que no tenga la formación suficiente para el futuro papel que obtendrá.

Para esos medios, estoy cometiendo una locura, he perdido la racionalidad con la que siempre se me ha caracterizado y creen que el pulso que estoy echándole a mi padre solo me perjudicará más.

—¿Y Sebastian?

Disimulo lo mejor que puedo mi duda. No lo sé. Está distante, no hablamos tanto como me gustaría y los horarios no ayudan.Solo espero que no se esté agobiando. Todo lo que había dicho mi madre en la cena no tenía que ser de inmediato, no había prisa. Teníamos todo el tiempo del mundo.

—También lo lleva bien. Está siendo un gran apoyo.

Nikolaj solo se queda un par de días. No sé si es que no quiere ver a Sebastian, ya que se va antes de que llegue, o que se ha cansado de estar solo en la casa por mi trabajo. Según sus palabras, no puede huir siempre de sus problemas. Aunque tengo la sensación que sigue haciéndolo.

Cuando Sebastian llega, lo hace solo.

—¿Y James? —pregunto. Siempre están juntos—. ¿Va todo bien?

—Sí, no te preocupes —murmura y me abraza con mucha fuerza, como pocas veces ha hecho —. Quería dejarnos algo de intimidad. O en otras palabras, no quería estar mientras nos damos amor.

Fuerza una sonrisa, pero eso solo enciende mis alarmas.

—No puedes seguir callándote lo que te preocupa —suelto de golpe, yendo hacia uno de los sofás para sentarnos—. Necesito que hables conmigo.

—Ya lo sé, Lena, lo sé.

Está derrotado. No hay el brillo de siempre en sus ojos zafiro. Están llenos de duda,

incertidumbre y miedo.

—¿Y bien?

Creo que tendremos una conversación larga, pero cuando lo escucho, todo se rompe.

—Yo... —bisbisea, trabándose con las letras—. Necesito que renuncies al trono.

Siento como si me hubiera clavado un puñal en el corazón. No esperaba algo así. No esperaba algo así de él. Mi primer impulso es apartar la mirada, pero no lo hago. Reúno toda la fuerza de voluntad que puedo para observarlo e intentar entender qué piensa. No entiendo nada. Me falta el aire y un nudo se me ha instalado en la garganta.

¿Por qué me está pidiendo esto?

Sabe lo que supone para mí ser reina, lo mucho que he luchado por ello, mis inseguridades al respecto… Y pese a eso, acaba de pedirme que renuncie al trono. Acaba de pedirme que renuncie a lo que soy.

—¿Qué acabas de decir? —murmuro, esperando que sea una broma, aunque sé que no es así —. Repítelo.

—Lena...

—No —lo interrumpo—. Dilo de nuevo.

Su actitud corporal le delata. Está muy nervioso, como si en su mente estuviera librándose una batalla silenciosa sobre lo que quiere decir, lo que ha dicho y lo que dirá.

Quiero que responda de inmediato, pero no lo hace. Traga saliva, se frota las manos y se muerde el labio. Todo ello sin dejar de mirarme, sin dejar de romperme.

Estoy aguantando la mirada más por mi propio orgullo que por ganas. No quiero verme débil delante de él.

—Quiero que renuncies al trono —pronuncia con menos dudas que antes. No obstante, solo decirlo, esa seguridad se esfuma—. Sé que te estoy pidiendo algo muy difícil, pero no es que renuncies a ser princesa sino que cedas el trono a Kristoff. Puedes seguir con tu papel institucional, solo que...

—Solo que no me convertiría en reina —completo.

—Sí —susurra e intenta cogerme una mano con complicidad, pero la aparto con rapidez—. Como ya te he dicho, sé que te estoy pidiendo...

—No, ni te haces una idea. —Estoy tan calmada que sé que solo es la calma que precede a la tormenta—. ¿Por qué, Sebastian?

Necesito saber qué es lo que le ha llevado a pedirme esto. Necesito saber los motivos por los que se ha agobiado tanto. Necesito saber por qué me está pidiendo que deje de ser lo que soy.

¿Sabe que es como si me pidiera que no sea yo? ¿Como si la persona de la que se ha enamorado dejase de existir?

Y tampoco entiendo la razón por la que se lo ha guardado para sí mismo. ¿Por qué no ha confiado en mí?

—No sé si me veo capaz de renunciar a mi carrera —admite con la voz temblorosa—. Tampoco a mis fans y a la música. Me han salvado en mis peores momentos, son mi vida —remarca—. Y no sé si puedo dejarlo todo por ti.

¿No ve que se ha precipitado? Todas esas consecuencias ya las sabía, lo que a la larga implicaría nuestra relación… Pero quedaba tiempo para eso.

Demasiado tiempo.

—En ningún momento te hubiese pedido que renunciaras a tu carrera como cantante, Sebastian —hablo de forma mecánica, con el mismo tono que he usado toda mi vida en las

situaciones que no me gustan.

He vuelto a levantar la fachada que imponía con el resto del mundo, la que él notó al conocerme, la que se encargó de romper poco a poco, la que ya no existía. Hasta hoy.

—Lena. —Sé que está buscando las palabras adecuadas, que le está costando encontrarlas. Tengo paciencia y espero a que acabe—. Sabes que, si seguimos juntos, es lo que ocurrirá. Uno de los dos tendrá que renunciar a lo que es para que la relación siga adelante. —Empieza a reírse con nerviosismo—. Mírame, ¿me ves como un futuro consorte? Sabes bien que no. Tendría que dedicarme exclusivamente a lo que haces. Y eso no es para mí. ¡Ni siquiera sé sueco! Sería un desastre. ¿Quieres eso para ti?

Me levanto y aprovecho para coger aire. Inhalo y exhalo para calmarme, para no estallar, porque no me conviene. Tengo que ser racional, actuar como siempre se me ha educado y saber sobreponerme hasta en las situaciones complicadas.

Se ha rendido y ha dejado que sus inseguridades ganen. ¿Cómo venzo? ¿Cómo derroto al dolor que me ha causado su petición?

—Lena... Di algo —pide en un susurro.

—¿El qué? —Estoy cansada y harta—. No te voy a negar que parte de lo que has dicho es verdad.

—¿Pero?

—Nunca te hubiera pedido que dejases tu carrera por mí. No hubiese sido tan egoísta para pedirte que renunciaras a una parte de ti, a lo que eres, por lo nuestro. Tampoco te lo pediré ahora —afirmo y lo miro—. Me he enamorado de ti por todo lo que eres, Sebastian. Si te pido que renuncies a lo que te caracteriza, ¿qué clase de persona sería? No estaría siendo justa ni contigo, ni conmigo.

Este problema habría llegado con el tiempo, cuando nuestra relación fuese más fuerte y las cosas no serían así.

¿No sabía lo que implicaba estar conmigo? ¿Ni por un segundo se había imaginado lo que supondría ser la pareja de la futura reina?

Sebastian suspira de forma tan sonora que veo que está roto, que sus emociones le están ganando. ¿Se ha dado cuenta, por fin, de lo absurdo de sus palabras?

Me mira y lo entiendo, quiere que me siente a su lado. Cuando lo hago, intenta cogerme de nuevo de la mano y esta vez no me aparto.

—Yo... —Niega con la cabeza—. No tienes que darme una respuesta ahora. Podemos seguir juntos y ver qué pasa. Nunca se sabe, quizá...

—Sebastian, no.

Ambos sabemos a lo que me refiero. Su petición ha creado una brecha irreparable en nuestra relación, una que no estoy dispuesta a arreglar por el momento.

No puedo renunciar a mi futuro por él. Ni por él ni por nadie. Seré reina, es lo único que tengo claro en mi vida.

Y que ni se haya planteado, aunque sea solo por una milésima de segundo, su futuro si está a mi lado, me demuestra que lo nuestro no va a funcionar. Que nunca lo haría.

—Sabes que no es lo que quiero —dice con los ojos humedecidos—. No quiero perderte y...

—Estoy enamorada de ti y te quiero. Sebastian, te quiero muchísimo —admito—, pero me has pedido algo que no estoy dispuesta a hacer. Ni por ti ni por nadie. —Sonrío con melancolía y cierro los ojos un momento, para evitar que se me pongan llorosos—. He luchado toda mi vida para que me tomen en serio, para que no dudasen de mí y creyeran que estoy lo suficientemente

preparada para ser reina. Solo por el hecho de ser la heredera, y ser mujer, he tenido que demostrar mucho más. Y sabes que creo incluso que no ha sido suficiente —susurro y trago saliva—, que mi padre no me ve preparada y que la prensa me exige muchísimo más que a otros herederos. Todo esto lo sabes porque te lo he dicho, Sebastian. Contigo me he abierto, me he sincerado, he expresado mis temores y miedos... Y pese a eso, me pides que renuncie a todo. —No soy capaz de aguantar más las lágrimas—. ¿Cómo me haces esto? —pregunto y no puedo seguir, porque el nudo en la garganta me lo imposibilita—. ¿Cómo puedes hacerme esto sabiendo a lo que me he enfrentado por nuestra relación? ¿Qué más quieres, Sebastian? ¿No te es suficiente? ¿No te soy suficiente?

Ya no puedo seguir aparentando, me hundo. Las lágrimas empiezan a caerme por las mejillas y me da igual.

No puedo fingir delante de él. ¿De qué me va a servir tener una coraza si sabe que está ahí?

No me sirve de nada mentir, no con Sebastian.

—Claro que me es suficiente —murmura y con la mano que tiene libre me quita una lágrima —. Te dije que no sabía cómo agradecerte lo que hiciste, que no debías haberlo hecho por mí. Sigo pensando que no lo merecía. —Aprieta los labios y me acaricia la mejilla con suavidad—. Me he precipitado, no debería haberlo dicho, pero no puedo ocultarlo cuando es algo que me preocupa.

¿Y por qué no me lo ha dicho antes? ¿Por qué no hemos evitado llegar a este punto?

—Había otras formas, no que me pidieras de forma tan taxativa que renuncie al trono.

—Lo siento —se disculpa de nuevo—. Soy impulsivo y me he dejado llevar. No he querido ser egoísta contigo, no cuando has dado tanto por nosotros.

Pero no lo suficiente, parece ser.

—No has querido, pero lo has hecho.

—Lena… —Cierro los ojos—. No quiero hacerte daño. Nunca lo he querido.

Y, aun así, estoy rota por dentro. Ha sido como si me apuñalase por la espalda y en el corazón. No me lo esperaba de él.

Quizá es que el amor me ha cegado, convirtiéndome en una ilusa irracional que pensaba que superaríamos cualquier cosa. Me he equivocado.

—Sé que no ha sido tu intención, pero...

—No, nada de peros —me interrumpe—. Te quiero, Lena. Maldición, te lo he dicho varias veces. Estoy completamente enamorado de ti.

—Y yo de ti, Sebastian, pero el amor no es suficiente. Con nosotros no lo es, no en este caso —verbalizo lo que lleva en mi mente varios minutos y, al hacerlo, duele más—. Mi futuro es el que es, no se puede cambiar ni quiero hacerlo. Voy a ser reina, lo seré —reafirmo—. Y cuando llegue ese momento, a mi lado estarán las personas que quieran estar, no las que se vean forzadas a ello.

Aunque eso signifique quedarme sola. No me importa.

—En ningún momento he dicho que me sienta obligado a estar contigo, Lena.

—Por ahora. Si te pidiese que renunciases a tu carrera, ¿quién sabe si con los años te arrepentirías o me lo echarías en cara?

Y acabaríamos convertidos en dos infelices, haciéndonos daño mutuamente sin pretenderlo.

—Como ya te he dicho, no sabemos lo que pasará. Centrémonos en el presente, en nosotros.

¿En nosotros? ¿Cómo puedo centrarme en algo que sé que está condenado al fracaso? Cuando acepté lo que sentía por él y me arriesgué, sabía que las posibilidades eran escasas, que lo

tendríamos todo en contra, pero había esperanza.

Ahora no la hay.

Tengo que aceptarlo, aunque eso sea como arrancarme el corazón a mí misma.

—No puedo, Sebastian. —Cojo aire, buscando el valor—. No puedo seguir con esto, con nosotros. Tú no ves un futuro conmigo y yo no puedo estar con alguien que no ve más allá.

Niega con la cabeza, cierra los ojos y los abre. Están llenos de emociones, llenos de tantos sentimientos que no sirven en una situación así. No puede decir nada porque sabe que es cierto, que si siguiéramos con esto solo estaríamos alargando una relación que no acabará bien. Mejor hacerlo cuanto antes, antes de que sea demasiado doloroso.

Pero duele tanto...

Empiezo a llorar sin control. No puedo reprimirlo y él me abraza con fuerza, intentando consolarme, intentando buscar consuelo para sí mismo.

No hay palabras que sirvan, así que estamos así lo que a mí me parece poco tiempo. Me perdería en sus brazos, dejaría de ser consciente de la realidad para refugiarme en él y obviar todo lo que nos envuelve.

—Eres y serás la suerte de mi vida —susurra, besándome la frente—. Y te quiero. Estoy tan loco por ti.

No sé qué decir, así que me besa con ansia, con pasión contenida, con emoción...

Ambos sabemos lo que significa esto. Es nuestro último beso, el de despedida, el que lo acaba todo, el cierre.

Y ojalá durase para siempre.

—Puedes quedarte a vivir en esta casa —dice, se levanta y se pasa la mano por el cabello, intentando sin éxito no mirarme—. Es más, si quieres, te la regalo. En Estocolmo no me queda nada si no eres tú.

—Sebastian.

—No me voy a disculpar por decir una verdad. Venía por ti, me compré la casa por ti. Si no la quieres, al menos quédate el tiempo que necesites hasta que tengas una o vuelvas a palacio. No tengo prisa. —Se pasea nervioso, vuelve a acercarse a mí y se agacha para estar a mi altura en el sofá—. Entiendo tu decisión. Es más, si hubieras cedido, no hubieses sido tú. No hubieses sido la persona de la que me enamoré —afirma—. No quiero perderte, Lena.

—Por favor, Sebastian.

Lo está haciendo todo más difícil de lo que ya es. ¿Por qué no puede enfadarse e irse? Actuar como alguien que acaban de dejar; despechado, enfadado... Sería más fácil, me haría ver que he tomado la decisión correcta.

—Lo sé, princesa, lo sé. —Se sienta a mi lado y me abraza de nuevo—. Como te he dicho, lo entiendo. Sé que soy un capullo que nunca te ha merecido. Tú eres maravillosa, una persona que me ha enseñado y aportado tantísimo en mi vida que no puedo apartar sin más. Ha sido culpa mía y lo admito. Solo espero, que con el tiempo, podamos ser amigos. A mí me encantaría.

No dice más. Se levanta, me da otro beso en la frente y se marcha para, seguramente, no volver. Dejándome sola en una casa grande que se me cae encima. No me muevo, me quedo en el sofá mirando a la nada, intentando poner orden a todo lo que se me pasa por la cabeza.

Nunca he tenido tantos pensamientos a la vez y con semejante caos. No tienen lógica, hay un batiburrillo que me hace divagar entre muchos asuntos; sus primeras palabras, el reproche implícito en su voz, la duda, el miedo en sus ojos cuando se había dado cuenta de lo que había dicho, el dolor, la culpa...

Y la manera en la que me ha mirado por última vez, cargada de amor, sentimientos y emociones.

No creo que pueda olvidar cómo se ha ido, la forma en la que lo ha hecho. En esa última mirada lo he visto a él, sin máscaras, sin fachadas, claro y transparente. He visto a la persona de la que estoy enamorada. Un vistazo directo a su alma, igual de rota que la mía.

En un instante, la felicidad se ha esfumado y me he quedado aquí, sola.

No me arrepiento de lo que he hecho, eso lo tengo muy claro. He tomado la decisión correcta. Sebastian, al pedirme que renuncie al trono y a mi futuro, ha cruzado el límite de lo que puedo tolerar.

Y estoy tan dolida...

Creo que no se imagina el daño que me han hecho sus palabras, el efecto que han tenido en mí.

¿Por qué tengo que renunciar yo a mi futuro? ¿Por qué no puede ser al contrario?

Ni se ha planteado a hacerlo, lo ha dejado claro. No lo entiendo; más de una vez ha dejado claro que no le gusta ser tan famoso. Y yo nunca, nunca, le pediría que renunciase a la música, porque sé lo importante que es para él.

Lo ha arruinado todo, pero no estoy enfadada, sino decepcionada.

¿Cómo ha podido hacernos esto? ¿Cómo ha podido romper con tanta facilidad lo que habíamos tardado en construir?

No reprimo lo que siento y dejo que las lágrimas caigan mientras suspiro. Sigo buscando una razón, un motivo para que haya hecho esto.

¿Nunca había llegado a confiar del todo en mí? Cuando había empezado a agobiarse con la situación, se lo había guardado para sí. ¿De qué tenía miedo? ¿Pensaba que me enfadaría?

Resoplo con tanta exageración que Snö levanta las orejas y me mira, extrañado por mi gesto.

Todas estas dudas no van a resolverse, no tengo que planteármelas, no tengo que torturarme.

Debo aceptar la realidad, y esta es que, aunque sea una princesa, no hay cuento de hadas para mí. Y me doy cuenta de que la felicidad no es para mí y el verdadero peso de la corona.

Del peso de la soledad de la corona.

TREINTA Y CINCO
Sebastian

James no tarda nada en venir a buscarme en coche. No sé ni de dónde lo ha sacado —ni el motivo por el que está solo—, pero lo agradezco. Solo verme, sale del vehículo y me abraza, palmeándome la espalda. Lo sabe.

—¿Por qué siempre te saboteas a ti mismo? —Suspiro, es totalmente cierto—. Eres experto en estropear tu propia felicidad.

Me limito a encogerme de hombros y entramos en el coche. No quiero hablar con nadie, sino estar solo, gritar, romper cosas, desahogarme…

—James, yo…

Mi mejor amigo asiente, entendiéndome sin palabras. Ni con él me había sincerado, me lo había guardado todo para mí porque creía que no me entendería.

Cierro los ojos, pensando en la forma en la que Lena me ha mirado; llena de dolor, fría, distante, demasiado correcta… Había sido como volver dos años atrás, a cuando nos conocimos.

Mis palabras le han hecho mucho daño y me siento miserable por eso.

¿Pero qué podía hacer? No doy la talla como futuro consorte, no es para mí. Tampoco estaría a su altura, solo la avergonzaría, sería un lastre.

No quiero que apueste por mí, porque me convertiré en su mayor error. Soy un desastre, siempre lo he sido. ¿Cómo puedo convertirme en alguien representativo de un país que no es el mío y del que ni sé el idioma?

Lo único que se me ha dado bien en la vida ha sido la música, nada más.

¿Cómo puede Lena plantearse un futuro conmigo, si soy un caos? Además, tengo demasiadas cargas, infinidad de problemas a mi alrededor. ¿Y si mi progenitora sigue hablando? Eso solo acabaría afectándola y no podría soportarlo.

—No deberías habértelo callado —murmura James, aprovechando un semáforo para girar la cabeza y mirarme—. No puedo ayudarte si no me cuentas lo que te pasa.

¿Me he precipitado? Ni yo mismo lo sé. Lo único que tengo claro es que le he hecho daño a una de las personas que más quiero en el mundo.

No hay excusa, no hay salvación. He perdido a Lena.

Tengo que aceptar las consecuencias. No puedo hacer más, ya lo he hecho con ese último beso, que nunca olvidaré. También he memorizado su rostro, quedándome con lo preciosa que es, grabando cada detalle que me encanta, como el pequeño lunar que tiene encima del labio y que solo se ve cuando no lleva maquillaje.

Se merece a alguien fuerte, un apoyo que sepa estar a su lado en los buenos y malos momentos, no a mí. Nuestras vidas son incompatibles, siempre lo han sido. Lo que hemos vivido estos meses ha sido un engaño.

Creíamos que podríamos con todo, pero no ha sido posible.

—Tampoco habría cambiado nada.

He sido egoísta con una de las pocas personas que nunca me había pedido nada a cambio, con la que me vio a mí, con la que me conoció sin juzgarme, con la que podía ser yo sin miedo. No la merezco, no lo he hecho nunca.

Dejo que sea James quien tome las decisiones y haga una valoración rápida de la situación.

En realidad, es lo que ocurre siempre; él sabe lo que hacer en todo momento, así que esta vez no va a ser diferente. Y yo… yo soy incapaz de hacer nada que no sea pensar en lo gilipollas que soy.

Este es el peor error de mi vida, y si no lo es, al menos entra en el grupo de los más grandes que he cometido. ¿Por qué no he podido callarme? O hablarlo con Lena, sin decirle lo que llevaba en mi mente durante días.

¿Cómo se me ha ocurrido pedirle que renuncie al trono?

James no me presiona, conduce en silencio hasta no sé dónde. Tampoco podría tener una conversación decente, solo puedo repetir en mi cabeza todo lo que ha pasado en la última hora.

He perdido a Lena; la he jodido pero bien con ella.

¿Podré recuperarla?

Siendo sincero, y conociéndola, lo dudo.

—Mañana volveremos a Los Ángeles —anuncia James—. Empezaré a preparar el viaje de vuelta.

—¿A dónde estamos yendo?

—A un hotel. He reservado una *suite* para que pasemos la noche.

No sé cuándo ni cómo, pero no me sorprende.

—Tan previsor como siempre —murmuro, cierro los ojos de nuevo y me apoyo mejor en el reposacabezas de mi asiento—. Me he equivocado, James. La he cagado tanto...

—No te tortures más con ello.

—Pides un imposible. No puedo pensar en otra cosa.

Sigo dándole vueltas a todo hasta que llegamos al hotel, que no se encuentra en Estocolmo. No quiero ir a la capital. Ya es una suerte que no me haya reconocido nadie, no necesito una atención que no quiero.

Lo primero que hago después de entrar en la suite, es ir directo al minibar, necesito paliar mi dolor y no pensar en nada y la única opción que encuentro a mano es el alcohol.

—¿Por qué lo he hecho? —Miro a mi mejor amigo después de dar el primer trago al botellín de vodka que he cogido—. ¿Por qué la he cagado tanto?

—No lo sé, es algo que siempre me he preguntado de ti —responde y acepta el vodka que le ofrezco. No quiero beber solo—. Eso y que te lo guardes todo.

—Tú me conoces mejor que nadie, James. Si tú no lo sabes...

Quiero una respuesta. Si él no me la da, no la tendré nunca.

—La situación con Lena siempre ha sido complicada —tercia y frunce el ceño después de dar un trago. Al contrario de mí, él no es muy de beber, y menos solo—. Puede que no estés preparado, que no lo hayas estado nunca.

—Estoy enamorado de ella.

—No digo que no, es muy obvio que la quieres. Pero no has sabido estar a la altura de las circunstancias.

—¿Estás de su lado?

—Sí —admite con simpleza—. No voy a adornar la realidad o guardarme lo que pienso. El que se ha equivocado has sido tú.

—James... —gruño y me acabo el vaso.

—No diré lo que quieres oír. —No, si ya me estoy dando cuenta—. Quien debería ceder eras tú. Será la reina, ¿cómo va a renunciar a eso por alguien? ¿Cómo va a renunciar a su futuro por amor?

—Lo sé, solo creía que...

—Creías mal —me interrumpe—. Has sido egoísta y tu error ha tenido consecuencias. —Me da una palmada amistosa en la espalda—. Eso es todo lo que diré por hoy. Ahora vamos a beber, mirar lo que encontremos por la televisión y lo que te apetezca.

No soy muy buena compañía esa noche. No paro de autocompadecerme, beber, quejarme y más...

James está a mi lado, me escucha, intenta hacerme reír y es mi apoyo, quien nunca me ha fallado ni lo hará.

No sé la hora a la que me acuesto en la cama, solo que lo hago porque James me lo pide y porque la cabeza empieza a darme vueltas.

Me he pasado bebiendo, pero ¿a quién le importa? A nadie.

No puedo dormir, no cuando mi mente no deja de repetir la conversación con Lena. Busco a James con la mirada y le encuentro sentado en uno de los sofás, con el móvil. Seguramente intentando arreglar mi desastre.

—Sebastian, duerme.

—No puedo —admito con la voz ronca—. Tengo demasiados sentimientos y dolor… —Ahogo el llanto y trago saliva—. ¿Qué haces?

—Organizar todo para marcharnos cuando sea una hora decente. —Se muerde el labio, pensando si decirlo o no—. Iré a por nuestras cosas.

Asiento y me muevo por la habitación sin saber qué hacer. Estoy mareado, pero me da igual, me siento delante del escritorio que hay y empiezo a escribir mis sentimientos sin parar. No sé si tendrán sentido, si se entenderá mi letra, pero necesito soltarlo todo.

—Sebastian, deberías dormir. —James está detrás de mí, muy preocupado—. Necesitas dormir.

—Yo… —Me levanto y me ayuda a que no me caiga—. Si la ves, dale esto.

—¿Crees que es lo más adecuado?

Le he escrito un carta sincerándome por completo, contándole cómo me siento, mis sentimientos y lo que ella ha supuesto en mi vida.

—Por favor.

No dice nada más, me acompaña hasta la cama y cierro los ojos.

Duermo, o creo que lo hago, no estoy seguro. Cuando me despierto, mi amigo no está y no recuerdo mucho de lo que ha pasado después de cierto punto. Es muy pronto, ¿a dónde ha ido? ¿Dónde está?

Me levanto y, como sigo algo mareado, decido sentarme en la cama y mirar a ningún punto en concreto, perdiendo el tiempo sin hacer nada.

—Buenos días, bello durmiente. —La voz de James me sobresalta—. No has dormido mucho, quizá unas tres horas. Acuéstate un poco más, debe dolerte la cabeza.

—¿A dónde has ido?

—A por nuestras cosas, te lo dije.

¿Cuándo? No me acuerdo. Y si ha ido a por nuestras cosas, ha visto a Lena.

—¿Cómo está? —pregunto con la voz ronca.

—¿Cómo crees que está?

—James, no —pido y suspiro con exageración—. Mi cabeza no procesa bien nada ahora mismo, no hagas eso.

—Está como tú, mal —murmura, poniendo una expresión desconcertante—. Y preocupada por ti.

—¿Por mí? —rebato y alzo una ceja incrédulo—. ¿Por qué se preocupa por mí? No tiene ningún sentido.

—Porque te conoce tanto que sabe que tienes tendencias autodestructivas, justo como ahora.

—No debería preocuparse. No merezco la pena.

—Corta el rollo. —James está muy molesto. Se acerca a mí y me señala—. No quiero escuchar lo que vayas a decir, porque sí mereces la pena. ¿Será así a partir de ahora?

—¿Así cómo?

—¿Volverá tu peor versión?

—James, me duele la cabeza —gruño.

—Me da igual. —Está tan serio y enfadado que hasta a mí me sorprende—. Como ya te has despertado, dúchate. Nos vamos en una hora.

—¿No querías que durmiese?

—No, ya no. Ve a ducharte, hueles que da asco.

James no me da tregua durante horas. No se separa de mí, me observa con esa expresión que solo reserva cuando actúo mal, pero sigue a mi lado.

Las horas en el vuelo se me hacen eternas. Solo puedo pensar y pensar… Hundirme en mi propia miseria.

Durante los siguientes días, no hablo mucho, ni siquiera cuando James me explica de lo que hablaron él y Lena cuando fue a por las cosas.

¿Va a cambiar algo saberlo?

Aunque él crea que sí, que si no quiere hacer un comunicado de inmediato es por algo y quizá solo espera un gesto por mi parte, yo no lo pienso

No soy capaz de entrar en el estudio hasta que pasa más de una semana y, cuando lo hago, en lo primero que me fijo es en una fotografía que tengo con Lena. Después, casi de forma inconsciente, reparo en las otras y las miro durante largo tiempo, acabo en las que le hice cuando estuvo justo aquí, tocando el piano conmigo.

Cuando aún éramos felices.

Estoy muy frustrado, tanto que grito con todas mis fuerzas para desahogarme. No sirve, nada sirve; estoy roto por dentro. Vacío.

Desde que rompimos, no soy feliz. No me apetece hacer nada, solo olvidar, dejar de sentir... La echo de menos. La echo muchísimo de menos, tanto que duele de una manera que no puedo expresar.

Es como si me hubiera arrancado el corazón sin anestesia, sin paliativos, solo dolor.

—¿Sebastian? —James ha venido a toda prisa al escucharme y se queda parado. Pocas veces me ha visto llorar—. Por fin.

Me abraza con fuerza y no lo aparto. Solo expreso cómo me siento; roto, vacío, apático...

—La he cagado tanto.

—Aún no está todo perdido, ya te lo he dicho.

—No querrá saber nada de mí, James.

—¿Entonces por qué aceptó la carta?

Ni recordaba que le había escrito una hasta que lo menciona. ¿Qué puse? Solo me vienen palabras sueltas, fragmentos que no tienen lógica.

—Es tarde, James.

Desahogarme es el primer paso para sentirme mejor, por lo que intento seguir con mi vida normal. Lo siguiente es cumplir con mis compromisos laborales como si nada hubiese ocurrido, bromear en las entrevistas, cantar en programas...

Mientras hago todo esto, James prepara junto a un grupo de abogados el juicio contra mi madre por todas las declaraciones que ha hecho en mi contra y han difamado mi honor.

Pienso en Lena a diario, sobre todo cuando me manda imágenes o videos de Snö. Eso me hace sonreír, pero también me llena de nostalgia. Yo en su lugar no sé si podría hacerlo.

¿Ella pensará en mí como lo hago yo? Porque no hay un solo minuto en el que no esté en mi mente. También aprovecho para pensar mucho en todo lo que ha pasado. Sigo culpándome, porque es la realidad. Me equivoqué.

Y poco a poco, me doy cuenta de que por ella estoy dispuesto a lo que sea. Mi vida no es la misma sin Lena.

—¿Tienes un momento?

—Para ti siempre, James —murmuro y dejo la guitarra—. ¿Qué pasa?

—¿Estás componiendo?

—Sí, me ayuda a expresar lo que siento, ya lo sabes.

—¿Puedo verlo? —Le paso la hoja donde estoy apuntando la letra y los acordes para la melodía—. Tócamela. —Reprimo una carcajada—. La canción, Sebastian. ¿Tienes tres años? No debería hacerte gracia algo tan tonto.

—No es mi culpa que no te des cuenta de lo que dices. —Me pongo serio—. Quiero tu opinión cuando acabe, ¿de acuerdo?

Me abro con la canción, casi me desgarro al cantarla y, al acabar, me siento un poco mejor.

—No cambies nada. Todo lo que tienes es fantástico —asegura con una gran sonrisa.

—¿Seguro?

Estoy algo inseguro con que sea demasiado, con haberme abierto en exceso. Hay frases que son lo que siento al completo, lo que pienso después de la ruptura.

—Es una canción que te representa, tu esencia. Este es el Sebastian que más me gusta, el auténtico. —Dejo la guitarra a un lado y espero a que me diga a lo que ha venido—. En un mes es la boda de Nathaniel.

—Lo sé, confirmé asistencia hace tiempo y me mandó un mensaje poco después de... ya sabes. Lena se lo diría.

—¿Irás?

—Iremos —corrijo con rapidez—. Le prometí una actuación musical a Charlotte, aunque no sé si con el protocolo real se podrá. Quiero ir, son mis amigos.

—Lena estará ahí, ¿eres consciente?

—Lo supongo, ¿qué sugieres? ¿Que no vaya?

—Solo te lo recuerdo.

—¿Crees que no debería ir? Sé sincero.

—Sé que quieres ver a Lena. —Asiento, me muero por hacerlo—. Solo te pido una cosa.

—¿Cuál?

—Que me hagas caso en todo momento. —Alzo una ceja. Está pidiendo un imposible—. No me mires así, es lo mejor para que dejes de equivocarte.

Acabo la canción tres días más tarde porque quiero que sea perfecta, buscando las palabras exactas y rehaciendo algunas estrofas. Después vienen los arreglos y, está lista, quiero sacarla sin esperar.

No he estado muy activo en las redes sociales, tampoco me apetece; sin embargo, anuncio el lanzamiento de esta canción un día antes de que salga. Sé que no debería, pero tengo la esperanza de que Lena la escuche y me envíe un mensaje preguntándome si la he escrito pensando en ella.

Como la última vez.

Lena no da señales de vida. No sé nada de ella, ni siquiera me ha mandado fotografías de Snö.

¿Se ha enfadado? ¿Me he pasado?

Mi última oportunidad es en unas horas cuando la vea. ¿Querrá hablar conmigo o huirá? Lo dudo. Siempre afronta sus problemas y, aunque habrá muchísima gente, no hará nada fuera de lugar.

—¿Nervioso? —James me examina.

—Muchísimo —admito, reajustándome la corbata en un gesto nervioso—. Y no sé la razón. Solo es una boda.

—En la que verás a Lena.

—Calla, no necesito la voz de mi conciencia en este momento.

—La canción es preciosa, Sebastian. No le des vueltas a eso.

—Ya, pero quizá no le gusta que haya hablado así de mis sentimientos o…

Los flashes me deslumbran solo bajar del coche. El recinto está lleno de periodistas que no dejan de fotografiar todo lo que hacemos James y yo. Mientras nos dirigimos a la capilla de San Jorge, escucho muchísimas preguntas de Lena y de mí, todas con un punto en común. ¿Por qué no hemos venido juntos?

Me siento incómodo durante toda la ceremonia y no paro de mirar a Lena de reojo. La he localizado nada más entrar, no sé si porque es inconfundible y lleva vestido que le queda a la perfección, o porque estoy acostumbrado a buscarla entre la multitud.

Necesito hablar con ella, saludarla, saber cómo está.

Cuando tengo la oportunidad en el banquete, antes de que entren los novios, me dispongo a hacerlo.

Pero se me adelanta.

—¿Amarme ha sido un juego perdido?

TREINTA Y SEIS
Lena

Kristoff no ha dejado de meterse conmigo desde que hemos llegado a la boda. Sé que lo hace para tranquilizarme, pero no lo consigue.

Estoy nerviosa. La idea de que Sebastian esté también aquí, me genera muchas emociones. Quizá por eso, cuando lo he visto llegar junto a James, no he podido dejar de mirarlo de reojo, pendiente de sus acciones y de su aspecto.

Ante mi pregunta, parpadea, pero acaba por sonreír y negar con la cabeza. Está muy guapo con el chaqué que lleva. Disimulo lo mejor que puedo la sorpresa porque su corbata sea del mismo color de mi vestido. ¿Es casualidad?

—Estás preciosa, Lena. Siempre lo estás —murmura y noto que le cuesta hablar. Me examina de arriba abajo y acaba por besarme la mano derecha—. Una pena que no lleves corona. Sabes que me encanta.

—No podía llevarla —niego. No sabe, y supongo que tampoco quiere, que por protocolo tengo que llevar sombrero y que la tiara está prohibida—. ¿Por qué no respondes mi pregunta?

Soy visceral, insistiendo cuando no debería, pero es que me siento como una niña pequeña que necesita respuestas.

—Has escuchado mi nueva canción.

Como si hubiera podido evitarlo.

Por mucho que había intentado no ver nada —casi ya ni uso la cuenta de Instagram que me creé para ayudar a Freya—, ni escuchar su música, había sido imposible con mi hermana.

Me había llamado muy emocionada, diciendo que se había convertido en su nueva favorita y que si lo sabía —no le había contado que ya no estábamos juntos—, porque a todas las *royals* las había tomado por sorpresa.

También se había convertido en una de mis favoritas. Sebastian se había abierto en canal; la letra expresaba cómo se sentía, sus sentimientos y nuestra relación.

No me molestó, porque es verdad. Siempre fuimos un juego destinado a acabar mal.

He tenido que recordarme de forma constante lo que había pasado, porque he pensado en él más de lo que debería. Torturándome por una relación que no ha funcionado; no obstante, de tanto escucharla me la sé de memoria y eso, en lugar de ayudarme a dejar de pensar en Sebastian, ha causado todo lo contrario.

—Lo he hecho. —Lo miro directamente a los ojos y él sonríe de esa manera que tanto me gusta—. Es muy bonita.

—No hace falta que te diga que...

—No, no es necesario —lo interrumpo sabiendo lo que va a decir. Es obvio que es para mí—. Es muy bonita —repito.

Mirándolo, me doy cuenta de que sigo sintiendo lo mismo que semanas atrás, que sigo perdidamente enamorada de él; sin embargo, también estoy furiosa por todo lo que hemos perdido por su culpa.

¿Por qué tuvo que echarlo todo a perder?

—Sebastian. —Kristoff aparece y le ofrece la mano con mucha educación—. Cuánto tiempo, ¿verdad?

No sé si agradecerle que haya venido a mi rescate o más bien odiarlo.

—Unas cuantas semanas, sí. —Se rasca el cuello con incomodidad. No está a gusto al lado de Kristoff—. ¿Va todo bien?

—Desde que le pediste a mi hermana que dejase de ser ella por ti —añade mi hermano con un deje inocente—. Espero que estés bien, nosotros lo estamos. Nos vemos. —Entrelaza su brazo con el mío y nos alejamos—. No he podido callarme.

—Ha estado fuera de lugar.

Kristoff ha sido el primero —y el único— al que le he contado todo acerca de nuestra ruptura, sin obviar detalles. Ha sido un gran apoyo, respaldando mi decisión y diciéndome que hice lo correcto siempre que me entran dudas. Pero no se calla que a nuestra madre le cayó muy bien, que lo está defendiendo delante del rey y que solo hizo lo mismo que habría hecho yo en su lugar; asegurarse de que Sebastian era el indicado.

—No puedes culparme, soy quien te ha visto llorar por él. —Frunce el ceño—. Es un asco que me siga cayendo bien, ¿sabes? Ojalá pudiera odiarlo por el daño que te ha hecho.

—Ojalá pudiera yo también —bisbiseo.

—El amor, cuando duele, es una putada —resume y me aprieta el brazo—. Nada de estar triste. Has venido con el príncipe de Suecia por nacimiento y no por matrimonio, ¿qué hay mejor?

—¿Lo de la corbata ha sido cosa tuya?

—¿Eh? —Me mira sin entender—. Ah, la suya. —Intenta reprimir una sonrisa sin mucho éxito—. ¿Puede?

Uno de los comentarios más repetidos de nuestra madre, mientras me probaba el vestido, había sido que esperaba que mi novio fuera a juego conmigo, que era un detalle muy bonito y romántico. Por mucho que le repitiese que mi pareja en la boda era Kristoff, le daba igual. No sé cómo se lo ha dicho, o si ha sido James el intermediario.

—¿Por qué no has pedido mi opinión?

—Quería sorprenderte, ya que yo no puedo ir a juego contigo por llevar el uniforme militar —se queja como si de verdad le molestase, cuando ambos sabemos que no—. Padre debe estar entrando en cólera.

Antes de venir a Londres, y después de mostrar su desagrado por enésima vez de que fuese a la boda, aprovechó un acto que teníamos en palacio para ordenarme que no posara junto a Sebastian ni hubiesen fotos nuestras. Ah, y que dejase en buen lugar a la Corona.

—Si estás incómoda, dímelo. Tampoco creo que nos toque cerca de ellos, ¿no? —dice con el ceño fruncido—. Por protocolo, no debería.

También lo pienso hasta que veo que estamos al lado del otro. Suspiro. Esto ha sido cosa de Charlotte, por mucho que le hubiese pedido que no lo hiciera. ¿Es su manera de instarnos a hablar? ¿De que tengamos otra oportunidad? Trago saliva y muestro mi mejor cara al sentarme. Que Sebastian y yo estemos en la misma mesa, es otra confirmación oficial de nuestra relación; curioso que sea cuando ni siquiera estamos juntos. Por suerte, hay más invitados con los que

poder entablar una conversación: un ex futbolista muy famoso y su mujer, actores de fama mundial y otras personas de ese mundo. Tener a Sebastian tan cerca no me gusta, no me gusta lo que siento. Intento disimular lo mejor que puedo, hablando con todo el mundo menos con él y James, aunque respondo algunas de sus preguntas por cortesía.

Kristoff y yo comemos con lentitud por consideración al resto de gente que tenemos cerca, para que les dé tiempo a acabar sus platos. El protocolo y reglas así lo dictan; si se comparte mesa con un rey o príncipe, no se debe seguir comiendo si uno de ellos ha terminado. Sebastian me mira de reojo durante toda la comida. ¿Seguirá siendo capaz de ver a través de mi fachada? ¿Sabrá lo que me afecta su presencia? Seguro que sí, es de las pocas personas —por no decir la única—, que sabe lo que hay detrás de lo que escondo al mundo.

Una vez que el magnífico pastel ha sido cortado por los novios y servido, y estos han hecho el primer baile nupcial, es cuando el resto de invitados podemos empezar a hacerlo. Kristoff y yo nos unimos en la pista por educación. Así es como acabo emparejada con James.

—¿Cómo está? —pregunto, incapaz de no interesarme por Sebastian—. Parece estar bien. Y si es así, me alegro por él.

—Está muy nervioso por verte. —No es el único—. Escribir la canción le ha ayudado mucho a canalizar sus emociones, ¿qué piensas de ella?

—Es preciosa.

—Y muy sincera. ¿Tú cómo estás, Lena? Llevas tiempo sin mandarle mensajes.

—Es… Es complicado —admito, relamiéndome el labio—. No espero que lo entiendas, eres su mejor amigo.

—No he dicho lo contrario. —Antes de seguir, me da una vuelta al ritmo de la música—. Pero...

—¿Pero? —quiero saber.

Siempre he valorado muy bien las opiniones de James. Es sensato, cabal y un gran amigo.

—Se arrepiente mucho de lo que te dijo, Lena, de su decisión. Puede que...

—No quiero escucharlo —pido.

No es su trabajo, no tiene que arreglar el desastre de su mejor amigo. No cuando él mismo puede hablarme.

—¿Y si te lo digo yo? —Sebastian está detrás de mí, con su sonrisa característica, ofreciéndome la mano para bailar. Y aunque no debería, la acepto—. Estás preciosa.

Si intento pensarlo de forma fría, lo mejor habría sido negarme e irme con una bonita sonrisa, despidiéndome de él para siempre. No he podido ni he querido hacerlo.

—James y tú os habéis aliado, ¿no? —No sé por qué pregunto lo obvio—. Si lo llego a saber, no habría bailado con él.

—Nadie puede negarse a bailar con él. Míralo, es perfecto —bromea y baja la mirada para fijarse en su corbata y en mi vestido—. ¿Te gusta que vayamos a juego?

—No.

—Lena. —Suspira y procuro que mi mirada sea lo más distante posible—. Te echo mucho de menos.

No es el único, yo también. Aunque no lo entiendo, ¿por qué ahora?

—¿Lo haces? —rebato sin inmutarme.

—Sí, te echo mucho de menos —repite con más convicción—. No sabés cuánto me arrepiento de lo que te dije. Lo siento mucho.

Sus disculpas llegan tarde y de una forma que no me gusta; forzando la situación y

aprovechando que no voy a ser maleducada delante de tanta gente. Había infinidad de posibilidades para hacerlo y ha decidido una de las peores. No quiero dejarme llevar, algo que con él me cuesta. Es de las personas que mejor me conocen, con una de las que me siento más cómoda, y después de todo lo que hemos vivido, me es difícil actuar como siempre. Sobre todo cuando me siento del mismo modo a su lado.

—Las disculpas llegan tarde, Sebastian. Y tampoco las quiero.

—¿No las quieres? Eso es un poco injusto —espeta con cierta molestia—. Me equivoqué y soy consciente, ¿no puedo disculparme?

—¿Te disculpas porque de verdad lo sientes o para sentirte mejor contigo mismo?

Se que he dado en el clavo porque se queda callado, pensando lo que decir. Lo conozco casi a la perfección y sé que una de las cosas que más echa de menos es lo feliz que era.

Mientras bailamos, mis ojos vagan por la sala. Muchos están pendientes de nuestras acciones, analizando lo que podemos estar hablando o si tenemos gestos cariñosos. Entre ellos, los miembros de la familia real británica. No quiero ser descortés con ellos o saltarme el protocolo, pero cuando veo la sonrisa de varios, sé que no les importa.

—¿Tú qué crees?

Vuelvo a mirarlo y me pierdo en sus ojos. ¿Cómo puede seguir transmitiéndome tanto? Hay tanta intensidad en ellos, tantos sentimientos, que sé que no miente. No tengo dudas de que sigue enamorado de mí, al igual que yo de él; no obstante, no me sirve. No puede hacerlo. Lo nuestro sigue igual de roto que antes de empezar a bailar.

—No lo sé —admito—. Si lo supiera, no te lo estaría preguntando. Creía que te conocía hasta que me pediste que renunciase a todo por ti.

—He estado pensando... —Aprovecha que la música se vuelve un poco más lenta para acercarme más a él. Estamos a escasos centímetros de distancia y sé que si quisiera besarme, podría hacerlo sin darme tiempo de apartarle. Pero no me alejo. Siempre me ha respetado y sé que eso no ha cambiado—. De hecho, he pensado mucho durante las últimas semanas.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti, sobre mí, sobre nosotros —empieza y se traba un poco de los nervios—. Sé que mi reacción no fue buena, pero si llegara a darse el momento, estoy dispuesto a dejar mi vida pública como cantante por ti. Por nosotros —rectifica de inmediato—. La música siempre formará parte de mi vida. Es algo indispensable para mí, pero puede ser de otro modo.

¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando hablamos de ello no pidió tiempo? Habría sido más fácil y lógico que pedirme que renunciase al trono.

Suspiro en un intento de ganar tiempo para pensar qué decir y cómo hacerlo. En mi interior ha empezado una batalla entre lo que mi corazón me pide y lo que mi cabeza me ordena. Con Sebastian siempre tengo esa lucha interna entre lo que debo y lo que quiero, esa en la que el resultado, sea cual sea, me deja con un sabor de boca amargo al principio. Esa que me hace replantear si me he equivocado en mi decisión.

Esta conversación solo me está haciendo dudar.

—Sebastian, ¿por qué lo estás poniendo tan difícil?

Lo está volviendo todo más complicado. Mi carga es grande, siempre lo ha sido. Solo necesito a una persona a mi lado que me haga olvidar de todo, que me apoye y no huya cuando aparezcan los primeros problemas.

—Porque nuestra relación nunca ha sido fácil.

—No sé qué pretendes. —No parpadea, viendo a través de mí. Yo hago lo mismo—. Una

disculpa no arregla lo que hiciste, no repara lo que estropeaste ni...

—¿Ni?

—Ni hace que recupere la confianza que tenía en ti. Si en la primera ocasión que tuviste dudas, reaccionaste así, ¿cómo sería en el futuro, con otros problemas? —argumento, buscando las palabras más lógicas—. No pido tanto, solo alguien que esté a mi lado y no huya a la primera de cambio. —Alzo la cabeza para dejarle ver mi postura—. Quiero que mi pareja confíe en mí, me cuente sus dudas y me pida ayuda si la necesita.

—Sé que no debería haberlo hecho.

—Pero lo hiciste, Sebastian —remarco—. ¿Cómo crees que me sentó saber todo lo que pensabas a través de una carta que ni siquiera me diste tú?

Leerla fue muy doloroso, pero entendí algo mejor sus acciones. No las justificaba —nunca lo haría—, pero pude ver el miedo que tenía.

—No sabía que…

—Mi vida ya de por sí es complicada —lo interrumpo—. Has visto un poco de ella y todo lo que implica. Necesito que mi pareja lo tenga claro.

—Lo tengo muy claro, Lena.

Las palabras de Sebastian son bonitas y parece muy convencido en todo lo que dice, sin dudas ni titubeos, pero no puedo hacer como si nada hubiera ocurrido. El pasado sigue ahí, su petición de que dejase de ser yo misma sigue ahí. Nada cambia, solo adorna lo que nos envuelve.

—Ahora quizá sí. Hace unas semanas no. —Me da otra vuelta con mucha gracia, al ritmo de la música—. Imagina una situación hipotética. Tú y yo seguimos juntos, con todo lo que conlleva, nuestra relación va a más y... —Me callo unos segundos—. Y queremos casarnos, o llega mi ascenso al trono. ¿Cómo reaccionarías? No estás preparado, no sabes nada de protocolo, de sueco, de nuestras costumbres...

—El futuro es el futuro. Está bien pensar en él, pero prefiero centrarme en el presente. En nosotros.

—No hay un nosotros. Tú te encargaste de hacer que no lo hubiese.

Lo verbalizo más para recordármelo a mí misma que para hacerle daño. Sigo pensando que tomé la decisión correcta, que si pensaba de ese modo no había un futuro para nosotros. En lugar de importarle que haya dicho que ya no somos pareja, me deja sin palabras y trago saliva para disimular mi sorpresa.

—No tuvimos un buen final, Lena. Y lo sabes tan bien como yo. —Me acaricia la mejilla sin dejar de mirarme—. No fue un buen final, porque no lo era, nosotros no podemos acabar así, porque no vamos a olvidarnos del otro fácilmente.

—Estás dando por hecho lo que yo no he admitido o lo que quiero.

—Porque te conozco muy bien. —Se acerca y me besa la mejilla, justo donde estaba acariciándome segundos atrás—. No me rendiré contigo, Lena. No me rendiré con nosotros.

Por su tono de voz, parece más una promesa que un comentario sin más. Está dispuesto a ganarse mi confianza, a demostrarme que sigue valiendo la pena apostar por nosotros. Suspiro y disimulo lo mejor que puedo mi estado de ánimo. Ahora mismo soy un mar de dudas que no llevan a nada.

—Vamos a tomar algo. —Kristoff me aleja de la pista de baile y coge dos copas de champán, ofreciéndome una de inmediato—. Todo el mundo ha estado pendientes de vosotros.

—Me he dado cuenta —confirmo y bebo un poco—. Bailásemos o no, la atención iba a recaer en nosotros.

—¿Qué te ha dicho, Lena?

—Se ha disculpado por lo que dijo y me ha asegurado que, si llega el momento, estará dispuesto a renunciar a su vida como cantante.

—¿No le crees?

Sí lo hago, pero no sé si es suficiente. ¿De qué sirve que lo diga, si quizá no lo cumple?

—Han pasado semanas. Semanas —señalo como si él no lo supiera—. No cambia nada.

—¿Estás segura?

—No —admito y bajo un poco la voz. Al estar hablando solo nosotros, lo hacemos en sueco para que nadie nos entienda—. Si soy sincera, estoy hecha un lío después de escucharlo.

—¿Pero?

Sus ojos azules me escudriñan, pidiéndome que siga y no me calle.

—La gente no cambia, Kristoff —verbalizo mi miedo—. A la mínima que tuvo dudas, se las guardó para sí hasta que explotó. ¿Qué me asegura que no será así en un futuro? ¿Que a la mínima de cambio no volverá a tirarlo todo por la borda? Necesito a alguien estable a mi lado, alguien que...

—Corta el rollo —me interrumpe—. Lo que necesitas es alguien que te haga feliz, que esté mínimo igual de enamorado que tú. Eso es lo principal. Todo lo demás, lo que siempre nos han dicho que tenemos que esperar de nuestra pareja, no importa —asegura—. ¿Qué crees que es lo que más me gusta de Madeleine?

—Es encantadora, puede ser cualquier cosa.

—Con ella me siento normal. —Enarco una ceja. Es justo como me sentía con Sebastian—. A su lado no soy el príncipe de Suecia, el segundo hijo de los reyes, el que podría haber gobernado si hubiera nacido antes. Solo soy Kristoff. Ese es uno de los motivos por los que pienso que es la indicada para mí, ¿sabes?

—Pero ella es...

—¿Es de la nobleza sueca? Sí, he tenido suerte, pero ¿crees que me hubiera importado si fuese actriz o concursante de realities? No, aunque no hubiera tenido el mismo valor que tú para plantar cara a padre de inmediato.

¿Por qué me está diciendo todo esto ahora? Estaba de mi lado, me había dicho que apoyaba mi decisión. Y ahora… ahora solo me hace dudar más.

—Kristoff.

—Si Sebastian te hace sentir lo mismo que Madeleine me hace sentir a mí, no le des tantas vueltas. La gente se equivoca.

Después de eso, no hablamos más del tema, disfrutamos de la boda y somos de los primeros en irnos. Por educación y protocolo, me despido de los novios y de la familia real. Busco con la mirada a Sebastian y James, y al encontrarlos, les hago un gesto también para decirles que nos marchamos.

Regresamos a Estocolmo a primera hora de la mañana siguiente, por lo que llegamos bastante pronto. Voy directa a la casa que, aunque se supone que es mía, solo me recuerda a Sebastian.

Y no puedo evitar preguntarme si debería hacer caso a mi cabeza o a mi corazón. A lo que siento o a lo que sé que debo hacer.

TREINTA Y SIETE
Sebastian

En el avión de vuelta a Los Ángeles, James no deja de preguntarme de lo que hablé con Lena.

—¿Por qué no puedes actuar como una persona normal? —Frunce el ceño y se saca las gafas, frustrado—. Eres demasiado intenso.

—Ella me conoce, sabe que soy así. Y no dije nada que no pensase, James, lo dejé claro.

—Pero ¿y si no quiere volver a estar contigo? Tiene mucho carácter y las cosas muy claras. ¿La ves dando segundas oportunidades?

¿Por qué es tan negativo de repente? No tiene sentido, no cuando siempre me ha dicho que luche por lo que quiero.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Quiero ser optimista, tener esperanza de que todo irá bien.

—Quizá no en esto. —Como de costumbre, me hace replantearme muchas cosas, unas en las que no quiero pensar ahora—. Aún se preocupa mucho por ti, puede que tengas razón.

—Espero tenerla.

Cuando le envío los primeros mensajes a Lena después de la boda, estoy nervioso. Se muestra más seca de lo que recordaba, pero que me conteste es un gran avance.

No es la única. Con el paso de los días, James me explica las novedades en el caso contra mi progenitora.

El juez ha admitido las pruebas presentadas y todo parece indicar que será favorable para mí. Falta que se celebre el juicio, pero según las palabras de mi amigo y de todos los abogados que he contratado, tengo razones más que suficientes para ser optimista.

También empiezo a pensar en componer nuevas canciones, quizá las últimas que publique.

—¿Por qué estás tanto en el estudio? —pregunta James y eso me saca una carcajada—. ¿De qué ríes?

—Sabía que no podría ocultarlo mucho tiempo. Estoy componiendo.

—¿El qué?

—Quizá es una locura.

—Es decir, lo es —me corrige—. Porque si tú lo admites…

—Quiero usar un *sample* de la canción favorita de Lena —confieso, sonrojándome un poco —. Le he pedido a la discográfica que se pongan en contacto con las personas indicadas para que todo sea legal.

Aunque no debería, porque es hacerme daño a mí mismo, cada noche veo el vídeo que le hice mientras tocaba esa canción.

Antes de que James pueda responder, el teléfono me suena y lo miro de inmediato, por si es un mensaje de Lena. Al leerlo, no entiendo nada.

Kristoff:
Espero que no estés detrás de esto, Sebastian.
Porque como sea así...

Nunca he hablado con Kristoff por teléfono. No porque tengamos mala relación —ahora no sabría decirlo, después de sus palabras en la boda—, sino porque nuestro nexo común es Lena.

¿Le ha pasado algo?

No me lo quiero imaginar. Me sentiría aún más inútil e idiota por no estar a su lado y apoyarla.

Yo:
¿De qué hablas, Kristoff?
¿Qué está pasando?

Kristoff:
No sé si te estás haciendo el sorprendido,
o es que de verdad lo estás.

Yo:
Sigo sin entenderte.

Kristoff:
No sé si debería creerte
Quiero pensar que no harías algo así
Te conozco, pero…

Yo:
¿Puedes dejar de ser tan misterioso?
¿Qué pasa?

No responde de inmediato, lo que me pone más nervioso. ¿Y si Lena ha tenido un accidente? Estoy muy preocupado, así que lo llamo.

—Hola, Sebastian. —Es tan educado como siempre, pero su tono de voz no es igual de calmado que de costumbre.

—¿Lena está bien?

Soy directo y me muerdo el labio en un gesto nervioso.

—¿De verdad no sabes nada?

—Kristoff, ¿qué mierda está pasando? —gruño, incapaz de ocultar mi impaciencia—. Estoy atacado, pensando que a Lena le ha pasado algo, y tu falta de respuesta no ayuda.

—Pareces preocupado de verdad.

Hace una larga pausa que solo me crispa más. Cuando empieza a contármelo, aprieto el puño de la mano que tengo libre con mucha rabia para calmarme.

Estoy muy furioso.

¿Cómo le han podido hacer eso? Que a mí se me vea me da igual, pero que hayan invadido nuestra privacidad, y por ende la suya, de esta forma… Aunque no debería, hay una parte de mí que se siente culpable.

—¿Cómo está?

—No lo sabe. Estoy intentando solucionarlo por mi cuenta —admite antes de resoplar—. En realidad no sé qué hacer, pero estoy tratando de arreglarlo como puedo.

—Pero se acabará sabiendo —verbalizo lo que sé que él también piensa.

—Sí. Solo que espero que, cuando eso ocurra, ya esté arreglado. Que sea un problema menor.

—Quiero estar ahí con ella. Sé que la cagué. —No me callo y aprovecho que parece dispuesto a escucharme para hablar con mucha seguridad—. Pienso en eso casi a cada instante, en mi error

y en cómo me equivoqué con ella. Quiero recuperarla. Estoy dispuesto a renunciar a todo por Lena. A todo —remarco.

Y no me arrepentiré lo tengo muy claro.

—No te lo pedirá.

—Lo sé. —Me paso la lengua por los labios, pensando bien qué decir—. Voy a renunciar a todo. Porque quiero estar con ella, lo quiero todo con Lena.

—Estás muy enamorado de mi hermana.

—¿No se nota? —murmuro con una sonrisa.

—Os observé en la boda, cómo la mirabas, cómo ella intentaba disimular mientras también lo hacía, cómo bailabais… —Una ligera carcajada se le escapa—. No tienes que convencerme a mí, sino a ella. Y es muy cabezota.

—Soy consciente.

A mí también se me escapa una pequeña risa. Sí, es muy tozuda, pero es parte de su encanto.

—Mi hermana me matará cuando lo sepa, pero ven a Estocolmo. Me encargaré de todo.

—¿Seguro?

—Como si no lo hubieras pensado antes. —Asiento con la cabeza, aunque no me está viendo. Era lo primero que iba a decirle a James al colgar—. En el caso de que la noticia se filtre antes, agradecerá que estés ahí.

—¿Vas a ayudarme?

—¿No ves que sí? Anda, cuñado, nos vemos pronto.

Después de colgar, voy directo a buscar a James para anunciarle que iremos a Estocolmo. No me importan los compromisos laborales, las entrevistas o todo lo que se venga. Necesito ver a Lena y apoyarla.

Él no pone pegas; al contrario, por la manera en la que frunce el ceño y entorna los ojos con sutileza, se nota que también está preocupado.

Anularlo todo, preparar el equipaje, convencer con tan poco tiempo de antelación a la tripulación con la que siempre cuento para usar mi jet privado y decidir qué miembros de mi equipo de seguridad vendrán con nosotros, nos supone unas cuantas horas. No me importa pagarles más, no me importan las indemnizaciones por incumplimiento de contrato, solo me importa Lena y estar a su lado.

—Te estás torturando demasiado. No es tu culpa, ¿lo sabes?

—¿Y si es así? —susurro y lo miro. Me entiende sin que diga mucho—. Yo compré esa casa.

—No es tu culpa —insiste y me da una palmada en la espalda—. No pienses en tonterías. Tú la compraste, pero no has hecho esas imágenes, que en cierto modo también te perjudican.

Me callo lo que llevo pensando desde que hemos despegado. ¿Y si ha sido mi madre? Quizá ha conseguido algún contacto en Suecia y es ella quien está detrás de todo esto. Podría ser su nueva estrategia, una forma de hacerme chantaje para que retire las múltiples demandas que hay en su contra, su as en la manga.

Y si es así... Si es así, me alejaría de Lena para siempre.

No porque quiera, sino porque sería lo correcto. No podría perdonarme que mi caótica vida afectase tanto a la suya.

Somos de dos mundos muy distintos que quizá no deberían haberse mezclado.

Cuando aterrizamos a la mañana del día siguiente, Kristoff me dice lo que no quería leer; la

noticia se ha filtrado y Lena ya lo sabe, así que me pide que vaya directamente a palacio, mandándome la dirección por mensaje.

Si soy sincero, no sé ni dónde se sitúa, pero al ver que nos alejamos un poco de lo que es la ciudad en sí, no me sorprendo. ¿Dónde, si no, estaría un lugar tan ostentoso?

Al llegar, nos dejan pasar como si nada. Una vez pasadas las primeras medidas de seguridad, Kristoff nos está esperando en la entrada, por lo que detenemos el coche y nos bajamos. Antes de que pueda decir nada, le hace un gesto a un miembro de su equipo de seguridad, instándolos a ellos y a los guardaespaldas que nos han acompañado hasta aquí a que se marchen.

—Vale, la situación es complicada —dice después de saludarnos—. Mi padre está un poco fuera de sí.

—¿Y Lena cómo está?

—Se alegrará mucho de que estés aquí —comenta sin responder a mi pregunta.

Nos sigue explicando un poco cómo están las cosas mientras recorremos un enorme jardín y unas escaleras que parece que no acaban nunca. El interior es tal y como me esperaba, un lugar de ensueño, un palacio con todas las letras.

Kristoff nos guía por los múltiples pasillos hasta que abre una puerta y entra como si nada. Cada vez estoy más ansioso, no voy a negarlo, pero intento mostrarme lo más seguro que puedo.

Ver así a Lena me destroza. Siempre ha proyectado una imagen de lo que es, una mujer fuerte e independiente que no necesita a nada ni nadie; sin embargo, ahora parece vulnerable.

No me importa ignorar a los reyes, a pesar de estar en su casa, porque solo me interesa Lena.

Mi Lena.

La abrazo, acurrucándola en mi pecho, queriendo mostrarle que quiero cuidarla, apoyarla y protegerla. Que estaré aquí siempre que me necesite.

—He venido lo antes posible —comento. Ella se aferra a mí con fuerza, por lo que le acaricio el pelo como cuando estábamos juntos—. Lo siento mucho, Lena.

Alza la cabeza y me sonríe, como si nada hubiese ocurrido entre nosotros.

—¿Se puede saber qué hace el cantante aquí? —El desprecio es tan evidente en la voz del rey que me cuesta disimular mi desagrado. Estoy aquí solo por Lena, lo demás me da igual—. Prohibí su entrada. Lo dejé muy claro.

Por educación y respeto, intento alejarme de ella; no me deja, me abraza aún más fuerte, desafiando a su padre.

—Ha sido cosa mía, padre. —Kristoff se sienta en una de las butacas con total naturalidad—. Hablé con él cuando supe que existían esas fotografías y sus explicaciones me convencieron. Por eso está aquí.

—¿Lo sabías desde ayer? —pregunta Lena incrédula.

—Una buena amiga periodista me dio la primicia y he estado intentando pararlo —admite y en sus ojos azules hay una disculpa implícita—. Esperaba poder arreglarlo o que Sebastian llegase antes de que lo supieras.

—No lo quiero en mi casa —vuelve a mencionar el rey, sin elevar el tono—. No sé con qué razón lo has invitado y lo has dejado pasar. —Su atención va entre James y yo—. Mejor dicho, los has dejado, que son dos.

—Agradecería, padre, que respetes a mi pareja y a mi amigo. —Lena mira a su padre, retándolo. Al verlo, quiero besarla como agradecimiento por defenderme aun cuando no estamos juntos—. Siempre me dices que la buena educación se demuestra en las pequeñas cosas.

—¿La misma educación que ha demostrado él filtrando esas imágenes? —espeta y vuelve a

fruncir el ceño—. Tienes mucha cara de estar delante de ella, después de todo lo que le has hecho.

Me da igual que crea que he sido yo; su opinión no me importa. La única que lo hace es la de Lena.

—Sé que no has sido tú —me tranquiliza y me toma de la mano con cariño—. No lo he pensado en ningún momento.

Suspiro de alivio.

No tengo palabras para expresar cómo me siento al saber que sigue confiando en mí.

—Majestad. —Miro a James, que asiente con sutileza—. Sé que no es el mejor momento para habernos conocido. —Quiero sonar lo más formal y respetuoso posible, aunque no se la merezca por la manera en la que me ha hablado—. También sé que no soy de su agrado, algo que a pesar de comprender, no es que me importe. —Kristoff se ríe sin disimulo—. Si estoy aquí, es porque quiero apoyar a su hija en esta situación tan complicada, así que agradecería que reservase su animadversión para otra ocasión.

Sé que James estará orgulloso de que haya usado esa palabra, sobre todo tras aconsejarme en el avión sobre cómo hablarle a los reyes.

¿Servirá de algo? No lo sé. Dudo que la opinión que tiene el rey de mí cambie.

—¿Crees que tus palabras van a convencerme? —Intenta decir algo más, pero la reina le da un pequeño golpe para que se calle.

Su apoyo indirecto provoca que alce una ceja y que ella me mire y sonría con cariño, como si estuviera contenta de volver a verme.

—Si quiere registrar nuestras pertenencias, tanto James como yo se las facilitaremos. Lo que sea con tal de convencerle de que no estamos detrás de esto. —Procuro disimular mi nerviosismo. Por mucho que me haya tratado mal, no deja de ser el padre de la mujer que amo y quiero caerle bien—. Nunca le haría daño a Lena. Antes preferiría hacérmelo a mí.

—Gustaf, no sigas —se adelanta la reina—. No creo que haya sido él. —Eso es un alivio—. Es un placer volver a verte, Sebastian. Y encantada de conocerte al fin, James.

—Lo mismo digo, alteza —murmura James antes de girarse hacia Lena —. No tengo dudas de que vuestro equipo de seguridad es muy bueno y que está altamente cualificado, pero tengo amigos expertos en informática y programación. Los conocí en Harvard y sé que son personas de confianza que me ayudarían.

—Gracias. —Sonríe y vuelve a mirar al rey—. ¿Qué se supone que tenemos que hacer, padre? ¿Dar un comunicado o...?

Con un gesto, él nos pide que nos sentemos antes de empezar a explicar lo que ya ha hablado con los encargados de seguridad y prensa de la corona.

Por el momento, y hasta nuevo aviso, Lena no puede volver a esa casa; no es seguro. Como se trata de un delito, la policía ya está enterada y trabajará codo con codo con los miembros de seguridad de palacio para descubrir la persona detrás de todo esto.

—Sebastian y James pueden quedarse —dice la reina y Lena frunce el ceño—. Gustaf, no me mires así, también es mi casa. Si quiero que la pareja de nuestra hija y su amigo se queden, lo harán.

—Yo… —Lena suspira—. Necesito regresar a casa.

—Ni hablar —espeta el rey—. Hazme caso, por una vez. Tu seguridad está comprometida.

—Snö sigue ahí, no puedo dejarlo solo.

—Voy a por él —me ofrezco. Como nuestras manos siguen entrelazadas, me acaricia el dorso

para agradecérmelo—. Después de todo, es de ambos, ¿no?

Lena decide que una de las mujeres que trabaja en palacio, en quien confía plenamente, nos acompañe a James y a mí para así poder traer otros objetos personales.

—Un momento —pide el rey—. Antes de que os marchéis, me gustaría hablar en privado con Sebastian.

—No. —Lena se me adelanta—. No, padre.

Pero a mí no me importa; si quiere hablar, lo haremos. Prefiero que sea directo y me diga los motivos por los que le caigo tan mal.

—De acuerdo, majestad. —Tranquilizo con la mirada a Lena, expresándole que todo irá bien, aunque ni yo mismo sé si lo hará—. Le sigo.

Será peor si me niego, y quiero afrontar el problema para ver si hay solución.

Le sigo por pasillos interminables, caminando al lado de la madre de Lena, que intenta tranquilizarme sin marcar diferencias. Entramos en un despacho y con un ademán, el rey me indica que me siente frente a él, separados por un escritorio imponente de madera pulida.

Ese simple gesto indica mucho más de lo que parece, porque está demostrándome su poder.

Por si fuera poco, también me analiza, con esos ojos azules idénticos a los de Lena. Teniéndolo tan cerca, veo sus similitudes, como ese porte elegante y aristocrático, la autoridad que desprende sin tener que hablar y su actitud corporal.

No seré yo quien empiece a hablar, así que los miro sin disimular, fijándome en la reina. En lugar de sentarse, se ha quedado al lado de su marido.

—Creo que esta conversación irá mejor si somos directos —empieza el hombre—. Quiero hablar en calidad de padre, uno preocupado, y la pareja de su hija.

—Me parece bien.

—No me caes bien, tampoco me gustas. —No parpadea al decirlo y va al grano, tal y como ha anunciado—. Creo que Lena comete un error al estar contigo.

—¿Por qué? —Si él es directo, no me quedaré atrás—. Que yo sepa, no he hecho nada para que tenga esa opinión de mí.

Prefiero seguir hablándole de usted. Creo que es lo más adecuado.

—Para empezar, eres estadounidense. —Alzo una ceja, no entiendo a lo que se refiere—. Esperaba que mi hija primogénita, la futura reina de Suecia, se casase con alguien de aquí. Y si no era posible, con alguien de otro país con cierta posición, con un cargo acorde al suyo.

En otras palabras, con algún príncipe o noble.

—También tiene un problema con mi profesión.

—Sí. —Asiente—. Con la forma de vida que solías tener y tu pasado. No eres adecuado para mi hija.

—¿En qué se basa? —Intento contener mi rabia. Me ha juzgado y ha emitido su veredicto con impasibilidad—. ¿Por lo que cree de mí sin conocerme? Lena es más que capaz de tomar decisiones por sí misma.

—Es demasiado tozuda para darse cuenta de la realidad. Sus sentimientos la ciegan.

—¿Y si tú eres quien se equivoca? —Ya ni me importa tratarlo de usted. Estoy muy cabreado —. Piensas que la conoces, pero no es así. No lo haces en absoluto.

—La conozco mejor que tú. ¿Qué quieres? ¿Dinero? ¿Fama? —Empiezo a reírme a carcajada limpia. ¿Por quién me toma? ¿Acaso cree que no tengo suficiente?—. Tengo muchos contactos e influencias en todo el mundo. Puedo...

—No me interesa —lo interrumpo—. Me enamoré de tu hija por lo que es, no por su título, su

corona o todo lo que crees que es tan importante, pero que a mí me da igual.

—¿Seguro?

—El dinero, la fama… Lo que sea que puedas ofrecerme me es indiferente.

—Puedo conseguir que...

—Gustaf, suficiente —lo corta la reina, molesta—. ¿No ves que no ha caído en tu trampa? Estás haciendo lo mismo que hice yo cuando lo conocí, ponerlo a prueba y comprobar lo que te dije hace semanas.

—Tenía que comprobarlo por mí mismo —admite, mirándome—. Eso no quita que haya dicho algo que no sea cierto. Ni me gustas ni me caes bien.

—Lo entiendo.

En su lugar, si tuviera una hija, quizá pensaría lo mismo en un primer momento. Pero no juzgaría a esa persona, no de este modo.

—Tampoco creo que seas la mejor opción como futuro yerno —sigue enumerando sus razones—. No sabes nada de nuestra cultura, ni nuestro idioma. Y podría poner muchísimos más ejemplos por los que no eres el adecuado.

—Eso también lo comprendo —concedo—, pero estoy dispuesto a renunciar a todo por Lena. —La reina vuelve a sonreír y le da un pequeño golpe a su esposo para que me escuche—. Dejaré mi vida pública como cantante, aprenderé sueco, las costumbres del país y, si es necesario, me convertiré al luteranismo.

Bueno, no estoy siquiera bautizado, pero se ha entendido.

—Has estado investigando —murmura antes de suspirar—. Mi hija es la futura reina y estoy muy orgulloso de ella por lo...

—¿Por qué no se lo dices nunca? —lo corto, incapaz de callarme—. ¿Sabías que muchas veces le entran dudas sobre ello por creer que no es suficiente?

Soy consciente de que no debería haberlo soltado, pero sé lo mucho que le afecta a Lena y las inseguridades que le genera su actitud.

—Annalise, tenías razón. —Se gira un poco para mirar a su esposa, a quien se le ensancha aún más la sonrisa—. Es valiente y no se siente intimidado por mí. —Se levanta y me rodea hasta ponerse a mi lado—. Voy a darte una oportunidad, Sebastian.

—¿Lo harás? —repito totalmente incrédulo.

—Sí, aunque estaré muy pendiente de ti. —La amenaza es sutil, pero evidente—. Esperando que te equivoques, que no estés a la altura, que cometas un error para decirle a Lena que tengo razón, que no eres el indicado.

—¿Y si eres tú quien se equivoca?

—Entonces tendréis mi apoyo y mi permiso para formalizar vuestra relación. Porque no sé si lo sabes, pero sin mi aprobación y la del parlamento, nunca podréis casaros si llega el momento —sentencia con cierta malicia—. Sigues sin ser de mi agrado, que quede claro.

Ni él del mío, pero supongo que tendremos que aprender a tolerarnos.

TREINTA Y OCHO
Lena

Sigo sin entender muy bien qué está pasando y cómo me ha ocurrido esto a mí.

¿Cómo es posible que existan esas imágenes? ¿Cómo puedo seguir como si nada, sabiendo que hay desconocidos que tienen fotografías mías desnuda?

Quiero desaparecer, alejarme de todo, pasar desapercibida...

No dejan nada a la imaginación; en algunas salgo con Sebastian, en situaciones tan íntimas que me da vergüenza que mis padres las hayan visto, y en otras se me ve en ropa interior.

Me duele mucho verme así, tan expuesta, tan vulnerable… Es mi intimidad, mi vida privada, y a alguien le ha dado igual invadirla.

Desde que me lo han dicho, ha sido todo como una montaña rusa, pero no he pensado ni por un momento que el culpable sea Sebastian.

Tampoco me tranquiliza en absoluto que no puedan publicarlas si no quieren ganarse una denuncia; el simple hecho de que alguien externo las haya visto me genera mucha ansiedad.

—Estás nerviosa —afirma Kristoff.

Claro que lo estoy. ¿De qué querrá hablar mi padre con Sebastian? ¿Por qué ahora?

No puede salir nada bueno de esa conversación.

Odio no poder controlar la situación y todo lo que me rodea, algo que no paro de sentir desde que he llegado a palacio y me han dado la noticia.

—¿Sabes de lo que quiere hablar padre con él? —conociendo la afinidad entre ambos, es más que probable—. Porque pueden ser tantas cosas…

Estaba dispuesta a defender a Sebastian hasta el final, sin importarme que no fuera mi pareja.

—No, pero puedo hacerme una idea. —Se encoge de hombros como si fuera obvio—. No me disculparé.

—¿Por qué deberías?

—Por traerlo aquí y contarle lo que estaba ocurriendo —dice antes de pedirme que me siente a su lado. Cuando lo hago, me abraza como cuando éramos pequeños, yo protegiéndolo y él apoyándose en mí—. Sé que necesitabas su apoyo, aunque no lo habrías reconocido.

—Me gusta que esté aquí, sí.

—A veces, Lena, las cosas no son tan simples como un sí o un no, y cambiar de opinión no es malo.

Está intentando distraerme, pero es imposible.

—No me importa eso ahora —bisbiseo, prefiero no pensar en ello por el momento—. Si te digo que no me siento yo misma, ¿me creerías?

—No eres un robot. Tienes sentimientos por mucho que quieras luchar contra ellos y ocultarlos. —Intento protestar, pero no me deja—. No sabes la rabia que tengo por lo que ha

sucedido.

—Has hecho lo que has podido.

—Pero no ha sido suficiente. No te mereces esto.

—¿Alguien lo merece alguna vez?

No por ser una princesa tengo más derechos. Solo soy una más de las muchas que habrán pasado por algo similar.

—No.

—Podrías habérmelo dicho al menos. No hubiéramos conseguido mucho, pero…

—Solo quería poder ayudarte como tú has hecho conmigo infinidad de veces.

Típico de él.

—Que Sebastian esté aquí es una locura —menciono para que no haya silencio—. Una completa locura.

—Para mí es lo más lógico del mundo. —Alzo una ceja, esperando que se explique—. Aún no le he perdonado, pero que haya recorrido tantos kilómetros solo para estar a tu lado, aun sabiendo que quizá no era bien recibido…

La conversación que tengo con mi hermano hace justo lo que no quería, que le dé muchas vueltas a todo lo relacionado con Sebastian. Ha hecho lo que espero de mi pareja; apoyarme, no darme la espalda en momentos importantes.

¿Es esta una de sus formas de demostrarme lo que me prometió en la boda?, ¿que sigue sin rendirse con nosotros?

Unas horas más tarde, y mientras paseo por los jardines para intentar aclarar mis ideas sin mucho éxito, los ladridos de alegría de Snö hacen que me detenga y me gire para verlo.

—También te he echado de menos, pequeño —murmuro, agachándome para acariciarle la cabeza y río cuando me lame la cara.

—A mí no me ha hecho tanto caso cuando me ha visto, y eso que había pasado mucho tiempo. Estoy celoso. —Sebastian también está riendo. Al ver que lo miro, hace un pequeño puchero—. ¿Cómo estás?

Esa es una muy buena pregunta, una que no sé responder.

—¿Cómo crees que estoy?

Empiezo a caminar, vigilando lo que hace Snö, y Sebastian no tarda en acompañarme.

—No importa lo que crea. Quiero saberlo de tu boca. —Duda pero al final me ofrece su mano, una que no tardo en aceptar—. Así que lo repetiré, ¿cómo estás?

—No lo sé —admito y suspiro—. Tengo un cúmulo de emociones que no sé cómo catalogar, llevo horas dándole vueltas a la cabeza. —No me apetece seguir hablando de mí, así que cambio de tema—. ¿Qué te ha dicho mi padre?

—Hemos tenido una conversación interesante —afirma y oculta una sonrisa traviesa—. No voy a decirte más.

—¿Por qué?

¿Se ha extralimitado? No quiero que se haya sentido incómodo o que le hayan faltado el respeto. ¿Y si le ha amenazado?

—Prefiero dejarte con la duda. —Me guiña un ojo—. Como he dicho, ha sido interesante.

Me detengo y me giro para mirarlo de forma directa.

—¿Por qué has venido, Sebastian?

—¿Por qué no debería? —rebate y me acaricia la mejilla con suavidad—. La respuesta a tu pregunta es tan obvia y fácil...

Quiero besarlo, perderme en sus labios y olvidarme durante unos segundos de todos los problemas que me rodean.

—Gracias por estar aquí. —Me recompongo e intento recuperar el control de la situación, algo que no consigo del todo—. Gracias por no rendirte con nosotros.

Ahora mismo, lo que siento por él es una de las cosas que tengo más claras en mi vida.

—Sabes que no lo haré, Lena. —Me abraza y vuelvo a acurrucarme en su pecho—. Nunca me rendiré con nosotros.

Entre sus brazos me siento a salvo, segura, como si nada más importase, por lo que me permito disfrutar de esta sensación lo máximo que puedo.

No hacen falta palabras, con tenerlo a mi lado me es más que suficiente.

A la mañana siguiente, cuando me despierto y miro la prensa, no me espero lo que me encuentro. Debería estar aliviada de que mis imágenes no estén copando todos los medios, pero no me agrada la idea de que haya trascendido que Sebastian está aquí. Me sorprende la calma que hay cuando voy a desayunar. Mi padre no me reprocha nada, todo lo contrario; está calmado, hablando con mi madre como cualquier otro día.

—¿No vas a decir nada? —pregunto y me siento.

—Hablas del revuelo mediático que hay —asume y da un largo sorbo a su café—. No tengo nada que decir, porque he dado la autorización.

—¿Cómo? —Parpadeo, incrédula. Esto sí que no me lo esperaba—. ¿Tú?

Nunca le ha gustado que mi presencia en los medios sea frecuente, ¿por qué ahora es diferente?

—Ha sido una estrategia del jefe de prensa y me ha parecido correcta —admite y sonríe ante un gesto de mi madre—. Le hemos dado un caramelo a la prensa, uno que saborearán con gusto durante mucho tiempo. Es justo lo que necesitamos para saber quién está detrás de esas imágenes, Lena.

Debo admitir que es una muy buena idea, porque por lo que hablamos durante el desayuno, se está acotando poco a poco el cerco y se sabrá, más pronto que tarde, el nombre del responsable.

Y no sé si estoy preparada.

La presencia de Freya en palacio me sorprende. No entiendo qué hace aquí o qué es tan importante como para que haya vuelto cuando aún no ha acabado el año escolar. Además, la última vez que había hablado con ella —hace bastante poco—, me había contado que en nada eran las evaluaciones y que estaba muy nerviosa.

Es Kristoff quien me explica que ha sido mamá la que le ha dado permiso para venir, después de contarle lo que está pasando y el motivo por el que Sebastian está aquí.

—¿Tienes un momento? —Observo a Freya, alzando una ceja—. ¿Por qué me miras así, Lena? Me das miedo.

Una de las quejas que tengo de ella es que nunca llama a la puerta; entra sin más, hablando de lo que le interesa y yendo al grano.

—¿Qué te pasa? —le pregunto de forma directa.

Dudo que esté yendo con tanto cuidado por mí, no cuando ya me ha visto y sabe que estoy bien dentro de mis posibilidades.

—¿Por qué crees que me pasa algo?

—Freya.

Resopla con el dramatismo que solo ella tiene y se sienta en la cama. Esto ya es más típico de ella; prefiere cualquier sitio antes que una silla.

—No me gusta que me conozcas tanto —protesta haciendo un mohín—. Debería ser yo quien pregunte.

—No funciona así. —Analizo su aspecto. Sigue con unas ojeras muy marcadas y no hay ese brillo característico en su mirada—. No sé cómo decirte ya que puedes contarme cualquier cosa.

Aprieta los labios y duda, por lo que me levanto y me siento a su lado para que esté más cómoda.

—Vas a reñirme…

—No lo haré —aseguro. Quiero que se sienta comprendida, que sepa que puede confiar en mí —. Te escucho.

Está muy nerviosa, sopesando si decírmelo o no y moviendo las manos de forma frenética.

—Vale, a ver… —Se calla y solo eso me refuerza que lo que le pasa es grave—. Estoy teniendo ciertos problemas.

—¿Problemas en qué sentido?

—Una temporada mala.

No está diciendo nada, solo da rodeos.

—¿En qué sentido? —repito—. ¿No estás bien en el internado? ¿Tienes algún problema con algún compañero?

—Ah, no. Me llevo genial con todos y me lo paso muy bien.

—¿Entonces?

Esta incertidumbre me está poniendo nerviosa también a mí. Si está bien con eso, porque no miente —se le nota mucho cuando lo hace—, ¿qué le pasa?

—Es muy difícil de contar.

¿Le han roto el corazón y no sabe cómo afrontarlo? Recuerdo mi primer amor adolescente y la intensidad con la que viví todo.

—Prueba con empezar por el principio —sugiero, sonriéndole para que vea que sigo de su lado—. Quizá te resulte más sencillo.

—Me has dicho que no te enfadarías —recuerda y asiento de manera leve—. Estoy intentando bajar de peso para parecerme más a ti.

Todo en esa frase está mal. ¿Cómo que para parecerse a mí?

—¿Cómo?

—Es que tú eres tan guapa, tan delgada, tan… —Suspira—. Eres todo lo que no soy y quiero ser. Así que lo primero es seguir perdiendo kilos.

—¿Y cómo lo estás haciendo? —pregunto con la esperanza de si quiere bajar de peso sea de forma sana, sin obsesionarse—. ¿En el internado tenéis un nutricionista o…? —Desvía la mirada —. Freya, dime que no estás dejando de comer.

—No estoy dejando de comer —pronuncia y es imposible que crea lo que ha dicho. Está mirando cualquier cosa menos a mí—. ¡He bajado dos tallas!

No me gusta que lo celebre como un éxito, porque no lo es. Puedo entender en cierta forma que haya querido bajar un poco de peso para sentirse mejor consigo misma. Pero no así, no por mí.

—Freya…

—Has dicho que no te enfadarías conmigo.

—No estoy enfadada —matizo. Esa no es la palabra exacta ni cómo me siento—. Estoy

preocupada.

—No tienes que estarlo. Yo controlo. —Quiero interrumpirla, pero no me deja—. No lo entiendes, Lena.

—¿Qué no entiendo?

—El nunca ser suficiente, que da igual hagas lo que hagas, porque tus hermanos lo habrán hecho antes y mejor. —Resopla y veo cómo se le humedecen los ojos—. Solo quiero dejar de sentirme así y no…

—¿No?

—No tenerte envidia —bisbisea y se quita una lágrima—. Me siento como la peor hermana del mundo, y más con todo lo que te preocupas por mí. —Solloza—. Pero no puedo evitarlo, Lena. No puedo.

Repaso mentalmente nuestras últimas conversaciones y encuentros. ¿He hecho algo para que piense así, aunque sea involuntario?

—Lo siento, si…

No sé qué decir o cómo hacerlo.

—No es tu culpa. Si eres la mejor hermana que podía haber pedido —afirma—. El problema soy yo. —Se pasa la mano por el cabello, despeinándose y su voz titubea—. Quiero que se fijen en mí y no ser solo la hermana de…

La abrazo y empieza a llorar sin control. ¿Cuánto tiempo se ha guardado esto? ¿Cuánto ha sufrido sin pedir ayuda?

—Hablaré con…

—No, no le digas nada de esto a mamá ni papá —me pide sin dejar de sollozar—. No lo entenderán. Pensarán que soy aún más defectuosa.

—No puedo dejarlo pasar, Freya —sentencio. Si no la ayudamos ahora, puede que acabe siendo demasiado tarde—. Si no quieres que lo sepan, tienes que dejar que te ayude. Y eso implica empezar a tratar todo el problema.

—¿Todo?—Un profesional será lo más adecuado. Yo no sé cómo ayudarla ni cómo hacerlo bien—. Lena, no.

—Lena, sí —repito.

—¿Todo por haber dicho que te tengo envidia? —Se aparta y se levanta, poniendo distancia entre los dos—. No puedes hacerme esto. —Niega y traga saliva—. No es tan raro, estás saliendo con mi cantante favorito y…

—Freya —corto su bucle—. ¿Qué quieres que haga entonces?

—Nada. —Vuelve a llorar y me levanto para abrazarla de nuevo—. Solo quiero ser feliz y…

—Lo sé. —Le acaricio con cariño el pelo—. Y lo serás.

Me cuesta casi una hora hacerle ver que pedir ayuda no es un problema ni cambiará nada. Saber que mi hermana se siente así y le pasa esto es lo único que me preocupa en ese momento; todos mis otros problemas me dan igual.

—Nunca he querido que te pasase esto.

Es Freya quien me lo recuerda, justo antes de irse.

Una de las cosas que siempre se me han dado bien es esconder mis emociones y preocupaciones ante el mundo. Me lo habían enseñado desde pequeña, y es justo lo que hago en los días posteriores de saber que hay imágenes mías íntimas recorriendo todo el mundo por eso acudo a

todos los actos públicos que tengo programados, sin reducirlos ni cambiarlos. No obstante, hay pequeñas cosas que siguen siendo cabos sueltos y me impiden volver a la normalidad. Y una de ellas es Sebastian, que como siempre se me escapa de control.

No es solo el hecho de que se me hace muy extraño que esté en palacio (y seguro que a él le ocurre lo mismo), sino lo difícil que se me hace luchar contra mis sentimientos, contra lo mucho que me gusta su compañía. Es encantador; se comporta como si no hubiera pasado nada entre nosotros, me apoya, se preocupa por mí a diario, me hace reír...

—Sabes que no es necesario que hagas todo esto, ¿no? —comento mientras paseamos por los jardines de la mano—. No hace falta que aprendas sueco ni...

Desde que llegó, no ha tenido casi ni un momento libre, no cuando mi madre y Kristoff le han presentado infinidad de personas que le enseñarán protocolo, idiomas, cultura… Por lo que me han dicho, se está tomando muy en serio lo que mi padre considera que debe aprender. Todos coinciden que tiene mucha voluntad y empeño, y que aunque le cuesta, sobre todo el sueco, da lo mejor de sí. Él ha dejado todo para estar conmigo y apoyarme, y eso demuestra más de lo que cree, mucho más que palabras bonitas.

—No mientas, sé que te encanta. Te impresionaría con mis nuevos conocimientos del idioma, pero no quiero dejarte sin palabras. —Chasquea con la lengua y sonríe—. ¿Hoy estás mejor?

Poco a poco, nos estamos volviendo a acercar. Me encanta que esté a mi lado y me ayude a desconectar, dándome el espacio que necesito. Podía haberse equivocado, pero está enmendando su error de la mejor manera posible. Sebastian me hace feliz, es algo que no puedo obviar, y estoy segura de que vale la pena luchar por nosotros, de que si nos lo proponemos, podremos superar cualquier obstáculo.

—Creo que no estaré bien del todo hasta que se sepa quién está detrás —admito después de pensármelo un poco. La incertidumbre me genera ansiedad—. Se me sigue haciendo extraño que estés aquí.

Hemos formado una rutina que no queremos romper. Por las tardes, cuando ninguno tiene nada que hacer, paseamos por los jardines de la mano; a veces jugamos con Snö y otras nos limitamos a disfrutar de nuestra compañía.

—¿Quieres que me vaya?

—No.

Dejo de andar para mirarlo. Sigo teniendo muchas dudas, pero tenerle tan cerca, y que no tenga que llenar el vacío con palabras huecas, hacen que lo vea todo más claro.

—Yo tampoco quiero hacerlo —murmura y me coloca un mechón detrás de la oreja—. Eres preciosa, Lena.

—No seas bobo. —No sé cómo consigue sonrojarme siempre que dice este tipo de cosas—. No hace falta que me adules, sabes que no me gusta.

—Solo digo la verdad —asegura, tocándome la nariz con el índice—. Te quiero.

No puedo evitar sonreír. Esas palabras, si son suyas, son de mis favoritas. Hacía mucho que no las escuchaba, aunque no hacen falta; lo demuestra a diario con su actos.

—Yo también te quiero.

Y lo beso, incapaz de reprimir más tiempo lo que siento y sabiendo que no me equivoco. Que juntos podremos con todo. Me gustaría estar así para siempre, que sigamos siendo solo nosotros dos por mucho más que solo un instante.

—¿Estamos juntos en esto? —pregunta juntando mi frente con la suya.

Sé que no solo se refiere a nuestra relación; también habla de lo de las fotos, a lo que tiene

que aprender, a todo lo que pueda venir…

—En esto y en todo lo que venga.

TREINTA Y NUEVE
Lena

A James y Kristoff no se les pasa por alto que volvemos a estar juntos.

Quizá es porque somos muy obvios, o quizá porque son los únicos que sabían lo que había pasado. Tampoco hacemos nada fuera de lo normal.

El tema de Freya —que no puedo obviar por mucho que haya vuelto ya al internado—, y las fotografías siguen marcando mis días. Por lo que me cuenta mi padre, que es muy poco, la investigación sigue su curso, buscando cualquier pista o indicio.

—Hoy he aprendido una cosa muy curiosa, Lena. —Sebastian se sienta a mi lado, con una expresión divertida—. De hecho, varias.

—Sorpréndeme.

Me encanta verlo tan emocionado después de sus tutorías y que esté ilusionado por contarlas.

—Suecia, en vuestro idioma, es decir, Sverige, significa literalmente nuestro reino. ¿Lo sabías?

Lo miro con una ceja alzada.

—Claro que lo sabía —admito y reprimo una carcajada. Me resulta muy tierno—. El nombre del país tiene más de dos mil años y proviene de unos habitantes al sur del país llamados Svear, que significa nosotros, y rike, que es reino.

—Aburrida —resopla. Hace un pequeño puchero que me parece adorable y me lleva a pasar la mano por su mejilla en un gesto cariñoso—. Estaba emocionado.

—Pareces un niño pequeño contándome lo que has aprendido en el colegio —murmuro y me acurruco a su lado. No tarda en acomodarme entre sus brazos y alzo la mirada para fijarme mejor en su rostro—. Va, ¿alguna curiosidad más que quieras contarme?

—Muchas —dice y empieza a acariciarme el cabello con suavidad—. Para empezar, ¿cómo hacéis para diferenciar según qué palabras?

Pasamos la tarde así, él muy atento a los datos que le explico y que la mayoría de población de Suecia conoce, como que el cinturón de seguridad es un invento sueco, o que uno de los juegos más famosos de móvil fue fundado por suecos antes de vender la compañía a una empresa británica. También hago menciones rápidas, porque no quiero agobiarlo, de algunos sucesos históricos importantes.

—Cuando me lo explicas tú, parece hasta divertido —bromea después de escucharme con atención, besándome la punta de la nariz antes de sacarme la lengua—. Quizá deberías ser tú mi profesora, aunque...

—¿Aunque?

—Acabaría distrayéndome y solo querría besarte —admite y lo hace. En esos segundos que dura el beso olvido todo, lo que siempre me ocurre a su lado—. ¿Ves? Soy incapaz de resistirme.

Voy a besarlo de nuevo cuando un carraspeo nos interrumpe. Mi padre está en la entrada de la sala de estar, junto a uno de sus hombres de confianza. No parece enfadado por lo que ha visto, sino preocupado y decepcionado.

—¿Pasa algo? —pregunto de forma directa.

—Sabemos quién está detrás de las fotografías, Lena.

Eso hace que me incorpore y lo mire, esperando obtener una respuesta a través de sus ojos. No lo consigo, y eso hace que no entienda nada.

—¿Y bien? —insisto—. ¿Padre?

Está derrotado, como si saber el nombre de la persona que ha intentado hacerme daño lo hubiera dejado agotado.

—Diría hablar a solas, pero creo que no es lo más adecuado después de haber culpado a tu pareja —empieza y se sienta en una de las butacas que hay junto al sofá. Agradezco que esté hablando en inglés, para no ocultar nada a Sebastian. Tampoco se me ha pasado por alto que lo ha llamado mi pareja—. Me he dado cuenta de mi error.

—No te entiendo —bisbiseo ocultando mis nervios—. ¿Qué quieres decir?

—He estado años convencido de que sería un perfecto candidato para ti. Nadie te entendería mejor que él, siempre os habéis llevado tan bien y... —Acaba por negar con la cabeza y sus arrugas se marcan un poco más—. Siento haberte juzgado antes de tiempo, Sebastian. Quizá lo que creía mejor para mi hija, no lo era.

Proceso bien sus palabras. ¿Candidato para ser mi pareja?

¿Quién me entendería mejor que nadie? Entonces lo entiendo; ha sido Nikolaj. Pero ¿por qué? ¿Qué gana él al hacerlo?, ¿qué beneficio obtiene de que fotografías mías se filtren?, ¿por qué quiere hacerme daño si somos amigos?

No puede ser él.

—No se preocupe —le resta importancia Sebastian y me coge la mano para darme apoyo—. Ya le dije que lo entendía.

—Padre, ¿estás seguro?

Sé la respuesta, porque no me lo estaría diciendo si no lo estuviera, pero sigo sin poder asimilarlo.

—Sí.

—No lo entiendo. —Suspiro, buscando un motivo para que Nikolaj sea el culpable—. ¿Por qué?

—Eso es algo que me gustaría saber. —Se pasa las manos por la frente en un gesto que demuestra lo cansado y derrotado que está—. No quiero que te relaciones más con él. Deja que lo solucione todo, Lena.

—¿Puedes posponerlo? —sugiero sin pensarlo mucho—. Me gustaría hablar antes con él, padre.

—Acabo de decir que no.

—Necesito saber el motivo —me apresuro a decir, esperando que me entienda—. No sé si tendrá lógica para ti, padre, pero quiero saberlo.

Y cerrar un círculo.

—En ningún momento estarás a solas con él —acaba accediendo—. No confío en lo que pueda hacer.

Poco después se marcha y Sebastian me pide que le explique bien lo que ha pasado. Cuando le digo que quien estaba detrás de las fotografías es Nikolaj, veo cómo aprieta uno de los puños

con rabia. Está muy molesto y enfadado, no puede disimularlo y lo entiendo; en cierta forma, él también se había visto afectado con esas imágenes.

—¿Y si está enamorado de ti y por eso lo ha hecho? —menciona aún lleno de rabia—. Es una posibilidad. La gente hace locuras por despecho.

—En todo caso, le gustarías tú —susurro, recordando las largas conversaciones que hemos tenido por ese tema.

Con la ayuda de Sebastian, elaboro un plan para pedirle a Nikolaj que venga a verme con la excusa de que tengo el corazón roto. Y suspiro cuando veo su respuesta.

Han pasado los días y sigo preguntándome el motivo por el que Nikolaj me ha hecho esto. Habría preferido que fuese otra persona, alguien que no conocía ni consideraba importante para mi vida.

La traición de Nikolaj duele mucho, porque no me la esperaba. Aunque si lo pienso de forma fría, todas las pequeñas cosas parecen encajar: su actitud extraña en los últimos meses, su molestia por mi relación con Sebastian…

Había tenido oportunidad de poner las cámaras en mi habitación al enseñarle la casa en la que vivía y no haber controlado lo que hacía en todo momento, no cuando estábamos reunidos con Martha o con otros amigos. También había estado solo.

—Lena, ¿tienes un momento? —James se acerca a mí mientras estoy jugando con Snö, lanzándole una pelota.

—Por supuesto —murmuro y centro toda mi atención en él—. Si quieres saber dónde se encuentra Sebastian, está con mi hermano, aprendiendo protocolo de etiqueta.

—Lo sé, estaba con ellos. —Ladea un poco la cabeza—. Es justo de él de lo que quiero hablarte.

—¿Pasa algo? ¿Tenéis novedades con respecto a ese tema?

Sé que aún no han acabado con todo el tema de la madre de Sebastian.

—Estoy preocupado —admite y frunce un poco el ceño, pensando bien lo que decir a continuación—. Me alegra mucho que hayáis arreglado vuestras diferencias, no quiero que dudes de eso. Es solo que...

—Sé directo, no me voy a molestar —lo interrumpo para calmarlo. Está yendo con demasiado cuidado.

—Lo está apostando todo por ti, por vosotros. ¿Te ha hablado de que quiere retirarse de la música?

En varias ocasiones y con mucha ilusión en la voz.

—Más o menos, sí.

—Lo tiene muy claro, Lena —remarca con mucho énfasis—. Me ha pedido que me ponga en contacto con estudios de grabación aquí en Suecia, al igual que músicos, arreglistas, compositores... —enumera—. No se quiere marchar de tu lado. Y si es lo que quiere, estoy contento por él. Es solo que me preocupo por mi mejor amigo, tengo miedo de que tú no estés del todo segura y... —Niega con la cabeza y se quita las gafas—. Sé que tú también has arriesgado mucho por vuestra relación, y que quizá no estoy siendo justo diciéndote esto.

—Tú lo has dicho, estás preocupado por tu mejor amigo.

—Si una parte de ti no está segura, si tienes dudas de lo que tenéis... No hagas que deje todo por ti —acaba por decir y sonrío.

La amistad que tienen es tan sincera, profunda y bonita que me da envidia.

—Estoy completamente enamorada de Sebastian —hablo muy segura—. Pero no puedo decirte lo que va a pasar en un futuro, porque no sé si nuestros caminos seguirán juntos por poco o mucho tiempo. Quiero que esté en mi vida, no tengo dudas y espero que sea para siempre. ¿Te sirve esa respuesta?

—Sí, me sirve. Gracias, Lena.

El sábado, después de hablar con mi padre para contarle todo el plan que hemos organizado Sebastian y yo, guío a Nikolaj a uno de los salones que solemos usar para ocasiones más formales. Disimulo lo mejor que puedo el rechazo que me provoca cuando me abraza como si no hubiera pasado nada.

Aunque parezca que estoy sola, no es así. Hay varios miembros del equipo de seguridad en la habitación contigua, al igual que Sebastian y James, que no han querido irse muy lejos.

—Así que habéis roto —empieza la conversación Nikolaj, con cierta sonrisa maliciosa—. Como te lo dije, me lo esperaba.

—¿Por qué? —pregunto llena de curiosidad.

—Nunca te iba a entender, no sabe la carga que llevas, la responsabilidad... —murmura con mucha satisfacción en la voz. Se está regodeando—. Entiendo que estabas enamorada, que ese amor te cegó, pero no te entendía, Lena.

—Eso es una tontería —lo interrumpo—. No ha sido por eso.

—¿Entonces por qué ha sido? ¿O es que sigues ciega y sigues sin ser objetiva?

—No puedo decirlo.

Me hago la misteriosa para saber hasta dónde va a llegar con su mentira.

—Entonces es cierto lo que me han dicho.

Cuento hasta tres mentalmente para no saltar. ¿Cómo puede actuar como si nada? ¿Cómo puede mirarme y no sentirse culpable? Estas mentiras son de las que más me cuestan de mi vida, porque es una farsa que duele.

—¿El qué?

—Una amiga de la prensa me ha dicho que circulan ciertas fotografías tuyas que ha filtrado tu cantante. —Parpadeo muy sorprendida. ¿Va a usar eso conmigo? No soy capaz de seguir mintiendo, así que me alejo de él cuando intenta abrazarme de nuevo. Estoy molesta y muy cabreada—. ¿Lena?

Y lo entiende, porque su expresión cambia, se torna más sombría y sonríe con sarcasmo. Es como si una parte de él esperase esto, que lo supiera, y la otra le diera absolutamente igual.

—Llevo días intentando entenderte, Nikolaj, pero no lo he conseguido. ¿Cómo me has hecho esto?

Tirando a la borda años de amistad, de confesiones, de recuerdos... Nikolaj había tenido un gran papel en mi vida en los últimos años.

—¿Hacer que te dieras cuenta de que lo tuyo con el cantante no tenía futuro? —rebate—. Solo lo he precipitado un poco. Tarde o temprano acabaría pasando.

—¿Traicionándome?

—El fin justifica los medios.

—No, no con algo así —espeto muy seria y, por unos segundos, veo algo de duda en sus ojos —. Había muchas otras formas de hacer que me diera cuenta de que lo mío con Sebastian no

tenía futuro.

—Pero ha funcionado.

—Nikolaj, ¿no te arrepientes?

Su respuesta lo puede cambiar todo. Llegaría a perdonarlo con tiempo, aunque nuestra relación nunca sería la misma.

—No. Volvería a hacerlo. —Sebastian entra hecho una furia y sé que se está conteniendo para no golpearlo—. Me has mentido, está aquí.

—¿Y me echas en cara que mienta? ¿Tú? —digo sin alterarme, mostrándome lo más tranquila posible—. ¿Por qué has querido perjudicarme de este modo?

—¿No te das cuenta de lo que tienes? —Se ríe—. Serás la reina, tendrás un futuro prometedor solo por haber nacido antes que tu hermano, por pura suerte, y ni siquiera lo valoras.

—¿Y esa es razón para joderle la vida? —pregunta Sebastian y quiere seguir hablando, pero le indico con un gesto que no lo haga.

—Quiero ser rey, siempre lo he querido —admite Nikolaj, encogiéndose de hombros—. Y tú siempre has sido uno de mis objetivos para lograrlo. Necesitas un marido, ¿y quién mejor que un príncipe de un país vecino, con el que te llevas tan bien? Le decía a mi padre que insistiera, que lograría convencerte, que acabarías por ceder.

¿Nuestra amistad ha sido una farsa? ¿Solo me ha visto como un objetivo para un fin? ¿He vivido una mentira y nunca lo he conocido del todo? Porque si es así, no lo entiendo, ¿por qué me ha confesado sus secretos más oscuros si solo me quería para obtener un fin concreto?

—¿Era tu idea? ¿Siempre has estado detrás de todo?

—Lo tenía todo planeado hasta que apareció el cantante. —Lo mira con asco—. Él jodió mis planes, así que elaboré otro en el que eras un daño colateral. Era un riesgo que iba a correr hasta mi objetivo final.

—Nuestra amistad nunca ha sido sincera. —Doy por hecho y me duele—. Siempre me has visto como una pieza en tu juego. Tu tapadera perfecta. ¿Sabe tu padre cómo te sientes realmente? ¿Que nunca serás feliz con una mujer porque no te gustan?

—Te tengo aprecio, sabes cosas de mi vida que casi nadie sabe. —Pero no es suficiente. Nunca lo ha sido. Nuestra amistad ha sido una forma de allanar el camino a su ambición—. Conmigo serías una gran reina. Podría ayudarte a tomar las decisiones o tomarlas yo mismo. Y siendo rey sería feliz, inmensamente feliz.

—La reina seré yo.

—Sí, un pequeño detalle que me da igual. —Vuelve a reírse—. ¿No crees que yo sería mejor rey que tú? Mis decisiones serían mucho mejores. Después de todo soy un homb...

—Márchate —lo interrumpo porque sé lo que va a decir y no quiero escucharlo—. No quiero verte nunca más fuera de actos oficiales, ni que formes parte de mi vida.

—Te arrepentirás, Lena. Sé que lo harás. Y mi oferta seguirá en pie, conmigo tendrás un consorte que te apoye, que sepa lo que es...

—Vete de una vez.

Nikolaj duda, pero cuando mi padre entra en la habitación se levanta y muestra un poco de arrepentimiento, o eso es lo que quiero creer. ¿Delante de mi padre sí, pero de mí no?

—He hablado con el rey de Noruega hoy mismo —anuncia con ese tono de voz que solo usa para imponer su autoridad delante de los demás—. No vamos a presentar cargos ni denunciarte, por respeto a él y a la buena relación que nos une.

—Gracias, majestad.

—No me agradezcas nada, no ha sido por ti —gruñe con rabia—. Si por mí fuera, querría que te pudrieses en la cárcel. —Alzo una ceja, es la primera vez que escucho a mi padre hablar de esa forma a alguien con un cargo importante—. Que no vayas a tener un castigo por tus actos, al menos de forma pública, no significa que esto se quede así. No quiero verte más. Quedas fuera de cualquier acto en el que la Corona sueca tenga participación.

Me marcho junto a Sebastian, que me ofrece su mano, mientras mi padre sigue manteniendo una conversación con Nikolaj.

Salimos a los jardines, como solemos hacer, y nos mantenemos en silencio durante unos minutos hasta que, sin saber bien la razón, empiezo a reír, liberando la tensión acumulada.

—¿Estás bien?

Lo abrazo y beso, sin importarme si nos ven

Estoy enamorada de Sebastian, quiero un futuro con él y lucharé por tenerlo. Sé que no será fácil, que tendremos muchos obstáculos, que la prensa hablará de nosotros e inventarán lo que quieran, y que si no estamos los dos en el mismo punto, será casi imposible.

Pero confío en él, confío en nosotros, porque estamos juntos en todo lo que venga.

—Gracias.

—De nada, princesa, encantado de poder ayudar. —Me besa la frente y sonríe—. ¿Puedo saber por qué?

—Por hacer que la soledad de la corona no sea tan grande y no exista si estoy contigo.

CUARENTA
Sebastian

—Cálmate un poco.

James y yo estamos en la habitación donde nos quedamos en palacio. Sigo cabreado por lo que ha pasado, por lo que Nikolaj le ha hecho a Lena. Se supone que era su amigo, su apoyo, y la ha vendido solo para obtener beneficio. Nunca nos habíamos llevado bien, pero lo había achacado más a un clasicismo extremo que a otra cosa.

¿Cómo puedes hacerle tanto daño a alguien que te importa?

Hay una pequeña parte de mí que, al saber que la responsable no es mi progenitora, se ha tranquilizado un poco. No había cambiado de idea; si hubiera sido ella, me hubiese alejado de Lena para no perjudicarla más.

—No puedo, sigo con muchas ganas de pegarle un puñetazo.

—Bueno, puede que mi mano haya impactado en su cara cuando Lena y tú os habéis ido al jardín…

Le miro, entre sorprendido y divertido.

—¿En serio?

—A mí también me ha molestado mucho la situación —reconoce con mucha calma.

—Te adoro, James.

Asiente y sonríe, pero veo que algo le preocupa. No tengo que insistir mucho para saberlo.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —murmura, con el ceño fruncido—. Porque yo… Yo tengo dudas.

—¿De qué hablamos? —pregunto dejando la guitarra que acabo de coger con mucho cuidado —. No te entiendo.

—De tu idea de dejar la música —admite y aprieta los labios—. Siempre ha sido tu sueño, Sebastian.

—Sí y no —respondo—. La música seguirá presente en mi vida, eso no cambiará. —Me encojo de hombros—. Estoy completamente seguro. Será mi último disco antes de centrarme por completo en mi relación con Lena.

—¿Y si no sale bien?

—¿Crees que no saldrá bien?

—No he dicho eso, solo planteo la posibilidad —explica con rapidez, como si supiera lo que me afectan sus palabras—. Entiendo que quieras pensar que todo irá bien, pero...

—Sí, lo sé —lo interrumpo—. Tu parte racional te hace ver que puede no ser así.

—¿Entonces?

—Daré todo de mí para que mi relación con Lena salga bien. Todo —remarco muy seguro de mí mismo—. Dejar mi carrera de forma pública es el primer paso. Estoy comprometido por

completo con ella, por nuestro futuro, por nosotros.

—Es un sacrificio muy grande.

Se saca las gafas, deja el móvil en una de las mesitas y se centra en mí, analizando mis palabras y buscando algo en ellas.

—Estoy dispuesto a hacerlo. —No me intimido ante su mirada—. ¿Por qué me estás queriendo hacer dudar?

—No es eso, solo te estoy diciendo las cosas como son —apunta sin dejar de mirarme—. Es un paso grande. —Suspira y se frota la cara con una mano—. Quiero que seas feliz con lo que hagas, es lo único que me preocupa.

—Soy feliz, James. Nunca había sido tan feliz.

Siento que soy yo, que no tengo que mentir o mostrar una fachada ante el mundo.

—Y me alegra —dice muy convencido—. De eso no tengas dudas. Estoy muy contento por ti, Sebastian.

—Lo sé. —Le doy un pequeño golpe en el hombro—. Estoy convencido de que lo mío con Lena saldrá bien.

—¿Y si no? —vuelve a repetir muy serio.

—Entonces haré un disco de regreso por todo lo grande —comento, quitándole importancia —. La solución es bien fácil.

Eso le saca una carcajada a James, una que sigo de inmediato. Qué fácil es todo y qué sencilla es la vida si está a mi lado.

Entiendo su preocupación; si no hubiera sido claro con lo que pensaba, no hubiese sido él.

Siempre ha estado ahí para mí, diciéndome lo que piensa aunque no me gustase.

Si mi relación con Lena sigue en el transcurso que parece y tengo que quedarme a vivir en Suecia, lo echaré muchísimo de menos. No le pediré que abandone todo para estar a mi lado; su familia está en Estados Unidos, al igual que su vida.

Lo más probable es que, una vez no esté atado a mí, ejerza de abogado o aspire a más, porque siempre ha estado destinado a la grandeza. Es por eso que no le pediré que se quede conmigo.

Lo echaré muchísimo de menos cuando eso ocurra, pero tiene derecho a hacer su vida. Eso sí, no va a librarse de mí; que no vivamos en el mismo sitio y no lo vaya a ver a diario no cambiará nada entre nosotros.

Sigo sin creerme que Lena me haya perdonado y por ello me he propuesto no volver a fallarle, demostrarle que no se ha equivocado en darnos otra oportunidad, esforzándome al máximo en todas las clases que me dan.

Junto a ella soy feliz, inmensamente feliz, no necesito a nada ni nadie más, a excepción de mi familia.

Teniéndolos a ellos, ¿para qué quiero más?

Siendo sincero, el sueco me parece demasiado difícil y me da más de un quebradero de cabeza. En lugar de desmotivarme, aprovecho esa rabia para centrarme aún más en mi objetivo: hacerle ver a Lena que puedo estar a su mismo nivel, que puede confiar en mí y que, si ella quiere, puedo ser su apoyo.

Los días en Estocolmo van transcurriendo y paso el máximo tiempo posible con Lena. Aunque no es lo único; gracias a James, consigo el contacto de varios profesionales de la música en Suecia. Es con uno de ellos con quien quiero trabajar para mi último disco.

Quiero que sea el mejor de mi carrera, uno de los mejores que se haya lanzado nunca.

Mientras James se pone en contacto con todos estos profesionales y busca estudios de grabación para que pueda trabajar sin estar en palacio, empiezo a dejar volar mi imaginación.

No sé si es casualidad, pero desde que Lena está en mi vida, vuelvo a estar inspirado para componer. Las letras me salen solas, al igual que los acordes de las melodías; todo fluye de una manera que me asombra.

Kristoff es un buen maestro, todo lo que me explica lo hace con claridad, pero lo de mi forma de vestir es lo que creo que llevaré peor. No me gusta que me digan lo que tengo que ponerme ni cuándo.

En realidad, toda la gente que se está encargando de enseñarme todo lo que debo saber son respetuosos; no me presionan si ven que algo me cuesta, al contrario, vuelven a explicármelo y tienen mucha paciencia.

Voy progresando poco a poco, a mi ritmo y así se lo demuestro al rey cuando me pone pequeñas pruebas de tanto en tanto.

Había empezado con cosas simples, como saludar en sueco para ver qué respondía o cómo lo hacía, y al ver que contestaba en su mismo idioma, de la mejor forma que podía y con una pronunciación más que correcta para alguien que estaba aprendiendo, asentía levemente con la cabeza. Por último, al menos por el momento, comprobaba cómo reaccionaba al protocolo en la mesa. Y todas las veces, le había demostrado que me lo estaba tomando en serio, que no tenía un motivo para seguir con su cruzada contra mí.

Porque sigo plenamente convencido de que Lena es mi futuro y que lucharé por él.

A principios de noviembre, tengo que volver a Estados Unidos para el juicio y se me hace muy difícil separarme de Lena.

Me he acostumbrado a estar con ella, a despertarme a su lado, a ver su ceño fruncido cuando algo no le gusta, o sus intentos de reprimir una carcajada cuando le cuento una curiosidad de Suecia que ella ya sabe.

Estoy muy enamorado de ella, como nunca lo he estado de nadie.

Poner distancia entre los dos, aunque sea con una causa justificada, es complicado. Tengo claro que me trasladaré de forma permanente a Estocolmo y grabaré mi último disco ahí.

—¿Preparado para ganar? —me pregunta James antes de salir del coche.

—A tu lado siempre estoy preparado para cualquier cosa.

Ambos nos colocamos las gafas de sol y, al abrir la puerta, los flashes nos ciegan. No hacemos declaraciones; cuando el juicio acabe, será James quien las haga.

Confío plenamente en el equipo de abogados que llevan mi caso, sé que han hecho su trabajo y que defenderán el caso a la perfección.

No me equivoco.

Durante las semanas que dura el proceso, demuestran que no han dejado nada al azar, que todas las pruebas que aportan de los motivos por los que tengo que ganar la demanda son más que claros. Me sorprende lo rápido que la jueza toma la decisión. No tarda ni un día y me quita un gran peso de encima.

Culpable.

No podrá hablar de mí de forma pública, tampoco acercarse a menos de quinientos metros y tendrá que pagarme una generosa indemnización por todos los daños causados.

—Te dije que ganaríamos. —James me abraza y no oculto mi alegría—. Te lo dije.

Un problema menos, una cosa menos de la que preocuparme.

Aunque me gustaría volver ese mismo día a Estocolmo, no lo hago; paso tiempo con mi familia, con los Watson, para celebrar la victoria.

—Te regalo esta casa —le digo a James mientras nos tomamos un vaso de whisky escocés—. Haz lo que quieras con ella, como si quieres vivir aquí. Solo habrá que cambiar la escritura, nada más.

—Espera, ¿qué? —No entiende nada—. ¿Para qué me vas a regalar esta casa?

—Me mudaré a Suecia, no quiero separarme más tiempo de Lena. Si vivo ahí, podré seguir con mi formación y la grabación del disco. Como me dijiste, Max ha accedido a producirlo y a ayudarme a componer.

—¿Estás echándome de tu vida? —rebate con una ceja alzada.

—¡No! —respondo de inmediato—. Nunca lo haría. Es más, si por mí fuese, me gustaría que siguieras a mi lado, pero no voy a pedírtelo. Has sacrificado muchos años de tu vida por mí, James.

—¿Quién dice que hayan sido sacrificados? —espeta muy serio, casi molesto por lo que le estoy diciendo—. He estado a tu lado porque quería y quiero estarlo.

Trago saliva, no me merezco a James. Nunca lo he hecho.

—¿Seguro? ¿No quieres dejar de ser quien evita que me meta en líos? ¿Ejercer de abogado? ¿Tener una vida sin mí?

—Si no soy yo quien lo evita, ¿quién lo hará? Y puedo ejercer de abogado igual. Una princesa no va a separarnos, Sebastian. Tampoco lo hará que quieras vivir en otro país. Te seguiré a cualquier lugar del mundo, porque eres mi hermano, mi familia, la que he elegido y elegiré siempre.

No sé qué he hecho para que quiera seguir a mi lado, pero lo abrazo con fuerza. James es un pilar más que fundamental en mi vida.

Al día siguiente, llegan los demás miembros de la familia y les comunico mis intenciones. No se sorprenden, lo entienden y respetan mi decisión, dándome apoyo. Volveré por Navidad, pero saber que habrá tantos kilómetros de distancia se me hará extraño.

Cuando lo tengo todo preparado, James y yo organizamos el viaje hacia Estocolmo y aviso a Lena para que lo sepa.

Dudo mucho que pueda venir a por mí al aeropuerto, pero espero que esté en palacio y pueda verla solo llegar. La he echado muchísimo de menos.

—Hay una cosa que me genera mucha curiosidad, Sebastian —murmura James una vez aterriza el avión. No hemos hablado en todo el viaje; yo he estado componiendo y él con sus cosas de abogado que no entiendo.

—¿Cuál?

—¿Te acostumbrarás al frío de Suecia? —pregunta con una sonrisa mientras salimos—. Según tú, odias este clima, prefieres el calor. Siempre has dicho que no podrías vivir en un país así.

Un poco de razón tiene, pero cualquier respuesta posible se me olvida al ver que Lena está a pie de pista, junto a algunos miembros de su equipo de seguridad y trabajadores del aeropuerto. Esperándome.

Se ha saltado el protocolo para venir a por mí y sonrío como un bobo.

—Estoy en casa —respondo mirándola fijamente. También está sonriendo.

Si ella está conmigo, cualquier lugar del mundo es mi hogar, porque Lena lo es.

EPÍLOGO

Lena

Sonrío al observar la corona de camafeos que tengo delante. Es de mis preferidas, una que solo he visto en ocasiones especiales, en mi madre; una de las joyas a las que más respeto le tengo, no solo por lo majestuosa y espectacular que es. También por su significado.

Hoy voy a llevarla para seguir con la tradición y, cuanto más la miro, más me gusta.

—Cariño, ¿cómo estás? —Mi madre entra en la habitación y me examina. Lleva un vestido precioso, su banda con las condecoraciones que posee y una de las tiaras que solo ella puede usar —. Estás espectacular, cariño.

—Aún no llevo ni el vestido ni la corona.

—Eso no quita que lo estés. —Me giro y veo a mi padre en el marco de la puerta. También está listo, con su uniforme militar—. Estoy muy orgulloso de ti, Lena.

Aún se me hace raro escuchar esas palabras de él, y siguen emocionándome como la primera vez.

—Gustaf, que me vas a hacer llorar —se queja mi madre, con los ojos más brillantes de lo normal—. No le digas estas cosas ahora. Hazlo mañana u otro día.

—Estás preciosa —repite y veo que está intentando ocultar sus sentimientos—. Y sí, estoy muy orgulloso de ti, aunque eso ya lo sabes.

Esa es una de las cosas que más han cambiado con el paso de los años. Nuestra relación ha mejorado con notoriedad y ya no cuestiona todas mis decisiones; al contrario, las apoya y me pide opinión en muchos temas. No sé si el cambio había sido a raíz de todo lo ocurrido con Nikolaj años atrás, que finalmente se había dado cuenta de que su actitud no era la correcta o que había visto que sabía lo que hacía. Pero no me quejo.

—¿Voy bien de tiempo? —pregunto y cierro los ojos para que acaben de maquillarme.

—No llegarás tarde —asegura mi madre—. Y menos en un día tan importante.

—Lo sé —secundo y añado con cierta diversión—, padre no permitirá que la realeza de otros países espere más de lo que debería, solo porque me he tomado demasiado en serio lo de que una novia siempre llega tarde —comento y la miro, reprimiendo una carcajada —. ¿Cómo te sentías el día de tu boda, mamá?

—Aterrada.

No esperaba una respuesta tan sincera. Estoy nerviosa, pero no hasta ese punto. No me arrepiento ni tengo dudas.

Me voy a casar con Sebastian.

No ha sido fácil llegar hasta este punto. Juntos hemos tenido que afrontar muchas cosas, sobre todo él.

Desde que nuestra relación se había hecho mucho más pública, había tenido que aguantar

demasiados comentarios y críticas; muchas de ellas basadas en su profesión, su forma de vivir antes de conocerme, sus problemas familiares y el hecho de que no era ni europeo ni de la aristocracia.

Había tenido que demostrar una y otra vez que se convertiría en un buen esposo, que sería un gran consorte, a la altura de la institución y de lo que el pueblo sueco esperaba.

Primero tuvo que convencer a mi padre, el más exigente de todos.

Durante un largo tiempo, no dejó de hacerle pruebas constantes a Sebastian, preguntas que no cualquiera podría responder por lo detalladas y específicas que eran.

Las pasó todas, sorprendiendo a mi familia, pero no a mí. Sabía lo que se esforzaba en dar lo mejor de sí mismo, o como él decía y me parecía una tontería, para estar a mi altura.

Sebastian no hacía nada de esto por los demás; lo hacía por mí y yo seguía sin acostumbrarme a ello.

—¿Por qué hay tanto silencio? —Freya también entra en la habitación junto a Kristoff. Lleva un vestido largo turquesa precioso junto a su tiara preferida. Desde que cumplió la mayoría de edad, no ha dejado de usarla en las ocasiones que lo requieren—. Podríais poner música o algo, no sé, para hacerlo más entretenido.

—Quizá la futura novia quiere silencio, ¿no? —sugiere Kristoff, colocándose bien una de las condecoraciones en su uniforme militar—. Conocemos a Lena, a veces necesito silencio para concentrarse.

—Bueno, puede —concede mi hermana, pero saca su móvil y pone música—. Esta canción no puede faltar, lo siento. Es tan bonita... —Freya hace un pequeño puchero—. Sigo sin asimilar que Sebastian no va a sacar nueva música, que Rìgh Bastian ha dejado de existir.

Ese fue otro de los sacrificios que hizo para poder seguir a mi lado, dejar su carrera como cantante y centrarse por completo en el futuro.

Publicó su último disco, en el que se volcó por completo. Quería cerrar esa etapa de su vida de la mejor forma posible, dándole a sus fans algo que no podrían olvidar, lleno de canciones compuestas por él en las que contaba su vida, sus sentimientos y se abría por completo. Cada uno de los temas era especial, pero mi favorito siempre ha sido el que acaba de poner Freya, el que da nombre al disco: La soledad de la Corona.

Cuando la escuché por primera vez en el estudio de grabación, lloré. No era la primera canción que escribía pensando en nosotros, pero sí la más bonita. Era una declaración de intenciones de lo que supondría nuestro futuro, de lo que ambos queríamos.

Y después de eso vino la gira. Su última gira.

Se me hizo complicado tenerlo tan lejos, algo que también le ocurrió a Sebastian. Desde que había decidido trasladarse a Estocolmo, no nos habíamos separado mucho tiempo. Fueron meses difíciles, en los que la prensa decidió escribir noticias falsas sobre un distanciamiento entre ambos, infidelidades por su parte, varias rupturas...

Ahora, con la perspectiva que da el tiempo, no sé cómo pudimos sobrellevarlo sin estallar, sin que nuestra relación se viera afectada; no obstante, fue un mal necesario, porque después de su último concierto, que fue en Estocolmo, se centró por completo en el futuro.

Eso también había sido un proceso largo y tortuoso. Los encargados de prensa de la corona, junto al equipo de relaciones públicas y los reyes, pensaron varias estrategias para cambiar la imagen que tenían de Sebastian, blanqueándola para que, cuando llegase el momento del compromiso, no hubiera oposición a ello. No se podía con rapidez, tenía que ser algo gradual, introducirlo en la vida pública poco a poco y que los cambios se fueran viendo. También le

aconsejaron que se implicase aún más con asociaciones benéficas de todo tipo, que diera voz a las injusticias y a los problemas que eligiese.

—Toma. —Kristoff me entrega su teléfono, ocultando una sonrisa traviesa—. Tienes una llamada.

No muy convencida, y con el ceño levemente fruncido, porque no sé quién puede ser, lo cojo y sonrío al escuchar esa voz.

—Te pondrás corona, ¿no? —bromea Sebastian—. Sabes que es una de las cosas que más me gustan. Siempre que las llevas, me vuelvo loco.

—Tonto. —Me río, incapaz de no hacerlo—. ¿Cómo estás?

—Siendo sincero, estoy muy muy nervioso —admite antes de suspirar—. Estoy a punto de llegar a la catedral junto a James. No vas a dejarme plantado, ¿no?

—¿Crees que lo haré?

—Sé que no. Te quiero, Lena.

—Y yo a ti, Sebastian.

—En poco nos vemos. —Vuelve a reírse, se nota sus nervios—. Te reconoceré, vas a ser la que va de blanco y con corona.

Le devuelvo el teléfono a mi hermano y me levanto para abrazarlo. Ha hecho muchísimo por nosotros, tanto que nunca seré capaz de agradecérselo lo suficiente. Había sido el encargado de guiar a Sebastian en muchos de los asuntos reales y de refinar su aspecto, aconsejando qué ropa podía usar y cómo hacerlo sin perder parte de su personalidad. También estuvo con él en su primer acto oficial, uno en el que habló por primera vez sueco en público, acallando las malas lenguas que decían que no sabía el idioma ni tenía intención de aprenderlo.

Todas las posibles dudas y temores que tenían la gran parte de los suecos, se fueron disipando poco a poco al verlo cumplir con creces. Cuando la opinión pública parecía aceptar nuestra relación, y no había comentarios dudando de mí o de él, nos prometimos.

Supe en el momento en que me lo pidió que lo hacía porque tenía el permiso de mi padre. Si hubiera sido por nosotros, si hubiéramos podido elegir, nos habríamos casado antes; sin embargo, no podíamos hacerlo de ese modo, ya que acorde a la constitución, necesitaba la autorización del rey y del gobierno sueco para poder casarme sin perder mi derecho sucesorio al trono.

Sebastian, en lugar de usar cualquier joya de mi familia, le encargó el anillo a uno de los joyeros más prestigiosos de Suecia, ya que quería que fuese algo único y especial. Como nuestra relación.

—Estás tan guapa. —Le sonrío a mi madre al escucharla decir eso, una vez me han colocado la corona junto al velo, que lleva generaciones en la familia—. Si Kristoff no se hubiera marchado para acompañar a Sebastian, os obligaría a hacernos una fotografía familiar.

Mi hermano es el padrino de la boda, el único que hay según la tradición. Había sido más por protocolo, por la importancia de la boda, porque ese lugar era para James.

Mi madre y Freya se marchan, dejándonos a solas a mi padre y a mí, que seremos los últimos en irnos de palacio.

—¿Nerviosa?

—Sabes que sí —admito—. Si no lo estuviera, no sería normal.

—No, no lo sería —confirma y me coloca bien el velo, en un gesto cariñoso—. Nunca me imaginé que te casarías con alguien como Sebastian —reconoce con calma—, pero me alegro de haberme equivocado. Será un gran consorte.

—Y yo de que lo hicieras. Lo quiero muchísimo.

—Y él a ti también. —Sebastian ha conseguido que no dude de lo que siente por mí. De hecho, ahora se llevan muy bien y es curioso ver cómo se entienden—. ¿Vamos?

Asiento y cojo la mano que me ofrece. Al llegar a la catedral de San Nicolás me tienen que ayudar con la larga cola del vestido. Sonrío y saludo a la multitud de gente que se ha acercado para presenciar este momento.

Suspiro antes de entrar al templo y agarro con fuerza el brazo de mi padre. Mientras recorro el pasillo hasta Sebastian, que me está mirando con una gran sonrisa que le ilumina el rostro y hace que yo también sonría, me fijo de reojo en la gran cantidad de invitados que hay.

Realeza de otros países, la gran parte de Europa, entre los que se incluyen Charlotte y Nathaniel —no podían faltar a un día tan importante—, pero también de otras partes del mundo, políticos y autoridades suecas, además de nuestras familias.

James está en las primeras filas y me guiña un ojo. Me alegra mucho ver a su acompañante y lo compenetrados que se ven, dándose la mano.

Al llegar al altar, mi padre me besa la mejilla, visiblemente emocionado. Sé que le está costando este momento y que si no hubiese tanta gente pendiente de nosotros, se dejaría llevar, así que le sonrío y me centro en Sebastian.

No puedo describir cómo me siento al tenerlo aquí, mirándome como si yo fuera lo más bonito del mundo y él, el hombre más afortunado. Está increíblemente guapo, con un frac que le sienta de maravilla.

—Eres la mujer más preciosa del mundo —susurra antes de que la obispa empiece a hablar—. Y adoro la corona.

Intento contener la emoción lo mejor que puedo, pero me cuesta, al igual que a él. No dejamos de mirarnos con complicidad y susurrarnos palabras bonitas durante la ceremonia, porque es lo que sentimos. Mientras intercambiamos los anillos y pronunciamos los votos, no me aguanto más y se me escapa una lágrima.

Siempre se le han dado muy bien las palabras, pero todo lo que me dice, todo lo que menciona intentando demostrar lo que siente por mí, es demasiado. Sus ojos zafiro no dejan de mirarme en ningún momento, reforzando lo que expresa. Aunque lo sé; sé que me quiere, al igual que yo a él.

Una vez que ya nos hemos convertido en marido y mujer, recorremos de nuevo el largo pasillo de la catedral, esta vez juntos.

—Ya no soy Sebastian Hiddleston —comenta entre risas mientras saluda con la mano que tiene libre—. Ni siquiera Rìgh Bastian. Ahora soy Sebastian, príncipe de Suecia y Duque de Västergötland.

—Técnicamente, eres Sebastian Arvatgarensson, príncipe de Suecia, Duque consorte de Västergötland y caballero de la Orden de Serafín y miembro de la Orden la Estrella Polar.

—Eso es muy largo, parezco el personaje de una saga de fantasía épica. —Niega un poco con la cabeza y me da un beso en la mejilla, uno que genera de nuevo gritos de emoción entre el público—. Te quiero.

—Y yo a ti, Sebastian.

Se me pasa el tiempo muy rápido. Cuando llegamos al Palacio Real y salimos al balcón, de nuevo para saludar, me emociono un poco. Nos besamos varias veces y, antes de marcharnos para ir al salón en el que se celebrará el banquete y el baile, Sebastian coge un micrófono y me mira.

—Quiero agradecer al pueblo sueco por haberme dado a Lena, a la mujer de mi vida, a mi princesa en la vida real y por haberla apoyado tanto durante estos años. —Al escucharlo, se me humedecen los ojos—. Sé que cuando llegue el momento, será una gran reina, no tengo dudas de ello y agradezco que dejéis que pueda estar a su lado para verlo. Hoy es un día que no se me olvidará nunca, y sé que a ella tampoco, que lo recordaremos para el resto de nuestras vidas. Muchas gracias. —Los aplausos y gritos no tardan en llegar y, antes de devolver el micrófono, añade—: Te quiero tanto...

Y aunque sé que va en contra del protocolo, lo beso bien; un beso en condiciones, sin importarme los futuros comentarios.

Soy tan feliz con él... Y sé que lo seré por mucho tiempo.

Sebastian es también mi príncipe en la vida real, tan perfecto que parece sacado de una novela.

AGRADECIMIENTOS

La soledad de la corona siempre ha sido una historia muy especial para mí, por todo lo que implicó en su momento al escribirla y lo que supuso para mí editarla.

Gracias a mis padres, por seguir en mi vida y apoyarme como lo hacen. No podía haber tenido más suerte con ellos y estoy muy agradecida de su apoyo y amor.

Gracias a Ruth, por ser la beta de la historia. Me animaste desde el principio, me ayudaste aun cuando tenías la vida llena de caos, adaptaste mis plazos y me diste el empujón que me faltaba. Eres una de las mejores cosas que la vida me ha dado en estos últimos años llenos de oscuridad, convirtiéndote en una luz que me acompaña en mi pozo, iluminándome con tu presencia. Te quiero muchísimo, bubu. Gracias por todo.

A Inés, por contagiar tu entusiasmo con todo lo relacionado con la escritura, tu compañía y por estar a mi lado este tiempo.

A mi señora Fran. De nuevo, fuiste el primero en conocer la historia mientras veíamos cierta boda en la televisión. Gracias por todo lo que haces por mí, darme pie a mis locuras escritoriles y seguir en mi vida.

A Mireya, por el precioso diseño e ilustración de la portada. No podría haber portada mejor para esta historia.

A Nerea, Phavy, Adriana, Leen, Gema, Ana y Maite, por la competencia sana de escritura, esa que me motiva a seguir. También por los consejos para este camino largo y por la compañía. Habéis sido un gran descubrimiento.

A Samu, por tu punto de vista objetivo, los ánimos y por haberme ayudado a elegir el camino cuando no sabía cuál era. Tu organización me ayudó mucho.

A Nieves, por estar ahí desde el inicio, fangirlear con los personajes cuando solo era un borrador y por ayudarme.

A mis lectoras y la gente del canal de difusión, gracias por el apoyo.

Y, para no cambiar, a mi perro Eevee, porque es la alegría de mi día a día.